



# ISLAS DE PONIENTE



JULIO ALEJANDRE

**Pàmies**

JULIO ALEJANDRE

LAS  
ISLAS  
DE  
PONIENTE



Pàmies

Primera edición: mayo de 2019

Copyright © Julio Alejandro Calviño, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-17683-33-7

BIC: FV

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO  
Fotografía: RicSou/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# ÍNDICE

## ÍNDICE DE PERSONAJES

### INTRODUCCIÓN

#### PRIMERA PARTE. SIN TIERRA A LA VISTA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

#### SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

#### SEGUNDA PARTE. LAS ISLAS DE PONIENTE

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

#### TERCERA PARTE. LA VUELTA DEL SUR

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[NOTA HISTÓRICA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

*A Cristina y Carla, que nacieron donde bate la Mar del Sur.*

## ÍNDICE DE PERSONAJES

### EMBARCADOS EN LA NAO SANTA YSABEL

#### EL CRONISTA

Juan Torres: Exconvicto, soldado y ayudante de barbero

#### GENTE DE GUERRA

##### *Capitanes:*

Lope de la Vega: Almirante de la flota y cuñado de doña Isabel Barreto

Francisco Mondéjar: Capitán de compañía

Bernal Flores: Capitán de compañía

##### *Alféreces:*

Pedro de Ocampo: Alférez asistente de Lope de la Vega

Antonio Cansino: Alférez de la compañía del capitán Mondéjar

Yñigo Fuentes: Alférez de la compañía del capitán Flores

##### *Sargentos:*

Juan Enríquez: Sargento contador

Antonio Rodríguez: Sargento

##### *Cabos de escuadra:*

Hernán Vicente

Gonzalo Salcedo

Simón Juárez

Diego Jara

##### *La escuadra de Hernán Vicente:*

Juan Torres

Manuel de Badajoz

Abel Hinojosa

Sebastián Velázquez

Francisco de Guevara

Domingo Gorrostieta

Julio y Antonio Lorenzo

Felipe Pisano

Justo Bautista de Campeche

##### *Otros soldados:*

Mateo Conejero

Esteban Camacho

Expósito Manero

Pedro de Arretia

Miguel de Ruesga

Gerardo de Coria

#### GENTE DE MAR

*Oficiales de la Santa Ysabel:*

Sebastián Valiero, piloto  
Alonso Domínguez, maestro  
Lucas Mariano, contramaestre  
Luis Coraje, guardián

*Marineros:*

Figueroa  
Marcos Agras  
Juan Rodríguez Caridad, barbero  
Domingo Salvanés, carpintero  
Damián Ortiz, el Tuerto  
Matías Jorge  
Pedro de la Chica  
Diego Tiberio  
Domingo Gayón

*Grumetes y pajes:*

Sancho Turcios  
Alfonso Rodríguez  
Jerónimo, el Negro  
Rafelillo  
Domingo  
Leandro

OTROS HOMBRES A BORDO

Luis Herrera: Escribano y bachiller  
Joaquín Saavedra: Capellán  
Martín Navarrete: Hermano de doña Elena  
Melchor Navarrete: Padre de doña Elena y de Martín  
Félix Carrasco: Acaudalado comerciante de Santa  
Luis Rufo: Colono entendido en minería  
Manuel de Fonseca: Ricohombre de Paita, alcalde de Santa María de Poniente  
Andrés de Atienza: Colono  
Gaspar Pinto: Colono, marido de Josefa Mendieta, padre de Frasquita  
Francisco Velázquez: Colono viudo que viaja con dos hijas  
Juan de Haya: Colono  
Nicolás van Leyden: Marino holandés

MUJERES A BORDO

Elena Navarrete: Vecina de Santiago Miraflores y amada de Juan Torres  
Juana Alonso: Esposa del capitán Bernal Flores  
Mercedes Bobadilla: Madre de Elena y Martín Navarrete  
Inés: Criada de doña Elena  
Antoñita Díaz: Esposa del sargento Juan Enríquez  
María Posadas: Esposa de Félix Carrasco

Anita: Criada mulata de Félix Carrasco  
Frasquita: Hija de Gaspar Pinto y Josefa Mendieta  
Josefa Mendieta: Esposa de Gaspar Pinto y madre de Frasquita  
Mariana Velázquez: Esposa de Luis Rufo  
María Velázquez: Hija de Francisco Velázquez

*Prostitutas:*

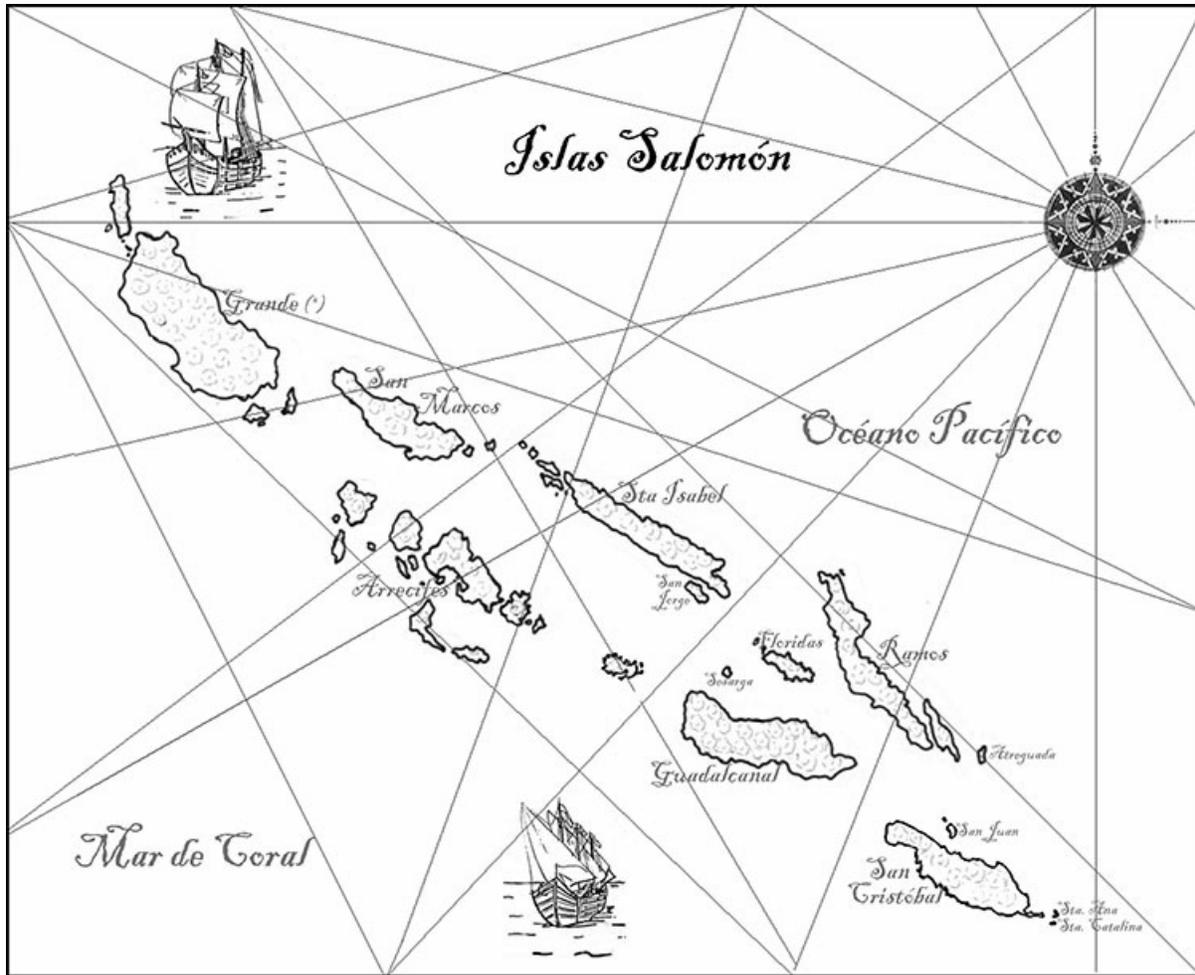
Úrsula, la Mulata  
La Lagartija  
La Mochuela  
La Nigua

**EMBARCADOS EN OTROS NAVÍOS**

Álvaro de Mendaña y Neira: General en jefe de la flota y adelantado de las islas de Poniente  
Isabel Barreto: Su esposa  
Mariana de Castro: Hermana de Isabel Barreto y esposa de Lope de la Vega  
Pedro Fernández de Quirós: Piloto mayor de la flota y capitán de la nao San Jerónimo  
Pedro Merino: Maese de campo de la expedición, embarcado en la San Jerónimo  
Felipe Corzo: Capitán de la galeota San Felipe  
Alonso Leyva: Capitán de la fragata Santa Catalina  
Lorenzo, Diego y Luis Barreto: Capitanes de infantería y hermanos de Isabel Barreto

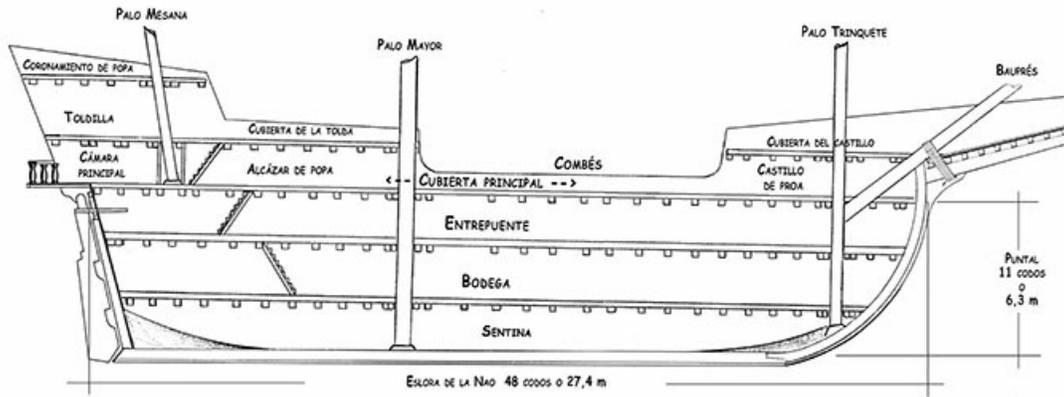
INDÍGENAS

Maui: India de las islas Marquesas  
Tenile: Cacique de la isla Santa Isabel  
Raha Bineba: Cacique de la isla San Cristóbal  
Maego: Hermano y enemigo de Raha Bineba  
Varan: Hijo de Raha Bineba  
Gela: Gran cacique de San Cristóbal  
Laghu: Rehén convertido al cristianismo  
Talúa: Doncella del poblado de Raha Bineba



(\*) Nombre ficticio que corresponde a la actual isla Bougainville, perteneciente a Nueva Guinea

# NAO SANTA YSABEL



## INTRODUCCIÓN

En 1595 don Álvaro de Mendaña y Neira emprende un viaje para poblar y colonizar las islas Salomón al mando de una flota de cuatro barcos.

De las circunstancias de esta jornada tenemos noticias, sobre todo, a través de la relación del piloto mayor de la flota, don Pedro de Quirós, que en su *Historia del descubrimiento de las regiones australes* nos relata las trágicas vicisitudes de una expedición que finalmente arribaría a las islas Filipinas en un lamentable estado de hambre, desesperación y miseria.

Uno de los sucesos más desafortunados que relata en su *Historia* fue la desaparición de la nao Santa Ysabel, con casi doscientas personas a bordo, una noche, al parecer, de buen viento y mar en calma, sin ningún fenómeno que amenazase la navegación. Según Quirós, Mendaña mandó trillar las aguas durante varios días en su busca, pero no se halló ningún resto de ella y se la dio, en consecuencia, por naufragada.

Tampoco se menciona dato alguno sobre su paradero en otros documentos secundarios que hay sobre la expedición, como son las encuestas de reconocimiento de méritos de algunos sobrevivientes, los expedientes incoados por orden de las autoridades virreinales para informar a la Corona o los testamentos de Mendaña y de su esposa.

Y la ignorancia y misterio sobre el destino de la Santa Ysabel y su tripulación se prolongaron durante tres siglos, hasta que en 1895, con motivo de la celebración del tercer centenario del viaje de Mendaña, la Asociación hispanofilipina de Asia y el Pacífico, cuya directora y alma máter fue la doctora Adriana Monteagudo, publicó una serie de artículos sobre la expedición y varios documentos inéditos.

El más importante y también polémico de ellos fue una copia facsímil de la crónica de un tal Juan Torres, soldado que viajaba a bordo de la Santa Ysabel, en la que se narraban las peripecias de la desaparecida nao en su viaje a través del Pacífico austral.

En una breve introducción, la doctora Monteagudo destaca el valor extraordinario del manuscrito de Juan Torres, con el que tuvo la fortuna de tropezarse en el curso de un viaje de investigación historiográfica por los antiguos virreinos del Perú y Nueva Granada. Sin embargo, no da dato alguno sobre las circunstancias del hallazgo y se limita a ponerlo a disposición de quien desee revisarlo.

Pero los acontecimientos de aquel agitado momento de la historia se encargaron de impedir que ningún erudito pudiera hacerlo, porque muy poco tiempo después sobrevino el desastre del 98, la pérdida de la colonia española y el subsiguiente cambio en la administración de las Filipinas, a raíz del cual se perdió toda pista de la doctora Monteagudo y de la asociación que presidía. Y en consecuencia, al no haber salido a la luz el manuscrito original, la copia facsímil fue considerada de dudosa autenticidad y olvidada con rapidez.

No obstante, cualquier asunto relacionado con incunables, manuscritos o textos antiguos es siempre mucho más complejo de lo que a simple vista parece, pues si hubiéramos de aceptar por auténticos únicamente aquellos escritos cuyos originales poseemos, habríamos de repudiar, por ejemplo, a la mayoría de los pensadores de la Grecia clásica, de los que no tenemos sino noticias fragmentarias y con frecuencia muy indirectas.

Así, en el caso que nos atañe, el hallazgo a mediados de los años ochenta en la biblioteca del Senado de Estados Unidos, en Washington D. C., de un conjunto de tres volúmenes, impresos en 1812, en los que se narra la travesía de la Santa Ysabel, reabrió por un tiempo el debate sobre la veracidad

del documento publicado por la doctora Monteagudo.

Los volúmenes en cuestión pasaron desapercibidos durante décadas por hallarse archivados entre incontables legajos leguleyos, folletos administrativos y ordenanzas municipales de la gobernación de Nueva Granada que formaban parte de la «colección Crouse», así llamada en honor a Jonathan F. Crouse, cónsul honorario en Colombia a principios del siglo xx, que adquirió una parte sustancial del archivo del cabildo de Cartagena de Indias.

Una vez revisadas y comparadas ambas fuentes documentales, se encontraron entre ellas, aparte de las evidentes coincidencias, notables diferencias, la más importante de las cuales se refiere al lenguaje empleado. Mientras que la copia facsímil reproducida por la Asociación hispanofilipina de Asia y el Pacífico responde al estilo, lenguaje y concisión propios de las crónicas de la época de los grandes descubrimientos, como las de Sarmiento de Gamboa, Tovar, Pigaffetta o el propio Quirós, los volúmenes de Washington nos remiten al castellano del siglo xviii o principios del xix, con ciertas influencias de la literatura romántica. Además, el conjunto de estos tres tomos es considerablemente más largo que el otro, lo que lleva a suponer que el autor, quienquiera que fuese, tuvo acceso a la relación de Juan Torres, en la que se basa, pero que reelabora y alarga con episodios de su propia cosecha, creando una obra más cercana a la ficción novelesca que a la crónica histórica.

En todo caso, y dado que no ha aparecido el manuscrito original descubierto por la doctora Monteagudo, hace tiempo que ambas obras se encuentran durmiendo el sueño de los justos, olvidadas de la historiografía oficial, que no sabe muy bien qué hacer con ellas.

Pero, por fortuna, la historia no sólo se nutre de documentos escritos. A lo largo del pasado siglo, varios investigadores anglosajones y polinesios se han interesado en estudiar los posibles avistamientos europeos del continente australiano anteriores a la llegada del capitán James Cook, centrándose de manera muy especial en los navegantes portugueses y españoles del siglo xvi.

Basándose en restos arqueológicos como cañones y otras piezas de hierro, rasgos culturales, rastros lingüísticos e incluso el estudio de los fondos y corrientes marinas, algunos de ellos sostienen que la nao extraviada de la expedición de Mendaña no naufragó aquella noche de septiembre de 1595, sino que, por el motivo que fuera, se separó de la flota y llegó a las islas Salomón, donde sus tripulantes fueron capturados y probablemente sacrificados por los nativos. Otros van incluso más allá y afirman, a raíz del descubrimiento de una piedra en Bondi Beach, cerca de Sídney, en la que aparece grabado el dibujo de un navío de la época y las letras S. Y., que la Santa Ysabel arribó a las costas de Australia oriental.

Comoquiera que sea, y dado que estos hallazgos confirman en lo sustancial lo mencionado en las referidas fuentes, he rescatado, no sin muchas dificultades y con la inestimable ayuda de terceros interpuestos, el contenido de los tres volúmenes archivados en los sótanos de la biblioteca del Senado. Y al amparo de la clandestinidad que confieren la red y el mundo digital, me he tomado la libertad de sacarlos a la luz con la esperanza de que su divulgación despierte el interés del público en general y los historiadores en particular por la odisea, incierta pero emocionante, de lo acaecido a los tripulantes de la nao Santa Ysabel, y abunde en el conocimiento de las exploraciones que aquellos intrépidos navegantes del siglo xvi hicieron en el océano Pacífico, porque constituyen sin duda una de las aventuras más audaces y apasionantes de todos los tiempos.

**PRIMERA PARTE**  
**SIN TIERRA A LA VISTA**

# 1

Los hechos de la vida, bien que regidos por Nuestro Señor desde los cielos, para nosotros los mortales, que los vemos y padecemos en la Tierra, se asemejan en su desarrollo y concatenación a la tela que fabrican las arañas, con hilos tan leves e invisibles que no se siente su peso ni se sospecha su existencia hasta que estamos presos en ella, sin posibilidad ni manera de escapar. Pareciera, pues, que la suerte de cada cual no se forja golpe a golpe, como consecuencia de los actos y decisiones presentes y pasadas, sino que hilo a hilo es tejida por una caprichosa providencia desde el mismo momento en que nacemos.

Siendo así, para hallar el cabo de la madeja de mi destino habría de remontarme a un día, ya lejano, del año setenta y tantos, cuando el siglo andaba más que maduro.

Fue mi madre Luisa Huillac, hija de una de las damas de compañía de la princesa Cuxirimay y de un soldado de las huestes de Francisco Pizarro, a quien le fue entregada como botín de guerra en reparación, al parecer, por unas joyas de hermosa filigrana y mucha pedrería que mi abuelo había obtenido en el expolio de un palacio, y que el conquistador le requisó para enviarlas como presente personal al emperador don Carlos. Pese al origen tan arbitrario de tal unión y a lo poco que duró, pues mi abuelo casó después con una dama de blanca piel y rancio abolengo, mi madre juntó en su persona todos los dones de ambas razas, nobleza y bondad, encanto, ligereza, valor y resistencia, y una belleza que es difícil encontrar ni en una tierra ni en la otra, por lo que mi padre se enamoró de ella y la mimó y adoró hasta que el buen Dios tuvo a bien llamarla a su lado.

Diego Torres, mi padre, fue de los llegados de Castilla después de la primera conquista, cuando ya estaba hecha la ocupación, como soldado para pacificar el Perú después del alzamiento de Gonzalo Pizarro. Al terminar aquel periodo de guerras civiles y revueltas, mi señor padre dejó la pica y el arcabuz, asentó la cabeza y, aunque nunca tuvo ni recibió encomienda, consiguió licencia para establecer hacienda en el valle de Zaña, donde fundó familia junto a mi madre y salió adelante con ella, pues era hombre esforzado, diligente e ingenioso.

Así pues, si bien legítimo e inscrito como español, soy lo que en estas tierras llaman castizo, o cuarterón, término que anuncia el cuarto de sangre india que corre por mis venas. Lejos de amilanarme, yo siempre me he enorgullecido de mi linaje y jamás he hecho mayor cosa por ocultarlo, pero es bien sabido que en este Nuevo Mundo la mezcla de las sangres, y aun la proporción de dicha mezcla, es estigma que lo persigue a uno desde la cuna hasta la tumba, y, por más que se pretenda ignorar, tiene su inevitable peso, como más adelante se verá, en el devenir de nuestras vidas.

Fue mi infancia más feliz que desdichada, como el rapaz díscolo y asilvestrado que dicen que fui, siempre corriendo por la hacienda, ideando travesuras, escurriéndoles el bulto a las faenas más ingratas y sin más infortunio que la muerte de mi madre cuando apenas contaba los doce años de edad.

Mas cuando llegué a mozo, y siendo yo el último de cinco hijos y sin posibilidad ninguna de heredar, mi padre me dio a elegir entre las dos opciones que a su recto entender más provecho me reportarían: la religión o el estudio, excusando aquella que, por mi edad y carácter, más me atraía, es decir, la carrera de las armas, por ser, según me explicó, en extremo dificultosa e ingrata.

Pese a la contrariedad de tener que renunciar a la gloria de las hazañas militares, que tan extendida estaba entre los jóvenes, sin dudarlo opté por los estudios, pues nunca he sido muy apegado a los asuntos de la Iglesia. Provisto de muchos consejos, de un ramillete de cartas y recomendaciones y de

una cantidad justa pero suficiente de dinero para vivir sin estrecheces, pronto marché a la Ciudad de los Reyes, en la que pasé varios años dedicado a ellos, o al menos conviviendo con ellos. Cursé primero las materias fundamentales de gramática, arte, filosofía, teología y latín, y con una parte de suerte, otra de diplomacia y no poca picardía obtuve la carta de bachiller, que era requisito imprescindible para acceder a los estudios de medicina en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos de Lima.

Durante tres años asistí, bien que con cierta intermitencia, a las lecciones de las cátedras de Vísperas y de Prima, donde se enseñaban los Tratados Hipocráticos, la Doctrina de Galeno y el Canon de Avicena, conocimientos que, si interesantes y valiosos para un futuro cirujano, resultaban difíciles de conciliar con la vida desordenada de estudiante en la capital del virreinato. Para un joven alocado y ávido de nuevas experiencias como yo, no era fácil sustraerse al ambiente de bribonería, pendencias y burladores que por doquier me rodeaba, ni renunciar a las mujeres de partido que llenaban sus atestadas calles, ni al riesgo y la emoción de conquistar a las damas más recogidas o a doncellas casaderas.

En una ocasión, y a cuenta de un amorío pasajero con una señora de alta cuna aunque liviana condición, vime obligado, por no mancillar su nombre, a huir de noche y cruzar desnudo el río Rímac, hazaña que me valió unas fuertes tercianas que me tuvieron postrado durante dos meses en el interior de la iglesia de la Magdalena, acogido a sagrado, donde los buenos frailes me cuidaron y rescataron de la muerte.

A causa de esa aventura, enterose mi padre de mis descarríos y mala vida y me obligó a dejar la universidad y los excesos de la Ciudad de los Reyes para regresar al valle de Zaña y a la floreciente villa de Santiago de Miraflores.

El único provecho que saqué de aquellos días, y puedo decirlo ahora, con la sabiduría que da el tiempo y la perspectiva que ofrece la distancia, fueron las muchas jornadas de práctica de medicina que, como complemento a las lecciones teóricas, debíamos realizar en el hospital mayor de Santa Ana para naturales, donde visitamos a muchos y muy variados enfermos, aprendimos los síntomas de las dolencias y padecimientos y la aplicación de remedios y específicos.

Mi padre, si bien se enojó y me reprendió con dureza, no tardó en olvidar mis descabros, me acogió con mucha benevolencia y se dedicó a buscarme una ocupación con la que pudiese tener provecho y ganarme honradamente la vida. Así, gracias a su reputación de hombre juicioso y a sus muchas amistades, consiguiome empleo de escribano con el propietario de un pequeño almacén en Cherrepe, el puerto de la villa, que hacía negocio con el abastecimiento y suministro de mercancías a los navíos que navegaban entre Chile, el Perú y la Nueva España.

Santiago de Miraflores, por su excelente ubicación en medio de las principales vías comerciales del virreinato, de la fertilidad de su tierra y los útiles sistemas de regadío que allí habían construido los indígenas, se estaba convirtiendo en una villa próspera, que atraía a muchos vecinos y hacendados de Truxillo y otras ciudades, como don Bartolomé Montes de Oca, mi patrón, que se dedicaba con mucho éxito al comercio de telas, cerámicas y, sobre todo, de los excelentes cordobanes que producían las numerosas tenerías que se habían establecido en el valle de Zaña.

Tenía mi patrón dos almacenes, uno en el propio puerto de Cherrepe, donde guardaba la mercadería que iba a ser embarcada, y otro dentro de su propiedad en la villa, en el que recibía el género y lo reservaba hasta que se decidía su destino. Y allí era donde yo pasaba la mayor parte del tiempo, dedicado a labores de escribanía. En un rincón bien iluminado que había arreglado como

despacho anotaba largas relaciones de mercancías, precios, acarreos, fletes, barcos y nombres. Cuando se acercaba algún navío con el que don Bartolomé tenía contratado un flete, debía viajar al puerto para anotar las cantidades cargadas o descargadas, y supervisar que todo se hiciera según lo acordado. El trabajo me obligaba, por tanto, a recorrer con frecuencia las siete leguas que separaban la villa del puerto, para lo que mi padre habíame regalado un tordillo castrado de pequeña alzada pero andar muy cómodo.

Don Bartolomé, a pesar del gran amor que les profesaba a los doblones amarillos, era persona a la que disgustaban las rencillas que a veces surgían entre los contratistas y se holgaba de mantener buenas relaciones con todos ellos.

—Por transigir y perder unos reales hoy —solía decirme—, ten la seguridad de que mañana ganaré el doble.

Y así se me pasaba el tiempo, entre días ajetreados y otros tan aburridos que, por entretenerme, me dedicaba a escribir cartas de amor a algunas mozas casaderas de la villa, a hacer vanos corrillos con otros jóvenes de mi edad e incluso ayudaba, algunas veces, a los mozos con la carga y descarga de la mercancía.

Poco sospechaba yo que con aquel fastidioso oficio la araña habría de poner un hilo tan sutil como primordial en mi destino, pues me hallaba un día ayudando a los mozos a amontonar unos fardos, cuando un criado me avisó de que don Melchor Navarrete, ricohombre de la villa y propietario del almacén más importante del puerto, preguntaba por su buen amigo Bartolomé. Dejé lo que estaba haciendo y salí afuera para atender al caballero, a quien no ví por parte alguna, pero frente al almacén se hallaba un birlocho tirado por dos caballos y ocupado por una joven algo menor que yo. Al verla quedé mudo de la impresión, pues era mujer de una belleza tan deslumbrante como no la había visto nunca, pese a que sus rasgos proclamaban su origen Navarrete. Mas estaban estos dispuestos con tal primor que, lo que en su padre eran rudeza y vulgaridad, en ella eran delicadeza y perfección.

Observome un instante desde lo alto del carruaje y, al verme sudoroso y tan sucio como cualquiera de los mozos, me tomó por uno de ellos y me ignoró con petulancia. Vestía la damita un brial celeste de rico tejido, demasiado caluroso para el día, y se refrescaba con un abanico de hermoso bordado.

Cuando pude recuperarme de la impresión, me presenté y le indiqué que podría atenderlos mientras esperaban a don Bartolomé, lo que ni pareció interesarle ni modificó su altanería. Sus ojos claros seguían mirándome con insolencia, mas al poco cruzó por su rostro una sonrisa ligerísima que la hizo parecer más hermosa de lo que aún era.

—No será necesario, caballere —me respondió, señalando detrás de mí—, pues a lo que parece mi señor padre ya ha encontrado a vuestro patrón.

Y, acto seguido, tendió la vista al frente y se olvidó de mi existencia. Don Melchor y don Bartolomé se acercaban en amena parla. El primero, al pasar a mi lado, agachó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento y el segundo me pidió que preparase un recibo para don Melchor y me despidió sin misericordia, pues yo habría dado la vida por permanecer allí eternamente, contemplando a la que se había adueñado ya de mi corazón.

Nunca antes me había sucedido una tal pasión por una mujer como la que me poseyó por doña Elena Navarrete, que tal era su nombre, a pesar de que a mi corta edad era ya diestro en lances de alcoba. Pero siempre se han de aprender cosas nuevas en esta vida y, así, las otras mujeres que había conocido se me antojaban ser sin sabor ni color comparadas con ella, que era dama de porte garboso, el rostro angelical, la piel blanca y los cabellos de un rubio dorado igual a los granos del maíz cuando aún están tiernos. Pero lo más admirable en ella eran sus ojos, de una color cambiante según le mudase el humor: azulados en las bonanzas, grises cuando se acercaban tempestades y verdes al

ponerse el sol.

No obstante, no era fácil ganar su favor, asediada como estaba por un tropel de galanes, todos ellos, si no más hidalgos y resueltos que yo, sí más acomodados y mejor recibidos por la familia Navarrete por ser cristianos viejos de sangre limpia. Pero un corazón cobarde no conquista damas ni ciudades y, seguro y convencido de que mi futuro estaba ligado al de doña Elena, no desfallecí en la voluntad de enamorarla.

Después de varios meses de cortejo, de festejarla y pretenderla sin desanimarme en el empeño ni amilanarme por la indiferencia y los desaires con que pagaba mi fervor, por más que a veces los matizase con promisorias sonrisas y miradas cautivadoras, no había conseguido sino sostener con ella unas breves palabras, necesariamente en público, ganarme la animadversión de sus dos hermanos, que veían en mí a un advenedizo en busca de dote, y, sobre todo, atiborrarme de oír misas, rosarios y novenas en las muchas iglesias y conventos de Santiago de Miraflores que mi piadosa dama gustaba de visitar. A tantas liturgias asistí por estar cerca de ella, que con creces pagué la deuda contraída con el Altísimo en mis irreverentes años de estudiante. Y así habrían seguido las cosas quién sabe por cuánto tiempo, si lo que damos en llamar destino no se hubiese cruzado en mi camino para trastornarme la vida en el breve espacio de una conversación.

Ocurrió que una mañana de domingo doña Elena había ido a misa en la iglesia de San Francisco acompañada por Inés, su sirvienta india, por su hermano Martín Navarrete, mozo poco más o menos de mi edad, y por un tal Abel Hinojosa, buen amigo de Martín y hombre con fama de fanfarrón y mirada de hiena con el que había tenido, a causa de mi hermana Josefa, unas pocas palabras e incluso más que palabras. Y andando el tiempo habría de tener tales diferencias con él, que más me habría valido darle de estocadas y echar su cuerpo al arroyo.

Al salir del templo, se detuvo el grupo en el centro de la plaza, bajo la sombra de un frondoso cedro, para saludar a un caballero santiaguense, y yo aproveché el momento para acercarme a ellos y presentarle mis respetos a doña Elena. Al hacer la reverencia barrí el suelo con el ala del chapeo, como manda la cortesía, y le dediqué un cumplido.

—Nuestro Señor se complace en iluminar la mañana con vuestra presencia, mi señora —le dije.

Estaba ese día alegre mi amada, sin las ganas de otras veces por mortificarme, y recibió mi cumplido con una bella sonrisa que ocultó, decorosa, tras el abanico.

—Y que de ello nos aprovechemos todos, señor Torres —me respondió con muy buena disposición. Parece que la estuviera viendo allí plantada, con un brial esmeralda a juego con su cutis blanco y su cabellera rubia, envuelta en un halo luminoso tal el que rodea a las vírgenes de los cuadros.

Mas al pronto su hermano Martín intervino con mucha ligereza y no poca descortesía.

—¿A qué señora os referís, señor Torres? —preguntó con la voz suave, en exceso amable, la mirada astuta y una sonrisa hipócrita bajo el bigotillo.

Dado que allí sólo había dos mujeres: doña Elena y su criada Inés, la pregunta planteada era ofensiva de todo punto. Ofendía a su hermana al ponerla a la altura de la sirvienta, y también a esta, pues la dejaba en evidencia. Dudé unos instantes en decidir qué respuesta darle y preferí finalmente ofrecerle una salida que fuera honorable para ambos.

—¿Acaso lo dudáis, don Martín?

Alzó una ceja el Navarrete, haciéndose el sorprendido, se atusó el bigote con el dedo pulgar y dejó escapar las palabras con el mismo tonillo melifluido y burlón de antes:

—Por cortesía lo pregunté, señor Torres, pues sé que entre indios y cuarterones bien os entendéis.

Su amigo Hinojosa rio la salida con mucho descaro, pero el caballero santiaguense torció el gesto y

los miró con severidad.

—Señor, guardad las risas para mejor momento —dijo—, y vos, don Martín, mejor sería que cuidaseis los modales.

Agradecí al caballero sus buenas intenciones, pero las palabras no son como las velas, que al igual que se largan se recogen; al contrario: una vez arrojadas ya no se pueden retirar. Y las de Martín Navarrete eran ofensa pública, difícil de lavar. Pero más difícil de borrar en mi ánimo fue la leve sonrisa que iluminó los labios de doña Elena. Una puñalada no me habría hecho más daño. Y como el despecho no es buen consejero, respondí a su hermano con afilado desafío.

—De lenguas sucias están los cementerios llenos, don Martín. —Y llevé la mano a la empuñadura de la daga, que era costumbre acompañarse de ella hasta para ir a misa.

Lo honorable en este caso habría sido callarse y dejar la partida en tablas, o fijar fecha y hora para un duelo entre caballeros, sin damas por delante y con padrinos de fiar. Y tengo para mí que si hubiera estado solo don Martín, quizá nada habría sucedido, ya que, aunque caprichoso y muy pagado de sí mismo, era inconstante y con facilidad mudaba de opinión; pero Abel Hinojosa le susurró algo al oído y Martín Navarrete engalló la cabeza, desenvainó un espadín muy adornado que portaba y se abalanzó sobre mí.

En un momento nos enzarzamos ambos en mortal contienda, sin que hubiera dado tiempo a nadie de detenernos ni evitar la riña. Tiróme el Navarrete un puntazo con muy malas intenciones que paré casi con los gavilanes de la daga y un segundo tajo que también logré desviar sin mucho apuro. Por el rabillo del ojo veía que doña Elena, muy pálida, gritaba algo que no entendí y que el caballero e Hinojosa se le habían acercado y la atendían y consolaban mientras nosotros seguíamos enzarzados en la lid. Yo me movía con rapidez y giraba alrededor del Navarrete, evitando ponerme al alcance de su espadín, que era un palmo y medio más largo que mi cuchillo. Hizo con él varios molinetes, alcanzóme con uno de ellos en el hombro, y, viéndome herido, me lanzó dos, tres y hasta cuatro mandobles cruzados muy violentos aunque un tanto alocados, ya que con el último alzó el espadín en demasía y dejó muy desprotegida su guardia. Yo, que había ido retrocediendo ante sus embates y amagaba el cuerpo hacia uno y otro lado, aproveché el descuido. «Ahora o nunca», pensé, y, agachándome, di un paso largo con el pie derecho y le lancé una estocada baja que mordió su costado.

Tan deprisa como había comenzado terminó el combate, pues mi adversario trastabilló, perdió fuerza y empuje y no hubo más porque doña Elena, a la vista de la sangre, se desasíó del caballero y se interpuso entre nosotros con dramáticos ademanes.

—¡Auxilio! —exclamaba ella, dedicándome miradas tan iracundas que me dolían más que el corte recibido.

—Muerto es don Martín por la mano de un bellaco —gruñía el Hinojosa, arrodillado junto a su amigo.

Con el jaleo de la lucha y las voces de doña Elena, pronto se formó corro a nuestro alrededor y dos alguaciles, desarmándome y prendiéndome, me llevaron consigo.

A causa del lance y de las denuncias que se hicieron, formáronme causa criminal, sufrí un proceso harto retorcido y fui condenado a cinco años de reclusión. Ante sentencia tan injusta, mi buen padre habló con el corregidor de Santiago de Miraflores, con oficiales de la Real Audiencia de Lima e incluso visitó a uno de los oidores del virreinato; pero como donde fuerza hay derecho se pierde, de nada sirvieron sus oficios, pues en todos los caminos se tropezaba con las influencias y los dineros de

don Melchor Navarrete, empeñado en hacerme pagar cara la cuchillada que estuvo a un tris de llevarse a su hijo.

No me quedó otro remedio que resignarme a cumplir aquellos años de encierro y, lo que me pareció peor, a perder el favor de mi amada, que si bien nunca se había mostrado muy propicio, a partir de entonces me fue del todo esquivo. Su desapego me tuvo durante un tiempo triste y apático. Yo procuraba entretener las horas con cualquier pasatiempo, por ridículo que fuera, desde los juegos de azar hasta las pláticas más insustanciales.

Sin embargo, empezase la tarea que empezase, no había día en que mis pensamientos no me condujesen a ella. Si era el juego de naipes, las espadas me recordaban el duelo; si contaban los fanfarrones lances de alcoba, su imagen se me hacía presente; el azul del cielo me recordaba a sus ojos; una cabellera rubia, por más sucia y piojosa que estuviese, me hacía pensar en la suya; el timbre de las voces femeninas, que en la entrada del presidio preguntaban por sus hombres, hacía galopar mi corazón. ¿Tanto era el amor que le profesaba? ¿Acaso a ella no podía olvidarla como olvidé a otros amores anteriores? Me atormentaba meditando en que no era la prisión el lugar más apropiado para olvidar un amor, y me abatía pensando los muchos años de reclusión que me quedaban por delante, sin una ocupación, sin nada que hacer y, aún peor, sin poder hacer nada por conquistar su favor. En los momentos más sombríos me daba por pensar en los muchos galanes que la estarían cortejando, dedicándole relamidas atenciones y desplegando todas sus plumas para ganar su corazón, y me desesperaba imaginando las sonrisas con que ella les recompensaría y temiendo el día en que se prometiera con algún pisaverde, sin que pudiera hacer mayor cosa para evitarlo. Y aunque el paso del tiempo es remedio que cura todos los males, y poco a poco fui recuperando el ánimo y alejando las sombras, lo cierto es que no conseguía arrancarme del todo la espina de la pasión que por ella sentía.

Mas dejaré de lado a mi amada doña Elena, que ya habrá tiempo de hablar más largamente sobre ella, para volver a la araña del destino que, mientras yo me regodeaba en mis desdichas, tejía en silencio la tela que habría de enredarme. Así, lo que mi padre no consiguió con sus apelaciones y una considerable sangría de su hacienda en dádivas a secretarios y escribanos, habría de hacerlo la providencia por medio del mismísimo virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, que estaba haciendo un esfuerzo muy importante por ayudar a don Álvaro de Mendaña en su empeño de viajar por segunda vez a las islas Salomón.

La empresa de Mendaña, como más adelante supe, tenía una historia larga y accidentada, pues don Álvaro había explorado aquellas islas en el año de mil quinientos sesenta y ocho en una expedición que partió en busca de la mítica Tierra Austral.

La azarosa travesía duró más de dos años, al cabo de los cuales los expedicionarios regresaron diezmados y divididos, sin riquezas que mostrar y sin haber hallado el continente austral, pero con la asombrosa noticia del descubrimiento de un archipiélago lleno de posibilidades comerciales, que no podía ser sino la antesala del continente; entusiasmo que, dados los escasos resultados prácticos del viaje, las autoridades no compartieron.

Sin embargo, don Álvaro no se desanimó por la frialdad con que fue acogido su descubrimiento y viajó a España para ver al rey don Felipe, de quien consiguió unas muy amplias capitulaciones que lo autorizaban a armar una flota para poblarlas y colonizarlas, y le otorgaban el título de Adelantado de las islas Salomón y de todos los territorios que pudieran descubrirse más al sur.

Sin embargo, las reales capitulaciones, por sí solas, no eran garantía de nada, ya que establecían que la expedición se hiciese a costa del marino, con su esfuerzo y su fortuna, y no de la Real Hacienda. Arduo escollo al que pronto se sumó la enemistad del nuevo virrey de Perú, don Francisco de Toledo, que obstaculizó y dilató claramente los planes del Adelantado, a pesar de la autorización del monarca.

Durante años luchó don Álvaro sin resultado contra la voluntad del virrey y contra otros obstáculos y calamidades que, como las pulgas en el perro flaco, se cebaron con él.

Mas al fin el sueño de retornar a las islas Salomón pareció encaminarse a buen puerto merced a la conjunción de dos hechos felices. El uno fue su matrimonio con Isabel Barreto, mujer joven, arrojada y con buena hacienda, asunto nada baladí, pues que la de don Álvaro se hallaba muy menguada. Y el segundo fue el advenimiento del virrey don García Hurtado de Mendoza, que era pariente de su esposa y pronto se interesó por la empresa y le concedió su eficaz apoyo y patrocinio. Así, casi un cuarto de siglo después, y gracias a la autorización y la importante ayuda del virrey con medios, barcos y bastimentos, don Álvaro pudo hacer realidad su sueño de organizar la segunda expedición a las islas de Poniente.

Pero como lo cortés no quita lo valiente, y dadas las dificultades que el Adelantado estaba teniendo para reclutar a la dotación, el virrey vio en la empresa una ocasión a propósito para librarse de los muchos rufianes que llenaban las prisiones del Perú y dio carta de libertad a cuantos quisieran enrolarse en ella.

Aquel inesperado perdón virreinal fue como lluvia caída del cielo sobre la aridez de mi espíritu, una oportunidad que no podía desaprovechar, pues, aparte de que una expedición al confín del orbe conocido se le antojaba a mi joven espíritu una aventura fascinante, me ofrecía la oportunidad de escapar a la enfermiza atracción que doña Elena ejercía sobre mi espíritu. Ya que no podía tenerla, poner una distancia insalvable entre los dos era, sin duda, mejor solución que permanecer recluido en el presidio de Santiago Miraflores, a pocos pasos de ella y recociéndome a fuego lento con mi alocada pasión.

Así que, cuando se hizo público el bando, no dudé un instante en alistarme en la expedición de Mendaña.

## 2

Por motivos que desconozco, hasta el día veintiuno de abril no me trasladaron desde la cárcel de Miraflores hasta el puerto de Cherrepe, custodiado por dos corchetes que me entregaron a los hombres de don Lope de la Vega. Este capitán había levantado bandera de enganche en los valles de Santa, Zaña y Truxillo y reclutado a más de un centenar de personas de todas las condiciones, la mayoría colonos pobres que habíanse apuntado con la ilusión de poseer tierras en unas islas tan pródigas como las Molucas, pero también a soldados bisoños deseosos de ganar fortuna y honra, a mendigos y fulleros, a unos padres piadosos en busca de almas que convertir y hasta a algunos ricohombres poseídos por la ambición de riquezas sin igual.

Cuando llegué a Cherrepe ya llevaban tres días fondeados en él los navíos de la flota, balanceándose a un par de cables de la orilla. La ensenada estaba más llena que nunca. En los almacenes del puerto, con sus bodegas colmadas de vituallas, bastimentos y pertrechos para los navíos, los contratistas no desperdiciaban la ocasión para aumentar los precios y hacer su agosto. A lo largo de la orilla se habían levantado numerosas ramadas y tiendas de lona donde se resguardaban los comerciantes que negociaban sus géneros, los oficiales reales, otros funcionarios y las familias que esperaban embarcarse en los navíos. También había multitud de tenderetes donde vendedores venidos de la villa y de la sierra ofrecían verduras, puercos, corderos, aves y otros víveres frescos para que quien quisiera se avituallase y completase su matalotaje.

Los corchetes me condujeron a través de aquel bullicio y me dejaron frente a una mesa instalada a un centenar de varas de la orilla donde se encontraba, bajo un toldo, un sargento contador encargado de anotar a los soldados en el libro de la compañía. A su lado había un jovenzuelo un poco bobalición que cuidaba los muchos pliegos que se amontonaban sobre la mesa para evitar que el viento se los llevase.

—Señor sargento, os hacemos entrega de este cautivo acogido a la indulgencia del virrey don García Hurtado de Mendoza —dijo uno de los corchetes mostrándole la cédula de libertad, al tiempo que el otro me retiraba los grilletes.

El sargento recibió el documento de manos del corchete, se tomó su tiempo para leerlo y, asintiendo con una leve cabezada, lo dio por bueno.

—Vuestro nombre —me pidió a continuación, pese a que ya lo había leído en el papel.

—Juan Torres —le respondí—, natural de la villa de Santiago de Miraflores.

El sargento anotó mi nombre y procedencia en un pliego con muchos otros nombres que tenía delante. Escribía con una letra pequeña e irregular en renglones que pecaban de torcidos.

—¿Venís por vuestra propia voluntad? —volvió a preguntarme cuando hubo anotado lo anterior.

—Sí, señor.

—¿Por qué motivo estabais preso?

—A causa de una reyerta con sangre —respondió, adelantándose a mí, uno de los corchetes.

Alzó el sargento el rostro y le lanzó una mirada poco amistosa.

—Podéis marcharos ya, mis señores —les dijo—, que yo me hago cargo de este hombre.

Cruzaron entre sí unas miradas los corchetes, encogieron de hombros y, sin despedirse, dieron media vuelta y se perdieron entre el gentío.

—Firmad aquí —me dijo el sargento, y giró el papel y me tendió la pluma.

En lugar de trazar una cruz más de las muchas que llenaban el pliego, eché la rúbrica en el espacio

que me señalaba con el índice. Quedose el soldado mirando la elegante caligrafía que trazaba mi mano, aunque esté mal que yo lo diga, y después me observó con mayor detenimiento.

—Veo que sabéis leer y escribir, señor... Torres —me dijo cuando dio por finalizado el escrutinio.

—Así es, he cursado estudios en la universidad de San Marcos, en Lima.

—Bien, bien, necesito alguien despierto, que entienda de números y cálculos y pueda ayudarme con los estadillos y anotaciones de la compañía —me dijo, rascándose el mentón con la mano, sin quitarme la vista de encima—. ¿Os creéis capaz de ello?

—Ponedme a prueba, señor sargento.

—En tal caso os tomaré como ayudante durante unos días, pues, como veréis, no es fácil encontrar entre la tropa alguien a quien acomode este menester. —Y con el pulgar señaló hacia el soldado que lo ayudaba.

Y dicho tal se levantó de la silla, salió de la sombra protectora de la lona y se volvió hacia la orilla.

—¡Cabo Hernán Vicente —gritó—, venid aquí, os lo ruego!

Al momento se allegó a donde estábamos un hombre de edad más que mediana, la barba y el pelo entrecanos, que renqueaba al caminar. Vestía un jubón sin mangas, camisa blanca, calzas cortas y acuchilladas y botas altas. Al costado siniestro portaba una espada, en cuya empuñadura apoyaba la mano, y en el diestro una daga.

—Voy a asignar al señor Juan Torres a vuestra escuadra. Acompañadlo a la Santa Ysabel, ayudadlo a acomodarse y ved que de ninguna manera abandone el puerto, pues es un preso acogido al perdón virreinal —le dijo el sargento con la voz firme y mirada inquisitiva.

—Descuidad, que conmigo estará a buen recaudo.

El sargento volvió a sentarse en la mesa y el señor Vicente, echándome muy amigablemente un brazo alrededor de los hombros, me pidió que lo siguiera hasta la orilla en busca de una barca que nos trasladase a la nao.

—¿Dónde está tu equipaje? —me preguntó mientras avanzábamos por la arena.

—No tengo más que lo que cargo encima.

—¿Cómo es eso, zagal? —se asombró, pero al punto me guiñó un ojo y soltó una risotada.

Había un continuo ir y venir de barcas, esquifes, chatas y bateles de la playa a los navíos y viceversa. Varaban en la orilla, donde los mozos y estibadores las llenaban con sacos, barricas, cajas, baúles, pipas o leña hasta colmarlas, aferraban bien la carga y las empujaban nuevamente hacia el agua. Hundidas casi hasta la regala, bogaban la escasa distancia que las separaba de alguno de los bajeles surtos en el puerto y se abarloaban a su costado para dar comienzo a la descarga.

Soldados armados con alabardas guardaban la orilla para ponerse al servicio del oficial de la Real Hacienda cuando pidiese inspeccionar cualquier alijo o fardo, y también para evitar que bajaran desertores de los navíos o subieran a bordo polizones.

Al poco de estar esperando, vimos acercarse un batel vacío y el cabo Vicente enseguida abordó al barquero para pedirle que nos llevase hasta la nao, pero este se excusó diciendo que no le pagaban por transportar pasajeros sino mercancías, que si queríamos que nos llevase a bordo debíamos pagarle cinco maravedíes, o esperar a que estuviese lleno e ir encima de la carga.

—Ni cinco ni dos, señor barquero —le dijo el cabo Vicente—, que no están los tiempos para esos dispendios.

Y ya nos disponíamos a buscar otro barquichuelo cuando a nuestra espalda alguien nos gritó que esperásemos. Al volverme vi que se trataba de un hombre alto y delgado, todo vestido de negro.

—Es el capitán Bernal Flores —me informó el cabo Vicente, mientras el hombre avanzaba con dificultad por la arena.

El capitán Flores tenía un rostro alargado, que la barba crecida y entrecana estiraba aún más, la expresión decidida y grave y el porte elegante de quien de joven debió de ser un buen mozo. Al llegar a nuestro lado saludó con formalidad al cabo Vicente, fijó apenas la vista en mí y entregó un par de monedas al barquero, indicándole que partiese. Ya fuera por el pago recibido o por la autoridad de su rango, lo cierto fue que el barquero nos invitó a subir y bogó hacia la nao sin decir esta boca es mía.

La nao en cuestión era un barco grande, de tres palos, alta de borda y con el casco pintado de franjas azules y rojas. Dejamos adelantarse al capitán Flores por la escala que llevaba hasta el portalón del combés.

—Qué navío más hermoso —exclamé al poner los pies sobre cubierta.

—Sí que lo es, aunque abajo la cosa cambia —me respondió el cabo Vicente—. Ven, acompáñame.

Cruzamos el ajetreado combés y, por una de las escotillas, bajamos al entrepuente, que era una cubierta corrida de proa a popa, de unos tres codos de altura, en la que un hombre de mediana estatura podía estar de pie sin golpearse la cabeza con los baos.

—Aquí nos alojaremos muchos soldados y colonos —me explicó el cabo Vicente, señalando a la multitud de fardos, cajones y baúles de todas las formas y tamaños, apilados y trincados en aparente desorden—. Como ves, el más lerdo vuela, y cada cual se arregla el espacio que mejor le cuadra para hacer su rancho.

Me condujo entre el revoltijo del fardaje y el movimiento de la gente hasta un espacio pegado a la banda de estribor, donde un conjunto de cajas, arcas, sacos y otros bultos acotaban una especie de camareta.

—Esta será nuestra casa, zagal.

Me entretuve observando aquel reducido espacio de tablonos embreados donde habría de vivir durante un tiempo indeterminado, quizá semanas, quizá meses, o quién sabe si de reposar en él eternamente: el curvado costado de la nao, los baos que sustentaban sobre mi cabeza la tablazón de la cubierta, la madera de las cuadernas y las falsas cuadernas, los tambuchos por donde entraba la luz, las escotillas que comunicaban las cubiertas, las escalas de madera y los muchos bultos arrumados en todas partes. Un olor fuerte y desagradable llenaba aquella cubierta, mezcla del sudor de los mozos que se afanaban en la carga, la podredumbre de la sentina y los excrementos de los animales enchiquerados, y pensé que jamás sería capaz de acostumbrarme a tal pestilencia.

Y mientras tal cosa meditaba y observaba todo con la curiosidad de lo nuevo, oía al cabo Vicente platicar con alguien a mis espaldas. De repente, de detrás de unos baúles, como si hubiera estado metida dentro de ellos, surgió una mujer morena y joven.

—Buenos días, señor —me saludó—. ¿Puedo saber quién sois?

—Buenos días, señora. ¿Y quién sois vos?

—Yo pregunté primero —dijo ella, sin ofenderse en absoluto por mi respuesta tan quisquillosa.

Aunque la luz en el entrepuente no era tan clara, pude ver bien unos ojos castaños y grandes que me observaban con frescura. Vestía una saya verde muy sencilla, de un solo cuerpo, y un corpiño negro que le comprimía el busto.

—Me llamo Juan Torres, mi señora... —Y prolongué la palabra a la espera de que ella me diera su nombre.

—Juana —dijo, sin añadir apellido ni otras señas.

—Pues, doña Juana, acabo de alistarme en la bandera de don Lope de la Vega y, según parece, aquí me quedaré si no se opone el maestro de la nao.

—Descuidad, que no se opondrá. Por cierto —añadió—, parecéis un hombre estudiado, que no necesita ganarse la vida en empresas como esta.

—No hay que fiarse de las apariencias. Lo cierto es que estaba recluso en la cárcel de Santiago de Miraflores —dijo no sin cierto orgullo—, y para recobrar la libertad me he acogido al perdón que pregonó el virrey.

Observome la mujer con más atención, como queriendo calibrar el tipo de facineroso que podía ser yo y los motivos que me habrían llevado a presidio. Y también yo me fijé en ella con largueza. Sin que se la pudiera calificar de hermosa, pues eran muy angulosas sus facciones y demasiado grandes la boca y los ojos, no había duda de la galanura de aquella mujer.

—Sea cual fuera el delito —resolvió por fin—, no parecéis ningún truhán.

—Os agradezco la benevolencia, señora.

—No es benevolencia, señor Torres, pero conozco bien a los soldados y sé que no sois de los peores —dijo ella mientras sonreía—. Mas, decidme, en esta nao viajan dos compañías; ¿en cuál de ellas habéis asentado plaza?

—Lo ignoro por completo, señora.

—¿No sabéis si vais a servir con el capitán Flores o con el capitán Mondéjar? —se admiró ella, y todo en su rostro expresaba una mofa contenida.

—Sólo sé que estaré en la escuadra del cabo Hernán Vicente, que es quien me acompaña —dije procurando ignorar su sarcasmo; y señalé hacia él, que continuaba enfrascado en su plática.

—Entonces vuestra compañía será la del capitán Francisco Mondéjar.

—Pues es al otro al que conozco —dije yo.

—¿Al capitán Flores?

—Eso es. Hemos arribado a la nao en el mismo batel.

—¿Y qué os ha parecido? —dijo ella con renovado interés.

—Si he de ser sincero, os diré que una persona seria y un poco triste.

—Triste —repitió—. ¿Nada más?

Dijo esto con una sonrisa que invitaba a la confianza, por lo que también yo me animé a bromear:

—Bueno, yo diría que los ojos llorosos son propios de quienes abusan de la bebida.

—Y las ojeras, ¿qué me decís de las ojeras? —preguntó con mucha desenvoltura.

—Que sin duda completan el retrato —respondí yo por continuar con la broma.

—Un borrachín, entonces.

—Acertáis de pleno, señora. ¿Y vos, qué hacéis aquí, en este viaje tan penoso?

—Siempre me han atraído las aventuras, señor Torres, y no temo a las dificultades. —Y ante mi sorprendida mirada añadió—: Acaso a una mujer no pueden atraerle las aventuras, como a tantos hombres como hay aquí.

—No me acuséis de pensar lo que no he dicho.

—Vuestra mirada habla por vos, caballero. Sabed que, si por fuera somos diferentes, nuestras corazones pueden ser tan esforzados como el del hombre más bizarro —dijo ella, más lo dijo con una tan amplia sonrisa que les quitaba hierro a las palabras.

Tardé unos momentos en recuperarme de la sorpresa, no sólo de lo que ella decía, sino de la libertad con que lo hacía, pues no es fácil encontrarse con mujeres que expresen opiniones comprometidas con tanta libertad.

—Reconozco que me habéis asombrado, pero si acaso alguna vez tuve dudas sobre el asunto, os aseguro que vos acabáis de despejarlas, doña Juana. —Y doña Juana agachó gentilmente la cabeza, aceptando mi galantería—. Pero, además de vuestro corazón aventurero —proseguí—, hay algún otro motivo que os haya traído a bordo: ¿viajáis con vuestra familia, sois una dama acaudalada o una pirata disfrazada de colono?

Ahora fue una risa franca la que respondió a mi disparatado comentario:

—No, señor Torres, no levantéis castillos en el aire —dijo cuando contuvo la risa—. Es algo mucho más trivial lo que me tiene aquí: soy la esposa de un soldado.

«Voto a Dios que ha de ser afortunado el soldado por tener una mujer tan ingeniosa», pensé al punto, mas guardémelo para mí y únicamente pregunté:

—¿Y puede saberse de quién?

—¿Qué importa el nombre, si no conocéis a ninguno? —dijo con un tono menos amistoso.

—Permitid que insista —le solicité yo.

Bajó el rostro y se demoró un momento en responderme, como si encerrase un significado que habría de sorprenderme. Y ciertamente así fue.

—Soy la esposa del capitán Flores —dijo por fin, alzando los ojos con desafío y cerrando la boca en una mueca ligeramente burlona.

Entonces fui yo quién quiso esconderse dentro de algún baúl y, como no había ninguno abierto, quedeme de pie frente a ella, sin saber qué hacer ni qué decir, y allí habría seguido, en tan ridícula pose, si no hubiera venido el cabo Vicente a sacarme del apuro.

—Vamos, zagal, déjate de pláticas, que volvemos a cubierta.

Y mientras salíamos del entrepuente sentía posados en mi espalda los ojos de doña Juana.

El movimiento que había en cubierta nada tenía que envidiar al del puerto. Bajo el mando del guardián, legión de mozos de carga se afanaban con la laboriosidad de las hormigas en el transporte y estiba de mercancías en la bodega de la nao. Por su parte, los marineros y grumetes, dirigidos por el silbato y las voces del contramaestre, tesaban la jarcía, daban un recorrido al navío y lo preparaban para la travesía. Y a este trajín había que sumar el ir y venir de muchos colonos que ya se habían embarcado y buscaban acomodo para ellos y su equipaje, y el de algunos carpinteros que estaban fabricando nuevas cabinas en las dependencias y cubiertas del barco.

—¿Qué es todo este ajeteo? —pregunté a mi acompañante—. Yo creía que la carga de las bodegas y el apresto de la nao se había hecho en El Callao.

—Y no te equivocas, zagal. Pero es que estamos cambiando de barco. Ven —añadió al ver la expresión de extrañeza que puse—, vayamos al coronamiento de popa.

Lo acompañé a través del combés, subimos por una escala a la cubierta del alcázar y por otra a lo alto de la toldilla, la cubierta más elevada de la nao. Nos acercamos a la borda y nos acodamos en ella. Enfrente se veían los promontorios terrosos que limitaban la ensenada, el cielo azul claro, las aguas tranquilas, ligeramente rizadas, y el movimiento de los bateles.

—Dime, Juan Torres, ¿cuántos barcos ves en el puerto? —preguntó el cabo Vicente señalando hacia los otros navíos allí surtos.

—Veo cinco, señor Vicente. ¿Por qué me lo preguntáis?

En lugar de responderme, el cabo Vicente sonrió y me hizo otra pregunta.

—¿Y cuántos crees que componen la flota?

—Supongo que los cinco que hay en la ensenada.

—¡Pues no, zagal! —exclamó, golpeándose la rodilla con la mano y riendo como un niño—. La flota está formada por cuatro navíos. Fíjate allá, en el más distante: es la galeota San Felipe, propiedad del capitán Felipe Corzo, y a su lado está la Santa Catalina, una fragata cuyo dueño es el capitán Alonso Leyva.

En efecto, allí estaban ambos navíos, que eran los más alejados de nosotros y se hallaban fondeados

casi fuera de la pequeña y abierta ensenada de Cherrepe. La San Felipe, con el casco alargado y pintado de color negro, envergaba velas latinas y tenía una sola cubierta. La fragata era el barco de más finas hechuras, su cubierta era corrida, la arboladura de dos palos y el casco franjado de negro y amarillo, como los navíos de las flotas de guerra.

—La siguiente es la San Jerónimo, la nao capitana, de doscientas cincuenta toneladas —prosiguió el cabo Vicente, señalando a una hermosa nao de tres palos que parecía, por el tamaño, la madre de las otras dos, e iba adornada con el pendón real y las armas de don Álvaro de Mendaña.

—Parece un barco algo viejo —comenté.

—Viejo pero recio, zagal. Esa nao tiene varios años de servicio a la Corona —dijo el cabo Vicente—, pues se cuenta que fue uno de los navíos que lucharon contra el pirata Francisco Dráquez. Y por último —continuó—, esa que está más cerca de la orilla, algo escorada, era la nao Santa Ysabel, mandada por don Lope de la Vega, nuestro capitán.

—¿No es este barco la Santa Ysabel, señor Vicente? —preguntele asombrado.

—He dicho «era», zagal. Esa de ahí era nuestra nao almiranta hasta hace un par de días, y nos trajo desde El Callao hasta aquí.

—¿Y por qué habéis cambiado de embarcación? —pregunté yo, intrigado por asunto tan chocante—. ¿Acaso se ha malogrado en la travesía?

—A eso voy, no seas impaciente —dijo el cabo Vicente—. En estas pocas singladuras que llevamos navegadas los marineros no han hecho sino quejarse de ella, jurando que es un cascarón podrido que no aguantará ni cien leguas sin descuadernarse, cuanto menos una travesía de mil quinientas. No han parado de murmurar, e incluso dieron en ponerle de apodo «el Ataúd».

—Muy negro ha de ser el humor de estos marineros —comenté yo.

—Es difícil entenderse con ellos, zagal; se burlan de nosotros y, cuando estorbamos su faena, nos apartan sin consideración —dijo el cabo Vicente, y a continuación me contó los hechos acaecidos en el puerto de Cherrepe los dos últimos días.

Ocurrió que al arribar al puerto estaba fondeado en él un barco de reciente fábrica y sólido porte llamado Virgen de la Candelaria, que cargaba mercaderías para hacer viaje a Panamá y Acapulco. La presencia de esta nave tan nueva y hermosa despertó la codicia de don Lope de la Vega, que quiso cambiarla por la Santa Ysabel y poner fin al rosario de quejas que recibía de la gente de mar. Y así como lo pensó, se fue a buscar al adelantado Mendaña para proponérselo, pero este se negó a cometer semejante atropello y despachó a don Lope sin hacer caso de su proyecto. Sin embargo, don Lope no se dio por vencido: no quería arriesgarse a cruzar la Mar del Sur en un cascarón podrido y con tan siniestro apodo, por lo que esa misma noche mandó barrenarlo en secreto y a la mañana siguiente volvió a la carga ante el adelantado Mendaña, exigiéndole más que rogándole que se apoderase de la Virgen de la Candelaria merced de la autoridad con que había sido investido. Se resistió el Adelantado, alegando que las capitulaciones reales no eran una carta de corso; insistió don Lope, que logró poner a su favor a doña Isabel Barreto, y por fin entre los dos lograron mover su voluntad. Así que a la mañana siguiente expropiaron el navío a su armador, un clérigo llamado Alfonso de Valencia, contra un pagaré que prometía la entrega, a la vuelta de la expedición, del duplo del valor de la nave confiscada.

El buen hombre, sintiéndose objeto de un expolio, intentó primero oponerse con súplicas y protestas, denunció después el hecho ante el alguacil mayor del puerto y amenazó con llegar hasta los reales oidores; mas luego, entendido que hubo lo amplio de las capitulaciones de Mendaña y la esterilidad de cualquier resistencia, encolerizado y a grandes voces elevó un ruego a Nuestro Señor, con vehemente solemnidad, para que la nao nunca llegase a salvamento. Y aunque tan terrible oración

no le devolvió la posesión de su barco, tuvo el efecto de atemorizar a no pocos de los colonos y tripulantes hasta el punto de que algunos de ellos intentaron desertar.

—Además —prosiguió el cabo Vicente—, durante el acarreo del cargamento de una nao a la otra se han producido mil y una pillerías, pues una buena parte de la carga de la Virgen de la Candelaria se ha saqueado y el resto se ha abandonado sobre la playa sin mayor cuidado ni reparo, exponiéndola a las raterías de los truhanes y desocupados que inundan esta improvisada Babel.

—¿Y don Álvaro ha permitido que ocurra todo esto? —pregunté sorprendido, pues me parecía de justicia la queja del clérigo. Yo no era marinero ni entendía de asuntos náuticos, pero la diferencia entrabas naos resultaba notoria. El Ataúd destilaba senectud y longevidad por los cuatro costados, mientras que la nao expropiada era un navío de nueva construcción, con las cubiertas y palos recién barnizados, la pintura del casco flamante, la jarcia y aparejos en perfectas condiciones y unas formas esbeltas y muy modernas.

—El Adelantado se ha dejado vencer por la determinación de los demás. Me da que a don Álvaro su señora esposa lo tiene muy bien esposado —bromeó el cabo Vicente, bajando la voz y guiñando un ojo—. En fin, dicen que es hombre recto y formal, austero y muy rezador —prosiguió ya con más seriedad—, pero que no desea enemistarse con nadie; al contrario, en bien de la empresa busca a toda costa mantener la paz y buena armonía entre los principales, y eso lo está obligando a hacer concesiones que en otras circunstancias quizá no haría.

—Mal comienzo para una travesía tan larga y arriesgada —me atreví a opinar.

—Eso mismo pienso yo —dijo el cabo.

Al día siguiente bajé a tierra para ayudar al sargento Enríquez en sus tareas. Sentado entre él y Mateo Conejero, el soldado que lo ayudaba a poner piedras sobre los papeles, me encargaba de pasar a limpio el estadillo de todos los soldados embarcados en la nao, con sus pertenencias y el matalotaje subido a bordo, ordenándolos en función de la compañía a la que pertenecían: la del capitán Flores o la del capitán Mondéjar.

El día, aunque soleado, no resultaba agobiante, pues soplaba una brisa juguetona que hacía flamear las lonas y tendales y se llevaba hacia tierra el mucho polvo que levantaba la multitud que abarrotaba el puerto.

Estaría mediada la mañana cuando me pareció ver en medio de tan ajetreado bullicio una cara conocida. Alcé la cabeza y, mirando con más solicitud, pude reconocer al mismísimo don Melchor Navarrete. Con él venían, haciéndole séquito, sus dos hijos varones, Miguel y Martín, y el señor Abel Hinojosa.

No los había visto desde el día en que tuvimos la reyerta y me impresionó observar que Martín caminaba un poco encogido, mostrando mucha debilidad, como si aún le molestase la herida. Avanzaban hacia nosotros siguiendo la orilla y, cuando estaban como a unos veinte pasos del tenderete, Martín Navarrete me vio. Al punto se detuvo, me señaló y se dirigió hacia mí gritando.

—¡Un fugitivo! —exclamaba a medida que se acercaba, seguido de los demás, con voces que destacaban por encima del bullicio general.

—¡Aquí los alguaciles! —lo secundó el Hinojosa desde detrás, que también me había visto—. ¡Un fugitivo!

Miguel Navarrete detuvo a su hermano para evitar que se me encimase, pero el índice de Martín seguía señalándome mientras pregonaba que allí había un presidiario juzgado y condenado.

Los curiosos se volvían a ver qué sucedía, y pronto hubo un nutrido corro a nuestro alrededor.

Cansado de tanta bulla, me levanté dispuesto a responder a Martín Navarrete como se merecía cuando un alguacil menor y dos ministriles allegáronse junto a los Navarrete. Atendiendo a la acusación que Martín seguía lanzando sobre mí o quizá al predicamento y dignidad de su padre, el alguacil menor ordenó a sus ayudantes que me prendiesen.

—Alto, mis señores —les dijo el sargento Enríquez, levantándose y encarándoselos—. Este hombre está alistado en la bandera de don Lope de la Vega.

Los ministriles se detuvieron y miraron hacia el alguacil, que pareció dudar un momento, pero la insistencia de Martín Navarrete en inculparme lo animó a continuar.

—No tenéis autoridad para prender a este soldado —advirtió el sargento Enríquez, sin querer añadir mayores explicaciones, y con un gesto reclamó la ayuda de unos soldados que estaban cerca.

Acercáronse tres o cuatro de ellos y al momento vinieron otros tantos, que flanquearon al sargento Enríquez con los brazos en jarras. Don Melchor Navarrete, que se había mantenido en silencio, observando la escena con rostro ceñudo y severo, puso la mano en el brazo de su hijo haciéndolo callar con tan simple gesto.

—Vámonos, Martín —le dijo—, que estamos llamando la atención de mucha gente.

Se resignó Martín y alejáronse los Navarrete. Tras ellos se fueron los alguaciles, se apartaron los soldados y retiráronse los curiosos. Sin embargo, cuando se hubieron marchado todos, vi que Abel Hinojosa aún permanecía en pie frente a nosotros.

—¿Qué se os ofrece, señor —le preguntó el sargento Enríquez mientras volvíamos a sentarnos—, no habéis tenido ya bastante diversión?

Dio Hinojosa un paso al frente y se allegó hasta la mesa.

—Vengo a alistarme —respondió el Hinojosa con mucha altanería, pero mirándome a mí en lugar de a él—, por eso me acompañaban mis amigos. —Y señaló más allá, en medio del gentío, donde, en efecto, lo estaban esperando los don Melchor y sus hijos.

La sorpresa me dejó sin habla, y no sólo porque el haber visto a los familiares de doña Elena hubiera reabierto de golpe unas heridas que iniciaban su curación, sino porque había considerado al Hinojosa el último hombre de Miraflores dispuesto a enrolarse en una empresa tan arriesgada. Pero al instante me sacó de mis reflexiones el sargento, que le había pedido su nombre, filiación y demás documentos y licencias que se requerían para embarcar en la expedición. Mostróselos diligente el Hinojosa, mas, antes de anotar su nombre en el papel, Enríquez volvió a preguntarle si estaba seguro de lo que hacía.

—Acaso me tomáis por necio, señor. ¿Qué otra cosa puedo estar haciendo aquí?

—Bajad esos humos, don Abel —dijo el sargento con mucho retintín; y señalándolo con la caña de la pluma prosiguió—: os lo pregunto porque una vez hayáis firmado ya no podréis volveros atrás, y, si lo hacéis, seréis declarado desertor y perseguido por la justicia ordinaria en todo el virreinato. —Y sin esperar su confirmación comenzó a inscribirlo en el pliego que tenía delante.

Mientras eso hacía, yo recuperé la voz y le pregunté a Hinojosa si es que se había quedado sin caudales para dar un paso tan temerario.

—No, señor Torres —respondió con una sonrisa muy torcida—, es que voy siguiendo a mi amada doña Elena.

Oír aquella frase me provocó unos celos tan bruscos que sentí deseos de saltarle al cuello y estrangularlo.

—Firmad aquí —le exigió el sargento, y una vez lo hubo hecho le informó de que la flota zarparía por la mañana del siguiente día—. Espero —concluyó— que no tengamos que demorar la partida para buscaros.

—Descuidad, que allí estaré.

Y, dejándome mohíno y apesadumbrado, dio la vuelta y se marchó en pos de los Navarrete: ¿cómo era posible que doña Elena pudiera prestarle atención a semejante bellaco?, y apretaba los puños y me mesaba los cabellos. Mas, en cuanto logré sosegarme y recobrar la cordura, descarté tan grotesca idea. Estaba seguro de que la dama jamás pondría sus ojos en él. Sólo el afán de mortificarme podía haberlo llevado a vanagloriarse de ello, pensé, aunque tal pensamiento no consiguió desterrar de mi corazón la desazón de los celos. No obstante, una pregunta iba abriéndose camino poco a poco en mi caletre, hasta adquirir forma y sonido: ¿no había dicho el bribón que se enrolaba por seguirla a ella? ¿Adónde? ¿Acaso doña Elena...?

—¿Qué os pasa —me preguntó entonces el sargento—, os ha hecho algo este caballerete?

—De caballero tiene poco, señor sargento, podéis estar seguro —le respondí con firmeza.

En todo caso, pronto supe que, aparte de la arbitraria expropiación de la Virgen de la Candelaria, la falta de firmeza de don Álvaro estaba dando a pie a que se cometieran ciertos abusos y desafueros que, sin yo saberlo, explicaban la presencia de don Melchor y sus hijos en el puerto, que no había sido fortuito, sino un hilo más en la red de mi destino.

Sucedió que capitanes de los otros navíos, y en especial don Lope de la Vega, habíanse apropiado sin ningún sonrojo de muchas mercancías que había en los almacenes de Cherrepe esperando a ser fletadas a otros puertos. Tales acciones consiguieron despertar la ira del alguacil mayor del puerto, vecino de Santiago Miraflores, que si en el asunto del clérigo no había movido un brazo, en cambio no quiso consentir el expolio que se estaba cometiendo en los almacenes de sus vecinos y amigos, y se enfrentó a don Lope, amenazando con prenderlo y encerrarlo.

Para que la cosa no fuese a más, el propio Mendaña hubo de bajar a tierra, poner coto al saqueo y calmar al alguacil mayor, lo que no fue tarea fácil.

—Los atropellos que vuestros capitanes están cometiendo pueden convertir a cualquiera en huésped de prisión —protestaba el alguacil mayor—, pues debéis saber que son delitos penados y perseguidos por las leyes de este reino

—Tranquilizaos, señor alguacil —le respondió el Adelantado—, que yo os doy mi palabra de que nadie volverá a llevarse un solo bulto de ninguno de los almacenes.

—¿Y qué más van a llevarse ya si los han despojado de todo? —insistía el alguacil—. Hay caballeros muy respetados en esta villa que por vuestra culpa están a pique de arruinarse.

Y le requería a don Álvaro que fueran devueltas todas las mercancías robadas. Pero los capitanes se negaban a hacerlo bajo el argumento de lesa necesidad. Pidió el alguacil que se indemnizase a los comerciantes, negáronse nuevamente los capitanes y don Álvaro, que no quería enfrentarse con ellos, intentaba mediar con promesas y buenas palabras hasta que logró llegar a un acuerdo de futuras reparaciones que, si no convenció del todo a los almacenistas, al menos los calmó.

A todos menos a don Melchor Navarrete, que, por tener el mayor y más surtido almacén, había sido también el más perjudicado y de ninguna manera lo resarcirían de las pérdidas las reparaciones acordadas con los demás.

—En mi factoría tenía géneros por valor de más de dos mil ducados y había acordado varios fletes muy lucrativos —se quejaba el comerciante—, y vuesa merced no me ofrece ni un cuarto de lo que valen.

Asentía don Álvaro con la cabeza, se mesaba las barbas y con paciencia, con la paciencia acumulada a lo largo de veinticinco años, la paciencia que necesitó para tratar con cinco virreyes y un monarca, le respondió a don Melchor sin alterarse y sin alzar la voz:

—Os indemnizo mejor que a ningún otro comerciante de Miraflores, señor Navarrete, y las

compensaciones que os propongo no son vagas ni vanas, que las sustentan mi palabra y el acuerdo que se os entregará por escrito. Pensad que a mi regreso podéis ganar una fortuna.

—Si es que regresáis.

—Todos arriesgamos mucho en este envite.

Pero las razones del Adelantado no terminaron de convencer a don Melchor, que desconfiaba de recuperar lo perdido. Mas lo que no pudo lograr el Adelantado don Lope lo consiguió con otras razones. Don Lope de la Vega, que conocía desde hacía años al ricohombre y sabía de su ambición, le propuso que se uniese a la expedición y considerase las mercaderías expropiadas como su particular inversión en la empresa. Hízole ver también otras ventajas de sumarse a la aventura: el lugar privilegiado de las Salomón para el comercio marítimo, cruce de caminos entre las Indias de Oriente y Occidente, la riqueza de aquellas tierras sin explotar y, conociendo el punto flaco de don Melchor, que era el deseo de casar a su hija con alguna familia de renombre, indicole también la soltería de dos de los hermanos de doña Isabel Barreto y de otros varios oficiales de probada hidalguía que viajaban en los barcos. Por último, se comprometió a buscar acomodo para él y sus acompañantes en su nao y espacio en su bodega para que embarcase cuantos bienes estimara oportuno. Y Melchor Navarrete, que entendió que no habría otra forma de recuperar su dinero y, como buen comerciante, sopesó los posibles beneficios, acabó por aceptar el arreglo que le ofrecía el capitán.

Y así, a causa de aquel inesperado suceso coincidí con la dueña de mis afectos en la jornada de las islas de Poniente.

Don Melchor Navarrete, que habíale tomado con largueza la palabra a don Lope, llevaba tan amplio matalotaje que hubieron de moverse bastantes cosas en la bodega para acomodar los muchos baúles de ropa y efectos personales que portaba: tres cochinas preñadas, otros tantos borregos, cántaras de vino y aguardiente, miel, aceitunas en salmuera, higos, almendras, otras muchas viandas y dos cajones llenos de bisutería para cambiar con los indígenas cuando llegásemos a nuestro destino.

Con don Melchor viajaba toda la familia excepto su hijo Miguel, al que dejaba a cargo de dirigir y encumbrar nuevamente el negocio en el Perú. A media tarde subieron todos por el portalón del combés y cruzaron en procesión entre los curiosos que llenaban la cubierta: abría la marcha don Melchor, digno y elegante; seguíalo su hijo Martín con la cabeza muy alta y engallada; detrás iba su esposa, doña Mercedes, con la expresión triste y resignada; doña Elena y su criada Inés, y cerraba la comitiva un pomposo Abel Hinojosa, a quien el sargento Enríquez, en una ocurrencia con muy poca gracia, había asignado también a la escuadra del cabo Vicente. «Vamos a meter a estos dos gallos en el mismo gallinero», había dicho aquella mañana riendo muy cachazudo. En todo caso, yo no tenía ojos más que para doña Elena. Poder admirar la belleza de su rostro, que durante meses había estado tratando de componer en mi imaginación, y dejarme fascinar por la elegancia de su porte, el color de sus cabellos, el arrebol de su cutis al sentirse expuesta a tantas y tan ávidas miradas, el aleteo nervioso de su nariz y el reflejo esmeralda de sus ojos hicieron de mí el hombre más dichoso del mundo, a pesar de que ella no reparó en mí ni miró hacia otro lugar que no fuera la espalda de su madre. Sin embargo, estaba seguro de que su presencia en la expedición, y precisamente en aquella nao, no podían significar sino que la providencia nos había unido, pues ¿qué otra explicación podría tener semejante coincidencia?

Al fin entraron todos en el alcázar, para acomodarse en la amplia cabina que don Lope había dispuesto para ellos, y al momento los perdí de vista.

—Mucho te has fijado en esa señora —me dijo el cabo Vicente con algo de guasa.

—Me distraía con la comitiva, señor Vicente —respondí, tratando de esquivar su curiosidad.

El cabo me dio una palmada en la espalda y me llevó hacia la borda de estribor para observar cómo

la flota levaba áncoras, largaba velas y zarpaba; y despedirnos, quién sabe si para siempre, de Cherrepe, del valle de Zaña y de la villa de Santiago de Miraflores.

Restaba solamente hacer aguada, de la que iba escasa la flota, y para ello navegamos a la vuelta del norte en demanda del puerto de Paita. Allí se llenaron todas las pipas vacías y aún se compraron algunas más para completar la provisión de agua de los navíos. La Santa Ysabel embarcó un total de seiscientos ochenta pipas castellanas, de veintisiete arrobas y media de agua cada una, y se estibarón en filas de a tres en la bodega baja, cuyo puntal parece diseñado a tal propósito, pues entre la fila superior y los baos de la siguiente cubierta apenas cabe una mano.

Y siguiendo el hábito que empezaba a ser costumbre, también en este puerto hubo confusión y desgobierno a causa, esta vez, de un altercado entre los principales de la flota y del que, por ocurrir en la capitana, nos llegaron solamente rumores. El asunto tuvo que ver con unas palabras ofensivas que, por cuestión de competencias, hubo entre el maese de campo y el piloto mayor de la flota, don Pedro Quirós. Según lenguas, el ofendido piloto decidió abandonar la empresa, se desembarcó y alojose en una posada del puerto con su mujer y su bagaje. Durante más de dos días estuvieron don Álvaro y su esposa y otros señores haciéndole ruegos y promesas por lograr convencerlo, hasta que al final desistió de su propósito y consintió en volver. Y no fue mala su elección, a fe mía, pues que quizá haya sido el único en ganar fama y honores con esa jornada.

También allí, en el puerto de Paita, tuvo lugar el matrimonio entre don Lope de la Vega y la señora doña Mariana, cuñada del Adelantado. Don Lope era un hidalgo venido de España en su juventud. Tenía la estatura mediana, el cuerpo macizo y una cabeza ancha sobre un cuello pequeño. Era además hombre inteligente, con facilidad para el trato de gentes, que habíase labrado una reputación de capitán eficaz y organizado en asuntos de guerra con los indios y otras cuestiones del gobierno de la provincia. Estas virtudes, junto al matrimonio con doña Mariana, le habían ganado la confianza de Mendaña, que lo nombró capitán de la Santa Ysabel y almirante de la flota.

La ceremonia se celebró la víspera de la partida, en la explanada que hay frente al puerto. Ante el vicario de la flota y una multitud de más de trescientas personas, el Adelantado acompañó a doña Mariana hasta el altar para entregarla a su futuro esposo. En la clara y soleada mañana fueron dichas las amonestaciones, entregadas las arras y unido el sagrado lazo entrambos dos. Cuando don Lope abrazó cortésmente a doña Mariana se gritaron vítores y se lanzaron bonetes al aire.

Mas al fin la ceremonia no sirvió para nada, pues el Adelantado les impuso a los cónyuges el sacrificio de viajar separados, sin tener trato carnal en tanto la expedición no alcanzara su objetivo. Tal providencia pareció un disparate al desposeído don Lope, que protestó airadamente por ello, y provocó las súplicas de doña Mariana, enviadas a través de su hermana Isabel, pero el piadoso don Álvaro mantúvose firme en esto, que no en otras muchas cosas, y le respondió que él sería el primero en dar ejemplo.

—Sí, mi señor don Álvaro —le replicó con insolencia el capitán—, pero vuesarced viajará en el mismo navío que vuestra esposa, separados por el grueso de un mamparo, mientras que doña Mariana y yo estaremos distanciados por el espacio que media entre dos navíos.

No gustó al Adelantado aquella réplica, mas contuvo la irritación y con mesura le contestó que se hiciera a la idea de que entre él y su esposa ese mamparo sería igual a la inmensidad del océano.

### 3

La madrugada del dieciséis de junio de 1595, si la memoria no me falla, aprovechando el fuerte terral que soplaba a aquella hora, hiciéronse por fin a la mar los cuatro navíos de la flota de Mendaña con rumbo a las islas de Poniente.

Después de una noche de celebraciones, de mucho vino trasegado por la boda de nuestro almirante y de los excesos de una tripulación alborotada por el último día en tierra, llegó el momento de la partida. A fuerza de gritos y pitidos, y estimulados por los golpes de rebenque que el contramaestre y el guardián repartían sin rastro de cristiana caridad, la Santa Ysabel fue lentamente desperezándose del letargo de varios días anclada en la bahía de Paita.

Desde el alcázar de popa, como un rey aposentado en su trono, el piloto dirigía la complicada maniobra de embocar la salida del puerto, y mientras unos marineros levaban las anclas asidos al cabrestante como galeotes a los remos, tensando sus músculos en un esfuerzo ímprobo, otros halaban de los cabos, soltaban trapo o tomaban rizos y esotros trepaban por los palos y vergas con la habilidad de los monos que venden en los mercados de todo el virreinato. Flanqueando al piloto se encontraban el capitán y el maestre. El primero vestido con sus elegantes ropajes de caballero y en la boca un rictus amargo por el disgusto de la separación de sus esposa, y el segundo enfundado en los bastos ropajes de la gente de mar. A pesar de la hora tan temprana, hallábase la cubierta llena de pasajeros y de soldados ociosos que observábamos cómo iba quedando atrás, enmarcada por un cielo que ya clareaba, la oscura silueta de la costa.

Después de los gritos de la despedida, de los muchos ayes proferidos y las lágrimas derramadas y de los cánticos y oraciones elevadas al Altísimo en súplica por una travesía venturosa, una callada melancolía habíase apoderado de nuestros corazones mientras el contorno de la tierra empequeñecía lentamente por la popa. Conforme nos adentrábamos en aquel océano desconocido, dejábamos atrás cualquier atisbo de regreso y esperanza de abandono, y se hacía más patente la envergadura de la empresa en la que nos habíamos embarcado.

Atrás quedaban quizá una familia y unos brazos amantes, una vida cómoda y segura, una hacienda ruinosa, un costal lleno de deudas, un hatajo de acreedores o un pasado que olvidar. Algunos corazones saltarían de emoción ante el inicio de una aventura emocionante o de esperanza ante la promesa de un futuro próspero al otro lado del mar, mientras que a otros los atenazaría la nostalgia del pasado o el pánico a lo desconocido. En cualquier caso, todos abandonábamos la seguridad de la tierra por el proceloso océano, las tierras de labranza, los ingenios, las amplias villas y altas sierras del Perú por las escasas y atestadas cubiertas de la Santa Ysabel.

Y yo ¿qué dejaba atrás? Un pasado calavera, unos años de presidio y un futuro sin demasiados alicientes, a cambio de una travesía que se anunciaba larga, peligrosa e incierta, y de una esperanza repentina y no menos incierta que hacía me afrontar el futuro con un optimismo carente de justificación.

—Nuestra suerte está echada —dijo el cabo Vicente a los varios hombres de su escuadra que allí estábamos, mirando hacia el este y recibiendo el sol en nuestras caras.

—Quiera el Señor que no nos sea adversa —dijo un soldado.

—Así sea —sentenció otro.

En mar abierto, el orden de navegación había sido rigurosamente dispuesto por el Adelantado: en

cabeza iba la San Jerónimo, nao capitana; detrás la galeota San Felipe; seguía la fragata Santa Catalina y, cerrando el convoy, la Santa Ysabel, que era la nao almiranta por ir en ella don Lope de la Vega, el almirante, título en verdad honorífico porque era un hombre de guerra, que sabía de navegar tanto como el más bisoño soldado.

Las primeras singladuras fueron duras para la mayoría de los embarcados, desacostumbrados a la vida marinera. El balanceo de la nave, por calmosa que estuviese la mar, era torturador y hacíanos buscar las bordas para vaciar todo lo que contenía el estómago y, cuando ya estaba vacío, para seguir arrojando una bilis ardiente con la que se entregaba el alma. Andábamos todos empalidecidos y faltos de voluntad, tumbados de cualquier forma y en cualquier sitio, sin ganas de movernos, levantarnos ni hacer nada de provecho. Y por si esto fuera poco, habíamos de soportar las burlas y chacotas de los marineros, que se reían abiertamente de nuestras desgracias y nos apartaban con gran desconsideración cuando estábamos en su camino o estorbábamos sus maniobras.

Mas después del malestar y sufrimientos de los primeros días, fuimos acomodándonos a la rutina de la Santa Ysabel, donde habíamos de pasar tantas y tan largas singladuras. Y no es fácil hacerse a la estrechez y hacinamiento de un navío, a la suciedad de sus cubiertas y de los muchos animales embarcados, a una alimentación salada y monótona, al agua tasada, a la incomprensible parla de los hombres de mar, las continuas maniobras, el subir y arriar de las velas, los rumbos y los cálculos, las cantinelas, las guardias y tantas otras cosas que resultaban extrañas y misteriosas a los legos en la vida marinera.

Viajábamos en la armada casi cuatrocientas almas, de las que la Santa Ysabel embarcaba ciento ochenta y dos, que formábamos tres estamentos muy diferenciados. Por un lado, estaba la gente de guerra, que éramos setenta y ocho; por otra, la gente de mar, que hacían cuarenta y dos; y por último los pasajeros, que sumaban sesenta y cinco entre hombres, mujeres y niños.

La gente de guerra estaba dividida en dos compañías al mando de sendos capitanes: Francisco Mondéjar y Bernal Flores, que eran tan diferentes como puedan serlo el día de la noche. El primero era persona singular, que a nadie dejaba indiferente. De cuerpo regular tirando a grande, rostro barbado, sonrisa abierta y ojos amarillos, poseía un ingenio agudo y penetrante que empleaba por igual tanto para lo bueno como para lo malo; así, era hábil organizando a la tropa, repartiendo tareas y enderezando desaguisados, pero también astuto y muy dado a las intrigas y maquinaciones, a las que se consagraba con mucho entusiasmo. Todo lo contrario que el capitán Flores, que si bien pecaba de insípido y lacónico, era hombre franco en sus opiniones y fidelísimo al almirante. No permitía en su presencia burlas contra él y castigaba con rigor al que lo hiciere, con lo que tenía hartos trabajos, pues entre la tropa dio mucho que hablar la boda de don Lope con doña Mariana, y no eran pocos los que decían que su único interés había sido el de emparentar con el Adelantado y hacerse con el cargo de almirante.

Incluso el propio capitán Mondéjar, que lo conocía bien, no se guardaba de comentar la fama de conquistador que tenía:

—El almirante, siendo emprendedor en las cosas de la guerra con los indios, prefiere acometer otras conquistas algo más placenteras, vuesarcedes me entienden —explicaba Mondéjar, haciendo reír a quienes lo escuchaban—. Tengan en cuenta que doña Mariana, no siendo una mujer fea, está algo pasadita de años, y don Lope siempre ha gustado de comer la fruta fresca y muy variada. Ya verán, ya verán.

Y aunque pareciera que estaba ensalzando su fama de mujeriego, algo que era visto por la tropa más como virtud que como falta, también dejaba al descubierto su talón de Aquiles. Además, detrás de las palabras de Mondéjar latía la envidia, bien disimulada, pero envidia.

Asistiendo a don Lope y a cada uno de los capitanes viajaba un alférez entretenido, que eran hidalgos de buena familia que habíanse alistado para hacer carrera en las armas, ejercitarse en las cosas de la guerra y ganar fama y fortuna. Así mismo, contaba cada compañía con un sargento y varios cabos de escuadra, que eran los hombres más baqueanos y experimentados, curtidos en muchas batallas y a quienes los soldados respetaban y obedecían.

Entre la gente de mar, los oficiales más importantes eran el piloto y el maestre. El primero, don Sebastián Valiero, tenía a su cargo todo lo relacionado con la navegación, las rutas y maniobras, el manejo de las cartas de marear y los instrumentos náuticos, mientras que al maestre, Alonso Domínguez, correspondía comprar y administrar las mercancías, subir la carga y mirar por los bienes y las haciendas embarcadas. El siguiente en importancia en la nao era el contra maestre, de nombre Lucas Mariano, que tenía su oficio en mandar a los marineros, pajes y grumetes. Después venía una larga lista de oficiales menores y, por debajo de ellos, la marinería.

El más heterogéneo de los estamentos que poblaban las cubiertas de la Santa Ysabel eran los pasajeros, pues entre ellos viajaban ricohombres, hidalgos más o menos acomodados, segundones de noble abolengo o comerciantes con su criadas mestizas o mulatas, aventureros, tahúres, mujeres de partido y un grupo numeroso de familias de colonos pobres que habíanse embarcado con la ilusión de medrar en las islas de Poniente.

Para albergar a tan diversa babel, la nao contaba con la cubierta principal y el entrepuente. En la cubierta principal hallábase, a proa, el castillo, donde se acomodaba la gente de mar; y a popa, el alcázar donde estaban la cámara del almirante, que era el aposento más amplio de la nao, y un rosario de cabinas, algunas improvisadas, que ocupaban los pasajeros más principales y adinerados, como los Navarrete, y los oficiales de guerra. Situada sobre del alcázar, aunque de menor extensión, estaba la toldilla, en cuyas cabinas se alojaban, entre otros, el piloto, el maestre, el escribano y el capellán. Los demás, es decir, la tropa y el resto de pasajeros, nos acomodamos en el entrepuente, que se hallaba debajo de la cubierta principal, compartiendo espacio y olores con los animales enchiquerados. Y allí tendía cada cual su estera, petate o colchoncillo para sobre él dormir.

Los pasajeros se agruparon por familias, amistades y conveniencias de parla, origen o condición, consiguiendo a veces limitar un espacio con cuerdas tendidas y mantas colgadas, con cofres, bultos y baúles donde asentarse y lograr algo de reserva. Mas, aun así, es de admirar el hacinamiento y la falta de limpieza y privacidad que impera en un navío: tiene uno la cabeza donde otro pone los pies, respira su mismo aire y olor, al igual que se hace común la ventosidad de quien fuere o los olores corporales por la falta de aseo en el cuerpo y en el vestido. También los voraces animalitos que ansían nuestra sangre se reparten a escote, se trate de piojos, chinches o pulgas. Y qué decir de las vergüenzas que pasan los más recatados por dar salida a las necesidades del cuerpo, pues embarcado no hay lugar donde hacerlas si no es en los beques de proa, situados sobre unas tablas agujereadas que dan directamente al mar, a la vista de todos. Sólo los señores y damas más principales tenían, en sus cabinas, bacinicas para su uso particular.

Y de noche ahí era el revoltijo de cuerpos, piernas, brazos y cabezas, de ronquidos y sueños hablados, de voces, pesadillas, suspiros y de gemidos, que también los casados deben atender sus obligaciones por más que el Adelantado hubiera pedido el sacrificio de la continencia para tener una navegación más venturosa. Pero quizá no fueron muchos quienes le hicieron caso, que la carne es débil, la travesía aburrida y las tentaciones muchas, sobre todo con las varias busconas que viajaban a bordo y que tenían intención de hacer su agosto durante el viaje.

—¿No os parece imprudente permitir a bordo mujeres de partido? —pregunté al sargento Enríquez mientras lo ayudaba con uno de sus estadillos.

—No, señor Torres, me parece una medida de lo más juiciosa —me respondió él, mas, como viera mi extrañeza, decidió explicarse mejor—: En los tercios españoles es normal consentir la presencia de prostitutas, pues aunque sean causa de algunas reyertas, suelen evitar males mayores.

—No os entiendo.

—Pues es bien sencillo, muchacho. Gracias a su presencia disminuyen los adulterios, líos e infidelidades y, en consecuencia, hay menos duelos y reyertas entre los camaradas. Y, cuando las tropas se aposentan en las ciudades, se evitan muchos abusos, deshonoras y otros desmanes con la población civil. Por ello los jefes las consideran un mal menor. Hasta se ha establecido que el número de busconas por cada compañía sea de media docena.

Curiosa manera de pensar aquella, con la que seguramente no habría estado de acuerdo el Adelantado, ni tampoco los oficiales de mar, que consideraban perjudicial la presencia de las mujeres en los barcos.

No obstante, a los pocos días de dejar atrás las costas del Perú apareció una nueva buscona que viajaba escondida en la bodega. Se trataba de una tal Úrsula, apodada la Mulata, que era, según dijeron, muy conocida en Lima por su descaro en el vestir, por la opulencia de sus hechuras y por las lindezas que salían de su boca cuando se malquistaba con quien fuera. Una mujer como ella a bordo no era cosa baladí y hartos largaron las lenguas sobre el asunto. Para muchos no fue casual su presencia pues, para haber permanecido tanto tiempo tan bien escondida, sin duda necesitó la complicidad de algún tripulante que pretendería cobrarse con largueza su auxilio. Incluso se mencionaron algunos nombres que callaré porque nada se probó al respecto. En cualquier caso, la llevaron ante el almirante para que decidiese qué hacer con ella, y don Lope, aparte de dedicarle unas miradas más que complacientes, dispuso que ayudara en el servicio de los pasajeros más acomodados vaciando las bacinicas, sacudiendo las frazadas o donde hubiera menester.

Al día siguiente de haber hallado a la Mulata, aparecieron otros dos polizones, unos muchachos pálidos y hambreados que recibieron unos vergajazos antes de que el contraestre los reclutara como pajes sin sueldo.

—Los polizones en las naves siempre han sido cosa frecuente —nos instruyó un marinero a los varios soldados que comentábamos el hecho—. Flotas han salido de Cádiz con más de trescientos a bordo.

—Lo que es imposible hacer, señor Ortiz —le dije yo—, sin contar con la colaboración de maestros, pilotos, capitanes u otros tripulantes.

—Cuenta con ello, zagal —dijo el cabo Vicente—, y ten por seguro que algunos señores marinos completarán su paga por medio de estas prácticas.

—En nuestro caso hemos sido afortunados de haber tenido sólo tres polizones —dijo el tuerto—, porque compartir agua, provisiones y espacio con una grey más numerosa habría sido tentar al diablo.

Otro suceso ocurrió en aquellos primeros días que también alimentó los corrillos y mentideros, un suceso cuyas raíces se remontan al perdón virreinal, pues uno de los que se acogieron a él, tal como había hecho yo, fue un tal Figueroa o Figueiroa, un hombre un tanto trastornado, algo fanático y de natural inconforme que gustaba de hablar sobre desdichas y profecías. Quizá por eso estaba preso por prácticas hechiceras, pendiente del juicio del Tribunal del Santo Oficio de Lima.

Fue embarcado en la Santa Ysabel en el puerto de El Callao y, como tenía experiencia marinera, lo enviaron al castillo de proa, con la gente de mar. Nacido en Tuy, en la frontera con el reino de Portugal, este Figueroa era persona que a nadie dejaba indiferente. A unos porque los impresionaban

la severidad de su semblante, su mirada ardiente y las sentencias de enigmático significado que solía esgrimir para demostrar sus razones, y a otros porque movían a mofa su sequedad casi fingida y lo estafalario de sus reflexiones.

En todo caso, cuando ocurrió en Cherrepe el episodio del cambio de navío y Figueroa supo de la amenaza lanzada contra el barco por Alfonso de Valencia, sintiose atemorizado y sobrecogido, estuvo un par de días como recogido en sí mismo, quizá explorando las interioridades de su alma, y por fin pidió al contraмаestre que lo desembarcara y lo devolviera a las autoridades, pues aquel era viaje perdido y maldecido y antes prefería una condena de la orden de Santo Domingo, por más severa que fuere, que proseguir viaje en una nao marcada por la fatalidad.

El contraмаestre trasladó el asunto al маestre, que llamó a Figueroa y le pidió que abandonase en una demanda tan sin fundamento:

—También yo voy embarcado en este navío, señor marinero, y no es a perdernos adonde vamos, sino a las islas Salomón, y tengo la esperanza de que esta nao sea la primera en avistarlas. Esas razones que esgrimís no van a conseguir sino crearos problemas a vos mismo y creárnoslos a los demás.

Pero Figueroa no dio su brazo a torcer e insistió nuevamente en el puerto de Paita, donde tampoco obtuvo satisfacción. Tanta y tan notoria porfía, pues el hombre no se privaba de pregonar sus quejas contra la oficialidad de la nao y sus temores sobre la fatalidad que perseguía a la Santa Ysabel, colmó la paciencia del маestre y del mismísimo don Lope de la Vega, que cansado de tanto pleito por una nadería, falló el caso como un claro intento de desertión y ordenó que le pusieran el cepo y lo recluyesen unas semanas en la sentina hasta que el barco estuviera en alta mar. Y así se hizo pese a las airadas protestas de Figueroa, que a grandes voces abominaba y maldecía echando espumarajos por la boca, y se resistía al encierro con tal brío que se necesitó una cuadrilla de hombres para dominarlo.

Si la sombría maldición ya había causado no pocas habladurías entre la gente más sencilla, esta obstinación del marinero remachó aquel malestar y durante unos días no se habló en la Santa Ysabel sino de aquel asunto.

A medida que nos adentrábamos en la Mar del Sur eran ya pocos los cuerpos que se resentían del malestar que causaba el constante cabeceo del navío y los días de navegación iban encadenándose unos a otros hasta que la novedad se convirtió en rutina. Los marineros andaban a sus faenas, los soldados a su holganza y los pasajeros a dejar pasar el tiempo en espera de un pronto arribo a nuestro destino.

Yo me movía por la nao cada vez con mayor soltura, iba conociendo sus recovecos e interioridades, que eran muchas, y también iba conociendo a las gentes tan diversas que la poblaban, cada cual con su historia a cuestas, que, en ocasiones, no costaba mucho conseguir que la contasen.

Con quienes más tiempo pasaba era con los camaradas de mi escuadra, la del cabo Vicente, y con el sargento Enríquez, a cuyas órdenes estaba y cuya cercanía era inevitable. Este Juan Enríquez era un hombre no tan joven, de semblante pálido, ojillos claros, bigote castaño y barba rala; escaso de talla, tenía grandes hombros y anchas espaldas. Era, además, persona con pocas opiniones propias, que hacía conversación sólo de los asuntos de la contaduría y de la guerra, y aún de estos no tenía demasiado repertorio y solía repetir con frecuencia las mismas cosas.

Estaba casado y viajaba con su esposa, Antonia Díaz, o Antoñita, como la llamaba la gente, pues era pequeña, muy vivaracha y le gustaba arreglarse con exceso, estar en todo momento seductora y hablar como lo hacen las señoras. Quizá por tal motivo el sargento, que era muy celoso, la cuidaba como un

turco a su serrallo, no le quitaba el ojo de encima y se alteraba mucho cuando la veía platicar con otros hombres, sobre todo cuando había bebido, porque se engallaba más y la ofendía con palabras gruesas y feos reproches.

En cuanto a la escuadra del cabo Vicente, estaba formada por soldados de distintas tierras y reinos, aunque predominaban los de Extremadura, pues de allí eran el propio Hernán Vicente, Abel Hinojosa, Manuel de Badajoz y los hermanos Julio y Antonio Lorenzo. Había, además, un Sebastián Velázquez, gaditano; un vascongado llamado Gorrostieta; un Francisco de Guevara, de Sevilla; un calabrés llamado Felipe Pisano y dos criollos que éramos Justo Bautista de Campeche y un servidor. Con todos tenía trato de camarada, aunque no todos fueran de la misma condición. Mientras que el Manuel de Badajoz mostrose desde el principio hombre honorable y desprendido con los amigos, de los que si tienen algo lo comparten sin pesarle mucho, Abel Hinojosa era el contrapunto, aunque he de reconocer que la malquerencia que le tenía hace mi juicio poco objetivo.

Y como la inquina era mutua, procurábamos evitarnos en lo posible sin dejar de vigilarnos en la distancia. Así, para mi tranquilidad, pronto pude darme cuenta de la inclinación que mostraba hacia cualquier manceba que viajaba en la nao, como Inés, la criada de doña Elena, a la que piropeaba con desvergüenza y pellizcaba cada vez que podía, o Juana Alonso, a quien, dada la diferencia de edad con su esposo, debió de considerar una conquista segura.

Lo cierto es que sobre el capitán Flores y Juana Alonso corrían numerosos rumores entre la tropa, pues cualquiera que los viera juntos no podía dejar de observar la pareja tan dispar que formaban: caduco y adusto el uno y joven y sonriente la otra, que más parecía hija que esposa. Contaban algunos que Juana provenía de una familia de hidalgo abolengo y que, enamorada de un calavera, había sido obligada a casarse con el capitán Flores para que la apartase de tan inoportuno amante; otros decían que era aquel un matrimonio fingido y que ella en realidad era una buscona encubierta que habíase procurado el viejo soldado para que lo alegrase en tan larga travesía; y una tercera versión pregonaba que habíanse conocido en Potosí, en cuya guarnición sirvió el capitán Flores, que se encaprichó de ella, le propuso matrimonio y la sacó de la mala vida que llevaba en los tugurios que inundaban los alrededores de las minas.

En cualquier caso, Juana Alonso era mujer llana y de trato agradable, que no me descubrió por haber hecho burla de su marido. Siempre que me la crucé me saludó con mucha cortesía y semblante alegre, pues no tenía inconveniente ni prejuicio para atender a quienquiera que le hiciese plática. Seguramente por eso Hinojosa la creyó una plaza fácil de rendir; pero en esto, como en otros muchos asuntos, el hombre salió trasquilado.

Una de las veces que el galán andaba agasajando a Juana Alonso, el cabo Vicente lo avisó con buena intención:

—Cuidad esa ansia tan desmedida de mujer, señor Hinojosa, que ni la señora es tan liviana como parece ni el capitán Flores el manso que pensáis.

—En asuntos de la guerra quizá podáis darme consejos, señor cabo, pero en cuestiones de amor dejadme que siga mi propio criterio —respondió con petulancia el soldado—. Yo os apuesto lo que queráis a que esa doña Juana tiene más de puta que de señora. Y si no, al tiempo.

—Muy engallado os veo por las altas amistades que tenéis —le dijo más serio el cabo Vicente—. No digáis luego que no os he avisado ni roguéis por que os auxilie.

—Descuidad, que no lo haré.

En cuanto a mí, pasaban las singladuras sin que hubiera tenido ocasión de acercarme a mi amada

doña Elena, la culpable de mis desvelos, la única mujer que me importaba en toda la flota. Al principio ni siquiera pude verla, ni sola ni acompañada, a causa de la indisposición que le afligía, más fuerte que a la mayoría. Y me devoraba la incertidumbre por saber si conocía ella de mi existencia, si acaso su padre y su hermano, el mismo Hinojosa o su criada Inés habíanle hablado de mí.

Pero después, cuando por fin abandonó la reclusión de la cabina, tampoco pude avanzar en la conquista de su corazón. Y es que, a pesar de ser pequeña la nao y estar todos conviviendo poco menos que en un corral, no era fácil acercarse a ella, pues los escasos momentos que aprovechaba para pasear por la cubierta del alcázar o el coronamiento de popa, hacía lo bien arropada, como cumplía a las damas más recatadas.

Sin embargo, yo estaba pendiente de doña Elena todo lo que mis quehaceres me lo permitían, con la mirada avizor y el pensamiento siempre alerta. El saber que la tendría al alcance de mis ojos y del resto de los sentidos cada día y todos los días que durase la travesía era algo que me hacía sentir feliz, sonreír sin motivo aparente y afrontar con alegría todas las obligaciones de cada día. Pero era una felicidad deslustrada y algo opaca porque, pese a ser ya evidente que sabía de mi existencia, nunca mostró el más mínimo signo de reconocimiento, al contrario, me trataba como si fuera de la misma calidad que el aire. No sólo me desconocía, sino que ni siquiera miraba hacia mí y evitaba cuidadosamente acercarse hacia dondequiera que me hallase.

Quien no escatimaba las miradas era su hermano Martín, que ni olvidaba ni perdonaba, pues no se había recuperado aún del pinchazo que le di cuando nos enfrentamos. Achacábame, sin duda, la culpa de sus males y concentraba en sus ojos todo el rencor que por mí sentía, de modo que cuando yo levantaba la vista en busca de doña Elena, eran los ojos de Martín los que encontraba, que me decían: «Aquí estoy yo, Juan Torres, para impedir que te acerques a quien no mereces».

Pero si mi señor don Martín de los altos Navarretes pensaba que por unas pocas miradas iba a renunciar a mi amada, es que no me conocía. Las dificultades y aprietos me han servido siempre de acicate para porfiar en el empeño. Además, yo estaba convencido de que tan contumaz indiferencia era una prueba precisamente de lo contrario y, por tanto, que si de una forma u otra conseguía acercarme a ella y hablarle lograría quebrar el hielo de su desdén.

Sabiendo lo devota que era, un atardecer, cuando, todos arrodillados sobre la cubierta, rezábamos las plegarias de la tarde y entonábamos la *Salve Regina*, se me ocurrió situarme detrás de ella en posición contrita y, favorecido por el vaivén de la nave, susurrarle unas palabras de amor.

—Doña Elena —le dije en un suspiro, acercando mis labios a su nuca—, os suplico que toméis de buen grado mi servicio y el fervor que por vos siento.

Ella no respondió, ni hizo ademán alguno de haberme oído, pero yo volví a la carga.

—Mucha es la pena que me infligís, mi señora, pero vuestros desdenes más motivan mi adoración.

Sus rubios cabellos, recogidos con un delicado velo, eran de la más hermosa color que pudiera haber; su cuello, que dejaba entrever su blanca desnudez cuando reclinaba la cabeza, parecíame refugio para mis labios; y su porte, aunque oculto por el vestido, se me antojaba estuche de perfecciones.

—Cuanto más os mostréis enemiga, tanto más os estimaré —le decía, poniéndola al tanto de mis intenciones—; y cuanto mayor sea vuestro olvido, así será mi tesón.

Mas ella seguía sin responder, atenta nada más que al rezo que dirigía el padre Joaquín Saavedra, capellán de la nao.

—Mi señora doña Elena —le dije por fin, apurando el brevísimo tiempo que tenía para hablarle—, os ruego siquiera una seña de que me habéis oído.

Mas no hubo nada, ni gesto ni palabra ni más seña de haber conocido mi presencia que evitarla en

adelante con más cuidado, guardándose de rezar donde yo estuviera.

Pero, como le había dicho durante mi parlamento, no iba a dejarme abatir por su desapego ni renunciar a ella por tan poca cosa. Siendo que el destino había unido nuestros caminos en la Santa Ysabel, qué hombre sería yo si no intentara lo posible y lo imposible por hacer que tales designios se cumplieran. De modo que si mi dama esquivaba mis palabras, por otro conducto tendría que acercárselas. Después de darle algunas vueltas al asunto concluí que mejor forma de hacerlo sería a través de una misiva. Mas era tanto lo que mi corazón anhelaba decirle que ni una docena de pliegos bastarían para expresarlo, y pasé una noche en blanco resumiendo y organizando en la cabeza los pensamientos antes de trasladarlos al papel.

Y una vez hecho, necesitaba encontrar a alguien que pudiera hacérselos llegar. Asunto en verdad simple, pues la única persona de su círculo que parecía reparar en mí sin rencor ni aborrecimiento era Inés, quien, además y dada su condición, se movía por el navío con mucha libertad. Yo solía verla en compañía de otras criadas bajando a la bodega a por los alimentos, retirando la ración de agua de cada día, vaciando bacinicas o cumpliendo cualesquiera de las muchas tareas que les encomendaban sus dueñas, y también atendiendo con visible complacencia a los piropos con que las obsequiaban los hombres. Así que aproveché una ocasión en que andaba sola por el entrepuente y me acerqué a ella. Al principio hizo ademán de marcharse, mirando de reojo hacia uno y otro lado, temerosa quizá de que alguien la viese hablar conmigo. Hizo falta un buen rato de plática para tranquilizarla y, cuando la noté más propicia, y estando seguro de que ella sabía de mis afectos hacia su señora, le expliqué el fondo del asunto.

—No tengáis temor, que sólo se trata de entregar una carta —añadí, pues la vi agachar la cabeza y mirar nuevamente hacia los lados.

—A mi señora no le va a gustar el encargo —dijo al fin.

—No os preocupéis, Inés, que si acaso vuestra ama se enfada será conmigo y no con vos —le dije con voz lo más amigable posible—. Además, siempre podéis decirle que os he obligado a cogerla.

—Pero si don Martín se entera me matará —alegó aún—, que es mucho el rencor que os guarda.

—Don Martín no tiene por qué saberlo, Inesilla —repliqué—. Basta con que la entreguéis cuando él no esté presente.

Una tímida sonrisa iluminó apenas su rostro, pues Inés era una mujer hartamente inexpresiva.

—¿Qué decís? —le pregunté, intentando disimular la impaciencia que sentía.

—Está bien, don Juan, así lo haré.

Arreglado el asunto, acordé con ella entregarle al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, una carta para doña Elena en la que incluí, al final, una espinela en octosílabos cuyo arreglo me costó hartos quebrantos, pues no están hechas para mí las artes de la poesía:

*«Sois hermosísima dama,  
de muy gran merecimiento,  
que sorbéis mi pensamiento  
de tan discreta y galana.  
Mi razón jamás no sana  
ni halla descanso en loaros  
ni cesa de festejaros;  
y por vos sufro mil penas,  
mas todas las doy por buenas  
con tal de poder amaros.»*

No obstante la discreción que procuré guardar, mis afectos no pasaron desapercibidos a la agudeza del cabo Vicente.

—No es buena idea poner los ojos tan arriba, zagal —me dijo en una ocasión.

—¿Qué queréis decir, señor cabo, que no soy digno de su afecto?

—No te encrespes, Juanillo. Es la dama la que no me convence. Veo en ella una altanería tan desmedida que difícilmente se fijará en un simple soldado. Si fueras uno de esos engreídos oficiales que se pavonean por cubierta, no se mostraría tan esquiva.

Y estas palabras, u otras parecidas, me las soltaba el cabo Vicente delante de quien fuera, con lo que pronto fue del conocimiento de la escuadra mi querencia por doña Elena. La mayoría de los compañeros le seguían las guasas al cabo sin mostrar mala intención en ello y yo no me daba por ofendido; pues de igual manera que hoy las chanzas eran conmigo, mañana serían con otro. Ni siquiera el Hinojosa, por más que lo intentase, lo conseguía. Al contrario, poco a poco fui controlando mi animadversión por él, de modo que cuando intentaba zaherirme hallaba cómo darle la vuelta al asunto y conseguir dejarlo en evidencia.

## 4

Llevábamos ya casi dos semanas navegando con rumbo oeste suroeste sin que hubiésemos avistado isla, islote ni peñón algunos. El velamen todo desplegado recibía buen viento por la popa o por la aleta de babor, la mar estaba tranquila y había cielos despejados la mayoría de los días, si no eran unos celajes pasajeros que sólo a los más espantadizos causaban temor. Los navíos marchaban unos a la vista de los otros, ora más cercanos, ora más alejados, pero siempre por delante de la Santa Ysabel, que era la más rezagada de la flota.

Había dispuesto don Álvaro de Mendaña que debíamos navegar juntos y en conserva, siguiendo todas las naves a la capitana, sin apartarse ni derrotar ninguna por cuenta propia, y si por arbitrio de la fortuna tal caso sucediera, que habíamos de reunirnos en un punto concreto establecido en las cartas de navegación que, según después supe, era la isla de San Cristóbal, en el archipiélago de las Salomón.

También le había entregado a cada capitán, firmado por el virrey, un dilatado pliego de mandatos e instrucciones para que se siguiesen y respetasen a lo largo de toda la jornada. En ellos se requería a los oficiales a prohibir tajantemente las riñas y pendencias, y mantener el orden y el respeto, en especial hacia quienes fueran más débiles y necesitados. Además, don Álvaro de Mendaña, que se mostraba piadoso en exceso, prohibió los juegos de azar y también las blasfemias con que Nuestro Señor tanto se ofende. Y pues que en la jornada que llevábamos convenía muy especialmente estar a buenas con el cielo, exhortaba a que se hicieran oraciones a la mañana y a la tarde para suplicar al Altísimo que nos guiase en negocio tan encaminado a su mayor gloria.

Se indicaba asimismo en dichas ordenanzas que los soldados debíamos cuidar diariamente de las armas, tenerlas a punto y ejercitarnos con ellas para no perder destreza en su manejo; pero lo cierto era que pasaban los días sin que se hiciera mayor cosa que limpiar de vez en cuando los mosquetes y arcabuces y engrasar las alabardas y espadas para evitar que el agua y el salitre las oxidasen, con lo que la holganza de los casi ochenta soldados que íbamos a bordo semejava en mucho a la de los pasajeros.

Sin embargo, en un viaje tan largo e incierto era deseable que hubiera distracciones y entretenimientos para poder ocupar el tiempo de ocio que teníamos a nuestra disposición.

Había, por tanto, quienes dedicaban una buena parte del suyo a la mucha parla y a las murmuraciones, de las que tan sobrados íbamos; quienes se entretenían con rezos y otras devociones; los que preferían tumbarse y dejar discurrir las horas en una perpetua modorra; o quienes tuvieron la precaución de incluir en su equipaje una guitarra para acompañar canciones y romanzas, un aparejo de pesca para completar la monótona ración, o algunos libros con que distraerse durante la travesía.

Pero el principal entretenimiento de la mayoría de los hombres, cualquiera que fuese su condición, eran los juegos de azar. Y, por más que el Adelantado los hubiera prohibido, la naturaleza humana es tal que agudiza el ingenio para eludir los mandatos a quienes toca cumplirlos, y para tergiversarlos y corromperlos a quienes corresponde aplicarlos. Así, don Lope, que no era ni con mucho tan piadoso como Mendaña y sabía lo inconveniente de privar a tantos hombres de entretenimiento en tan larga travesía, hacía la vista gorda y permitía que se jugara a naipes, dados o lo que fuera. Y cuando las barajas se rompían o se deshacían por el uso, era el propio maestre Alonso Domínguez quien las reponía al precio de ocho reales.

Se organizaban, pues, partidas en las cubiertas o en el entrepuente, sentados sobre cajas y arcones, donde se apostaba dinero, armas, ropa o alimentos. A su alrededor se juntaba una multitud de

mirones y curiosos que nada mejor tenían que hacer sino impartir cátedra sobre el asunto, criticar a los jugadores y comentar cada baza y cada envite.

Lo que no toleraba el almirante era que el vicio del juego diera lugar a reyertas, en cuyo caso lo castigaba con gran rigor, como ocurrió con una partida de cubilete que jugaron revueltas gente de mar y guerra. La partida se puso caliente, con posturas altas de dineros, y salió vencedor un Matías Jorge, marinero, que le ganó al alférez Antonio Cansino unos buenos pesos y también unas calzas y unas camisas. El alférez Cansino le pagó el dinero, pero de la ropa dijo que la necesitaba y que ya vería de entregársela.

—Como para fiarme de voacé están las cosas, señor alférez —le respondió el marinero—. Ya que os jugasteis la ropa, dádmela, y otro día yo os la dejaré para que mudéis la camisa tan apestosa que vestís.

El alférez Cansino no pudo aguantar la afrentosa respuesta del marinero y se enzarzaron ambos en una pelea muy reñida, dando con sus cuerpos por las tablas y saliendo a relucir los aceros. Intervino el contramaestre y los separó a rebencazos antes de que se hicieran daño de verdad, para suerte del marinero, porque el alférez Cansino era hombre muy fornido de cuerpo y hábil con los hierros en la mano. También se allegaron otros oficiales y el caso acabó en manos del almirante, para ser por él juzgado. Don Lope de la Vega fue intolerante con ellos y mandó que los prendieran en el cepo y que durante una semana se prohibieran los juegos de azar en el barco.

La sentencia no gustó a nadie, pero muy especialmente al capitán Mondéjar, que se quejó porque Antonio Cansino, además de un hidalgo, era su asistente y el cepo era un castigo humillante y excesivo.

—Si vuestro alférez no sabe comportarse, mejor sería que no jugase —le respondió el almirante.

—Bien sabéis que el marinero lo provocó, Lope —dijo Mondéjar, todavía conciliador—. Vos mismo habéis visto de qué condición es esta chusma marinera.

—La chusma en todas partes se encuentra, en la mar y en la tierra. Y os digo más, Francisco: vuestro alférez tiene más culpa que el otro, pues, siendo un oficial, debió haber guardado la compostura y dado ejemplo.

—Mirad bien lo que decís, señor almirante —insistió el capitán Mondéjar, poniendo un énfasis burlón en el título y mirándolo intensamente con sus ojos de basilisco, unos ojos que a muchos inspiraban temor.

—Yo nunca me echo atrás de lo dicho, señor capitán, y la sentencia se cumplirá al momento.

Y así se hizo. Pero el ambiente se enturbió sobremanera y estuvieron los corrillos y mentideros más activos que nunca, en especial los soldados de la compañía de Mondéjar, es decir, de la mía.

—Mal almirante llevamos, que no mira por nosotros —decía uno.

—Y orgulloso —añadía otro.

—No es buena señal recibir un trato tan desconsiderado —apuntaba un tercero.

Poco tardaron los muchos escuchas y aduladores de don Lope en enterarlo de estas pláticas, pero el almirante, pensando que no eran más que charlatanería de ociosos, no hizo mayor caso de ellas.

—No os toméis tan a la ligera estas murmuraciones —lo advirtió su amigo el capitán Flores—, que son caldo de cultivo de disturbios y algaradas.

—Estad tranquilo, amigo Bernal, que así como han surgido se acallarán. Los hombres bien saben que a ninguno he castigado injustamente, y que mucho me arriesgo a disgustar a don Álvaro por dejarlos jugar y apostar.

—Pero este incidente ha sido con un marinero —insistió el capitán Flores—, y los hombres esperan veros de su parte.

—Pues en eso no podré complacerlos, porque estar al mando de esta nao me obliga por igual con unos que con otros. ¿Qué pensaría la gente de mar si siempre fallase en contra de ellos? Al fin y al cabo, de ellos dependemos durante el viaje.

Sin embargo, el capitán Flores no era tan optimista como su superior. A pesar de que el asunto pareció olvidarse cuando don Lope levantó la prohibición de jugar y soltó a los confinados, quedaron algunos inconformes que no iban a tranquilizarse tan fácilmente. El capitán Flores conocía bien al almirante y, aunque sabía de su don de gentes y su campechanía, que lo ayudaba a atraerse con facilidad a los hombres bajo su mando, también sabía de su carácter orgulloso, de hombre acostumbrado a hacer su santa voluntad, y de algunos otros defectos, como su afición a las mujeres, y se preocupaba por los muchos problemas y enemistades que por este lado podía cosechar. Y con razón.

En realidad, pronto supimos, gracias a los bateles que se movían entre los barcos, del resentimiento que, alentado por sus cuñados, se estaba fraguando contra él en la nao capitana a causa de que don Lope no sólo requería con harta frecuencia los servicios de las busconas de a bordo, en especial de una tal Mochuela, mujer desagradable pero de muy buen ver, sino que no se cuidaba de ocultarlo, desatendiendo así la obligada castidad que le había impuesto don Álvaro.

Otro ejemplo del carácter de don Lope podíamos observarlo todos los días con los dos lebreles de caza que había traído consigo, perros robustos de esos que les dicen alanos, del porte de un ternero. Sin ser fieros, con su presencia causaban temor a los medrosos. Mas el caso es que estos alanos comían como dos sansones, y no de restos o desperdicios, sino la ración habitual de un cristiano: tocino, carne en salazón o incluso bizcocho humedecido, cuando no le metían el diente a la gallina de algún pasajero sin que don Lope hiciera nada por controlarlos y menos por indemnizar al perjudicado. Pero no era esto lo peor, sino el gasto de agua, que en un barco, como entiende cualquiera, es un bien precioso cuyo uso está tasado; sin embargo, el almirante no ponía cuidado en ello cuando se trataba de dar de beber a sus lebreles y les ofrecía baldes a rebosar que casi nunca alcanzaban a consumir.

Este hecho, visto muchas veces por mucha gente, levantó malestar y quejas entre la tripulación y el pasaje.

—Vean a los condenados perros —decía este—, bien saciados de agua mientras nosotros hemos de conformarnos con una jarrilla miserable.

—Así se mueran de un atracón —despotricaba aquel.

—O se caigan al agua y se sacien de ella —insistía esotro.

Según transcurrían las singladuras, fue don Lope cansándose de la compañía de las rameras, incluida la Mochuela, que no sólo estaban a su servicio, sino al de cualquiera que pagase por yacer con ellas. Quiso, por tanto, buscar una compañía más personal mientras el Adelantado no lo autorizase a convivir con su esposa. Y de entre todo el vergel que viajaba en la nao, dio por poner los ojos en Antoñita Díaz, la esposa del sargento Enríquez, mujer de muchos encantos y amiga de devaneos, como ya se ha dicho.

La abordaba don Lope donde quiera que la viese, haciéndole plática gentil, y Antoñita dábale réplica y seguía la corriente, echando con él unos ratos que, si bien cortos, no escapaban a las miradas de nadie, en especial a las del sargento. Y si por ventura este no estuviera presente, no faltaban buenos y malos amigos que le llevaran despacho de lo visto y oído, con cúmulo de detalles e incluso doblada y triplicada la verdad.

Aunque no hubieran mediado más que palabras entre don Lope y Antoñita, todos daban por cierta la cornamenta sobre la cabeza del sargento Enríquez, que, por tratarse del almirante, se mordía la

lengua y se tragaba el orgullo.

Francisco Mondéjar, que no desaprovechaba ocasión para ganarse las voluntades de los soldados, pasaba algunos ratos de charla con el sargento, manifestándole su respaldo y reprobando la conducta de don Lope.

—Llevamos por almirante a un verraco, amigo Enríquez, que no atiende sino a su propia conveniencia —decía Mondéjar.

—Quiera Dios que el Adelantado le envíe de una vez a doña Mariana para que calme sus calenturas —le respondía el sargento.

—Dios lo quiera, amigo Juan, para que así deje tranquilas a las mujeres de los demás —aseguraba Mondéjar.

Y aunque al sargento le mortificaba que otros hablasen de su esposa, incluido Mondéjar, por no contrariarlo asentía con la cabeza y callaba.

Sin embargo, todo lo que con los principales callaba por otro lado se escapaba; así, Enríquez se volvió exigente y quisquilloso, saltaba por un quítame allá esas pajas, conmigo o con cualquiera, dando voces y haciendo ofensas a los soldados, que, al igual que él, habían de detener sus lenguas para no ir a más.

A mí me tocaba en suerte dormir cerca de los esposos, y aunque las noches eran ruidosas con el resuello de tanta gente como allí estábamos, no podía evitar oír algunas palabras con que el sargento la reprendía.

—Te comportas como una buscona —le decía.

—Me hacéis daño en el brazo, Juan. Tened quieto ese genio o voy a hacer un escándalo.

—Yo sí que voy a hacer un escándalo si sigues dejándote cortejar por ese bribón.

—Son las malas lenguas del barco, que inventan lo que no saben. Don Lope me habla como habla con otras mujeres, y bien a la vista de todos, precisamente para que no haya equívocos.

—Es que no tienes que dejarte ver en su compañía. Una mujer honrada, como es bien sabido, no sólo tiene que serlo, sino también parecerlo, y todas estas hablillas se acallarían si tuvieras más comedimiento.

Y le propinaba algún empujón, o un pellizco, porque ella se quejaba, y así seguían hasta que el sargento se quedaba dormido y la dejaba por fin en paz.

Entre la gente de guerra y la de mar surgían a menudo pendencias, pues se avienen como el agua y el aceite. Los soldados, a quienes la molicie corrompe, están siempre dispuestos a iniciar una disputa. Los marineros, por su parte, se consideran dueños de la nao, creen que sus oficios son los más importantes y no paran más cuidado a un hombre sentado o a un grupo que conversa que a un fardo del cargamento. Por derecho consideran suyos los mejores sitios para dormir, comer o buscar acomodo. Se burlan de los novatos cuando el cabeceo de la nave les quita la vida, y no habéis de esperar que muevan un dedo por ayudaros, antes al contrario, se reirán de vosotros mientras agonizáis.

Los soldados se lo pagan como pueden, estorbando la maniobra, haciéndose los inocentes o carcajeándose del trabajo de los marineros mientras ellos juegan, platican u holgazanean tumbados sobre la cubierta. Y no les pidáis que ayuden en las tareas marineras porque se armarán de razones de mucho peso y no echarán una mano aunque el barco esté en peligro, así se lo ordene el piloto, el maestro o el contramaestre, porque ellos sólo aceptan la autoridad de sus oficiales.

Con el tiempo y la charla, poco a poco me fui familiarizando, que no dominando, la parla tan

particular de los barcos, empezando por los lados, que en un navío no se nombran derecha e izquierda sino estribor y babor, la parte de delante es la proa y a la de detrás le dicen popa, el largo se llama eslora, el ancho, manga, y los costados son las bandas, aunque si están cerca de la proa son amuras y aletas las próximas a la popa.

También fui aprendiendo otras cosas de los barcos, de sus gentes y oficios, en especial gracias a un marinero de la dotación, de nombre Marcos Agras, con el que alcancé cierta amistad. Tratábase de un gallego tacaño y supersticioso, uno de los pocos que se reengancharon en Cherrepe, cuando se embargó la Virgen de la Candelaria. Pese a la mucha intemperie que aguantaban los marineros y lo muy curtida que tenían la piel, no pasaba la suya de tomar una color dorada tirando a rojiza, propia de la gente del norte, su cabello era entre rubio y castaño, según lo quemado que estuviera por el sol, y los ojos de un azul muy claro, como lavados en agua fuerte. Tenía la cabeza grande, con buenas entradas a cada lado, los hombros estrechos y los brazos, largos y sarmentosos, remataban en unas manos que parecían garras. Sin embargo, era hombre con cierta instrucción marinera, ya que en ocasiones ayudaba al piloto Valiero en la toma de las mediciones

Gracias a él supe que el gobierno de la Santa Ysabel, que es un ingenio tan complejo como el cuerpo humano, recaía en el piloto.

—El arte de navegar tiene mucha más ciencia de lo que a primera vista parece —me decía Marcos Agras—, pues si ya es difícil orientarse cuando se viaja por tierras desconocidas, no digamos en la mar.

Así, el marinero me ilustró sobre el primer y más importante fundamento de la navegación: conocer la posición de una nave para poder situarla sobre el mapa, operación que requería el cálculo de la latitud y la longitud.

—De las dos medidas —me decía el marinero—, la primera es la más fiable, y se fija tomando la altura del sol con el astrolabio, o con la ballestilla si es de noche. La segunda, la longitud, se obtiene calculando, por medio del reloj y la corredera, la distancia recorrida en cada singladura.

La corredera era una especie de tablilla de madera fijada a un cabo, que se arrojaba por la borda y se dejaba alejar durante el tiempo que tardase en pasar toda la arena de la ampolleta. Después se recogía el cabo y su longitud era lo que había avanzado la nao en el tiempo medido. Sin embargo, la velocidad del barco cambiaba tantas veces a lo largo del día y de la noche que su cálculo era en exceso incierto y causa de grandes errores en muchas navegaciones.

—En realidad —finalizó Marcos Agras—, entre los pilotos de la flota no son capaces de ponerse de acuerdo ni siquiera al contrastar los datos de una sola singladura: cuando para uno se han recorrido veinte leguas, para otro han sido cuarenta.

—Supongo, entonces, que tales diferencias se acumularán unas sobre otras —me animé a decir yo—, y que, en una travesía tan larga como esta, el error cometido puede ser enorme.

—Así es —me respondió el marinero, riéndose a carcajadas al observar mi perplejidad.

También me instruía Marcos Agras sobre la gente de mar. De él aprendí algunas cosas sobre los numerosos oficiales menores que había a bordo, y con los que al principio me liaba mucho. Estaban el guardián, ayudante del conrtramaestre y encargado de aplicar los latigazos a los condenados; el dispensero, a quien tocaba la guarda y reparto del bastimento, del agua y del vino; el carpintero, experto en el arte de trabajar la madera; el calafate, de quien dependía que la nave estuviese estanca; el condestable, que gobernaba la artillería; y el barbero, que miraba por los heridos y trataba las enfermedades más comunes de los barcos. Por último, estaba la marinería, formada por los marineros, los grumetes, aprendices en el oficio, y los pajes, muchachos imberbes que se encargaban de voltear la ampolleta, cantar las horas y servir donde hiciera falta. También me explicó que las tareas de a bordo

se organizaban en tres guardias que se iban rotando, y según ese orden era que la gente de mar trabajaba o descansaba.

Por cierto que me hallaba de pláticas con este Marcos Agras cuando mandó don Lope que se liberase a Figueroa, el marinero que había querido desembarcar después de conocer la maldición pronunciada contra la Santa Ysabel. Estaría mediada la mañana cuando lo vimos aparecer por la escotilla del entrepuente y ambos nos llevamos una fuerte impresión porque el marinero estaba delgado como un alambre, sucio, pálido y ojeroso por los días pasados en la oscuridad de la sentina y con los tobillos ulcerados por la rugosa y pesada madera del cepo. Una vez hubo conseguido acostumbrar sus ojos a la claridad exterior y sabiéndose el centro de todas las miradas, dio en subirse, no sin algunas dificultades, al cabrestante más cercano para, desde allí, anunciar a todos cuantos nos hallábamos presentes, con gran dignidad y refrenado furor, haber tenido, durante su encierro, una epifanía según la cual sólo unos pocos en la nao lograrían sobrevivir a la funesta providencia de aquella expedición.

Figueroa era hombre alto y desgarbado, más viejo que joven, con el pelo y la barba poblados de canas, unos ojos overos y una voz profunda que se dejaba escuchar con facilidad, por lo que nadie perdió palabra de tan sorprendente revelación, que fue recibida de muy distinta manera según la condición y el entendimiento de cada cual. Mientras algunos se lo tomaron con risas y chistosos comentarios, otros guardaron un profundo silencio, tal vez para digerir durante unos momentos el mensaje de Figueroa. Entre estos últimos estaba mi amigo Marcos Agras, cuya expresión de desconcierto no me pasó desapercibida.

Al cabo, el propio Figueroa, queriendo aprovechar la sorpresa causada, bajose de donde estaba y pidió con apremio papel y pluma para consignar por escrito la relación de los doce bienaventurados que, además de él mismo, habrían de salvarse. Al momento se formó rueda a su alrededor y muchas fueron las preguntas y explicaciones que le pidieron, mas él guardose el papel y, con mucha altanería, se marchó al castillo de proa para descansar y recuperarse de las penalidades pasadas en la sentina.

En un santiamén se convirtió el asunto de la lista en la novedad de corrillos y mentideros. Se preguntaban muchos cómo había sido aquella revelación: ¿En un sueño, en el transcurso de una aciaga pesadilla o acaso durante las lóbregas vigiliadas de la sentina? ¿Se le apareció la Virgen, el Altísimo u otro santo menor? ¿Escuchó por ventura alguna voz o la epifanía sólo resonó en las cavidades de su cabeza? Y los nombres ¿los recibió todos de golpe o le fueron dictados poco a poco? Preguntas todas ellas que quedaron para siempre sin respuesta. Ni entonces ni después he podido saber hasta qué punto creía Figueroa sus propias palabras; tal vez la idea fue inducida en su fantasía por la maldición lanzada por el clérigo en Cherrepe, o bien por el ánimo de venganza contra la oficialidad que con tanta ligereza había juzgado sus actos, ya que ninguno de aquellos figuraba en la lista. Pero el caso es que, no obstante la superstición generalizada de la gente, pocos lo tomaron en serio ni hicieron mucho caso de su augurio, pese a que él porfió en su revelación poniendo a Dios por testigo y haciendo firmar la lista por varios terceros como salvaguarda de que no sería jamás alterada.

En todo caso y aunque el suceso no tuvo, en principio, mayor trascendencia, consiguió congregarse alrededor de Figueroa a un grupo de incondicionales tanto de mar como de guerra —hazaña digna de alabar— que lo seguía a todas partes como un rebaño a su pastor. Pero también se fue ganando algunos enemigos muy significados, como don Lope de la Vega y el capitán Flores, que lo juzgaron un alborotador; el piloto Valiero, que lo consideraba un farsante, o el padre Saavedra, para quien el asunto de la revelación tenía un tufo a herejía que le causaba grande desazón.

Y ya que ha salido nuevamente a colación el padre Saavedra, aprovecharé para decir que nuestro

capellán, y único religioso a bordo, sería hombre como de cuarenta años, enérgico aunque algo retraído. Sonrosado y de fácil rubor, su rostro era algo lampiño, los ojos de color verde, más bien saltones, a imagen de los pescados, y el pelo crespo y claro. Llevaba enfundado siempre el hábito marrón de la orden franciscana, amarrado a la cintura por un cordón que empezó siendo blanco y poco a poco se fue tornando pardo. Había tenido su parroquia cerca de la ciudad de Sevilla; pero, a lo que dijo, el ejemplo que había dado el obispo de Chiapas con su vida y sus escritos y los muchos frailes que habían seguido su camino lo habían empujado a dejarla y venirse a las Indias a hacer misión. Sin embargo mostrábase más apegado a damas y señores que a dolientes y pecadores, lo que no casaba en un cura tan cargado de vocación. Gustaba de leer en público libros píos y enseñar la doctrina a los pajes y los niños, aunque a veces yo lo vi examinando otros libros menos sacros.

Añadiré sobre él que tenía una gran afición por el dibujo. Llevaba consigo un cartapacio con láminas y un estuche de pinturas con las que hacía bocetos de las cubiertas de la nao, de los hombres trabajando o retratos de tripulantes y pasajeros, algunos porque le parecerían interesantes y otros por encargo.

Verlo dibujar sentado en la cubierta, con su modelo posando a pocos pasos, era otro de los pasatiempos que había a bordo. A su alrededor hacían corro los curiosos, observando cómo movía el lápiz por el papel con gran seguridad, cómo era capaz de sacar una línea de un solo trazo y cómo, en fin, iba poco a poco saliendo de la nada un rostro con su expresión y su viveza, a imagen y semejanza del original. Y el padre Saavedra no se enojaba por ello, ni se enfurecía, sino que parecía disfrutar y enorgullecerse de la tropa que congregaba.

Algunos soldados y marineros le pidieron que los retratase y el religioso trazaba aquellas caras cosidas a cicatrices o las expresiones fieras, a veces exageradamente, de los hombres de mar y guerra. Y por todo cobro les pedía que hicieran voto de llevar una vida más piadosa.

Yo también era aficionado a la pintura, aunque no tuviera la pericia que demostraba el padre Saavedra.

—¿De dónde os viene esta afición, señor soldado? —me preguntó un día en que le comenté que me gustaba dibujar.

El padre estaba a la sazón haciéndole un retrato a un comerciante llamado Félix Carrasco.

—De mis tiempos de estudiante —le respondí.

—¿Sois acaso bachiller? —se sorprendió el sacerdote, que esbozaba el rostro ancho, el pelo hirsuto y los grandes bigotes del señor Carrasco con trazos seguros, aunque dulcificando un tanto la expresión feroz que siempre mostraba ese hombre.

—Así es, padre. Pasé tres años en Lima dedicado en cuerpo y alma al estudio —le mentí.

Asintió con la cabeza en silencio mientras trazaba el cuerpo fuerte y romo del comerciante.

—Y presumo que también aprendisteis a dibujar —apuntó cuando hubo terminado de delinear la figura de don Félix.

—Acertáis, padre.

—Pues si tenéis interés por la pintura, yo os puedo facilitar el papel y los avíos necesarios para practicar.

—Mucho os lo agradeceré, que en esta nao los pasatiempos son escasos.

—Agradecédmelo practicando, señor soldado, y así será mejor servido Nuestro Señor. Por cierto, ¿cuál es vuestro nombre?

—Juan Torres.

A partir de aquel día, y aprovechando algunos ratos perdidos, practicaba el arte de la pintura copiando del natural objetos, herramientas de a bordo y detalles de la nao, pues no me atrevía con la

composición de la figura humana. El sacerdote, cuando me veía, solía darme algunos consejos y recomendaciones para que advirtiese mis errores y los corrigiese.

## 5

La alegría que sentí cuando supe que viajaría en el mismo barco que doña Elena se había ido transformando en tormento, el sordo y continuo tormento de verla sobre cubierta, de pasar junto a ella, de oír su voz y su risa, y ser constante e infatigablemente ignorado.

Ya habían pasado unos días desde que le enviase la carta sin haber recibido de ella respuesta alguna. Y por más que preguntaba a Inés y la observaba a ella, no hallaba descanso en mis cuitas. Inés no hacía mayor cosa por responder a mis preguntas que agachar la cabeza, bajar la mirada y callar o decir sí, señor Torres, o no, señor Torres, sin mayor explicación; y doña Elena no mostraba más interés por mí que por la rueda del cabrestante. No estaba yo seguro de si su indiferencia habíase reforzado a causa de mi reyerta con su hermano, por la persuasión de sus padres, por su propio albedrío o si era una mezcla de todo ello.

En todo caso, y como no hallaba momento para abordarla a solas, me decidí a escribirle una segunda carta, en papel regular y pasada a limpio, que le hice llegar también por conducto de Inés. «Con esta misiva os mando la firmeza de mi amor, el servicio a vuestras gracias, mi dicha cautiva, mi esperanza y mis anhelos», escribíale en ella; «y si el recibirla por ventura os contrariase, no os enojéis conmigo, mirad que en prenda os dejo los sufrimientos y desconsuelos que vuestro desapego me causan». Mas tampoco a esta contestó, ni se dio por enterada. Nada cambió en su modo, en su actitud de cada día, ninguna señal oculta, ninguna indicación de reconocimiento, de complicidad, nada. Sus ojos, más que huir de mi presencia, paseaban sobre mí como si fuera un desconocido o un marinero que atendía a la faena.

Pero el enamorado es necio y loco en sus esperanzas, de las que guarda siempre un rescoldo como de brasas en la ceniza, y, no dándome por vencido, le escribí una tercera misiva: «Ni mi amor muda ni vuestros desaires me cansan», empezaba diciéndole, pero el efecto fue el mismo. Al rato de habérsela entregado a Inés, que protestó ligeramente antes de plegarse a mis deseos, ya la buscaba con la mirada y ella meneaba la cabeza, negando. La abordaba, y me confirmaba que no.

—Pero algo te habrá dicho al leerla —le insistía yo—, una palabra, un gesto, una risa, siquiera una burla.

—No, don Juan, no ha dicho nada. —Y rehuía mis ojos inquisitivos.

No dudé de sus palabras, aunque me escamaba esa porfía en esquivar la mirada. Tal vez era por timidez o costumbre, o tal vez no quería que me percatase de su compasión. La sirvienta de doña Elena se compadecía de mí. ¡Valiente enamorado estaba hecho! Me juré entonces no volver a escribirle, pagarle con la misma moneda y olvidarla; mas el propósito me duró poco, apenas lo que tardé en verla recibir las atenciones de un Pedro de Ocampo, el alférez entretenido que asistía a don Lope.

Era este Ocampo un joven algo mayor que yo, gallardo, fino y elegante, como cuadra a un hidalgo de buena familia. Tenía el cuerpo delgado, los ojos grandes y vivaces y muy negro el pelo, cuyos rizos, arreglados con negligencia, caíanle sobre los hombros con descuidada distinción. No había tardado mucho el hombre en fijarse en doña Elena y, al parecer, tampoco ella veía con malos ojos sus avances y galanteos, pues le respondía con las sonrisas y miradas que a mí me negaba.

En las contadas ocasiones en que doña Elena salía a pasear por cubierta, siempre en compañía de su hermano Martín, el alférez Ocampo se unía a ellos. Charlando, cruzaban el combés y subían por la escala a la cubierta del alcázar, momento que aprovechaba el alférez, muy galante, para ofrecerle la

mano. Después ascendían al coronamiento de popa, donde, tras repetir la maniobra del ofrecimiento de mano, se acodaban los tres sobre la borda y permanecían un buen rato en animada plática.

Yo los observaba desde la distancia, corroído por los celos y consumido por mis cuitas. ¿Lo hará para atormentarme?, me preguntaba. ¿Podrá atesorar tanta crueldad un ser tan angelical o es que ni siquiera eso le importo? Y para calmar mis cuitas y buscar respuestas le escribí una carta más: «Dejad señora esa porfía en herir y castigar», le decía en las últimas líneas, «pues no casa tanto rigor a vuestra gracia y donosura».

Pero tampoco me sirvió de nada: no logré con ella mudar su indiferencia, ni evitar que se mostrase complaciente con el alférez Ocampo, ni mucho menos lograr hacer que él abandonase el cortejo.

Lo que sí conseguí con aquellas cartas fue una nueva porfía con Abel Hinojosa. No había olvidado el soldado mi debilidad por doña Elena y, una tarde en que holgábamos varios soldados en el entrepuente, platicando de esto y de lo otro, dio en recitar, sin que viniese a cuenta, los versos de un poemilla amoroso poco logrado, todo sea dicho, que al principio no reconocí. Pero tanto insistió en repetirlo, que por fin caí en la cuenta de que era la espinela que yo le había escrito a doña Elena. La sorpresa me dejó mudo. ¿Cómo podía el bellaco conocer el poema? ¿Quién se lo había leído? O peor aún: ¿quién se lo había dado? ¿Acaso Inés? Sin duda ella había sido, fallé, seducida por los avances de Hinojosa; mas al punto me arrepentí de haberla acusado sin pruebas, pues también podía haber sido cosa de Martín Navarrete, con el que tan buenas migas hacía el Hinojosa, o incluso, aunque mucho me doliese la idea, de la propia doña Elena, que por tal conducto hubiera querido burlarse de mí.

Miré al bribón con furia desatada e hice ademán de sacar la daga y lanzarme sobre él para rebanarle el gáznate, pero la sonrisa que mostraba su rostro, de perversa alegría, de vengativa victoria, me hicieron refrenarme: no podía darle la satisfacción de verme ofendido, de poner al descubierto mi debilidad; así que hice de tripas corazón, escondí como pude mi rabia y aún tuve aplomo para recitar otro poema más conocido y mejor rimado y desviar la atención. Ya tendría tiempo, me dije, de averiguar al detalle el asunto y tomar venganza de aquel canalla.

Al anoecer, después de encender los faroles, se rezaban las oraciones del Padre Nuestro, el Ave María y el Credo, y se cantaba la *Salve Regina*, que es costumbre que nadie perdona en un navío.

Acabado este rezo, se aprestan los pajes para velar la ampollita de la bitácora a la luz del farol. Cada vez que la arena completaba su paso de un bulbo al otro, los jóvenes la volteaban y, cuando correspondía, recitaban la cantinela propia de cada momento:

*«Amén y Dios nos dé buenas noches,  
buen viaje, buen pasaje haga la nao,  
señor capitán y maestro y buena compañía».*

Aquella noche, la cantinela de los pajes me resultó especialmente triste y carente de sentido y, en lugar de volver con los camaradas, di en acodarme sobre la borda. Las sombras engullían la última franja de luz y cerraban el horizonte, las siluetas de los otros navíos fueron desvaneciéndose y en su lugar quedaban los débiles fanales que marcaban sus posiciones. El carraspeo del cabo Vicente me sacó de mis contemplaciones y como no era, cuando quería, persona de muchas vueltas, después de unos momentos de silencio fue directo al grano:

—Páreceme que esa dama te tiene sorbido el seso.

—Así es, señor Vicente —le respondí—. Y bien que os habéis encargado de divulgarlo.

—Bueno, bueno, déjate de quejas porque así no vas a llegar a parte alguna, ni por medio de esos escritos que tan pródigamente le envías, sobre todo teniendo al alférez Ocampo en tan desigual

competencia.

—Y según vuestro sabio criterio, ¿qué debería hacer? —le pregunté haciendo un poco de sainete.

—Yo me dejaría de tanta pluma y misiva, zagal, y atacaría de frente el baluarte.

—Ah, pero un baluarte está inmóvil, siempre en el mismo sitio —dije, amoscado por el consejo—, mas esta dama se muestra esquiva como una cierva y con empeño me rehúye.

—Pues si ella te rehúye, búscala tú.

—Eso es fácil de decir, señor Vicente, pero si me acercase de manera inconveniente podría perder toda posibilidad con ella.

—Poco se puede perder cuando no se tiene nada. En fin, Juanillo, tú la conoces mejor que yo y sabrás lo que hacer —me dijo el cabo Vicente, poniéndome la mano sobre el hombro con mucha delicadeza para lo que solía—. Pero al menos así saldrías de dudas de una vez por todas.

Durante la noche no dejé de darle vueltas a aquella conversación, pensando que no le faltaba del todo razón al cabo Vicente. Mas necesité todo el día siguiente y aún otra noche para decidirme a hacer caso de su consejo e intentar hablar directamente con mi amada.

Puesto que no podía abordarla en cubierta, donde iba siempre acompañada por una nutrida falange, no me quedaba otro remedio que buscarla en sus estancias cuando se encontrase sola. Y para ello debía someter a estrecha vigilancia a todos los Navarrete. Mas en esto la fortuna, que tan adversa se me había mostrado, vino presta en mi ayuda y supe por conducto de Inés que doña Elena hallábase nuevamente indispueta. Así, por la tarde, en el momento de la oración, cuando toda la familia salió a cubierta para acompañar el rezo, como solían hacer, yo me colé en el alcázar. Pasada la entraba había un pasillo flanqueado por una serie de cabinas muy desiguales pues, aparte de las que traía la nao de astillero, estaban las que añadieron los carpinteros en Cherrepe para albergar a tantos principales y oficiales como viajaban en la Santa Ysabel. Las había de distintos tamaños y acomodados: en algunas moraba una sola familia y otras eran compartidas, estas tenían puerta, aquellas se cerraban con una estera y esotras con una simple manta, de modo que al pronto me sentí desorientado. Además, a diferencia del olor del entrepuente, al que ya me había acostumbrado, flotaba allí un aroma a perfumes delicados mezclado con fuertes olores corporales.

En todo caso, al punto me sobrepuse e intenté buscar la cabina de los Navarrete. Por Inés sabía que se encontraba cercana a la del almirante. Con pasos cautelosos y el corazón en un puño me adentré por el pasillo con el oído bien atento y de repente escuché unas toses leves en una cabina que había a mi izquierda. Con mucho cuidado empujé la puerta y asomé la cabeza, mas, en lugar de doña Elena, quienes allí estaban eran un hombre de apellido Velázquez, tumbado en un catre, y el barbero de la nao que, arrodillado a su lado, le ponía sanguijuelas en la espalda. Tan concentrados estaban que no se percataron de mi presencia. Con igual cuidado cerré la puerta y me detuve un momento a pensar cuál podría ser el aposento de los Navarrete, maldiciéndome por no haber tenido la precaución de preguntárselo a Inés. El tiempo pasaba y las oraciones no demorarían mucho, así que eché mano de la puerta de enfrente, que, por ser de madera barnizada, pareciome más acorde a la dignidad de don Melchor. La empujé con suavidad y me colé dentro.

Y allí, sentada en una banqueta, hallábase doña Elena. Estaba vestida con una sencilla camisola de dormir y tenía la mirada puesta en un pequeño ventanuco por el que se colaba una exigua claridad, mientras Inés le peinaba el largo cabello rubio, que tenía suelto y la cubría como un sayal dorado. Al verme, Inés se detuvo y quedose con la boca abierta. Doña Elena, al notar su pasmo, volviose con presteza. Tenía el rostro muy pálido y unas grandes ojeras violáceas, mas sus ojos al instante se cargaron de malos presagios. Fue a hablar, pero no pudo hacerlo, como si la irritación no le dejase articular palabra. Con un gesto ordenó a Inés que le recogiese el pelo mientras, recuperada el habla,

con mucha petulancia me preguntó qué estaba haciendo allí.

—Disculpad, mi señora, pero venía con un recado para el señor Velázquez y he equivocado el camarote —fue lo único que se me ocurrió decir. Respuesta que, si no la hizo más amigable, al menos consiguió deshacer la expresión airada con que me había recibido.

—¿No os han enseñado a llamar? El camarote del señor Velázquez está al otro lado del corredor. —Mas, como yo no me movía, añadió—: ¿A qué esperáis, señor Torres, o queréis que mande llamar a la guardia?

—Oh, no, mi señora —respondí un tanto espantado mas sonriendo.

—¿Os parece divertido lo que digo?

—No, por Dios, es que jamás habría imaginado que recordaseis mi nombre.

Ella quedó un momento en suspenso, sin saber cómo tomarse mis palabras. O más bien, sin saber qué intención había tras ellas.

—Es difícil que me olvide de vos y de los muchos quebrantos que me habéis causado, tanto a mí como a mi familia —dijo al fin, volviendo a fruncir el ceño—. Y por si fuera poco, a cada rato insistís en haceros presente con vuestros molestos escritos.

—No digáis tal, doña Elena, pues con ellos no he hecho sino expresaros mis más hondos sentimientos.

—Como es obvio, vuestros sentimientos no son compartidos. Al contrario, no me causan sino hastío y mucha irritación. ¿A santo de qué me atosigáis con vuestras cartas? ¿No veis que con ellas estáis poniendo en la picota mi reputación?

Mi amada se mostraba ciertamente irritada, como dijo, pero pensé que, ya que había llegado hasta allí, nada perdía con hablar.

—Jamás ha sido esa mi intención, mi señora. Ni he pretendido ofenderos con mis palabras ni mostrarme descortés con vos. Si os he importunado con mis cartas ha sido porque no he tenido otra forma de expresaros el amor que os profeso, lo mucho que os adoro y las penas que vuestro desdén me causan...

—Basta ya, caballero —me interrumpió, con la voz tensa y el ceño fruncido—, os estoy atendiendo por la más elemental cortesía; pero si seguís importunándome un momento más, empezaré a gritar para que venga la guardia.

—No lo hagáis, señora, pues podríais comprometer vuestro honor por mi culpa.

—Si así fuera, jamás os lo perdonaría, Juan Torres.

—Menos me lo perdonaría yo. ¿Pero qué mal hago en amaros, señora? ¿Acaso es uno dueño de su corazón? No imagináis lo que daría por lograr que el mío mudara en sus afectos y que fuera otra su dueña. Mil veces he intentado torcer su voluntad, mas ha sido en vano, porque siempre se vuelve hacia vos.

El rostro de doña Elena fue cambiando, haciéndose más amable, o eso me pareció, mostrando una expresión entre pesarosa y apesadumbrada, no sabría muy bien decir cuál. Y también su tono cambió.

—Por Dios os lo ruego, señor Torres; la oración se acaba, en breve llegarán los míos y nada bueno se derivará si se enteran de este encuentro —y dijo esto llevándose las manos al pecho—. Os pido que salgáis de esta cabina. Si no por vos, hacedlo por mí.

—Lo haré, pero con una condición —insistí—: que me digáis si tengo alguna posibilidad de ablandar vuestro corazón, aunque sea remota, y volcar hacia mí vuestros afectos.

Miró hacia otro lado, hacia la puerta con un movimiento nervioso. Me mantuve firme, aunque por dentro temblase, temiendo más su respuesta que a un batallón de Navarretes.

—Lo siento, señor Torres, pero no puedo concederos lo que me pedís. Para mí sois como cualquier

otro tripulante de la nao. Ni más ni menos.

Aquellas palabras me hicieron daño y la miré con inquina pues, por un instante, había creído tener una posibilidad. Apartó ella la mirada e Inés, con la suya, me suplicaba que saliera. Ya se oían afuera los últimos acordes de la *Salve Regina*, así que di media vuelta y abandoné la estancia. Por muy poco no me encontré con don Melchor, que entraba en el pasillo del brazo de su esposa doña Mercedes. La oscuridad ya era grande y, aunque hube de hacerme a un lado para dejarles paso, no me reconocieron.

Un momento después respiraba el aire libre de la cubierta.

Ya llevábamos tres semanas navegando. Las singladuras se sucedían sin pausa y, alcanzados los diez grados de latitud austral, avanzaba la flota hacia poniente por un océano azul e inacabable, guardando siempre el orden debido. Algunos días en que la mar estuvo más movida, brincaba y cabeceaba la nao, mareando a los más débiles, y con la proa levantaba nubes de espuma que barrían la cubierta y servían de divertimento a los más osados que, aferrados a los cabos, se admiraban del universo en movimiento que había más allá de la borda, tal si galopásemos subidos en la grupa de un caballo salvaje.

Para no perder el contacto entre los navíos y poder mejor transmitir las órdenes, había dispuesto el Adelantado que todos los días hubiera comunicación entre ellos a través de bateles, con tráfico de mensajes, intercambio de provisiones y movimiento de gente. Era costumbre que don Pedro de Quirós, el piloto mayor de la armada, visitara cada tarde a los demás barcos para contrastar con sus pilotos las mediciones realizadas sobre la posición y las leguas recorridas; y mientras ellos andaban en sus negocios, los remeros y escoltas nos daban cuenta de las noticias y rumores que circulaban por la flota, que eran tantos y tan numerosos que a veces no alcanzaba el tiempo para tratarlos todos.

La rutina a bordo discurría con gran monotonía y el aburrimiento se mataba como se podía: cuáles con la lectura o con el rezo, cuáles con el juego, con pependencias que se castigaban con severidad y, sobre todo, con pláticas tan interminables como estériles de las que mucho gustaban los soldados, deseosos de narrar acciones heroicas en las que hubieran participado, siempre exageradas pero que, al menos, me ayudaban a distraer mis penas de amor.

Uno de los fanfarrones habituales era Diego Jara, cabo de la compañía del capitán Flores, un hombre fiero y jactancioso, con aspecto de jaque de taberna más que de soldado de Su Majestad, pero que no carecía de gracejo para contar lances, anécdotas e historietas. Lo narrado por uno, el señor Jara lo superaba dando cuenta de un hecho aún más audaz, sangriento o valeroso, de modo que al cabo de un rato de plática se alcanzaban unos extremos difíciles de imaginar, y también de creer. Si uno había tenido diez duelos a espada, él tuvo veinte. Si uno había asaltado una fortaleza y recibido tantas heridas, Diego Jara juraba haber recibido cuántas. Y si se hablaba de botines obtenidos o mujeres conquistadas, las cantidades eran tan exageradas que no habría dinero en las arcas, ni mujeres en el reino, para cubrir el resto echado.

También la gente de mar, a pesar de las diferencias y discordias que tenían con los soldados, de quienes se consideraban en todo distintos, eran sin embargo semejantes en el afán de contar y exagerar historias y pretender quedar por encima de cualquiera, poniendo un montante de tamaño, peligro o intrepidez a lo relatado por otro. Los peores eran los más viejos, que gustaban de aterrorizar a los bisoños y a los pasajeros curiosos con historias de espantosas tempestades o monstruos espeluznantes. Y huelga decir que la cosa se agravaba si había alguna mujer presente.

El premio entre los embaucadores se lo llevaba Damián Ortiz, un marinero viejo, tuerto del ojo izquierdo, que, si no hubiera sido por su total desconocimiento del arte de escribir, podría haber

compuesto novelas más entretenidas que las plumas de los más insignes literatos, pues tenía una facilidad natural para atrapar la atención de los espectadores y llevarlos de la mano, boquiabiertos, a lo largo de los vericuetos de sus enrevesadas historias hasta un desenlace final, por lo general truculento.

Contó en una ocasión que, siendo joven —que era como solía comenzar todas sus historias—, había estado embarcado en un ballenero y navegado por mares septentrionales en demanda de un banco de ballenas narvales, que son animales rarísimos con un cuerno largo y recto, como el de los unicornios, y que buscan las aguas más frías para refrescar los fuegos que llevan dentro.

Para atrapar a estas ballenas, todos los días se arriaban del barco varios esquifes tripulados en su mayoría por hombres del norte, que eran marinos recios y muy duchos en el manejo de los arpones, que, una vez en el agua, se dispersaban haciendo abanico y así faenaban, como ovejas paciando bajo la atenta mirada del pastor; y al terminar la jornada regresaban junto al navío y eran izados a bordo.

Un día, amaneció la mar cubierta de una bruma tan cerrada que algunos de los arponeros se negaron a salir, pero el capitán, que era más fiero que todas las furias de Neptuno desatadas, a golpe de rebenque los obligó a hacerse a la mar y pronto se perdieron de vista. El barco navegó a ciegas varias horas, con apenas el velacho desplegado, dirigiéndose hacia donde se suponía que faenaban las barcas; mas cuando por fin se levantó la niebla no había nada en toda la amplitud del océano. Rectificó el capitán el rumbo y, por aquellas aguas tan calmas como frías, recorrieron varias leguas sin que alcanzasen a ver ninguno de los esquifes, hasta que al doblar el cabo de una península cubierta de hielos, se encontraron con un aterrador espectáculo.

Contábanos Damián Ortiz que, en todos sus años de marear los océanos, jamás había conocido nada semejante: como a cinco cables por la amura de estribor, un enorme remolino, del tamaño de diez navíos, agitaba las aguas y las hacía removerse sobre sí mismas como en los recodos de algunos ríos, pero de un tamaño gigantesco y sin que hubiera causa ninguna que explicase tal turbulencia. El límite de aquella sima lo marcaba un cerco de espuma rabiosa, como la que produce el restallar del oleaje contra el arrecife, y hacía rebullir las aguas y saltar y agitarse con la efervescencia de una caldera. Y en su interior, el torbellino giraba con ímpetu imparable, removiendo las aguas de un color verde oscuro y ominoso, y arrastrando a las barcas hacia el centro del embudo sin que los hombres pudieran hacer nada para salir de la sima.

—El mundo se acababa allí —proseguía el Tuerto—, pues todo lo que entraba en el pavoroso remolino y llegaba hasta su vórtice era engullido hacia dentro con un eructo siniestro para ser llevado ante el mismísimo Satanás.

Y mientras el Tuerto hablaba, todos callábamos, pero al acabar su historia y sacarse de la boca la pipa, de la que nunca se separaba, se formaba un alboroto de opiniones cuestionando o defendiendo cada uno de los detalles, que si los tales narvales no existen, y mucho menos los remolinos, o que existen pero están en otro lugar situados, que si los hombres del norte, el frío, el hielo, los cuernos y, en fin, otros mil comentarios; y a todo esto era Damián Ortiz el que callaba, ajeno a la discusión que había provocado, con los labios fruncidos en una media sonrisa y moviendo la cabeza cana de un lado para otro, recordando o imaginando ya una nueva historia que contar.

Una persona de la tripulación con quien pronto hice amistad, quizá debido a la similitud de nuestros quehaceres y la afinidad de temperamentos, fue el escribano de la nao, el bachiller Luis Herrera, originario de algún lugar de Segovia. Era hombre de mediana edad, de extrema delgadez y pelo ralo de color más gris que negro. Gustaba de rasurarse la barba cada día, a lo que debía destinar un medio cacillo de la ración diaria de agua; era frugal para la comida y el acomodo, y se contentaba con poca cosa.

Aunque mis compañeros de escuadra, e incluso el propio cabo Vicente, me tildasen de descastado y pretendiesen burlarse de mí, lo cierto era que me gustaba la compañía del escribano, con quien pasaba largos ratos de navegación y sostenía extensas pláticas sobre cualquier asunto, pues era hombre curioso, observador y versado en casi cualquier disciplina. Había sido bendecido, además, con una memoria prodigiosa para los nombres y los números, era capaz de recordar al detalle hechos sucedidos hacía mucho tiempo y de recitar casi sin titubeos la relación de las ciento ochenta y cinco personas que íbamos a bordo de la Santa Ysabel.

Quizá por eso disfrutaba de su tarea, ya que a él tocaba en competencia llevar la relación de a bordo, con la gente que se había embarcado, sus parientes, bienes y testamentos; anotaba los matrimonios, defunciones y nacimientos si los hubiera y llevaba relación, de acuerdo con el maestre, de todos los productos cargados en las bodegas, sus cantidades, calidades y precios.

El bachiller Herrera, poseído por el inquieto gusanillo de viajar, había cruzado un par de veces el Atlántico en las flotas de Su Majestad y navegado hasta el golfo de Guinea. Decía tener esposa que quedó en la ciudad de Sevilla, impedida de viajar por el miedo a la mar, la única causa por la que las autoridades portuarias permitían partir solo a un hombre casado. Con ella había dos hijos, hembra y varón, a los que hacía ya más de dos años que no veía, pese a lo cual no dejaba de llevarlos presentes, y esperaba con impaciencia el momento de volver a encontrarlos.

—Si tanto añoráis la compañía de los vuestros —le decía yo—, ¿por qué no dejáis este oficio y volvéis a su lado?

Me miraba el bachiller con ojos amables, explicándome sus razones.

—Yo ya estoy hecho a esta vida, y no me desagrada. Desde pequeño ansié conocer tierras lejanas, otras gentes y naciones, criaturas exóticas, montañas, lagos y glaciares, los siete mares del orbe y todo aquello de lo que hablan los libros. Al fin y al cabo, el Creador ha puesto tantas maravillas sobre la tierra para que las conozcamos y nos admiremos de ellas, ¿no os parece?

—Me parece si a vos os parece —le respondía yo—, pues al fin y al cabo sois vos quien ha de decidir si el precio que pagáis compensa el sacrificio.

Hacía el escribano buenas migas con don Sebastián Valiero, el piloto de la nao, con quien compartía una cabina en la toldilla de la nao. La primera vez que platiqué con él fue porque el bachiller habíame invitado a su cabina para prestarme un ejemplar del *Palmerín de Oliva*, libro de aventuras tan famoso que tenía curiosidad por leerlo. Y allí estaba don Sebastián, que había hallado un momento de solaz entre sus muchas ocupaciones.

Presentome el bachiller Herrera de forma harto lisonjera y, dado que el piloto era también muy aficionado a la lectura, pronto nos enzarzamos en una conversación muy amena. Aunque, al contrario que el bachiller, que leía cualquier libro que cayese en sus manos, el piloto era un apasionado de los libros sobre la mar y los barcos, pues era hombre enteramente dedicado a su profesión.

—Fijaos, fijaos, amigo Torres, ved cómo ha menguado el espacio de esta diminuta cabina con este gran cofre lleno de libros, planisferios y cartas de marear —dijo el bachiller señalando el cofre y sonriendo—. Enseñadle vuestros tesoros, maese Valiero.

El piloto no se hizo mucho de rogar y al punto abrió el baúl con una llave que llevaba al cuello, colgada de una cadencia. Aquel cofre semejaba una reducida biblioteca, pues en él había, aparte de los instrumentos para medir longitudes y latitudes, una buena veintena de libros de distintos tamaños y calidades y multitud de pliegos enrollados y amarrados por cintas de colores. Y todo tan bien ordenado y apilado que más parecía hecho por manos de mujer que no de hombre.

Pero de entre toda aquella biblioteca, me pareció que el señor Valiero le tenía un aprecio muy especial a dos ejemplares. Uno de ellos era la *Instrucción náutica* de García de Palacio, un manual que,

según dijo, trataba de muchos aspectos del arte de la navegación, las reglas de la Estrella Polar y de la Cruz del Sur, los regimientos del astrolabio, el desvío de la brújula, e incluso traía unos capítulos dedicados a la construcción naval.

El otro era un tomo de tan grandes proporciones que se asemejaba más a un tablón que a un libro y que, por lo menudo, debía de pesar una media arroba. Se trataba de un atlas del flamenco Pedro Plancio: la *Nova et exacta terrarum tabula geographica et hydrographica*. Púsole el piloto sobre la mesa para que pudiésemos hojearlo mejor y apreciar la calidad de sus ilustraciones. Sus páginas mostraban mapas de todas las partes del mundo, desde un planisferio donde estaba representado el orbe en su totalidad, hasta mapas detallados de distintas tierras y lugares, mares, islas, zonas salvajes y regiones ignotas.

—Ved, señores, aquí está la Mar del Sur —exclamé yo con mucha sorpresa ante una de las láminas en la que esta podía verse circunscrita entre las Indias Occidentales por el este, la Tierra Magallánica por el sur y suroeste y la gran Tartaria por el oeste.

—Por este ponto navegamos —dijo con ánimo entusiasta el escribano.

—Una vastedad apenas conocida —musitó el piloto con una mezcla de maravillada reverencia y enigmática reserva.

Y es que el piloto desde el principio me había parecido una persona harto singular. Y aquella entrevista en su cabina vino a confirmar mis primeras impresiones. Era un hombre de edad más que mediana, con el cuerpo regular y una cabeza en la que el pelo brillaba por su ausencia. Originario de Portugal, conocía bien la parla castellana, pero la hablaba con un acento tan cerrado que costaba mucho seguirlo. Era algo erudito y muy reconocido en su oficio, pero también persona reservada y, a veces, misteriosa.

Según me había contado el marinero Marcos Agras, había sido el propio don Pedro de Quirós quien había recomendado que Valiero pilotase la Santa Ysabel, con lo que este se ganó la ojeriza de Alonso Domínguez, el maestre, que deseaba para sí tal dignidad.

Y esta circunstancia, junto a sus caracteres tan diferentes, determinó la mala relación y poco entendimiento que siempre hubo entre los dos. La primera desavenencia no tardó en aparecer y la causa fue la excesiva mengua de algunos suministros. Al ser la Santa Ysabel, con sus casi doscientas almas a bordo, la nao más poblada de la flota, el gasto de víveres y agua habría de ser necesariamente mayor que en los demás navíos; sin embargo, desde el principio hubo descontrol en el gasto.

La escasez que antes se hizo patente fue la de la leña. Al parecer, a causa del desbarajuste ocurrido en Cherrepe por el cambio de navío, se cargaron menos tercios de leña de los necesarios, y a las tres semanas de navegación fue palpable que la leña embarcada era poca para una travesía de dos meses.

Al darse cuenta de ello, el despensero se lo dijo al maestre, este al piloto y el piloto al almirante, que devolvió el melón podrido al maestre, pues era a quien correspondía todo lo tocante a la carga. El maestre Domínguez era hombre enjuto, de espeso bigote y negras vestimentas, y se tocaba con un gorro alto de ala estrecha, del que no se separaba ni para dormir. Hábil y diligente, pero mezquino y codicioso, nunca descomponía la expresión, así se tratase de dar o de recibir, de penas o de alegrías.

—De la carga sí soy responsable, señor almirante —respondió el maestre Domínguez, que no quería ser acusado de la negligencia—, pero de la derrota y de los días que faltan por llegar a tierra, que son lo principal en este asunto, el responsable es el piloto.

Y el piloto, injustamente señalado, alegó que no era culpa suya que lo que tuviera que aguantar dos meses estuviese a los veinte días tan mermado.

—Centrémonos en lo que corresponde, mis señores —los cortó don Lope—, que no es pequeño el problema que tenemos para que vuestras mercedes lo empeoren con protestas y debates.

Finalmente, tras haber hecho el cálculo de la leña que quedaba en la bodega, del gasto por día y una estimación por lo alto de los días de mar que restaban, se decidió poner coto al expendio y racionar a la mitad la leña que se venía dando. Mas don Lope, que aunque no conocía de navegación tampoco era ningún lerdo, acabó comprendiendo que la principal responsabilidad en el asunto había sido del maestro, así que ordeno que fuera él quien anunciase la providencia a la dotación, como escarmiento por no haber cumplido con su responsabilidad y también para desviar hacia otra persona las quejas que habrían de llover. Y no le faltó razón, porque la gente se deshizo en protestas y murmuraciones, algunas contra el propio almirante, pero la mayoría contra el maestro.

—Suya es la culpa —dijo uno—, que por hacer su agosto vendiendo el espacio de la bodega ha mermado sitio a la leña.

—¿En dónde no estarán metidos los largos dedos del señor Domínguez? —dijo otro.

Y no les faltaba razón, pues, para cualquier cosa relacionada con el logro de ventajas y beneficios, Alonso Domínguez era la persona indicada: alimentos, acomodo, agua o leña; todo por un precio. El dinero era su comunión particular, redondo y con sabor a plata.

## 6

En la nao Santa Ysabel viajaban más de treinta mujeres. Unas pocas eran prostitutas declaradas, que explotaban su negocio con ojo de comerciante, trabajando a destajo para juntar un capital que les permitiera un nuevo comienzo en las Salomón, o busconas circunstanciales, que aprovechaban la mucha demanda que había para obtener dinero o ventajas, de las que tan necesitados íbamos todos. De las demás mujeres, varias eran esposas que acompañaban a sus maridos; otras, niñas o jóvenes doncellas que guardaban su virtud para el matrimonio; y el resto, criadas mulatas e indias que viajaban con sus dueñas y señores, y que con frecuencia cedían a las solicitudes y proposiciones de los muchos hombres solos que viajábamos en el navío.

Aunque no siempre, ni con cualquiera, como le sucedió a Mateo Conejero, soldado de pocas luces del que se ha hablado anteriormente, y al que varias mujeres le negaron sus servicios a causa, según lenguas, de su virilidad tan desmesurada, que no había forma de recibirla sin sufrir gran daño. Una de las veces, el despechado Conejero insultó con palabras muy groseras a una de las busconas. Y como se trataba nada menos que de la Mochuela, esta le fue con el cuento a don Lope, quien, aparte de reírse un buen rato a costa del soldado, lo mandó unos días preso a la bodega, a ver si se le calmaban sus urgencias, y le encargó al padre Saavedra que lo amonestase con mucho rigor. Pero Mateo Conejero, en lugar de atender a las prédicas del sacerdote, se desahogó amargamente con él por su desdicha:

—Esa bribona me aceptó un escapulario de la Virgen de Loreto por dejarme tener relación con ella —le decía, apretándose el rostro con las manos en un gesto de desesperación—, pero me engañó y después no me cumplió.

—Hijo, no conviene obcecar en esos pensamientos —le recomendaba el sacerdote.

—Ay, padre, este navío está lleno de mujeres lujuriosas que se dejan cabalgar por los hombres como si fueran yeguas. No paran cuidado en que sean solteros o casados, señores o pecheros, y si a otros dejan joderlas, ¿por qué han de negármelo a mí?

—Cuida esas palabras, muchacho, que mucho ofendes a Nuestro Señor.

—¡Putas! —gritaba el joven, desoyendo al sacerdote—, que merecen estar en una mancebía y no en un barco de Su Majestad.

Con estas y otras lindezas se lamentaba el infeliz soldado, que, por estar arrestado, se veía privado de seguir intentando conquistar a alguna mujer y se atormentaba en su soledad, imaginando lo que otros estarían haciendo.

Como no podía ser de otra manera, y como yo mismo lo pretendía, hubo varios galanteos en la nave, de los cuales algunos cuajaron y otros no. El padre Saavedra exhortaba en sus homilías a la templanza y la castidad, y a hacer las cosas según las reglas de Dios y las disposiciones del Adelantado, por más que el propio don Lope no fuera un buen ejemplo. No obstante, el sacerdote no se cansaba de insistir en ello aun a riesgo de hacerse pesado y ser objeto de burlas y risas entre la tripulación.

Mas al cabo su mensaje acabó calando y varias parejas decidieron acudir a él para consagrar sus lazos. Los primeros en anunciarlo fueron un grumete muy apreciado por los marineros y la hija de una familia de colonos que había vendido sus escasos bienes para apuntarse a la aventura de las Salomón. Los dos eran muy jóvenes, sobre todo ella, por lo que necesitó el permiso de sus padres para poder matrimoniar.

La boda se celebró en domingo y los contrayentes estuvieron rebuscando en cajas y arcones ropas

decentes con las que presentarse a la ceremonia, y también les fue concedida cantidad extra de agua para poderse lavar. Y a fe mía que, cuando se presentaron en cubierta, no hubo forma de reconocerlos de lo muy limpios y acicalados que lucían. Con esta boda se abrió la veda del matrimonio y en muchos de los corros y tertulias del navío no se trataba de otra cosa sino de quiénes los seguirían mañana, haciéndose todo tipo de cábalas. Mas muy pocos acertaron, pues el segundo casamiento que celebró el sacerdote fue de lo más inesperado. Tratábase nada menos que del cabo Diego Jara y de Úrsula, la Mulata, la prostituta que se había colado como polizona. Por cierto, que este Diego Jara anduvo pregonando antes de casarse que, como había perdido sus caudales en el juego, en adelante se dedicaría a administrar lo que la Mulata ganase con sus menesteres, haciendo pormenorizadas cuentas de los dineros que pensaba obtener e incluso de los descuentos que concedería a los más allegados. Pero, o era todo pura jactancia, de la que no andaba mal provisto el pájaro, o hacía lo para salvar las apariencias y evitar las burlas de los camaradas por dejarse cazar por una mujer de partido. Yo tengo para mí, por ciertos detalles y sucesos que más adelante ocurrieron, que se trataba de lo segundo. En todo caso, mucha gente pensó que el cabo Jara fue a por lana y salió trasquilado, porque la Mulata, al casarse, se tomó muy en serio los votos prometidos, renunció a su viejo oficio y dejó a su marido sin fortuna y también sin libertad.

Otro asunto de faldas que dio agasajo a los coloquios fue la discusión que el sargento Enríquez tuvo con el almirante a causa de las atenciones de este con su esposa, Antoñita Díaz.

Una mañana el sargento los halló platicando muy amigablemente en el combés de la nao, a la vista de todos. Acercose a ellos y a voces reprendió a su mujer, afeándole su conducta con muy gruesas palabras, y la alejó de allí de un empujón.

—Riguroso viene el señor sargento —le dijo don Lope, queriendo hacer sainete del suceso.

Pero Juan Enríquez no le encontró la gracia por ninguna parte y, sin guardarse de que era el almirante de la flota quien tenía enfrente, le respondió con rudeza:

—Mire vuesa merced que yo empleo con mi mujer los rigores que me placen, y tenga por cierto que, en asunto tan particular, no reconozco más autoridad que la del Altísimo, ante cuyo altar nos unimos.

Tornose serio el semblante de don Lope, pero ocultó la irritación y supo dar a su voz un tono mesurado, que no llevase más allá el incidente sin menoscabo del honor.

—Las cosas de vuestra hacienda vea vuesarced cómo gobernarlas, señor sargento, mas reparad que las ordenanzas de la flota penan con severidad las blasfemias y los insultos, de los que os habéis despachado a gusto, y no habré de consentir que otra vez suceda tal. Idos ahora enhorabuena y reprended a vuestra mujer cuanto consideréis, pero hacedlo en privado.

—Pues eso mismo haré —se acomodó de mala gana el sargento, y de momento calmose la orilla.

Pero cuando el diablo atiza, incendia, y bien avanzada la tarde el sargento, que había abusado de la bebida más de lo corriente, andaba paseándose por la cubierta con paso inseguro y ánimo pendenciero, portando en la mano una jarrilla de oloroso y en la otra un bastón de mando. Se cruzó con él, silbando despreocupado, un soldado bisoño de la compañía del capitán Flores y, sin mediar palabra, Enríquez le descargó un bastonazo en la cabeza. El sargento dijo que porque la tonadilla era burlona, pero el soldado alegó que el golpe había sido alevoso.

Con el alboroto salieron a averiguar los capitanes de ambas compañías y, enterados del asunto, fueron de opiniones opuestas: Francisco Mondéjar quería que se castigase al soldado bisoño por desacato a un superior, y Bernal Flores alegaba que era al sargento Enríquez a quien habría que castigar por borracho. Hízose pleito entre ellos y salieron a relucir viejas diferencias que entre los dos capitanes había, pero finalmente, con la intermediación de otros oficiales, triunfó la cordura y quedó

en tablas el asunto.

Se deshizo, pues, el ruedo, fuese cada cual por su lado y el capitán Mondéjar, una vez resuelta la disputa, regañó con vehemencia a Enríquez y le afeó su gusto por la bebida.

—Bastante encendidos están los ánimos en este corral —le dijo—, para que vos los calentéis más por culpa del vino, señor sargento. Si tenéis otros problemas, es mejor que los resolváis de una vez.

También se acercó Antoñita Díaz a auxiliar a su marido. Trató de llevárselo con amorosas razones hacia el entrepuente, echándole los brazos al cuello, pero Enríquez se desasíó con brusquedad y se fue a tumbar en el combés, junto a la chalupa.

—Aparta de mí, perdida —masculló, y como al rato roncaba, lo dejó que se durmiese allí.

Aquella misma noche, uno de los marineros que estaba haciendo la guardia en la popa gritó: «¡Hombre al agua!», y tiró una caja de madera que tenía a mano para ver si el caído podía aferrarse a ella. Luego llegaron los demás de la guardia y se asomaron por la borda. Por ser noche sin luna no vieron a nadie, mas escucharon las voces y socorro que el náufrago pedía que, aunque apagadas por las olas y el viento, metían zozobra en el alma. Los faroles de las otras naves se alcanzaban a distinguir por la amura de estribor, a sotavento, así que no era posible que ninguna de ellas pudiese socorrerlo.

Despertaron presto al piloto y explicáronle lo que pasaba. El barco avanzaba deprisa, con el viento jaloque entrando casi por la popa, así que el piloto mandó bracear las vergas y mover la caña para ponernos a la capa. Los hombres se afanaron en las drizas y escotas para hacer rauda la labor y, en cuanto fue posible, se botó el batel con cuatro marineros que estuvieron bogando en demanda del náufrago, hasta que dejaron de oírse sus gritos y lamentos. Entonces desistieron, que en noche tan oscura no había otra manera de localizarlo si no era por el sonido de su propia voz.

—Nada más se puede hacer por él —dijo el piloto cuando se hubo izado el batel, y dio orden de virar el barco y continuar.

Como era ya muy tarde, decidieron dejar para la mañana el pasar revista a la dotación para descubrir quién había sido el náufrago. Recogiose la gente ociosa, fuese cada cual a su agujero, y yo retorné a mi esterilla en el entrepuente y al momento dormía profundamente. Sin embargo, al rato sentí un sonido como de pasos descalzos que se acercaban, mas era una percepción vaga e inconcreta, neblinosa, pues aún me hallaba adormilado y era difícil precisar si formaba parte del sueño o de la realidad. Sin embargo, cuando los pasos se detuvieron junto a mí y dejase oír una respiración muy leve, ya me había despertado por completo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y agucé los sentidos para oír mejor, pero el constante rumor que llenaba el entrepuente con las respiraciones y ronquidos, los resuellos de los animales enchiquerados y también los gemidos de alguna pareja que aprovechaba la oscuridad para atender a sus necesidades, hacía muy difícil identificar nada.

Para despistar a quien fuera simulé estar aún dormido, por más que me picase la curiosidad, y llevé con mucho sigilo la mano diestra a la empuñadura de mi daga, de la que no me desprendía ni para dormir, porque yo estaba seguro de que había alguien parado junto a mi lecho, observándome, y no se me ocurría que tan intempestivo visitante no fuera otro que Martín Navarrete o el Hinojosa.

Apreté con fuerza la mano, tensé el brazo y aguanté la respiración en espera del ataque, mas nada ocurrió.

Al punto pareciome percibir cómo el alevoso, haciendo crujir la madera, reemprendía el camino y sus pasos se alejaban hasta fundirse con el rumor de fondo. Alcé entonces el torso y solté la daga. Estaba sudando. Permanecí unos momentos sentado en la esterilla, tratando en vano de atravesar la oscuridad y distinguir su figura. Y ya iba a volver a tumbarme cuando llegó a mi nariz el olor sutil de un perfume femenino. ¿Un perfume? «Pardiez, que es extraño», me dije, y me tumbé nuevamente y

estuve un largo rato de vigilia dándole vueltas al asunto. Un momento estaba seguro de que alguien, tal vez una mujer, me había visitado y permanecido a mi lado durante unos instantes, y al momento siguiente me convencía de que todo había sido sólo un engaño de los sentidos, una jugarreta de la imaginación. Mas al fin me venció el sueño sin haber resuelto nada en un sentido ni en el otro.

El alba llegó tan deprisa que me pareció haber dormido apenas un soplo. Sin embargo, la sorpresa que trajo aquel nuevo día me hizo olvidar pronto las cuitas y pensamientos de la noche, porque pronto se descubrió que el pobre que había caído por la borda no era otro que el sargento Enríquez, nuestro sargento, lo que causó desconsuelo entre los camaradas y muchos lamentos y lágrimas a su mujer.

—Lágrimas de cocodrilo —dijeron algunos.

Yo no puedo decir que lo considerara un amigo, pero en las escasas semanas de trato que tuvimos le había tomado alguna afición, y sentí su pérdida. Por la tarde, el padre Saavedra ofició una misa por su alma que tuvo nutrida concurrencia, afectados todos por la desdicha. Su mujer, o por mejor decir su viuda, sacó de su equipaje una saya oscura y un paño negro, que se amarró a la cabeza, y estuvo llorosa varios días. El bachiller Herrera anotó en su libro de registro el primer fallecimiento de la jornada.

No bien finalizó el funeral ya estaban armados los círculos y tertulias, cada cual con su gente, murmurando, inventando causas y buscando culpables, y en pocos días andaban circulando por el barco varias versiones de la muerte del sargento. Decían unos que el propio Enríquez se lo había buscado embriagándose día tras día, y que si no se hubiera caído aquella noche, otra habría sido. Otros, sin embargo, desconfiaban de una caída fortuita, puesto que la borda estaba demasiado alta para eso, y consideraban que había sido arrojado al agua alevosamente, aprovechando su borrachera. ¿Pero por quién, o quiénes? Y aquí aparecían dos opiniones diferentes: para unos pocos había sido cosa del capitán Flores, en venganza por el incidente de la tarde con el soldado de su compañía; pero la opinión predominante apuntaba a don Lope de la Vega, que lo habría mandado arrojar al agua para quedarse con Antoñita Díaz, a la que con tanto descaro galanteaba. Como es de suponer, detrás de esta versión estaba la mano del capitán Mondéjar, que no desaprovechó la ocasión para defender a su sargento delante de sus hombres y, de paso, echar tierra sobre el almirante. Aunque, dada su naturaleza retorcida, se cuidó mucho de expresar sus sospechas en público y encargó a otros para que difundieran los rumores.

Mucho se molió alrededor de la muerte del sargento, y más que se habría de moler en el futuro, pero lo cierto es que las tres versiones se quedaron en simples hipótesis, pues nunca se supo la verdadera causa de que Enríquez cayese al mar.

Mas el peso de lo cotidiano es irresistible y la muerte del sargento pasó pronto a un segundo término, relegada por el suceso más esperado desde que zarpamos del Perú. Al fin, después de más de un mes de navegar por el mayor golfo de la Tierra, siempre hacia el oeste, con buen viento y buena mar, sin temporal alguno ni mayores problemas que los que ya tengo narrados, yendo las cuatro naves en conserva, aunque bastante distantes unas de otras, el día veintiuno de julio del año mil quinientos noventa y cinco, a eso de las cinco de la tarde, se avistó tierra por el rumbo del norte cuarta al noroeste.

La primera en divisarla fue la fragata Santa Catalina, que, por ser la más marinera, navegaba aquel día en cabeza de la flota y largó los dos cañonazos acordados. Al momento, fue la San Jerónimo la que dejó oír sus cañones y, poco después, el grumete que iba en la cofa del árbol mayor de nuestra nao dio el grito de tierra.

—¡Tierra! —dijo—. ¡Tierra por la amura de estribor!

La expectación que había sobre la cubierta estalló en un clamor de júbilo. Nos apretábamos las manos y nos abrazábamos unos a otros sin parar mientes en quién, hombre o mujer, marinero o soldado, asomados todos por la borda, subidos a las vergas o trepados a los obenques y flechastes.

Era la víspera de Santa María Magdalena y llevábamos treinta y cinco días navegando, compartiendo una tabla escueta y endeble sobre mil brazas de agua salada, y la alegría al ver la tierra fue general y desbocada. Cómo resplandecían de esperanza los rostros, cómo temblaban las lágrimas, y se derramaban, y abrían surcos en las mejillas sucias. Sin esperar más, el padre Saavedra dio gracias a Dios por la merced de la tierra y empezó a cantar un *Te deum laudeamus* que acompañamos todos, puestos de rodillas, agradecidos al fin por la buena fortuna de seguir vivos y animados de grandes ilusiones y anhelos.

La flota puso rumbo a la tierra que se divisaba en lontananza, pero hubo mucho movimiento de bateles y conseja de pilotos que, como estaba ya cayendo la tarde, acordaron que nos pusiéramos a la capa con muy poca vela por miedo de acercarnos demasiado a una costa desconocida.

—Sabia medida —comentaron algunos marineros—, que son más los naufragios cerca de la costa, por desconocimiento de ella, que en alta mar por causa de tempestades.

## 7

Salió llena la luna aquella noche, en la que no durmió ni el más agotado de los grumetes. Hubo guardia bien armada, con los cañones y arcabuces aprestados y las mechas encendidas, pues no se sabía si la tierra era habitada o no. Y al clarear el alba del siguiente día se acercaron las naves a la isla, que era tajada a la mar, alta y montuosa en el interior y de unas diez leguas de boj.

De una playa cercana salió una gran cantidad de canoas que se sustentaban con un balancín de caña por el lado, con hasta ocho indios en cada una que bogaban con gran vigor, usando unos canaletes de pala muy ancha, y en lo que se reza un Padre Nuestro ya estaban junto a los navíos. Nos rodearon y algunos allegáronse al pie de las naves, desde donde sus tripulantes nos observaban mientras nosotros hacíamos lo propio.

Tenían la piel de color clara, el rostro muy gentil y los cabellos largos y trenzados. Llevaban apenas un taparrabos de palma en la cintura, y el cuerpo todo labrado de dibujos azules que les daban un aspecto muy fiero.

Cuando advirtieron que nada les íbamos a hacer, subieron a los navíos por los cables de las áncoras y anduvieron por la cubierta con la confianza del que pasea por su casa, tocándonos como para asegurarse de que éramos reales, por lo que algunos soldados se abrieron las camisas y se enrollaron las medias, mostrándoles las carnes desnudas. Los indios querían registrarlo todo, abrían cajas y asían lo que les parecía, en especial ropas y objetos de hierro. Uno de ellos se acercó a palpar a doña Elena. Le tocó el rostro, los brazos, le pasó la mano por los cabellos rubios y también por los pechos, a lo que doña Elena dio un grito y su hermano Martín metiose por medio, le dio un empujón al osado y le puso la punta de la espada en el pecho, mas este se la quitó de encima sin ponerle mayor cuidado. Don Martín porfió, hubo forcejeo y el indio se llevó un corte en la misma tetilla. Se formó alboroto alrededor, los indios gritaban. Para acallar el alboroto a don Lope se le ocurrió regalarle al herido una camisa que le puso encima con gran amor y tocarlo con un gorro de color cardenillo. Viéndose agasajado, el indio se alegró y así nos contentamos todos.

Habían traído con ellos cocos, nueces y otras frutas que intercambiaban con nosotros. Hablaban una lengua ininteligible, diferente a todas las que he oído. A uno le enseñé una pluma cortada que tenía y, mojándola en la tinta y trazando una línea en la palma de mi mano, le demostré cómo se escribía. Al verlo, extendió la suya y le hice un garabato. Se acercó la mano a la nariz, la olisqueó y con la punta de la lengua comprobó su sabor, que no debió de gustarle porque al punto torció el gesto; mas, viendo su interés, le regalé la pluma y un pequeño tintero, de lo que se holgó mucho. La mojaba y pintábase dibujos en los brazos, y gritaba y lo alzaba para que sus compañeros lo viesan.

En este punto sonó un verso disparado desde la nao capitana, no sé a cuenta de qué, y todos huyeron del barco y se encaramaron a sus canoas. Lo que había sido armonía tornose desconcierto y hostilidad. Los indios golpeaban el agua con los canaletes y la agitaban con fuerza, soplaban unas caracolas grandes y un cacique viejo y barbado nos gritaba enfurecido. Se acercaron más canoas y sacaron hondas y lanzas que traían escondidas y con ellas nos atacaron. Las lanzas se quedaban cortas, pero las piedras golpeaban fuertemente sobre cubierta, y alguna hizo blanco. Las mujeres y los niños se resguardaron y los soldados aprestaron sus arcabuces.

El capitán Bernal Flores ordenó hacer fuego sobre sus cabezas, pero la mayoría de arcabuces no estaban bien cargados y la pólvora no encendió. Algunos indios se asustaron y se dieron la vuelta, mas otros continuaban atacándonos y haciéndonos burlas. La segunda descarga fue más cerrada, y

hubo quienes por su cuenta tiraron a matar, causándoles algunas bajas. Y de ahí en adelante ya no hicieron gestos de burla sino de furia y, viéndonos apuntarles, se lanzaban al agua y se escondían detrás de las canoas.

Mientras tanto nuestra nao, imitando a la capitana, se aprestó a la maniobra y se dieron velas en demanda de otras islas. La isla Magdalena, que así la bautizó el Adelantado, fue alejándose por estribor mientras a lo lejos ya apuntaba el perfil de otra tierra.

En la Santa Ysabel no había otro tema de conversa sino preguntarnos qué islas serían aquellas. Cada quien tenía su criterio y lo defendía ante los demás con apasionadas razones. Mas el debate duró poco tiempo, porque a la hora de la oración, todos los pilotos y capitanes de los navíos de la flota fueron convocados a consejo a bordo de la San Jerónimo y, una vez reunidos, don Álvaro de Mendaña los informó de que aquellas no eran las islas de Poniente, sino una tierra nueva que convenía explorar y conocer mejor.

Así pues, al día siguiente se navegó a la vuelta del norte en demanda de otras islas y a poca distancia se avistó una más grande, donde se veían rancherías y poblados. Al acercarnos nos recibió una multitud de gente en canoas y piraguas, haciéndonos señas de que nos desembarcásemos, pero el puerto de donde habían salido estaba orientado a barlovento y no fue posible entrar en él, por más que la nao capitana lo intentara con un par de chalupas tirando de ella. A esta isla se la bautizó Dominica, por ser aquel día domingo.

Se pasó la noche al paio, con la guardia doblada. La gente, resuelta la incertidumbre sobre las Salomón, estaba nerviosa por ver qué se haría y deseosa de desembarcar. Por la mañana seguimos la costa de la Dominica hasta su extremo occidental, donde había otra isla más pequeña que bautizaron Santa Cristina. Esta vez don Álvaro de Mendaña envió por delante a una chalupa para que buscara un buen surgidero. Después de un par de intentos en ancones poco apropiados, se encontró un buen puerto en el lado oeste de la isla, a resguardo de los vientos. Era una bahía muy hermosa, al pie de una sierra alta y muy arbolada de la que bajaban dos arroyos que venían a desembocar en la playa. Cerca de uno de ellos había un poblado de indios con muchas cabañas.

A la bahía se la llamó Madre de Dios, y en la nao muchos nos admirábamos de las bondades del sitio, que dijo alguno que era lo más parecido que había visto al paraíso. Otros pensaban que ya era momento de entrar en acción, pues para eso habíamos aguantado tantas penalidades y sacrificios, y se alegraron, por tanto, cuando el Adelantado envió al maese de campo con treinta soldados a tomar la playa y la aldea.

Los soldados atracaron la chulapa en la orilla y desembarcaron en orden de batalla. Al otro lado de la playa se habían agrupado muchos indios armados con lanzas y hondas, y miraban a los nuestros sin decidirse a atacar.

Al poco separose del grupo un cacique y les habló a los nuestros haciéndoles señas con unas ramas verdes que agitaba con las manos, pero el maese de campo no quiso saber si era de paz o de guerra de lo que le venía platicando y al llegar a mitad de camino ordenó disparar los arcabuces. Cayó el cacique de bruces sobre la arena. Viendo esto, los otros indios les tiraron una andanada de piedras y muchas lanzas y los soldados respondieron con otra descarga que mató o hirió a bastantes, y con esto se huyeron dejando franca la entrada a la aldea.

Todo esto lo vimos desde la cubierta de la Santa Ysabel. Los más jactanciosos se holgaban de la derrota infligida a los indígenas, cruzaban apuestas sobre la puntería de cada cual y de cuántos indios serían capaces de abatir de un solo arcabuzazo. El padre Saavedra les afeó la conducta a los que así

hablaban y les dijo que no habíamos venido a maltratar a aquellas gentes ni a causarles dolor ni a quemar sus casas, sino a enseñarles el evangelio.

—¿Y por qué hemos de hacer tal, señor capellán? —preguntó muy imperioso Diego Jara.

—En primer lugar, para mayor gloria del Altísimo, señor cabo, al tiempo que cumplimos la voluntad de Su Católica Majestad; y en segundo lugar, para que luego ellos no procuren la venganza, ni nos retiren los víveres ni el agua ni todo lo que de ellos pretendamos —le respondió el sacerdote, y a continuación le preguntó al cabo qué pensaba hacer cuando bajase a tierra.

—Matar —le dijo aquel—, porque eso es lo que se ha hecho hoy, y no quiero yo ganar fama de cobarde.

—Mal ejemplo nos han dado hoy estos soldados —lo amonestó el padre Saavedra—, y también el que los mandaba, que no es valentía con corderos mostrarse leones, ni está bien que haya tanta ligereza en el oficio de matar a otros hombres. ¿Qué mal es el que estos indios han cometido para que con ellos se usen crueldades?

Otro soldado de los que allí estaban, por echarle un capote a su cabo de escuadra, preguntole al padre si se dejaría él matar como un puerco, lo que levantó algunas risas entre el corro. «¿No ve vuestra señoría que ellos eran montonera y que nos han atacado con sus armas?», terminó el soldado.

El padre no se dejó rendir por esta salida, ni se ofendió por la broma, sino que le contestó con mesura:

—A fin de refrenarlos deberían haberles dado a entender el mal que con nuestras armas podríamos causarles, y que sin embargo no les causamos.

—Ved si ellos no nos han herido también —dijo el Hinojosa.

—¡Ea! Mate quien quiera matar, señor soldado, y si vuesa merced no sabe el pecado que es despachar a una criatura que tiene alma, no se lo voy a enseñar yo ahora.

Al amanecer del siguiente día se mandó bajar a tierra a soldados de todas las naves para asegurar la playa y el poblado y reponer agua y sobre todo leña, de la que teníamos mucha necesidad. De la Santa Ysabel desembarcamos una compañía al mando del capitán Mondéjar y al poner los pies en la orilla me pareció que la tierra se movía y tardé unos momentos en acostumbrarme a su firmeza y perder el hábito de vivir sobre una tabla. Vista de cerca, la isla era aún más hermosa. La playa era de arena oscura, la tupida manigua llegaba a unas varas del agua, con cocoteros y otros árboles, y no lejos de la orilla se elevaban unos cerros altos y muy quebrados que lucían todos los verdes posibles. Se oía ruido de pájaros y otros animales, el cielo estaba despejado, con alguna nube muy blanca, y la mar se veía en calma.

Don Pedro Merino, el maese de campo de la armada, ordenó que hubiera tres puestos de guardia en la playa y otro en la aldea, y que nos releváramos cada cuatro horas. Los soldados llevábamos todos coraza, botas altas y morrión de hierro, menos los arcabuceros, que usaban escaupiles de cuero acolchados de algodón, a la usanza de los méxicas, que son más livianos y dan menos calor.

También mandó el maese de campo que la galeota fondease muy cerca de la orilla con su artillería presta a ser disparada. Y cuando consideró que la playa estaba por completo asegurada, por fin desembarcaron el adelantado Mendaña, doña Isabel Barreto, otros oficiales y principales y la mayor parte de la gente para oír la primera misa que se celebró en aquellas islas. Se había levantado altar bajo palio con mucha cera ardiendo, repicaron las campanas y se ofició la misa con una solemnidad que a algunas mujeres sacó lágrimas. Muchos indígenas salieron del poblado y, con algunas prevenciones, se acercaron a vernos y permanecieron muy atentos a la ceremonia, imitando cuantos gestos nos veían hacer.

Después de la misa, don Álvaro de Mendaña tomó posesión en nombre de Su Majestad de todas las

cuatro islas, a las que puso por nombre Marquesas de Mendoza, en homenaje al virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, a quien tanto agradecimiento debía en la organización de la jornada. En la playa estaban formadas las compañías de soldados, con sus oficiales al frente portando banderas y pendones, y el alférez real con el estandarte tremolando al viento. Se tocó redoble de tambores, sonaron pífanos y cornetas, se dispararon mosquetes y arcabuces y luego el Adelantado se puso en pie y, ante el secretario real, dijo en alta voz:

—Sean todos testigos de cómo en esta parte que hasta ahora ha sido incógnita, en nombre de la muy Católica Majestad don Felipe, el segundo de su nombre, rey de Castilla, de León, Granada, Aragón y demás reinos, tomo posesión de esta tierra para siempre jamás.

Después de leídas las posesiones y acabada la solemnidad del momento, se alistó una mesa bajo un sombrajo donde comieron el Adelantado y los personajes de más cuenta, mientras el resto aprovechaban para hacer también su pitanza y recrearse y pasear por la playa y por el poblado. Yo estuve tumbado en la arena, en el rancho que teníamos hecho los soldados de la escuadra del cabo Vicente, holgando y platicando de los motivos que nos habían llevado a tierras tan lejanas.

—Yo vivía en Taxco —nos contó Justo Bautista de Campeche, el criollo, que era moreno y cenceño y viajaba con su esposa india—, un pueblo que dista treinta leguas de la ciudad de México.

—¿Entonces no sois de Campeche? —le pregunté.

—De Campeche soy, señor Torres, hijo de un soldado viejo y de una ventera, pero marché a Taxco buscando que la fortuna me sonriese, pues hay allí unas muy afamadas minas de plata.

—Y siendo tan rico el lugar, ¿por qué os marchasteis? —dijo Manuel de Badajoz.

—A la fuerza lo abandoné.

—¿Os perseguía la justicia? —quiso saber el cabo Vicente.

—No, señor Vicente, me perseguía toda una familia de indios tlahuicas. Mi esposa, doña Lucía, pertenece a la estirpe de los tlahuicas —nos explicó—, y su familia no aceptaba nuestra unión, pues desde que nació estaba destinada a casarse con otro hombre. Así que fui a buscarla con la ayuda de unos camaradas, pero en la refriega maté a un hermano de doña Lucía y tuvimos que huir a uña de caballo hacia Acapulco, donde nos embarcamos en el primer navío que dejó el puerto. Y aquí estoy —concluyó, mas dando a entender que muchos avatares les habían sucedido desde que partieron de Acapulco.

—Ah, es cosa seria el amor —dijo Domingo Gorrostieta, un vascongado del condado de Salvatierra.

—¿También vos huisteis por amor, señor Gorrostieta? —le preguntó el cabo Vicente con mucha guasa.

—Ya me habría gustado, señor cabo, pero a mí la juventud se me fue en guerras de mucho esfuerzo y escaso provecho, con capitanes que cuando no pecaban de ineptos lo hacían de ambiciosos. Haced cuenta que llevo veinte años guerreando en las Indias y lo único que he ganado han sido cicatrices y enfermedades.

Y debía de ser cierto lo que decía el soldado, pues faltábale un pedazo de oreja, lucía un costurón de muchas puntadas en la frente y no podía mover varios dedos de la mano izquierda.

—Aun así no me quejo —prosiguió el alavés—, que la mayor parte de mis compañeros se quedaron en el camino, perdidos en las selvas y pantanos, naufragados, comidos por las fiebres o devorados por los caribes.

—¿Y por qué os habéis enrolado en esta jornada? —le pregunté yo.

—Y por qué no —me respondió él—. Reventar ya lo tengo asegurado, así que he de hacerme rico o dejarme el pellejo en el empeño.

Así seguimos un rato en buena charla y compañía, disfrutando del colorido y la alegría de tanta gente como allí estaba, algunos en la orilla del agua, chapoteando y divirtiéndose con las olas. Se hacían corros y se trababan conversaciones con amigos, familiares y camaradas y parecía que a todos se nos hubieran borrado las fatigas del viaje y las incomodidades de la vida a bordo.

Esa tarde, por cierto, estuvo don Lope de la Vega paseando muy entretenido con su mujer, doña Mariana. A ella se la veía más envejecida y estropeada que cuando se embarcó, mientras que él mostraba más bríos que nunca, lanzando ramas a sus lebreles para que se las vinieran a dejar a los pies. Viéndolos caminar de la mano y platicar amablemente con el Adelantado y con su esposa, apostábamos todos por que doña Mariana se embarcaría en la Santa Ysabel para juntarse de una vez el matrimonio; mas nos equivocamos, porque de otro modo era como se estaban tejiendo los hilos de su destino. Y del nuestro.

Aquella jornada tuvo mal fin para mí cuando vi a doña Elena muy hermosa y acicalada, que paseaba acompañada de los suyos y también del alférez Ocampo, que se desvivía por servirla y la hacía reír a carcajadas mientras yo me conformaba con mirar y apretar los dientes.

—No te hagas mala sangre, zagal —me dijo el cabo Vicente en un aparte—, que en las mujeres todo es incertidumbre. Esa mujer que tan buena cara le pone hoy al alférez Ocampo tal vez mañana mude en su parecer y te sonría a ti. Así que persevera y recuerda que bajo la hiel está la miel.

—Dios quiera que esta vez tengáis razón, señor cabo, porque la última vez que seguí vuestro consejo salí muy bien escaldado.

Conocido de todos que aquellas no eran las islas que habíamos ido a buscar, restaba saber qué se haría, si quedarnos allí o seguir en demanda de las Salomón. Hubo quienes alegaron que el lugar adonde íbamos era mucho más rico y próspero; quienes, que no era buena idea dividir las fuerzas porque, siendo ya pocos, eso nos haría más débiles y vulnerables; quienes, que era mejor pájaro en mano que ciento volando y que, ya que la fortuna nos había llevado a aquella tierra generosa y fértil, de gente tan lozana, ¿por qué continuar en busca de otra?; y quienes, en fin, como el alférez Cansino y algunos de sus allegados, que dijeron haber sabido por los indios de las muchas riquezas, perlas, oro y ciertas piedras que había en unas islas más al norte y que mejor preferían permanecer allí y buscar las tales tierras antes que marcharse sin haber hecho el intento.

Mas de nada valieron tantas opiniones, porque el Adelantado se mostró muy firme en el objetivo de la expedición y, apoyado por sus cuñados y por el piloto mayor don Pedro de Quirós, decidió continuar en busca de las islas de Salomón, que además, según dijo, no podían estar ya muy lejos.

Así que los días siguientes se dedicaron a aprovisionar los barcos de todo lo necesario. El movimiento era continuo, con trajín de bateles entre la playa y los navíos. Las pipas de agua se llenaban en un remanso que había en una de las quebradas, donde caía un grueso chorro de agua desde diez o doce varas de altura. También se cortaba y recogía leña entre la arboleda, haciendo con ella tercios para arrumarla mejor en los pañoles de las bodegas, y se cargaban cocos y otras frutas.

Para evitar una mala sorpresa de los indios levantiscos, el maese de campo ordenó que cualquier actividad se hiciera siempre con la protección de gente de guerra. Por tanto, los soldados nos encargábamos de guardar a los que iban a cortar leña, a hacer acopio de alimentos o a cualquier otro menester que se ofreciera, aunque una buena parte del tiempo estuviéramos desocupados, platicando, jugando, haciendo rancho con los otros compañeros de escuadra u holgando por la playa y el poblado, donde procurábamos tener trato con los indios.

Los naturales de esas islas eran de esforzado temperamento, fuertes, corpulentos y con una salud de

la que daba cuenta su propia vestimenta o, por mejor decir, la falta de ella, pues ni la necesitaban para aguantar el fresco de la noche ni para protegerse del sol del mediodía; eran buenos nadadores, hábiles en fabricar sus canoas, casas y utensilios; navegaban entre las islas sin haber instrumentos ni aguja imantada ni cartas de marear, y no se perdían; eran valientes para combatir aunque recibieran grandes daños y, en queriendo, se mostraban amigables y con facilidad para hacerse entender.

Las mujeres eran todas de bellos ojos, talle y piernas y rostro tan gentil como la más hermosa dama del Perú. Iban cubiertas de la cintura para abajo con una especie de falda que le decían tapa, hecha de delgada corteza teñida de colores y decorada con dibujos. Eran alegres y dejábanlo a uno sentarse a su lado y entablar conversación por gestos, con mucho regalo de manos y roce de caderas, como si fuera costumbre muy propia de aquella tierra.

Muchos camaradas tomaban esto como invitación para continuar el galanteo y yacer con ellas, y las nativas, lejos de ofenderse, se dejaban acompañar a un lugar apartado o incluso a sus moradas, adonde algunos se asentaron como si estuvieran en su propia casa, si no eran ellas mismas quienes los arrastraban. Puede decirse, sin temor a errar, que en aquellos días anduvo bien servida de amor toda la armada, o invadida por el pecado, pues que en estos asuntos tan carnales mucho varía la opinión según sea el que la manifiesta.

Una mañana nos envió el capitán Mondéjar a dar seguridad a una poza muy tranquila que había en la quebrada, porque muchas mujeres querían asearse y lavar sus trapos. Y don Álvaro encomendó al maese de campo que dispusiera lo necesario para complacerlas y que pudieran bañarse en seguridad y reserva.

Así que durante un par de jornadas estuvo llegando a la poza una hilera de mujeres dispuestas a hacer zafarrancho general, convirtiendo al puesto de guardia en el lugar más entretenido del campamento. Se formaba allí gran revuelo de voces, gritos y risas, semejante al que hacen las aguadoras en las fuentes mientras esperan a que les toque el turno de llenar sus cántaros.

A un extremo de la poza, pudorosamente desenfogado por unos metros de arboleda, había un nacimiento de agua en una pileta natural donde las mujeres habían tendido unas lonas para conseguir mayor intimidad. Allí se bañaban, se despiojaban y se libraban de todos los bichos chupasangre que llenan las cubiertas y bodegas de los barcos. Para hacer la colada, sin embargo, aprovechaban unas lajas arrugadas que había al otro lado de la poza. Sobre ellas enjabonaban los trapos, los golpeaban con la pala de algún remo roto o simplemente con una raja de leña y por último los enjuagaban.

Y mientras estaban en la faena, no dejaban un punto sus parlamentos y chismorreos en los que comentaban por lo menudo lo habido y lo por haber, los males presentes, pasados y futuros y la vida y milagros de toda la flota.

Aunque desfilaron ante nosotros casi todas las mujeres de la expedición, yo estaba pendiente nada más que de ver a doña Elena, que por fin apareció acompañada de otras señoras y de sus criadas. Venía doña Elena caminando sin prisa y hablando con María Velázquez, una muchacha de apenas quince años, muy animadas en su plática y con los semblantes hartos alegres. Al pasar junto al puesto de guardia, me saludó doña Elena inclinando ligeramente la cabeza. Tan simple e inesperado gesto hizo saltar mi corazón, y durante el tiempo que estuvieron entretenidas en el cuidado del propio cuerpo, yo me consagré a patrullar por el sendero esperando a que volvieran.

Al cabo de un buen rato terminaron las señoras su aseo e iniciaron el regreso, abriendo doña Elena la procesión. Yo hice como el que no la había visto y me situé de espaldas a la poza, en mitad de la vereda, con la coraza y el morrión recién bruñidos y el estoque ceñido al costado siniestro.

—Señor Torres —oí que decían a mi espalda—, ¿querría vuesa merced permitirnos el paso?

Ante aquellas palabras, las primeras que doña Elena me dirigía desde aquella desgraciada tarde en la cabina del alcázar, sosegué el ánimo, aguanté unos instantes la respiración y me volví despacio, como soldado fanfarrón, con la mano en la empuñadura de mi espada. Doña Elena no había cambiado el ánimo y seguía mostrando una muy risueña expresión.

—Señora, serviros es el norte que me guía —le dije cortésmente, y al punto me hice a un lado.

—Guardad esas palabras tan atrevidas, señor Torres —me respondió.

—Las oportunidades las pintas calvas, doña Elena, y vos no me habéis dado ninguna hasta ahora; justo es que la aproveche.

—Pero tanta sinceridad puede mover a equívocos.

—¿Acaso preferís la falsedad y el engaño?

—Con esos modales tan montaraces no vais a llegar a parte alguna —dijo ella mientras pasaba a mi lado sembrando el aire con un aroma a jabón florido y a piel limpia.

—Permitid que os acompañe hasta la orilla, doña Elena —le dije yo, y le ofrecí el brazo—, pues el camino está resbaladizo y podríais caer. Además, en esta tierra de salvajes no hay seguridad en lado alguno.

—No es necesario, caballero —me dijo mientras avanzaba, con un tono en el que me pareció entrever más mofa que disgusto—, que con tanto arcabuz en las guardias y tanta espada toledana nuestras vidas están protegidas, ¿verdad, señoras?

Asintieron sus acompañantes, con los ojos risueños y alguna mano discreta tapando la boca para sofocar la risa.

—Insisto —dije.

E incontinente púseme a su estela, caminando un trecho tras el grupo sin nada más que decir ni hacer sino ventear el aire como un podenco, en busca del olor tan agradable que doña Elena desprendía. Al llegar al arranque de la arena me despedí de ellas, que siguieron su camino riendo y parlotando en voz baja. Después del breve encuentro me sentía exaltado, pese a tan parvos resultados, porque en muchos días no había tenido oportunidad siquiera de dirigirle la palabra. Y aún podía sacarle más partido a la situación pues Inés, su criada, había quedado en la quebrada lavando ropa, y me propuse hablar con ella para averiguar por dónde soplaban el viento. Mientras así cavilaba, otra mujer me dirigió la palabra:

—Señor Torres, ¿no soy yo digna de vuestro amparo? —me dijo, regalándome una alegre sonrisa.

Era Juana Alonso, que venía en compañía de una amiga, las dos cargadas con sendas cestas. Tenía buena color, recogíase el pelo con un pañuelo anudado en la nuca y vestía un brial azul con mangas postizas que dejaban ver, por sus costuras, una camisa de seda. Apenas habíamos conversado durante la travesía, no al menos una conversación como tal, aunque ella me saludaba con talante alegre y ojos reidores cada vez que nos cruzábamos en cubierta, cosa harto frecuente, pues como ya se ha dicho esta Juana Alonso no era mujer en exceso recatada, como otras señoras que apenas se dejaban ver solas; al contrario, gustaba de pasear por todas partes y platicar con quien fuera.

—Disculpad mi descuido, doña Juana —me excusé—, pero no os había visto.

—Os perdono, Juan Torres, porque imagino lo que ha causado vuestra distracción. —Y con la mano señaló hacia donde había desaparecido el grupo de doña Elena. El pañuelo en la cabeza le cambiaba la cara, haciéndola parecer mayor, más sabia y, al mismo tiempo, más cercana.

—No remováis el puñal dentro de la herida —le dije, queriendo echar la cosa a broma.

—Según tengo entendido, las mujeres de estas islas son harto complacientes, y pueden hacer sanar con facilidad esas heridas —respondíome con un guiño travieso.

—Me temo que la mía no tiene tan fácil solución.

—Pues a mí se me hace que son de las que sanan pronto, ya veréis —respondió muy seria, y cambiando de tercio añadió—: ¿Entonces qué os parece esta tierra?

—Una tierra hermosa, señora —respondile con mucha complacencia, pues era en verdad agradable contemplar a aquella mujer de alegre sonrisa—. Ojalá las islas de Poniente se le parezcan.

—¿Tenéis muchas esperanzas depositadas en aquellas islas, señor soldado? —preguntó con una ironía que, sin saber yo por qué, me hizo sentir necio.

—Algunas —le respondí suspirando con no poco teatro—, ¿vos no?

Calló un momento la mujer, pareció pensárselo y por fin respondió:

—Ni más ni menos que en cualquier otro sitio. Vaya —añadió—, abrid la marcha y nosotras os seguiremos.

Así lo hice. Y mientras volvía al puesto de guardia escoltándolas pensaba en la extraña mujer que era esta Juana Alonso, que en un instante tornaba el desenfado en gravedad. Había en ella más sustancia de la que a primera vista pudiera parecer, y por Dios que muchos afanes debería de darle al capitán Flores el guardarla y gobernarla.

Al llegar junto a mis compañeros, hiciéronme blanco de bromas y chanzas que olvidaron pronto, porque la algarabía del lavadero era sin duda mucho más entretenida que mi silencio. Incluso a mí me sacó del ensimismamiento una mujer fortachona, algo amulatada, queregonaba a voces su propiedad sobre un tal Garcés, marinero de la Santa Catalina, amenazando a cualquiera que quisiera robárselo: «A la que se atreva, la mato», gritaba al tiempo que retorció la colada como si se tratase del cuello de una rival.

Al cabo de un rato pasó Inés con un cesto lleno de ropa lavada, en compañía de otras criadas con las que conversaba animadamente. Hizo el Hinojosa ademán de salir a su encuentro, pero al verme a mí se retuvo y quedose donde estaba. Yo me acerqué al grupo de mujeres y le hice un gesto a Inés, que se apartó de las demás y acudió a mi lado. Sin muchos rodeos le pregunté por su dueña, pero no conseguí sacarle información sobre ella, ni sobre lo que dijo o comentó tras la visita a su cabina. Y, aunque permanecía a mi lado sin mostrar impaciencia, la notaba yo más remisa que otras veces a platicar sobre doña Elena. Entonces me vino a las mientes el Hinojosa, que quizá también la estaba esperando, y recordé el poema que yo había escrito y él recitado, y le pregunté a Inés por el asunto:

—¿No habrás extraviado alguna de las cartas que te encomendé para doña Elena, o la habrás hecho llegar a otras manos?

Aguardó un momento antes de responderme, aunque la pregunta pareció no haberla sorprendido.

—Claro que no, señor Torres. ¿Cómo se os ocurre semejante disparate? —dijo al fin. Era difícil adivinar, por la expresión de su rostro, si decía la verdad, inventaba sobre la marcha o mentía como una bellaca, pues la india Inés era tan impasible que habría sido una excelente jugadora de naipes. Sólo sus ojos oscuros, como botoncitos brillantes, parecían darme a entender que en ella no cabía la traición.

—No me hagas caso, Inés; es que tu dueña me tiene trastornado.

Asintió con la cabeza, cruzó por su rostro la sombra de una sonrisa y, antes de irse, se ofreció a lavarme la ropa sucia. Yo se lo agradecí, me descolgué del cuello la llave de mi baúl y se la entregué.

—Por cierto, ¿sabes dónde está mi rancho?

—Seguro, don Juan, perded cuidado.

El día cinco de agosto, víspera de San Salvador, levamos áncoras y desplegamos velas en demanda de las pretendidas Salomón por la vía del oeste, cuarta al suroeste. Nos acompañó durante casi una legua un cortejo de canoas llenas de indios que gesticulaban, gritaban y hacían sonar sus caracolas, sepa Dios si de pesar o de alegría.

Las dos semanas pasadas en tierra, con ser poco, a algunos los deshabituaron tanto al cabeceo de la nao que recayeron con mareos, vómitos y desmayos. A otros, sin embargo, la holganza y desbarajuste habidos en las islas les reblandecieron los ánimos, como les ocurrió a unos desertores de la compañía del capitán Flores. Y, en fin, todos, de una manera u otra, hubimos de acostumbrarnos nuevamente a la rutina de la navegación, al rancho aburrido y salado, al agua tasada, al hacinamiento de las cubiertas y a la monserga de los corrillos y mentideros, donde mucho dieron que hablar los desertores, dos soldados pícaros y pródigos en quejas que habíanse aquerenciado de unas indias del poblado de las que no se separaban ni para hacer las guardias.

—Qué bien han sabido elegir los muy tunantes, abandonando los rigores de la nao por la calidez de aquellas hembras —comentó alguno, envidioso de no haber hecho lo mismo.

—Allá se queden en buena hora y vean qué fortuna les aguarda entre los salvajes —dijo el capitán Flores, apenas molesto por el suceso—, que no los quiero yo en mi compañía corrompiendo a los demás, como la fruta podrida a la que está sana.

No obstante la despreocupación del capitán, el Adelantado los declaró traidores, ordenó que se les incautaran sus bienes y dio bando de que fueran perseguidos en todos los puertos y reinos de Su Majestad, pues una deserción es falta gravemente penada por la Corona. Y el bachiller Herrera, escribano de la nao, anotó sus bajas en la relación de tripulantes: dos más.

Otro asunto que también alimentó las tertulias y acaparó los parlamentos en aquellos primeros días de navegación fue la turbulenta separación del cabo Diego Jara y Úrsula, la Mulata, a causa del trato carnal que había tenido el hombre con una indígena de las islas, lozana como la primavera y de condición muy ardiente, según él mismo precisó, jactándose ante cualquiera de lo mucho que gozó de la muchacha y de la inconsolable tristeza que ella le demostró cuando se despidieron. Mas para el infortunio del cabo Jara, sus baladronadas llegaron a oídos de la Mulata, que, como ya se tiene dicho, había hecho propósito de enmienda y vivía en todo dedicada a su marido, del que por cierto no cesaba de presumir ante otras mujeres, y no recibió de buen grado la noticia. Al contrario, dicen que montó en una cólera incendiaria que descargó sobre la desgraciada que le había llevado la confianza. Luego anduvo buscando a Diego Jara por toda la isla hasta que lo halló jugando naipes bajo unos árboles y, sin mediar explicación, se lanzó sobre él y le arañó la cara y los brazos como la más fiera leona, llevándose tiras de piel bajo las uñas. El soldado se la quitó de encima como pudo y los camaradas la sujetaron por ver que se calmara, mas ella se desasíó con violencia, le gritó al cabo Jara que se quedase con la marquesana y se marchó soltando por su boca tales groserías que, por decoro, no repetiré.

Y como no era la Mulata mujer de esas que se vacían por la boca y después perdonan, fue en busca del capitán de la Santa Catalina, Alonso de Leyva, al que conocía de sus viejos y alegres tiempos de mancebía en Lima, y le pidió, y obtuvo, permiso para continuar el viaje en la fragata.

—Si él me ha hecho cornuda —dijo la Mulata—, en buena ley le devolveré el favor.

Y ahí fueron las pláticas de Diego Jara, que se reía de la Mulata y se burlaba de ella, abundando en

comentarios sobre la pesadez del yugo del matrimonio y la necedad de habérselo colgado. Pero en aquello de lo que se presume hallaréis lo que no se tiene, reza el dicho, y a Diego Jara se le podía aplicar sin temor a equivocarse, que tanto era el afán que ponía en alardear de su indiferencia, que más en evidencia dejaba su contrariedad.

En todo caso, estos comentarios y enredos, y otros menos sustanciosos, que también los hubo, viéronse desplazados a los pocos días de navegación por un caso grave que a todos agitó: andaban unos pajes limpiando el estiércol de unas ovejas enchiqueradas en la bodega cuando escucharon unos golpes fuertes que provenían de un cajón arrumado justo detrás. Por el sonido y el mal olor que despedía, sospecharon que se trataría de algún animal que allí estaba encerrado, pero al saltar el candado la sorpresa fue grande, pues lo que había dentro era una mujer amordazada y apersogada. Por las trazas se veía que era una marquesana joven y hermosa, pese al estado tan macilento en que se hallaba: desnuda, famélica y exánime, con señales de golpes y moratones repartidos por todo el cuerpo, grandes ojeras y la piel desollada allá donde la ceñían las ligaduras. La mujer gemía como un animal enfermo y miraba atemorizada a quienes la estaban desatando y cubriéndole las vergüenzas.

Púsose el hecho en conocimiento de don Lope y de los demás oficiales de mar y guerra para que vieran qué hacer. La noticia del hallazgo se extendió como una centella por la Santa Ysabel. Hízose gran alboroto y todos querían enterarse de los pormenores del asunto, porfiando por ver a la muchacha. Don Lope ordenó al maestre Domínguez que hiciera averiguación del asunto, autorizándolo para preguntar e interrogar a quienes considerase preciso, y de inmediato puso en marcha Domínguez su red de escuchas para ver de descubrir a los responsables de tal felonía. Pero pese a ser la nave lugar pequeño, donde no es fácil guardar secretos, no consiguió al pronto encontrar ninguna pista ni indicio que desvelara quiénes habían sido los culpables, ni siquiera haciendo desfilar a toda la tripulación delante de ella, pues la mujer estaba tan débil y atemorizada que no acertó a señalar a nadie, o no quiso hacerlo, o quizá ni siquiera lograrse entender lo que se esperaba de ella.

Así que el caso quedó por el momento en suspenso. La muchacha fue puesta mientras tanto al cuidado de Juana Alonso, que se preocupaba por que le arreglaran una pitanza especial, con sopa de ajos y bizcocho migado, la ayudaba a levantarse y dar algunos pasos por cubierta y, cuando se agotaba, la acompañaba hasta el lecho. También estaba muy pendiente de ella el barbero de la nao, que se encargaba de lavar y cuidar sus heridas.

Pero la desdicha de la marquesana no tardó en quedar relegada por un nuevo suceso que a todos nos afectaba de manera mucho más directa.

Apenas una semana después de haber dejado las Marquesas, el Adelantado anunció a toda la flota que aquel día se habría de ver la tierra que buscábamos, pues, aparte de sus cálculos y anotaciones de navegación, había observado en el cielo grandes bandadas de rabihorcados y una variación en la cadencia y alineación de las olas, que eran señales claras de tierra cercana. La noticia alegró mucho a la gente. En la Santa Ysabel, para celebrar el inmediato avistamiento, el almirante mandó matar un puerco de su propia hacienda y abrir un barrilete de vino con que doblar la ración de la tropa, se cantaron algunas coplillas y un pasajero sacó una guitarra con que acompañarlas.

Nuestros corazones latían excitados, aunque llenos de un gozo más reposado que cuando avistamos las Marquesas. Yo sentía en la sangre ese hormigueo que nos provoca la proximidad de un acontecimiento tan esperado, y tenía ganas de platicar con los demás compañeros y regocijarnos entre todos.

Únicamente Figueroa, el de la lista de los doce bienaventurados, parecía ir contra corriente del optimismo general, manteniendo su gesto severo y ácido. Alrededor de él formaban corro dos o tres marineros y otros tantos soldados que estaban inscritos en su nómina y a los que tenía convencidos

con sus razones y vaticinios.

—Todavía no se ha visto un adarme de tierra en el horizonte —les decía—, y ya estamos con celebraciones y festejos.

Y yo, que había oído su comentario y me cayó mal por querer mostrar tempestad cuando otros anunciaban sereno, le respondí al punto:

—A qué viene clamar esas cuitas, señor Figueroa.

—No son cuitas, maese Torres, que vender la piel del oso antes de haberlo cazado no es manera de dirigir la expedición, sino el camino más derecho para convocar los infortunios. ¿Acaso hemos hallado las Salomón? Pues cuando tal ocurra ya tendréis tiempo de enfrascaros en distracciones banales.

—Señor Figueroa, no persistáis en aguarnos la fiesta —terció el cabo Vicente—. Mirad que el anuncio ha sido hecho por el propio don Álvaro de Mendaña, de cuyo criterio me fío: ¿no fue capaz de viajar hasta las islas Salomón y vivir para contarlo?

Figueroa contemplaba al cabo Vicente con ojos iracundos, poseídos de un rescoldo enfervorecido que los invadía cuando alguien lo contrariaba.

—El Adelantado es ante todo hombre y como hombre puede errar, señor cabo —le respondió—. Reparad si no en esas Marquesas de Mendoza, que al pronto no supo qué islas eran, aparecidas de repente donde en teoría no había nada. ¿Es ese el criterio del que tanto os fiais?

—Este ponto está poblado, a lo que parece, por numerosos archipiélagos, señor Figueroa, y una cuarta más o menos en la derrota puede ser la diferencia entre divisarlo y descubrirlo o pasar de largo sin haber hallado maldita la cosa.

Y de esta guisa seguimos un buen rato el parlamento, que en breve se hizo numeroso, para alegría de Figueroa, a quien mucho satisface tener auditorio que escuche sus argumentos y se haga eco de sus providencias, pues es hombre que sabe hablar y convencer, y docto en algunos temas relacionados con enigmas y adivinaciones, el tránsito de los astros en los cielos, los caprichos de la naturaleza, las formas de los pliegues en las velas o la color y tonalidad de las nubes.

Sin embargo, y en lo que nos atañe, el marinero tuvo razón y no se avistaron las ansiadas Salomón al día siguiente, ni al otro ni en los varios sucesivos, pese a que el Adelantado ordenó que en los cuatro navíos de la flota hubiera de continuo marineros en los topes de los palos para que explorasen la mar por todas las partes del horizonte.

Pero las islas no aparecían y el desánimo no tardó en cundir a bordo. La primera mirada que permitía lanzar la luz del alba se dirigía inevitablemente al horizonte y también la última, en el crepúsculo, y con ella escapábanse las esperanzas de la jornada.

Yo había estado tan absorbido por mis asuntos particulares que no había tenido mucha ocasión de preguntarme por el porvenir de la empresa ni de asustarme por su incertidumbre. Sin embargo, tanta demora en encontrar nuestra meta empezaba a causarme cierta desazón y me hacía dudar de si el Adelantado sabía dónde estaban las islas Salomón y, sobre todo, de si sabía dónde estábamos nosotros. En mi ignorancia de los asuntos marineros parecía increíble que en golfo tan extenso como aquel pudiera determinarse con aproximación, y menos aún con certeza, en qué punto nos hallábamos.

Al comentar estas cuitas con el bachiller Herrera, coincidió conmigo en la inseguridad que mostraba Mendaña sobre la ubicación de las islas, porque si esperaba hallarlas hace tantos días, ¿cómo era que aún no lo habíamos hecho?; y si dudaba, ¿a qué anunciarlo con tanta premura?

En lo que no estuvo de acuerdo conmigo fue en que nos hallásemos perdidos.

—Don Sebastián Valiero lleva anotadas las posiciones y marcadas las singladuras —me dijo—. Al salir del Perú, el Adelantado entregó a todos los pilotos un mapa con pocas referencias, pero Valiero es hombre estudioso de la mar y muy viajado, y tiene otras cartas más detalladas donde señala nuestra ruta con minuciosidad.

Esa misma noche, me invitó a que lo acompañase a la cabina que compartía con el piloto, pues tenía un encargo para mí.

—¿Un encargo de qué tipo, amigo Herrera? —pregunté algo escamado.

—Ya lo veréis —dijo con mucho misterio.

De camino me puso al corriente de la formación y experiencia del piloto. Díjome que Valiero había estudiado el oficio en la escuela de Lisboa y que había trabajado para la Corona portuguesa, recorriendo en sus barcos las costas de África y cruzado el océano Índico desde el cabo de Buena Esperanza hasta Ceilán y las islas de las Especias, pero que por cuestiones de rencillas e ingratitudes se había disgustado con la Casa da Indias de Lisboa y puesto al servicio de la Casa de Contratación de Sevilla, pilotando navíos de la Carrera de Indias y un galeón en la ruta de Manila.

—Creedme, Juan, si os digo que me fío más de Valiero que de ninguna otra persona en esta flota.

Al entrar en la cabina vi al piloto sentado junto a la mesa, muy concentrado en un gran mapa que sobre ella había, haciendo cuentas con el ábaco y tomando distancias con el compás.

—Acercaos, señor Herrera, y voacé también, señor Torres —nos dijo muy campante, como si en la cabina hubiera espacio para arrimarnos aún más a la mesa.

El piloto estaba sentado en una banqueta, vestía un blusón largo y unos cómodos zaragüelles de buen paño y mostraba una expresión algo concentrada. La exigua estancia estaba pobremente iluminada por un candil cuya luz tornaba rojizos los objetos y creaba sombras muy espesas, volviendo siniestro el rostro más gentil.

—Amigo Valiero, este joven nos considera perdidos en medio del océano, y le gustaría saber algo más de nuestra derrota.

—El señor Herrera sin duda exagera —dije yo a modo de disculpa.

Pero Sebastián Valiero le restó importancia al asunto y con un gesto señaló la carta que le había proporcionado don Álvaro. Era esta tan simple que sólo tenía, a la derecha del papel, una pequeña línea sinuosa que correspondía a la costa de Perú y, al otro extremo, dos puntos alineados norte sur, el uno en siete grados y el otro en doce, que eran las latitudes entre las que habían de encontrarse las Salomón.

—Mil quinientas leguas es la distancia que ha estimado don Álvaro de Mendaña —dijo Valiero—, pero según mis cálculos habremos recorrido poco más de mil, lo que quiere decir que nos encontramos aproximadamente aquí, en este punto. —Se enderezó con la carta extendida entre sus manos y nos invitó a contemplar la marca diminuta en medio del papel—. Y aún nos queda por recorrer una tercera parte de la distancia.

—Pero, señor piloto —le dije muy asustado ante tanta ambigüedad—, esta carta que nos mostráis más parece un papel vacío que un mapa de verdad. Nada dice de distancias ni de otras islas o tierras. ¿Cómo vamos a reconocer las islas Salomón cuando las encontremos?

—Ah, señor Torres, deberíais saber ya que en la mar no hay caminos trazados y que los marinos nos guiamos por el sol y las estrellas, y por nuestros instrumentos de navegación —dijo el piloto con una socarrona sonrisa en sus labios delgados—. Pero si un mapa más completo os tranquiliza, ved este otro hecho por Abraham Ortelius y donde he ido dibujando la ruta de nuestro viaje.

Y puso sobre la mesa una lámina de unos cinco palmos de largo y tres de alto. A la derecha estaban

las Indias Occidentales, representadas con gran detalle de cabos y bahías, ríos, montañas e islas, desde el estrecho Magallánico que comunica ambos mares hasta el estrecho de Anián, en el círculo Ártico.

A la izquierda del mapa aparecían las tierras más orientales de Asia, el reino de China, Cipango y las islas de las Especies; y el lado inferior, delimitando al Pacífico por el sur, lo ocupaba enteramente la *Terra australis nondum cognita*, sin referencia ni anotación algunas, en un trazo continuo y oblicuo que partía de la Tierra del Fuego y llegaba hasta Nueva Guinea. El resto del mapa era dominio exclusivo del océano, y estaba jalonado por algunos islotes y archipiélagos que naufragaban en su vasta inmensidad.

—Se parece mucho al del atlas de Petro Plancio —dije yo, al recordar el hermoso mapa de las regiones pacíficas que había visto la otra ocasión en que estuve en su cabina.

—Quizá el uno sea copia del otro —respondió con despreocupación el piloto mientras seguía con la punta del dedo una línea que señalaba el camino recorrido—. Calculo que estamos aproximadamente a mil cien leguas del Perú, más o menos aquí —dijo, y golpeó el punto donde terminaba la línea, en medio de la mar.

No obstante, y por más que la derrota seguida estuviese dibujada con tanto detalle sobre el mapa, a mí seguía pareciéndome de una incertidumbre extrema. ¿Qué seguridades podían proporcionarnos todos aquellos trazos sobre un pequeño papel cuando allá fuera no había más que una infinitud de agua que abarcaba los cuatro puntos cardinales?

Por cierto que, al fijarme detenidamente en el mapa vi que, junto a los meridianos y paralelos, habían sido dibujadas unas líneas acabadas en punta de flecha y, antes de que pudiera preguntar por ellas, Valiero, que intuyó mi duda, me explicó que indicaban los vientos dominantes en cada región.

—Veo que habéis ido realizando numerosos apuntes sobre el mapa, maese Valiero —le dije sorprendido—. ¿No os preocupa estropearlo?

—Tengo guardada otra copia de esta lámina —repondiome señalando hacia el baúl—. De todas formas no me preocupa emborronarla. Estos mapas, señor Torres, contienen una parte de verdad y otra de fantasía, en especial en lo que se refiere a las regiones inexploradas, pues los elaboran eruditos cartógrafos en sus casas de Ámsterdam, Venecia o Sevilla que, para rellenar los grandes vacíos que hay en el conocimiento del orbe, dibujan tierras a su antojo. Por eso se hace imprescindible que los navegantes registremos nuestras observaciones con el mayor de los detalles. Fijaos —continuó, moviendo la palma de la mano sobre la extensión del océano—, muchas de estas islas que aquí aparecen no están recogidas en ningún mapa del mundo, sino que las he ido anotando yo una a una.

—¿Y cómo lo habéis hecho?

—Con paciencia y dedicación, señor Torres. He tenido que revisar las relaciones, crónicas y memoriales escritos por muchos navegantes sobre sus viajes y expediciones, y trasladar al mapa toda la información recogida. Mirad, estas islas que he marcado aquí son las de los Tiburones, que descubrió Magallanes; y esta línea que aparece acá es la costa norte de Nueva Guinea, y que aún no sabemos si es isla o el extremo norte de la Tierra Austral. Sin olvidar las islas Marquesas, que nunca antes habían sido avistadas. Como veis, son los descubrimientos de los exploradores los que van dando forma y sentido a esta inmensidad vacía.

Me movieron a asombro las cuidadosas anotaciones que había ido haciendo el piloto, situando las tierras mencionadas en la amplia superficie del Pacífico.

—De todos modos, aquí es donde entráis vos —me dijo. Hizo un alto para darme tiempo a sorprenderme, y continuó—: Veréis, sé de vuestra maestría con el lápiz, y querría que pasaseis a limpio estas anotaciones y esbozos míos del océano Pacífico, así como otras cartas que he levantado del archipiélago descubierto y de las tierras que pudiéramos hallar. Haríamos con ello un gran

servicio a la navegación y, por supuesto, a la Corona.

Se levantó, rebuscó en su cofre y cogió un cartapacio del que sacó varios bocetos muy simples.

—Este plano —indicó, extendiendo una lámina sobre la mesa— pretende representar la disposición y bojeo aproximados de las islas Marquesas, y este otro —continuó, desplegando otra lámina—, el de la isla de Santa Cristina, donde más tiempo recalamos. Como veis, mis diseños son muy básicos, unos garabatos sin virtud ni aderezo algunos. No, no, no protestéis, porque de antemano os digo que conozco mi incapacidad para el dibujo. Sin duda, estos mapas ganarían mucho trazados por alguien que tenga vuestra soltura con el lápiz y que pueda darles el lustre y la calidad que se merecen. Como muestra de lo que quiero que hagáis voy a enseñaros uno elaborado por el cartógrafo Diego Ribeiro.

Volvió a rebuscar en el baúl y, una vez hallada, colocó sobre la mesa una hermosa carta de navegación bellamente decorada. Viendo su colorido y llamativas imágenes comprendí lo que Valiero deseaba, aunque no estaba seguro de poder lograrlo. Por último, cuando ya creí que había terminado la entrevista, y me levantaba para salir, posó su mano en mi hombro y me retuvo.

—Tengo intención de enseñaros algo más —dijo Valiero con voz queda y adoptando un aire más reservado—, algo que me gustaría que conocierais, pero antes necesito pedir os palabra de silencio.

Tanto secreto me intrigó tanto que no dudé en prometer lo que me pedía. Recogió Valiero todo lo que había sobre la mesa y, del cartapacio que tenía en sus brazos, sacó otro mapa en el que estaba dibujado un grupo de diez o doce islas, cada una con su nombre. Los trazos eran muy toscos, en algunas partes rectificados, con escasos puntos de referencia e incluso con grandes vacíos en las costas.

—¿Qué lugar es este? —pregunté.

—¿No lo adivináis?

Ante mi negativa, se mantuvo durante un momento en silencio, mirando significativamente al bachiller Herrera, y por fin aclaró que se trataba de las islas Salomón. Mi pasmo debió de ser notable.

—Pero cómo... —balbuceé—, si solamente el Adelantado las conoce.

—Tenéis razón, señor Torres, únicamente él..., de quienes vamos en esta flota. Pero en su primera jornada no fue solo, sino acompañado por otros señores. Y muy bien acompañado, podéis estar seguro. De aquel viaje se hicieron varias relaciones, una por su piloto mayor y otra por el escribano real, aunque la más interesante de todas ellas fue la que redactó el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa. Sarmiento, pese a ser en aquella época un explorador muy conocido, experto marino y reputado geógrafo, hubo de conformarse con viajar como segundo de Mendaña, pues este, a causa de su parentesco con el virrey don Lope García de Castro, se hizo con el mando supremo.

Alzó Valiero la vista y nos miró con gravedad a Herrera y a mí, dando a entender la importancia de las revelaciones que nos hacía. A la tenue luz de la llama parecíamos un grupo de conspiradores tramando cualquier felonía.

—Por ello quizá, y aún sin quizá, al retornar al Perú, Sarmiento desahogó su irritación contra Mendaña en la relación que escribió de la jornada, donde lo acusaba de no haber seguido la derrota aprobada por el virrey. Su disgusto también lo llevó a ocultar a los oficiales de la Casa de Contratación las cartas y mapas que había trazado. Por una serie de circunstancias que no vienen al caso, tuve acceso a una copia de este que aquí veis, y que yo lo he completado partiendo de las anotaciones y referencias de las demás relaciones. Ha sido un trabajo que me ha llevado muchas horas y desvelos, pero este es el resultado. Y querría que lo pasarais a limpio.

—Pero esta información no debéis guardárosla para vos, sino ponerla a disposición de toda la flota —dije con cierta preocupación, mas al punto callé: quién era yo para reconvenir al piloto.

—Precisamente por ello quiero que hagáis cuatro copias, señor Torres, que en su momento entregaré a los pilotos de los demás navíos —respondió sin molestarse—. No tengo ningún afán en conservar ocultos estos conocimientos; aparte de que su utilidad será pasajera, pues después de que arribemos y exploremos las islas Salomón se quedarán, sin duda, anticuados.

Puestos de acuerdo, el piloto me pidió que empezase a trabajar cuanto antes, aprovechando la ociosidad de aquellos días.

A pesar de que pasaban los días sin hallar tierra, el almirante, sin embargo, ponía a las malas noticias buena cara y se mostraba optimista y muy confiado. Desde que anunciara don Álvaro la proximidad de las Salomón, pasaba más tiempo en cubierta, moviéndose entre los ranchos y corrillos, con la expresión alegre del que sabe el viaje presto a finalizar. Y para apagar cualquier latente malestar, pensó en ganarse por el estómago las voluntades gastando con largueza los bastimentos y permitiendo consumir el agua sin restricciones.

—A este ritmo de gasto tan desenfrenado nos vamos a quedar sin viandas antes de avistar las Salomón —le comentó un día el piloto a don Lope.

Pero el almirante no le hizo caso: tenía mucha fe en la pericia de don Álvaro y sabía que mantener alta la moral de la tripulación era imprescindible para evitar desórdenes y alborotos. También alentó don Lope el que se hicieran más entretenimientos: lecturas en público, recitar de romances y hasta una comedia que representaron entre algunas familias y que fue muy aplaudida. Y tampoco faltaron tonadillas cantadas al son de la guitarra, arte en la que era diestro el alférez Ocampo, pues tenía la voz bien timbrada, mucha ligereza en los dedos y un ingenio feraz para componer al momento versos donosos que eran muy del agrado de las mujeres, fueran damas o plebeyas.

Así se pasaron varios días sin tener señales de tierra, ni ninguna otra noticia en el horizonte, por lo que la gente se entretenía con lo que decía fulano o lo que ocurrió a mengano. Y de entre todos los temas que rodaban por los corrillos y mentideros de la nao, sin duda el más popular era el referido a los galanteos y amoríos que ocurrían a bordo, fueran estos reales o imaginados, que la patraña no era freno que contuviera las lenguas. De entre todos ellos, el más señalado fue el de don Lope y Antoñita Díaz.

A todos habíamos extrañado, cuando abandonamos las islas Marquesas, la oposición del Adelantado a que doña Mariana se embarcase en nuestra nao, pese a la mediación de su esposa doña Isabel, que hizo todo lo que estuvo en su mano por que los cónyuges viajasen juntos. Habíanle llegado a doña Isabel rumores sobre las fogosidades y urgencias de don Lope y temía mucho por la felicidad de su hermana, a la que había visto sumida en un abatimiento del que sólo empezó a recuperarse los días pasados en tierra merced al trato diario con su esposo; pero no pudo mover la opinión del Adelantado, que defendía que el sacrificio no lo era tanto siendo en provecho de la buena ventura del viaje.

Y en verdad que no estaba muy equivocada doña Isabel en sus preocupaciones pues, en cuanto se reemprendió la navegación, no tardó don Lope en reanudar su cortejo hacia Antoñita Díaz.

A la viuda del sargento Enríquez le habían salido varios pretendientes, para quienes el luto no era freno ni impedimento ningunos. Pero quien al cabo se llevó el gato al agua, o en este caso la gata, fue don Lope de la Vega, que, viendo que otros ponían cerco a una plaza que él ya tenía señalada, avivó en sus atenciones y devociones, se deshizo con ella en lisonjas y gentilezas y la colmó de obsequios. Y con don Lope metido por medio, y la estima de Antoñita soplando a su favor, los demás no tuvieron más remedio que recoger el trapo y dejarle franco el camino, aunque por dentro los concomiese la

envidia.

Don Lope la acompañaba por cubierta, ofreciéndole en todo momento su brazo, convidábala a almorzar en la cámara, paseaba con ella por el coronamiento de popa y todo eran festejo, risas y alegría. A su amparo, pronto abandonó Antoñita Díaz las ropas de luto, y se arreglaba para su galán con muchos afeites y sayas más coloridas. En todo caso, no demoraron demasiado los tórtolos en estos trámites, porque pocos días después hizo don Lope trasladar los efectos de la mujer a su cámara del alcázar.

Con Antoñita Díaz, don Lope se volvió muy otro, olvidando su posición, su responsabilidad y el cuidado de tantas gentes como a su cargo llevaba. Pasaba encerrado días enteros en la cámara, mandando que allí les sirviesen la comida y la bebida. Algunas veces salía a respirar con la camisa desabrochada, las calzas medio sueltas y las medias sin poner, estirando los brazos y enjuagándose la cabeza con el agua del balde donde bebían sus lebreles. Recorría la cubierta rodeado de sus más allegados y, sin importarle una higa quién pudiera oírlo, se deshacía en elogios sobre su amante:

—¡Qué mujer doña Antonia, vuestas mercedes, qué mujer!

Desde que fue público y notorio el amancebamiento del almirante, muchas lenguas lo criticaron, en especial el padre Saavedra, que, muy molesto con la situación, no se recataba en calificar de adulterino el maridaje.

Antoñita Díaz, que no tardó en darse cuenta de las enemistadas que había cosechado, trató al principio de parecer natural con todos, pero visto que no pudo y comprobados los resabios, desaires e hipocresías que con ella se gastaban muchos, optó por pasar días enteros encerrada en la cámara, con o sin almirante.

—Pardiez que me sorprende don Lope —dijo un día durante el rancho Manuel de Badajoz—. Parece que se olvida de quién es y en qué negocios andamos. Si no puede dominar sus fogosidades, a bordo hay otras mujeres que pueden librarlo de ellas con menos problemas, y él bien lo sabe.

—No os sofoquéis, amigo Manuel —le dijo el cabo Vicente—; conozco a don Lope, y sé que siempre ha sido un calavera con las damas. No podéis esperar que a estas alturas cambie.

—Pero no es momento para aventuras galantes, con la gente descontenta y levantando murmuraciones. Yo ya he oído palabras comprometidas y sediciosas.

—Aquí de todo se habla —dijo el cabo Vicente, ya más serio—, pero la fuerza se nos va por la boca.

—Quizá sean palabras dichas a la ligera, pero no me gustan, sobre todo si hay detrás personas interesadas en enturbiar el charco.

—¿De qué personas habláis?

Guardó un momento de silencio el soldado y cuando volvió a hablar lo hizo escogiendo con mucho cuidado las palabras:

—No me tiréis de la lengua, señor cabo, que no me gusta señalar a nadie. Vos sabéis que hay oficiales poco escrupulosos y soldados de fortuna que han venido en busca de riquezas fáciles y de vida regalada, y cada día que pasemos sin hallar tierra será peor.

Otro galanteo que dio mucho que hablar fue el del alférez Cansino y Juana Alonso. Tal vez por ser joven y atractiva, por su trato llano y desenvuelto, por los muchos años de su esposo o alentados por los chismes que circulaban sobre su pasado en las mancebías de Potosí, varios hombres habían puesto los ojos en ella, hombres como Abel Hinojosa, mas a todos paraba Juana Alonso los pies con mucho donaire e igual firmeza; pero también se fijó en ella un tiburón más peligroso: el alférez Antonio Cansino, hombre de malas entrañas, temible con la espada pero torpe en estas lides, que, desconociendo por completo que estaba casada con un capitán de infantería, la cortejaba con

tosquedad y simpleza.

—Mi señora doña Juana —le decía Cansino, acercándose a ella en cualquier cubierta donde se la encontrase—, voto a Dios que estáis hermosa esta mañana.

—Señor alférez, no me vengáis con halagos vanos —le respondía ella sin detener su paseo, con una actitud quizá menos abierta que hacia otros hombres.

Pero el alférez no se daba por aludido y la pretendía con un afán tan desmesurado que todos nos temíamos que desembocase en duelo con el capitán Flores, quien, pese a la fama de hombre templado que tenía, hacía como que nada estuviera sucediendo, mostrábase en todo cordial con su mujer, sin tener, o mejor dicho manifestar, hacia ella ninguna desconfianza, y manteníase muy sereno cuando el alférez estaba por medio; tanto, que algunos empezaron a cuestionar su valor. «¿Qué hombre que se precie puede tolerar afrenta como esa?», preguntaba este. «Voto a tal que ninguno», respondía esotro.

Sólo en una ocasión en que el alférez sujetó por el brazo a Juana Alonso, y esta se quejó, acudió el capitán Flores en su auxilio y, con mucha gentileza, lo obligó a soltarla:

—Os ruego que no andéis manoseando lo que no es vuestro, mi señor Cansino —le dijo mientras posaba su mano enguantada sobre la zarpa del alférez.

El alférez Cansino, que no se esperaba la intervención de nadie, miró primero la mano enguantada, después el brazo a la que pertenecía y por último al hombre que, con una sonrisa forzada, a menos de dos palmos lo contemplaba. Soltó la presa Cansino y la mujer le dio una bofetada. A continuación, abrazada a su esposo, marchose de allí con mucha dignidad mientras el alférez apretaba con furia la empuñadura de su espada.

El cabo Vicente, que había sido testigo del suceso, nos dijo durante el rancho que nada bueno podría salir de aquello.

—¿Cómo así, señor cabo? Ved lo mucho que disfruta la tal Juana con el alférez —lo contradijo Abel Hinojosa, que sin duda envidiaba a Cansino.

Y no era Hinojosa el único que pensaba así. Tengo para mí que muchos daban por hecho que Cansino había conseguido los favores de Juana Alonso, pues así es la naturaleza humana, y por ello se ponía su reputación en la picota y se convirtió, al igual que Antoñita Díaz, en blanco de las lenguas más venenosas.

Por último, un galanteo menos señalado que los anteriores, pero importante para mí, fue el del alférez Ocampo y doña Elena. Aunque ya lo había visto asomar por el horizonte, como una nube que anuncia tormenta, después de partir de las islas Marquesas se hizo del todo evidente. El dicho alférez parecía otro miembro de la familia Navarrete y doña Elena no escondía su inclinación hacia él. Antes al contrario: hacía por aparecer más hermosa y arreglada, con el cabello bien trenzado y recogido, adornos discretos en el cuello y las muñecas y hasta algún brial elegante, a pesar de la penuria y suciedad en la que vivíamos todos. Y eran tan alborozadas las sonrisas que a su galán dedicaba, y solícitas las atenciones, que no hacía falta ser mujer ni confesor para conocer lo que encerraba el corazón de mi señora.

Dicen que el amor es ciego, pero también es terco, porque pese a todo yo aún conservaba esperanzas de poder cambiar su querencia. Y guiado por este sentimiento, o confundido por él, le escribí otra misiva: «Mi señora doña Elena», la iniciaba, «no me es posible seguir guardando el silencio que hace días interrumpí y, aunque no quiero quejarme tanto como vuestros desaires me hieren, he de hablaros con los medios que a mi alcance encuentro». Y proseguía expresándole mis amores y temores, sin reproches, y mi eterna devoción.

Con ella guardada bajo la camisa, esperé el momento propicio para entregarla a su criada, como había hecho con las anteriores, pero en esta ocasión vi a Inés remisa en aceptar el encargo, dándome

razones sin fuste. Aun así insistí en que la cogiera.

—Don Juan, es mejor que no sigáis escribiéndole —me dijo—, ¿no veis que ella no os hace caso?

—No me pidas que abandone, Inesita, porque no puedo. Quién sabe si con esta carta no consiga tornar su parecer.

Mas Inés aún dudaba, con la expresión afligida de quien está manteniendo una lucha en su interior.

—Señor Torres —declaró por fin—, no os enojéis por lo que os voy a decir, pero me duele veros así y no puedo callarlo por más tiempo.

Yo le hice con la mano un gesto de anuencia.

—Debéis saber —prosiguió— que doña Elena no ha leído ninguna de vuestras cartas.

—¿Qué insinuáis? —pregunté con presteza.

—Cuando se las entregaba, ella las cogía sin prestarles mayor atención y las ponía a un lado. Yo pensaba que las abriría más tarde, cuando estuviera a solas, pero hace unos días, mientras rebuscaba en sus baúles en procura de una camisa de lino, encontré vuestros escritos allí arrinconados, cerrados y sin leer. Dejadlo ya y no os martiricéis más con mi señora, porque en otro lado están sus afectos.

Le di las gracias por la franqueza y confianza que me había demostrado, encareciéndole no obstante que le entregase la misiva y que insistiese por que la leyera, al menos esta. Un mazazo no me hubiera dejado más anonadado que aquella revelación.

Pero la fortuna es dama voluble y una noche después de aquella entrevista con Inés, ocurriome un suceso tan sorprendente que tuvo la virtud de relegar mis pesares a un segundo término.

Al ocultarse el sol tras el horizonte como moneda echada en alcancía, y después de las oraciones, pláticas y diligencias de costumbre, extendí mi esterilla en el rincón habitual y al poco tiempo dormía como los ángeles. Sin embargo, el ligero contacto de una mano sobre mi brazo me hizo abrir los ojos. Habíase ocultado la luna y la noche estaba tan oscura que no podía distinguirse un cuerpo a un palmo de distancia.

Aquella mano, tanteando a ciegas con voluntad acariciadora, fue subiendo por mi brazo hasta alcanzarme el rostro y yo, que me había mantenido inmóvil, simulando estar aún dormido, la atrapé con presteza al sentirla sobre la mejilla. Pero otra mano se posó con suavidad sobre mis labios, imponiéndome silencio, y la mujer, pues de una mujer se trataba, se tendió a mi lado y pegó su cuerpo al mío.

Vestía la furtiva con una holgada sayuela de suave tejido, de las que emplean las mujeres para dormir. En cuanto estuvo a mi lado, se la recogió hasta la cintura con mucho desembarazo, dejando a merced de mis caricias muchos palmos de piel desnuda.

A partir de ese momento ¿qué voy a decir que no deba callar un caballero? Baste confesar que me hallaba atrapado entre el deseo y la curiosidad, intentando descubrir con los ojos de las manos cuantos detalles pudiera de la geografía de aquel cuerpo: la piel suave y sedosa, las caderas escurridas y las nalgas firmes, la espalda delgada, con el costillar a flor de piel, el pecho regular, ni tan generoso ni muy parvo, y el pelo liso y recogido con un lazo; mas su rostro no me permitió palparlo, ni tampoco estaba yo para insistir en tales menesteres cuando había otros más acuciantes que reclamaban mi atención. Sin proferir una sola palabra, procurando refrenar los jadeos, la mujer me montó con destreza de amazona y yo no pude evitar abandonarme a su rienda y dejarme llevar por el suave vaivén con que se movía, semejante a las olas de una mar rizada, hasta perder toda noción del mundo más allá del propio goce corporal.

Al terminar la juntura quedeme desmadejado sobre mi esterilla, con la respiración entrecortada y el

corazón acelerado, momento que aprovechó ella para morderme con fuerza la oreja derecha, como quien marca una res de su propiedad, y escurrirse entre las sombras antes de que pudiese detenerla.

Cuando recuperé el aliento y volví a poner en marcha el engranaje del pensamiento, intenté adivinar quién sería la que con tanta discreción se había acercado a mi lecho. Mi corazón anhelaba que la visitante hubiera sido mi señora doña Elena que, ganada por las ardientes palabras de mi última misiva, hubiérase vuelto al amor. Pero, por más que lo deseara con toda el alma, la razón me decía que no, que un cambio tan grande en tan breve tiempo no tenía fundamento que lo sustentase.

Mas si no había sido ella, entonces quién: ¿una dama liviana en busca de pasajero entretenimiento?, ¿alguien que, sin yo saberlo, me debiera un favor? ¿O acaso se trataba de una apuesta entre ramerías, donde el mordisco en la oreja sería la marca de la conquista?

En todo caso, era un suceso que no podía tomarme a la ligera.

Pese a mi rendida y constante adoración por doña Elena, a mis atenciones y misivas, durante las muchas semanas que llevábamos de navegación no había recibido de ella más que desaires. Y precisamente cuando su indiferencia me lanzaba el golpe más severo, cuando un torrente de desengaño amenazaba con hacerme naufragar, una mujer incógnita me visitaba en el entrepuente y elevaba mi ánimo con el gozo del amor. ¿Se trataba de una simple casualidad o de una advertencia del destino?

Vertiginosos pensamientos llenaban mi cabeza, rebotando contra sus paredes en tan alocada carrera que tuviéronme en vela largas horas, hasta que, ya cercano el amanecer, me había hecho el firme propósito de olvidar a doña Elena, y si olvidarla no era posible, al menos ignorarla y distanciarme de ella.

Como es de rigor, aquel día y otros que lo siguieron observé con detenimiento a todas las mujeres de la nao, calibrando con los ojos lo que mis manos habían medido, el talle, los pechos, la forma del pelo, el perfil del rostro y hasta el largo de los dedos, pero no era tarea fácil transformar tientos en imágenes, y más con el obstáculo de la ropa, ocultadora de formas y detalles, y de los distintos peinados, que también me despistaban. En cuanto al mordisco en la oreja, que a punto estuvo de dejarme el lóbulo colgando como una cereza madura, se convirtió por unos días en objeto de las pullas de los compañeros de escuadra.

## 9

El veinte de agosto, domingo, a buena mañana, se oyeron los cañonazos que daban los otros navíos y un rato después nuestro vigía de la cofa dio el grito de tierra. Mas la emoción del hallazgo pronto se vio defraudada, pues se trataba no de las Salomón, sino de un grupo de cuatro islas pequeñas, bajas y arenosas. Pesada la altura a mediodía, se determinó que estaban en once grados de latitud antártica y a unas mil quinientas leguas del Perú.

Cuando arribó la Santa Ysabel, que navegaba algo rezagada, ya estaba la flota puesta al paio a un cuarto de legua de la isla más meridional. Al punto, acercose un esquife en el que venía don Pedro de Quirós para tomar pareceres e informarnos de que el Adelantado prefería continuar la navegación, pero don Lope y Valiero se mostraron en desacuerdo con tal criterio. El primero, porque en estas islas quería abastecerse de agua y leña, de las que de nuevo andábamos cortos.

—Tened en cuenta, señor Quirós, que en este navío viaja la mitad de la expedición y se gasta más de todo —le dijo don Lope.

Y el segundo, porque la falta de lastre estaba obligando a la Santa Ysabel a navegar con más lentitud y, en consecuencia, a retrasarse constantemente del resto de la flota; por ello deseaba cargar algunas toneladas de roca y arena y así para poder desplegar más trapo sin peligro de zozobrar.

Prometió Quirós trasladar las inquietudes al Adelantado, para que decidiera lo más conveniente al servicio de la empresa. Pero don Álvaro estaba seguro de que encontrarían las islas de Poniente en uno o dos días y dispuso continuar la navegación. Así pues, se largó trapo y nos alejamos con rapidez de aquellas islas que bautizamos con el santo del día, San Bernardo.

No supimos si estaban o no habitadas, aunque eran de superficie tan reducida que con dificultad podrían sustentar a un pueblo. Y tan bajas, que en poco tiempo las había engullido el horizonte.

El sol se puso, dando fin a un día abundante en vicisitudes. En la oración de vísperas, el padre Saavedra elevó una plegaria a la Virgen del Carmen rogando por una pronta arribada a las Salomón. Mas la luz del nuevo día mostró un mar vacío e infinito, todo igual bajo un cielo muy azul, sin una sola nube, y un horizonte tan nítido que parecía trazado con una pluma. La alegría, por tanto, debió mantenerse en conserva en todos los corazones, al tiempo que la desconfianza ganaba una porción más en el ánimo de cada cual.

El almirante, viendo que no terminaban de llegar a su destino, decidió racionar el agua a dos cuartillos por persona, es decir, la mitad de lo que se venía dando, y que otras provisiones como la cecina, el pescado, el queso y los garbanzos se redujeran en varias onzas. Y para limitar el gasto de leña, mandó encender el fogón solamente a mediodía.

Como era de prever, a nadie gustaron aquellas medidas. Las protestas y censuras de los descontentos no se hicieron esperar, en especial las del capitán Francisco Mondéjar.

—No es buena idea andar con racionamientos a bordo —le dijo al almirante, a quien había ido a buscar en compañía del alférez Cansino—, y menos ahora que los hombres van muy disgustados por la tardanza en hallar las islas.

—¿Y qué queréis que haga yo —respondió aquel, que vestía una camisa larga y unas calzas que a duras penas asomaban bajo los faldones—, que me desgañite gritándole al Altísimo para que las ponga en nuestro camino?

—No, Lope, no pido imposibles —dijo Mondéjar, mirándolo con fijeza y sin perder la calma—, pero no es bueno exigirle más sacrificios a la tropa.

—Sobre todo cuando no se predica con el ejemplo —apostilló el alférez Cansino, con una mano en la empuñadura de la espada y muy malos modos—. Sabed que todo el mundo murmura de la mucha agua que derrochan vuestros lebreles y de los lujos con que distinguís a vuestra manceba.

Se hizo un incómodo silencio. La plática la estaban teniendo a la vista de todos los que estábamos sobre cubierta, y a las claras se veía que no era amistosa.

—Amigo Francisco —respondió al fin don Lope, sin mirar al alférez—, decidle a este podenco que no vuelva a poner a prueba mi paciencia. Recordad quién comanda esta nao y que en todo momento ha de hacerse lo que yo disponga.

El alférez Cansino dio un paso hacia el almirante, al que sacaba medio palmo de altura, y gruñó como si en verdad hubiera sido un perro.

—Apartaos, amigo Cansino, que no hemos venido en son de guerra —le dijo Mondéjar a su alférez, y prosiguió con ánimo conciliador—: Lope, de buena fe os estoy avisando del descontento de algunos, porque no me gustaría que os encontraseis de repente con un enojoso problema entre las manos, que aunque vos tengáis el mando, en la nao viajamos todos.

No supo don Lope cómo interpretar las palabras de Mondéjar, así que nada dijo y al punto lo despidió y volvió a la cámara, junto a su manceba, pues con tantos disgustos no la podía atender con la asiduidad y devoción que habría deseado.

Mas los dos hombres estaban destinados a no entenderse, a pesar de la amistad que en tiempos hubo entre ellos, y poco después del episodio narrado volvieron a tener sus palabras. El origen de este nuevo desencuentro tuvo que ver con Maui, la joven marquesana, cuya presencia a bordo hacía difíciles de olvidar el rapto y la violencia a los que había sido sometida. La muchacha iba recuperándose lentamente merced a las atenciones de Juana Alonso y los cuidados de Juan Rodríguez Caridad, el barbero, un hombre viejo y muy devoto a quien el nombre veníale como anillo al dedo.

También el maestre Domínguez había continuado durante días, bien que con muchas cautelas, sus pesquisas en busca de los culpables, y finalmente estas dieron su fruto. Domingo Gayón, un marinero de Santoña, y nada menos que Abel Hinojosa, en el temor de que la india los pudiese reconocer cuando estuviera recuperada por completo, decidieron confesar su culpa y denunciar a un tercer cómplice, esperando con ello obtener clemencia. Toda la responsabilidad del atropello la descargaron en un soldado llamado Esteban Camacho, el cual, según dijeron, los había convencido para capturar a la india, meterla en una caja y llevarla a la bodega aprovechándose del tráfico de bultos y mercancías, donde la tuvieron apersogada, amordazada y escondida para abusar de ella.

El maestre Domínguez prendió a los acusados y los llevó en presencia del almirante, y don Lope, que sabía de los cuentos y habladurías que este asunto podría levantar, quiso juzgarlos con escrupuloso apego a la justicia. Así, después de haber declarado ante el almirante los delatores, le tocó el turno a Esteban Camacho, un soldado joven, poco más o menos de mi edad, buen arcabucero y muy popular entre la tripulación por su talante bullicioso y su amistad con el capitán Mondéjar. El soldado negó con firmeza su participación en la fechoría, alegando que los otros dos habíanse puesto de acuerdo para colgarle el mochuelo a él, de modo que no había sino la palabra de los unos frente a la del otro. Nuevamente fueron llevados ante la marquesana, que esta vez sí los señaló, a los tres, con el brazo tembloroso y bajando los ojos para no verlos. Su gesto puso fin a la causa y el almirante dispuso condenar a Camacho a la pena capital y a los otros dos a penas menores, que se ejecutarían el día siguiente.

La sentencia había parecido bien a muchos, incluidos el cabo Vicente y los demás compañeros de la escuadra. Hasta el propio Martín Navarrete, según supe, se avergonzaba del proceder de Abel Hinojosa. Sin embargo, hubo quienes no estuvieron de acuerdo, en especial el capitán Mondéjar, pues

Camacho era paisano suyo, hijo de un amigo que le había rogado encarecidamente que mirase por él, y no estaba dispuesto a permitir la consumación de la condena. Así que primero protestó airadamente ante el almirante y, como no logró moverlo de su decisión, juntó cuarenta firmas entre soldados y marineros pidiendo el perdón de Camacho y se las entregó a don Lope, que no quiso aceptarlas y aun le reprochó su conducta:

—Os he visto aplicar castigos semejantes por causas de menor culpa, ¿a qué viene ahora solicitar perdones? Lamento que Camacho sea vuestro protegido, mas es preciso hacer escarmiento.

—Pero vais a ahorcar a un castellano por causa de una india.

—Por causa de una india, no, capitán: porque ha violado las ordenanzas del Adelantado y del propio virrey, ha ofendido a una doncella y, sobre todo, ha dado mal ejemplo a la tripulación.

—No me vengáis con hipocresías, Lope, que no es el único en este navío que se salta las ordenanzas de don Álvaro —dijo Mondéjar mirándolo fijamente a los ojos.

—Es mejor que no sigáis por ese rumbo, señor capitán, pues no os llevará a puerto alguno —le respondió con dureza el almirante, torciendo el gesto y sosteniendo la mirada de aquellos ojos de basilisco—. Además, si hoy perdono a vuestro joven rufián, mañana no podré castigar a ningún otro —añadió en tono más conciliador.

—Los otros dos han delatado a un compañero, y la delación es algo que no se perdona entre la tropa.

—Pues con su pan se lo coman; pero el maestre prometió comedimiento con quienes hablasen, y comedimiento tendrán.

—Es la segunda vez que me desairáis con mis hombres, Lope: primero con Cansino y ahora con Esteban Camacho.

—Y vos la tercera vez que me contrariáis, Francisco. En cuanto a esas firmas que me habéis presentado, haré como que no las he visto porque podría considerarlo sedición, que en esta nao por encima de mi palabra no hay otra.

Mondéjar abandonó la cámara del almirante con la cara larga y avinagrada. En cuanto sus soldados lo vieron sobre cubierta hicieron rueda a su alrededor y al punto los informó aquel del fracaso de las gestiones con don Lope. Cuando se deshizo el corro, varios de los presentes renegaban abiertamente y prometían tomar cumplido desquite. Mas lo curioso fue que, en lugar de dirigir su resentimiento contra quienes habían delatado a Esteban Camacho, su ira iba enfilada al almirante. Tanto alboroto hizo que el ajusticiamiento se esperase aún con más expectación.

Por la mañana del veintiocho de agosto se nos ordenó a todos formar sobre cubierta con música de pífanos y el estandarte real izado en el mastelero mayor. El escribano leyó las condenas y el almirante, aferrado al barandal del alcázar, dijo que no iba a permitir conductas indignas en los soldados del rey, ni convenía al servicio de Su Majestad el ofender a los indígenas.

—Hay quienes piensan que se castiga a castellanos por culpa de una india, y por ello se han recogido firmas solicitando clemencia y se andan levantando quejas y murmuraciones en los corrillos contra el rigor aplicado —decía don Lope de la Vega con voz potente, serio el gesto y firme el ademán—. Nadie piense que por ir a la ventura en esta expedición cabe todo, que una cosa es mostrarse implacable y recio en el calor de la batalla y otra muy distinta cometer una felonía bárbara que a todos repugna. ¿Qué honra hay en ello, mis señores? ¿Por ventura son estas las glorias que vuestas mercedes esperan alcanzar?

Cuando el almirante terminó de hablar, un pesado silencio invadió la cubierta, roto sólo por el flamear de las velas, el golpear de los aparejos sobre los palos y el chapoteo de las olas al ser hendidas por el navío. Algunas testas afirmaban levemente, otras se mantenían inmóviles y el capitán Mondéjar

mantenía la boca cerrada y se rascaba la barba minuciosamente mientras dos guardias armados sacaban a cubierta a Abel Hinojosa.

Los soldados estábamos de pie, hombro con hombro, con los rostros graves y obligados a mirar el castigo. También estaban presentes muchos pasajeros que ocupaban la cubierta casi en su totalidad. El reo fue despojado del jubón y la camisa y amarrado al cabrestante, y así, abocado sobre él, el guardián Luis Coraje se dispuso a descargarle las dos docenas de zurriagazos a que había sido condenado. A la cuenta de uno, restalló el azote cortando la carne y el soldado lanzó un grito terrible; con el segundo ya se retorció intentando zafarse de las ataduras; y así continuó, recibiendo uno tras otro los latigazos, gimiendo, jurando y gritando, apretado al cabrestante y haciendo por enterrar la cabeza en la madera para esconder en ella su dolor, hasta que se desmayó y en tal estado terminó de recibir el castigo.

Después trajeron al marinero Domingo Gayón, al que se aplicó el mismo tormento, y por último tocó el turno a Esteban Camacho, que estaba pálido pero llevaba en los labios una sonrisa insolente. Lo situaron al pie del árbol mayor, atado de manos, mientras los marineros pasaban la soga sobre la verga y colocaban una caja bajo la horca. El sargento Antonio Rodríguez se ofreció a vendarle los ojos, pero el soldado rehusó el favor con un gesto desdeñoso. Pusiéronle entonces la horca alrededor del cuello, lo ayudaron a subir a la caja y aseguraron el otro extremo de la soga en una cabilla. Camacho no sonreía ya, pero continuaba estando muy sereno cuando se le acercó el padre Saavedra con el crucifijo en la mano, que el reo besó cristianamente. Rezaron juntos en un murmullo piadoso y el padre le dio la absolución haciendo la señal de la cruz sobre su frente. Al terminar, dejó su crucifijo entre las manos de Camacho y se quedó a su lado, con los ojos mirando hacia el cielo y moviendo los labios en silenciosa plegaria. Redoblaron los tambores, acallando todas las voces y comentarios, y el sargento Rodríguez, a un gesto del almirante, dióle una patada a la caja y dejó sin apoyo los pies del soldado. El rostro de Camacho perdió la compostura, contrayéndose en muecas terribles, la piel se le fue poniendo roja, morada y azul, mientras sus piernas pataleaban en el aire con movimientos desordenados. Después de unos momentos de agonía, el cuerpo quedó inmóvil al extremo de la cuerda, balanceándose con los ojos salientes y los fluidos derramados.

El cadáver fue metido en un saco de lona con una bala de cañón dentro y lanzado a las aguas sin más contemplaciones, y el bachiller Herrera anotó una nueva baja en la relación de a bordo. A los otros dos sancionados los bajaron a la enfermería, donde Caridad, el barbero, los atendió con el mismo cariño cristiano con que días antes había estado cuidando de la india.

No fue Camacho el primer muerto de la expedición, pero sí el primero que moría ajusticiado, y no se hicieron esperar las quejas. Los más descontentos con el castigo, agujoneados por los hombres de Mondéjar, murmuraban contra el almirante y los demás oficiales de la nao, y decían que no era necesidad tanto rigor siendo la vida tan incierta.

Al día siguiente de la ejecución se avistó un islote triangular, como de una legua de boj, rodeado de rocas y arrecifes, y al que, por estar aislado, se le dio el nombre de isla Solitaria.

Envío el almirante el batel para pedir a don Álvaro de Mendaña que tratase de hacer puerto en el islote para apertrearnos de leña y también de agua, y el Adelantado, por complacer a don Lope, mandó que se acercase a tierra la galeota San Felipe, que era el navío más maniobrable y de menor calado. Al rato, halló el capitán Corzo un lugar donde surgir, pero el fondo, de pocas brazas, estaba lleno de rocas y avisó a los demás barcos que pasaran de largo.

No quedó conforme don Lope, pues la necesidad que llevábamos era en verdad importante y el

descontento de la tripulación preocupante, y fue en persona a visitar a don Álvaro de Mendaña para pedirle que nos proveyese de leña y agua.

En la San Jerónimo lo recibieron con caras largas y ceños fruncidos por tanta terquedad, pero don Lope se defendió explicando una vez más nuestras urgencias.

—Viajando todos bajo la misma bandera, a los de la Santa Ysabel nos tenéis abandonados, que ya son tres veces que pido bastimentos y aún no los he obtenido.

—Pues moderad el gasto, almirante, y racionad el agua —dijo Lorenzo Barreto con mucha desconsideración.

—Si no queda otro remedio, así se hará —le respondió don Lope, mordiendo las palabras—, pero no me parece la mejor solución en este momento.

Y de esta guisa debatieron un rato. Había entre los dos hombres mucha animosidad, ya que las noticias sobre el amancebamiento de don Lope habían llegado a los oídos de doña Mariana, y le había causado gran aflicción, y Lorenzo Barreto, como hermano mayor, debía velar por el honor de la familia.

—Señores, señores, calmaos y procuremos buscar remedio a las preocupaciones del almirante —intervino doña Isabel—. Volved tranquilo, don Lope, que esta misma tarde enviaremos con la chalupa una carga de leña y el agua que se pueda, porque no es nuestra intención dejar desamparada a vuestra gente.

Y con tan mesuradas palabras se puso fin al encuentro y fue don Lope despachado de vuelta a su nao, habiendo conseguido en parte lo que quería, mas sin haber entrevistado a su esposa, lo que tal vez también pretendía.

Mientras esto se trataba en la cubierta de la San Jerónimo, otro suceso tenía lugar en la Santa Ysabel. Estaba nuestra nao tan próxima a la fragata del capitán Leyva, que de un barco a otro podían saludarse los pasajeros, pedir noticias de quien fuera y contarnos nuestras miserias y alegrías. Y entre los que parlamentaban se encontraban el cabo Diego Jara y Úrsula, la Mulata, pues que ambos cónyuges habían reflexionado en los días de alejamiento y, olvidados de sus diferencias, desde la borda se decían lindezas y requiebros.

El soldado, viendo a su mujer propicia a la concordia, le pidió que lo perdonase, y ella holgose mucho de oír las palabras de su marido y le respondió que sí, que lo perdonaba y lo acogía y que, si él estaba de acuerdo, se pasaría nuevamente a la Santa Ysabel. Y como hacía muy buen tiempo y estaban los dos navíos al paio, esperando a ver qué resolvían los principales, pidió la Mulata al capitán Leyva que echase un cabo a la otra nao para que la halasen atada a ella. El capitán consultó al piloto, que aconsejó no hacerlo por encontrarse algo picada la mar, pero la mujer no estaba dispuesta a dormir una noche más separada de su marido y, encomendándose al Señor, sorprendentemente saltó al agua.

Al punto viose que no sabía nadar, sino bracear como lo hacen los perros. Cuantos la veían, la animaban y jaleaban con sus gritos, pero la Mulata movía los brazos con torpe pujanza, hundiéndose bajo las olas y volviendo a salir, de modo que al cabo de un rato, y aunque la distancia era poca, apenas había cubierto la mitad del trayecto. Tornáronse las voces en lamentos y la alegría en aflicción, pues la mujer se agotaba a ojos vistas, debilitada por el derroche de energía y lastrada por el peso de sus ropas mojadas.

Diego Jara, que atendía al contratiempo hartamente preocupado, pedía a gritos a algún marinero que por Dios la ayudase, pues él tampoco sabía nadar. Pasaron unos momentos de desconcierto en los que nadie hizo nada, hasta que un Alfonso Rodríguez, grumete, cogió un cabo y saltó al agua para rescatarla. En unas pocas brazadas allegose a la altura de la Mulata, le pasó el cabo por la cintura y pidió a los compañeros que la halasen. Y los marineros, ayudados por Diego Jara y concertados por

los gritos del contramaestre, recogieron cuerda con mucho brío y la trajeron hasta el costado en un periquete.

La Mulata subió a bordo bien remojada, tosiendo y escupiendo agua, con el rostro más pálido que una estatua y la cintura desollada por el roce de la estacha, pero contenta por volver junto a su marido, que la recibió con los brazos abiertos entre el regocijo y aplauso de la gente. Y acabado el entretenimiento, fuese cada cual a lo suyo: los pasajeros a sus preocupaciones, los soldados a su holganza y los marineros a su rutina.

Como lo había prometido, doña Isabel envió la chalupa con una carga de leña y dos pipas de agua, que era bien poca cosa e insuficiente para levantar el racionamiento. Pero, al fin, algo se había conseguido, y con ello debíamos conformarnos y seguir la navegación.

Y así se nos fue el mes de agosto, sin avistar tierra ninguna.

En este punto ya iba muy harta de sufrimientos la tripulación, en especial los soldados quienes, gastadas sus esperanzas y colmada su escasa paciencia, de todo trataban y murmuraban, y cada nuevo amanecer sin que apareciesen las dichas Salomón las protestas subían de tono. Al ver tan largo el tiempo y acordándose de lo que habían dejado en su tierra y de las aflicciones que padecían, largaban su poco y su mucho. Aunque tampoco faltaban los corazones animosos que pedían tomar con rostro alegre lo que el destino nos diera, pues que no éramos quiénes para querer que Dios gobernase el mundo según nuestra conveniencia.

—No hay que espantarse, señores —nos decía el cabo Vicente—. ¿Cuándo se ha visto alcanzar la gloria sin esfuerzo?

Y así se entraba en litigios y debates, porque la naturaleza de unos es diferente a la de otros, al igual que sus experiencias. Y lo peor es que no sólo los soldados y marineros estaban en esta actitud, sino que también había oficiales agitando esas opiniones y diciendo que era necesario regresar por donde habíamos venido para conseguir salvar la vida.

El almirante, mientras tanto, parecía ajeno a todo, como si con haberle arrancado a Mendaña el poco de leña y agua ya hubiera cumplido. En las últimas singladuras apenas se dejó ver por cubierta y pasaba largas horas encerrado en su cámara con Antoñita Díaz, lo que atizaba aún más la hoguera de resentimientos:

—Mirad cómo goza el verraco, mientras nosotros penamos —decía Cansino con mucha inquina, quizá porque él no podía gozar de Juana Alonso como habría gustado.

## 10

El mes de septiembre se presentó sangriento. En la mañana del viernes, día primero, aparecieron los lebreles de don Lope despanzurrados y encharcados en sangre en la puerta de su cámara, suceso del que se apesadumbró el almirante tanto como si le hubieran matado a sus hijos, y lloró sobre los animales sin preocuparse de los espectadores.

—¿Qué mal habían hecho a nadie para que los acabaran así? —clamaba con la voz desgarrada—. Dé la cara quien me quiere mal, que yo daré satisfacción a su disgusto y trabajo a su espada.

Después de hacerles unas exequias fúnebres como las que cumplen a un cristiano, y de meterlos en costales y tirarlos por la borda, llamó a todos los oficiales a su cámara y estuvo hablando largo rato con ellos, pidiéndoles extremar la disciplina y castigar con el máximo rigor cualquier expresión de descontento, a lo que algunos hicieron caso y otros, en cambio, mostráronse timoratos, prefiriendo pasar por alto muchas faltas.

De la autoría de esas muertes nunca se supo, pero el suceso vino a enturbiar más el ambiente de la nao, y donde antes se platicaba a gritos, ahora se hacía con voces quedas.

Yo pasaba buena parte del día en la cabina de Valiero, trabajando en los mapas. El lugar era sofocante, porque la tablazón del techo, embreada y expuesta al sol, ardía y dejaba escurrir algunos goterones pegajosos. Sólo la ventana que tenía a popa permitía que corriese una ligera brisa. Pero también a mí me alcanzaban las cuitas, pues la larguísima travesía y las escaseces mermaban mi confianza de encontrar las Salomón. Mi pensamiento se desataba imaginando posibles confines al océano inacabable, y, teniendo tan cerca al piloto, era natural que requiriese su opinión.

—Maese Valiero, ¿cree voacé que se han extraviado las islas?

Ante mi pregunta, el piloto movía la cabeza a los lados.

—Descuidad, señor Torres —me decía con la paciencia del que habla con un niño—, que las islas están ahí delante y, si persistimos en el rumbo, las encontraremos.

La seguridad de don Sebastián me confortaba y animaba, pero yo era de los pocos que aún creía en él, pues la mayoría ya habían perdido la fe en quienes nos dirigían.

El domingo por la mañana, se fueron juntando nubarrones oscuros y muy crecidos. Por ello dispuso el piloto que se tendiese un enjaretado de madera y cuerda entre el castillo de proa y el alcázar de popa, de modo que el combés pudiera techarse con una lona para recoger agua si llovía; y bien estuvo hacerlo porque nos cayó por la tarde un buen chaparrón que la gente recibió con gran alegría. Muchos se dejaron empapar por la lluvia y abrían las quijadas hacia el cielo para tragar cuanta agua pudiesen, otros colocaron cuencos y cualesquiera recipientes para acopiarla o se escurrían las ropas en la boca para beber.

Después de la tormenta, por primera vez desde que la rescataran de su prisión, salió a cubierta Maui, la marquesana, acompañando a Juana Alonso, que parecía haberla tomado a su servicio. Iba vestida al modo castellano, con ropas sencillas que la cubrían y adecentaban. Ya apenas se le notaban los golpes y cardenales, había recuperado la lozanía y no mostraba ese aire indefenso de corza perseguida. Juana iba mostrándole las cosas y usos de a bordo y presentándole a algunas personas. Yo me hallaba en el castillo de proa, donde me gustaba subir al final de la tarde para observar el cabeceo del barco, verlo hender el agua y dejarme mojar por la espuma clara y fresca que salpicaba, pues que tal hábito me ayudaba a desterrar las zozobras que en ocasiones me asaltaban.

—Maui, este señor es Juan Torres —le dijo Juana, y tocó mi pecho con la palma abierta.

—*Huan Torres* —repitió ella.

Vista de cerca, Maui parecía más joven, quizá no tuviera cumplidos los quince abriles: la piel algo clara, de un color como la madera del cedro, la nariz chata, el pelo muy largo, de un negro profundo, y los ojos grandes y oscuros. Resultaba, en verdad, muy hermosa.

—Podéis fiaros de él —continuó Juana, sacándome de mis cavilaciones—, es un hombre bueno.

—Bueno —repitió Maui, y Juana mostró su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Me hacéis un honor que no merezco —dije yo—. Recordad que soy un presidiario, liberado para engrosar la expedición.

—Ah, señor Torres, sin duda os valoráis mal —dijo ella—, o es que sois un grandísimo hipócrita.

La sonrisa que acompañó a sus palabras le quitó hierro al contenido, pero me sentí un tanto molesto. Iba a protestar cuando junto a nosotros apareció el alférez Cansino, como caído del árbol del trinquete. Llevaba el rostro anhelante y los ojillos brillantes.

—Ya os estáis largando de aquí, señor soldado —me dijo sin apenas fijarse en mí, deseando quitarme de en medio para quedarse a solas con Juana Alonso.

Pero yo no estaba dispuesto a facilitarle las cosas y le respondí con muy poca cortesía:

—Descuidad, señor alférez, que en cuanto termine de platicar con estas señoras iré a cumplir vuestro ruego.

Juana Alonso rio mi salida, pero el alférez Cansino no le encontró maldita la gracia.

—¡Diablo de mestizo! No os estoy rogando un cuerno, os lo estoy ordenando —rugió el hombretón, e intentó golpearme con la espada envainada.

Yo pegué un brinco para esquivar el golpe y me escabullí corriendo y amagando tras el palo de trinquete. Aunque forzado como un toro, el alférez se movía con torpeza y erró otros dos o tres golpes que me lanzó. Entonces, desnudando el hierro y muy sulfurado, dio en perseguirme, saltando sobre objetos y personas mientras me dedicaba floreos denuestos:

—Venid, maldito hideputa, que aquí tengo un espetón para trinchar bellacos.

Con el alférez en los talones bajé al combés, lo atravesé, subí a la cubierta del alcázar por la escala de babor y volví a bajar al combés por la de estribor, y todos reían al ver al hercúleo Cansino, cada vez más encrespado, corriendo tras de mí hasta que, trepado que hube por un obenque del palo mayor, se detuvo al pie del mástil jadeando y mirando hacia arriba. Entonces se volvió y gritó a unos soldados de su compañía que le llevasen un arcabuz porque iba a cazarme como a un pichón.

Cuando le alargaron el arma yo había alcanzado la cofa y, adivinándole unas intenciones poco compasivas, para no ser un blanco tan fácil me parapeté tras el mastelero. Cansino renegaba e iba de una a otra banda para poder enfilarme, hasta que por fin soltó un trallazo que escuché apagado y distante, aunque la bala zumbase bien cerca de mi cabeza. Oí cómo pedía otro arcabuz y también las protestas de mis compañeros para que desistiera. El alboroto hizo salir al capitán Flores y al propio De la Vega, que exigió saber qué pasaba. Hízose corro a su alrededor, fuéronle dadas algunas versiones y, con el arcabuz de Cansino en la mano, me ordenó bajar.

—Bajad, don Juan Palomo.

—Aquí estoy bien, señor almirante —le respondí—, no os preocupéis por mí.

—Bajad os digo —repitió don Lope sin perder la calma—, que ya se terminó la diversión.

Tardé más en llegar abajo de lo que me había llevado subir, y cuando puse los pies en cubierta me apresaron dos soldados y me arrastraron hacia el cabrestante para darme trato de cuerda. Inclinado sobre la madera en humillante postura, con la camisa desgarrada para dejar al descubierto la espalda, oí la voz de Juana Alonso.

—Señor almirante, por Dios, el joven no tiene culpa ninguna. Ha sido todo un malentendido.

Alzó la mano don Lope para detener a los soldados. El alférez cabeceaba, mostrando su desacuerdo, pero no abría la boca pues enfrente estaba el capitán Flores cruzado de brazos y con la expresión hosca y contrariada.

—Un poco de jolgorio siempre ayuda a elevar los ánimos de la gente —insistió Juana Alonso.

Torció el gesto el almirante, como meditando sobre el asunto, pero el cabo Vicente y otros hombres de la escuadra al punto unieron sus ruegos al de Juana alegando que en verdad yo no había hecho nada.

—Ea, soltadlo, pues, y que no vuelva a ocurrir —accedió don Lope.

Mas antes de que pudiese enderezarme, Cansino me arreó en mitad de la espalda tal planazo con el estoque que valió por cinco latigazos y me dejó baldado para una semana.

—Ahora tenéis un motivo para quejaros, señor Torres —me dijo el muy bastardo.

No obstante el golpe con que se desahogó, y el dolor y la rabia que me produjeron, no estaba tan ciego que no me diese cuenta del enemigo que me había ganado, pues no me parecía el alférez Cansino de los que olvidan con facilidad una afrenta, y menos cuando lo había expuesto al ridículo ante la mujer de sus desvelos. Por cierto, que a doña Juana volví a encontrármela esa misma tarde junto a la borda del combés y aproveché para agradecerle la intercesión tan oportuna.

—No he hecho sino devolveros el favor, amigo Juan —me dijo muy alegre.

—Entonces estamos en paz —le dije con jovial desenfado, dispuesto a seguir mi camino, pero ella me detuvo con otro comentario mucho más serio que el anterior.

—Espero que no me toméis por una mujer liviana.

Volví la cabeza y la miré de hito en hito. Su figura se recortaba contra el cielo crepuscular y la cabeza quedaba algo en sombras; aun así no dejé de percibir una extraña gravedad en su semblante. Medité, por tanto, la respuesta.

—Nunca lo he hecho, Juana Alonso —dije al fin.

La mujer me dedicó una última sonrisa y se fue. Y yo quedé allí solo, observando los hermosos colores del atardecer, los nubarrones oscuros con bordes brillantes, el horizonte carmesí y la estrecha rodaja de la luna en creciente, con el lucero de la tarde brillando junto a ella.

Aquella noche tuve un sueño inquieto, plagado de imágenes del alférez Cansino abrazando a Juana Alonso, de cuerpos desmembrados y de buitres volando alrededor de ellos, y me desperté sobresaltado. Pugué por volver a dormirme pero el sueño no acudía a mí, así que me escurrí entre los durmientes y subí a cubierta para recuperar el sosiego.

Soplaba una buena brisa, que tenía tensas las velas. Los marineros de la guardia de modorra se movían como sombras sigilosas, el timonel manejaba la caña y guardaba el rumbo y los pajes cantaban las horas con sus voces adolescentes. A lo lejos, como flotando sobre la superficie del mar, lucían los faroles de los otros barcos, débiles puntitos de luz que pugnaban por sobrevivir en medio de la oscuridad y que daban con exactitud la medida de nuestra pequeñez.

Sin yo quererlo, los pensamientos me llevaban a doña Elena. Unas varas debajo de mí, en su camarote de la tolda, ella reposaba con los suyos. Tan cercana y tan lejana, me decía. Por leves que fueran los suspiros salidos de sus labios, algunos habrían de llegar hasta mí, disipados en el aire. Y esa idea me hizo inspirar con pujanza, llenando los pulmones de la nocturna brisa, por si alguna partícula me diera noticias de ella.

Aquellos últimos días, según había sabido por conducto de Inés, mi amada se encontraba afligida por alguna debilidad pasajera, y el tiempo lo pasaba postrada en su cabina, sin fuerzas ni ganas para

salir a cubierta, privándome con ello del gozo de verla pasear; y también de la tortura de hacerlo, pues en sus paseos rara era la vez que no la acompañaba el alférez Ocampo.

Al cabo de un rato de estar allí se apaciguó mi espíritu y volví al entrepuente para dormir las horas que quedaran de noche. El entrepuente no era un lugar silencioso en absoluto con los crujidos del maderamen, el batir del agua sobre los costados, los ronquidos de los durmientes, el trajinar de los animales estabulados y otros ruidos más que no detallo; por eso tardé en percatarme de unas voces quedas al otro lado de un mamparo formado por bultos y cajones apilados y bien trincados. Y aun así, no les habría prestado mayor atención de no haber sido porque oí el nombre de don Lope.

Con suma cautela, me acerqué unos pasos, agucé el oído y pude escuchar a medias la conversación que dos hombres mantenían, dos al menos. Sin entender más que palabras sueltas, entrecortadas, y retazos de alguna frase, ora apagadas, ora más claras, pareciome que platicaban de alguna venganza o sedición. Quise acercarme más y a gatas me deslicé por la tablazón hasta quedar junto a una rendija diminuta que entre dos arcones había. La oscuridad era tan grande que no se veía sino la sombra de una sombra, y las voces tan quedas que, pese a estar muy cercanas, me costaba distinguir las palabras más allá del rumor de la plática y de los tonos distintos de los hombres que la mantenían, que no eran dos, sino tres, y el tercero, el que menos hablaba, se me hizo que era, aunque no lo habría podido jurar, el cabo Simón Juárez, uno de los soldados más duros de toda la armada, con fama de matar sin un pestaño. Al cabo de un rato de estar allí tumbado, con la cara pegada a las tablas, aspirando el polvo y la mugre acumulados, había escuchado con claridad tan sólo unas pocas frases sobre el almirante y el piloto Valiero, el Perú y las Salomón, varias quejas sobre engaños e injusticias y el propósito de poner fin a tal situación. Y de pronto, en lo más sabroso de la conversa, cuando ya el oído se me iba haciendo a aquellos suaves susurros, alguien se levantó en alguna parte del entrepuente con tan ruidosos ademanes que hizo callar a los conjurados. Unos pies calzados con botas cruzaron la cubierta y subieron por la escala y el trío que se escondía tras el mamparo se deshizo de golpe. Yo me pegué al arcón queriendo hacerme uno con las tablas y, con el corazón en la boca y aguantando el resuello, vi desfilar junto a mí, rozándome con el propio aire que desplazaban, tres sombras indistinguibles. Dejé que se alejasen un tanto y esperé a que de nuevo reinase el rumoroso concierto del entrepuente antes de marcharme de allí y alcanzar mi petate.

No conseguí dormir más aquella noche, dándole vueltas a la dichosa conversación, que tanto podía encerrar un motín en ciernes como ser sólo el desahogo de unos descontentos. Por la mañana, no sabía qué hacer: a don Lope no me atrevía a hablarle sin tener seguridad de nada, de los mandos de guerra no me fiaba y de algunos compañeros de rancho, menos. Así que decidí confiarme al cabo Vicente, que me escuchó en silencio, se lo pensó unos momentos y por fin me dijo:

—Mira, zagal, remover en los negocios de los principales no puede traer más que desazones, porque al final somos siempre los de abajo quienes pagamos el pato.

Hizo una pausa, mirome para percatarse de que había comprendido sus palabras y continuó:

—Pero algo habrá que hacer, porque no acomoda a un soldado del rey quedarse de brazos cruzados y dejar que prospere una conjura contra sus intereses. Lo mejor será que se lo digas al piloto Valiero; nadie sospechará de verte platicando con él.

Un rato después, dos personas más conocían del suceso: don Sebastián Valiero y el bachiller Herrera, que estaba con el otro en la cabina y no hallé excusa para hacerlo salir. Como me aconsejara el cabo Vicente, les conté todo lo escuchado esa madrugada, insistiendo en que se trataba nada más que de retazos inconexos, sin mencionar siquiera la sospecha de que uno de ellos hubiera sido Simón Juárez, amigo personal del capitán Mondéjar. Quizá hice mal, pero no me habría perdonado señalar a un compañero injustamente: para esos menesteres ya estaba Hinojosa.

El bachiller Herrera no pareció muy sorprendido, e inclinose por que había sido una de tantas charlas que llenaban la nao.

—Si pudiéramos canjear las palabras vanas por agua dulce —comentó—, podríamos darle la vuelta al mundo sin necesidad de tocar puerto.

Pero al piloto lo vi más pensativo, acaso porque se mencionó su nombre, y su opinión fue otra.

—No es descabellado pensar en un motín —dijo—. Desde que dejamos las Marquesas llevo oídas y vistas cosas graves, y últimamente más, aunque el almirante no parece advertir la situación. Quizá esto sirva para abrirle los ojos y centrar su atención.

La noticia en verdad debió de alarmar a De la Vega, porque ese mismo día dispuso que hubiera una guardia armada permanente bajo el mando directo del capitán Flores, quien, a su vez, ordenó a su asistente, el alférez Yñigo Fuentes, que pusiera custodia en el pañol de la armería y al sargento Antonio Rodríguez, que le era muy fiel, que vigilase el reparto del agua y las vituallas. Así, de la noche a la mañana, el barco se convirtió en un fortín, con hombres armados, rondas y caras largas.

Sin embargo, no quiso don Lope informar del asunto en la nao capitana, donde su reputación andaba muy mermada, ni tampoco le importó desairar a Francisco Mondéjar, a quien apartó de toda responsabilidad en el gobierno de la tropa.

Y por mancillar tal descortesía la honra de todos sus oficiales y, por extensión, de los soldados de su compañía, pronto comenzó el alférez Cansino a azuzarnos, vaciándose de boca contra el almirante y el piloto.

—Voto a Judas —decía, atusándose el bigote—. Qué insolencia la de don Verraco: primero desaparece al sargento Enríquez, después se queda con su viuda y ahora pretende quitar de en medio a nuestro capitán. ¿Y adónde nos llevan —proseguía— estos pilotos tan sabedores de mapas y astrolabios, que no encuentran las islas que buscamos? Aquí no vinimos a perder, mis señores, sino a ganar.

Y también hacía objeto de sus dardos al capitán Flores, al que, por motivos evidentes, no tenía ninguna simpatía. Dijo de él que no desaprovechaba ocasión para demostrar su severidad con el bastón, lo que era cierto sólo a medias, pues la mayoría de oficiales de mar y guerra la emprendían a golpes con la tripulación por cualquier menudencia.

—Mande Flores sobre su compañía y excuse la ajena, y deje de mostrar el bastón, que somos hombres de honor y no lo hemos de consentir —nos decía, y los soldados, instigados por estas pláticas, lanzaban públicas y secretas quejas contra él.

Y en aquella condición se fueron dos días, en los que prosiguieron las guardias armadas que Flores se encargaba personalmente de escoger y dirigir. El almirante, sin embargo, resuelto que consideró el asunto, volvió a su dulce encierro en la cámara de popa, junto a su Antoñita, haciéndose servir allí comida y bebida. La gente de mar y guerra se arracimaba en grupos muy cerrados donde se viciaban las pláticas, dándose por cierto lo infundado y por probadas las sospechas, de lo que resultaban desconfianzas mutuas y calumnias contra los ausentes.

En aquella confusión de rumores y recelos, a los pasajeros veíaseles desorientados, preocupados por el ambiente que se extendía, que venía a sumarse a sus zozobras. El cansancio de la travesía se hacía de pronto más patente, el rancho más escaso y descompuesto. El estricto reparto del agua pasó cuenta incluso a aquellos con quienes el despensero venía haciendo la vista gorda. Las congojas apretaban a los pudientes, preocupados por su hacienda, y a los débiles, temerosos de sus vidas.

Sin embargo, no todos a bordo se lo tomaron con igual turbación; al contrario, tal vez aquel estado de cosas incitaba a algunos a saborear más el presente. Así, un día caluroso en el que no se hallaba solaz en parte alguna, al llegar el crepúsculo trasladé mi esterilla a la cubierta en procura de algún

fresco y allí me acosté. Estando ya dormido, vino a visitarme nuevamente en secreto la mujer que lo había hecho días atrás. El cielo estaba muy estrellado, pero la noche era negrísima, y por tal motivo no podía distinguir de ella rasgo alguno. Quienquiera que fuese, hubo de verme mudar la esterilla, pues de otro modo no me habría encontrado en tal oscuridad.

—¿Quién sois? —susurré a su oído cuando me abrazó—, ¿por qué me buscáis?

Pero ella silenció mis labios con los suyos, buscó mis carnes con sus manos y, sin desprenderse de la sayuela que llevaba, me amó con un callado ardor, con una tan embriagadora desmesura que dejábame sin resuello alguno. Cada movimiento suyo me provocaba un estremecimiento; cada roce, una delicia; cada sacudida, un temblor; si ella se alzaba, encumbrábame yo; si se aproximaba, yo más la apretaba; cuando refrenaba el galope, conteníalo yo, y cuando ella lo avivaba, más me apresuraba, y ahí era un júbilo y un regocijo y un suspirar pero no poder, y un querer y no querer pero seguir y seguir hasta el alivio de toda urgencia.

Y después, abrazada a mi espalda, acariciando con aterciopelada suavidad mis desnudeces, mordisqueando con su boca mi oreja, le apeteció quedarse un rato a mi lado. Quise yo hacerme propósito de velar hasta que se durmiese por ver luego de reconocerla; pero el sueño, por más que yo porfiase en lo contrario, tiraba de mis párpados con la fuerza de una plomada, deslizándose cada uno en pos de su compañero, y acabó por acogerme en su seno.

Me desperté al levantarse ella de mi lado. Una claridad muy leve anunciaba un alba a cuya luz vi el bulto escurrirse entre los cuerpos dormidos y bajar por la escala del entrepuente. Me incorporé y la seguí, con torpeza de sonámbulo, hasta la escotilla del entrepuente, pero la oscuridad allí abajo era tan completa que, apenas hube avanzado cuatro pasos a tientas, comprendí la esterilidad de mi esfuerzo.

Al amanecer, ya estaba el barco inmerso en el ajetreo cotidiano. Cada cual recogía su recado de dormir, iba a proa a hacer sus necesidades en los beques, se aseaba en un balde y se desayunaba un trozo de panceta con bizcocho mojado en vino. Los marineros iniciaban la jornada con la faena más dura, que era achicar con las bombas el agua de la sentina, un agua putrefacta que salía espumeante por los caños desprendiendo un hedor insufrible.

Mas yo no pensaba sino en la visita de aquella mujer de quien nada averigüé fuera de su afición a morderme la oreja. Antojábaseme esa mañana que todas las mujeres me miraban con burla en sus pupilas y que cada gesto fuera un indicio, una señal, que decía «He sido yo quien os ha marcado».

Durante todo aquel día, que fue siete de septiembre, estuvieron creciendo unas nubes amenazadoras y soplando un viento recio que daba tregua al calor pero nos obligaba a navegar con poco trapo. Por la tarde, dio voz el vigía de que se acercaba el esquife de la San Jerónimo con varios hombres a bordo. Al llegar junto a nuestro costado, se le lanzó una escala para que subiese a bordo el piloto mayor, don Pedro de Quirós.

Muchos que andaban en cubierta se arracimaron a su alrededor, ansiosos de saber qué nuevas lo traían a la Santa Ysabel, pero él cruzó entre los curiosos y subió al coronamiento de popa, donde mantuvo una breve entrevista con don Lope y con Valiero. Se interesó por las dificultades y escaseces de la nao, los requirió a que acelerasen la marcha porque estaban retardando a la flota y pidioles, por último, que estuvieran sobre aviso pues llevaba un par de días presintiendo algunas señales de tierra: en el agua, en el vuelo de los pájaros e incluso en las nubes del horizonte.

—Así que, señores —concluyó—, reparo, sonda y buena guardia.

Y con estas palabras se despidió, subió al esquife y se alejó con rapidez.

Cayó una noche más, llena de congojas. El piloto, en el primer turno de guardia, ordenó coger unos rizos al trinquete y advirtió a los marineros estar prestos, no fuera a ser que aparecieran bajíos, o arrecifes.

La guardia armada le tocó a nuestra escuadra y el cabo Vicente me envió a hacer la centinela en el alcázar. El cielo estaba cubierto por un lado y, por el otro, cuajado de estrellas. En la mar blanqueaba apenas la espuma de las olas y, a lo lejos, parpadeaba el fanal mortecino y amarillo de la San Jerónimo. De golpe descargó un aguacero muy grueso, que levantó a todos cuantos yacían sobre cubierta, pero fue pasajero y pronto se despejó la orilla. Sin embargo, al filo de la medianoche, un resplandor rojizo despuntó a poniente y nos llegó un ruido como de trueno remoto y continuado. Algunos dijeron ser la señal del Malo y otros la ira de Dios por nuestros pecados, y se persignaban y oraban, pero también hubo quienes creyeron ser hallado el confín de la Tierra.

El piloto mandó avisar al maestro para acordar qué hacer. Preguntó Domínguez que a qué despertarlo por unos truenos y respondió el otro que no eran tales, sino un volcán en erupción.

—Ya vi un caso igual navegando por una tierra que le llaman Costa Rica —dijo Valiero—. Y si es un volcán, probablemente no se trate de un islote pequeño. Puede que sean las islas en cuya demanda viajamos.

—Puede ser, señor Valiero, pero sólo son suposiciones —dijo Domínguez, remiso en darle la razón—. La capitana nos aventaja en una legua y no ha hecho ninguna señal. Al alba veremos de qué se trata.

—Pero habrá que andarse con mucho cuidado y poner a dos sondas en el bauprés y a otros dos en la cofa que estén alerta.

Alonso Domínguez asintió de mala gana y se marchó, el piloto volvió a su ronda y eso fue todo. Yo me quedé observando aquel resplandor lejano y apenas visible, preguntándome si en verdad sería un volcán y fantaseando con mis asuntos, hasta que el paje cantó, por fin, la hora de maitines y, con ella, el cambio de la guardia:

*«Al cuarto, al cuarto,  
señores marineros  
de buena parte;  
al cuarto, al cuarto,  
que ya es hora».*

Dejé las armas al relevo y extendí en el entrepuente mi esterilla para descansar lo que pudiera, así que estaba profundamente dormido cuando el capitán Mondéjar se amotinó. Secundado por el alférez Cansino, el maestro y veinte soldados apertrechados y bien armados, aprovecharon la oscuridad de la noche para reducir a la guardia armada y apresar al alférez Ocampo y al piloto. Al mismo tiempo, unos hombres mandado por Juárez entraron en la cámara del almirante y lo cosieron a cuchilladas mientras dormía y, como la Antoñita Díaz se despertase y empezara a forcejear y dar voces, también a ella la ultimaron.

Mas el ruido alertó al capitán Flores antes de que los rebeldes pudieran hacerse con el gobierno de la nao, y, al grito de «¡Traición, traición, a las armas!», salió el encuentro de los amotinados hecho un Aquiles y desgraciando al primero que se encontró. Lo siguió el sargento Antonio Rodríguez, que, aunque no toleraba a don Lope, era hombre fidelísimo al capitán Flores y jamás se le habría ocurrido hacer algo distinto de lo que este le ordenara. Por eso, al frente de algunos hombres, salió tras su capitán a cubierta y en pocos momentos habíase organizado una contienda.

Yo desperté por los gritos y el ruido de herrería, aturdido por el sueño y sin saber cuándo ni dónde estaba. Durante unos momentos el entrepuente fue un tumulto de clamores, carreras y tropezones; quién creía que lo mataban, cuál que nos abordaban, otro que naufragábamos. A estas voces roncas se añadían las más agudas de las mujeres. Mil juramentos y petitorias anegaban la oscuridad, y a ello se unía el tropel de los soldados levantándose y saliendo tal como dormían, sin peto ni rodela, descalzos y mal armados. Yo no me había desvestido tras la guardia y, empuñando una daga larga, seguí a quienes subían a la cubierta. En la escala alguien me puso una mano en el hombro, dándome un susto de muerte.

—Espérame, zagal —me dijo el cabo Vicente—, y no te separes de mí.

El combés era un campo de batalla donde sombras acometían a otras sombras, soltaban reniegos, ayes y pujidos, y chocaban las espadas sacando chispazos que iluminaban fugazmente brazos, petos, barbas. Estos gritaban traición, esos por el rey, aquellos por el almirante, pero sin que el almirante apareciera por parte alguna ni se atinase quién era quién, amigo o enemigo.

—¿Qué hacemos, señor cabo? —le pregunté en medio de la confusión.

—Pelear —me respondió.

—Sí, pero a favor de quién.

—Con nuestra compañía —me dijo.

Y nos lanzamos hacia el centro de la refriega. La lucha era feroz y, con la ampolleta y el farol apagados, se hacía casi a ciegas. Los hombres forcejeaban y rodaban por la tablazón, los lances eran al bulto, sin saber a veces contra quién se estaba riñendo.

Los caídos eran pisoteados y apartados sin miramiento, y lo mismo sucedía con los colonos, que nada entendían y gritaban corriendo de un lado a otro para refugiarse donde podían. Yo luchaba espalda con espalda junto al cabo Vicente y crucé el hierro con dos hombres sin herir ni ser herido, pero al distanciarme del cabo alguien se me echó encima y caímos al suelo enredados. Intentaba herirme con un puñal menudo y, agarrados de las muñecas, rodamos entre las piernas de otros. No lograba verle el rostro a mi contrincante, pero oía su jadeo y sentía la debilidad de su brazo, que iba cediendo a la pujanza del mío. Cuando empezó a sentirse vencido, me clavó los dientes en el hombro arrancándome un bocado regular, que jamás había recibido, ni recibiría, herida tan bellaca. Yo lo golpeé con la rodilla en el costado y giré el cuerpo para quedar encima. Entonces reconocí la cara desencajada de Martín Navarrete, que me escupió un salivazo impregnado de mi propia sangre y unas palabras envenenadas:

—Ah, señor mestizo —me dijo—, siempre supe que erais un traidor.

No siendo soldado ni marinero, enemigo ni deudo del almirante, ¿qué hacía en la pelea, luchando a brazo partido y jugándose la vida? Eso era de admirar. Mas no era momento de consideraciones y, montado sobre él, logré finalmente apoyar el cuchillo en su garganta.

—Rendíos, señor Navarrete, u os juro que esta vez nadie os salvará de que os atraviese.

Hizo un último esfuerzo por librar sus manos, pero yo clavé la punta de la hoja en su piel y aflojó los brazos y soltó el puñal. Y eso fue lo último que supe, porque en aquel momento recibí un golpe en la cabeza y, antes de sentir dolor alguno, todo fue oscuridad.

Cuando abrí los ojos estaba a resguardo, junto a la bitácora, con el cabo Vicente a mi lado.

—Esta vez casi no lo cuentas, zagal.

Intenté levantarme, pero la cabeza me daba vueltas, y me quedé sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un mamparo y con ganas de vomitar.

—Deja, deja, que por hoy la pelea se ha terminado para ti.

La figura de Mondéjar se recortaba contra el cielo, subida sobre el cabrestante, y su voz se hacía oír

por encima del alboroto, arengando a los suyos y confundiendo a muchos: «Adelante, mis valientes, por Santiago y por el rey».

—Vaya, señor cabo, parece que hemos estado combatiendo en el bando equivocado.

—Ya no hay remedio, zagal —me contestó.

Los hombres de Mondéjar habían hecho retroceder a los leales por la fuerza de su número hasta acorralarlos en el castillo de proa, donde el capitán Flores y el sargento Rodríguez, con algunos de sus hombres, habían conseguido hacerse fuertes levantando una barricada, y luchaban con mucho coraje. Pero esa resistencia podía desbaratar los planes de Mondéjar para hacerse con la nao y separarse del resto de la flota durante la noche.

—Hay que cambiar el rumbo antes del amanecer —le dijo al maestre Domínguez, y le ordenó que juntase a algunos marineros para hacer la maniobra sin más demora.

Pero el trinquete, con la única vela desplegada, se alzaba en terreno del capitán Flores.

—Cinco valientes, a la verga del trinquete —clamó Alonso Domínguez.

Los marineros, que respondían sólo al mando del piloto y además tenían ser heridos, quedaron irresolutos. No iba con ellos la contienda. ¿Dónde estaba don Sebastián?, preguntaban algunos, ¿dónde el almirante?

Entonces sonó la voz ronca de Figueroa respondiendo a la llamada del maestre:

—Manos a la jarcia, marineros, a ver si nos cambia la fortuna.

Y su oscura silueta, apenas recortada contra la noche, cruzó por el enjaretado alcanzando la jarcia del trinquete.

—¿No han visto vuestras mercedes el fuego del averno que nos espera en lontananza? —preguntaba Figueroa mientras subía por los obenques.

El capitán Flores ordenó a sus arcabuceros disparar sobre él, pero no era fácil atinarle, y Figueroa no se arredró.

—¿Acaso no recuerdan la maldición que pesa sobre esta nao?! —continuaba gritando—. ¿Olvidaron al clérigo Alfonso de Valencia?

Figueroa había guardado una cautelosa reserva desde que compusiera aquella lista de bienaventurados y habíase limitado, desde entonces, a ampliar lentamente el círculo de sus allegados, a los que llenaba la cabeza con sus manías sobre la fatalidad y el destino. Mas, si era el impostor por que yo lo tenía, ¿qué hacía allí, arriesgando el pellejo?

Fueran cuales fuesen sus inextricables motivos, su ejemplo espoleó a otros marineros que se apresuraron en la ayuda, de modo que el maestre pudo cambiar el rumbo de la Santa Ysabel y, cuando asomó el sol, no había vela alguna en el horizonte, ni resto del resplandor que viéramos por la noche, sólo un cielo azul y un día que se presentaba caluroso.

En el castillo de proa la situación no había cambiado. El cuerpo a cuerpo de la noche se había convertido en un combate de posiciones, pero Mondéjar ya no tenía prisa. Gobernaba el alcázar, los palos y las cubiertas inferiores, había confinado al pasaje en el entrepuente y encerrado a Ocampo, Valiero y otros prisioneros en la bodega. Al poco de aclarar mandó girar uno de los esmeriles hacia el castillo. Y cuando estuvo listo requirió al capitán Flores a claudicar.

—¡Daos a partido, Bernal! ¡Don Lope ha muerto y vuestra resistencia no tiene sentido! —gritó Mondéjar desde el alcázar—. ¡Daos a partido u os mandaré a todos al infierno!

—Antes tendréis que destrozarse el castillo y el trinquete, grandísimo traidor —respondió Flores.

—Me traen sin cuidado el castillo, el trinquete y todos los putos palos de este navío. Por última vez, someteos o haré estrago con vosotros.

—¿Es que no hay leales a la Corona en este barco? —gritó el sargento Rodríguez, asomando la

cabeza por encima del parapeto y desafiándonos a todos con un gesto de rabia—. ¿Dónde están esos bravos soldados que iban a llevar los pendones reales al confín de la Tierra?

Pero nadie respondió a sus preguntas si no fueron las risas de algunos fantoches.

—Sobre vuestra conciencia caerán nuestras muertes —volvió a decir el sargento.

Mondéjar, que se estaba cansando de tanta retórica, ordenó preparar el cañón.

—Señor artillero, atento a mi orden.

El condestable acercó la mecha encendida al oído del esmeril y miró hacia Mondéjar, esperando su señal. Ya no hubo más risas ni parlamentos. Nadie asomaba en el castillo de proa y todos los ojos estaban puestos en la barra de hierro que sostenía la mecha.

Entonces habló el capitán Flores.

—Está bien, habéis ganado —dijo con voz orgullosa, levantándose y mostrando el cuerpo por sobre la barricada, el pelo encanecido y revuelto, la camisa ensangrentada—. Me entregaré si juráis respetar la vida de mis soldados.

—Os lo juro, Bernal —contestó Mondéjar.

—No me basta. Que venga el padre Saavedra con el Libro.

—Tenéis mi palabra de caballero.

—La tendré cuando hayáis jurado sobre el Libro.

Mondéjar torció el gesto. Sus ojos se movieron del capitán Flores al condestable, que tenía aún la mecha junto al cañón, y de nuevo al capitán Flores. Su cabeza fría sopesaba riesgos y ventajas.

—No habrá más garantías —resolvió al fin, pronunciando con voz lenta y grave—. Habéis perdido, y tendréis que fiaros de mi palabra.

Y el capitán Flores entendió que no había otra salida. Lanzó su espada al suelo, dio unos pasos al frente y aguardó a que sus hombres hicieran lo propio. Tras la barricada salieron el sargento Rodríguez y siete hombres heridos y maltrechos, pero arrogantes incluso en su rendición. El alférez Yñigo Fuentes mostraba un tajo en el costado y se arrastraba entre dos camaradas, y otro soldado ensangrentado dejaba a su paso un reguero encarnado sobre la tablazón del combés. Mondéjar ordenó a los suyos que recogieran las armas y los apresasen.

—Ah, Bernal —dijo Mondéjar cuando llegó a su lado—, qué inútil batalla habéis presentado.

—El honor nunca es inútil.

—¿Cuántos de vuestros hombres han muerto, y cuántos de los míos?

—Estos soldados han peleado por su rey —terció el sargento Rodríguez con voz ronca y desafiante—, pero vosotros, señores, ¿qué confusión se os cruzó por la mente para hacer esto?

Y aquellas fueron sus últimas palabras, porque el alférez Cansino blandió un chupasangre que llevaba en la mano y le atravesó el cuello de parte a parte.

—Confundíos ahora, bastardo —le susurró mientras desfallecía.

Se alborotaron los soldados apresados, precipitándose sobre las espadas de quienes los rodeaban. El capitán Flores quiso arrodillarse junto a su agonizante sargento, pero el alférez Cansino lo empujó con violencia y lo tiró por los suelos.

—Atrás, perro.

Quiso acercarse nuevamente a su amigo, pero el sargento vomitaba espumarajos por la boca, ponía los ojos en blanco y entregaba su alma al Creador.

—Antonio Cansino —rugió entonces el capitán Flores—, además de traidor sois un capón sin honra ni valor. Y vos, Mondéjar, ¿cómo lo habéis permitido? Disteis palabra de respetarle la vida y lo habéis dejado morir sin confesión cristiana.

El alférez Cansino respondióle que habían prometido respetar la vida de los soldados, no la del

sargento, «ni tampoco la vuestra», añadió, y puso la hoja en su cuello con ánimo de degollarlo, pero Mondéjar le hizo gesto de que se contuviera:

—Envainad ese cuchillo hasta que yo os lo ordene —le dijo.

Acto seguido mandó arrojar por la borda, sin mayor ceremonia, los cuerpos de Antonio Rodríguez y los demás hombres fallecidos en la revuelta, y convocó en cubierta a toda la tripulación para justificar públicamente las muertes. Hablando claro y muy sereno, adujo causas de legítima defensa, acusó a don Lope de querer atentar contra él y los suyos, de asesinar alevosamente al sargento Enríquez por quitarle la esposa y de despilfarrar agua y víveres en retozos y devaneos mientras los demás sufrían penurias y desvelos. Y también disculpó el motín por la incompetencia del adelantado Mendaña, que los estaba conduciendo sin tino ni acierto por mares ignotos.

—De seguir este rumbo, resultaremos en el reino del Gran Kan, si antes no perecemos —dijo—. Hace un mes que cada nueva mañana anuncian señales de tierra. Nos han confundido a colonos y soldados, que con harto dolor dejamos los hogares y arriesgamos la hacienda en pos de fama y riqueza, mas ¿qué hemos cobrado sino ejército de piojos?

Al acabar su parlamento, los suyos lo vitorearon y le pidieron que fuera nuestro general, a lo que rehusó alegando que había hombres mejor facultados, pero volvieron a solicitárselo varias veces hasta que aceptó. Entonces, el alférez Cansino le pidió que fueran ajusticiados incontinentemente el capitán Flores y sus oficiales, y algunos otros se sumaron a la demanda haciendo acopio de rencores y acusaciones sin mucho sentido.

Mondéjar hizo ademán de meditar sobre lo que los hombres le pedían, pero en esto el sacerdote, que no había dicho esta boca es mía, salió a recriminarle las muertes habidas y, con razones muy cristianas, le pidió templanza y caridad, pues ya había ganado la batalla y no era necesario derramar más sangre. Palabras que contrariaron a Mondéjar, que sin duda tenía resuelto acabar con el capitán Flores, pero de momento se avino a los ruegos del sacerdote.

—No tengo intención de mostrar más severidad de la necesaria —dijo con voz potente, y un suspiro de alivio se escapó de algunas gargantas al par que un murmullo de asentimiento recorría las filas—; así que abandonad vuestra preocupación, señor capellán —siguió diciendo—, porque don Bernal Flores será juzgado de acuerdo a derecho, y de todo lo sucedido se dará cumplida información al virrey cuando proceda.

# 11

Francisco Mondéjar era originario de San Esteban de Gormaz, en la tierra de Soria, y había servido en el tercio viejo de Sicilia y participado en la campaña de Túnez y en la guerra de Portugal. Más tarde sirvió en la Nueva España y en el Perú, donde alcanzó a ser regidor de Truxillo, dignidad que aprovechó para engrosar la propia hacienda a fuer de manejos y cabildeos; tantos, que otros caballeros interpusieron causa contra él y fue retirado de la regiduría mientras se resolvía el litigio. Un amigo influyente le aconsejó alejarse mientras se calmaban las aguas, y de esta forma se sumó a la expedición de Mendaña, que en aquellos días buscaba capitanes de probada experiencia.

Persona, como se ve, de mucha agudeza y pocas entrañas, una vez confirmado como general de la expedición tomó de inmediato todas las prevenciones para afianzar su posición: mandó a los prisioneros a la sentina, nos conminó a todos a entregar las armas bajo pena capital, prohibió cualquier reunión de más de tres hombres y repartió dignidades entre quienes mejor se acomodaban a sus intereses. Al alférez Cansino lo ascendió a capitán, al maestre Domínguez lo nombró comandante de la nao, pasando a ocupar su cargo el contra maestre Lucas Mariano, oficio que a su vez le fue traspasado al marinero Figueroa en premio por su acción en el viraje de la nao. Y Félix Carrasco, comerciante y gentilhombre de Santa, quiso para sí la plaza de sargento mayor y convenció a Mondéjar de que se la otorgase esgrimiendo cuatrocientas razones de peso, todas ellas redondas y de plata castellana.

Mondéjar se apropió de la cámara de don Lope, a popa del alcázar, el camarote más amplio de la nao. A un lado estaba el lecho del almirante, al otro costado arrumábanse sus baúles y en el centro había una mesa fijada al suelo. Pero lo más agradable de la estancia, lo que en verdad marcaba la diferencia con cualquiera otra de la nao, era el gran ventanal que tenía al fondo, que la refrescaba y llenaba de luz.

En ella convocó Mondéjar a su estado mayor y les expuso su propósito, que era regresar a las Marquesas, fundar una colonia y enviar emisarios al Perú dando cuenta del hallazgo y ofreciendo al rey un cargamento de perlas y de oro para ganarse su voluntad. Convinieron todos con él, pues era idea que ya venían rumiando entre los conjurados, mas, pese a los conocimientos marineros del maestre y el contra maestre, quiso Mondéjar conocer también la opinión del piloto Valiero, y lo mandó llamar.

El piloto, que había sido tratado sin ninguna cortesía, entró en la cámara con el semblante hosco y la expresión preocupada, mas sin mostrar aversión ni miedo. Le amorataba la frente un tolondro, resultado de algún golpe recibido durante el motín. Disculpose por ello Mondéjar, pidiéndole que comprendiera las circunstancias del momento. Y tras esta cortesía, pasó a exponerle sucintamente su idea. Valiero lo escuchó cabizbajo e inmóvil como una estatua, y sólo cuando el otro hubo terminado alzó la cabeza y preguntó, a su vez, por qué requerían su opinión.

—Señor Valiero —le dijo Mondéjar sin descomponerse por esa actitud quisquillosa—, ahora mi obligación es velar por la suerte de esta nao y, a pesar de lo ocurrido —y aquí hizo una pausa—, vos seguís siendo quien mejor conoce nuestra derrota y posición. Y por tal motivo os consulto.

Valiero no necesitó pensárselo mucho para responderle que el proyecto era insensato.

—Para regresar a las Marquesas habréis de navegar quinientas leguas con vientos contrarios —explicó, empleando una segunda persona que lo dejaba al margen de todo—, lo que, unido al escaso bastimento que queda, convierten la empresa en imposible.

Y, para apuntalar sus argumentos, mencionó la nao San Juan de Letrán, desaparecida con rumbo a la Nueva España, y a don Álvaro de Saavedra, que por tres veces intentó el tornaviaje y perdió la vida en el empeño.

—Andrés de Urdaneta demostró a las claras —concluyó— que para navegar hacia el este la Mar del Sur es preciso buscar latitudes más templadas.

En este punto lo contradijo Domínguez, el nuevo comandante, aduciendo que ni el Perú era la Nueva España ni se pretendía llegar en una sola travesía, sino haciendo escala en las Marquesas y esperando allí los vientos favorables que habría en marzo o en abril.

—Ni en marzo ni en mes alguno, señor Domínguez, pues bien sabe voacé que los alisios soplan siempre en la misma dirección; y, al igual que nos han traído hasta aquí, esos vientos nos impedirán volver.

—Los alisios son cosa del Atlántico —replicó Domínguez—, no de la Mar del Sur. Yo puedo llevar este barco a las Marquesas en cuatro semanas.

—No podréis hacerlo por estas latitudes.

—Podré.

Pero Mondéjar cortó el diálogo entre ambos marinos y no dio a Valiero opción a negarse. Levantándose y señalándolo con el dedo, le habló con esa gravedad suya que escondía la muerte detrás de cada palabra:

—Señor Valiero, de vuestra habilidad y criterio dependerá el buen fin de esta travesía. Tratad con don Alfonso todo lo que hayáis menester, pero llevadnos a las Marquesas.

El piloto no se arredró y respondióle que lo encerrarán o le dieran tormento si querían, pero que él no había de colaborar en la sedición.

—Tiempo habrá para sopesar vuestras palabras —dijo Mondéjar—. De momento quedaréis en libertad. Queraislo o no, seguíis siendo piloto de la Santa Ysabel. Meditad sobre ello.

Por lo demás, Mondéjar ordenó a Lucas Mariano que tasara todas las provisiones para que durasen un mes.

—Vamos muy cortos de agua, general —le respondió aquel—, y quizá no sea momento de andar con racionamientos.

—Haced como os parezca, pero estirad los bastimentos un mes, que para eso os he nombrado maestre; si no os creéis a la altura del cargo, decídmelo y yo sabré cómo reemplazarlos.

No le gustó a Lucas Mariano esa respuesta, pero comprendió que Mondéjar no quería problemas, sino soluciones, y que los medios le eran indiferentes. Siendo así, él sabría muy bien cómo contentarlo.

En cuanto al capitán Flores y los demás prisioneros, no había acuerdo sobre qué hacer con ellos. Mondéjar había pensado que, tras el motín, debía dar a todas sus acciones presencia de legalidad para ganarse a la tripulación y el pasaje, ante quienes había empeñado su palabra cuando los apresaron, y por tanto quería que fueran convenientemente juzgados. Pero Cansino y Domínguez eran partidarios de ajusticiarlos sin demora.

—Mientras Flores esté vivo —decía Cansino—, habrá quien tenga una razón para rebelarse, pero si lo ejecutamos será un escarmiento que nadie olvidará.

—El perro muerto no muerde —sentenció Domínguez.

—No deberían olvidar vuestras mercedes que si queremos volver al Perú y pedir al rey capitulaciones para poblar las islas Marquesas, las cosas han de hacerse de manera fundada.

—Nos hemos amotinado y es necedad querer guardar las apariencias, general —insistía con calor Cansino—. No habrá puerto en estos reinos que nos permita la entrada ni alguacil que no nos

persiga.

—Mi señor capitán —le respondió Mondéjar—, las cosas no suceden sino por la voluntad de los hombres. No será la primera ocasión que se tuerza la autoridad de quienes nos gobiernan para fortuna de los conquistadores. Ahí tenéis a don Hernando Cortés, que desobedeció al gobernador Velázquez, quemó todos sus barcos, apresó y mató a oficiales del rey y aún obtuvo mercedes y nombramientos. Todo y cuando viajen a Castilla arcas colmadas de riquezas, los problemas lo son menos.

El alférez Cansino no quiso debatir más con Mondéjar: sabía que con pláticas y razonamientos no podría convencerlo.

—Haced lo que mejor os parezca, que para eso os hemos nombrado nuestro general.

—Pues no se hable más, señores. Los prisioneros serán juzgados por sus desafueros, y de conformidad a ello, condenados. Ea, vaya cada cual a sus menesteres, que es grande la tarea que aún nos espera.

Diligente, Mondéjar dio a conocer a todos el nuevo destino de la expedición. También hizo saber del juicio que se seguiría contra Bernal Flores, al que acusó de intentar asesinarlo, de abusos en el ejercicio de su autoridad y de otras varias infamias. Para ello, se abrió una información y se requirió a quien tuviere alguna queja contra el inculpado que la diera a conocer ante el escribano, para que tomase puntual nota. No obstante, pocas quejas se presentaron.

Durante el proceso, a ninguno de los prisioneros se le dio ocasión de defenderse. Y dos días después acordaron los amotinados condenar al capitán Flores y a los alféreces Pedro de Ocampo e Yñigo Fuentes a pena de vida. A los demás les impusieron un mes de trabajos forzados previo juramento de lealtad al general, al que todos se sometieron salvo el cabo Diego Jara, no sé si por lealtad o por fanfarronería. De modo que los cuatro permanecieron encerrados en la sentina, a la espera de una ejecución cuya fecha Mondéjar, de momento, no fijó. Sabía que su posición y su misma vida dependían en gran medida de la adhesión de los suyos y la conformidad de la tropa, y se dio buena maña en tratar a la gente con una mezcla de condescendencia y severidad. A quienes se ganó primero fue a los soldados de fortuna y a la chusma que el virrey había liberado de las cárceles, aunque está mal que yo lo diga, siendo uno de los beneficiados de tal medida.

Algunos de estos soldados, amparados por Cansino, no tardaron en cometer desmanes con el pasaje: echaron de sus cabinas a varias familias, despojándolas de sus efectos, y molestaron e importunaron a quienes les plugo. Como es natural, la gente murmuraba y se lamentaba del estado de las cosas, y los más resueltos llevaron las protestas directamente al general, que los atendía con palabras complacientes, pero no ponía mayor remedio. Y no por falta de arrestos, que los tenía, y muchos, sino porque no quería apretar a los suyos mientras su autoridad no estuviera firmemente asentada.

El propio Mondéjar, a pesar de presentarse ante todos como un hombre sensato y apegado a la ley, tenía pendientes algunos agravios que pensaba cobrarse. Así, no se había olvidado de Abel Hinojosa, por cuya delación fue ejecutado Esteban Camacho, su protegido, y aunque aquel ya había sido castigado con el látigo, Mondéjar mandó aplicarle de nuevo la pena, ponerle grilletes y encerrarlo junto a los demás prisioneros en la sentina.

Tampoco el alférez Cansino había olvidado pasadas inquietudes y, al día siguiente del motín, volvía a cortejar a Juana Alonso con ánimos redoblados. Primero se mostró cortés y atento, ofreciéndole su protección personal y un nuevo acomodo a bordo, toda vez que la echaron del camarote que habitara

con su marido.

—Tengo una cabina en el alcázar, mi señora —le dijo—, y será un honor ponerla a vuestra disposición. Decid una palabra y mandaré trasladar vuestro baúl de inmediato.

Pero ella no estaba tan mal como para aceptar aquel ofrecimiento, y el pago que implicaba, así que le contestó agriamente:

—Dejad, señor Cansino, dejad, que mi bienestar es cosa mía.

—No os hagáis la remilgada, mi señora, ¿no erais acaso mujer de partido en el Perú?

—¿Queréis que os cobre, señor Cansino?

—Ah, Juana, muy altiva os veo para estar como estáis, con la vida de vuestro esposo en la picota; pero mi ofrecimiento lo he hecho de buena fe, y de buena fe lo mantengo. No dudéis en acudir a mí para lo que necesitéis.

Y aunque sus palabras fueran amables, contenían un fondo tan siniestro que la mujer sintió vértigo y muy luego se marchó de su lado.

Pero Cansino era hombre tozudo, y veíase ahora respaldado por toda la fuerza de la situación. Corriendo el tiempo a su favor, entendía que Juana Alonso era una fruta que, cuando estuviese madura, caería por su propio peso, y no temía que nadie se la disputase ahora porque, ¿quién se atrevería?; así que todo lo que tenía que hacer era mantener el acoso constante. Y eran de ver su obsequiosidad y sonrisas, el esmero con que se acicalaba, retorciendo las guías de su mostacho frente al azogue hasta dejarlas tan agudas como pitones.

Por su parte, ella levantaba escasas simpatías a bordo. Algunos mostrábanle animosidad porque daban pábulo a las hablillas sobre su pasado; y otros, o más bien otras, porque le envidiaban el matrimonio con el capitán y los privilegios que por ello había disfrutado. Por eso sus dificultades no apenaban a nadie. Al contrario, lenguas había que, al verla junto a Cansino, ya molían nueva harina.

En todo caso, a mí siempre me había tratado con amabilidad, y no me recataba de platicar con ella cuando nuestros pasos se cruzaban, pese a las miradas de Cansino.

—Se os ve poco por cubierta, señora —le dije en cierta ocasión.

—No es de mi agrado el panorama que se ofrece por aquí —me respondió, haciendo un gesto vago que podía referirse a la cubierta, a toda la nao o a lo que alcanzaba a verse hasta el horizonte.

—¿Dónde os alojáis ahora?

—Abajo, en el entrepuente, con la familia de Gaspar Pinto y Josefa Mendieta.

—¿Y cómo veis las cosas?

Ella hizo por arreglarse el peinado, demorando la respuesta. Llevaba los negros cabellos alborotados, recogidos apenas por una diadema.

—Las cosas son como son, señor Torres —dijo al fin con tono sereno—, a veces mejores, a veces peores. Hay que apostar con la mano que se tiene.

—Pues si necesitáis ayuda, no os olvidéis de mí.

Alzó la mujer el rostro, me miró con unos ojos enrojecidos de haber llorado, diome las gracias con trémula voz y se marchó. Yo permanecí allí unos momentos más, preguntándome hasta qué punto amaba a su marido. ¿Su aflicción era verdadera o sólo lágrimas de cocodrilo? ¿En verdad le preocupaba la suerte del capitán Flores o su futuro la inquietaba más? Y, siendo así, ¿acabaría cediendo a las pretensiones del alférez Cansino? Pero en vano me inquietaba, pues Juana Alonso era mujer de recursos, que sabía cuidarse sin la ayuda de nadie.

Sin duda se había percatado de las miradas de admiración que Mondéjar desde hace tiempo le venía dedicando, aunque fuesen disimuladas, pues para eso algunas mujeres tienen un sexto sentido. No le había dado mayor importancia al asunto, ya que no eran pocos los hombres que en secreto o

abiertamente la codiciaban, y no volvió a acordarse de él hasta los días del motín y de la sentencia capital contra su esposo. Ya entonces debió de despuntar en su cabeza una idea difusa e inconcreta, pero cuando Cansino volvió a la carga y, sobre todo, cuando oyó sus inquietantes insinuaciones, la idea germinó y tomó forma y, sin mayor tardanza, decidió visitar al general en su cámara.

Así, aquella misma noche, Juana Alonso atravesó la cubierta guiándose por la claridad que alumbraba la bitácora.

—¿Dónde vais, doña Juana? —le preguntó Rafaelillo, un paje indio muy bullicioso.

—Quiero ver al general. ¿Está en su cabina?

La cara de Rafaelillo se iluminó con un brillo pícaro.

—Sí, señora —respondió—, volvió hace un rato de hacer su ronda.

Pero al acercarse a la cámara, el soldado que allí hacía guardia armada le cortó el paso, y ella repitió su demanda. El hombre penetró en la cabina y unos instantes después le franqueó la entrada. Mondéjar se desperezaba.

—¿A qué esta visita tan de incógnito, mi señora?

—Algunas cosas es mejor que se traten en privado.

El general se levantó del lecho y se sentó junto a la mesa. Su rostro, a la luz de un candil, parecía severo, mas su voz era amable.

—Vos diréis.

La mujer se había acicalado para la ocasión, sacándole provecho a su atractivo pero sin resultar llamativa.

—Os conozco desde hace tiempo, Francisco —comenzó ella—, ¿puedo llamaros así?, y más os conoce mi esposo, que con frecuencia me ha hablado de vos. No voy a mentiros diciéndoos que todo lo que me contaba era bueno, mas siempre os tuvo por hombre de palabra y por persona práctica, y por eso he venido a veros.

Hizo un alto y lo miró, aguardando su reacción, pero Mondéjar apenas pestañeó.

—Proseguid —dijo, esperando que la mujer fuese al meollo de la cuestión.

—Tampoco voy a deciros que apruebe la sedición. Habría preferido que fuera don Lope quien estuviera ahora sentado en vuestro lugar; pero yo también soy práctica y no me lamentaré. Vuestras razones tendréis, como cualquiera.

—En efecto, mis razones he tenido, y bastante poderosas, pero imagino que no querréis escucharlas ahora.

—Ahora no, decís bien, quizá más adelante. Tampoco voy a haceros creer que... venere el suelo que pisa mi marido.

—Sería terrible si así fuera.

—¿Por qué lo decís?

—Vuestro esposo está arrestado por traición, mi señora, no podéis ignorarlo.

El general había dicho aquellas palabras con el semblante muy serio, pero Juana Alonso sabía de su dominio de sí mismo y creyó advertir una burla solapada.

—Veréis, Francisco, estoy tratando de ser sincera y os pediría que vos también lo fueseis. Una cosa es lo que digáis a la tripulación para justificaros y otra lo que me digáis a mí, ¿no creéis? —Y lo perforó con los ojos.

Mondéjar le aguantó la mirada, pero se mantuvo en silencio y afirmó levemente con la cabeza.

—Bien —dijo Juana Alonso—, como os decía, no amo a mi esposo, pero le tengo aprecio y no le deseo ningún mal.

—¿Y qué tengo que ver yo con los líos de vuestro corazón, doña Juana?, si es que me permitís la

pregunta —dijo Mondéjar con una gravedad quizá fingida.

—Ahora volveré sobre ello. Antes me gustaría que entendieseis que vos y yo tenemos algunos intereses en común. En la nao, hay gente que me cree culpable de varios pecados y no se le cae mi nombre de la boca, lo cual poco me importa, pero también hay quien me toma por una mujer fácil y está dispuesto a aprovecharse de mi indefensión.

—¿Os referís al capitán Cansino?

—Precisamente.

—Sois una mujer hermosa y vuestro marido está condenado; justo es que ponga sus ojos en vos.

—Os agradezco el cumplido, aunque sea envenenado, pero no soy una mujer libre, general, porque el capitán sigue vivo. Y en cuanto a los ojos del alférez Cansino, yo diría que son muy peligrosos.

—Os confieso que me he perdido.

—Cansino me ha estado cortejando desde que salimos del Perú, pese a estar casada, y ha sido la presencia de mi esposo la que ha evitado que cometa una indignidad; pero en cuanto lo habéis arrestado ha vuelto a su acoso con redoblado atrevimiento. El alférez es un hombre que me repugna.

—Sigo sin comprender. Podéis rechazarlo de nuevo.

—Ese es el problema, general, que él tiene ahora mucho poder y rechazarlo significa ponerme a merced de su despecho, y también poner en peligro a mi esposo.

—¿A qué peligro os referís, doña Juana? Bernal Flores está condenado a pena de vida.

—Una pena que no se ha ejecutado aún. No, por favor —y extendió la mano con la palma hacia él—, vais a decirme que es cuestión de tiempo: ya lo sé. Pero en ello confío. Cuando lo apresasteis lo di por perdido, y cuando Cansino asesinó al sargento Rodríguez sin que le temblase el pulso no me cupo duda de que Bernal sería el próximo. Pero al ordenar vos que fueran juzgados recobré la esperanza. Mi marido siempre me decía que no dais un paso sin tener un motivo. Bien, no se me alcanza el que podáis tener ahora, pero el caso es que no lo habéis ejecutado aún, y eso me ha dado ánimos para venir a suplicaros por su vida.

Juana terminó su parlamento acalorada y palpitante, pues había descubierto su mano y en unos instantes conocería la réplica. El general la observó con más atención de la que nunca antes le había dedicado. Se percató de la color arrebolada de su rostro, que la hacía aún más hermosa, de la regia elegancia de su perfil, de la respiración anhelante y del temblor de unos senos que el corpiño alzaba; pero también de su expresión decidida y del desafío que había en su mirada, y se preguntó hasta dónde estaría dispuesta a llegar.

—La vida de ese hombre no depende sólo de mí.

A Juana Alonso, que había temido encontrarse con un no rotundo, la evasiva le produjo un gran alivio, alivio que intentó ocultar. Mondéjar había movido ficha y ahora le tocaba a ella.

—Pero vuestra opinión es decisiva, Francisco. Lo que vos digáis tendrá valor de ley.

—Señora, voy a seros sincero.

—Os lo ruego.

—Conozco al capitán Flores desde hace tiempo. No hemos sido los mejores amigos, pero tampoco lo contrario, y no deseo su muerte, salvo en cuanto su vida amenaza la mía. Si le evitase la pena capital... —e hizo un alto mientras ella atendía anhelante a sus palabras—, se convertiría en una amenaza para mí. ¿Por qué habría de hacerlo entonces?

—No desestiméis el poder de la clemencia, que ya os procuró algunas voluntades cuando decidisteis juzgarlos. Podéis ganaros muchas más perdonándole la vida.

—O puedo perder la mía. Hacer lo que me pedís la pone en riesgo.

Mondéjar dejó la última palabra en suspenso; en realidad, la frase entera había sido dicha más como

un pensamiento que como una respuesta.

—Los riesgos merecen recompensas —dijo ella, aventurando su última baza.

De lo que respondiera Mondéjar dependería la vida del capitán Flores. Juana Alonso vio cómo el hombre la miraba sin ver, concentrado en sopesar el nuevo escenario que le planteaban.

—En realidad, para eso he venido —continuó ella.

—¿Estáis ofreciéndome vuestra compañía?

—Exactamente.

Mondéjar se levantó y paseó por la cámara con agilidad de felino. Sus pies descalzos pisaban el suelo sin hacer ruido y su movimiento removió por el ámbito el aroma con que habíase perfumado la mujer. Por fin se detuvo frente a ella, apenas a un palmo de su rostro.

—¿Y por qué creéis que había de estar interesado? —le preguntó.

—Porque os veo solo y desatendido.

—Hay mujeres de sobra en la nao para cuidar de mí.

—Yo podría hacerlo mejor.

—Por un precio...

—Esa es una palabra muy desagradable, Francisco. Prefiero llamarlo un resarcimiento por respetar la vida de Bernal.

—Podría teneros si quisiera, sin ninguna contrapartida.

—Sí, pero vos no sois Cansino, general. Además, ¿por qué tomar por la fuerza lo que de buen grado se puede tener?

El general se mesó las barbas con calma, después extendió sus manos, tomó la cabeza de ella y la atrajo hacia sí, besando su boca con largueza. La mujer, cogida por sorpresa, al pronto mantuvo la suya envarada y quieta, mas, venciendo el desagrado que aquellos labios le producían, finalmente correspondió el beso, y con sus brazos rodeó el torso del hombre.

Mondéjar rompió el abrazo y volvió a sentarse junto a la mesa. Le placía el trato propuesto, aunque modificando las condiciones.

—No puedo levantarle la pena al capitán Flores sin buscarme problemas con algunos de mis hombres —le dijo—. Ni quiero que cuelgue sobre mi cabeza como una espada de Damocles. Lo que haré será esperar a que lleguemos a las Marquesas y buscar una isla donde abandonarlo a su suerte.

—¿Y a los otros presos, Pedro de Ocampo, Diego Jara e Yñigo Fuentes?

—Lo mismo.

—¿Tengo vuestra palabra?

—La tenéis. Y es la última, tomadla o dejadla.

Y Juana la tomó, pues al menos había ganado tiempo para pensar en algo mejor. También Mondéjar quedó conforme con el acuerdo, porque sabía que, de ser preciso, había muchas formas de eliminar a los cautivos.

## 12

Los muertos durante el motín habían sido siete, y varios los heridos. Juan Rodríguez Caridad tuvo mucho trabajo en la enfermería y, aunque no escatimaba esfuerzos en el servicio de los enfermos, era hombre ya viejo y sus fuerzas no siempre respondían a los deseos de su corazón, por lo que necesitaba un ayudante, al menos durante unos días. A cuenta de ello, el alférez Cansino, que aún me guardaba cierta inquina, me abordó una tarde mientras jugaba una partida de veintiuno con mis camaradas.

—¿No estudiabais vos para matasanos, señor Torres? —me preguntó a gritos, llamando la atención de medio navío.

—Cierto es, señor capitán, pero también lo es que me largaron por mi torpeza —respondí con cautela.

El cabo Vicente, que también estaba en el corrillo, al oír la pregunta vio una ocasión para embromarme y exageró los estudios de los que alguna vez yo le había hablado:

—No hagáis caso, señor Cansino, que este zagal es muy humilde para reconocer sus méritos. Pero ha pasado años ayudando a insignes cirujanos en los hospitales de todo el virreinato.

—Sabe cómo tratar a los enfermos, os lo aseguro —añadió por su cuenta Felipe Pisano, que había perdido todo su dinero y se aburría mirando la partida.

—Pues id abajo entonces —declaró Cansino—, y ayudad al barbero en lo que podáis.

La orden del alférez, ahora capitán, me molestó sobremedida, no sólo porque venía a interrumpir mi diversión, sino porque ese oficio podía realizarlo un grumete o una mujer, y estarían contentos con ello; mas para un soldado resultaba poco honorable. Pero ya había podido comprobar que Cansino no era hombre al que se pudiera contrariar sin más y, mal que me pesara, solté los naipes y encaminé mis pasos abajo para convertirme en ayudante de barbero. Y de aquella forma tan imprevista, la incansable tejedora de destinos trenzó en mi telaraña un hilo primordial que habría de devolverme, sin yo quererlo, a la práctica de la medicina. Y aunque fue contra mi voluntad, hice de tripas corazón y con la mejor solicitud que hallé en mi espíritu me puse al servicio del barbero.

Caridad había despachado ya a los heridos más leves y en la enfermería, que estaba en el entrepuente, quedaban cuatro soldados y una niña que había sido alcanzada por una bala. Teníalos acostados en unos colchones estrechos y les aplicaba ventosas, sangrías y unos unguentos que él mismo preparaba. En el almuerzo y en la cena les procuraba ración especial. No obstante sus cuidados y desvelos, el lugar no era el más apropiado para sanar enfermos: cerrado, oscuro, sucio e impregnado de los vahos de los animales y de la sentina.

Este barbero era un hombre venerable al que antes cabía imaginar entre los muros de un convento que en un navío de Su Majestad. Delgado y de pocas carnes, sorprendía la fuerza de sus brazos y la energía de sus movimientos. Tenía el pellejo grueso y arrugado, una barba larga, blanca y rala le ocultaba las mejillas y vestía con un sayo marrón a la usanza de algunos ermitaños, amarrado a la cintura con una simple cuerda. Había servido en numerosos navíos a lo largo de su vida y estaba ducho en el servicio a los enfermos, aunque no tuviera más conocimientos de la ciencia médica que los extraídos de su experiencia. Muchas veces he creído que sanaba a los enfermos más por la fuerza de su voluntad y el amor con que los trataba que por las medicinas empleadas.

Dos de los heridos estaban desahuciados: uno con un balazo en el pecho y el otro con un pinchazo en la barriga, y ambos murieron en el término de dos días.

A la niña, que se llamaba Frasquita, la bala habíale roto el antebrazo y Caridad se lo había entablillado para que los huesos soldaran; pero la muchacha estaba ardiendo por la fiebre, deliraba y el brazo fue oscureciéndose hasta parecer una morcilla. Al sangrarlo, la herida destilaba un fluido rojo oscuro emponzoñado de humores. Caridad y yo nos relevábamos para ponerle paños fríos y hacerle tragar una sopa de gallina con polvos de coral que el cocinero había preparado especialmente para ella.

Frasquita viajaba con sus padres y tres hermanos, y eran del Bierzo, compaisanos de don Álvaro de Mendaña. Tenía el pelo de color castaño, ahora apelmazado y lacio por el sudor, los ojos amoratados y muy escondidos en las cuencas, y una palidez casi transparente en la cara. Algunas veces, a primera hora de la mañana, desaparecía el delirio y hablaba con cierta cordura.

Su madre, Josefa Mendieta, bajaba a ratos para lavarle el cuerpo y procurarle consuelo, pero el cuidado de sus hijos pequeños le quitaba casi todo el tiempo. Al llegar a las Indias se habían establecido en Cajamarca para trabajar en las minas, pero les había ido mal, y se hallaban tan acosados por los acreedores que, cuando supieron de la expedición de Mendaña, vieron el cielo abierto.

Otro de los pacientes de la enfermería era Manuel de Badajoz, que había salido a defender al capitán Flores y fue de los primeros en caer herido. Mas en el alboroto nadie supo con quién había luchado, y cuando a la mañana lo hallaron medio desangrado lo bajaron a la enfermería. Y aunque sus heridas se le estaban cerrando bien, una de ellas presentaba un aspecto muy feo y tenía con fiebres y muchos dolores.

Pese a su devoción para con los enfermos, Caridad era hombre poco hablador, de los que entienden que obras son amores, aunque a veces, a cuenta de cualquier suceso cotidiano, me largaba algunos parlamentos harto singulares, producto de su observación y experiencia, en los que mezclábanse ciencia, filosofía y un algo de herejía.

—¿Sabes que todas las criaturas del orbe estamos hechas de una sola y revuelta esencia, Juanillo? —díjome un día, a propósito del caldo con que nutría a los enfermos.

Yo, sin comprender adónde quería llegar, nada respondí.

—Estas asaduras que nadan en la sopa —prosiguió al cabo de un rato— se incorporarán a nuestra carne, volviéndose inseparables con ella. ¿Quién podría decir entonces: ea, señor, esta mano es mía y esotra es de la sopa, o este brazo que sostiene la espada ha sido hecho de garbanzos?

Yo cabeceaba y me miraba las manos, sopesando el asunto.

—Y es aún más de ver en el ganado —continuaba el barbero—, pues que sólo de hierbas forman su carne. Y a su vez la más pequeña y simple de las plantas crece en la tierra, transformando la dura piedra en verdor. ¿No te parece que en todo ello ha de haber una sola esencia divina, aunque la observemos diversa? Y cuando una persona fallece, ¿no devuelve a la naturaleza la materia que tomó prestada, cerrando así el círculo?

Y callaba de repente, dando por finalizado el asunto y dejándome pensativo. No sé de dónde sacaría el buen hombre esas ideas, pero me parecen producto de una inteligencia aguda y analítica.

En cuanto a mí, al poco de estar ayudándolo, pareció como si los conocimientos que había adquirido en la universidad, relegados al olvido durante mucho tiempo, quisieran aflorar a la superficie y empecé a recordar cosas que ni era consciente de haber aprendido. Así, y viendo que Frasquita se nos moría, me atreví a hacerle una sugerencia al barbero, a pesar del respeto que me inspiraba.

—Maese Caridad —le dije—, a esta muchacha se le está cangrenando la herida y si no hacemos algo pronto la vamos a perder.

—Ya lo veo, hijo, pero su salvación está en manos del Altísimo y, si él quiere llamarla a su vera,

nada podemos hacer.

—Pero será también su voluntad que hagamos lo posible por curarla, ¿no os parece?

Caridad, que me había respondido distraídamente mientras se afanaba en el almirez, detúvose y se giró hacia mí, con el macillo en el aire:

—Di lo que tengas en la cabeza, que yo te daré mi opinión sincera.

—Cuando mi padre me envió a estudiar medicina en la Ciudad de los Reyes era yo un jovencuelo alocado y sin cabeza. No me interesaban los estudios ni me aprovecharon maldita la cosa, mas a pesar de mi indolencia algunos conocimientos se me quedaron en la sesera, y recuerdo que el único remedio para un miembro invadido por la cangrena es cercenarlo.

—Eso ya lo sé, hijo, mas me temo que el remedio causará a Frasquita un dolor innecesario.

—Pero no tenemos otra salida si queremos salvar su vida.

El hombre volvió a su paciente tarea, pareciéndome que se había olvidado del motivo de nuestra charla.

—Juanillo, yo sólo soy un modesto barbero —dijo al cabo de un rato—, con escasos medios más allá de la fe y la caridad. Si crees que sabrás amputar ese brazo, hazlo, que yo te ayudaré en lo que pueda.

Hablamos con los padres de la niña para que supieran de nuestras intenciones y, aunque él mostrose remiso, lamentándose de que una mujer mutilada jamás encontraría marido, su esposa no dudó en respaldarnos.

—Manca o coja, señor Torres, pero salvadla, que mientras yo viva no le faltará quien la cuide.

Mas una vez tomada la decisión, empecé a perder la confianza que me había poseído y a vislumbrar dificultades en las que no había reparado: qué sierra emplear, cómo evitar la hemorragia, suturar la piel, evitarle el dolor y otras cuestiones que se amontonaban en mi cabeza. Y pensé si no tendría razón Caridad al opinar que le causaríamos un sufrimiento tan terrible como estéril, y el remordimiento no me dejaba tranquilo. «La vanidad te ha podido —me decía—, te has creído mejor que este viejo devoto y bondadoso, pero no eres más que un aprendiz». Aunque nada dije y me esforcé por mostrarme confiado y optimista, Caridad, que se percató de mis tribulaciones, se ausentó un rato de la enfermería y volvió con una caja que depositó en mis manos.

—¿Qué es esto, señor barbero?

—Un cofre de cirujano. Me lo entregó Marcos Agras en el puerto de Cherrepe, cuando cambiamos de navío. Era de un galeno que estaba al servicio personal del clérigo de Valencia, pero en el alboroto de la descarga debió extraviarlo, y Agras lo encontró y me lo trajo.

El cofre era de madera bellamente labrada y bien barnizada, de un codo de largo poco más o menos, y aparte de un estuche de piel con diversas herramientas quirúrgicas, contenía numerosos pomos con específicos varios y un libro de medicina, en cuya portada rezaba *Suma y recopilación de cirugía*, escrito por Alonso López de Hinojosos. Lo hojeé con admirada curiosidad. Estaba dividido en siete tratados, uno de los cuales versaba sobre heridas frescas, fracturas y dislocaciones. Allí mismo me puse a estudiar la *Suma* hasta que se desvaneció la luz del día y hube de trasladarme a la tolda para continuar bajo el fanal de la ampolleta. El timonel y los pajes me observaban con sorpresa mientras yo absorbía conocimientos y tomaba notas con una avidez que nunca antes había sentido. Al fin, vencíome el cansancio y el alba me halló tumbado en una esquina de la tolda, encogido y con la cabeza apoyada sobre el libro.

Dediqué la mañana a disponer la faena, que llevaría a cabo sobre cubierta, a plena luz. De entre los varios escalpelos que había en el estuche de piel, elegí el más liviano y, para cortar el hueso, una sierra pequeña y de recios dientes. El narcótico lo preparé mezclando vitriolo y alcohol, que, según había

leído en la *Suma*, desprende unos vapores etéreos que conducen al sueño profundo. Aunque el alcohol hube de sustituirlo por aguardiente, era este tan fuerte que la permuta apenas se notaría.

Ante la mirada de los curiosos tumbamos a Frasquita en una mesa cubierta con una frazada. La pobre muchacha, en su delirio, apenas se daba cuenta de qué pasaba. La madre le sujetaba la cabeza y hablábale con palabras amorosas mientras Caridad me ayudaba a dormirla. Pese a mis temores, los vapores hicieron efecto muy deprisa y la niña cayó en un sopor tan profundo que dejó de moverse y casi de respirar. Al retirar el vendaje y el entablillado, vimos un brazo negruzco y lleno de ampollas que destilaban un líquido apestoso. Colocamos el torniquete en la parte superior, que aparecía aún sana. Por si me hicieran falta, tenía preparados unos hierros al rojo vivo en el fogón. Del estuche de cirujano había sacado también unas pinzas para detener la hemorragia y aguja e hilo para suturar.

Sin embargo, aunque sea el hombre quien propone, es Dios quien dispone, o la fortuna o, como en mi caso, la inexperiencia, pues una cosa es representarse la tarea en la mente y otra muy distinta ejecutarla, sajar sin pericia, buscar las arterias entre las fibras de la carne desgarrada, aserrar el hueso mientras la sangre lo pringa todo, haciendo indistinguibles mis propias manos del brazo intervenido e incluso de la herramienta. Ni supe cortar con limpieza, ni aminorar la sangría, ni dejar un pingajo de piel con el que cubrir el corte y ayudarlo a cicatrizar. Y para evitar una desgracia mayor aún hube de cauterizar la herida con el hierro candente que dejó, como resultado, un muñón grotesco.

Cuando por fin concluí la tarea, más parecíamos un matarife y una res sacrificada que un cirujano y su paciente. Gracias a Dios, los vapores mantuvieron inconsciente a Frasquita durante la operación, y aún continuaba en ese estado cuando la devolvimos a la enfermería.

Tanto fue así que dos horas después la muchacha no despertaba. Tenía la piel cerúlea y la quietud de un cadáver. Yo no me movía de junto a su lecho, le daba cachetes en las mejillas, le humedecía el rostro y comprobaba su respiración y sus latidos.

—Hijo, déjala que repose, pues es mucha la sangre que ha perdido —me decía el barbero—. Que sea lo que Dios quiera.

—¿Cómo puedo encomendarla ahora a Dios, después de que mi soberbia la haya puesto en este trance? Jamás volveré a jugar a ser cirujano. —Y según lo dije, cogí el pomo de vitriolo, subí a cubierta y lo lancé por la borda.

En vista de mi agitación, Caridad me sustituyó en la tarea. Con gran devoción y paciencia mojaba el paño en el balde y lo pasaba por la frente de la muchacha, le refrescaba el rostro todo, el cuello y el brazo sano hasta que, un buen rato después, Frasquita movió los labios y lanzó un suave suspiro que me devolvió el sosiego.

Cuando el bachiller Herrera supo del apremio que le había hecho Mondéjar al piloto para llevar la nao a las Marquesas y de la negativa de Valiero a colaborar, procuró persuadirlo de lo contrario, haciéndole ver que las vidas de quienes viajábamos a bordo eran más importantes que su dignidad o su lealtad, y que le correspondía hacer lo posible por que la Santa Ysabel llegase a buen puerto.

A regañadientes, Valiero aceptó sus razones y se puso al servicio de Alonso Domínguez, quien, por la suspicacia que le tenía, nunca requería su criterio y rechazaba sus cálculos y consejos con necia obcecación. Pronto se vio, no obstante, lo acertado que había estado el piloto en sus opiniones, pues navegar contra el viento era muy distinto que traerlo de popa, como hasta entonces había sucedido. La Santa Ysabel aparejaba velas cuadras, buenas para los vientos favorables, pero malas para ceñir. Orzábamos una y otra vez con gran labor de vergas y aparejos, pero en toda una semana apenas si habíamos avanzado treinta leguas. Domínguez y Valiero se relevaban sobre cubierta dirigiendo las

continuas viradas, los marineros se agotaban sobre la jarcia y todo parecía tiempo perdido, porque el viaje se alargaba y no se le veía final.

Preocupaban además las cuentas sobre las provisiones. Llevábamos cinco semanas sin avistar una tierra donde avituallarnos y el agua mermaba en las pipas, tanto que el maestre Lucas Mariano hubo de reducir la ración diaria a un cuartillo por persona, cantidad miserable incluso para quien está hecho a sufrir penalidades, y aún esta poca agua era rancia y verdosa, que había que taparse la nariz para beberla.

Incrementaban nuestra sed la vianda, que era muy salada, y el tórrido calor que nos azotaba, pero sobre todo la propia conciencia del racionamiento. Algunos, así recibían su cuota, la bebían de un trago y pasaban el resto de la jornada con la lengua fuera; otros la partían entre los tres tiempos de comida; y, otros, en fin, la iban tomando a pequeños sorbos.

En cuanto a las provisiones de boca, muchas estaban en mal estado, llenas de gusanos o gorgojos. Por tal causa, Mondéjar dispuso decomisar todas las reservas personales que hubieran traído los pasajeros, sin hacer excepción ninguna, para indignación de algunos richombres y alivio de los demás. Prometioles a aquellos futuras compensaciones, aunque no explicó cuáles ni cuándo.

El general se estaba revelando como persona de gran diligencia y entendimiento para organizar las cuestiones a bordo, y gracias a él se evitaron males mayores. Ordenó matar cada dos días un animal y repartir la carne entre todos, y también que el rancho lo preparasen unos cocineros elegidos a tal fin, y que sólo ellos pudieran usar el fogón.

En cuanto a las labores de la navegación, Mondéjar obligaba a los soldados a arrimar el hombro cuando era necesario, algo que insignes almirantes de la Carrera de Indias no habían conseguido, pues el soldado es orgulloso y tiene a deshonra echar mano a la jarcia.

—¿No vamos todos en el mismo barco? —nos arengaba el general—. ¿Tan necios hemos de ser que, habiendo peligro de vida, no arrimemos el hombro?

En otros asuntos, sin embargo, mostrábase injusto, como los desmanes que consintió a sus oficiales y soldados con los pasajeros. Sólo sus protegidos eran intocables, y el más importante de ellos era el tratante Félix Carrasco, nombrado sargento mayor por el peso de su bolsa. Este Carrasco llevaba consigo una fortuna en doblones y barras de oro y plata, con idea de acuñar moneda en la colonia que hubiera de fundarse, y en él fiaba Mondéjar para forjar juntos una sociedad mercantil y para que, en su momento, llevase embajada al rey e intermediase en la corte.

## 13

Antonio Cansino se había hecho cargo de la vigilancia de los presos y cada día delegaba el cometido en una escuadra distinta. Cuando le tocó el turno al cabo Vicente, mi amigo vino a verme y, con cara de mucha preocupación, me dijo que el alférez Yñigo Fuentes se encontraba gravemente quebrantado a causa de las heridas que recibió durante la refriega.

—Lleva la muerte escrita en el rostro, pero a Cansino le da igual —prosiguió—. Él los habría degollado ya si no fuera por el general, que, por alguna razón, los mantiene vivos.

—Entonces deberíamos interceder ante Mondéjar —propuse.

—¿Crees que el general no sabe lo que ocurre en la bodega?

—Una de dos, señor Vicente: o los quiere vivos, o muertos, pero ambas cosas a la vez no puede ser.

—Con Mondéjar todo es posible, zagal, pero si crees que servirá de algo, háblale tú.

Y eso hice. No es que tuviera simpatía por ninguno de los que estaban encerrados en la sentina, sobre todo por el alférez Ocampo, pero me indignaba la infamia que se estaba cometiendo con ellos. Así que subí al alcázar, atravesé el pasillo que conducía a la cámara de Mondéjar, que estaba oscuro y silencioso, y llamé a su puerta. Oí unos pasos quedos al otro lado, abrióse la puerta y me encontré frente a Juana Alonso.

—¿Qué se os ofrece, señor Torres? —me preguntó con afabilidad, manteniendo la puerta entreabierta.

—Disculpad que os moleste —le dije, un tanto azorado—, venía buscando al general.

—¿Y se puede saber para qué?

Si el cortejo de Cansino había sido comentado y repasado en todos los rincones de la nao, el público amancebamiento con Mondéjar lo fue mucho más. «Pecatriz», «perdularia» o «beneficiada» eran algunos de los epítetos que le dedicaban a bordo, y esta mudanza de sus favores había echado por tierra el poco crédito que tenía. Dijeron que era ambiciosa y sin escrúpulos y que se vendía al mejor postor.

—Vean a la tal Juana —decía alguna—: está el capitán en capilla y ya caliente otro lecho.

—Y no le vale cualquiera a doña Zorra: sólo los señores oficiales la complacen.

Yo no sabía qué pensar de sus acciones, desconociendo lo que después supe, pero veía en ella una llaneza espontánea que me hacía dudar de los pecados que le achacaban. Así que me dejé guiar por el instinto y le dije lo que me había llevado hasta aquella puerta.

—Mucho lo lamento, amigo Torres, más de lo que imagináis —me respondió—, pero nada habrías logrado diciéndoselo a él.

—Puede, pero he de intentarlo.

—No lo hagáis —me dijo, en un susurro apremiante.

—Señora...

Viendo mi perplejidad, Juana Alonso se explicó mejor:

—Dejad que sea yo quien hable con él, porque tal vez a mí me haga caso y pueda conseguir que autorice vuestra asistencia a esos hombres.

Había una extraña vehemencia en sus ojos y una afabilidad que me hizo confiar en sus palabras. Entendiendo finalizada la entrevista, hice ademán de retirarme cuando ella posó su mano en mi hombro.

—Agradezco vuestra confianza al revelarme el asunto —dijo—. Vaya, marchaos, y que Mondéjar

no os vea por aquí.

Unas horas después, el cabo Vicente vino a buscarme al entrepuente.

—¿Cómo has obrado el prodigio, zagal? —me espetó.

—¿A qué prodigio os referís, señor cabo?

—Mondéjar ha autorizado que bajéis a curar las heridas del alférez Yñigo Fuentes.

—No ha sido cosa mía, sino de Juana Alonso. Ella ha hablado con Mondéjar.

Mi amigo se rascó la barba, me miró de reojo y echó a andar hacia la sentina. Lo seguimos el barbero y yo.

La Santa Ysabel tenía tres cubiertas completas, corridas de proa a popa, que eran la principal, el entrepuente y la bodega. Esta última, con más de cuatro codos de puntal, tenía diversos tabladros a diferentes alturas donde se estibaban pertrechos y mercadería de todo tipo, así como la munición y las pipas del agua. Y por debajo de la bodega hallábase la sentina, a la que se accedía por un escotillón en el suelo de la bodega. A la sentina no llegaba luz alguna, y estaba impregnada por el olor nauseabundo de todas las filtraciones e inmundicias de la nao que se acumulaban en ella.

Alumbrándonos con un farol, examinamos a los cautivos, que tenían puestos grilletes y no podían moverse sino el largo de la cadena.

Como ya me había avisado el cabo Vicente, Yñigo Fuentes era quien se hallaba en peor estado, postrado sobre el piso, con la mirada perdida, la camisa ensangrentada y una palidez mortal en el rostro. Le levanté la camisa para ver al alcance de la herida y apenas pude sostener la mirada sobre la infecta cuchillada que se le comía las entrañas. Poco podía hacerse por su vida, aunque Caridad, sin decir nada, destapó unos de los pomos que había llevado consigo y aplicole un unguento sobre la herida con sumo cuidado, con una delicadeza más de madre que de barbero. A continuación, le dio de beber de una jarra que luego pasó a los demás hombres para que saciaran su sed.

—Dios os bendiga, Caridad —le agradeció el capitán Flores, que parecía el más entero de todos. Se lo veía deseoso de conocer nuestras fidelidades y se arriesgó a tantearnos.

Pero el cabo Vicente fue lacónico en sus respuestas porque no se fiaba de Abel Hinojosa, que estaba un poco apartado de los demás, como si ninguno quisiera tener trato con él, y me lanzaba miradas muy poco amistosas. Sin embargo, yo no me mostré tan prudente como el cabo y les pregunté si estaban al corriente de que Mondéjar les había conmutado la pena capital.

—Pospuesto —me corrigió Bernal Flores—, pero no tengo fe de sobrevivir mucho tiempo, pues mi presencia es una molestia para los traidores.

—Tened confianza, señor capitán, porque quizá tengáis más amigos de los que sospecháis.

Callose Flores, meditando sobre lo que le había dicho, y el alférez Ocampo tomó el relevo.

—¿Cómo os han dejado bajar a vernos? —preguntó—. Me parece un milagro que esos bellacos tengan alguna consideración con nosotros.

El cabo Vicente y yo nos buscamos las miradas y callamos.

—Juana Alonso lo consiguió —dije yo por fin—. Fue ella quien convenció a Mondéjar.

—Maldita ramera —exclamó Ocampo con gran aspereza. Era evidente que les había llegado la noticia del amancebamiento con Mondéjar, por más que estuvieran confinados en el último rincón de la nao.

—Idos de aquí, que no quiero deberle nada a esa mujer —gruñó el capitán Flores con una agitación que nunca antes le había visto, pero Caridad no hizo caso del comentario y continuó prodigando sus cuidados al moribundo.

Cuando el barbero terminó con el alférez Fuentes, se consagró con igual celo a extender el unguento en las laceradas muñecas de los demás penados y todos guardamos silencio durante unos

momentos, dejando oír el sonido del agua en los costados del navío y los correteos y chillidos de las ratas, que eran tan numerosas como atrevidas.

—Os enviaré al padre Saavedra —se despidió el cabo Vicente—, que es quien mejor podrá asistir al alférez Fuentes, y estos señores volverán cuando puedan para curar vuestras llagas.

Fuímonos de allí y el capellán, puesto en situación, consiguió permiso del general para bajar a la sentina, reconfortarlos con la palabra divina e imponerle los santos óleos a Yñigo Fuentes, que murió al día siguiente. Un difunto más en la relación de Herrera.

A todos los males y calamidades que ya sufríamos en la Santa Ysabel vino a sumarse una nueva, porque entre Francisco Mondéjar y Antonio Cansino pronto empezaron a surgir diferencias, cuyo origen sin duda había que buscarlo en Juana Alonso, pues Cansino, que no aceptaba que se hubiera amancebado con el general, estaba poseído por unos celos venenosos.

Sus modales se volvieron más desapacibles con aquel, no mostraba interés por cumplir sus órdenes ni se apresuraba en obedecerlo; al contrario, se permitía ostensibles indisciplinas, como saltarse el estricto racionamiento en beneficio de la cuadrilla de secuaces que siempre lo acompañaba.

Esta inesperada oposición trastornó los planes del general, que apenas una semana después del motín, con mucha gente leal a don Lope disimulada entre la tropa, tenía que guardarse de su propio lugarteniente, del que, sin embargo, tampoco podía prescindir. Pero Mondéjar no se descompuso por la amenaza que suponía Cansino, y encomendó su seguridad al cabo Simón Juárez. Juárez era un cántabro bajo y ancho con un bigote de guías caídas que lo hacía parecer permanentemente melancólico. Soldado muy valeroso y hombre de pocas palabras, seguía a Mondéjar con la fidelidad de un perro de presa.

—Simón, quiero que busquéis algunos soldados que sean discretos y de fiar para que se encarguen de mi seguridad personal —le dijo en la cámara.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Juárez.

—Pocos, cuatro o cinco. Además de protegerme deberán tener los ojos y los oídos bien abiertos, porque quiero saber antes que nadie lo que se cuece en esta nao: quejas, protestas, reyertas, enemistades y amores. Todo, ¿entendido?

Juárez asintió con un ligero movimiento de cabeza y se tomó el encargo con la solicitud y diligencia que su general esperaba de él.

También le tenía Mondéjar mucha confianza al cabo Vicente, al que conocía desde tiempo atrás, y debió de parecerle persona leal, ya que durante el motín no lo vio pelear por el almirante. Así que lo puso al frente de las guardias de guerra que se realizaban en la nao.

Sin embargo, con el cabo Vicente le fallaba el olfato, pues era hombre leal a don Lope y, por ende, al capitán Flores. En realidad, aprovechando aquella responsabilidad, mi amigo tenía la intención de sondear opiniones y pareceres entre la tropa. Y aunque las diferencias entre Mondéjar y Cansino sin duda favorecían su pretensión, no por ello dejaba de ser un asunto hartamente peligroso.

—Tened cuidado, señor Vicente, que estáis jugando con dos lobos muy fieros —lo previene yo.

—Intentaré guardarme de sus dentelladas, pero el servicio del rey así lo demanda.

No dejaba de sorprenderme aquel apego tan perruno a Su Católica Majestad, que por su servicio estaba dispuesto a arriesgar el pellejo. Y así se lo dije.

—No te acalores, zagal —me respondió—. No tienes que preocuparte por mí, que soy viejo en estas lides y sé lo que me hago.

No dudaba que lo supiera, pero le había tomado cariño al señor Vicente y me preocupaban los

peligros a los que se estaba exponiendo. De momento el general le tenía confianza, pero si se viera traicionado dudo que fuera muy compasivo. En todo caso, fue gracias al cabo Vicente y a la confianza que el general le demostraba que Caridad y yo pudimos visitar cada día a los prisioneros para curarles las llagas y heridas y tenerlos bien asistidos.

Una mañana, a la hora del rancho, llegose a la enfermería doña Elena Navarrete acompañada por Inés. La determinación que en su día tomé de alejarme de ella puedo decir sin faltar a la verdad que había logrado cumplirla. Sin embargo, la procesión iba por dentro, y al verla junto a mí con el rostro preocupado y serio, pálida y con ojeras, no pude evitar adorarla en silencio.

La familia Navarrete fue una de las más perjudicadas por el motín pues, desposeídos por el alférez Cansino de su camarote, hubieron de acomodarse en el combés. Estas penalidades, por otra parte, los habían hecho ser menos desdeñosos con los demás.

—Mi señora doña Elena, qué sorpresa vuestra visita —le dije.

—Señor Torres —dijo ella con una leve sonrisa que quiso ser amable—, veo que estáis haciendo algo de provecho por una vez en vuestra vida.

—Procuro sacarles utilidad a los años que perdí en Lima —le respondí con gravedad.

—Habéis sabido elegir el bando, Juan Torres —me dijo a continuación. Quizá le parecieron muy amables sus primeras palabras.

—¿Eso creéis?

—No estáis prisionero en la sentina.

—Tampoco vuestro hermano lo está.

—Pero hay otros que sí.

Miré hacia los lados, desconfiando de quien pudiera estar escuchándonos.

—Basta ya de charla inútil, doña Elena, y contadme qué se os ofrece —le dije, pues era evidente que no me había buscado por el placer de conversar.

—En otro tiempo habríais suspirado por pasar un instante a mi lado —dijo ella, haciendo esfuerzo por contener el malhumor que asomaba en sus ojos—, o al menos eso es lo que decíais en vuestras misivas.

—No tenía idea de que las hubieseis leído.

—Pues lo he hecho.

—¿Y las leísteis cuando os fueron entregadas o hace un rato, antes de venir a verme? Por cierto —añadí, recordando el asunto del poema—, ¿no habréis echado en falta alguna de ellas?

La perplejidad asomó al rostro de doña Elena, y lanzó una mirada furtiva hacia su criada, que bajó un momento los ojos con timidez, pero al volver a levantarlos me pareció percibir en ellos una muda señal. Casi escondida detrás de doña Elena, Inés parecía un animal huidizo y oscuro, con el rostro inexpresivo y sereno, la nariz chata, el pelo liso, negro y recogido en una gruesa trenza, y una saya de algodón muy sencilla cubriéndole el cuerpo. Siempre callada cuando acompañaba a su señora, parecía querer disimularse con las tracas del costado de la nao, y sin embargo, algo hubo en las palabras de doña Elena que la hizo dejar a un lado su natural reserva. ¿Quiso lanzarme una advertencia o sólo fue un sobresalto por la inesperada alusión a las cartas?

—No peleemos más, Juan Torres —dijo doña Elena, repentinamente conciliadora.

—Es lo que yo deseo, señora. Sé que no estáis aquí de buen grado, sino por algún asunto muy concreto y tal vez urgente, así que os ruego que vayáis al grano.

Hubo unos momentos de silencio. El ruido de pasos en cubierta y el rumor de conversaciones en

los corros llegaban hasta nosotros.

—No es mi intención engañaros —dijo por fin doña Elena, levantando la cabeza y mirándome a los ojos.

—Y yo os lo agradeceré.

—No os tengo en gran estima, señor Torres, y lo sabéis bien, pero me encuentro en una situación desesperada y no hallo otra persona a la que acudir.

Por primera vez apuntó el motivo de su visita, que no era otro que pedir mi ayuda. Mas no se lo iba a poner fácil en demasía.

—Qué pocos amigos habéis de tener para recurrir a mí tan de mala gana, doña Elena.

Ella necesitó otro momento para dominar la irritación que le causaron mis palabras.

—Os he buscado porque os conozco desde hace tiempo —dijo al cabo, con voz dura—, y creí que podría confiar en vos. Bien, señor Torres, veo que me equivoqué.

Dicho lo cual, y con ademán altivo, diome la espalda con intención de marcharse, pero yo extendí mi mano y, tomándola por el brazo, la detuve.

—Soltadme —dijo sin volverse.

—No os toméis a mal mis palabras, doña Elena, pues vienen de un corazón dolido —le dije con tono más amable—. Apartemos las animosidades y decidme en qué os puedo ayudar.

Para mi sorpresa, Elena Navarrete se desinfló de repente, como si el contacto de mi mano y una palabra amiga hubieran desarmado la coraza con que se protegía.

—Quizá no os guste lo que voy a deciros.

Con un gesto la animé a probarme.

—A pesar de que me he mostrado esquiva con vos, y de lo que haya podido deciros, os considero un caballero. Por eso os hablo de este asunto del que, si las circunstancias fueran otras, jamás os diría nada.

Hizo una pausa y me miró con ojos culpables. Inés asomó su cabecita morena detrás de los hombros de doña Elena y yo empecé a sospechar el motivo que allí nos reunía.

—Sí, se trata de don Pedro de Ocampo, que... —y aquí vaciló— que es el dueño de mi felicidad como yo lo soy de la suya. Nos dimos palabra de matrimonio el primero de septiembre, poniendo a Nuestra Señora de Loreto por testigo de que cumpliríamos nuestros votos.

Ya está, pensé, ya lo dijo. Es tal el poder de las palabras que, aunque en mi fuero interno yo lo sabía, no recibí el golpe hasta no oírlo pronunciar por su propia boca. Y sentí como un vahído en el centro de mi cuerpo, un súbito retortijón que me apretaba las entrañas, un desmoronarse de los muros de la fortaleza que con tanta voluntad había levantado, y me reí de mi determinación de olvidarla, por engañosa y endeble, por inútil. Y divisaba ante mí la vaciedad de un mañana sin ella, y la torturadora eternidad de un viaje y de una jornada en donde doña Elena no fuese mía, ni para mí, sino la mujer de otro hombre.

—Queríamos hacerlo público al llegar a las islas Salomón y contraer matrimonio en tierra —proseguía diciendo ella, y yo asentía sin apenas entenderla—, en acción de gracias por la buena ventura del viaje; mas, en fin, ya sabéis que las circunstancias han cambiado. Pasé noches enteras en vela, llorando y rezando por la vida de don Pedro y por la de sus compañeros, mas Dios ha sido servido porque los ha salvado.

Mientras ella hablaba, yo mantenía la cabeza levemente agachada, y los ojos bajos, para que no notase mi desesperación, y pugnaba por rehacerme del golpe recibido, por recuperar la voluntad de mis actos y el gobierno de mi propio ser, y si al fin lo logré fue merced a una lucha titánica, la más grande que hasta entonces había sostenido.

—Señor Torres, señor Torres —me requirió doña Elena ante el silencio que guardaba.

—Rezad, si así os sentís mejor, y rogad a Nuestro Señor por los prisioneros —le dije con voz ronca, reuniendo la entereza suficiente para alzar la cabeza y mirarla a los ojos—; pero no sólo a él debéis agradecerle que sigan con vida.

—¿A qué os referís? ¿Acaso vos...?

—No, yo no —la interrumpí—. Pero por lo que sé, y por hacerle justicia, debo deciros que Juana Alonso ha tenido arte y parte en tan milagrosa salvación.

—Por Dios, Juan Torres, no me mencionéis a esa mujer, más indigna que la peor de las busconas.

No me gustaron aquellas palabras, pero preferí callar y dejarla seguir, pues aún no me había revelado lo que pretendía de mí.

—Aunque don Pedro y el capitán Flores hayan escapado de una muerte cierta, en cualquier momento los pueden asesinar. Basta con que alguno de los bellacos que nos gobiernan tenga el capricho de hacerlo, y cada día que amanece pienso si no será el último de sus vidas. —Aquí hizo una pausa para contener un sollozo y, tal vez, despertar mi piedad—. Sé que estáis autorizado a bajar a la sentina. Por eso os pido que me ayudéis, que me digáis siquiera en qué estado se haya don Pedro. Os lo ruego por lo más sagrado.

Doña Elena estaba poseída por una grande emoción que, aunque no fuera el momento de observarlo, la hacía más hermosa y deseable. Y yo me hallaba acorralado entre el deseo de ayudarla y la amargura que me invadía.

—Podéis tranquilizaros, doña Elena —le dije—: vuestro amado está bien y no tiene más heridas que las llagas que le producen sus cadenas.

Elena Navarrete se llevó las manos al pecho, suspiró y apretó los puños hasta dejarlos blancos. Su persona traslucía una desesperación tal que me hirió más que las palabras que hasta el momento llevaba dichas.

—Oh, esa lóbrega sentina debe de ser peor que la tripa de un puerco. Señor Torres —y me cogió por los hombros, perdido todo comedimiento, rotas las barreras que nos impone la conveniencia—, por Dios, llevadme a verlo, necesito verlo.

Ante su acción, Inés, a la que había vuelto a olvidar, dio un paso adelante y la sujetó por los brazos, apartándola de mí delicada pero firmemente. Al hacerlo, miróme a los ojos con una intensidad silenciosa que en absoluto traslucía preocupación y mordiose el labio inferior en un gesto tan carnal que inmediatamente me trajo al pensamiento a la misteriosa amante de noches pasadas. Mas fue sólo un instante, porque doña Elena demandaba mi atención, diciendo incoherencias y sujetando mis manos con las suyas.

—Sosegaos, doña Elena, tranquilizad vuestro espíritu, que estáis llamando la atención en demasía. Cualquier cosa que pueda hacerse requerirá de mucha discreción.

Y mis palabras por una vez fueron las adecuadas, porque al punto ella consiguió controlarse.

—Disculpad mi debilidad.

—No os avergoncéis de ello —le dije con voz neutra, procurando no alterarla más con mis propias emociones—, que en esta odisea todos hemos de soportar adversidades para las que nadie nos ha preparado. No puedo llevaros a la sentina a ver al alférez Ocampo, pero sí puedo hacerle llegar noticias vuestras. Escribidle una nota y enviádmela con Inés.

—Oh, gracias, Juan, os enviaré la carta; pero no creáis que no sabré agradeceros lo que estáis haciendo.

Y dicho tal, apretó nuevamente mi mano y se marchó con su sirvienta, que me lanzó una última mirada por encima del hombro, cuando subían por la escala del escotillón. La visita de las mujeres me

dejó pensativo, inundado por muchas y contrapuestas emociones que, como un viento díscolo, me trasladaban de la zozobra a la alegría, de la convicción a la perplejidad, del dolor al sacrificio, de doña Elena a Inés y de Ocampo a doña Elena, sin ser capaz de centrar el pensamiento en asunto ninguno. Tal debía de ser mi aturdimiento que el propio Caridad, por lo general tan discreto, me lo hizo notar.

—Hijo —díjome, ya que con tan afectuosa palabra solía dirigirse a mí—, no es conveniente dejarse trastornar por negocios mundanales, que turban el entendimiento y ningún provecho reportan al alma; es mejor centrar los cinco sentidos en lo que hacemos y dejar que las obras sencillas de cada momento nos procuren la serenidad.

Le agradecí el consejo, pero yo no tenía la placidez de espíritu ni el equilibrio ni la mansedumbre que siempre mostraba él, y estuve inquieto toda la tarde aguardando la llegada de Inés. La joven había servido con los Navarrete desde su nacimiento y yo la tenía por persona de entendimiento despejado, que conmigo se había mostrado siempre muy discreta; pero nunca hasta entonces me había fijado en ella como mujer, y se me hacía extraño pensar que pudiera ser ella la mujer de cuyas apasionadas mercedes había gozado.

A la hora de vísperas, cuando ya la claridad menguaba, volvió por fin a la enfermería. Se acercó a mí con el rostro inexpresivo y los ojos mirando al suelo para entregarme la nota que su señora me enviaba.

—Espera, Inés —le dije cuando hacía ademán de marcharse.

—Lo que usted me mande, don Juan —me respondió, alzando un momento los ojos negros y cogiéndose una mano con la otra.

Mas en aquel momento la vi tan impasible, tan distante, que al pronto parecíéronme ridículas mis sospechas; y, temiendo ofenderla, dudé en hablar. Dilatose el momento hasta hacerse embarazoso, pero finalmente me decidí a hacerlo.

—Has sido tú, ¿verdad, Inés? —le pregunté, con la vista fija en su rostro. No sé lo que esperaba ver en él, pero sufrí un fiasco porque ningún gesto la delató, nada cambió en su expresión.

—No sé de qué habláis, señor —me respondió con voz serena.

—La que me visitó... una noche, días antes del motín —insistí yo.

—Debéis de haberos confundido, don Juan; quizá os refiráis a otra persona —porfió ella.

Asentí con la cabeza y la despedí con un gesto de la mano. Mientras cruzaba las escasas varas que la separaban de la escala intenté calibrar el cuerpo que se ocultaba bajo su saya, mas era esta tan holgada que poca información pude obtener.

A la mañana siguiente fui a ver al cabo Vicente y le rogué que nos enviase una guardia de confianza para asistir a los prisioneros, y a la hora del rancho llegaron dos soldados, siendo uno de ellos Justo Bautista, el criollo, que fue quien bajó conmigo a la sentina mientras su camarada esperaba fuera.

Con un farol atravesamos las espesas sombras que en aquel lugar imperaban y, sorteando obstáculos, llegamos hasta los cautivos. Pese a los cuidados del barbero, era patente el deterioro que habían sufrido. Estaban tumbados sobre la arena del lastre o apoyados sobre la tablazón del casco, con las pesadas cadenas estorbando sus movimientos y la ropa inmundada y apestosa. Legión de chinches y piojos los devoraban y hasta pude verles en el cuerpo algún mordisco de las ratas. Curé las llagas de todos, incluso de Hinojosa, y les di una poca ración de galleta y unos tragos de vino para que la acompañasen. Al alférez Ocampo le entregué la nota y, aunque al principio mostrose sorprendido, después me lo agradeció efusivamente y me pidió que aguardase un momento para leerla aprovechando la luz del farol.

Pedro de Ocampo era natural de Baeza, en la tierra de Andalucía, hijo de hidalgos de mediana hacienda, como tantos otros, no podían partir el mayorazgo y habían de encaminar a los hijos al

clero o al ejército. Sus modales, aunque corteses hacia la tropa, habíanme parecido carentes de esa naturalidad que obra en los soldados una verdadera lealtad hacia sus capitanes. En todo caso, él sí la había tenido, y por eso estaba allí, cargado de cadenas.

Mientras leía la carta, todos permanecimos en silencio. Su rostro perdió la entereza que había tenido y ardientes lágrimas se escaparon de sus ojos. Pese a haber sido el causante de mis desamores, no pude menos que sentir compasión por él. Cuando terminó, dejó unos momentos la vista posada sobre los últimos renglones, como temiendo extraviarlos en la oscuridad; después nos pidió disculpas por haber perdido la compostura y me agradeció el favor. Yo, a mi vez, me sorprendí oyéndome decirle que la próxima vez le traería recado de escribir para que pudiese responder.

A medida que transcurrían los días, la situación a bordo volvíase más angustiosa. El racionamiento del agua no bastaba para alargar las reservas hasta las islas Marquesas, y los cuerpos, cada vez más afectados por la debilidad y las enfermedades, soportaban peor la dura faena que el manejo del navío imponía a los hombres.

Llevábamos más de veinte días barloventeando hacia levante sin haber cubierto apenas una sexta parte del recorrido ni haber hallado tierra alguna. De nada servía pesar el sol ni anotar longitudes, ni hacer esfuerzos por ceñir a más de seis cuartas, pues la Santa Ysabel era incapaz de avanzar con vientos tan opuestos.

Por tal motivo, el temor iba ganando los ánimos de la gente. Donde se había opinado una cosa, se opinaba ahora la contraria. En los corrillos se decía que el general nos llevaba a morir, que no sabía adónde iba y que mejor sería hundir el barco allí mismo y terminar de una vez. Y aunque nadie osaba decírselo a la cara, él tomaba muy buena nota de ello, pues Simón Juárez, su perro guardián, había cumplido con diligencia las órdenes recibidas, tenía oídos en cualquier rincón y dábale cuenta detallada de todo cuanto se cocía en la Santa Ysabel.

Mas el principal cometido de Juárez era vigilar al alférez Cansino, que cada vez se mostraba más ingobernable. En desquite por el rechazo de Juana Alonso, se apoderó de Maui, la india marquesana. La encerró en su cabina para gozar de ella, haciendo ante todos alarde de su infamia, e incluso permitió a algunos buenos amigos que también se regalaran con la muchacha. Tal acción, por la que otros ya habían sido condenados, significaba un claro desafío a Mondéjar. Pero el general no consideró oportuno enfrentarse en aquel momento a su segundo, a pesar del enojo de Juana Alonso, que le había tomado mucho cariño a Maui y le estaba enseñando pacientemente la lengua castellana.

—Pobre desgraciada —se lamentaba la mujer—. ¿Cómo vais a permitir semejante barbaridad, Francisco? Si ahora no ponéis coto a sus desafueros, mañana no habrá quien lo detenga.

Mondéjar, de pie en el centro de la cámara, recibía la protesta con su frialdad habitual.

—Entiendo el apego que le habéis tomado a la muchacha, pero ya conocéis a Cansino, ¿verdad? Él tiene sus partidarios, y no es momento de dividir a la gente. Recordad que he de pensar en el beneficio general antes que en el socorro de una sola persona.

—No me habléis del beneficio general. ¡Por Dios, haced algo por ella!

—A cualquier dolor es remedio la paciencia, mi señora —le dijo Mondéjar por toda contestación, pues él tenía otras preocupaciones.

Le preocupaba, por ejemplo, oír las quejas de los descontentos y ver a la gente cansada por los muchos infortunios, pero lo que más le atribulaba y casi le quitaba el sueño era el temor de no poder arribar a las islas Marquesas. Así, el último día de septiembre convocó a los oficiales de mar y guerra para solicitarles consejo. Y al primero que se lo pidió fue a Alonso Domínguez, comandante de la nao, por haber sido quien con más determinación defendió la idea de navegar hacia el este. El comandante informó de que nos hallábamos todavía a trescientas leguas de las Marquesas por causa de los vientos, que casi todo el mes de septiembre habían sido contrarios, pero que cuando estos mudasen, como así lo esperaba, en quince días alcanzaríamos las Marquesas.

—¿Y cómo sabe vuesarced que esos vientos han de mudar? —preguntó Lucas Mariano, el maestro.

El comandante pidió a los presentes que se fijasen en cómo desde el norte venían muy hinchadas y espaciosas olas, lo que era señal cierta de que se aproximaba un cambio de viento.

Puso en duda el Lucas Mariano la importancia de tales señales; defendiose nuevamente Alonso Domínguez con complicadas razones; intervino el sargento mayor pidiendo confianza en Dios, a lo que respondió Figueroa que el agua menguaba sin pausa y nadie la proveía; también habló el alférez Cansino para decir que el agua podía estirarse partiendo la ración a la mitad, y salieron a relucir, en fin, otras muchas deducciones y conjeturas que a nada conducían, hasta que, agotadas todas, Mondéjar tomó la palabra para pedir la opinión del único que aún no había hablado.

—¿Y qué dice el señor Valiero? —preguntó el general.

Ante la demanda de Mondéjar, Valiero avanzó hasta el borde de la mesa, desplegó la carta que traía enrollada bajo el brazo, representando la Mar del Sur, y mostró la derrota que habían seguido desde el motín; luego señaló el punto donde, según sus cálculos, se encontraban: un lugar muy alejado de las Marquesas, y explicó que la única posibilidad de salvación era cambiar otra vez el rumbo y navegar hacia el oeste.

Aunque las palabras del piloto cuestionaban los cálculos de Alonso Domínguez, y aunque todos ellos, incluido el comandante, se revolvieron contra su criterio, fue Figueroa el que más ácidamente, y con razones más frágiles, lo criticó: «Qué clase de marino sois, señor Valiero, que proponéis semejante desatino —le dijo alzando mucho la voz—; no sabéis aún que querer navegar hacia el oeste es tentar al destino», mas Mondéjar lo mandó callar con un gesto perentorio y preguntó al piloto por el tiempo que tardarían en alcanzar las Salomón.

—Yo no soy Mendaña, y nunca he estado allí, pero no me cabe duda de que nos hallábamos muy cerca de ellas cuando voacé tomó el mando de esta nao. Aunque hayamos cometido errores en el cálculo de la longitud, llevamos recorridas más de mil ochocientas leguas bien contadas, y el orbe, siendo finito, no puede cambiar su tamaño. Así que las Salomón no están lejos —y señalaba con el dedo un archipiélago que se alargaba del sudeste al noroeste sobre el mapa, apenas una pulgada a la izquierda de donde se encontraban—; más cerca, en realidad, que las Marquesas. La noche del... motín se avistó un fuego en lontananza, el fuego de un volcán. ¿Quién sabe si no serían las Salomón?

—Pero cuánto tiempo tardaríamos en llegar, señor Valiero —insistió Mondéjar.

—Los vientos nos son favorables —musitó el piloto, mientras se rascaba el mentón—. Yo diría que diez días; doce, a lo sumo.

—Pero allí está la flota del Adelantado —protestó el alférez Cansino—. ¿Qué queréis, Francisco, que marchemos directos a la boca del lobo?

—Cada cosa a su tiempo, amigo Cansino —le advirtió el general—. Ahora me parece menos temible encontrarnos con Mendaña que perecer de sed en medio de este golfo.

—Mal nos irá si cambiáis de opinión más que muda el viento —se desahogó el alférez Cansino.

—Ese es el problema, señor capitán, que el viento no muda.

—El agua escaseará igualmente vayamos a un confín que al otro —prosiguió Cansino sin hacer caso de la ironía de Mondéjar—, pero hacia levante viajaremos por mares conocidos y en demanda de islas ciertas, mientras que navegar a poniente es hacerlo hacia lo desconocido: ¿por qué hemos de creer a Valiero? Y si hallásemos las tales islas y nos encontrásemos con la flota, decid general, ¿acaso tenéis pensado liberar al capitán Flores y entregarnos a Mendaña?

—¿Lo habéis pensado vos?

—Lo que yo tengo pensado es acabar de una vez con Flores —respondió con mucha claridad Antonio Cansino—, para evitar malas tentaciones. Siendo un peligro, ¿por qué sigue vivo? ¿Os lo ha requerido con ternizas doña Juana?

—Tened esa lengua, amigo Antonio, que va a procuraros un disgusto.

Las diferencias entre los dos hombres inflamaban el aire de la cabina.

—Os lo advierto, general: si os veo flaquear no dudaré en rebanarle el pescuezo.

Aquellas palabras desafiaban al general, y todos los presentes así lo entendieron, pero Mondéjar no perdió la calma ni la sonrisa, que era lo que lo hacía más temible.

—Haréis lo que yo os diga, señor capitán.

—No respondo de lo que puedan hacer los hombres.

—No os toca responder por ellos, sino hacer que os obedezcan, y no olvidéis que vamos todos en el mismo barco. Está decidido: navegaremos al oeste, hacia las Salomón. Y a vos, señor Valiero —y lo señaló con el dedo, amenazante—, os doy doce días para encontrarlas.

—Eso no podéis exigírmelo, señor general.

—Sí que puedo. Y os diré más: si no las avistamos en tal plazo, a fe mía que os colgaré de la verga del árbol mayor.

Y para dar más fuerza a sus palabras, en un arranque de humor sombrío mandó poner en tal sitio una soga con su siniestra lazada en el extremo. Con esta advertencia suspendida sobre la cabeza del piloto, la nao dio la vuelta y enrumbó al oeste franco.

Una vez que Mondéjar hubo desechado su opinión en favor de la del piloto, Alonso Domínguez no volvió a tratar del asunto y ayudó al gobierno de la Santa Ysabel lo mejor que supo, sin demostrar resentimiento hacia Valiero por lo ocurrido durante la reunión. Para ganar algo de lastre, se llenaron con agua de mar las pipas que estaban vacías en la bodega.

Dado que íbamos nuevamente en demanda de las Salomón, Mondéjar ordenó que se navegase en ocho grados, es decir, en una latitud distinta de la que llevaba la flota de Mendaña, ya que de esta manera sería más fácil esquivarla si por ventura alcanzábamos las islas. No obstante, en previsión de un posible encuentro, los artilleros montaron sobre cubierta cuatro cañones para hacer con ellos diariamente prácticas de tiro.

El nuevo cambio de rumbo causó más desazón entre la gente, de forma que ya nadie sabía lo que esperar ni a qué santo encomendarse. Todos los días había rezos en la nao, las promesas hacían cola para empedrar las paredes del purgatorio y otra vez se hicieron concilios en cualquier cubierta, y se desataron las quejas, sin que la crudeza de algunos oficiales pudiera contenerlas.

La sed continuaba siendo la tortura mayor, y el rancho, pésimo y salado, aumentaba la sequedad de los cuerpos. También las enfermedades iban minando la salud de los más débiles. En especial el escorbuto, que por falta de alimentos frescos, producía fiebre, dolor de huesos, encías sangrientas, aflojar de dientes y mucha desgana. El único remedio en el que confiaba el barbero eran los ajos, por lo cual, y por llevar sobradas provisiones en la bodega, dio en recomendarlo a todos. Y ahí convirtióse el humilde bulbo en condimento universal, echábase a las gachas, sopas y garbanzos, frotábase con él el tasajo, el tocino, la galleta y cuanto de frotar hubiera a bordo, masticábanse crudos sus dientes y hasta hubo quiénes se comían las cabezas a mordiscos. Colmado por los olores de cien bocas masticándolo, volvióse el navío un ajo todo, dejando por el océano un rastro tan firme y seguro como el hilo de Ariadna en el laberinto, una estela que fácilmente hubiera podido seguir cualquier pirata que en nuestra demanda navegare e incluso el mismo adelantado Mendaña si hubiere querido perseguirnos. Por fortuna, es el escorbuto un mal caprichoso, que a unos afecta y a otros respeta. Aparte de esta peste del mar, algunos infelices enfermaron con cólicos y mala disposición, vaciándose encima o en sus petates e inundando el entrepuente con los malos olores.

Tales calamidades se cobraron algunas vidas a bordo, y el luto empezó a ser algo habitual. Y aunque en la enfermería tuvimos harta y pesada faena, me sorprendí sintiéndome agradecido a Cansino por

haberme destinado allí, pues el trabajo junto al viejo Caridad, la atención a los necesitados y la satisfacción de ayudar a mis semejantes despertaron en mí una inclinación por el oficio que nunca pensé que llegaría a sentir.

La joven Frasquita, pese a la torpe amputación que le había hecho, logró vencer la cangrena. El muñón era tan deforme que habría asustado a un infiel, pero la muchacha, ágil y espabilada, tenía un carácter alegre que no pareció mudarle tras la operación. Revoloteaba de continuo por la enfermería pidiendo que le encargásemos algunas tareas con las que sentirse útil y, pese a su único brazo, me ayudaba eficazmente en las curas que le hacía a Manuel de Badajoz, a quien se le había formado bajo la herida de la pierna un absceso muy feo en el que se acumulaban malos humores y que hube de sajar, drenar y cubrir con un apósito.

Y en medio de tantas penalidades, parece que también nos hubiésemos quedado sin ánimo para las diversiones y entretenimientos. Pocas canciones alegraban las cubiertas, ni coplas, ni música de guitarra ni obrillas de teatro. Sólo las pláticas recurrentes, las partidas de naipes o dados y las públicas lecturas del padre Saavedra, que no las había abandonado aunque fuesen pocas las interesadas en escucharlas.

Tampoco yo abandoné el hábito de leer. En mis ratos libres repasaba la *Suma* de López de Hinojosos o, para descargar la mente de pensamientos oscuros, me entretenía con novelas u opúsculos más ligeros que hallamos en un arca arrumada en la bodega. En ocasiones, iba a la cabina del bachiller Herrera y entablaba con él plática sobre alguno de los pasajes, o me acomodaba en cualquier rincón de la cubierta donde hubiese buena luz y no estorbase a los marineros para sumergirme en las páginas del volumen que tuviera en capilla. Y no era raro que, al rato de haberme puesto a ello, llegasen a preguntarme qué cosa leía y a pedirme la merced de recitar unos pasajes en alta voz, pues éramos pocos a bordo los hombres que sabíamos hacerlo, y menos aún las mujeres.

Por cierto, que a cuenta de ello me vi metido a celestino.

Ocurrió que, al día siguiente de haberle entregado a doña Elena, por intermediación de Inés, una breve nota que el alférez Ocampo le enviaba, se llegó a visitarme la Mulata para pedirme que le llevase una carta a Diego Jara, su marido, que también estaba prisionero. Al pronto, la petitoria me preocupó bastante porque, sabiéndolo la Mulata, ¿por cuánto tiempo podría mantenerse en secreto el asunto?

—No entiendo lo que me pedís, Úrsula —le dije, tratando de disimular.

—Señor Torres, no me engañéis —dijo ella, haciendo pucheros para moverme a compasión—. Sé de buena fuente que a otra dama habéis prestado el mismo servicio.

Acercándose mucho a mí y apoyando la mano diestra sobre la pechera de mi camisa, me explicó que estaba al tanto de quién escribía y quién era la mensajera y, viendo mi indecisión, añadió que había venido por su propia cuenta, pues estaba angustiada por la vida de su esposo. La Mulata era, como ya he apuntado, mujer de opulenta belleza y cuerpo generoso e insinuante. Tenía una espléndida melena castaña de rizos naturales, la boca grande y bien dentada y la piel de la color de la canela. Gustaba mirar al sesgo, dejar caer los párpados con languidez al tiempo que asomaba la puntita de la lengua por entre los labios, abandonar la mano a las caricias de los hombres y otras mañas propias de su oficio, que, aunque ya lo hubiese abandonado, son difíciles de desterrar. No obstante, retiré gentilmente su mano, dándole a entender que no habían menester tales artificios para tratar conmigo.

—Habéis hablado con Inés, entonces —sondeé, sin querer arriesgarme aún a reconocer nada.

Ella hizo un ligerísimo movimiento con la cabeza, suficiente para confirmar que aquella había sido la buena fuente de la que habló. «Vaya con Inés», pensé, pasándome la mano por la barba.

Como viera la mujer que seguía sin decidirme a aceptar su petición, arrodillóse junto a mí y me dijo

con gran agitación:

—Os lo ruego, don Juan, ayudadme y Nuestra Señora sabrá recompensaros.

—Por ella os pido que os levantéis, Úrsula —le dije, mientras miraba alrededor y la ayudaba a incorporarse—. ¿No os parece bastante arriesgado este negocio para llamar aún más la atención?

Había en la acción de la Mulata una congoja que no me pareció fingida. Quizá estuviera tan verdaderamente enamorada de su esposo como yo lo estaba de doña Elena, porque en estos negocios del querer no hay diferencias de rango ni condición.

—De acuerdo, mujer —accedí—, dadme lo que sea.

La Mulata abrió sus grandes ojos almendrados, de un blanco purísimo y con el iris tan negro como la pupila, al tiempo que me informaba de su desconocimiento de la escritura.

—Quería pedirlos también que vos la escribieseis.

En aquel momento pensé mandarla con viento fresco a la cubierta y desentenderme del asunto, pero tuve el buen juicio de no hacerlo porque, si no la escribía yo, se lo pediría a otra persona y el enredo sería aún mayor.

—Está bien, está bien, aunque supongo que vuestro marido tampoco sabrá leer.

—Qué os habéis creído, señor Torres —me respondió con airada expresión—, mi esposo es cabo de escuadra y hombre de mucho ingenio.

Me guardé de decir lo que pensaba de su señor marido por no alargar la entrevista, aparte de que nada lograría, puesto que del enamorado al loco va muy poco. Entonces le pedí que me dijese lo que deseaba ponerle en la misiva, pero la Mulata permaneció muda, retorciendo entre sus manos un pañuelito de lino.

—Es que no sé qué decirle —reconoció con voz trémula.

—Señora, vos, precisamente vos..., perdonad que lo dude —exclamé sorprendido.

—Conozco bien las cosas del amor, señor Torres —díjome—, pero muy poco de sus palabras.

No podía enojarme con aquella mujer, esposa de un prisionero, ni siquiera hacer chanzas a su costa, así que la tranquilicé diciéndole que haría lo que deseaba. La Mulata me abrazó con fuerza y después, mientras se alejaba, me lanzó un beso con la mano.

Como había supuesto, el cabo de escuadra apenas sabía reconocer su nombre por escrito, así que hube de ser yo quien le leyese la carta de la Mulata; es decir, la que yo mismo había concebido. A la escasa luz del candil vi cómo, mientras leía, un par de lagrimones recorrían las curtidas mejillas de Diego Jara abriendo surcos entre la mugre. La sincera emoción del prisionero me conmovió a mí también, como si las palabras de aquella carta me hubieran sido desconocidas por completo.

Después tomé nota de la respuesta de Diego Jara, aunque al soldado no tuve necesidad de prestarle mis palabras para enhebrar sus pensamientos, pues se daba muy buena maña con la lengua. Doy fe de ello. Y cuando leí la carta a su destinataria, la Mulata permaneció un buen rato con el rostro puro y resplandeciente de una virgen morena y los ojos llorosos vueltos hacia el cielo.

—Gracias, amigo Juan —me dijo con voz baja y cálida, apretándome el brazo con la mano.

Guardó la carta bien doblada en el interior del corpiño, junto al seno caliente y el corazón palpitante, y se alejó de la enfermería.

—A este paso, hijo, necesitarás pedirle a tu amigo Herrera una resma de papel de marquilla —me dijo el barbero, que estaba al corriente de mis empresas de celestino.

Aquella misma noche, apenas hube cerrado los ojos, sentí una presencia detrás de mí, que descargaba sobre mi nuca un hálito tibio y oloroso a ajo. Después, un cuerpo se pegó al mío, unos labios me

recorrieron los hombros y una mano buscó entre mis ropas piel desnuda que acariciar. Pensé resistirme a aquella amante furtiva que me ocultaba la identidad, mas irguióse gozosa mi virilidad y el regocijo de los sentidos se apoderó de mi voluntad, malogrando cualquier intento de rechazo. Gireme hacia ella, que al punto me dio la espalda, obligándome a atacar la plaza por la retaguardia. Alcé su falda con delicadeza, recorrí con mis manos sus carnes prietas desde el tobillo hasta el cuello, encajando las manos entre la piel y el vestido, me detuve en explorar profundidades y abarcar redondeces hasta que finalmente me acoplé a ella con la voracidad de un hambriento. Mas, mientras una parte de mí se entregaba al deleite de aquel nuevo encuentro, otra permanecía alerta, mientras me apretaba contra su cuerpo también lo tasaba, y la confrontación me dejó perplejo, pues se me hizo que no se equiparaban estas magnitudes con las ya conocidas. ¿Podría no ser la misma amante de anteriores ocasiones o me estaría traicionando la memoria?, cavilaba por su cuenta una parte de mi pensamiento que había divergido del general goce que invadía a mi cuerpo. Y me propuse no dejarla esta vez marchar sin descubrir quién era. Así que cuando, descargada la pasión, ella se bajó la falda y se levantó para marcharse, también yo me puse en movimiento, venciendo la lánguida fatiga que me invadía. Avancé a tientas en la absoluta oscuridad del entrepuente y la alcancé antes de llegar a la escala. La sujeté de la mano con fuerza y, aunque pretendió zafarse de mí, no lo logró.

—Tira, tira, que de esta vez no te me escapas —le susurré durante el breve forcejeo.

—Me hacéis daño —se quejó, dejándome oír por primera vez su voz, que no era la de Inés.

—Anda, descarada, ven conmigo a la bitácora —le dije, y la arrastré hacia allá con modales muy bruscos.

—Mal me tratáis ahora, señor, pero antes bien que suspirabais arrimadillo a mí —respondiome ella, mas ya sin hacer esfuerzos por escapar.

Atravesamos el combés y en la bitácora, a la luz del fanal, pude por fin conocerla. Mas he de confesar que me causó una indudable decepción descubrir el rostro lleno de pecas y el pelo rojizo de una buscona a la que llamaban la Lagartija.

—Se ha quedado mudo el señor —dijo con frescura.

—¿Quién te ha mandado a buscarme?

Sonrió la descarada, pero los mismos labios con que lo hacía me negaban la respuesta.

—¿Fuiste tú quien me visitó otras veces? —volví a preguntarle, mas al hacerlo sentí una extraña vergüenza ante la burla que bailaba en sus ojos, carentes de cualquier afecto.

—Acaso no habéis gozado sin que os costara un maravedí, señor cirujano. Entonces ¿a qué tantas averiguaciones?

—Precisamente por eso, Lagartija, por tener dispensa donde otros apoquinan.

—Para todo hay una primera vez —respondió con guasa—; para todo, mi señor don Juan.

Zafó el brazo, que yo apenas apretaba, y se marchó. La plática me dejó caviloso e intrigado. Tenía serias dudas de que fuera la misma mujer de anteriores ocasiones, y se me pasó por el caletre que tal vez la Mulata tuviera algo que ver con su visita, agradecida por el asunto de las cartas. Pero si a la Lagartija la había enviado la Mulata, ¿cómo era posible tanta coincidencia en el modo y en la forma? Además, esta vez no me había mordido la oreja al despedirse, como las otras. Algo había en aquel encuentro que no me convencía.

Desvelado del todo, me quedé un buen rato de charla con el paje que atendía la ampolleta y el marinero que llevaba el gobernalle, que algo solazaron la guardia a mi costa.

# 15

Habíanse consumido cuatro días del plazo que el general había dado a Sebastián Valiero para encontrar las islas de Poniente, y este los llevaba puntualmente contados, ya que en ello le iba la vida. Y si por ventura lo hubiese olvidado, bastábale alzar la vista para observar la soga que el más leve cabeceo de la nave hacía oscilar como un péndulo. Sin embargo, y pese a la perenne advertencia, el piloto mantenía la serenidad y ponía al mal tiempo buena cara.

La Santa Ysabel, mejor lastrada con las pipas llenas de agua de mar y con todo el velamen desplegado, tomaba con alegría el viento por la popa y avanzaba hacia poniente por un mar en calma y muy azul en el que, sin embargo, no se veía señal alguna de tierra. Las fuerzas andaban cada día más escasas, igual que los ánimos, que por todos lados flojeaban. El sol nos fustigaba sin misericordia y la sed nos acosaba con implacable crueldad.

Entretanto, el alférez Cansino aumentaba con sus arbitrariedades las desventuras de muchos, trababa concilios con soldados y marineros y seguía el atropello infame de Maui. Y no contento con ello, ordenó liberar de sus cadenas a Abel Hinojosa, lo que debió parecerle una jugada maestra, pues no sólo deshacía la injusticia que había cometido Mondéjar al apresarlos, sino que demostraba a los suyos que no aceptaba la supremacía de nadie.

Pero el general no era hombre que se dejase amilanar por las bravezas de Cansino. Al contrario, llevaba un tiempo rumiando la forma de neutralizar a las dos personas que más lo amenazaban y de afianzar de una vez su autoridad. Y cuando tuvo bien inventada la empresa mandó llamar con mucho secreto a Simón Juárez, lo puso concisamente al corriente de ella y le pidió que hiciera circular el rumor de que pretendía liberar al capitán Flores.

Juárez, que no acostumbraba a impresionarse de las órdenes de Mondéjar, sin perder tiempo se puso manos a la obra, y lo hizo con tanta diligencia que al día siguiente la noticia habíase convertido en la comidilla de la nao.

Unos, temiendo dar alas a la esperanza, se alegraron con moderación; otros dijeron que no era sino ruin sonido y pérfido comadreo; y Cansino y sus allegados, que fueron los que más crédito dieron al cuento, se alborotaron, rompieron en votos y pésetes y dijeron de él más males que pudieran decir de un inglés.

—Capitán —aseguraba uno—, ese grandísimo hideputa no pretende sino entregaros al Adelantado.

—Sí, mi señor Cansino —vaticinaba otro—, el muy felón querrá culparos a vos del motín y de los otros desmanes ocurridos a bordo.

Muy enardecido por estos y otros comentarios, fue Cansino a hablar con el general, pero este se hizo el que nada sabía y le quitó importancia al rumor.

—¿Cómo se os ocurre tal disparate, amigo Antonio, no veis que sería yo el más perjudicado? No dejéis que os calienten la cabeza con hablillas de vieja.

Pero a Cansino le pareció sospechosa la ligereza con que le había hablado Mondéjar, y volvió con los suyos más alterado de lo que se había ido y les dijo estar determinado a darle puñaladas y echarlo al mar.

—Contad con nosotros, capitán —dijéronle todos a una.

El único en la nao que parecía indiferente a todo este revuelo era al piloto Valiero, preocupado porque se iba un día más sin haber avistado las islas. Desde la cubierta del castillo de proa, observaba por sobre las aguas un cielo muy claro, sin mácula que interrumpiese su uniforme monotonía.

Apuntaba el alba del seis de octubre y encontrábame yo aún amodorrado cuando un tropel de botas que atravesaban el entrepuente terminó de despertarme. «Es el relevo de la guardia», pensé, mas al instante un grupo de cuatro hombres acaudillado por Cansino pasó cerca de donde yo estaba y bajó a la bodega. Me pareció extraño aquel movimiento, por lo que me deslicé tras ellos, me asomé por el hueco entre las cubiertas y los vi conversando en susurros con el centinela de la sentina, que al punto les franqueó el paso. Temiéndome lo peor fui en busca del cabo Vicente, que estaba aún echado, pero ya tenía los ojos abiertos, y me saludó con su gracejo habitual.

—Temprano sales hoy, barbero.

—Levantaos, señor Vicente, y seguidme presto, pues he visto al capitán Cansino en una embajada que maldito sí me gusta.

No esperó el cabo a que se lo repitiera, pues le bastó la alarma que delataba mi voz. Mientras se calzaba las botas y tomaba su chararra, yo le barajaba por lo menudo el asunto.

—Esos van a por el capitán Flores —sentenció.

Llamó a los hermanos Lorenzo, en quienes tenía gran confianza, y les pidió que nos siguieran. En el entrepuente, otra gente se había dado cuenta de que algo grave sucedía y hacían corro alrededor del tambucho. El cabo Vicente se abrió paso entre ellos, bajó la escala y se llegó junto al centinela de la sentina, que no era otro que Abel Hinojosa.

—¡Alto, quién va! —dijo aquel.

—Gente del general —respondió el cabo Vicente.

Hinojosa estaba armado de rodela y partesana, que cruzó para evitar que bajásemos. Sus ojos saltones nos observaban con temor, sobre todo a mí, pero fueron los hermanos Lorenzo quienes lo desarmaron.

Abajo reinaba siempre una penumbra lóbrega. Como pudimos, nos abrimos paso entre el lastre, las anclas de respeto y otros bultos arrumados. El agua de la sentina nos cubría los tobillos y su hedor nos revolvió las tripas. Al llegar a donde estaban los prisioneros, vimos a uno de los soldados inclinado sobre el cuerpo de capitán Flores, terminando de rebanarle la cabeza con un verdugillo, mientras Ocampo y Diego Jara cubríanse el rostro ante la carnicería. El fanal estaba colgado de una escarpia e iluminó de lleno a Cansino cuando se giró hacia nosotros. Tenía el acero en la mano, una sonrisa en el rostro y la camisa manchada de sangre.

—¿Qué se les ha perdido a vuestras mercedes por aquí abajo?

—Seréis castigado por esto, Cansino —dijo el cabo Vicente.

—¿Por hacer justicia? —se burló el aquel.

—Por matar al capitán Flores.

—No era capitán, mi señor cabo, sino reo condenado a pena de vida. Como estos dos. —Y señaló con el pulgar hacia su espalda.

—La única culpa de Bernal Flores fue arrebatarnos la hembra —terció yo.

Al alférez Cansino se le desvaneció la sonrisa y dilatáronse sus ojos, que dos rayos no hubieran escupido más fuego.

—Matad a esos dos —ordenó a los suyos, señalando a Ocampo y Diego Jara.

—¡A mí, traición! ¡Traición! —rugió el cabo Vicente, precipitándose adelante con la tizona desnuda y cubriendo con su cuerpo el de Ocampo.

Yo lo secundé, y también los hermanos Lorenzo, formando una barrera entre los asesinos y los cautivos. Éramos cuatro frente a cuatro, pero ellos estaban mejor armados y en aquel espacio tan pequeño Cansino se bastaba para acabarnos; por tal causa golpeé el fanal que cayó al suelo apagándose. La oscuridad fue grande. Yo apoyaba mi mano izquierda en el hombro del cabo y con la

derecha sostenía el puñal apuntando hacia las tinieblas. Sentí cómo otro hierro chocaba con él y se escurría por la hoja hasta topar con el guardamano y cortarme en el antebrazo. Hernán Vicente se movió hacia delante y su hoja debió de mojar, porque oí un grito de dolor. El barullo de lo ocurrido había alertado a otra gente y ya se oía rumor de pasos sobre la tablazón de la bodega.

—Condenado mestizo —oí decir a Cansino—. Vámonos ya, todos fuera.

Al llegar a la escalera, mandó subir también a los que querían bajar y el cabo Vicente fuese tras de él para evitar que cerrase el escotillón.

—Quedaos aquí —nos ordenó.

Y eso hicimos, velando en silencio el cadáver del capitán Flores. El agua de la Mar del Sur envolvía al navío y se deslizaba por sus costados muy por encima de nuestras cabezas. El cabeceo era menos acusado en la fétida entraña de la Santa Ysabel, cuya su pestilencia empezaba a marearme.

Al cabo de un rato volvió el señor Vicente acompañado de varios soldados y marineros y, a la luz del candil que portaban, pude reconocer también a Juana Alonso, el rostro fúnebre, atravesado por las sombras oscuras y las claridades rojizas que lanzaba la llama, donde se mezclaban por igual desconcierto y horror. Al enfrentarse al cuerpo descabezado del capitán, hincó las rodillas en la suciedad del suelo, se abrazó a su cadáver y lloró amargamente.

—No pude salvarte, Bernal, no pude, no pude —repetía con una congoja inmensa y desoladora, la cara enterrada en la camisa de su difunto marido.

Aquello era dolor profundo y contrición verdadera.

Pero Juana Alonso era una mujer fuerte y al punto se rehízo. Ordenó que liberasen su cadáver de los grilletes y lo amortajaran en un saco de lona. Sólo tomó el anillo de oro que el capitán llevaba en su mano izquierda y se lo entregó al alférez Ocampo.

—Tomad, don Pedro, pues habría querido que vos lo llevarais. —Y el alférez Ocampo aceptó en silencio el presente, por más que hubiera renegado de su amancebamiento con Mondéjar.

Juana Alonso se incorporó y habló con voz clara y firme para que oyésemos todos los que allí estábamos:

—Juro que vengaré su muerte, así Dios no me desampare antes, y a vuestras mercedes las sacaré de aquí aunque tenga que arrastrarme y suplicar.

Diego Jara y Pedro de Ocampo, impresionados por lo que había sucedido y sintiendo aún la presencia de la muerte, musitaron su agradecimiento.

—Y vos, Juan Torres —dijo por último la mujer—, haced la merced de prestarme vuestro brazo y ayudadme a salir de aquí.

Guardé el puñal en la funda y le ofrecí el brazo para que apoyase en él la mano. La presión, aunque leve, me producía dolor, pues era justo allí donde había sido herido. Ella notó la humedad en la piel y al llegar al entrepuente, que era más luminoso, se miró la mano y asustose de verla ensangrentada.

—No os preocupéis, Juana, no es la sangre del capitán.

—¿Es vuestra? —preguntó distraídamente.

No respondí. La conduje hasta la cámara del alcázar, donde se derrumbó sobre el lecho, pálida y ojerosa, sin preocuparse por esconder las lágrimas que nuevamente se desbordaban de los ojos. Yo me sentía turbado por invadir su aflicción: ¿qué podía hacer sino dejarla a solas con su pesar?

Sobre cubierta, la inquietud era grande. La cabeza del capitán Flores había sido colgada de un motón y un grumete la apeaba bajo la atenta mirada del contramaestre. Cansino, después de haber tenido unas ásperas palabras con Mondéjar, había subido al castillo de proa y, rodeado por sus más allegados,

jugaba una partida de naipes como si nada hubiera sucedido. El general también parecía sereno, pero todos sabíamos que la calma era sólo aparente.

—El asesinato del capitán Flores se merecía algo más que una reprimenda —nos dijo Julio Lorenzo durante el rancho del mediodía.

—No se atreva con Cansino —respondió Felipe Pisano.

—Descargará la tormenta —nos decía el cabo Vicente—. Esperad y lo veréis.

Y en esa espera se fueron tres días, sumando ya ocho del plazo concedido al piloto. Aquella jornada acompañé a Herrera a la cabina de Valiero, que señalaba en las cartas el itinerario recorrido, situando nuestra posición apenas a una fracción de pulgada de las islas.

—Estamos muy cerca, estoy seguro. Esas condenadas islas se hallan a sólo unas leguas.

—No os apuréis, amigo Valiero, que aparecerán —dijo el bachiller Herrera.

Pero el piloto no hizo caso de las palabras del escribano y siguió concentrado en el plano. Parecióme que, más que el temor al castigo anunciado, lo que en verdad le preocupaba era equivocarse en sus cálculos.

—Por inmenso que pueda parecernos, este golfo que navegamos tiene un tamaño finito —dijo al cabo de unos momentos, más para sí mismo que para nosotros.

—Un tamaño de cuánto, maese Valiero —le pregunté.

Alzó el rostro de la carta de marear que tenía delante y, buscando entre los pergaminos, tomó el compás, lo cerró un tanto y midió la extensión del océano en once pasos.

—He calculado el tamaño del orbe en su circunferencia partiendo no de la idea de Ptolomeo, que confundió al almirante Colón —nos explicó—, sino del valor propuesto por Eratóstenes, y de ello he descontado lo correspondiente al océano Atlántico, el ancho de las Indias Occidentales y la extensión de Asia que reflejan los planisferios. Y el resultado de estos cálculos es que la Mar del Sur tiene una anchura de ciento diez grados, cinco arriba o abajo.

—¿Y eso son?

—Mil novecientos veinticinco leguas. Como verán, señores, si ya llevamos recorridas mil ochocientas y navegamos en la latitud adecuada, no hay mucho espacio donde puedan esconderse las islas de Poniente.

Aunque yo fuera un profano en la materia, aquella precisión me parecía cosa de fantasía, porque los mapas, en especial los planisferios, no son sino representaciones sobre el papel de extensiones inmensas, la mayoría de ellas incógnitas, situadas a través de descripciones vagas o historias tan quiméricas como las que contaba Damián Ortiz. ¿Qué seguridad había, por tanto, en aquellas mediciones? Una pulgada de más o de menos en el mapa podía significar cien o doscientas leguas de diferencia y un error cuando menos de una semana, lo suficiente, en todo caso, para que colgaran al piloto. No obstante, me guardé muy mucho de expresar mis reflexiones, pues de ninguna manera querría aumentar sus preocupaciones. ¡Qué incierto el arte de navegar!, pensé, ¡y qué arriesgado!, si en tan débiles premisas se basaban viajes tan temibles como el nuestro.

Al cabo de un rato de atender a las explicaciones de Valiero, abandoné aquella cabina imbuido de pensamientos sombríos. Mas al llegar a la enfermería me esperaban unas mujeres con unas cuitas tan primordiales que me hicieron olvidar las mías.

Se trataba, para mi sorpresa, de doña Elena y de Úrsula, la Mulata. Si unas semanas atrás me hubieran dicho que las iba a ver juntas, en amor y buena compañía, habríalo considerado de todo punto imposible. Pero allí estaban.

—Estas señoras querían verte, hijo —indicó Caridad.

Aparte de la belleza, poco compartían. La una era morena, plebeya y puta, y la otra rubia, pura y de

buena cuna; mas allí frente, hermanadas en la contrariedad, ¿podía decirse que el sufrimiento de una fuera superior al de la otra?

—Estamos en ascuas, señor Torres —dijo la Mulata, que mostraba un poco más de entereza—. El barco hierve en comentarios, cada cual diferente o acaso contrario, y ya no podíamos demorar más el venir a veros. Decidnos, por vuestra vida, ¿cómo están los cautivos?

Les conté lo que sabía y las tranquilicé sobre la vida de los hombres.

—Pero ¿es cierto que Cansino amenazó con matarlos?

—Cansino quiso acabar con ellos en el arrebató del momento, mas, una vez pasado todo, ¿qué interés puede tener en liquidarlos?

—Y vos se lo impedisteis —dijo doña Elena—. Y os hirieron.

Sentí que me afluía la sangre al rostro. Una mezcla de orgullo y tormento llenaba mi pecho. Orgullo por la ayuda prestada a mi señora, por el temblor que noté en su voz, y tormento porque tenía muy presente la causa de su aflicción.

—No me lo agradecáis a mí, doña Elena, sino al cabo Vicente, que fue quien desobedeció a Cansino y nos ordenó proteger a los cautivos.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué será de ellos si Cansino se apodera de la nao? —volvió a la carga la Mulata.

—Tened por cierto que el general sabe defenderse, señora, podéis creerme. Además, tras la muerte del capitán Flores, ¿quién no querrá ponerse de su parte?

—Pero Cansino parece hombre cruento y arrojado, mientras que el general es persona más bien indecisa y poco inclinada a la lucha.

—No os dejéis engañar por las apariencias, ni vayáis a tomar la serenidad por tibieza, que en esta lucha Mondéjar es el lobo.

No sabría decir si mis reflexiones las convencieron o las preocuparon más; quizá esto último, porque a doña Elena se le humedecieron los ojos y se le escurrió alguna lágrima.

—Haced algo por ellos, os lo ruego, Juan Torres; su vida me es tan cara...

Tan cara para ella como adversa para mí. Quizá se dio cuenta del desliz y por eso calló.

—Haré lo que pueda —les aseguré—, pero, os guste o no, en estos momentos vuestra mejor valedora es Juana Alonso. Id a hablar con ella.

—Jamás me rebajaré a tal —proclamó doña Elena con una animosidad impetuosa.

La Mulata, sin embargo, no dijo nada; quizá ella sí estaba dispuesta a rebajarse antes que ver muerto a su hombre.

—Por cierto, señor Torres —me dijo doña Elena antes de despedirse—, os buscaba también por otro motivo: mi criada Inés está muy grave, y quería rogaros que vinieseis a verla.

Con el ajetreo de los últimos acontecimientos, habíame olvidado por completo de Inés, y era cierto que hacía varios días que no la había visto y que la pequeña Frasquita me había contado de su postración. Acompañé a doña Elena al lugar donde habían acomodado su matalotaje y puesto su rancho. Mientras avanzaba a su lado, ofreciéndole mi brazo, pensaba en las curiosas vueltas que da la vida. Un mes atrás habría vendido mi alma a cambio de pasear con ella de tal guisa, y, sin embargo, llegado el momento, no sentía sino la desilusión de saber que su presencia junto a mí era consecuencia de su amor por otro hombre. Parece que la fortuna goza alterando la letra pequeña de nuestros deseos.

Para mi sorpresa, recibíeronme sus padres con muestras de aprecio. Y más sorprendente fue la acogida que me dispensó mi viejo enemigo Martín Navarrete, que, si no amistosa, tampoco fue hostil. Es más, demostraba una grande preocupación por la criada, que yacía en una sencilla estera.

Aunque los síntomas del escorbuto estaban presentes en ella, no era sólo la peste del mar lo que la tenía tan desahuciada, pues había fiebre, sudoración abundante y, según me dijeron, a toda hora se iba en vómitos que la tenían reducida a una extrema debilidad, por lo que la tripa resaltaba como una pequeña vejiga escondida bajo del vestido. Apreté con mis manos sobre ella, preguntándole si le dolía, pero Inés negó con la cabeza y mantuvo los ojos cerrados.

—¡Qué extraño! —exclamé, más para mí que pretendiendo hablar con nadie.

—No os sorprendáis, señor cirujano —dijo doña Mercedes Bobadilla, la madre de Elena—, porque no es ningún síntoma de la enfermedad que buscáis.

Había en su tono y en su expresión una cierta socarronería que no casaba con el momento, y mi asombro se volvió confusión.

—No os comprendo —dije.

—Si fueseis mujer me entenderíais, caballero —respondió ella.

Y entonces se hizo la luz en mi caletre:

—¿Queréis decir que está preñada?

—Así es, señor Torres. Tal vez de cinco meses.

Y mientras doña Mercedes y yo cruzábamos estas palabras, Inés continuaba con los ojos cerrados, no sé si por la dolencia que la aquejaba o por vergüenza de mirarme. El caso es que su estado era preocupante, y quise llevarla a la enfermería de inmediato, pero doña Mercedes se opuso diciéndome que ella la atendería como si fuera una hija.

—Además —añadió—, ¿no os parece que estará mejor aquí, que no en esa triste enfermería del entrepuente?

La mujer estaba en lo cierto, así que estuve un rato junto a Inés lavándole la cara con paños húmedos. Después le hice beber un caldo frío y tragar pasta de ajos majados, y por último prometí a doña Mercedes que me acercaría con frecuencia a verla.

Aunque me alejé de ella, Inés seguía muy presente en mi pensamiento. No podía desterrar, pese a las negativas que en su momento me diera, la sospecha de que había sido la amante clandestina de las noches de luna nueva. Así que me puse a calcular si el vástago que esperaba pudiera ser mío, mas al punto concluí que no. Si las cuentas de doña Mercedes eran correctas, Inés debió de preñarse antes de zarpar la flota. Ah, pobre Inés, porque no eran aquellos los mejores momentos para llevar una criatura en el vientre.

## 16

Al atardecer de aquel día, el cabo Vicente me avisó de que estuviese preparado para cualquier eventualidad. Habíase acercado a la enfermería con mucha prevención y misterio y, al contrario que otras veces, en que apenas se cuidaba de disimular lo que decía, entonces hablome en susurros y sin querer extenderse demasiado.

—Por Dios, señor Vicente, dejaos de tanto secreto y sed más claro.

—Baja la voz, zagal, que no estoy para bromas. Poco más es lo que sé. Mondéjar nos ha anunciado a varios de su confianza que mañana invitará a Cansino para reconciliarse con él. También nos ha requerido que seamos comedidos con la bebida porque podría haber jaleo.

—¿Y nada más?

—Eso es todo.

Pero no era todo, porque Francisco Mondéjar había pedido también a Juana Alonso un sacrificio difícil de cumplir: que estuviera presente en el banquete que iba a ofrecer a Cansino y que lo agasajara lo más posible, pues de ninguna manera quería disgustar a su lugarteniente.

—¿Cómo pretendéis que festeje a ese animal? —le recriminó Juana Alonso—. Deberíais haberlo ejecutado ya, y no una, sino dos veces, por la desobediencia que os ha demostrado y por la muerte infame de Bernal.

—Todo se andará, Juana: no queráis adelantaros al afán de cada día.

—Eso ya me lo habéis dicho. Señor Mondéjar, no estáis resultando el general que yo creí.

—Querréis decir el que os convenía que fuera.

—Me habéis fallado en lo poco que os pedí. ¿Es eso conveniencia? Me he convertido en vuestra barragana, ¿y me ha servido de algo? Al menos, ya que ha muerto mi esposo, tened clemencia de los dos desgraciados que están presos en la sentina y liberadlos de una vez.

Mondéjar, al escuchar el pequeño alegato de la mujer, se mostró muy reservado y volvió a contestarle que cada cosa a su tiempo.

—Lo que necesito es que mañana cumpláis lo que os pido —concluyó.

Así, al día siguiente, nueve de octubre, Mondéjar invitó a los oficiales de mar y guerra a almorzar con él en el coronamiento de popa en consideración al capitán Antonio Cansino, con quien quería limar asperezas que en nada beneficiaban a la empresa. Mandó cubrir con un tendal de lona la cubierta de la toldilla, matar el último carnero que quedaba, sacar unos quesos de oveja curados en aceite y una pierna de jamón requisada a Félix Carrasco, y abrir un barrilete de vino de Oporto de sus provisiones personales. Situó también a unos guardias armados abajo, junto a la escala, para evitar que los demás, que veíamos con envidia como se atracaban, fuéramos a molestarlos. A muchos nos extrañó que Mondéjar hiciera tal derroche, pero supusimos que daba el gasto por bueno con tal de reconciliarse con su segundo.

Cansino llegó algo receloso al banquete, cargado de hierros y rodeado por varios de los suyos, mas como viera que los hombres de Mondéjar iban desarmados y que el general lo abrazó y brindó con él y lo trató de amigo, sentándolo a su diestra y agasajándolo de afectuosa manera, perdió toda la desconfianza y se aprestó a disfrutar del momento, en especial al ver que era Juana Alonso quien rellenaba su copa cada vez que quedaba vacía.

Mondéjar ofrecía disculpas por los malentendidos y hacía protestas de inocencia sobre la idea de liberar al capitán Flores.

—Fijaos, capitán —le decía Mondéjar—, que esta nao está llena de gente interesada en crear desavenencias por culpas y cargos que no se deben, para que tengamos que andar después aclarando los enredos.

Con esta y otras razones lo halagó durante un largo rato, porque la comida, que había empezado a mediodía, se prolongó más allá de la hora nona. Y cuando vaciaron el barrilete de oporto, Mondéjar hizo destapar otro de jerez y ordenó al despensero que trajese de la bodega higos secos, almendras tostadas e incluso unas aceitunas. También había tratado el general con la Mochuela y otras tres busconas de a bordo para que ayudasen a Juana Alonso con el servicio y se pusieran a disposición de los hombres de Cansino.

Y cuando estaban todos bien llenos y reconfortados por el vino, las abundantes viandas y los arrumacos de las mujeres, dejó caer Mondéjar, como al descuido, que se estaba aburriendo de su barragana, pues mucho lo celaba y no quería que mirase a otras mujeres.

—Tanto se empecina y tan pesada se pone que no veo el momento de librarme de ella —le confió—. Quizá, quizá... Vos ya me entendéis, capitán.

Y el capitán Cansino asentía con la cabeza porque la boca tenía atiborrada de higos, y se frotaba las manos y por dentro se relamía imaginando a Juana Alonso entre las cobijas de su lecho.

—Y, a propósito del capitán Flores —comentó Mondéjar—, querría proponeros algo, amigo Cansino.

—Decid, decid —lo alentó aquel cuando hubo tragado los higos.

—Me parece que deberíamos abrir información para esclarecer su muerte, aunque no sea más que un trámite para conformar a los más exigentes.

—¿Cómo así? —preguntó Cansino, asomándole la desconfianza a los ojos, pues no comprendía a qué se refería Mondéjar.

—Entendedme, mi buen Antonio —le respondió el general con una amplia sonrisa—. Son muchos en la nao los que levantan quejas y protestas por el asesinato del capitán Flores, y es comidilla que está presente en los corrillos y mentideros y viene a echar más leña al fuego en momentos tan delicados, que se han cumplido más de dos meses sin avistar tierra. Los hombres necesitan un gesto para quietarse.

Y como no viera ni un estoque ni un cuchillo en poder de los hombres del general, el alférez se lo tomó a broma y, para no disgustarlo, le siguió la corriente, pues también a él le incomodaba la situación.

—Ah, Francisco, vos siempre tan riguroso con las formas —respondió Cansino, con una mano alrededor de la cintura de Juana Alonso.

—Sólo estaríais un par de días encerrado en vuestra cabina —dijo Mondéjar, haciendo un gesto de complicidad—, custodiado por quienes vos elijáis.

—Haced lo que os plazca, pero cuanto antes mejor —se acomodó el alférez, pues al fin y al cabo el general era su amigo y socio en esta jornada.

Y habiéndose puesto de acuerdo en la farsa de la averiguación, Cansino se dejó trabar unos grilletes en buena conversación y risa, creyendo que todo se haría bien y por derecho, y con muchos guiños tranquilizaba a sus hombres, que se habían preocupado al ver lo que ocurría.

El general, luego de haberle puesto los grilletes, siguió un rato dándole buena plática y ayudándolo a llevarse los manjares a la boca, y más tarde, aún abrazado a él y trastabillando los dos como borrachos a la salida de una juerga, lo bajó a la cubierta de la tolda y lo sentó en una caja que a propósito estaba dispuesta. En aquel momento, gobernados por Juárez, se acercaron los soldados que habían estado de guardia, armados de mosquetes y espadas con rodelas, y el general se desasió del

alférez y se tornó serio de repente.

—¿Qué juegos son estos, Francisco? —preguntó, aún risueño, Cansino.

—Encomendaos al Señor, porque vais a morir —le respondió Mondéjar.

—¿Por qué? —dijo el alférez, todavía sin darse cuenta de lo que sucedía.

—Por degollar al capitán Flores en la sentina de la nao, por ordenar la muerte de don Lope de la Vega y por alentar sedición en la Santa Ysabel.

Los hombres de Mondéjar lo obligaron a arrodillarse en la tablazón y asentar la cabeza en la caja, como si fuera tajo de verdugo. Entonces los secuaces de Cansino diéronse cuenta de que no eran bromas e hicieron por desnudar sus hierros para defenderse, se hizo alboroto en la toldilla, las mujeres que allí andaban salieron huyendo y hubo reniegos y gritos de traición; pero los oficiales que estaban en el banquete sacaron unos cuchillos y vizcaínas que llevaban escondidos debajo de la ropa, y los mosqueteros de guardia los conminaron a tirar las armas.

—¡Daos presos! —les gritaron.

Y como era tanta la diferencia de fuerzas y además andaban todos azumbrados por el mucho vino bebido, se rindieron sin dar pelea. El cabo Vicente fue quitándoles las armas, amarrándoles las manos y empujándolos hacia donde estaba Cansino.

En esto llegose el padre Saavedra, que trató de persuadir a Mondéjar con graves palabras y, como no lo conmoviera, se pasó a los ruegos, pensando que conseguiría convencerlo igual que sucedió anteriormente.

—General, no queráis llevar sobre vuestra conciencia estas muertes —decía el capellán con la voz atropellada y llena de zozobra—. Permitid que sean juzgados, que reciban al menos cristiana confesión.

Pero el general no quiso torcer su voluntad, apartó al sacerdote y ordenó cortarle la cabeza a Cansino sin dejarle tiempo para decir Jesús. Acto seguido, la colgaron del mismo motón donde había estado la del capitán Flores y arrojaron su cuerpo al mar con los grilletes aún puestos.

La consternación que este acto provocó fue general. Hubo quien gritó, quien se santiguó, quien se llevó las manos a la cabeza y hasta quien cayó arrodillado porque le flaquearon las piernas.

Mas Mondéjar no mostró compunción ninguna ni demoró un instante en cumplir sus propósitos y con paso felino se acercó a la baranda del alcázar, llamó a su lado a Félix Carrasco, le entregó un bando que había redactado y le ordenó que lo leyese. El sargento mayor lo desplegó, se aclaró la garganta y, con su potente vozarrón, lo leyó ante una multitud silenciosa. En él se detallaban todos los crímenes y desafueros del alférez Cansino, incluyendo los ya dichos, el secuestro por la fuerza de Maui y otros más que quizá no debía. El viento tensaba las lonas, la nao cabeceaba en una mar algo rizada y un sol que se deslizaba hacia poniente guiaba nuestro rumbo, atrayéndonos hacia él como una piedra de Magnesia atrae a otra.

Entonces la atención de todos volviose hacia los demás prisioneros, palpitantes aún nuestros corazones por la escena tan terrible que habíamos presenciado. A ellos también se los condenaba a pena de vida para dar escarmiento y ejemplo de severidad, empezando por un Juan Blanco, que fue quien degolló al capitán Flores, y uno de los más fieles secuaces de Cansino. Dicho y hecho: en el mismo tajo se lo decapitó. Y ahí volvió a la carga el padre Saavedra, y acercáronse también otros oficiales y las mujeres de algunos soldados presos suplicando por sus vidas, e incluso el mismo Figueroa rogó por un Miguel de Ruesga, que estaba en su lista, y tanto y con tal afán lo pidieron todos que el general por fin se aplacó y los perdonó.

De aquella forma tan rigurosa resolvió Mondéjar la insumisión de Cansino y terminó con los rumores que le atribuían tibieza y falta de ánimo. Ya nadie cuestionó su gobierno, ni aun los más

allegados a Cansino, que súbito mudaron sus lealtades y se desvivían por contentarlo.

Y mientras tanto navegábamos por un océano vacío e inacabable. Pasó el noveno día del término concedido a Valiero y, pese a sus cálculos y deducciones, seguíamos sin avistar tierra. Próximo veía el piloto su fin, pues, si ya tenía por cierto que Mondéjar habría de cumplir su palabra, después de los últimos y tan crueles sucesos habidos no le cupo la menor duda de que a su cuello lo esperaba la horca. No obstante, no quiso escurrir el bulto y dejábase ver en cubierta con más frecuencia que nunca, con el semblante sereno y casi sonriente, evitando darles el gusto, a quienes lo querían mal, de verlo acongojado o temeroso.

Tan sosegado se lo veía que incluso los amigos nos recatábamos de darle ánimos, bien porque pensáramos que no los necesitaba, bien por no perturbarlo con la simple mención del asunto. Por su parte, el general, vencido el escollo de Cansino, tampoco hizo mención del plazo dado ni demostró en modo alguno que estuviera próximo a cumplir, antes al contrario, trataba a Valiero con gran consideración y deferencia como si no estuviera su cabeza pendiente del cada vez más exiguo hilo del tiempo.

Sin embargo, fue otra muerte la que hubimos de lamentar. En mitad de la noche de uno de aquellos días vino Martín Navarrete a despertarnos al barbero y a mí. Habíase ocultado ya la luna y sólo la débil claridad de la bujía que portaba nos permitía distinguir los cuerpos y bultos esparcidos en cubierta. Llegados al lugar que ocupaba la familia Navarrete, dejó Martín la bujía en el suelo y se sentó en un cajón, muy afligido. Alrededor de la estera donde Inés yacía, doña Mercedes y otras mujeres rezaban por ella, y a la cabecera, sosteniendo una de sus manos, hallábase doña Elena hablándole con amor y mucha ternura. Sin embargo, la mirada que me dirigí no presagiaba nada bueno.

—Acaba de perder el hijo que llevaba en las entrañas, señor Torres —me explicó en voz baja.

—¿Y qué habéis hecho con él?

—¿Qué queríais que hiciéramos sino arrojarlo por la borda? —intervino doña Mercedes—. Lo que ha salido por ahí abajo no ha sido sino una amasadura de bofes y sangre en abundancia.

—¿Sigue sangrando? —preguntó el barbero.

—Ya no, pero su debilidad es extrema.

Ciertamente que Inés había empeorado mucho. Deliraba y mostraba una expresión de gran sufrimiento. La piel veíase apagada y cenizosa, más de muerta que de viva, y de sus labios se escapaba un quejido débil y persistente. Tan mal se hallaba que Caridad, apenas la vio, se fue a buscar al capellán mientras yo le preparaba un menjurje de belladona que calmase su sufrimiento.

Cuando el padre Saavedra llegó, se reclinó a su lado para tomarle confesión. A continuación, hizo sobre ella la señal de la cruz y con el aceite bendecido le aplicó las siete unciones prescritas por el rito: una por cada sentido del cuerpo, con los que se puede pecar, otra en los pies, por los malos pasos, y la última en el vientre, por la delectación que allí reside. Y al finalizar la imposición de los óleos, encendió la vela bendita, rezó con todos nosotros las invocaciones y marchose a seguir durmiendo.

Con él se alejó Caridad y yo me quedé allí junto sin otra ocupación que velar sus últimos momentos. Pero me amodorró el murmullo de las mujeres rezando, que se mezclaba con los sonidos del viento en el trapo, el restallar de la jarcia, el crujir del maderamen y el rumor de la nao deslizándose entre las olas.

De pronto sentí el tacto de una mano en la mía y recobré el sentido. Era doña Elena:

—Acercaos a ella —me susurró—, porque quiere deciros algo.

Inés tenía los ojos muy abiertos y brillantes, y me miraba con gran intensidad. Me arrodillé junto a la cabecera y acerqué mi cara a la suya. La vi mover los labios y humedecérselos con la lengua para poder hablar, mas ningún sonido salió de ellos. Aguardé con el alma en vilo alguna palabra suya, pero nada dijo, pues en aquel momento murió. Me levanté reprimiendo las lágrimas que me quemaban detrás de los párpados.

—Parecéis muy afectado, señor Torres —me dijo doña Elena, también ella llorosa.

—Es que le tenía mucho aprecio a vuestra Inés.

Entonces ocurrió algo que en verdad me sorprendió. El señor Martín Navarrete dio un paso hacia nosotros y con pesadumbre en su voz y la mano extendida me dijo:

—Os agradezco los cuidados que habéis tenido con ella.

Yo observé la piel clara, los aristocráticos dedos, tan semejantes a los de su hermana, y unos ojos cuya luz sincera corroboraban las palabras dichas y, sin dudarlo, estreché la mano que me ofrecía, la misma que tiempo atrás había pretendido matarme. Muchas vicisitudes habrían de ocurrir todavía en nuestras vidas, mas nunca hube de arrepentirme de aquella paz que sellamos junto al cadáver aún caliente de Inés.

Ya se estaba abriendo camino la primera claridad del alba, coloreando tenuemente el oriente. Levanteme de allí y me marché para tratar de dormir siquiera una hora, pero no podía sacarme a Inés de la cabeza, pensando qué habría querido decirme en aquel postrero momento. ¿Acaso que había sido ella mi nocturna amante? Mas esa era una pregunta que Inés no podría responder jamás.

Por la mañana, el capellán dio una misa por el alma de la fallecida y después se lanzó su cuerpo por la borda. Aunque casi todos asistieron a la ceremonia, la gente tenía la cabeza puesta en otra cosa.

Mas nada sucedió aquel día, ni el siguiente, penúltimo del plazo dado a Valiero.

«Dónde están esas islas de Poniente», clamaban algunos, y malgastaban las fuerzas en irse de boca contra el piloto, traidor portugués, judío renegado mil veces merecedor de la horca, que nos hacía dar vueltas por el océano engañándonos a todos; contra Alonso Domínguez, comandante de paja que ni siquiera supo regresar a las Marquesas; contra el general, que había separado a la Santa Ysabel de la flota y hasta contra el hado perverso que se burlaba de nosotros y nos equivocaba el rumbo.

El general porfiaba por desterrar tanto pesimismo diciendo que se espantaba de ver cómo a hombres de tanta determinación ahora les faltaba. Pero cómo íbamos a tenerla si, sedientos y desanimados, más parecíamos una tripulación de espectros que no de hombres de carne y hueso, tal si el plazo dado a Valiero fuera, al mismo tiempo que su final, el inevitable apocalipsis de la Santa Ysabel.

Amaneció el doce de octubre y había en la nao una gran expectación, aunque todos aparentasen normalidad, si normalidad podía llamarse aquello: los marineros a su faena, los soldados a su molicie y los pasajeros a sus angustias, con un ojo puesto en la soga y el otro en la cofa del palo mayor, donde el vigía oteaba el horizonte en busca de tierra.

Las horas de la mañana transcurrían con lentitud, marcadas por los pajes al voltear la ampollita. A mediodía, como era su costumbre, el piloto tomó la altura del sol con el pesado astrolabio sin que le temblara el pulso ni aparentase turbación alguna, y con la corredera calculó la velocidad ayudado por un grumete. Pero se fue la tarde sin que se diera el ansiado grito de tierra y, cuando el sol ya declinaba, el general subió a cubierta acompañado de Félix Carrasco y de Alonso Domínguez y el piloto fue requerido a comparecer.

—Amigo Valiero —le dijo Mondéjar, poniéndole la mano en el hombro con mucha cortesía—, pongo al cielo por testigo de lo mucho que me apena dar este paso, pero vos os empeñasteis en señalar este rumbo por el que nos habéis arrastrado a todos con tan inútiles resultados: no hemos avistado las islas de Poniente ni las de levante, ni roca perdida ni peñón alguno en medio del océano.

—Las islas de Poniente están donde las he situado y aparecerán, general, no lo dudéis —dijo el piloto señalando hacia la proa, imperturbable en su opinión.

—Tal vez, pero no hoy. Ea, acabemos de una vez —sentenció el general.

—Por Dios, señor Mondéjar —rogó el padre Saavedra—, apiadaos de este hombre, dadle más tiempo.

También el bachiller Herrera dio un paso al frente y abogó por su amigo:

—Azotadlo si queréis, enviadlo a la sentina cargado de cadenas, mas no le quitéis la vida por no haber acertado en un tiempo tan caprichoso. ¿No vamos todos en la misma nave, acaso no corre nuestra misma suerte? Pero sobre todo, general, ¿qué habréis de hacer cuando él no esté, dónde buscaréis otro piloto que conozca como él las cartas de marear, las distancias y señales de tierra?

Quizá fue cosa de la divina providencia o únicamente un guiño del azar, pero en el mismo momento en que el bachiller mencionaba las señales de tierra, cruzó sobre la nao una gran suma de aves, como no las habíamos hallado antes, y a poco término el grumete de la cofa dijo ver celajes asomando por el suroeste.

Y muchos marineros y aún varios soldados, olvidándose de la ejecución, se treparon a los palos para poder ver mejor un horizonte donde comenzaba a hundirse el sol. Opinaban unos que era la silueta de una isla muy lejana, otros que eran nubes bajas y hasta Alonso Domínguez dijo ser señal clara de tierra cercana. En estas pláticas el crepúsculo ya se había echado encima y uno de los pajes llevó un farol para iluminar la bitácora y cantó:

*«Amén, y Dios nos dé buenas noches;  
buen viaje, buen pasaje haga la nao,  
señor capitán y piloto y buena compañía».*

Y como ya no era posible distinguir nada en un cielo que por momentos se oscurecía, determinó el general aplazar la ejecución:

—Bueno, mi señor Valiero, por hoy os habéis librado. Mañana veremos si vuestra cabeza penderá de esta sogá o si seréis aclamado como nuestro salvador.

A pesar de todo lo ocurrido, el primer pensamiento del piloto fue para el navío: mandó recoger el trapo y navegar sólo con el trinquete con dos rizos tomados, doblar la guardia de la proa y sondar el fondo cada media hora por miedo a topar con bajos o arrecifes.

Como es de imaginar, aquella noche pocos pudimos dormir. Leía el padre pasajes de las Sagradas Escrituras, rezaban las mujeres y no pocos hombres plegarias al Altísimo, no por la salvación del piloto, sino por la suya propia, y el barco todo era un inmenso corrillo donde se opinaba y argumentaba y hasta se apostaba sobre lo que el nuevo amanecer habría de depararnos.

Mas el amanecer pronto despejó las cuitas e inquietudes, y nos permitió descubrir una línea violácea sobresaliendo apenas una pulgada sobre el horizonte de poniente, más sombra que silueta, pero reconocible para los avezados ojos de los marineros.

—¡Tierra, tierra! —gritó el vigía desde la cofa del palo mayor—. ¡Tierra por la amura de estribor!

Y los marineros y soldados coreaban la buena nueva, «¡Tierra, tierra!»; y los pasajeros, «Dios bendito, por fin tierra»; y hasta la misma nao parecía repetir con sus crujidos la mágica palabra:

«Tierra».

—Son las islas de Poniente —afirmó Sebastián Valiero—, no hay duda.

De repente, la gravedad tornose en alegría. Un gran contento se apoderó de todos nosotros, casi locura, los yacentes se levantaban, los enfermos olvidaban sus males, creían los descreídos y los descorazonados recobraban la esperanza. Rezose una *Salve Regina* muy sentida y verdadera, y estos lloraron sin recato ni pudor, esotros prometieron donativos a tales o cuales cofradías y aquellos hicieron votos de cargar de rodillas la verga del trinquete hasta la primera iglesia que se erigiese en las islas.

**SEGUNDA PARTE**  
**LAS ISLAS DE PONIENTE**

Por ser montañosa, estaba la tierra más lejos de lo que pensábamos y nos llevó todo aquel día alcanzarla. Y una vez en ella, seguimos en paralelo a la costa, que corría en la orientación sudeste noroeste, buscando una bahía o ensenada que ofreciese buen puerto. Se veían algunos ríos y una manigua espesa, de un verde profundo, que llegaba hasta la misma orilla y sobre la cual aparecían algunas columnas de humo. Al cabo de unas horas hallamos un lugar que pareció propicio para surgir y se botó la chalupa con algunos marineros para que lo comprobasen.

Cuando estaban a un cable de la orilla, comenzaron a aparecer muchos indios salidos de la arboleda, que serían más de doscientos, y que se mostraron en todo punto diferentes a los de las Marquesas, pues, en lugar de botar al agua sus canoas y acercársenos en nutrida flotilla, quedáronse en la playa y desde ella hacían señas a los nuestros para que desembarcasen. Eran gentes de constitución fuerte, piel más de negro que de indio, con los cabellos ensortijados y desnudos de cuerpo, si no era por unos pampanillos oscuros que les cubrían las vergüenzas.

Los hombres de la chalupa, recelándose alguna emboscada, no quisieron allegarse hasta la playa y decidieron regresar, pero uno de los indios se lanzó al agua, nadó hasta la barca y por medio de señas les pidió que lo llevaran a la nao. Al cuello y muñecas traía unas pulseras como de colmillos de animal, y cuando lo presentaron al general, le señaló la isla y le habló de ella con mucho brío y arrogancia, aunque nada entendiéramos de su discurso.

Sebastián Valiero, que era el único de nosotros que conocía las relaciones del primer viaje de Mendaña, se acercó al indígena y pronunció algunas palabras que había leído en ellas y que el otro reconoció, sobre todo «*taubrique*», que quiere decir «jefe», y se señalaba al pecho y lo golpeaba, y así tuvimos por cierto que estábamos por fin en las islas de Poniente. Por medio de señas y gestos nos dijo que él era Tenile, señor de muchos «*naclonis*», que quiere decir «vasallos». Y se movía por la nao sorprendiéndose de todo, y todo lo tocaba y miraba y remiraba, las barbas de los hombres, las corazas de los soldados, el armamento y a las mujeres, pero de forma harto educada y sin ocasionar molestia ni ofensa a nadie.

Para congraciarse con él, Mondéjar le entregó unas calzas de terciopelo carmesí, con lo que quedó muy conforme el indio y comenzó a cantar, y no dejó de hacerlo hasta que lo llevamos a tierra en la chalupa. En la playa estaban esperándolo los suyos, que salieron a recibirlo con gran fiesta y muy admirados por las ropas que vestía. El *taubrique* se llegó hasta ellos y, seguido de unos cuantos, se perdió entre la arboleda. Al cabo de poco tiempo volvió trayendo dos cerdos bien cebados y cocos, raíces y otras frutas que nos ofreció gustosamente, y dijo que se acercase la nao a tierra y nos daría más regalos y que serían nuestros amigos. Valiero le indicó que necesitábamos agua y al punto Tenile ordenó a los suyos que nos la trajesen en unos grandes canutos de caña que hacían casi una arroba. La bebimos hasta saciarnos y la demás la llevamos a bordo y se repartió entre el pasaje, que festejó la ocasión más que si nos hubieran regalado capazos llenos de oro, pues era la primera agua fresca que se bebía en mucho tiempo.

La gente estaba alegre y nuevamente ilusionada. Los soldados volvían a soñar con hazañas guerreras en las que ganar gloria y fama, los marineros fantaseaban con tomarse un merecido descanso de las duras faenas navales, los colonos con iniciar finalmente una nueva vida al otro lado de la mar oceánica, y todos, sin falta, con poder asear sus cuerpos, lavar sus ropas y volver a ser medianamente personas.

El único que no participaba del optimismo general era Francisco Mondéjar, para quien alcanzar las

islas de Poniente no significaba más que cambiar unos peligros por otros. Incluso se burló de la sugerencia de tomar posesión de la isla que le hizo Alonso Domínguez. Así, aquella misma noche, convocó a consejo en su cámara a los oficiales de mar y guerra, y también al padre Saavedra.

Por el abierto ventanal de la cámara de popa entraba una fresca brisa que atemperaba el calor de la estancia y hacía oscilar la llama de los dos candiles que la iluminaban. Mondéjar, con el rostro cincelado por las sombras, expuso a los demás la situación con lacónica brevedad.

—Estamos en una buena encrucijada, mis señores —empezó diciendo el general—, pues en algún lugar de estas islas ha de hallarse el adelantado Mendaña con el resto de la flota. Por tal motivo os he convocado a esta junta, para que cada cual dé en confianza su parecer.

Miráronse los unos a los otros en silencio, y como ninguno se animase a hablar, el general interpeló a Valiero:

—Ya sé que vuestras lealtades no me son favorables, pero seguís siendo el piloto de la Santa Ysabel y vuestro conocimiento de las islas es valiosísimo para todos.

Don Sebastián no desmintió las palabras del general y, yendo directamente al grano, extendió sobre la mesa de la cámara el mapa del archipiélago que yo le había pasado a limpio.

—Según mis cálculos, nos hallamos en siete grados y tres cuartos de latitud austral, a dos mil cien leguas de El Callao. Y esta isla en que hemos tocado debe de ser Santa Isabel. —Y señaló con el índice una isla alargada y estrecha, a media altura del archipiélago por su lado oriental.

—¿Se puede saber cómo habéis llegado a ese convencimiento, maese Valiero —le preguntó Alonso Domínguez—, siendo así que apenas acabamos de llegar y no hemos visto más que unas leguas de costa?

Todas las cabezas volviéronse hacia Valiero, pendientes de su respuesta. Y él explicó lo que ya me había dicho a mí: que, aunque nunca antes había estado en las Salomón, había tenido el cuidado de leer las varias relaciones de la jornada, algunas muy minuciosas al situar la posición de cada isla, y que en tales escritos basaba sus cálculos. Pero se guardó de hablar del mapa que hizo Sarmiento.

—No obstante —concluyó—, si voacé tiene una opinión diferente justo es que nos la haga saber.

Pero no, el comandante no tenía nada que añadir a lo dicho, por lo que Valiero, con la venia del general, prosiguió con sus explicaciones:

—Por lo que se refiere a don Álvaro y el resto de la expedición, lo más lógico es suponer que se encuentren en la isla de San Cristóbal, pues en las instrucciones dadas por el virrey se indicaba claramente que, en caso de que la flota se separase, habríamos de reunirnos allí. —Y señalaba en el mapa, con el índice y el corazón de la mano diestra, las islas de Santa Isabel y San Cristóbal.

—¿A qué distancia de nosotros está esa isla? —quiso saber Alonso Domínguez.

—Serán unas cien leguas.

—Bien, mis señores —dijo Mondéjar al cabo de un momento—; llegados aquí, la cuestión que nos ocupa es qué vamos a hacer.

Prodújose otro silencio más prolongado que el anterior. Se miraron los oficiales con las expresiones hieráticas y las bocas firmemente cerradas de quienes nada querían arriesgar, hasta que un carraspeo del padre Saavedra rompió tan unánime mutismo.

—¿Su reverencia quiere decir algo? —preguntó el general, que, convocándolo al consejo, le había negado la gracia de quedarse al margen de los hechos.

—A mi entender, general, se os presentan tres opciones... —empezó el sacerdote, pero el general lo interrumpió para corregirlo: «Se nos presentan, padre Saavedra, se nos presentan». Se nos presentan —aceptó el sacerdote— tres opciones: podéis, es decir, podemos abandonar estas islas y buscar otras tierras nuevas —siguió el padre, pasándose la lengua por los reseos labios —, o

establecernos aquí y jugar al escondite con el Adelantado con la esperanza de que se vaya o no nos encuentre.

—¿Y la tercera? —preguntó Mondéjar.

—La tercera opción es ir a su encuentro y entregarnos —dijo el padre mirando a su alrededor para observar el efecto de sus palabras—. En mi modesta opinión, señores oficiales, la voluntad del Adelantado no ha de ser tan severa que no tenga en consideración la indulgencia mostrada con el capitán Flores, a quien el general perdonó la vida, ni el rigor empleado con el traidor de Cansino. Yo me pongo a vuestra disposición para mediar ante don Álvaro y su esposa y pedir su perdón.

—Agradezco vuestro gentil ofrecimiento de mediación, padre Joaquín —respondió Mondéjar hablando con mucha suavidad y una sonrisa en los labios—, pero Mendaña es hombre severo, aunque pueda pareceros lo contrario, y quienes lo rodean no se caracterizan por la clemencia, en especial doña Isabel Barreto, que pedirá nuestras cabezas servidas en bandejas de plata.

—Sin duda os equivocáis, don Francisco...

—No me equivoco, padre —lo interrumpió con firmeza el general—, ni arriesgaré mi cuello para comprobarlo. ¿Y vos que pensáis, don Alonso?

El aludido se mesó distraídamente la barba mientras meditaba la respuesta:

—Si navegamos hasta el extremo más septentrional del archipiélago y nos establecemos aquí —dijo el señor Domínguez, señalando una isla llamada San Marcos—, pueden pasar años sin que nos encuentren, y para entonces tendríamos pacificada la isla y fundada una colonia, con los cargos e instituciones de poblamiento, lo cual sancionaría nuestra situación, pues los vecinos de una villa tienen potestad para elegir gobernador.

Las llamas de los candiles se agitaban y las móviles sombras deformaban los rostros de los hombres allí reunidos, que uno a uno fueron expresando su parecer. La mayoría coincidieron con lo dicho por Alonso Domínguez; sólo el contra maestre Figueroa estuvo en desacuerdo, pero por un motivo de índole más sobrenatural que humano, que nada tenía que ver con lo dicho hasta el momento.

—Repongamos bastimentos y prosigamos el viaje —dijo Figueroa—. ¿O no recuerdan vuestras mercedes la maldición que pesa sobre la Santa Ysabel? Ved que estas islas nos atraen con tan funesto propósito como a Ulises los cantos de sirena. Por dos veces nos han hecho errar el camino y desandar lo andado. Y, cuando por fin hemos arribado a ellas, ha sido precisamente a esta isla de Santa Isabel, cuyo nombre es el mismo que lleva nuestra nao. Díganme que esto no es un aviso divino.

—No permito a vuestra merced que pretenda corromper los designios de Nuestro Señor —lo reprendió el padre Saavedra—, pues no es maldición, sino ventura, que por su gracia hayamos avistado esta isla cuando nuestros sufrimientos eran mayores.

—Nos pesará si no abandonamos las islas del rey Salomón, judío pecador que atesoraba riquezas mundanas. De sabios es conocer las señales del cielo, y ¡ay de nosotros si no las escuchamos!

—Señor Figueroa —terció Mondéjar—, sabed que estáis aquí como contra maestre y no como astrólogo ni augur. Ceñíos pues a lo que tratamos.

Figueroa cerró la boca y lanzó a Mondéjar una mirada furibunda, pero como no añadiese nada más, este pidió nuevamente al piloto que diera su opinión.

—Yo no deseo permanecer aquí y arriesgarnos a tener batalla con gentes de nuestra misma nación. —dijo muy tranquilo Valiero—. Prefiero seguir navegando en demanda de nuevas tierras. Más al sur hay un gran continente inexplorado cuyo descubrimiento y colonización serían tan extraordinarios que nadie podría negaros vuestros derechos.

—Señor Valiero, dejaos de fantasías de otras tierras, que bastante hemos tentado a la fortuna para llegar a estas.

Pero Alonso Domínguez no estaba dispuesto a cambiar de tercio con tanta facilidad, y quiso saber a qué continente se refería el piloto.

—A la Tierra Austral Incógnita —respondió aquel.

—¿Y esas tierras pertenecen a la Corona de España o a la de Portugal? —insistió el comandante.

—Si son incógnitas es que no pertenecen a nadie, aunque ambas coronas sean una en estos tiempos, señor Domínguez, y reposen en la cabeza de don Felipe. Mas ¿qué importancia puede tener eso ahora?

—Llevo tiempo desconfiando de vos, con tantos mapas y portulanos y conocimientos sospechosos como tenéis, y más creo que sois un espía a sueldo de la Casa de Lisboa que no un piloto al servicio de esta expedición.

Valiero, que era un hombre de natural sereno, inflamose ante tan abierta acusación y se revolvió contra Domínguez, encarando se con él y gritándole que no era con infames palabras como se sostenían las acusaciones, sino con pruebas.

—Presentadlas o retractaos ahora mismo —concluyó Valiero.

Formose alboroto, dijeron unos que sí, negaron otros, se alzaron muchas voces y nada se entendía.

—Basta ya, señores, cese la discusión —intervino Mondéjar, dando una palmada con mucha cólera sobre la mesa—, que esto más parece un bazar que no un navío. Y señor Domínguez —y lo señaló con el brazo extendido—, tened presente que el único que acusa aquí soy yo.

Agachó la cabeza el comandante, sosegoose el piloto, callaron los demás y continuó hablando Mondéjar con la voz muy tranquila:

—He oído atentamente vuestras opiniones y pareceres, y agradezco a cada uno la sinceridad de su consejo, pero no podemos empezar a poblar y empeñar tiempo y trabajo olvidándonos del Adelantado, expuestos a tener un encuentro con alguno de sus navíos o a que algún traidor —y aquí Mondéjar hizo un alto y los miró a todos con seriedad, brillando en sus ojos de basilisco el rojizo resplandor de la llama— huya y lo avise de nuestra presencia. No, mis señores, no deseo estar mirando hacia atrás toda la vida, y por ello os digo que lo más conveniente es salir al encuentro de Mendaña. Mañana mismo partiremos e iremos recorriendo las islas, tomando noticias a los indios sobre la presencia de otros españoles y, caso de encontrarlos, seremos nosotros quienes los sorprendamos. Si el Adelantado quiere avenirse a razones, razonaremos, y, de lo contrario, lo combatiremos.

La decisión de Mondéjar a todos asombró. El carácter del general se estaba revelando como una moneda con dos caras: por un lado león y por el otro serpiente. Cuando era menester urdir e intrigar para confundir al diablo, era la segunda la que nos enseñaba, pero cuando no había espacio para enredos y amenazaba peligro, el león enseñaba las garras.

Al siguiente día Mondéjar se lo pensó mejor y, no obstante lo dicho en la reunión de la noche anterior, acordó destinar un día para hacer aguada, leña, reponer víveres y permitir a la gente libre de servicio que bajase a tierra para bañarse y hacer colada de las ropasque, por tantos días de navegación y enfermedades, habían acumulado harta mugre y roña y dado cobijo a colonia de piojos y otros bichitos.

Por tal motivo, pronto quedó la nao casi vacía, y estaba yo también alistándome para bajar a tierra, cuando un paje me trajo aviso de que Juana Alonso se hallaba indispuesta y requería mis servicios.

Estaba mediada la mañana cuando entré en la cámara de popa. Juana estaba tumbada en el lecho con una saya morada muy sencilla y Maui sentada a su lado, en una estera.

—Juan Torres, qué alegría veros —dijo la viuda.

—Juana, ¿qué os sucede?

—No os preocupéis, que estoy bien. Os he hecho llamar con tal excusa para pedir os un encargo.

—E hizo una pausa—. Seguíis visitando al alférez Ocampo, ¿no es cierto?

—A él y a los demás prisioneros.

—¿Y cómo se encuentran?

—Cómo van a estar: desfallecidos, desesperados, cada vez en peores condiciones.

—Os lo pregunto porque quiero que le llevéis a Ocampo un mensaje de ánimo y esperanza. Veréis, he estado hablando con Mondéjar y me ha prometido que en breve los soltará.

No quise imaginar de qué manera había obtenido tal promesa, pero en todo caso me alegré sinceramente por la suerte de Ocampo y de Diego Jara, una alegría envenenada, eso sí, pues su libertad me alejaba de doña Elena.

—Descuidad, Juana, que les haré llegar vuestro mensaje. Y os agradezco lo que hacéis por ellos.

—No me agradezcáis nada, que nada está hecho todavía. Sé que los prisioneros no tienen mucha fe en la palabra del general, pero tal vez la sola noticia les haga sobrellevar mejor el cautiverio.

A pesar del desenfado con que hablaba, veíala acalorada por el aire espeso de la estancia, con una delgadez excesiva y, sin embargo, tan atractiva como siempre. Viéndola así, era fácil entender cómo se habían rendido a ella hombres tan principales.

—¿En verdad estáis bien? ¿No me habéis mentido?

—No, señor Torres, ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque hace días que no salís a cubierta, desde la tarde en que murió el alférez Cansino, y se os ve taciturna y apagada. No parecéis la Juana Alonso de otros días.

Aquellas palabras parecieron tocar alguna fibra sensible de su espíritu, perdió la alegría que hasta entonces había mostrado y su semblante se nubló por una pena contenida que me hizo redimirla de todos los cargos.

—Ah, si supierais lo sola que me hallo y la melancolía que me invade estos días —dijo retorciéndose los dedos y con voz transida por la angustia.

—Por Dios, tenéis lo que queréis, una cámara para vos sola y lujos que todos envidian.

—Pero ningún amigo —me interrumpió—, si no es esta india que me sigue como un perrito.

Mientras hablábamos yo me había sentado en un taburete, junto a la cama, y de vez en cuando echaba ojeadas a las hermosas curvas de Maui, que se marcaban bajo el sencillo vestido de algodón, y a la inocencia de su rostro adolescente.

—Me tenéis a mí.

—Gracias, caballero —dijo ella, posando su mano sobre mi brazo al tiempo que una sonrisa llevaba algo de alegría a su rostro—. No me equivocaba con vos.

—Y tenéis al general —añadí.

Fue un comentario desgraciado. Ella retiró la mano como si le hubiera picado un alacrán, y vi que su contento se tornaba en fastidio.

—No sabéis de lo que habláis, Juan Torres —dijo ella; mas, observando mi perplejidad, añadió—: veo que mis palabras os confunden, pero mi congoja es tan grande que me dejó llevar por ella. Os confesaré algo.

Me removí inquieto en el taburete y tragué saliva, pues las confesiones femeninas nunca me han traído suerte. Pero Juana Alonso dio dos suaves golpecitos sobre el borde del lecho, indicando con ello que me sentase allí, a una distancia más apropiada para las confidencias. Mudé de sitio las posaderas y dirigí una mirada preocupada hacia la puerta.

—No temáis, que nadie entrará aquí por el momento —me dijo ella al captar mi mirada—. Veréis, amigo Juan —prosiguió—, yo no amo al general. ¿Cómo iba a hacerlo si es hombre sin corazón? Al contrario, siento por él un respeto rayano en el temor.

Mal empezaba la cosa. ¿Qué hacer cuando una mujer confiesa tal secreto? Y, sobre todo, ¿qué pensar? Aún tenía fresco en mi memoria el profundo dolor que mostró cuando supo de la muerte de su esposo; y, sin embargo, no había dudado en echarse en brazos de Mondéjar.

—Decidme entonces: ¿por qué seguís a su lado?

Ella me miró durante unos instantes con tan gran intensidad que me empecé a sentir pequeño y miserable.

—¿Ya os habéis dejado ganar por los chismorreos y los insultos que corren sobre mí?

—No, Juana, os tengo en gran estima, y puedo aseguraros que nunca he prestado oídos a los infundios que vierten las malas lenguas —una sonrisa acogió estas palabras—, aunque no comprenda vuestros actos ni me sea fácil explicarlos.

—No es tan fácil librarse de Mondéjar.

Cerró un momento los ojos, se llevó la mano al pecho para calmar alguna pesada congoja y retomó la palabra:

—Intentaré explicaros cómo me siento —dijo—. Imaginad que soy una mosca atrapada en una telaraña, una mosquita que no puede liberarse y vive con el temor constante de ser devorada.

—¿Vos una mosca en una telaraña? Si acaso seríais un pájaro en jaula de oro.

—¿Llamáis oro a esto? —e hizo un gesto que pretendía abarcar no sólo el camarote, sino el barco entero—. Me hallo sola en esta nao donde todos hacen lenguas de mí, en especial las mujeres. Y los hombres, ah, los hombres me consideran mujer deshonesto y presa fácil, protegida ahora por los poderosos pero lista para caer en las manos de cualquiera en cuanto pierda su favor. Como ocurrió con el alferez Cansino, que me persiguió y acosó como no os podéis imaginar. Y para librarme de él, y de Hinojosa, y de otros como él, me arrimé a Mondéjar, y lo hice por mi propia voluntad.

Juana Alonso se había expresado con una vehemencia que me caló hondo. Ignoraba si aquello era auténtico o se trataba de una escenificación para ganarse mi apoyo y despertar mi piedad, mas pareciome que no, que la pena era sincera.

—No tenéis que decirme nada más, ni necesitáis convencerme, Juana. Si la angustia y la soledad os han llevado a hacerme estas confidencias, descuidad, que nada diré.

—No, Juan, al contrario, hablar con vos me ha ayudado. No tengo a nadie a quien contar mis penas, y he de guardarme para mí todo lo que me atormenta. Y, ya que he empezado, quiero haceros una confidencia más.

—No tenéis por qué.

—Deseo hacerlo. Además, pronto será de dominio público pues, aunque nada se me note, sé que estoy preñada.

«Vaya noticia —pensé—, hasta podría ganar dinero difundiendo en los corrillos».

—¿Mondéjar lo sabe?

—De momento, sólo vos. Y ella. —Y señaló hacia Maui, que seguía con gran atención nuestra plática.

Hubo un leve silencio. Me levanté de la cama para sentarme en la banqueta, desde donde podía observar mejor a Juana Alonso. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja, aunque algunos mechones negros se habían soltado y enmarcaban un rostro carente de cualquier afeitado. También el vestido era sencillo y holgado, y nada en él alertaba de su preñez.

—Y aquí estamos —alcancé a decir.

—Aquí estamos —repitió ella. Con tales palabras pareció concluir su confesión y, al igual que el pecador se siente liberado después de proclamar sus faltas ante el sacerdote, así Juana Alonso pareció haberse desembarazado de una contrición interior.

Las palabras de aquella mujer me desorientaban, y no atinaba a entender su motivo ni su objetivo, incluso se me vino a la cabeza la idea de que estuviera tratando de engatusarme para a saber qué oculto manejo, o que hubiera empleado aquella confesión para darme a entender que sentía algo por mí. Mas aquel pensamiento me hizo sentir incómodo y al instante lo aparté de mi cabeza.

—Y ahora marchaos —dijo de repente ella—, que ya sí que podría llegar el general. Cuando necesitéis algo, no temáis decírmelo y no os olvidéis de trasmitirle a Ocampo lo que os he dicho.

—Descuidad, Juana, que así lo haré.

La nao abandonó la ensenada al amanecer y se puso en movimiento precedida por la chalupa, que envergaba una vela al tercio. Al mando iba Sebastián Valiero, pero acompañado por Simón Juárez y algunos soldados de su escuadra. Valiero pidió que yo lo acompañase para ayudarlo con las cartas y planos que de aquellas tierras pretendía levantar y, comoquiera que la enfermería estaba algo desocupada por primera vez en mucho tiempo, accedieron a dejarme ir.

Así, tomamos la vuelta del sudeste, en busca de Mendaña, siguiendo la costa oriental de Santa Isabel, que es muy arbolada y montuosa, con una alta serranía que la recorre en su eje más largo. Navegamos todo un día hasta dejar atrás Santa Isabel y alcanzar mar abierto y, como a treinta leguas de ella, vimos aparecer el perfil de otra isla.

—Esta debe de ser Ramos —conjeturó el piloto—, que así la bautizó Mendaña por haberse descubierto en tal domingo, en la Pascua del año sesenta y ocho.

—Casi treinta años han pasado —dije yo—. ¿Se acordarán de nosotros estos indios?

—No lo dudéis.

Dirigidos por Valiero, que en todo momento marcaba el rumbo, seguimos costeano la nueva isla por su lado occidental, que discurría casi en dirección norte sur. En algunas playas veíamos indígenas que nos hacían señales, por ser tierra muy poblada, y algunos de ellos se acercaban en sus piraguas, armados de arcos y flechas, pero nos era fácil esquivarlos y, si se aproximaban demasiado, atemorizarlos con fuego de arcabuz.

La chalupa tomaba bien el viento, se mostraba virtuosa en la maniobra y, por ser de muy poco calado, era segura para navegar en fondos de muy pocas brazas. Yo no me cansaba de admirar la belleza natural de los parajes que visitábamos, el verde multicolor de la manigua, los árboles que llegaban hasta el mismo borde del agua y dejaban caer en ella sus colgantes raíces, los pájaros cuyos cantos nos rodeaban. La mar tenía mil tonalidades: azul cobalto en los fondos más profundos, azul turquesa cuando eran arenosos, verde aguamarina entre las rocas, y siempre de una transparencia tan grande que con facilidad se veían los colores de los peces, los pulpos, los cangrejos, culebras de mar y otros muchos animales cuyos nombres nunca he conocido.

Valiero, sin descuidar la labor de descubierta que le encomendó el general, se dedicaba en cuerpo y alma a levantar las cartas de aquellas islas. Para elaborarlas, el piloto dibujaba primero el perfil de la costa vista desde la chalupa, identificando puntos destacados de ella. Después, ayudándose de su buen ojo mariner y de la aguja de marear, tomaba sus orientaciones desde varias posiciones separadas por distancias conocidas, determinadas a estima o, si había tiempo y lugar, con la corredera y la ampollita. Por último, y si por ventura hallábamos algún cerro que sirviese de otero, el piloto ordenaba desembarcar y subir a él para confirmar las mediciones hechas. Desde la altura bien se veían los accidentes de la costa, entrantes, ríos, que los había algo caudalosos, muchos humos de poblados en el interior de la arboleda, la silueta de la nao mar adentro y, en lontananza, hacia levante, la línea difusa de la otra costa, pues esta isla también era estrecha y alargada.

Al atardecer volvíamos junto a la Santa Ysabel, abarloándonos a ella, para permanecer a la capa como a una legua de la costa. Algunos subían a bordo y otros preferían dormir en la misma chalupa. El piloto era de los primeros, pues no perdonaba su cita con Mondéjar y Alonso Domínguez para darles las novedades del día y ponerlos al corriente de lo visto, lo inquirido y lo supuesto, y trazar el plan de navegación para la jornada siguiente. Y con Valiero también había de subir yo para pasar a

limpio los mapas en la pequeña mesa que había en la cabina del piloto, la que compartía con el bachiller Herrera.

—Dejadlo para mañana —me recomendaba el bachiller—, o vais a quedaros ciego dibujando con tan escasa luz.

—Ya quisiera yo, amigo Luis, pero mañana habrá nuevos planos que retocar y, perdiendo un día, al siguiente la tarea será doble.

—Ah, barbero, ya tendréis tiempo para trazar y retocar todos esos mapas que os traen tan ocupado cuando estemos disfrutando de la obligada ociosidad de la prisión.

Me reí de la ocurrencia, tratando de imaginarme cómo sería dibujar cargado de cadenas en la oscura sentina de la nao de Mendaña.

—A propósito —añadió con un guiño cómplice—, vuestra amiga desea hablar con vos.

—¿A qué amiga os referís?

—¿Es que tenéis en la nao muchas amistades entre el bello género, señor don Juan? —Y antes de que le respondiese como se merecía, prosiguió—: Se trata de doña Elena Navarrete, la hermana de ese tan poco aconsejable caballero, que, según tengo entendido, ha puesto precio a vuestras tripas.

—No exageréis, amigo Luis, que últimamente anda más calmada la orilla.

A pesar de las palabras de mi amigo, y del mensaje que me trasmitió, decidí terminar el trabajo e irme a dormir a la chalupa. Para entrevistarme con doña Elena me convenía tener despejada la cabeza, y aquella noche ya estaba harto embotado.

Seguimos durante dos jornadas más costeando la isla de Ramos. La primera de ellas pasamos junto a una isleta desde la que nos hicieron señas para que nos acercásemos, pero decidimos ignorarlos pues habíamos descubierto, escondida entre la arboleda, gran tropa de indios.

—Esos nos quieren tender una trampa —comentó uno de los soldados.

—Sin embargo —dijo Valiero—, no dejo de observar la sorpresa que nuestra presencia les causa, similar, si no mayor, a la mostrada por todos los nativos que hasta ahora hemos encontrado.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Juárez.

—¿Esto no os hace pensar, señor cabo, que no han visto a otros españoles ni tenido noticia reciente de nosotros?

Asintió Juárez con la cabeza, pues no era amigo de prodigar sus palabras.

Una de las tardes, al volver a la nao, el cabo Vicente me contó que Mondéjar tenía a la Santa Ysabel en permanente zafarrancho, que no dejaba de hacer prácticas y ejercicios y que gastaba una severidad más propia de un ejército en campaña que de un barco lleno de colonos.

—La gente se está cansando de este navegar sin rumbo entre islas desconocidas, zagal, y todos nos preguntamos cuándo es que vamos a desembarcar en algún puerto, asentarnos y fundar una colonia.

—¿De qué os sorprendéis, mi señor cabo? Para Mondéjar estamos en guerra y atravesamos los momentos decisivos de la campaña.

—Es posible, pero cada vez hay más descontentos.

Después de hablar con el cabo Vicente, aproveché para visitar al barbero, que atendía con gran solicitud, como en él era habitual, a la gente más debilitada por la travesía. A pesar de habernos abastecido de agua y otros alimentos, la dureza de la vida a bordo seguía siendo mucha y no dejaba de pesar sobre quienes tenían menos fortaleza. Incluso al propio barbero lo noté algo decaído y moviéndose con menos soltura, como si sólo a fuerza de voluntad se sustentase aquel cuerpo enteco.

—¿Has visto alguna maravilla estos días, hijo? —me preguntó mientras preparaba algún remedio en

un cacillo de bronce, removiéndolo con parsimonia.

—Estas islas están llenas de ellas, maese Caridad. ¿Y voacé, cómo se las apaña sin ayudante?

—No es el trabajo lo que me pesa, sino los sufrimientos de la pobre gente y no poder hacer más por mitigarlos.

—Hacéis lo que podéis, lo demás no depende de vos.

El barbero se encogió de hombros y continuó concentrado en su tarea, como si se hubiera olvidado de mí, pero al cabo de unos momentos llamó mi atención hacia la escotilla, por donde asomaba doña Elena haciéndome seña de que me acercase.

—Ha venido otras veces a buscarte —me dijo, y volvió a abstraerse en la preparación del remedio.

A modo de despedida yo posé la mano en su hombro, que noté, bajo las ropas, tan escaso de carnes como un armazón de madera, y me acerqué a doña Elena.

—Apresuraos, señor Torres —me dijo ella—, es mi hora de pasear y quería que me acompañaseis.

La seguí arriba y, con las manos cogidas en la espalda, acomodé mis pasos a los suyos. Doña Elena avanzaba delante de mí, abriéndose camino entre los mil obstáculos que llenaban la cubierta. Del combés subimos a la cubierta de la tolda y después al coronamiento de popa, que estaba vacío.

Doña Elena mantenía la boca fuertemente apretada y movía las manos con inquietud. Acodados ambos sobre la baranda de popa, esperé a que me contase sus urgencias.

—Señor Torres —comenzó, por fin—, no podéis imaginar la desazón en la que vivo, sin saber nada de don Pedro de Ocampo. Pasan los días, estamos ya en las dichosas Salomón y sigue preso. ¿Qué sabéis vos del asunto?

—Mi señora, paso fuera la mayor parte del día y poco sé de lo que aquí acontece.

—Ah, pero he oído rumores sobre su liberación. ¿Será cierto o sólo un infundio? —Y, al preguntármelo, retorció un pequeño pañuelo que había sacado de la manga—. Temo que si nos encontramos con el Adelantado, Mondéjar lo hará ejecutar.

—Del Adelantado y de la flota no hemos hallado rastro por parte alguna.

—Pero podría asomar en cualquier momento, detrás de cualquier promontorio. Tanto me aterroriza como deseo que ocurra ver apuntar una vela en el horizonte. Ya veis qué sinrazón.

Mirábamos ambos hacia el mar. Yo observaba el reflejo del sol en unas aguas ligeramente rizadas, el horizonte nítido, el cielo claro y sentía su presencia cercana como nunca antes la había sentido, una confiada hermandad y al mismo tiempo, y precisamente por ello, una profunda grieta.

—¿Quién no tiene deseos disparatados o incoherentes cuando está el corazón en juego? No os aflijáis, doña Elena, que no es fácil que encontremos a Mendaña, y si no os fiáis de mí, hacedlo de Sebastián Valiero, que es quien me lo ha dicho. En cuanto a vuestro caro amigo —proseguí—, los rumores son ciertos, y confío que lo liberarán en breve.

—¿Qué confianza me dais? —me preguntó, temerosa aún de dar rienda suelta a la esperanza.

—Mondéjar lo ha prometido —le dije.

—¿Cómo sabéis eso? ¿A quién se lo ha prometido?

Al punto me arrepentí de haber dicho tal cosa, pero doña Elena me apremió a responderle con súplicas puestas en palabras y también con la ansiedad que reflejaba su semblante.

—Está bien, os lo diré: ha sido Juana Alonso.

—¿Por qué mencionáis a esa mujer? Me contraría que ella tenga algo que ver en este asunto, pues nada bueno puede esperarse de la barragana del general.

—No le hacéis justicia, mi señora. ¿No será que os molesta deberle algo?

—Mucha amistad tenéis con ella, señor Torres —respondió con cierto resentimiento en la voz y un reflejo irritado en sus ojos azules—, tened cuidado no os vaya a engatusar.

—Descuidad, doña Elena, que no hay peligro por ese lado. Pero además —añadí, algo picado—, ¿a vos qué más se os da?

Me esperaba un gesto de fastidio, tal vez un arranque de mal humor o algún desplante, pero otra vez mudó de genio y, haciendo como si apartase una cuestión enojosa con el brazo, su expresión se amansó e hízose amable su voz.

—No quiero discutir con vos. Si esa mujer ayuda a que don Pedro salve la vida, bien estará. ¡Eal, regresemos al combés —dijo, poniendo fin a la plática—, que vamos a dar mucha miga a los mentideros si continuamos aquí arriba.

Quedó atrás Ramos, pasamos a sotavento de una isla pequeña que el general no quiso explorar y navegamos en conserva a la vuelta del sur hasta alcanzar la de San Cristóbal.

—Cuanto más al sur, más probable será encontrarnos con Mendaña —decían en los corrillos.

San Cristóbal era una isla montañosa y muy poblada, pues en la desembocadura de los ríos más grandes veíanse muchos claros en la arboleda y campos cultivados. La costa tenía golfos amplios y poco pronunciados, muy abiertos al océano. Su costa corría al este cuarta al sudeste y los vientos allí eran tan contrarios que no bastaba barloventear y, en algunos momentos, fue preciso atoar la nao con la chalupa y el batel. Nos costó casi tres jornadas de arduo trabajo alcanzar el confín de la isla y doblar hacia el sur, donde los vientos se tornaron favorables.

Aunque los indicios apuntaban a que el Adelantado no había arribado a las Salomón, Mondéjar seguía tomando grandes prevenciones y cuidados y ordenó montar en la chalupa un esmeril de pivote que disparaba bolas de ocho onzas.

El litoral sur de San Cristóbal está lleno de ensenadas profundas y bien guardadas, a propósito para dar cobijo a una armada de piratas. No hallábamos en ella dos leguas seguidas de costa recta, sino altos promontorios y valles muy escondidos. Íbamos, por tanto, de sobresalto en sobresalto. Aunque ninguno quisiera confesarlo, ni hablar de ello, en cada punta de tierra que se doblaba esperábamos, o temíamos, no sabría decirlo, encontrarnos con la armada de Mendaña. Pero el resultado siempre era el mismo: otra ensenada vacía, otro cabo en lontananza y los indígenas observándonos desde la playa.

—Por aquí no ha pasado Mendaña —me dijo en una ocasión Valiero con cierta decepción en la voz—. Ved si no cómo nos miran con gran curiosidad.

Puede que el piloto tuviese razón, en todo caso continuábamos en alerta y la Santa Ysabel seguía nuestra estela a cierta distancia, aunque siempre a la vista, pues Mondéjar así lo había ordenado. Al tercer día de navegar aquella costa, dimos con una bahía tan hermosa y a propósito que la Santa Ysabel enarboló en la jarcia una banderola de señales, requiriéndonos a esperarla. Al llegar a nuestra altura nos comunicaron la buena nueva de que al general habíale gustado el lugar para surgir y poblar, noticia con la que todos nos holgamos grandemente.

La ensenada tenía como dos leguas de perímetro, embocadura estrecha y fondo limpio de diez hasta veinte brazas de agua; estaba rodeada de cerros, abrigada de todos los vientos y con una pequeña llanura al fondo donde se levantaban numerosas casas. Por ser el día primero de noviembre, se le puso por nombre bahía de Todos los Santos.

Al poco de surgir, salieron del pueblo más de trescientos indios formando en escuadrón abigarrado. Eran gentes de cuerpo fornido, barbados y mal afeitados, con las narices agujereadas y atravesadas por huesos tan gruesos como el meñique. El general envió a tierra dos escuadras de soldados, al mando del sargento mayor, para desbaratar el grupo, y Félix Carrasco, como era propio en él, sin mediar palabra ni saludo, mandó probar la puntería de mosquetes y arcabuces con los indios, que al

recibir la andanada huyeron en desbandada y se perdieron entre la manigua. Fuéronse los soldados en su procura y entraron en el poblado, que había quedado desierto. Registraron los nuestros los bohíos haciendo acopio de mucha fruta, agua y otros alimentos; y trajéronse también a cuatro niños que hallaron escondidos en una de las chozas y que cautivaron a las damas, a quienes parecieron muy lindos y agraciados, como angelotes oscuros.

## 19

Mondéjar puso en la tarea de poblar el mismo empeño que en sus intrigas. Lo primero que hizo fue reunir a la gente en la cubierta de la nao, a todos, no sólo los principales: tropa, marinería y pasaje, para tomar sus pareceres sobre el poblamiento. Dieron su opinión quienes quisieron hacerlo, como un León Rufo, hombre experimentado en minas, que dijo que aquella prometía ser tierra de muy buenos metales y votó por que nos quedásemos. E igual hizo Juan de Haya, un colono muy animoso, y otros muchos que loaron la isla por fértil, sana y poblada, resultando los pareceres en su mayoría favorables a colonizar, aunque hubo algunos juicios opuestos a causa de ser los indios muchos y pocos los españoles y estar tan lejos del Perú. A todos ellos respondió Mondéjar que había armas y municiones en abundancia, herramientas para levantar poblado, y soldados para tomar aquella isla y las que fuera menester, y que no habían cruzado la mar oceana para echarse atrás por tan poca cosa.

Acordose, por tanto, poblar San Cristóbal. Y para festejar el acontecimiento, decretó por fin Mondéjar la libertad de los presos, aunque les prohibió portar armas y tener responsabilidad de mando en la tropa. Pese a las duras condiciones, sobre todo para Ocampo, para quien significaba, de hecho, ser convertido de oficial en simple colono, la medida fue acogida con general satisfacción y con el regocijo particular de sus seres más allegados. Al deshacerse la reunión, se me acercó doña Elena premiándome con un cálido apretón de manos y una expresiva mirada.

—Gracias, amigo Torres, os quedo eternamente obligada —me dijo.

—Ya sabéis a quién se debe este rescate —le respondí yo.

Pero nada dijo. Volvió a apretar mi mano y se alejó en busca de los suyos. Por más que estuviera errado, su reconocimiento me halagaba, aunque me dolieran sus motivos, que donde hay amor, hay dolor.

Y aquella misma tarde aparecieron en cubierta los presos, espantajos más que hombres, pálidos, enflaquecidos y ojerosos, molestos por la radiante luz y la reverberación del sol y despidiendo tan mal olor que ni siquiera después de darse un largo chapuzón consiguieron quitárselo de encima.

—No ha acertado Mondéjar al soltarlos —comentó el cabo Vicente cuando nos reunimos para cenar—. En lugar de apreciar su benevolencia, muchos van a admirar la entereza de Ocampo.

A la mañana siguiente se acercó al navío una canoa grande en la que venía un guerrero muy gallardamente aderezado, con el pelo largo y la piel tatuada. Se trataba de Raha Bineba, padre de uno de los muchachos apresados y *taubrique* de todas las tierras que se abrían a la bahía. Venía a ofrecernos amistad y a pedir que les devolviésemos a los niños. Aceptó el ofrecimiento el general pero, por castigar las malas intenciones de la víspera, pidió el rescate de diez puercos bien cebados. Parecióle mucho al *taubrique* y se marchó encogiéndose de hombros, aunque unas horas después volvieron sus vasallos con cuatro animales más bien pequeños y una gran cantidad de cocos, plátanos, ñames y otras frutas, por lo que Mondéjar sólo les entregó a dos de los niños.

Comentó un soldado lo ruines y bárbaros que eran estos indios, que daban más valor a los puercos que a los propios hijos, y levantó risotada entre quienes le hacían corro. Oído esto por el padre Saavedra, se indignó mucho y allí mismo los reconvino por el desprecio que mostraban hacia los nativos.

—A los indios hemos de hacerles trato como de padres hacia hijos que han estado alejados y en la ignorancia de Dios y de la religión verdadera. Vean, señores soldados: ya que tanto se preocupan por conquistar tierras, riquezas y bienes, preocupense de igual manera por atraer las almas de estos

infelices a nuestra fe verdadera y por salvarlos de morir en el pecado y la condenación.

Concluyó el padre su prédica y bastantes agacharon las cabezas y reconocieron la verdad que sus palabras encerraban, pero poco habrían de durar sus efectos, que así ha sido siempre en la conquista del Nuevo Mundo, donde los curas llevan más de un siglo predicando el amor y la caridad hacia los indígenas y no por ello han menguado las injusticias.

No demoró Mondéjar en ponerse manos a la obra y desembarcó con más de cuarenta hombres para ver la disposición del terreno y buscar el lugar más adecuado para establecer el poblado. Después de recorrer luengo la tierra, escaramuzando con algunos indios emboscados que les salían al paso, escogió un llano fácil de defender, cercano al río y como a un cuarto de legua del poblado indígena.

Ayudado por León Rufo, que además de entender de minería había sido constructor en Lima, estuvo midiendo el perímetro, señalando hitos y trazando el plano de la villa. Y presto se organizó a la gente, se hicieron grupos y se distribuyeron los trabajos. La primera tarea fue el desmonte del terreno, que habría de servir para sacar la madera con que edificar y también para hacer la villa más segura y defendible, al dejar una zona desmochada entre la manigua y la empalizada exterior.

Al *taubrique* Raha Bineba —o *tauriquí*, como decían en aquella isla— no le gustó nuestro asentamiento, y menos que estuviese tan cerca de su poblado, pero acabó transigiendo ante Mondéjar que, en muestra de su buena voluntad, le entregó a los dos niños que aún reteníamos.

—Hay que meterles el temor en el cuerpo —le explicaba a Félix Carrasco—, pero no apretarlos tanto que se vayan a alborotar.

Y también le ofreció a Raha Bineba nuestra ayuda para combatir a sus enemigos, pues saltaba a la vista que entre ellos estaban muy desavenidos, habiendo más de cinco naciones sólo en el occidente de la isla.

—Divide y vencerás —decía Mondéjar, y no le he oído verdad mayor.

Así como navegando el tiempo discurre muy despacioso, desgranándose los días con gran parsimonia, el mes que tardamos en levantar el poblado fuese se fue en un suspiro. Participaron en los trabajos todos los hombres disponibles, tanto hidalgos como pecheros, soldados y colonos, y hasta los marineros colaboraron, por cuya causa tuvo Mondéjar una fuerte discusión con Alonso Domínguez, que pretendía emplear a la gente de mar en las mejoras urgentes que requería la nao.

—Necesito a mis hombres, general —le decía el comandante—. El navío está muy maltratado por los varios meses de travesía y es preciso raspar la broma y calafatear el casco.

Pero el general no dio su brazo a torcer, así que también los marineros arrimaron el hombro en la construcción de la villa y en el manejo de la chalupa, que de continuo trajinaba entre la nao y la ribera descargando herramientas, bultos, cajas, materiales y los escasos animales que lograron sobrevivir a la travesía.

Lo primero en erigirse fue la empalizada, que se hizo con muy buenos y gruesos troncos y fajina terraplenada con varias troneras para instalar los cañones. Después vino la edificación de la iglesia, y por «edificación» entiéndase levantar una estructura de madera y techarla con hojas de palma, según el estilo con que los nativos construían sus bohíos.

—Donde fueres, haz lo que vieres —le dijo León Rufo al general—, y de momento esto bastará.

Y aunque a algunos habría gustado tener una iglesia de recios muros de adobe, repellada y enjalbegada, el propio sacerdote le quitó importancia al asunto diciendo que a Dios le bastó un pesebre para venir al mundo. La iglesia estuvo terminada la víspera de la presentación de la Virgen María, por lo que aquella tarde fueron puestas luminarias en el navío y se dispararon los cañones,

cuyo eco resonaba en los cerros y levantaba gran temor entre los indios.

Por la mañana se consagró la iglesia y se celebró en ella la primera misa. Las mujeres, desde la más humilde criada hasta la dama más principal, habían abierto los baúles y escogido su ropa más elegante para exhibirla en tal ocasión. Los soldados nos presentamos con los petos relucientes, los morriones de yerro y las espadas desnudas, los marineros vestidos con camisas y zaragüelles de algodón y los colonos luciendo sus mejores galas. Durante el sacrificio de la misa se mantuvo un silencio especial y había gran emoción en los semblantes; y cuando el padre Saavedra, bajo la sencilla cruz de madera que dominaba el recinto, alzó el cáliz ofrendándolo al Altísimo y sonó la campanilla tocada por un monaguillo, dejaron oírse profundos suspiros, y pude observar pañuelos enjugando lágrimas.

Después sonaron los atambores, pífanos y campanas y se hizo baile y fiesta con que se alegró la gente hasta bien entrada la noche.

Incluso yo puede gozar de la ocasión, pese a que la presencia de doña Elena en compañía de Ocampo era como una nube sobre mi ánimo; pero me sobrepuse a la melancolía, y más viendo cómo se alegraban los demás, olvidados por un momento de que nos hallábamos en el confín del orbe conocido, enfrentados a mil peligros y dificultades. Y para probarme a mí mismo que era capaz de tratar a doña Elena como a una mujer más, me animé a pedirle una pieza de baile que me concedió de muy buen talante. La prueba resultó más dura de lo esperado, pues su rostro medio oculto por las sombras parecióme de una belleza sobrenatural, mas al fin me alegré de haberlo hecho, que no se atraviesan los ríos sin mojarse el trasero.

Al siguiente día, el general tomó posesión oficial de la isla y fundó la villa, a la que se puso el nombre de Villa de la Presentación de Santa María de Poniente. Mondéjar, interesado en legalizar su posición, quiso que el cabildo fuese nombrado por los propios vecinos, porque un cabildo electo cuya demarcación fuera toda la isla podía designar al gobernador.

Y así se hizo. El cabildo de Santa María de Poniente quedó compuesto por diez regidores, un contador, un escribano general, que fue el propio Herrera, un escribano de minas y registros, que fue León Rufo, un alguacil mayor, que fue Simón Juárez y el alcalde mayor, que fue un caballero de Paita llamado Manuel Fonseca. Y como detrás de cada uno de ellos había estado la inevitable voluntad de Mondéjar, él fue, evidentemente, el elegido para ocupar el cargo de gobernador. Con esta artimaña legal consiguió convertirse en el legítimo gobernador de San Cristóbal, pese a ser la isla, formalmente, parte de la jurisdicción otorgada por el rey al adelantado Mendaña.

Después de la iglesia se levantaron la gobernación y el cabildo, situadas también en la plaza mayor. Más allá, en las cuadras aledañas, se construyeron las rancherías para los soldados y los bohíos de los vecinos, que los colonos más humildes hicieron de manera mancomunada y los más poderosos pagando a otros para que trabajasen por ellos. Afortunadamente, y por intercesión de Juana Alonso, se construyó en la parte más alta y salubre de la villa un hospital, del que tomamos posesión Juan Rodríguez Caridad y yo, y que inauguramos con un suceso muy feliz y celebrado: el primer nacimiento. La madre fue una mulata llamada Anita, sirvienta de la familia Carrasco, que ya venía preñada desde el Perú de un pretendiente anónimo, aunque se murmuraba que el verdadero padre era el propio don Félix. Y no andaban tan desencaminadas las sospechas, porque el niño nació con la color muy blanca y el pelo tieso como púas de puercoespín, a imagen y semejanza del sargento mayor.

El bautizo se hizo sin demora, poniéndole, en honor a la fecha de nuestra llegada, el nombre de Miguel de Todos los Santos. Aparte de este niño, había otros que venían en camino, ya que las embarazadas eran varias, entre ellas Juana Alonso, cuya preñez, como era de esperar, acaparó los corrillos, mentideros y conversaciones de la villa. Las mujeres ponían a Juana Alonso como ejemplo de impudicia y a su costa los hombres hacían bromas pesadas y apostaban sobre el tiempo que

tardaría el general en repudiarla. Mas Juana Alonso sobrellevaba con aplomo las habladurías y maledicencias que se largaban a sus espaldas y se mostraba tranquila y sencilla, sin perder la compostura ni tratar de ocultar la panza con gruesos vestidos y apretados corsés.

En cuanto al general, seguramente hacía tiempo que lo sabía. Desde que Juana Alonso me hiciera la confianza, habían pasado varias semanas, y esos asuntos no pueden ocultarse entre quienes comparten lecho. En todo caso, Mondéjar nada dijo, ni hizo, ni nadie se atrevió a mencionar el asunto en su presencia.

A tiempo se terminó la villa, pues en noviembre se nos vino encima la estación de las lluvias. A medida que avanzaba el mes y entraba diciembre, eran cada vez más raros los días en que no teníamos aguacero, por lo que los trabajos habían de abandonarse durante horas o, de ser urgentes, volvíanse penosos y desagradables, como sucedió con las labores de carena del buque, que finalmente autorizó Mondéjar.

Al igual que había sucedido con la construcción de la villa, en la que colaboró la gente de mar, con el buque tuvieron que arrimar el hombro los soldados e incluso los colonos. Y entre los esforzados trabajadores nunca faltó Pedro de Ocampo. El que fuera asistente de don Lope no perdía ocasión para mezclarse y confraternizar con sus antiguos compañeros, aunque tal cosa le supusiera realizar faenas duras y penosas, impropias de un hijodalgo de buen linaje. Pero en su fuero interno no había renunciado a desbaratar la rebelión de Mondéjar y volver las cosas a su antigua condición, y érale, por lo tanto, necesario tomar el pulso a los pensamientos y sentimientos de la tropa.

Aunque no soy yo el más indicado para hablar de Ocampo, he de decir que era persona vehemente y de palabra fácil. Su juventud le daba audacia y bravura y su naturaleza lo hacía irreflexivo y descuidado, con tendencia a decir las cosas sin apenas meditarlas. Sabedor de las debilidades de los hombres, no se mordía la lengua a la hora de señalar las muchas penalidades sufridas y la poca ganancia habida, pues que aún no habíase visto oro ni en poco ni en mucho, ni perlas ni otras riquezas prometidas. Y también se quejaba de la forma tan irregular como se estaba fundando la colonia, sin capitulaciones reales, permiso virreinal ni autorización del Adelantado, y aunque nadie le contestaba ni piaba, todos tomaban buena nota de sus palabras.

Estando en estas tareas del carenado ocurrió que Ocampo cayó enfermo, aquejado de unas fuertes fiebres que lo hacían tiritar y delirar. Después de tantos cálculos y medidas en el trazado de la villa, nadie tuvo en cuenta que durante la estación lluviosa la parte más cercana al río se anegaba y tornábase pantanosa e insalubre, foco de emanaciones pútridas y miasmáticas que empeoraban la salud de los vecinos. Y Pedro de Ocampo, debilitado por tantas semanas de prisión y por estos nuevos trabajos, fue de los primeros en caer y sus compañeros lo trajeron al hospital.

El hospital, por fortuna, no tenía problemas con las aguas. Aunque lo llamábamos pomposamente hospital, no era sino un bohío grande de planta rectangular con un corredor a lo largo de la fachada que miraba hacia la villa. Dentro, había varias estancias. La mayor de ellas, con varios camastros y hamacas, servía para atender a los enfermos y estaba dividida en dos partes separadas por un tabique de cañizo: una para los hombres y otra para las mujeres. Por lo general, se acogía en el hospital a los enfermos cuyas dolencias necesitaban una atención más solícita, aunque sobre ello no hubiera una regla inequívoca, porque cuando el enfermo tenía quien quisiera cuidarlo en la casa, allí se quedaba.

A los enfermos de estas calenturas estacionales los poníamos en un lugar bien ventilado, les dábamos de beber milenrama, clavo y jengibre cocidos en vino y buenos caldos de gallina; los sangrábamos en la vena de todo el cuerpo, que está en el brazo derecho, para equilibrar los humores

y, si era preciso, se le daban purgantes y vomitivos para que expulsasen la bilis negra.

Ocampo alternaba en su enfermedad momentos de crisis febriles con otros de lucidez, en los que por ratos volvía platicador.

—El cabo Hernán Vicente os tiene en mucha estima —me dijo en una de estas ocasiones—. Y yo valoro en mucho sus opiniones, señor Torres, pues siempre ha sido un soldado leal a la Corona y fiel partidario del almirante.

Tales pensamientos en boca de Ocampo sólo podían deberse a tratos recientes con mi amigo. Así que el cabo Vicente había trasladado al alférez Ocampo la lealtad debida al Rey y a don Lope, pensé yo, y por ella seguía exponiéndose.

—Debéis guardaros de contar esas cosas a cualquiera, señor Ocampo, y más sabiendo lo muy vigilado que os tiene el general. Os ponéis en riesgo vos, y también a quienes os rodean.

Pero no pareció atender a mi recomendación. Al contrario, siguió con el asunto y me preguntó si no pensaba hacer nada ante la situación que sufríamos.

—¿A qué situación os referís?

Me miró con una mezcla de asombro y enojo. El enrojecimiento de los ojos a causa de las fiebres le daba un aspecto de hombre perturbado.

—¿Ignoráis acaso que el señor Mondéjar es un asesino, un rebelde y un traidor al rey? La fundación de la villa y la posesión de esta es una engañifa, al igual que el reparto de mercedes y dignidades con que pretende comprar a muchos buenos hidalgos. ¿O no consideráis que tal sea la realidad de nuestra situación?

—A mi corto entender, la realidad de la situación, señor Ocampo —le respondí con algo de gravedad, pues ya me estaba cansando—, es que somos poco más de un centenar de infelices que estamos solos en una isla perdida, sin que nadie sepa de nuestra situación ni a nadie importen un ardite nuestros infortunios: ni al Adelantado, ni al virrey, ni mucho menos a ese rey por el que estáis dispuesto a dar la vida.

—Parece que me he equivocado al tratar con vos y que estáis con los traidores, pues consentir en sus desmanes es igual que ser su cómplice.

—En efecto, os equivocáis de medio a medio: yo no estoy con Mondéjar, sino con los vecinos que habitan esta villa; estoy con los que dejaron muebles, raíces y ganados en el Perú por buscar una vida mejor a este lado del mar. Es a ellos a quienes deseo guardar lealtad. Y siendo así, no me parece que sea este el mejor momento para alentar bandos ni partidos que nos dividan. ¿Acaso queréis que haya más muertes y que nos veamos menguados para afrontar lo que haya de venir?

Mis palabras, expresadas quizá con excesiva vehemencia, no convencieron al alférez, que parecía ser transparente a ellas, pero al menos lo hicieron ser más prudente con las suyas.

—¿Cuándo se ha visto, amigo Torres, que una tal aventura fuera a ser cosa fácil, y que se alcance gloria y renombre sin correr albuces?

—No todo ha de ser fama y gloria. Hay gentes que no desean sino fundar una familia y alcanzar una vida más pacífica y descansada.

—Lo principal en este negocio es tener un corazón animoso, amigo Torres —respondiome Ocampo más conciliador—. Si en verdad os preocupa el bienestar de la colonia y estáis dispuesto a colaborar conmigo, lo demás dejadlo en mis manos.

No me gustaba la jactancia de aquel hombre, pareja a su imprudencia; ni mucho menos consideraba que fuera él, y no Mondéjar, con todos sus defectos y traiciones, el capitán que las circunstancias demandaban.

—Meditaré vuestras palabras, señor Ocampo —le dije, temiéndome que doña Elena, cuando lo

supiese, que lo sabría, me tendría por cobarde o apocado.

Por cierto, que la vi con frecuencia aquellos días, pues no faltaba ninguno para interesarse por su amado, prodigarle cuidados y atenciones y, cuando estaba lúcido, pegar con él la hebra durante largos ratos en los que yo me buscaba otras ocupaciones, lejos del hospital, para no estar viendo y escuchando sus amorosos coloquios. Era cierto que había hecho propósito si no de olvidarla, al menos de acostumbrarme a sus sentimientos, pero no tenía intención de mortificarme sin necesidad.

No obstante, en poco más de una semana se le retiraron las fiebres, logró Ocampo recuperar las fuerzas, dar pequeños paseos y al fin se halló con pujanza suficiente para volver al duro trabajo, privándonos de su compañía.

## 20

Seguramente Mondéjar estaba al tanto de las pláticas y opiniones de Ocampo, ya que no se movía un ratón en la colonia sin que él lo oyese, pero de momento nada hizo contra él, pues otros asuntos más urgentes requerían su atención.

El *tauriquí* Raha Bineba resultó ser hombre correoso y hábil en quien Mondéjar encontró un digno adversario. El establecimiento de los españoles en tierras de su cacicazgo habíale supuesto un inesperado contratiempo y, sin embargo, supo adaptarse y sacar provecho de la situación.

Frente a los vasallos de su propio pueblo, utilizaba a Mondéjar para resolver ciertos litigios espinosos y lavarse las manos después; frente a los otros *tauriquíes* de la isla, se presentaba como el aliado de los poderosos extranjeros, aumentando con ello su prestigio y poder; y por último, y pese a la amistad que nos profesaba, algunos de sus indios seguían dándonos guazavara. Ante las quejas de Mondéjar, Raha Bineba hacía protestas de inocencia alegando que no eran sus *naclonis* quienes nos atacaban, sino otros, pues en la isla había muchas naciones que no veían con buenos ojos nuestra presencia.

Por su parte, Mondéjar, aunque tenía la intención de establecer en San Cristóbal el sistema de los repartimientos y encomiendas vigente en el Perú, demoró su aplicación mientras no tuviésemos el control efectivo sobre la isla. Se conformaba de momento con pequeñas servidumbres, como reclamar a Raha Bineba la entrega de cierta cantidad de animales y alimentos o el «préstamo» de sus vasallos para las tareas más ingratas. Le requirió también que jurase obediencia a Su Católica Majestad, el monarca más poderoso de todo el orbe, cosa a la que Raha Bineba se plegó sin dificultad, y finalmente, viendo el interés del *tauriquí* en ganar prestigio ante otros jefes de la isla, quiso involucrarlo en la tarea de conquistar otras provincias y obtener de ellas los recursos que ahora había de soportar enteramente su pueblo.

Así, entre Raha Bineba y Mondéjar se estableció una alianza tan frágil y artificial como útil y ventajosa.

En cierta ocasión, quiso agradecer Raha Bineba el presente de un puñal bien bruñido que el general le había hecho y le ofreció tres doncellas de las más principales para que con ellas hubiera matrimonio, ya que no entendía cómo tan poderoso capitán no tenía un harén acorde a su fuerza. Las doncellas en cuestión eran de rostro poco agraciado, semblantes reidores y cuerpos jóvenes y bien proporcionados. Mondéjar, que las aceptó amablemente para no agraviar a Raha Bineba, regaló dos de ellas y conservó la tercera para sí en calidad de sirvienta.

Una vez investido con la dignidad de gobernador, Mondéjar hizo nuevos nombramientos al amor de los dineros, beneficios o lealtades que estos pudieran proporcionarle. Así, a Alonso Domínguez lo ascendió a almirante de la flota; elevó a la dignidad de maese de campo al sargento mayor, Félix Carrasco, que donó a las arcas de Santa María de Poniente una generosa cantidad, similar a la que engruesó la bolsa de Mondéjar; y nombró capitanes de infantería a dos gentilhombres, Andrés de Atienza y Melchor Navarrete, el padre de doña Elena y Martín. Y los escogió no por su saber militar, sino por el lustre de sus apellidos, por el tamaño de sus patrimonios y por ganarse sus voluntades.

Cuando su fiel Juárez se quejó de tales nombramientos, no por haberlo ignorado a él, cuya lealtad estaba más allá de esas pequeñeces, sino por el desconocimiento que tenían Carrasco y los nuevos capitanes de cualquier estrategia militar, Mondéjar le respondió que por eso mismo los había escogido:

—Así no tendrán mayor ascendiente sobre la tropa.

—Pero ¿por qué a Melchor Navarrete, que tan poca devoción os ha mostrado?

—Porque me conviene atraerme a esa familia, señor alguacil, y las mercedes y privilegios extinguen animosidades con mayor fuerza y ligereza que la más dura de las sanciones. En especial con quienes están dispuestos a dejarse comprar. Y esa familia lo está, no os quepa duda.

La isla de San Cristóbal está en la altura de diez grados y medio del polo austral y tiene unas veinte leguas de largo por ocho de ancho. El plan de Mondéjar para hacerse con la isla pasaba por controlar primero la zona occidental, y después de amansar aquellas provincias, consagrarse a la otra mitad.

Así, se hicieron varias entradas hacia el interior de la isla, que tiene sierras altas y enmontañadas, cubiertas de una manigua lluviosa e insana que recorrieron nuestros soldados en expediciones de dos o tres días. Hernán Vicente, que fue uno de los cabos de escuadra que no faltó en ninguna de las dichas entradas, me contó cómo habían tomado varios poblados donde los naturales apenas les ofrecieron resistencia, pues con los primeros disparos de arcabuz huían en desbandada.

Después de haber comprobado la fuerza de nuestras armas, el *tauriquí* Raha Bineba pidió a Mondéjar que lo ayudase a luchar contra su hermano Maego, que se había apoderado de una provincia que le pertenecía. Y Mondéjar, deseoso de tener contento a su aliado, no dudó en prometérsela.

Esta empresa guerrera se la encomendó a Félix Carrasco, para que se foguease en el cargo de maese de campo, y le facilitó cuatro escuadras: dos para que atacasen por tierra y otras dos más para que se allegasen por mar, en la chalupa. También lo requirió, de manera muy especial, a no hacer más daño del indispensable, porque se trataba de hacerles conocer nuestro poder pero, al mismo tiempo, convencerlos de las ventajas de ser nuestros aliados.

—Os acompañarán los cabos Hernán Vicente y Gonzalo Salcedo, señor Carrasco —le dijo Mondéjar—. Escuchad sus consejos, pues son soldados veteranos, acostumbrados a estos avatares.

Así, acompañado de treinta rodeleros y arcabuceros y de los guías que proporcionó Raha Bineba, fuese el maese de campo costeano la isla hasta una bahía grande, formada por varias ensenadas, donde se hallaba el cacicazgo de Maego. A pesar de los guías, el camino fue harto trabajoso, así que, cuando por fin alcanzaron el poblado de Maego, la chalupa llevaba un día esperándolos en la bahía.

El pueblo, que sería como de doscientas casas, estaba cercado de palos y cañas gruesas y situado en una lengua de tierra muy bien defendida, que por la parte de la mar tenía una abrupta subida y por el lado de la tierra una entrada estrecha y muy trabajosa.

Los nuestros, dispuestos para el combate, les hicieron desde abajo señas de paz a la usanza que tienen ellos, que respondieron con alaridos y silbos de guerra y enseñando sus armas por encima de la palizada. Viendo el maese de campo lo inútil de guardar más cortesías, mandó hacer una descarga de mosquetería y, a continuación, ordenó arremeter al grito de «¡Ave María y Santiago!».

Subieron los soldados por la pendiente con mucha decisión y coraje, pero ellos, repuestos del pánico inicial, lanzaron tan nutrida descarga de flechas, vara y peñascos que obligaron a los hombres a retroceder cerro abajo en completa desbandada, rodando por la ladera y perdiendo cascos y rodela.

Los indígenas celebraron nuestro descalabro con grandes muestras de alegría y el maese de campo, herido en su orgullo, ordenó hacer una segunda carga.

—¡Qué clase de soldados son vuestras mercedes —les gritaba desde su posición en la distancia—, que se dejan vencer por unos cuantos indios! ¡Carguen contra ellos, putos capones!

Pero, pese a la arenga, los resultados fueron igual de desastrosos. Y por tercera vez nos habrían

descalabrado si no hubiera intervenido el cabo Vicente para detener el despropósito:

—Deje de ordenar cargas, señor maese, ¿no ve que nos van a descojonar vivos?

—¡Cómo os atrevéis a contradecirme! ¿Es que no tenéis redaños?

—Qué redaños ni qué leches. No es cuestión de apretarse los machos, sino de saber aprovechar nuestro armamento. ¿Dónde ha aprendido el señor maese a mandar un ejército?

Félix Carrasco indignose con el cabo, lanzó por los ojos llamaradas que bien habrían inflamado una cántara de aceite y pareció a punto de reventar de apoplejía, mas el cabo Vicente no se arrugó un tomín. Con el apoyo del cabo Salcedo, asumió el mando de las operaciones, ordenó desembarcar el esmeril de la chalupa y colocarlo en un cerro frontero al poblado, y fabricar una trinchera a tiro de mosquete para que los escopeteros pudieran parapetarse en ella y cubrir a los demás soldados. Los indios observaban aquellas industrias y maniobras y se burlaban de ellas, pensando quizá que habíamos desistido de atacarlos. Pero una vez puesto el esmeril en posición y lista la trinchera, ordenó el cabo Vicente al artillero abrir fuego, a los mosqueteros tirar y a los soldados avanzar, todos a una. Aun así, la refriega fue muy cerrada y estuvo un rato sin decidirse a favor de nadie, hasta que los indios, espantados por el ruido y la metralla, arrojaron sus armas e hicieron por protegerse donde mejor pudieron.

Los nuestros entraron encorajinados en el pueblo, y algunos hicieron desmanes innecesarios por vengar a los camaradas heridos o por la propia inclinación de cada cual, de modo que los indios hubieron más de cincuenta bajas entre muertos y heridos, y no todas de hombres. Cuando el padre Saavedra llegó a la aldea y vio la matanza, les afeó la conducta a los más despiadados, preguntándoles qué conquista estaban haciendo, si la del cielo o la del infierno.

De regreso a Santa María no demoraron las quejas a Mondéjar: el maese de campo contra los cabos, los cabos contra el maese, los soldados en apoyo de los cabos y hasta el capellán protestó por lo sanguinario del ataque, de modo que a Mondéjar no le quedó más remedio que pensar en dirigir él, personalmente, las demás entradas si no quería acabar echando por tierra las estrategias y alianzas que tantos cuidados le estaban costando.

El *tauriquí* Raha Bineba acercose a ver a los indios capturados, entre ellos su hermano Maego, y le pidió a Mondéjar que se los entregase para mostrarlos ante sus vasallos y después sacrificarlos a sus dioses, y con las manos hacía el gesto de sostener un brazo y, con la boca, el de comerlo. Pero el general se espantó de ello y le explicó que no podía dárselo, pues comer carne humana es grande pecado y ofensa de Dios, y que le complacería que abandonasen esas costumbres tan bárbaras.

La verdad era que Mondéjar no había tenido nunca la intención de entregarle a Maego, y cuando vinieron los suyos a rescatarlo, lo dejó ir, aunque retuvo a uno de sus hijos en garantía de amistad, como hacían los antiguos romanos con los pueblos sometidos.

Los heridos en el ataque al poblado de Maego traían golpes y magulladuras de las pedradas recibidas, y hubimos de entablillarle el brazo a uno de ellos, reducir un hombro dislocado a otro y coserle la cabeza a Manuel de Badajoz.

—Amigo Manuel, os estáis aficionando a nuestra enfermería —le dije—. ¿Acaso queréis aprender el oficio de barbero?

—No me vendría mal si quiero llegar a viejo sin perder la sesera.

—Esta vez ha resistido, mas no tentéis a la fortuna, que es una dama muy voluble.

La brecha comprendía parte del cuero cabelludo y, para darle las puntadas en condiciones, tuve antes que raparle una parte de la cabeza.

—A fe que me ha dolido más este trasquilón inoportuno que la costura que tan a conciencia me habéis endilgado.

El más grave de los heridos era Mateo Conejero, ayudante que fue del sargento Enríquez. El mancebo había recibido en la barriga un flechazo muy feo que le atravesó el escaupil. Lo hacíamos sudar arropándolo con varias frazadas, le dimos *canenepile* molido y cernido, que tiene virtud contra la ponzoña, y le untamos la herida con aceite de saúco, pero el estado de Mateo empeoraba por momentos, y al siguiente día murió. Aunque el soldado nada poseía, pues una buscona llamada la Nigua lo había desplumado con terca perseverancia, el carpintero le fabricó una caja y lo llevamos en procesión al cementerio de la villa, que tuvo la desdicha de inaugurar.

No demoraron don Pedro de Ocampo y doña Elena Navarrete en casarse. El enlace nupcial lo prepararon con las formalidades y el boato propios de la gente linajuda. La novia se preocupó de aderezar el escaso ajuar que en parte tan remota podía reunir, y el novio, de levantar la casa donde habrían de residir, lo cual fue pretexto para que algunos soldados le demostrasen, con su ayuda desinteresada, el respeto y la amistad que le profesaban.

La boda se celebró el día de la Inmaculada, que fue sábado, en la iglesia de Santa María de Poniente, bajo la cruz blanca que la presidía y unas imágenes de Nuestro Señor y la Santa Virgen que el padre Saavedra había pintado de su propia mano, muy hermosas ambas. Se llenó la iglesia aquel día, pues nadie quería perdérsela, ni los colonos, ni la gente de mar y guerra, ni siquiera yo. Y tampoco los indios del poblado de Raha Bineba, que se acercaron por cientos a observar la ceremonia.

Doña Elena habíase puesto un brial blanco adornado con mucha trencilla y pasamanería, al cuello una gargantilla de plata y sobre los cabellos dorados una diadema de flores y un velo de finísimo cendal. No pude evitar admirarla incluso en trance tan amargo: la gentileza de su rostro reclinado, de los ojos pudorosamente bajos, el donaire de su porte, su hermosura sin enmienda y la gracia que su figura toda destilaba.

Su galán, Ocampo, si en el vestir era una urraca: negros el bonete de paño, la ropilla y las calzas, y blancas las medias y la gorguera de lechuguilla; en el porte era un azor: la cabeza bien alzada, la expresión altanera y al cinto un espadín de adorno que desafiaba la prohibición impuesta por Mondéjar. Así avanzó hasta el altar donde los padrinos, don Melchor y doña Mercedes, le entregaron a la novia.

En aquel momento lamenté que Mondéjar no lo hubiera ejecutado e incluso imaginé con regocijo, Dios me perdone, cómo su cabeza engolada caía bajo el hacha del verdugo y rodaba hasta mis pies. A pesar de saber desde hacía tiempo de sus intenciones matrimoniales, pensaba que el tal momento nunca habría de llegar y abrigaba, en el fondo de mi corazón, la esperanza de que alguna providencia humana o divina rompería la boda. Pero la realidad fue muy otra.

Finalizada la ceremonia, la familia Navarrete no escatimó gastos en la celebración, pues no se hace la boda de hongos, sino de ducados redondos. Aparte de la flauta y el tamboril para animar la calle, se dispusieron seis mesas llenas de viandas para llenar las tragaderas, se convidó a beber a toda la colonia y tuvo a bien don Melchor entregar a cada escuadra un barrilete de vino dulce, pero fuerte, al estilo de Málaga. Corría el chiste, primero moderado y luego subido de tono. Cantábanse coplas y hacíanse bailes, y hasta se recitó una letrilla burlesca animando a bailar al padre Saavedra, que no se hizo mucho de rogar para arremangarse la sotana.

—Bebe, zagal, y olvida tus penas —me decía el cabo Vicente, ofreciéndome una jarrilla colmada—. Si hasta el mal vino las cura, tanto más este, que parece magnífico.

Él me llenaba la jarra y yo bebía, siguiendo su consejo. Y como en verdad era bueno, se subía a la cabeza con gran ligereza, tanta, que al cabo de un rato estaba de bruces sobre el suelo, echando lo

trasegado y llorándole mis pesares.

—No pudo haber escogido otro día para casar, señor cabo —creo que le dije—: ahí a la vuelta está Santa Lucía, la patrona de los pobres, los ciegos y los enfermos, o la Virgen de Loreto, que vela por los viajeros, o el humilde Ambrosio, patrón de los panaderos. No, han tenido que casarse el día de la Inmaculada, doña Elena Inmaculada, patrona de barberos y cirujanos, que por cierto a estas horas ya habrá dejado de serlo.

—No sigas desvariando, Juanillo —me decía mi amigo, intentando hacerme callar—, que hay cosas que aun bebido es peligroso decir.

Pero yo no le hacía caso.

—Nuestro valiente don Pedro de Ocampo ya se habrá encargado diligentemente de ello; digo, de ella.

Con harta paciencia, Hernán Vicente me levantó hasta acercarme a la verticalidad y, sosteniéndome con fuerza, me quitó de en medio.

—Vamos, señor cirujano; te llevaré conmigo al galpón para que duermas la perra.

—Eso, eso, señor Vicente, llevadme con vos, pero como soldado de escuadra; llevadme bien lejos de esta villa, que ya no quiero ser más aprendiz de barbero.

—¿Y el hospital?

—Más útil puedo ser en el campo, que es donde se producen las heridas.

—Está bien, Juanillo. Si mañana cuando estés sereno sigues pensando lo mismo, me lo dices y ya veremos.

Y al día siguiente se lo volví a pedir, porque no soportaba estar viendo a diario la felicidad de doña Elena.

## 21

Pese a la estrategia de Mondéjar, que combinaba el puño y la mano tendida, los indígenas seguían emboscando a los nuestros cada vez que tenían oportunidad. Una noche llegaron, incluso, a atacar la propia villa con dardos encendidos que nos lanzaban desde el borde de la manigua; y habría ocurrido un desastre si en mitad del ataque no fuera servido Nuestro Señor con un cerrado aguacero que apagó rápidamente los fuegos.

Para evitar que volvieran a repetir el golpe, Mondéjar ordenó talar una franja mayor de arboleda, de modo que ninguno pudiera acercarse a menos de un estadio de la empalizada sin ser visto por los centinelas. Luego reunió una hueste armada y fue en busca de Raha Bineba, a quien, con exagerado enojo, le reclamó el ataque. El *tauriquí* negó tener parte en aquel, ni interés en ello, y culpó a su hermano Maego y también a Gela, uno de los principales *caibocoas* de la isla, que son jefes de varias señoríos. Pero el general más lo apretaba, y lo amenazaba con asolar su poblado si volvíamos a ser agredidos, y Raha Bineba simulaba ofenderse y con gesto solemne le hacía muchas protestas de inocencia y, para demostrar su buena voluntad, le ofreció guías y hombres para castigar a Gela.

Por fin Mondéjar aceptó las explicaciones de Raha Bineba, pero fue inflexible en llevarse a su hijo Varan Bineba en calidad de rehén, aunque, para disfrazar la medida, le prometió tratarlo con gran amor y cortesía, enseñarle la lengua de Castilla y adiestrarlo en el arte de la guerra para que fuese de mayor un poderoso *caibocoa*.

—No creo que Raha Bineba haya tenido arte ni parte en esto —comentó Mondéjar al maese de campo, ya de regreso en la villa—, pero no está de más tomar precauciones.

—No podemos dejar sin escarmiento esta ofensa, señor gobernador —protestó aquel.

—Descuidad, señor Carrasco, que no quedará impune, pues sé que el miedo es buen soldado. Pero iremos a buscar la raíz del problema: iremos a por Gela.

La expedición contra Gela la organizó Mondéjar con mucho esmero y detalle. Consigo fuimos cuarenta hombres bien aderezados de armamento y nos dividió en dos escuadrones, uno a cargo del capitán Andrés de Atienza y el otro de Melchor Navarrete, que llevaba por ayudante a su hijo Martín. A la gente de mar y al resto de la tropa los dejó en la villa al mando del maese de campo, con Juárez como segundo.

Un amanecer de diciembre partimos hacia el poblado de Gela, que se asentaba al norte de la isla y para alcanzarlo era preciso cruzar muchas leguas de sierras quebradas y espesa manigua. Yo caminaba junto a mi antigua escuadra, vuelto al oficio de soldado, y marchábamos despacio y con fatiga, embarazados por nuestras corazas, rodela y armamento. La humedad y el calor nos azotaban y los bichos no nos daban tregua: una nube espesa de mosquitos y jejenes nos envolvía continuamente, así de día como de noche, zumbando dentro de nuestros oídos y comiéndonos la piel; las picaduras de arañas y otras sabandijas nos causaban úlceras dolorosas; las sanguijuelas escurriánse bajo las armaduras y dentro de las botas y engordaban con nuestra sangre, y el camino se hacía muy penoso y lleno de padecimientos.

Los guías que había proporcionado Raha Bineba avanzaban delante de nosotros, perdiéndose entre la espesura y volviendo a aparecer en el lugar más inesperado. En los claros de la arboleda encontramos algunos poblados que los indígenas habían abandonado y limpiado a conciencia.

—¿No nos estarán conduciendo estos bellacos a alguna emboscada? —dijo el cabo Vicente.

—Me late que son ellos quienes van avisando de nuestra llegada —contestó Manuel Badajoz—,

pues, si no, cómo se entiende que tengan ocasión de llevarse hasta la última gallina.

Mas las sospechas parecieron infundadas porque, después de dos días de esforzada marcha, alcanzamos los filos de la última sierra y pudimos ver, abajo, junto a la costa norte, un poblado mucho mayor que el de Raha Bineba, con bohíos dispuestos en hileras alrededor de una gran explanada, al modo de nuestras plazas.

Estábamos admirando el poblado de Gela cuando nos sorprendió el grito de un compañero:

—¡Por vida de Caifás, mirad dónde está el Adelantado! —Y con el brazo señalaba una ensenada distante una legua del poblado, hacia el oeste, y en ella un navío fondeado.

Quedámonos todos paralizados, observando la lejana silueta y pensando mil cosas en un instante, que fue lo que duró el equívoco, porque se trataba de un parao pequeño, de casco agudo y escasa borda, diferente a cualquiera de los que componían la flota de Mendaña. Sin embargo, eso no lo hacía menos inquietante.

—¿Qué barco será ese? —preguntó don Melchor Navarrete pasándose la mano por el pelo.

—¿Y cómo habrá llegado hasta aquí? —añadió Mondéjar.

El general dispuso marchar sin demora hacia donde estaba el barco, lo cual disgustó a los hombres de Raha Bineba, que señalaban el poblado indígena diciéndole «Gela, Gela» y tirando de él con gran insistencia, pero Mondéjar ignoró sus exhortaciones y les ordenó guiarnos hasta la ensenada. Aunque el lugar parecía cercano, la bajada fue lenta y trabajosa, como todos los caminos de la isla. A medida que descendíamos de la sierra, la jungla nos cerraba el horizonte y nos ocultaba la costa. Así, cuando sudorosos y agitados por el esfuerzo alcanzamos la playa, vimos frente a nosotros una hermosa ensenada, pequeña y bastante abierta, pero vacía. El parao acababa de zarpar y enfilaba la punta occidental de la bahía, a varios cables de distancia.

En el sencillo alcázar se veían las figuras de algunos tripulantes y, aunque el sol nos deslumbraba, bien claro pudimos ver que uno de ellos era blanco. Y también un cañón asomando por la borda.

Mondéjar quedó chasqueado por no haberlo podido capturar, o al menos haberse enterado de qué hacía y quiénes lo tripulaban, y renegó por lo bajo mientras el navío se perdía tras el promontorio. Mas al punto vimos aparecer, por el otro extremo de la ensenada, una segunda embarcación.

—A fe mía que está concurrida esta bahía —dijo el general.

Esta vez se trataba de una canoa grande, con capacidad para muchos hombres. En la popa, un indio con los brazos en jarras daba órdenes a su tripulación. Como era una embarcación de poco calado, pudieron atracarla en la misma arena y de ella se bajaron muchos guerreros que formaron un pasillo por donde se aproximó su cacique. Se trataba de un hombre viejo, de piel más clara que oscura decorada con muchas franjas blancas y negras, ajorcas en los brazos y un tocado de plumas negras sobre el pelo encanecido. Sin decir palabra, esperó a que se adelantase el general, y, cuando estuvieron frente a frente, señaló al suelo y se sentó en la arena con gran dignidad, esperando a que Mondéjar hiciera lo propio. Se estuvo un rato mirándonos en silencio, luego se quitó un collar y unos brazaletes que llevaba encima, de hueso tan pulimentado que parecía alabastro, y se los puso a Mondéjar, operación en la que también demoró lo suyo.

Y cuando le pareció que era hora de hablar dijo que él era Gela, señor de muchos *naclonis*. Dijo también que conocía la potencia de los arcabuces y la fuerza de nuestras corazas, e inclinándose hacia delante golpeó con el puño la armadura de Mondéjar; y también dijo que no lo había ido a visitar antes por miedo a que lo matásemos, pero que de ahora en adelante él sería su amigo, sus indios nuestros vasallos y que los dos juntos serían señores de esta tierra.

Había llamado Mondéjar a uno de los guías, el que mejor conocía nuestra lengua, para que hiciera de traductor y, a través de él, le preguntó el general por el barco que habíamos visto marchar y Gela

señaló hacia el noroeste y dijo: «Bachán», que es una isla que hay cerca del Moluco, en tierra de portugueses. También quiso saber Mondéjar por el hombre blanco que habíamos visto a bordo, pero Gela negó con solemne gravedad y cambió de tema. Pasaron una buena hora en conversación hablando del cielo, de la tierra, de Dios y del rey de Castilla, y cuando Gela no podía explicarse a través de las palabras, hacíase entender por señas muy claras, demostrando una agudeza que, para ser un bárbaro, nos ponía gran admiración.

Finalmente, nos invitó a su poblado, donde nos alojaría y nos daría de comer. Y como el general dijo que aceptaba, el cacique se holgó mucho de ello, se marchó muy contento en su embarcación para preparar la bienvenida, y nos dejó a varios indios para que nos mostrasen el camino.

Los guías de Raha Bineba no quisieron continuar, y nos advirtieron de que tuviésemos cuidado y no nos fiásemos de Gela, que era ladino y amigo de traiciones. Pero Mondéjar se sentía seguro con la fuerza que llevaba y, rodeado de toda la hueste, fue en busca de su anfitrión. Había dispuesto que marchásemos en columna, con los arcabuces terciados, las picas en ristre, las rodela al brazo y las espadas desenvainadas, para causar mayor impresión a los indios. Y en eso acertó, pues la entrada parecía un desfile triunfal y la gente nos saludaba y festejaba y hacía pasillo para vernos marchar hasta la plaza, donde Gela, rodeado de numerosos invitados, nos esperaba en un amplio cobertizo con el suelo lleno de esteras de palma, bancos bajos a modo de mesas y grandes abanicos movidos por medio de cuerdas y poleas.

A pesar del recibimiento tan festivo, Mondéjar no quiso fiarse, y tuvo la precaución de dejar una escuadra de guardia, tarea que recayó en el cabo Vicente. Casi a la fuerza, pues a todos nos disgustaba perdernos tan suntuosa recepción, el cabo Vicente nos tuvo que arrear como el pastor a las ovejas.

—¡Vamos, señores! —nos decía—, que no estamos aquí para el placer sino para la guerra.

Nos apostó en una arboleda que había a la entrada del poblado y quiso que tuviésemos los arcabuces prestos y las mechas encendidas. A nuestro alrededor había mucho movimiento de gente, hombres, mujeres y niños que cruzaban de acá para allá, cada vez más difusas sus siluetas en la luz menguante del atardecer. Nos llegaba la música de las flautas de caña y los atabales que tocaban y el rumor del festejo, y nos consolábamos los unos a los otros con bromas y chascarrillos; mas luego, unas muchachas nos trajeron comida en bandejas de madera y un pellejo con vino de palma que el cabo Vicente no consiguió evitar que probásemos.

—Putos bellacos, dejad de darle tientos al vino y estaos ojo avizor.

En este punto aproximose uno de los indios de Raha Bineba, que se habían quedado escondidos en la manigua, nos hizo señas de que lo siguiéramos y, con mucho sigilo, nos condujo hasta el borde de un claro, detrás del poblado, donde vimos reunidos gran número de indios prestos para el combate, con los rostros pintados de colores brillantes y las armas bien aferradas. Sin pensarlo dos veces, abrimos fuego y cargamos sobre ellos, sorprendiéndolos y consiguiendo que entrasen en desbandada.

—Vaya con el tal Gela —dijo el cabo Vicente—, bien que se la ha envainado al general.

Al momento nos dirigimos al lugar del banquete, atravesando la muchedumbre tal que un cuchillo hiende la manteca, hasta unirnos al resto de compañeros. Con nuestra arremetida habíamos desenmascarado la farsa, pero también fue un toque a rebato que precipitó los acontecimientos. Una multitud de indios se lanzaron sobre el real de Gela, dando grandes voces y gritos y silbidos. Nos atacaban con sus mazas y tiraban rociadas de piedras, varas y flechas, y otros se acercaban con unas picas llenas de cal que nos lanzaban a los ojos para cegarnos. En el tumulto, los nuestros estaban revueltos y confundidos en medio del gentío, repartiendo mandobles sin reparar a quién; pero a fuerza de gritos Mondéjar consiguió recomponer el cuadro. Ordenó a los piqueros que formasen una línea de defensa, escudo con escudo; a los arcabuceros, que tirasen desde dentro del cuadro, y a otros

nos mandó que prendiésemos fuego a los bohíos. Así lo hicimos, y en pocos momentos se formó una confusión de gritos, carreras, disparos, reniegos, aullidos de dolor y llantos. La noche se echaba encima, pero obra de veinte casas ardían furiosamente y daban luz como si fuera de día. Poco a poco salimos del poblado y nos fuimos retirando hacia la manigua.

—¡Mantened el concierto! —gritaba Mondéjar—. ¡Cada hombre con su escuadrón!

Mas algunos habían entrado en pánico y desbandada y corrían para salvar sus vidas. Los demás peleábamos como muy esforzados varones, pero los indios de Gela nos acosaban por todos lados y no los veíamos venir hasta que ya estaban encima. Se nos ponía doblado el esfuerzo y, aunque estábamos con muchas heridas, no cuidábamos de ellas por no detenernos, y bregábamos con los indios dándoles estocadas y haciéndoles todo el mal que podíamos. Por fortuna, el ataque de los indios era inconstante y lo mismo arremetían que se retiraban, dándonos ocasión para recomponernos.

Una de las veces en que me detuve para tomar resuello, noté que me tocaban por detrás. Pensé al principio que era un indio, pero al revolverme para clavar la espada vi a Abel Hinojosa, caído en el suelo, con el rostro desencajado.

—Favor, señor Torres —me dijo casi sin aliento—. Ayudadme, porque yo solo no puedo seguir.

A cualquier otro soldado lo habría socorrido sin dudarlo, pero el Hinojosa me resultaba tan desagradable como un golondrino y pensé dejarlo abandonado a su propia suerte, que era lo que él habría hecho conmigo, mas al momento me dije que estábamos en el mismo bando, hermanados en la lucha, y tendile la mano y lo ayudé a ponerse en pie. Habíase doblado la pierna y apenas podía andar, así que pasó el brazo sobre mis hombros y recostó en ellos el peso de su cuerpo, de modo que pudimos seguir avanzando.

A nuestro alrededor, todo era confusión. Sombras, reflejos, gritos de dolor, voces roncadas y mucho sonido de herraje. De cuando en cuando, el fogonazo de un arcabuz rompía la oscuridad y luego se oía el ruido del disparo, pero cada vez más lejos y más distanciados. Avanzábamos por una vaguada angosta y con arboleda muy espesa, mas pronto fue evidente que nos estábamos rezagando del resto de la tropa y quedándonos solos, así que apreté el paso. El Hinojosa era hombre de mucho cuerpo y pesaba lo suyo. Yo jadeaba y sudaba y no tenía aliento ni para pedir ayuda, además, ¿quién iba a escucharnos y atendernos? Lo más probable era que los gritos nos delatasen ante los salvajes. También callaba el Hinojosa, si no eran algunos quejidos de dolor que, por ratos, dejaba escapar.

De repente unos indios surgieron delante de nosotros salidos como de la nada y nos atacaron con las mazas y varas en ristre. Solté al herido y con la espada ensarté al primer atacante, hizo lo propio el Hinojosa con otro y los demás huyeron llamando a los suyos con grandes gritos y alaridos. No tardaría aquello en llenarse de salvajes y apremié a Hinojosa a correr, pero la vaguada era tan pina que al punto caímos rendidos.

—No puedo más —decía Hinojosa, arrastrando la pierna izquierda y resollando de dolor.

Nos quedaban todavía doscientas o trescientas varas para alcanzar la cima de aquel serrijón y con el herido no iba a llegar a parte ninguna, así que abandonamos la vaguada y empezamos a faldear por la ladera. La manigua era tan cerrada que apenas penetraba la claridad de la luna, y avanzábamos casi a ciegas, lacerándonos con ramas y espinas, tropezando y cayendo y volviendo a levantarnos, con lo que mucho sufría el extremeño.

Ya apenas se oía el fragor del combate, sustituido por los ruidos de la selva, que en otro momento me habrían causado temor: aves nocturnas de siniestro ulular, extraños gañidos, agudos como el grito de una criatura, pasos rápidos y leves, resuellos secos, y el croar de innumerables ranas y sapos, y el zumbido de insectos y el agitar de ramas y el deslizarse de cuerpos. Pero al rato comenzamos a

escuchar de nuevo voces, y nuestro temor creció. Las voces eran de un grupo de salvajes que daba batida en busca de rezagados, y oíamos también el sonido de las caracolas y atabales con que se comunicaban, y los silbos y aullidos de júbilo que lanzaban cuando capturaban a algún compañero.

Así, fuimos huyendo durante varias horas, hostigados y acosados como animales en una montería, hasta que, reventados y exhaustos, hallamos un resguardo donde escondernos y dar tregua a nuestra fatiga. Yo me desplomé sobre un suelo húmedo y sucio de podredumbre, exhausto como nunca lo había estado, a pesar de lo cual era incapaz de dormirme. Fue una noche espantosa aquella, agazapado en el pequeño resguardo, receloso de cada ruido, de cada voz, luchando con el terror de ser capturados en cualquier momento y expuestos a Dios sabe qué impiedad. Sentía la boca seca y el latido del corazón en las sienes, oía los gemidos apagados de Abel Hinojosa, y temí que por su culpa nos descubrirían. Y de golpe se me representaron sus infamias y bellaquerías, que habían sido muchas, contra mí y contra otros, y me dije que aquel hombre no merecía seguir vivo. Sin saber cómo ni cuándo, había sacado el cuchillo de la vaina y lo tenía en la mano, y la hoja ya apuntaba a su cuello cuando el rufián abrió unos ojos apenas visibles, pero empavorecidos, tal si fueran los de un caballo desbocado. Y yo, por disimular, le di un empujón y le recomendé silencio. Devolví el cuchillo a su vaina y seguí velando.

Después de una eternidad vi por la boca del resguardo cómo avanzaba el alba y llegaba el día, y caí entonces en un sueño intranquilo, cruzado por gritos y voces, y en el que se me presentó el rostro de Inés, extrañamente sonriente, como si velase por mí desde el más allá.

Cuando por fin desperté debía de ser pasado el mediodía, y el soldado me miraba muy atento y preocupado, como si intuyera lo ocurrido durante la noche. El rostro lo tenía transido de dolor, y le pedí que me mostrase la pierna magullada, por si había algo que pudiese hacer. Se había torcido el tobillo y lo tenía tan hinchado y amoratado que apenas le cabía en la bota.

—Para esto el único remedio es descansar —le dije.

Y descansamos el resto de la tarde, si descansar puede llamarse a vivir pendientes de cada ruido y cada voz, al temor constante de vernos descubiertos y a la tortura de escuchar a lo lejos los gritos desgarradores de los compañeros apresados, sacrificados y quién sabe si comidos, que se nos metían dentro de la cabeza y nos causaban espanto y lástima y duelo por ellos, y nos hacían encomendarnos a la Virgen para que nos librara de un final tan horroroso.

De noche reemprendimos la marcha, avanzando despacio, con cuidado y sigilo. El Hinojosa se había quitado el casco y la armadura, que quedaron en el resguardo, y se había procurado una horquilla con la que me libraba de cargarlo constantemente.

Vagamos por la manigua, escondiéndonos durante el día y marchando por la noche, sin saber muy bien dónde nos hallábamos ni qué camino seguir, pero buscando siempre el sur. Una noche llegamos a unos bohíos abandonados, y decidimos refugiarnos en ellos para pasar el día, pero al entrar nos encontramos con el espanto de un cuerpo destazado y a medio comer, con el costillar a la vista, los miembros pelados de carne, las vísceras amontonadas en un rincón, apestosas y comidas de las moscas, y salimos de allí horrorizados y estremecidos por el banquete caníbal, por aquella atrocidad como no he visto jamás otra. Después de varios días de huida por fin alcanzamos a ver, al filo del alba, a la nao fondeada en la bahía, y pudimos entonces encaminar nuestros pasos hacia la villa.

Grande fue el desconcierto en Santa María de Poniente al vernos aparecer frente a su puerta, abatidos y maltratados. La gente se amontonaba para vernos, como si fuésemos una atracción de feria. Varios compañeros nos tendieron las manos para ayudarnos y llevarnos hasta el hospital, donde Juan Rodríguez Caridad nos tomó bajo su custodia y nos obligó a tumbarnos y descansar, sin permitir que nadie se acercase a molestarnos.

Él fue quien me dijo que ya nos habían dado por muertos, y también me refirió el luto y la tristeza y el abatimiento que invadían la villa, pues la desgraciada salida se había cobrado numerosas vidas y dejado huérfanos y viudas. Aun así, nuestra llegada se recibió con mucha alegría, y el padre Saavedra dio una misa de acción de gracias por tan milagrosa salvación.

Al segundo día, cuando Caridad permitió las visitas, todos los compañeros de la escuadra se acercaron a interesarse por nosotros.

—Vaya, zagal —me dijo el cabo Vicente, dándome una palmada en el hombro y queriendo echar a broma el asunto—, ya te había inscrito ese escribano amigo tuyo en su relación de fallecidos, y puesto a buen recaudo tus bienes y hasta redactado el testamento.

También Mondéjar se allegó a vernos, acompañado de Félix Carrasco, don Melchor Navarrete y otros principales que, para halagarlo, nos contaron que el general había reorganizado y galvanizado a la tropa durante la huida, infundiéndoles valor para resistir el ataque de los indios. Incluso había tenido la audacia de tenderles una emboscada en la que a punto estuvieron de acabar con el propio Gela, y gracias a la cual habían podido disgregar a los salvajes y alcanzar la seguridad de la villa.

Sin embargo, no éramos nosotros los únicos huéspedes del hospital, pues varios de los soldados de la expedición habían recibido cortes de pica y lanza, flechazos, golpes de sus macanas, y otras heridas que requerían muchos cuidados y atenciones, así que en cuanto me repuse lo suficiente hice por echarle una mano al barbero, que apenas daba abasto con tanto trabajo como allí había.

Después del fracaso de la expedición de castigo a Gela, Mondéjar llamó a consejo a los principales para considerar la situación.

En aquella ocasión habló el general de las dificultades habidas en la conquista a causa de la naturaleza de la isla, que entorpecía todos los movimientos, y por la cualidad ladina y engañosa de los indios, en quienes no podía confiarse pese a que Raha Bineba, incluso después del descalabro sufrido, habíase mantenido leal a nosotros. Platicó a todos del parao avistado cerca del poblado de Gela, cuya procedencia e intenciones se desconocían; de Mendaña, de quien seguíamos sin tener noticias; y de nuestras tropas, cada vez más escasas.

En ese punto, el bachiller Herrera leyó la relación del personal con que se contaba, que eran cincuenta y siete gentes de guerra y treinta y seis de mar, aparte de veinticinco hombres que podían coger las armas en caso necesario. El resto eran viejos, mujeres y niños.

—Como pueden ver vuestas mercedes —dijo Mondéjar—, cada vez somos menos, y se torna difícil llevar la ofensiva y al mismo tiempo defender la villa, pues cada soldado que perdemos es irremplazable, no como los indios, que les matamos ciento y aparecen otros tantos.

Dieron aquí sus pareceres unos y otros, que a todos los escuchó con paciencia el general, por más que algunos fueran necios, como el de Félix Carrasco, que habló de matar a los rehenes para dar un escarmiento; mas como ninguno aterrizaba donde Mondéjar quería, concluyó el general en que se hacía necesario construir otro barco.

—Un navío ligero y práctico que nos facilite el traslado en la isla —apuntó— y que nos ayude en las acciones de guerra, porque ya sabemos todos de las dificultades que tiene la Santa Ysabel para navegar con vientos contrarios y hacer cabotaje por costas de poco fondo.

Asintieron a estas razones los presentes pues, en lo fundamental, la idea era acertada, y se acordó construir el bergantín.

Sebastián Valiero fue el encargado de diseñar y dirigir su construcción, lo que hizo con mucha diligencia y maestría. Basándose en la *Instrucción náutica* de Diego García de Palacio, trazó con gran

detalle el borrador de los planos, que después me pidió que dibujase para mostrar a los oficiales. El piloto les explicó que el bergantín había de tener dos mástiles aparejados con velas latinas además de diez remos por banda para facilitar la maniobra y la navegación de cabotaje.

También correspondió a Valiero la supervisión de cada una de las tareas. Hubo de buscar en la jungla las maderas más adecuadas, instalar un aserradero donde fabricar, a partir de los troncos, cada una de las piezas de la armazón del barco, una fragua para forjar la clavetería y una enramada para almacenar todo este material hasta el momento de utilizarlo, y luego establecer el astillero en una zona llana y despejada, junto a la playa.

Era deseo de Mondéjar que el bergantín se construyera lo más deprisa posible, pues había urgencia de él, como ya se ha explicado, por lo que se emplearon a todos los marineros, a los artesanos necesarios y también, para los oficios que requerían menos ciencia, a los soldados y colonos.

Valiero se tomó la tarea con tal energía y seriedad que podía decirse que vivía en el astillero, adonde se presentaba antes de que saliese el sol y todavía estaba en él cuando se ponía. Él instruía a los oficiales y artesanos en cómo quería que se trabajasen y montasen las piezas, organizaba las cuadrillas, la preparación y el traslado de materiales e ideaba una solución para cada problema, imprevisto e inconveniente que surgía.

Primero se construyeron la quilla, la roda y el codaste del bergantín. Levantose después el costillar, colocando la cuaderna maestra en el punto de manga máxima y, a sus lados, hacia la proa y la popa, fueron montándose las demás. Puesto el timón y asentados los dos mástiles con sus vergas, se cerró el casco desde la quilla hasta la borda forrándolo con largos tablones llamados tracas. Y ya en el interior se construyó una sola cubierta corrida de popa a proa, con poca borda para poder utilizar los remos. Por último, para hacerlo estanco, se calafateó el casco rellenando las juntas entre las tracas con estopa y brea y untándolo luego con una mezcla de resina y sebo; para la jarcia y cabuyería se utilizaron unas plantas parecidas al cáñamo con que los nativos fabricaban sus cuerdas, y para el velamen se aprovechó parte del material de respeto de la Santa Ysabel.

Mientras se construía el bergantín no había dejado Ocampo de colaborar en los trabajos que fueran. Puesto que el gobernador le había prohibido portar armas, el alférez se empeñó en labores que no eran de caballero pero que le ofrecían la ocasión de pasar mucho tiempo junto a la gente de mar y guerra, oyendo lo que les satisfacía y atendiendo a sus quejas.

A raíz de la infausta jornada del poblado de Gela, se habían tornado los ánimos de muchos, en particular de los tibios y los pusilánimes, prestos a claudicar con el primer revés, que se quejaban de los muchos esfuerzos y empeños realizados, de los grandes riesgos a que exponían diariamente sus vidas y de la poca fortuna y honra obtenidas. Los que eran soldados se lamentaban de hacer labores marineras y la gente de mar renegaba cuando debían trabajar en la villa o echar mano en las tareas de guerra. Y algunos no veían la hora de volver al Perú, y maldecían a Mendaña, a don Lope, a Mondéjar y a los demás capitanes que los habían convencido para dejar sus casas, indios y reposo y aventurarse hasta aquel confín.

Y Ocampo tomaba buena nota de quiénes eran los más descontentos. Conociendo sus pensamientos y contrariedades, tanteaba a la gente y deslizaba algunas ideas propias con disimulo y habilidad para no llamar demasiado la atención ni alertar a los orejas del general.

Pero también fueron aquel lugar y aquel momento los elegidos por Figueroa para rescatar del olvido su lista, la que le había sido revelada estando preso en la bodega y donde consignó los nombres de los trece elegidos que lograrían sobrevivir a la funesta providencia de aquella expedición. Así, un día, aprovechando el descanso que se hacía para dar un bocado en mitad de la jornada, subiose el contra maestre a un cajón desde el que anunció, ante toda la hueste allí reunida, que

tomasen buena nota de que ninguno de sus bienaventurados había fallecido hasta el momento. Tras lo cual, se bajó del pedestal con ofendida dignidad, como si el mundo entero hubiese tenido la culpa del olvido en que había caído su vaticinio, cruzó entre los presentes con la mirada al frente y fue a reunirse con los suyos para terminar la pitanza.

Y este despertar del asunto de la lista, por caer en corazones abonados por el desánimo, prendió con fuerza y pronto se adueñó de las pláticas de todos los grupos, camarillas y partidos. Durante días no se habló en la colonia sino de la tal lista, que habría de ser fuente de disputas acaloradas entre quienes prestaban fe al vaticinio de Figueroa y aquellos que descreían de él o incluso lo burlaban, como sucedió con Simón Juárez, que, ya harto de tanta simpleza, en una ocasión lo tildó de tramposo porque en su relación había incluido nada más que a hombres recios, endurecidos en las tareas de la mar y la guerra, que siempre tendrían más oportunidades de sobrevivir, y por tanto qué premonición era esa, preguntaba el alguacil, que distinguía con tan buen juicio. También el bachiller Herrera, amigo de hacer cálculos y resolver acertijos, le salió al paso advirtiéndole de que la coincidencia era fácil, pues aún la mayoría estábamos vivos, y del total que éramos siempre se acertaría una de cada tres veces que se hiciera una lista con trece nombres.

No obstante, a partir de entonces, en el ánimo de muchos la lista de Figueroa dejó de ser la fantasía de un iluminado para convertirse en una señal de la providencia y, aunque otros acontecimientos venideros habrían de desplazarla del lugar preeminente que en aquel momento tenía, ya nunca volvería a olvidarse el tema de la nómina. Figueroa había sembrado la semilla de una separación que, andado el tiempo, sería más importante que cualesquiera otras facciones habidas o por haber.

Y mientras estábamos atareados en la construcción del bergantín se llegó la fiesta de la Natividad del Señor, y toda la colonia se preparó para celebrarla con la grandeza que se merecía. Se organizaron cantos, recitales y la representación de un auto de fe que reunió alrededor del improvisado escenario a todo el poblado de Raha Bineba.

Yo estaba apoyado en un horcón de los soportales de la plaza, solo y oculto entre las sombras, muy admirado por las antorchas que iluminaban el escenario, dando a la representación una belleza especial, cuando sentí unos pasos leves a mi espalda y el contacto de una mano sobre mi brazo. Como permanecí inmóvil y sin girarme, mantuvo la mano el roce unos momentos que, si bien breves, bastaron para soñar con que fuese la de doña Elena. Se retiró la mano y dio un paso su dueña, poniéndose a mi altura y desbaratando mi ensueño, pues se trataba de Juana Alonso, que vestía para la ocasión con un sencillo vestido de color granate y tela muy liviana. Aunque mucho me sorprendió verla, no quise cambiar mi actitud y me mantuve en silencio, atendiendo a la representación. Mas también lo mantuvo ella, y lo prolongó tanto tiempo que la curiosidad me hizo descuidar el auto de fe y estar pendiente sólo de ella. Podía oler la limpieza de su persona y por el rabillo del ojo advertía su perfil apacible, la cadencia de su pecho al respirar y el avance de su embarazo.

Desde el día en que me reveló su estado, recién arribados a las islas, era poco lo que la había visto, pues ni ella se prodigaba ni tampoco había tenido yo mucho tiempo.

Avanzó por fin Juana Alonso hacia el centro de la plaza, detúvose a las dos zancadas y volvióse.

—He rezado por vos, Juan Torres —me dijo con el rostro sereno y ese mohín ligeramente burlón en la boca—. Y, aunque no fui a visitaros al hospital, me alegré de vuestro regreso sano y salvo a la villa.

Tardé un rato en responderle, pues era Juana Alonso una mujer que me desconcertaba.

—Y yo os lo agradezco, Juana —le dije al fin, cuando ya se marchaba.

Fue tal el efecto que causó entre los indígenas la representación del auto de fe que durante la misa del gallo el padre Saavedra bautizó a muchos de ellos, que libremente quisieron recibir al Señor, aunque no entendiesen de qué cosa se trataba.

Después de la misa, se prolongó la velada en los ranchos y corrillos. Recordaron los criollos las últimas navidades habidas en el Perú, al calor de los suyos y al amparo y seguridad del virreinato, y los llegados de Castilla sintieron la nostalgia del frío que acompaña a tales fechas y lloraron la lejanía del terruño y la familia.

Acabose, en fin, diciembre y entramos en el año de gracia de Nuestro Señor de mil quinientos noventa y seis más cargados de incertidumbre que de esperanza.

Con la fundación de la villa, muchos hombres pensaron en asentar la cabeza y formar familia, pero las mujeres blancas bien eran demasiado jóvenes para pensar en tomar estado, bien estaban ya desposadas, incluyendo a algunas mozas de partido, como fue el caso de la Mochuela, que contrajo nupcias con Luis Coraje, el guardián. Asimismo, muchas de las sirvientas indias y mulatas que se embarcaron acompañando a sus dueñas habíanse emparejado con soldados o marineros, con lo que prácticamente no quedaba ninguna mujer libre en la colonia.

Por tanto, quienes quedaban desparejados debían recurrir a las nativas de la isla, que no eran como las mujeres de las Marquesas, que libremente se ofrecían a los hombres, sino que allí, en San Cristóbal, antes de amancebarse en serio con una indígena se imponía ofrecer un rescate a la familia, asunto al que no todos estaban dispuestos; aparte de que aquellas mujeres eran, en su mayoría, desafortunadas en belleza y poco del gusto de los señores soldados y marineros. De modo que no les faltaba trabajo a las dos o tres busconas que aún perseveraban en el oficio.

Con tanta mescolanza, el padre Saavedra andaba en exceso preocupado e insistía en sus sermones en la conveniencia del matrimonio, y también del bautizo.

Y de tanto repetirlo consiguió que varios hombres aceptaran si no casarse con sus mancebas, sí al menos que fueran bautizadas para poder cohabitar con ellas sin cometer herejía.

Entre los temas golosos de los corrillos y mentideros estaban, como sucediera mientras estuvimos embarcados, los referidos a cortejos, devaneos y amoríos, que se aumentaban y deformaban de tal manera que, después de haber pasado por dos o tres bocas, las suposiciones se convertían en verdades. Corrían con ligereza los chistes y letrillas sobre el tema, de los que tan bien surtidos estamos, y calentaban de tal forma la oreja a los casados que, cuando tocaba hacer entrada en tierra de indios o un servicio de varios días, marchábanse los soldados con una gran comezón a cuestras por pensar que durante la ausencia otro pudiera quitarles la mujer y ponerles cornamenta.

También preocupaban al sacerdote los varios embarazos que se estaban revelando a medida que transcurrían los días, pero más aún lo alarmaba el que varias de las mujeres preñadas no hallaran padre que se hiciera cargo del vástago que llevaban en las entrañas. Buen ejemplo de ello era Maui, la joven marquesana, que además de haber estado encerrada en un cajón de ganado en la bodega de la nao, para goce y disfrute de unos pocos, fue después esclavizada por el alférez Cansino y sus allegados y, como es de razón, también a ella empezaba a abultársele la panza sin que tuviera conocimiento alguno de cuál podría ser el padre.

Pese a lo cual, en aquellos días dieron dos hombres en poner los ojos en Maui, por cuya causa se desató una enemistad muy enconada que llegó a desbordar la paciencia del general.

No se había olvidado de ella Abel Hinojosa, uno de los bellacos que la violaron, pues dicen que los ratones, una vez que han probado el queso, no quieren comer ningún otro alimento sino ese. Así, este Hinojosa, pese al castigo que en su día había sufrido, la seguía con ojos salaces y la festejaba con obscena desvergüenza cada vez que la hallaba a su alcance. Pero Maui, que lo temía más que a un aparecido, lo rehuía y corría a esconderse bajo la falda de Juana Alonso. Y Juana se quejaba ante Mondéjar y le reprochaba que no lo hubiese vuelto a encerrar después de la muerte del alférez Cansino. Pero Mondéjar alegaba que no era momento de andarse con venganzas.

El otro hombre que pretendía a Maui era don Martín Navarrete, gran amigo de Hinojosa de los tiempos del Perú. Dicen que el corazón puede vencer allí donde la razón fracasa, y es posible que tal

cosa sucediese a Martín, el cual, en contra de su naturaleza de caballero, de los consejos de su padre e incluso de saber que Maui estaba preñada por esencia ajena a la suya, quiso cortejarla honestamente. Lo cual, en verdad, lo honraba.

Con el permiso de Juana Alonso, el joven Navarrete llegaba a la casa del gobernador y, a la vista de Juana, sentábase a platicar con la muchacha y a enseñarle palabras y dichos de nuestra lengua, admirándose de la agudeza que demostraba y la rapidez con que avanzaba. Y algo bueno debió de ver Maui en este joven descabezado, porque hacia él se fueron inclinando sus afectos.

Mas no era Abel Hinojosa hombre para ser despreciado; antes al contrario, viendo que Martín le iba ganando la partida, quiso conseguir a Maui de cualquier forma, sin importársele un ardite su vieja amistad con el Navarrete. Por ello, dio una madrugada en ir a aguardarla a la poza adonde la muchacha iba a hacer la diaria colada. Cuando la vio llegar se dirigió a ella con buenas palabras, mas, como viera que Maui lo ignoraba y que se apuraba en recoger las prendas para marcharse, intentó encimársele y retenerla por la fuerza. Sin embargo, la muchacha, que era ágil y ligera como una liebre, se le zafó de entre sus brazos y se alejó corriendo hacia la villa.

Al rato, cuando se enteró Martín del suceso, se encendió de indignación y salió en busca del Hinojosa. Lo halló en uno de los barracones de los soldados, haciendo corro con otros camaradas, y, sin mediar aviso, se acercó a él, lo asió de la ropilla y le dijo muchas injurias y afrentas.

—¿Tanto os mortifica la cornamenta, amigo Martín, que os hace desbarrar? —se burló Abel Hinojosa mientras lo apartaba de un empujón y desnudaba la espada.

—Reíos, hideputa, que en cada mano tengo un cuerno de acero con que os he de empitonar.

Se cruzaron los aceros frente al barracón. Ninguno de ellos era diestro en exceso. El Hinojosa se valía de su fuerza para lanzar duros mandobles con la tizona, tal si estuviese tajando ramas en la manigua. Martín era más menudo de hechuras, pero se defendía con resolución y bravura, parando bien los golpes de Hinojosa y largándole un par de puntazos que le metieron miedo. Se arremetían con saña, removiendo con sus botas la tierra húmeda, sudando, renegando, tirándose viajes peligrosos y desatendiendo las voces de los camaradas, que los llamaban a la medida. En uno de los lances, resbaló Navarrete en el lodazal que habíase formado y el otro le lanzó una estocada que a duras penas detuvo desde el suelo con la vizcaína; mas se revolvió, levantose y atacó al Hinojosa con denuedo, haciéndolo retroceder. Al rato, ambos mostraban cortes y arañazos, jadeaban cansados, se atacaban con menos agilidad y tino pero con mucha violencia. Y es seguro que allí habría muerto uno de los dos si, al ruido del combate, no hubiera acudido Simón Juárez.

—¡Qué locura es esta, señores! —les dijo, y ayudado por varios soldados de la guardia los arrestó y los llevó en presencia del gobernador.

Enojose con ellos Mondéjar, les reprochó con gruesas palabras su conducta y les impuso una multa de siete ducados a cada uno, leve castigo, quizá en atención a don Melchor Navarrete, con quien no quería perder su reciente amistad. En todo caso, la reyerta decidió al general a poner fin a tales conductas, que no estaban las cosas para perder soldados en pendencias, e hizo publicar un bando en el que se prohibían los duelos y desafíos en la gobernación de San Cristóbal bajo pena de trabajos forzados, o de vida, si el oponente resultare muerto.

El bergantín estuvo terminado en cuarenta y dos días. Fue bautizado con el nombre de Santa Bárbara, patrona de las tormentas, y, una vez armado con dos esmeriles y otros tantos falconetes y puesto en son de mar, el general decidió que era llegada la hora de acometer con seriedad la conquista de San Cristóbal. Y la primera acción que quiso emprender fue la toma del poblado de Gela, para

vengar la ofensa del anterior fracaso.

—Ya está bien de parecer corderos —dijo a sus capitanes—. Vamos a enseñar a estos perros quiénes son los castellanos.

En el bergantín rodeamos la isla por poniente hasta una ensenada muy abrigada que había en el extremo noroeste, que era donde el general había acordado reunirse con una tropa de doscientos guerreros aportados por Raha Bineba. Allí desembarcamos más de treinta hombres de armas, que, dirigidos por Mondéjar, avanzamos a través de la manigua, atacando todas las aldeas y caseríos que hallamos a nuestro paso. Al llegar a tiro de arcabuz del poblado de Gela, mandó el general establecer varias posiciones bien guarecidas desde donde castigarlos con fuego de escopetería. Los indios, vistas nuestras intenciones, estuvieron todo un día dándonos guazavara para intentar desalojarnos y, cuando menos lo esperaban, allegose el bergantín. Acercándose mucho a la orilla, pudo cañonear a gusto el poblado y desembarcar a más hombres, momento en que Mondéjar nos dio la orden de cargar:

—¡Por Santiago y Santa María, a ellos! —nos jaleaba—. ¡No den cuartel vuestas mercedes!

Y haciendo caso de sus indicaciones, entramos en el poblado a sangre y fuego, como horda de bárbaros, arrasando, quemando y matando indios sin mostrar piedad ni clemencia hasta que no estuvieron completamente dispersos y derrotados.

El regreso a la villa fue un paseo triunfal. Las gentes de Raha Bineba nos recibieron como a escipiones retornando de la conquista de Cartago.

La derrota de Gela, al que sin embargo no logramos capturar, atemorizó a algunos *tauriquies* que, para ofrecernos su amistad, enviaron emisarios cargados con presentes, alimentos y los inevitables rehenes que Mondéjar les exigía. Los demás caciques, los que se resistían, se convirtieron en objetivo militar. El general no estaba dispuesto a dejarse derrotar nuevamente, y preparaba cada entrada a conciencia, demostrando con ello ser hombre que aprende de prisa. Así, fuimos rindiendo provincia a provincia hasta dominar una buena parte de la isla. Mondéjar nos obligaba a hacer marchas penosas a través de las junglas y sierras de San Cristóbal, bajo soles de justicia o lluvias torrenciales, y siempre marchaba él en cabeza, dando ejemplo y estimulando a la tropa. Con los poblados que se rendían se mostraba magnánimo, pero con los que se resistían era inclemente y permitía hacer maldades y violencias que a muchos nos asqueaban y por las que el padre Saavedra no dejaba de quejarse y sermonear.

Mas también en esto se descubrió hábil el general pues, con objeto de calmar la conciencia del religioso, puso a su disposición a los indios capturados para que construyeran una iglesia más recia y permanente. La tentación fue grande para el padre, que había pedido al cielo la gracia de verla terminada, y se dejó engatusar por Mondéjar.

Así, mientras continuábamos conquistando San Cristóbal, el capellán hacía la vista gorda y se dedicaba a la tarea de levantar una nueva iglesia con la inestimable ayuda de León Rufo, escribano de minas y registros. Los muros se construyeron de tapial y se repellaron con argamasa; el techo, a dos aguas, se hizo de teja quemada, se remató con un campanario y, por último, se encaló. Las paredes eran bastas, las ventanas pequeñas y estrechas como aspilleras, el suelo de tierra y el campanario humilde, pero el padre Saavedra estaba tan orgulloso de ella como si se hubiera tratado de una catedral, y los vecinos de la colonia creímos, viéndola blanquear en medio de la plaza, que por fin Santa María de Poniente era una villa de verdad.

Con media isla bajo nuestro control, pensó Mondéjar que podía dedicar el bergantín a explorar otras islas, levantar cartas de marear y recoger, si hubiera lugar, información sobre el paradero del Adelantado, asunto que no dejaba de preocuparle, y también sobre el barco que habíamos visto la primera vez que atacamos el poblado de Gela, cuya presencia no había olvidado.

Aprestose, pues, la Santa Bárbara con víveres para dos semanas y salió a su primer viaje de exploración. Había nombrado Mondéjar por capitán a Lucas Mariano, en perjuicio de Valiero, pues tenía dudas sobre su fidelidad y temía que, estando el bergantín a su cargo, cediese a la tentación de largarse a las colonias de los portugueses o incluso a las islas Filipinas. Pero con el piloto fallábale la intuición al general: antes se hubiera dejado arrancar un brazo don Sebastián que abandonar la posibilidad de dar con la legendaria Tierra Austral.

Lucas Mariano era hombre ya maduro, tosco y de muy simple condición, que toda la vida la había pasado en los barcos. Su más destacado atributo era la lealtad perruna que le tenía a Alonso Domínguez, a quien consideraba su preceptor, consejero y guía y al que llevaba acompañando más de diez años en todos los navíos en los que aquel había mareado.

En el primer viaje del bergantín se completó la circunnavegación de San Cristóbal, explorándose dos pequeñas islas que había en su extremo oriental, Santa Ana y Santa Catalina, y luego se bojeó la isla de Guadalcanal, situada al noroeste de San Cristóbal, más grande y poblada que ella, y habitada por unos indios tan belicosos que no eran nada los de Gela comparados con aquellos. Del adelantado Mendaña no encontraron señales, ni del parao misterioso ni de nada que se le pareciese; por lo que, de regreso en la villa, la noticia que más excitación produjo fue el avistamiento de una mina de oro.

En realidad, lo que vio León Rufo, el regidor de minas, que también iba en el bergantín, fue un manchón de tierra muy removida en el copete de un cerro, al sudeste de San Cristóbal; pero tanto lo adornó y de tal manera fantaseó sobre ello que lo que empezó siendo un pedazo de tierra al poco era cantera y por último mina de oro.

Tan grande fue el efecto que tuvo el prodigioso hallazgo que al día siguiente unos cuantos estaban formando partida y solicitándole permiso al general para allegarse a buscarla. Pero el general se negó con mucha firmeza y algo de guasa, alegando que no iba a prescindir de hombre, arma ni barco algunos en tanto San Cristóbal no estuviera pacificada.

Y así quedó la cosa de momento, aunque las razones del general no convencieran ni al señor Rufo ni a cuantos se habían entusiasmado con el oro. Se opinó largo en los ranchos y mentideros, y muchas cosas se dijeron sobre el asunto, algunas tan fuera de razón como que el general no autorizaba la expedición porque ambicionaba el oro para él.

Y el alférez Ocampo no dejó escapar la ocasión para atraer más descontentos a su causa. Poseía Ocampo buenas cualidades para ello: era de palabra desenvuelta, mostrábase campechano con la tropa y se ganaba con facilidad aquiescencias y voluntades, sin cuidar el medio ni la forma, ya fuera convenciendo con buenas razones o prometiendo, si necesario fuera, mercedes y dispensas con largueza.

El cabo Vicente y Diego Jara, sus principales valedores, confabulaban con él en reuniones nocturnas muy clandestinas, y le advertían de la calaña de algunos hombres de los que se estaba rodeado.

—De los veinte que tenéis comprometidos no pondría yo la mano en el fuego más que por seis o siete —decíale Hernán Vicente—. Lo demás son chusma advenediza.

—Igual opino yo, señor Ocampo —convenía el otro.

—Entiendo vuestras desconfianzas, mis señores —argüía el alférez—, pero más cantera no hay. Hace falta estar preparados para cuando aparezca la flota de don Álvaro. Entonces no será precisa una compañía numerosa, pues muchos de los que ahora apoyan a Mondéjar se volverán contra él.

—Esperemos que así sea, señor Ocampo —concedió el cabo Vicente—. Sin embargo, hemos de ser cuidadosos con los que alistemos. Basta un traidor para llevarnos a todos al cadalso, y habéis reclutado a hombres en los que no confío.

—Decidme quiénes, señor Vicente.

—Ese Hinojosa, por ejemplo, que ya traicionó a sus compañeros para salvar el pescuezo.

—Y también vuestro cuñado, Martín Navarrete —añadió Diego Jara—, cuyo padre está a partir un piñón con Mondéjar.

—De Martín respondo yo, señor Jara. En cuanto a Abel Hinojosa, descuidad, señor Vicente, que nos será leal por dos buenas razones —respondió muy sonriente el alférez—: una es que aborrece a Mondéjar, que le midió las costillas con el látigo, y la otra, que venera el oro, del que le he prometido una buena ración.

—Yo lo conozco bien, y cuantas menos cosas sepa, más tranquilos estaremos.

—No desesperen vuesarcedes, que yo les prometo discreción y el pronto arribo del Adelantado.

A pesar de las seguridades de Ocampo, el cabo Vicente no tenía demasiada confianza en su discreción ni fe en la aparición de Mendaña. Afortunadamente, la naturaleza optimista del viejo soldado lo hacía sobreponerse a las adversidades y encarar el futuro como viniera.

—Tened cuidado, señor cabo —le advertía yo cuando me platicaba de estas intrigas—, que a la hora de la verdad los poderosos no reparan en nada más que en su propia ventura.

—Ah, Juan Torres —me respondía con zumba, desechando mis temores—, tú a don Pedro no lo pasas ni con vino de jerez.

La estación lluviosa continuaba y las fiebres miasmáticas, lejos de remitir, seguían atacándonos. Muchos soldados debían guardar reposo aquejados de ellas, y también cayó enfermo el barbero Caridad, a pesar de su resistencia y frugalidad. Cuando lo supe fui a verlo y lo hallé débil y consumido. Su figura escuálida se perdía bajo una gruesa frazada, sudaba y temblaba con grandes escalofríos, pero me recibió con una sonrisa y con esa luz de bondadosa humanidad que siempre brillaba en sus ojos.

—Buenas tardes, hijo, ¿cómo van esas empresas guerreras?

—Dura es la vida del soldado, e ingrata, maese Caridad, pero al menos ayuda a distraer la mente.

Durante cuatro días no me moví de su lado, atendiéndolo lo mejor que supe, volcando sobre él el afecto que se merecía y alimentándolo casi a la fuerza. Pero no mejoraba. Los ojos se le hundían más en las cuencas, su rostro afilábase día a día y la piel parecía transparente, que bien podría haberse estudiado anatomía en aquel cuerpo sin necesidad de abrirlo.

—No te aflijas, hijo —me decía al ver mi preocupación por su estado—, que toda vida está llamada a terminar desde que es concebida.

—Pero al médico corresponde prolongarla.

—No más allá de lo que Dios quiera.

—¿Significa eso que actuamos contra los designios del Señor?

—No, hijo, nosotros somos sus instrumentos, como lo son todas sus criaturas. Hasta el más humilde ratón forma parte del designio divino.

Hablaba Caridad con voz suave pero clara, explicando con mucha sencillez los principios que habían guiado su vida. Después de un rato de plática, hizo una pausa, me miró con mucho afecto y me dijo:

—Quiero que me prometas algo, hijo.

—Pedid —lo alenté.

—Si yo muero...

—Por Dios, callad —lo interrumpí, súbitamente asustado—, porque vais a vivir cien años.

—Cuando muera —volvió a decir sin alzar la voz, desterrada de su rostro toda expresión de sufrimiento— me gustaría que dejases la espada y te hicieras cargo del hospital. Estás mejor preparado que yo, hijo —añadió, haciendo gesto de que no lo volviese a interrumpir—, y la gente necesita un médico.

Tal petición en hombre tan verdadero como Caridad no auguraba nada bueno, mas me guardé mis aprensiones y le hice la promesa que me pedía, esperando no tener que cumplirla en mucho tiempo.

De los rehenes que Mondéjar exigía a los *tauriquíes* de la isla, los más jóvenes los ponía en manos del padre Saavedra, pues consideraba que la mejor manera de colonizar la isla era inculcarles la admiración por nuestras costumbres, modos y lenguaje.

El capellán, por su parte, los educaba como a novicios de un convento: les enseñaba la doctrina de la Santa Madre Iglesia, los instruía en nuestra parla y escritura e incluso se esforzaba por adiestrarlos en diversas artes y oficios que ponían de manifiesto la vastedad del saber del sacerdote. En esta tarea no estaba solo, pues habíase buscado la ayuda de un diácono, Alfonso Rodríguez, grumete de la Santa Ysabel que había enfermado gravemente durante la travesía y hecho promesa de profesar si salía con vida del trance. Y como por ventura salvose, se volvió hacia la religión y se apegó al padre Saavedra.

La mayoría de los rehenes mostraba poco interés por aprender lo que el padre les enseñaba, pues tenían tan arraigadas las propias costumbres y creencias que cambiarlas se tornaba una tarea titánica. Sin embargo, había uno llamado Laghu que se sintió tan impresionado por la doctrina de Jesucristo que todo cuanto el padre Saavedra le enseñaba se lo bebía, y aún quería más. Vestía con la misma saya parda que el sacerdote, había aprendido a recitar el Padre Nuestro y el Credo sin errar y gustaba de arrodillarse durante horas frente a la imagen de Nuestra Señora hasta entrar en una especie de trance místico que causaba admiración en la colonia. En su afán por aprender todo lo nuestro, pocas semanas le bastaron para entender y hacerse entender en castellano con bastante claridad.

Mas, pese a su misticismo, era un joven animoso y cordial con el que pronto hice buenas migas. No sólo le interesaba aprender los asuntos de la religión, sino que su curiosidad se extendía a muchos aspectos de la vida y la naturaleza y era entendido, entre otras cosas, en las propiedades de las plantas. Y como también yo soy curioso y quería saber todo lo referido a los remedios y hierbas propios de allí, con frecuencia trabábamos plática de estas y otras cuestiones y me ilustraba sobre ellas.

Laghu me explicó que las hojas cocidas del pulopulo se usaban contra la disentería; que las del titik, de color rojo, molidas y mezcladas con manteca, eran buenas para sanar los sarpullidos de la piel; o que la madera del árbol de davai, machacada y hervida, se usaba para hacer jabón, y sus semillas, de un bello color escarlata, además de emplearse como cuentas de collar, servían para limpiar y cicatrizar las heridas.

A su vez, él me preguntaba por nuestras costumbres y conocimientos. Una de las cosas que más le llamaba la atención era el dibujo, ya que habíamos visto aplicarnos en ello tanto al padre Saavedra como a mí. Varias veces me puse a instruirlo en tal disciplina, dándole papel y carboncillo, mas era tal la torpeza de sus dedos sujetando la barrita y trazando líneas y formas sobre el pliego que pronto colmó mi paciencia y él mismo acabó por desistir, conformándose con verme dibujar a mí.

Además de los rehenes, había en la villa doncellas indígenas que algunos *tauriquíes* nos habían ofrendado como muestra de amistad y respeto, y quizá también con la secreta intención de emparentar con nosotros e incorporar en su linaje nuestra esencia.

Como ya se ha dicho, el general conservó a una de las doncellas que Raha Bineba le había regalado, de nombre Talúa, y la destinó al servicio doméstico. Pero Francisco Mondéjar era hombre de natural intemperante, aunque su carácter serio y templado hiciera pensar lo contrario. Tal vez a causa de la preñez de Juana Alonso, que la hacía menos deseable a sus ojos, tal vez de ver a Talúa pasearse por la casa con la ropa escasa y holgada que usaba en todo momento, o por cualquier otro motivo, lo cierto es que Mondéjar acabó por tener trato carnal con ella y tomarla de concubina.

Aunque procuró hacerlo a espaldas de Juana Alonso, esta acabó por enterarse del asunto y, pese a no estar enamorada de Mondéjar, según me había confesado, sintiose herida en su dignidad, y tal vez también en su honrilla de mujer hermosa, y no quiso callarlo ni disimular.

—Francisco, quiero hablaros de vuestros amores con la india —le espetó a bocajarro una mañana en que Talúa había salido de la casa.

—¿Cómo decís? —preguntó con mucho arrebató Mondéjar, que estaba sentado con los pies metidos en una palangana de agua fría para calmar el picor de las ronchas y llagas que tenía.

—No os hagáis el sorprendido. Sé bien que es cierto, así que dejemos las convenciones a un lado y hablemos a calzón quitado, porque no tengo ganas de perder el tiempo.

Mondéjar se sintió confundido durante unos momentos, acosado por sentimientos contrapuestos: el orgullo de hombre y general, molesto ante el reclamo de Juana Alonso, el peso de su yerro y también la admiración que sentía hacia aquella mujer que tan directamente lo enfrentaba. Pero se rehízo con prontitud y, mientras se secaba los pies con un trapo, le respondió:

—También yo lo deseo, Juana, y ya que me pedís sinceridad, con sinceridad os diré que me sorprende vuestro reparo. ¿Acaso habéis olvidado cómo os ofrecisteis a mí en la nao, suplicando mi favor?

—No lo olvido, como tampoco olvido que no cumplisteis la parte que os correspondía.

—Sabéis que no ejecuté a vuestro esposo —dijo él, alzando la voz—, a pesar del peligro que para mí suponía mantenerlo vivo. Y no estuvo en mi mano evitar lo que después sucedió.

—Tal vez no —dijo ella—, pero sí está en vuestra mano dejar ahora a esa muchacha, que podría ser vuestra hija, y conformaros con lo que yo os ofrezco.

Mondéjar se puso las medias y los zapatos con gran parsimonia, se ajustó las cintas, levantose y desde su altura le respondió:

—Parece que olvidáis vuestro lugar. ¿Con qué derecho me reclamáis tal cosa?

—Con ninguno consagrado, ciertamente. No hemos hecho promesa alguna ante Dios ni ante los hombres, pero entre vuesa merced y yo hay un voto que estáis traicionando.

—¿De qué voto me habláis, Juana?

—De la fidelidad que como mujer me debéis. Si nada nos uniera, como vos aseguráis, ¿qué os costaba decirme que me fuera? ¿Creéis que iba a llorar por ello?

Mondéjar paseó por la estancia e hizo un esfuerzo por dominarse y guardar la calma.

—No he querido ofenderos, ni atentar contra vuestra honra.

—Pero me ofendéis refocilándoos con una nueva concubina.

—Tened esa lengua, mujer —saltó Mondéjar, incapaz de contenerse más—. ¿No veis que soy un hombre y que, como tal, tengo mis necesidades; que soy el general de esta hueste y hago lo que se me ofrece hacer? Y ninguna mujer ha osado jamás reprocharme por ello, ni siquiera mi santa esposa; mucho menos vos, señora.

—Pues yo jamás he compartido hombre con otra mujer. Si me queréis a vuestro lado, tendréis que sacar de aquí a Talúa, o regalarla a quien gustéis.

—¿Vais a dejarme?

—Hoy mismo.

—Id enhorabuena y poned vuestra persona en el mercado, a ver a quién engatusáis ahora. Siempre habéis medrado a la sombra de los poderosos, a ver cómo os defendéis sin mí.

—Despreocupaos, señor gobernador, que sabré cuidarme.

Mondéjar alzó la cortina y abandonó la estancia jurando con dureza, cagándose en quien se le puso y deshaciéndose en pésetes y porvidas, mientras Juana Alonso se levantaba del lecho con dificultad y

empezaba a vestirse. Y sin más demora abandonó la residencia del gobernador y vino a recalar con sus bártulos, sus baúles y su Maui en el hospital, solicitando techo y refiriéndome lo sucedido con tristeza y decepción, pero sin derramar una lágrima.

—Lo que más me preocupa, amigo Torres —me dijo—, es que mi presencia aquí os disguste o avergüence.

—Por Dios, Juana, sentíos como en vuestra casa —le dije, a pesar de que su llegada en verdad me ponía en una situación comprometida con Mondéjar, que era hombre celoso y vengativo, y de ninguna manera querría que por mi culpa le sacasen letrillas burlescas los deslenguados.

Una vez instalada en el hospital, quiso ayudarme con los enfermos, al menos mientras el barbero siguiese convaleciente de sus fiebres. Yo intenté persuadirla de la idea, dada su preñez, que ya iba para los siete meses, pero Juana Alonso no era mujer que aceptara consejos de otros, como bien acababa de verse, ni que se arrugase ante las dificultades.

Y en verdad su labor pronto se hizo notar, pues la mano femenina es especial en el trato del enfermo. Su presencia pareció como que insuflaba a los hombres más bravura por sobrellevar sus males, y a las mujeres una confianza que no sentían en mi presencia, por más médico que me dijera. Además, Juana tenía facultades para el oficio, resultando ser persona paciente y sufrida, sin ascos para las heridas, pústulas ni otras cosas desagradables de la profesión.

La separación de Juana Alonso y Mondéjar pronto fue la comidilla de la colonia. Pese a la buena ventura que Mondéjar le había deseado y a las prevenciones que ella tomaba en lo tocante a su honra, pues no había lugar ni momento en que no la acompañase Maui, no faltaron calumniadores que me señalasen como su nuevo galán.

Por su parte, el general tornose más irritable de lo habitual, y cualquiera había de tener harto cuidado en su presencia y armarse de la paciencia de un Job, porque lo más probable era encontrarse con los dardos de su sarcasmo, si no con palabras duras y ofensivas o con algún bastonazo en las costillas, cosa que nunca antes le habíamos visto.

Y es que no acababa de digerir el abandono de Juana Alonso, a la que sin duda apreciaba más de lo que quería confesarse. Yo mismo lo vi en ciertas ocasiones encaminar sus pasos al hospital y volverse a medio camino llevado por todas las furias del infierno. Se hacía extraño descubrir cómo un hombre que tenía un tan férreo dominio de sí mismo perdiese la calma con tanta facilidad.

En cuanto a mí, que hasta entonces le había sido indiferente, desde que Juana Alonso se trasladara al hospital me saludaba con un gruñido y una mirada resentida que me perseguía aun después de haberlo dejado atrás, una mirada que yo sentía prendida en mi espalda con el peso de una amenaza. Por ello, y para evitar las falsedades y maledicciones que con tanta rapidez se estaban extendiendo, decidí irme a dormir al galerón donde vivían el cabo Vicente y otros compañeros de la escuadra.

—Parece que la gobernadora se ha tomado el hospital por residencia —decíanme, bromeando a mi costa—, y a vos a su servicio personal.

Juana Alonso pronto se dio cuenta del revuelo que su traslado había suscitado y de la situación en la que me había puesto. Se sentía culpable y hacía lo posible para repararlo esforzándose en las labores de la enfermería y duplicando el tesón y ahínco con que las hacía. No obstante, su preñez suponía un limitación grande y había momentos en los que se la veía tan agotada que era preciso obligarla a descansar.

—También el enfermero ha de cuidarse —solía decirle yo.

Y, cada vez que se lo decía, notaba un ligero incomodo, un movimiento de hombros o un gesto que

se escapaba a su control, mas terminaba por hacerme caso y acatar la prescripción.

Afortunadamente para todos, Mondéjar decidió sacar de su palacio a la india Talúa y regalársela a su fiel Simón Juárez, que se mostró muy agradecido por semejante deferencia. De esa manera dio Mondéjar por cumplidas las condiciones de Juana Alonso y allanado el camino para volver a tenerla a su lado, aunque hubo de esperar un par de días hasta que la mujer decidiera reunirse con él.

—¿Vos creéis que debo ir, amigo Torres? —me preguntó una tarde en la que me había entretenido en demasía atendiendo a Caridad. Nos encontrábamos en el pequeño despacho donde se guardaban los remedios y específicos, que yo por costumbre recogía y ordenaba antes de marcharme del hospital.

—Eso es cosa vuestra, Juana, pero todos los hombres de la colonia os lo agradecerán. El gobernador está tan agitado que no se calmará hasta que no volváis junto a él.

Y aunque yo dije tal cosa con harto desenfado y algo de chacota, ella no lo entendió así; al contrario, pareció disgustarse con mis palabras.

—Juan Torres, ¿por qué decís eso? ¿Acaso os estorbo? —me preguntó con suspicacia.

—No, por Dios. Yo estimo en lo que valen vuestra ayuda y compañía, mas en los días que lleváis fuera del palacio no hay quien esté a salvo en la villa.

Pero Juana Alonso no se conformó con la respuesta. De alguna forma mis palabras la habían herido y quiso hacérmelo pagar. Y a fe que lo consiguió.

—¿No tendréis temor de que vuestra querida doña Elena de crédito a las hablillas y se tome a mal mi presencia aquí?

—Doña Elena está felizmente casada —respondí muy circunspecto—, y nada tengo que ver con ella.

—Parad el carro, señor cirujano, y no habléis como un fariseo. Yo sé que esa dama aún agita vuestro corazón, por más casada que esté, y que suyos son vuestros desvelos.

—Ninguna hipocresía hay en lo que os he dicho. Doña Elena está fuera de mi alcance; en realidad siempre lo ha estado, aunque haya sido tan necio de no querer verlo.

—Qué inocente sois, señor Torres: ese amor galante que sentís por vuestra dama os tiene cegato —dijo ella, cambiando nuevamente de humor—. Mas quizá hayáis puesto los ojos en alguna otra mujer y mi presencia os perjudica.

—No hay ninguna dama que por mí se desvele, amiga Juana —le dije con ligereza.

Ella guardó silencio y me cogió de la mano.

—Será porque vos no queréis, Juan Torres, sólo por eso —dijo, y alzó la cabeza y abrió unos ojos ligeramente brillantes, que me miraron con una mezcla de compasión y afecto, aunque no podría asegurarlos en aquella media luz de la tarde moribunda. Después dio media vuelta y fuese.

Aquella plática me dejó cierta inquietud interior. Juana Alonso no era, en verdad, mujer que pudiese dejar a nadie indiferente, y no me importa confesar que, desde que la conocí, sentí hacia ella una atracción espontánea, por su carácter indómito y su llaneza de trato, pero también me incomodaba a veces su extraño proceder y, por qué negarlo, las habladurías que circulaban sobre ella. En todo caso, no estaba en mi pensamiento poner los ojos en ella, arriesgándome a provocar la cólera de Mondéjar, ni, como ella misma había dicho, podía evitar que mi corazón se agitase por doña Elena

En todo caso, Juana Alonso volvió junto al general.

Se pasó el mes de febrero y se vino marzo. Mondéjar había enviado la Santa Bárbara a un segundo viaje de exploración, más al norte del archipiélago, mientras él se ocupaba de continuar la conquista de San Cristóbal. Cada vez necesitaba batallar menos, pues muchos *tauriqués* habían aceptado rendir

vasallaje a Su Católica Majestad a cambio de la protección del gobernador y la promesa de conquistar otras islas. Y si no había conseguido sujetarlos a todos era a causa del propio Gela, que había logrado refugiarse en el otro extremo de la isla para encabezar la resistencia de los que no se sometían a nuestro dominio.

Por lo demás, Santa María de Poniente iba poco a poco acomodándose a nuestra permanencia y tomando el aspecto de un lugar poblado y habitable. Las cuadras del diseño original iban dejando de ser espacios vacíos trazados a cordel y se llenaban de casas, galeras y bohíos donde se asentaban las familias y los soldados. Las parcelas se separaban unas de otras por cercos de estacas, en los corredores se colgaban tiestos con flores, en los espacios vacíos se sembraban arbolitos, se cultivaron pequeños huertos con las plantas naturales de aquella tierra y con semillas traídas del Perú, ajos, cebollas, patatas, chiles y, quien más, quien menos, criaba sus cerdos y gallinas en zahúrdas y cañizos.

Se instalaron también algunos talleres donde cada cual fabricaba lo que sabía y lo cambiaba o lo vendía por aquello que necesitaba. Y como la moneda era poca y los precios altos, muchos habían de contentarse con lo que tenían y adquirir sólo lo imprescindible.

También las tormentas habíanse convertido en parte de la rutina cotidiana, pues todas las tardes caía una. Cerrábase el cielo de una color muy oscura, con mucho centellear de relámpagos y batir de truenos, levantábase el viento y cantaradas de agua caían de arriba ocultando el paisaje tras una tupida cortina que a todos nos obligaba a buscar refugio. Pese a estar bien trazadas, las calles sufrían muchos estropicios, pues la avenida de tanta agua las llenaba de hoyos, ramblas y regueras donde era fácil tener una mala caída o torcerse un tobillo. Después del diluvio, quedaba la tarde con chaparrones intermitente y las noches se presentaban frescas y, a veces, cuando la tormenta había descargado muy tarde, envueltas en nieblas.

Pequeñas noticias ponían sal al cada día de la colonia y material a los corrillos y mentideros, en especial los chismes, como el de la nueva separación de la Mulata y Diego Jara, quienes, tras la liberación del soldado, habíanse prodigado durante un tiempo ternezas y embelecocos que terminaron por desvanecerse y ser suplidos por las riñas y reproches de otros tiempos. La Mulata le echaba en cara al hombre la afición que le tenía a las mujeres indígenas, y Diego Jara le censuraba la sequedad de su vientre por causa de las malas artes que en la mancebía había aprendido, y la llamaba machorra.

—Llévate cuanta mugre en esta casa has dejado, hideputa —dicen que le dijo la Mulata cuando, harta de él, arrastró su cofre hasta la puerta.

También fue pródiga en habladurías la boda de Maui con el señor Martín Navarrete, a quien sus padres hicieron muchos reproches por ser de raza india e ir la moza preñada al matrimonio, pero tan extremado era el amor que la marquesana inspiraba al joven que de nada sirvieron las admoniciones sino para robustecer su decisión. Antes de que el padre Saavedra bendijera la unión, lo hizo Juana Alonso, que perdía a su fiel amiga y ayudante. A fuer de ser honesto, he de confesar que me sorprendió la entereza del señor Navarrete, no sólo por mantenerse firme ante sus padres, sino por exponerse de manera tan abierta a las burlas de muchos y a las infamias de los más bellacos, que lo tildaban de cornudo por ser el hijo que esperaban de paternidad mancomunada.

Yo seguía en el hospital, pues el barbero Caridad no mejoraba; al contrario, más se consumía y debilitaba. Pese a las muchas atenciones que le prodigaba, el viejo apenas tragaba alimentos si no eran unos caldos de gallina o unas gachas muy aguadas de taro cocido. Pasaba la mayor parte del día adormilado, con la respiración muy tenue, debiéndose su resistencia más a la fuerza de su espíritu que al vigor de su cuerpo. Pero al fin no aguantó el rigor de las fiebres y entregó su alma al Altísimo. Lo encontré al alba con los ojos cerrados y las manos cruzadas como si hubiera estado rezando en el momento postrero. A todos causó gran pesar esta muerte por ser persona compasiva, virtuosa y

humilde, que nada material tenía sino su saya de tela basta y las abarcas de cuero que vestía. Todavía me parece verlo preparando en silencio y con paciencia algún remedio con la mano y el almirez.

Descanse en paz el viejo Caridad. Con su marcha me sentí tan huérfano como si en verdad hubiese perdido a un padre; pero tocaba hacer de tripas corazón, cumplir la promesa que le había hecho y continuar trabajando en el hospital.

El afán de aquellos días se iba en reventar fistulas purulentas, encajar los gonces que se desgovernaban, costurar cortes y heridas propias de la gente de guerra y sobre todo en sacar muelas, que por algo a los barberos y cirujanos nos llaman desdeñosamente sacamuelas; y nos injurian por el dolor que causamos, sin reparar que acuden a nosotros cuando el tormento es tan grande que logra embotar el temor que se nos tiene. Y yo tengo por cierto que en el banco de un barbero se aprecian mejor el coraje y los redaños de un cristiano que en la más fiera de las batallas.

## 24

El segundo viaje del bergantín tenía el propósito de explorar las islas más alejadas del archipiélago, descubrir si había tierra continental más allá y, por supuesto, buscar noticias del Adelantado, pero, apenas una semana después de haber partido, vimos a la Santa Bárbara de regreso en la bahía de Todos los Santos con noticias tan importantes que habrían de precipitar los acontecimientos venideros.

Nada más atracar el batel, Lucas Mariano y Sebastián Valiero saltaron a la orilla y se encaminaron hacia la villa para dar al general puntual informe del viaje. Mientras, el resto de tripulantes del batel se distribuía entre los grupos y cuadrillas que, a pie de playa, esperábamos noticias.

Cerca de donde me hallaba con otros compañeros pasó Marcos Agras, el marinero de Perlío. Su figura alta y un poco cargada de hombros descollaba entre la gente.

—¡Amigo Agras! —le grité, haciendo señas para que me viese.

Acercose el marinero al grupo, nos estrechamos la mano y le pregunté por el inesperado retorno del bergantín; mas él, en lugar de ir directamente al meollo de la cuestión y satisfacer nuestra impaciencia, dio en relatarnos el viaje desde el principio. Nos contó con mucho lujo de detalles que habían navegado con tal o cual rumbo, y con estos y aquellos vientos, hasta topar con un piélago de islas con arrecifes y bancos y calas y muchos abrigos que los oficiales decidieron explorar. Y que, estando en ello, divisaron un parao similar al que había sido visto cuando lo de Gela.

—Id al grano, amigo Marcos —lo apremié. El relato empezaba a ponerse interesante y el soldado Julio Lorenzo le preguntó si podría tratarse del mismo barco.

—Si no era el mismo, se comportó de igual manera —dijo el marinero—, pues fue vernos y salir huyendo. Le tiramos un cañonazo de advertencia y más prisa se dio en partir, cogiendo la vuelta del oeste. Acordamos perseguirlo y a su estela doblamos un cabo y nos internamos por un canal de poco fondo que había entre la isla y una restinga rocosa.

Ante aquel episodio de batalla naval, alborotose el corro, y todos queríamos opinar y preguntar, mas Marcos Agras continuó imperturbable con su historia.

—Durante unas horas fuimos en demanda del paraoque, aun siendo más lento, nos ponía muy difícil la tarea porque navegaba entre arrecifes y bancadas que sin duda su tripulación conocía muy bien. Después de atravesar un estrecho que no tendría más de un cable de amplitud, el parao se dirigió hacia una isla formada por un volcán tan alto y de paredes tan verticales que ponía espanto mirarlo. Por aquel espacio de mar abierto pudo la Santa Bárbara acercarse un tanto, mas iba consumiéndose el día y la distancia menguaba con lentitud. Ya próximos a la isla del volcán se escaseó el viento y, siendo el parao poco apropiado para ceñir, pudimos finalmente darle alcance. Cuando estábamos casi a su altura dispararon sobre nosotros con un esmeril que llevaban montado en cubierta.

Hizo un alto el marinero para refrescarse el gaznate con agua fresca.

—¿Y qué ocurrió entonces, señor Agras? —preguntó Justo Bautista de Campeche.

—Que tuvimos que defendernos —respondió el marinero—, y le largamos una andanada con nuestras piezas. También se habían trepado varios soldados a las entenas de los palos y les hicieron fuego de escopetería. La refriega duró apenas unos momentos, pues, al segundo cañonazo que quisieron tirarnos, se les reventó el esmeril y les mató varios marineros y al punto abatieron las armas y se rindieron. Nos abarloomos a ellos e hicimos prisionera a la tripulación, que era toda de origen

malayo, menos el capitán, que era portugués y había muerto en la refriega, y el piloto, que era holandés.

—Es cosa de ver, herejes y portugueses juntos por estas aguas —le cortó Julio Lorenzo—. ¿Acaso estamos en guerra y no nos hemos enterado?

—Lo dudo mucho, señor Lorenzo —le respondió Marcos Agras—, porque el extranjero, que se defendía bien en la parla portuguesa, nos contó que se dedicaban al comercio de especias, en particular de una pimienta verde que abunda en algunas islas, y con la que negocian por todos estos mares, desde Java hasta Nueva Holanda y las islas del Moluco.

—Las Salomón pertenecen a la Corona de Castilla, al igual que el Moluco —terció uno—, y nadie de otras naciones ha de comerciar con sus riquezas sin nuestro permiso.

—Eso no tiene ahora mucha importancia, mis señores —dijo el marinero—, en vista de la noticia que nos contó el holandés, y que es causa y origen de que hayamos regresado.

—¿Qué noticia? —pregunté yo.

—Nada menos que el arribo a las Filipinas de la flota del adelantado Mendaña. —En este punto hizo una pausa, pues la nueva era en verdad tan asombrosa que nos había dejado a todos boquiabiertos. Hacía una mañana soleada y placentera, allí junto a la orilla, bajo la sombra de los cocoteros. Sentábase Marcos Agras en un tronco caído y los demás lo hacíamos en su derredor, sobre la blanca arena. Algunas nubecillas apuntaban por sobre los cerros del interior, las mismas que horas después habrían de crecer y descargar la inevitable tormenta.

—No es posible —comentó por fin Justo Bautista.

—Atiéndanme —le respondió el marinero—. Según el holandés, que se llama Nicolás van Leyden, la noticia la supo en el Moluco por boca del capitán de un jabeque procedente de Manila. El tal capitán hábale contado del fracaso de la expedición española a las islas de Poniente, de la muerte de don Álvaro de Mendaña y del naufragio de todos los navíos, a excepción de la capitana.

—¿Cuánta gente se salvó? —preguntó Bautista, el de Campeche.

—Lo único que pudo decir Van Leyden fue que la San Jerónimo, comandada por la viuda del Adelantado, había conseguido alcanzar las Filipinas en un estado lamentable, sin agua ni comida, y con la gente a punto de fallecer.

—Muy indirecta me parece esa noticia para ser creída sin reservas —dijo el cabo Vicente, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

—En realidad, señor Vicente —le respondió el marinero—, el holandés parecía muy sorprendido por nuestra presencia, pues según sus informes ya no quedaban castellanos en las Salomón.

—Entonces es que nos dan por naufragados —dije yo—. Y nadie nos espera.

—Eso parece. En todo caso, y como comprenderán vuestas mercedes, la noticia era tan cardinal que decidimos regresar sin dilación para ponerla en conocimiento de toda la colonia.

El desventurado término de la expedición de Mendaña a nadie dejó indiferente, ni a quienes deseaban que apareciese la flota del Adelantado, ni a quienes por una u otra causa lo temían, ni a quienes tenían amigos, familiares o camaradas en las otras naves, a los que lo equívoco de la información llenó de inquietud y pesar.

Mas sin duda era Mondéjar a quien más concernía la noticia, pues quitaba definitivamente de su camino la alargada sombra de Mendaña, consolidaba su nombramiento de gobernador de San Cristóbal y desvanecía las esperanzas de todos aquellos que habían fiado su causa en el Adelantado, en especial el alférez Ocampo.

Además, la buena nueva —buena para el general— lo exhortaba a organizar cuanto antes un viaje para poner en conocimiento del resto del mundo, y sobre todo de las autoridades, la fundación de la villa y la colonización de San Cristóbal. Por tanto, sin mayor dilación convocó a sus allegados a un consejo para debatir sobre el asunto y tomar una decisión.

En el amplio corredor del palacio del gobernador se congregaron lo más florido de la oficialidad de mar y guerra, los cabos de escuadra, el bachiller Herrera, el padre Saavedra y el cabildo al completo de la villa de Santa María de Poniente, amén del propio Mondéjar. Como era calurosa la mañana, acudieron casi todos en mangas de camisa.

Una vez se hubieron acomodado, estos sentados, esos de pie, aquellos arrimados a la pared o apoyados en los horcones que sostenían el techo, habló el gobernador.

—Nos compete ahora tratar sobre el envío de una embajada que haga valer nuestros derechos de conquista y obtenga las mercedes que en justicia nos corresponden —dijo Mondéjar, y a continuación explicó que existían dos maneras de hacerlo.

La una era regresar al Perú, presentarse ante el virrey y solicitar su apoyo para continuar con la conquista y poblamiento. Y la otra consistía en viajar directamente a la metrópoli y reclamarle al rey, antes de que otros se adelantasen, las reales gracias y mercedes que habían sido otorgadas a Mendaña.

—Den vuestras mercedes libremente sus pareceres —concluyó el general—, de modo que pueda adoptarse lo más conveniente a los intereses de la colonia.

Hubo un momento de silencio que aprovecharon unos para intercambiar miradas y otros para observar atentamente el estado de su camisa o el cuero ajado de sus botas. Carraspeó por fin el capitán Melchor Navarrete para aclararse la garganta y llamar la atención de los presentes.

—¿No sería mejor ir antes a las Filipinas, que están mucho más cerca —propuso el hombre—, y solicitar ayuda al gobernador de aquellas islas?

El general, que ya había sopesado y descartado esa alternativa por ser la menos ventajosa para él, le respondió con palabras muy tajantes:

—Capitán Navarrete, ¿qué ventaja encuentra vocacé en viajar a las Filipinas? Allí van a recalar los fracasados, como los sobrevivientes de la flota de Mendaña. Además, el gobernador de Filipinas no tiene jurisdicción ni arbitrio para disponer sobre los asuntos de estas islas de Poniente, antes al contrario, es posible que pretenda entorpecerlos; ni tampoco podrá proporcionarnos soldados, ni hallaremos allá colonos suficientes para lo que aquí es menester. No, caballeros, las Filipinas no son una opción que me convenza.

Abierta la veda, tomaron la palabra unos y otros para dar sus pareceres, expuestos al principio con mucho orden y mesura, mas al poco se fue enredando la plática: uno preguntaba sin esperar a que el otro terminase, este asentía, ese negaba y aquel gritaba para hacerse escuchar, y cada cual miraba por lo que le interesaba sin atender a lo que decían los otros, de modo que aquello más parecía reunión de ovejas que conversación entre personas.

—¿Quién mandará la Santa Ysabel durante el viaje? —preguntaba el almirante Domínguez.

—La nao está maldita —alegaba Figueroa intranquilo—, mejor será llevar el bergantín.

—Sí, ha de ser el bergantín —aseguraba Lucas Mariano, arrimando el ascua a su sardina.

—Yo deseo quedarme aquí y proseguir con la conversión de los indígenas —decía el sacerdote—, pero ¿quién pedirá entonces al obispo que envíe más misioneros?

—¿Y cómo dejar a la gente sola y desguarnecida en la colonia? —preguntaba el alcalde Fonseca.

—Y las minas —pregonaba León Rufo—, ¿cuándo buscaremos las minas?

—Un poco de calma y otro tanto de orden, señores —dijo Mondéjar, alzando la voz—, que no pueden atenderse todas las cuestiones al mismo tiempo, ni es esto lo que aquí se ha de acordar, sino

adónde dirigirnos: a España o al Perú.

A medida que el general hablaba fueron acallándose las demás voces y rumores, y todos quedaron pendientes de lo que él dijese.

—Atiéndanme bien, vuestras mercedes —prosiguió el general—, porque en este asunto es mucho lo que cada cual se juega, así que lo decidiremos por votación. Den un paso hacia la derecha quienes estén por viajar a España, y hacia la izquierda los que deseen regresar al Perú, y háganlo con confianza, que yo me plegaré a lo que se resuelva.

Quedaron en suspenso todos un momento, meditando qué hacer. Desplazose al fin Félix Carrasco a la derecha, moviose Melchor Navarrete a la izquierda y, poco a poco, fueron yéndose los más a España y los menos al Perú hasta no quedar ninguno en medio sino Mondéjar.

—Ea, señores, no se hable más. Así se hará.

Una vez decidido el dónde, tocaba solventar el cómo, esto es, la ruta que seguir. Planteáronse entonces otras dos alternativas. Por un lado, el almirante Domínguez y Figueroa sostenían que la ruta más favorable era atravesar nuevamente el Pacífico hasta alcanzar el puerto de Acapulco, en las costas de la Nueva España, cruzar de Acapulco a Veracruz a lomo de acémila y esperar allí a que partiese la flota de la Carrera de Indias para viajar hasta Sevilla.

—En total, unos seis meses —concluyó Domínguez.

Sin embargo Valiero, como era de esperar, tenía otra opinión. Pensaba él que la ruta propuesta por Domínguez sería enormemente larga, pues primero había que navegar al norte, hasta latitudes más frías, como lo demostró Urdaneta, y tomar la vuelta del este para cruzar el Pacífico. Una vez alcanzadas las costas americanas, era menester bajarlas durante más de ochocientas leguas hasta el puerto de Acapulco, lo que supondría al menos medio año de travesía. Más otro tanto en atravesar México entrambas costas, embarcar en la flota de la Carrera de Indias y llegar a las Españas.

—Y eso, teniendo suerte —concluyó el piloto—, porque la flota parte siempre en el mes de marzo: si para entonces no estuviéramos en Veracruz, habría que esperar otro año.

Si mucho habían parecido los cálculos de Domínguez, los de Valiero dejaron a todos abatidos, e inconformes:

—Cómo osáis contradecirme, portugués del diablo —gritó irritado Alonso Domínguez, alzándose sobre las punteras de sus zapatos, como queriendo doblar la corpulencia, y acercándose a su interlocutor con el ánimo envenenado.

—Callaos, señor Domínguez, y no empecéis de nuevo con esa monserga —lo atajó Mondéjar con severidad—. Y vos, Valiero, si tenéis algo en la mollera, no os lo guardéis.

El piloto inspiró varias veces, como preparándose para lo que habría de venir:

—Para viajar a España, mis señores —dijo al fin—, el camino más corto es hacia el oeste.

—¿Hacia el oeste, por mares portugueses? ¡Jamás! —bramó Domínguez, pero una mirada del general lo hizo cerrar la boca y morderse la lengua.

—Hacia el oeste —prosiguió el piloto—, como hiciera Juan Sebastián Elcano en su famoso viaje de circunnavegación, atravesando el océano Índico hasta el cabo de Buena Esperanza, y desde allí, una vez doblado, habrá que navegar hacia el norte siguiendo las costas de África.

—¿Y en qué os basáis para afirmar tal cosa, maese Valiero —preguntó el general—, siendo la ruta africana la más larga de las dos?

Respondióle el piloto que nos hallábamos en las antípodas de Castilla y que, por tanto, igual longitud nos separaba de ella por un rumbo que por el contrario; pero que, por la ruta africana, no habría que cruzar México ni dependerían de la flota de la Carrera de Indias.

—Mucho os gusta doblar el cabo de Buena Esperanza —terció de pronto Figueroa, sin que al

parecer viniese a cuento el comentario. El piloto cerró los puños y lo miró con mucha irritación, aunque nada dijo.

—¿Qué queréis decir, señor Figueroa? —preguntó Lucas Mariano, toda vez que Alonso Domínguez aún se estaba mordiendo la lengua, pero el contramaestre no quiso añadir palabra a lo dicho, y todos los presentes pudieron observar la poca avenencia que entrambos hombres había.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando, señor Valiero? —preguntó el general, centrando la plática y rompiendo el curioso silencio.

—El viaje será la mitad: cinco o seis meses.

—Eso es una estimación a ciegas —dijo Lucas Mariano—, y lo mismo podíais haber dicho cinco que cincuenta.

—Lo navegó Elcano —se defendió Valiero—, y otros muchos capitanes de las flotas portuguesas.

—Ya salió otra vez el portugués hablando de los suyos —se burló Alonso Domínguez, incapaz de contenerse por más tiempo.

Esperaron todos a que Valiero añadiese algo más, pero no lo hizo, ni ninguno otro quiso intervenir, por lo que habló de nuevo el general.

—Muy sensatas y nobles razones se han tratado aquí, de lo que todos debemos holgarnos; mas como es preciso tomar una decisión y paréceme a mí que la ruta propuesta por don Sebastián Valiero es la más conveniente, digo que navegaremos al oeste en la Santa Ysabel. Conmigo vendrán el almirante Domínguez, el piloto Valiero y treinta hombres que en su momento se dirá. Los demás quedarán en la colonia a la espera de nuestro regreso.

Dicho esto, se disolvió el consejo, y cada cual fuese a dar cuenta de ello a sus allegados. Y en menos de una hora toda la colonia era un hervidero de comadreo: decía fulano que las islas de Poniente se convertirían en provincia, alegaba zutano que en capitania y otro más que en virreinato, y no faltaron quienes imaginaban a Santa María de Poniente como una capital más floreciente que Manila, adonde habrían de llegar galeones llenos de gente y partir cargados de riquezas.

Para el alférez Ocampo fue un duro golpe enterarse del trágico fin del Adelantado, con cuya ayuda ya no podría contar; pero más le costó encajar la noticia del viaje a España. Para estudiar el asunto, reunió en su casa a Diego Jara y al cabo Vicente, a quienes explicó que, con los últimos acontecimientos, la mayoría de sus partidarios se había echado atrás, de modo que apenas podrían contar con una docena de leales.

—De qué os sorprendéis —le dijo el cabo Vicente—. ¿Acaso no sabéis que las contrariedades hacen flaquear los corazones y declinar los compromisos?

—Consideraba que, tratándose de castellanos, la honra era sagrada —respondió el alférez, mostrando su despecho hacia los indecisos.

—No desfallezcamos ahora —dijo Diego Jara—, que la opinión de la gente es tornadiza. El tiempo corre a nuestro favor, y creo que de momento debemos esperar.

—Cierto. Y tomar más prevenciones que nunca —añadió el cabo Vicente—, porque la ocasión es propicia para traidores.

—No opino igual, señores —les dijo Ocampo—, pues si Mondéjar llega a la corte y convence al rey, ya no habrá manera de hacer justicia. Yo opino que debemos actuar sin demora.

—¿Y qué podemos hacer, don Pedro? —dijo Diego Jara.

—Hay que impedir ese viaje —resolvió Ocampo.

—¿Y cómo? —preguntó el cabo Vicente.

Los tres se miraron a la móvil luz de la vela que alumbraba la estancia. Estaban sentados en sendas banquetas alrededor de una mesa de recios tablones sin desbastar. Frente a cada uno de ellos había una jarrilla de vino de palma y, en el centro de la mesa, una escudilla con frutas ácidas que, aderezadas con sal, acompañaban bien a los tragos.

—Yo os diré cómo —dijo el alférez Ocampo, que parecía tenerlo algo meditado—: nos haremos con el bergantín y en él iremos hasta el Perú. Así podremos adelantarnos a Mondéjar e informar al virrey de sus muchos crímenes e infamias.

Los hombres sopesaron la idea unos momentos, poco convencidos con ella y temerosos de tener que cruzar nuevamente el Pacífico.

—Viajar al Perú es una travesía demasiado larga y peligrosa para el bergantín —opinó Diego Jara.

—Llevar el bergantín al Perú tal vez sea una travesía imposible —apuntó el cabo Vicente, hablando con mucha parsimonia—, pero a Manila no. Además, es allí donde han arribado los sobrevivientes de la San Jerónimo, y doña Isabel Barreto, que sin duda escuchará muestras razones.

El alférez Ocampo, que se había disgustado con el comentario tan pusilánime de Diego Jara, consideró muy acertada la propuesta del cabo Vicente, tanto, que se preguntó cómo no se le había ocurrido antes a él.

—Me parece viable, señor Vicente —falló el alférez y, puestos de acuerdo, se dedicaron a madurarla y afinarla durante un buen rato, hasta que se separaron ya cercana la medianoche.

El cabo Vicente le explicó después que habían planeado asaltar el bergantín una noche de las más oscuras y reducir a la escasa guardia que tenía. Como entre los leales contaban varios marineros, no tendrían problemas para gobernar el barco. El único impedimento de su proyecto era encontrar quién pilotase la nave por mares desconocidos, y la llevase a buen puerto.

—Sin piloto, el intento es imposible —me confesó—. Y las opciones son contadas.

A tres de ellos los habían descartado sin vacilar: a Alonso Domínguez, por ser hombre poco de fiar, capaz de vender a su madre por treinta monedas; a Lucas Mariano, por ser muy allegado del anterior, y de ninguna manera lo pondrían a su favor; y a Figueroa, por ser el menos competente de todos y persona ambigua y enigmática, ofuscado con la dichosa lista, y nada más que con ella.

—Así que sólo nos queda Sebastián Valiero, zagal —me dijo el cabo Vicente—, y a ese pájaro eres tú quien mejor lo conoce.

—En difíciles negocios me metéis, señor cabo; y de este no creo que se derive beneficio para nadie.

—Déjate de monsergas, Juan, y dime cómo hacemos para ganarnos a Valiero —me contestó el señor cabo, que se había forjado en la hidalguía del soldado viejo y no atendía a otras razones.

Pero a mí la cruzada de Ocampo no me convencía. Parecíame que el alférez estaba comprometiendo a mi amigo, y poniendo en grave riesgo a la colonia, por motivos tan banales como el orgullo de caballero y el afán de revancha contra Mondéjar. Sin embargo, el afecto que le había cogido a mi amigo me comprometía sin yo quererlo, así que me dispuse a ayudarlo y le dije que Valiero no era su hombre.

—¿Y eso por qué? ¿Está acaso ganado para Mondéjar? ¿Le ha prometido favores y mercedes?

—No, no lo creo. El piloto es hombre de honor. Pero no querrá embarcarse en esta aventura, pues su único interés está en el oeste, señor Vicente: recordad cómo ha aconsejado siempre navegar por ese rumbo. Quizá espere encontrar un continente desconocido o un océano incógnito, no lo sé, pero el piloto no se dejará convencer para alejarse de poniente.

—Poca ayuda me ofreces, zagal. En fin, de todas formas habrá que tantearlo, y si no quiere venir por las buenas, tendremos que llevarlo por las malas.

—Parad el carro, señor cabo, y no os pongáis tan tremendo —le dije—, que hay en la villa un

hombre que conoce esos mares mejor que Valiero.

—¿Me tomas el pelo?

—Dios me libre de ello, señor Vicente. Se trata del piloto holandés. Van Leyden no sólo podrá ayudaros, sino que también querrá hacerlo, ya que nada tiene que perder.

El cabo Vicente se quedó boquiabierto, mirándome con una expresión parecida al respeto, luego encajó las quijadas y se rascó con fuerza la barba.

—Voto a Barrabás que tienes razón —dijo.

Van Leyden era un holandés alto y cetrino, con la cabellera muy rubia. Tenía su costal de años encima, mucho mundo recorrido y un acervo de experiencias que gustaba contar a cualquiera, ya que Mondéjar, quizá por las noticias de que había sido portador, le permitía deambular por la villa con plena libertad y le había otorgado, en lugar de una mazmorra, una cabina de la Santa Ysabel. Como era hombre de natural abierto y franco, que sabía entenderse y hacerse entender sin que la lengua fuese un impedimento, a Ocampo le fue fácil acercarse a él, sondearlo con las prevenciones que el caso merecía y, una vez sabida su buena disposición, proponerle con la mayor de las reservas que hiciera con ellos el viaje a Manila. Y el holandés aceptó con facilidad, pues en verdad la empresa le ofrecía un modo de abandonar la isla. Le aseguró a Ocampo que él conocía bien los mares de aquella parte del mundo y que sabría llevarlos a las islas Filipinas, aunque también le advirtió de que el intento no sería fácil. A cambio de sus servicios como piloto, el alférez le prometió su protección ante las autoridades y su ayuda para que pudiera regresar a su tierra.

Asegurada la participación del holandés, los conjurados siguieron adelante con su intento. Habían conseguido juntar a un total de quince hombres, entre colonos, soldados y marineros, aparte de doña Elena y Maui, y acordaron que cada uno de ellos reuniría en secreto un saco con sus pertrechos y algunas provisiones con las que aguantar hasta la isla de Guadalcanal; y que todo ello habrían de llevarlo hasta un lugar oculto, cercano a la playa, para subirlo a bordo después de haberse hecho con el bergantín. La captura de este había de ser, en teoría, muy simple. El plan consistía en que los tres marineros leales se ofreciesen voluntarios para la guardia del bergantín, puesto que eran pocos los que deseaban hacer esa tarea. Luego, uno de ellos soltaría la amarra del batel, lo llevaría a la playa y embarcaría al resto de los conjurados que, todos juntos, volverían para hacerse con el navío.

La única condición era que la noche fuera muy oscura. Así que acordaron dar el golpe la próxima luna nueva, es decir, el cuatro de abril.

—¿Algún reparo, mis señores? —preguntó el alférez Ocampo a sus lugartenientes, con los que se había reunido de nuevo para preparar la acción.

—Sí, señor—dijo el cabo Vicente—: no me gusta que vayan mujeres en la expedición, porque serán fuente y origen de problemas. Además, ¿a qué arriesgarlas a las adversidades de un viaje tan incierto?

—¿Algún otro? —volvió a preguntar Ocampo, excusando responder a mi amigo.

—Para el cuatro de abril aún faltan seis días —dijo Diego Jara.

—¿Y qué? —preguntó el alférez.

—¿Cuándo avisaremos a los demás hombres?

—Mañana mismo.

—Me parece demasiada antelación para que el secreto esté seguro —dijo el cabo Vicente.

—Entiendan vuestas mercedes que no podemos demorar el aviso, porque todos van a necesitar tiempo para juntar sus pertrechos y concertar su parte. Ea, confíen en la divina providencia y piensen que si no nos han descubierto hasta ahora, por qué han de hacerlo en estos pocos días.

No quedó conforme el cabo Vicente con tan alegres palabras y al día siguiente me contó sus inquietudes, que yo intenté echar a broma:

—Vais a ser un héroe, señor cabo—le dije—; no reparéis ahora en tales pequeñeces.

## 25

Pero el cabo Vicente acertó en sus inquietudes y reparos.

La noche del dos de abril llegose Juana Alonso al hospital, haciéndome levantar de la hamaca donde dormía. Aún goteaba el techo de la tormenta habida y soplabla el viento con rachas furiosas. Al pronto me sentí perdido en medio de la grande oscuridad de la noche, y más me desorientó su voz susurrando mi nombre:

—Juan, Juan —decía, mientras me zarandeaba con las manos.

Me incorporé de repente, sobresaltado.

—No os alarméis: soy yo, Juana Alonso.

Saber que era ella me inquietó aún más y al pronto temí que fuera por culpa del parto.

—¿Qué sucede, señora, a qué se debe esta visita tan intempestiva?

—Bajad la voz, señor Torres, y atended, que no es moco de pavo lo que tengo que contaros —me dijo con mucho misterio, poniendo en mis labios un dedo frío y húmedo.

Pero la precaución era en balde, pues no había ningún convaleciente en el hospital. La oscuridad era tan grande que apenas podía apreciar su silueta y entrever la capa con que se abrigaba. Su respiración estaba agitada por el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí.

—No he podido venir antes, aunque mucho sea lo que está en juego.

—Hablad, que me tenéis en ascuas.

Guardó silencio un momento, antes de lanzarse a decirme lo que tanto apremio merecía.

—Esta noche llegó a casa un hombre en busca de Francisco, es decir, de Mondéjar —rectificó—. Yo ya estaba acostada, a un punto de caer dormida, pero la visita me hizo despabilar y picó mi curiosidad. Me levanté con cuidado, me escondí detrás de una estera y apliqué el ojo a una de las hendeduras del tejido. ¿Y a quién diríais que vi?

Encogí los hombros, renunciando a intentar adivinarlo.

—A Abel Hinojosa.

—Hinojosa —exclamé—. ¿Estáis segura?

—Por completo. A pesar de la escasa luz que daba la vela pude reconocer su cabeza bovina y su desagradable semblante. Agucé el oído y, aunque la tormenta aún coleaba, al poco logré entender que Hinojosa estaba nada menos que delatando una conjura. —Hizo una pausa, pero como yo no dijera nada, continuó—. Le contaba al general que hay en la colonia una facción bien instalada que pretende hacer presa del bergantín y viajar hasta las islas Filipinas en demanda de socorro y justicia.

—Por Dios, ¿eso dijo?

—Y más aún: hizo una relación de los rebeldes. Por cabeza de todos señaló al alférez Ocampo, y a Martín Navarrete como lugarteniente; mencionó también a Hernán Vicente, a Van Leyden y a otros más hasta sumar una docena, y le reveló que en dos días tienen pensado consumir la sedición.

Llegada a este punto, calló nuevamente. Mis ojos habíanse ido acostumbrando a la oscuridad y pude ver los suyos, grandes y muy abiertos, fijos en los míos, su faz clara enmarcada por el pelo negro y desmadejado y una expresión contenida en ella, el labio inferior mordido, como quien guarda algo que no se anima a decir.

—¿Y qué hizo Mondéjar? —le pregunté.

—Le ordenó que por ningún motivo dijese nada a nadie. Después lo envió en busca de Simón Juárez, el alguacil, que llegó muy luego. El general lo informó de lo ocurrido, le encargó que alistase,

antes de la hora de laudes, a una tropa de hombres de los más leales y bragados y le recomendó que lo hiciera con la mayor discreción y sigilo, para tomar por sorpresa a los rebeldes. Y, en fin, eso fue todo por el momento. Yo volví a acostarme, nerviosa e inquieta, desazonada, señor Torres, pensando en la gravedad de todo ello, y esperé hasta estar segura de que Mondéjar dormía para venir a avisaros.

—¿Os habéis arriesgado por eso? Es una locura en vuestro estado.

Tenía mojados los pies, la capa e incluso la camisola que llevaba debajo, abultada por el rigor de la preñez.

—No os preocupéis ahora por mí. Lo importante es que aviséis a vuestros amigos sin demora, pues su conjura ha sido descubierta. Además...

—Además, qué —la animé.

—Hinojosa también os mencionó a vos, Juan Torres.

No sé por qué no me sorprendió esta nueva bellaquería de Hinojosa y me dije que había sido un necio por no haberlo matado cuando lo de Gela.

—Juana, yo no... —empecé a decir.

—No me digáis nada —me cortó ella—. No sé en qué líos andáis metido, ni quiero saberlo. No me interesan partidos ni conjuras. Pero os aprecio, Juan Torres, y también a Ocampo, y no quiero que os ocurra una desgracia. Aún tenéis un margen de tiempo para huir antes del amanecer.

No tenía sentido hacer protestas de inocencia, ni tampoco era lo más importante en aquel momento. Lo que me había contado Juana Alonso imponía que avisara sin demora al cabo Vicente.

—Sois una mujer noble, Juana Alonso.

—Haced lo que podáis, amigo mío, y pronto. Ea, es hora ya de que me vaya.

La acompañé un trecho por la calleja enlodada y resbalosa, llena de charcos, ofreciéndole mi brazo para que se aferrase a él y fuera más seguro su paso. El viento soplabá a rachas y hacía que los árboles dejasen caer sobre nosotros una lluvia de pesados goterones. La noche seguía negra y cerrada y apenas permitía distinguir las formas de los bohíos, las cercas y los árboles. Llegados a una bifurcación, Juana se detuvo porque no quería que la escoltase hasta su casa.

—Si Mondéjar nos descubre juntos, será peor que haber conspirado —me dijo—. Adiós, amigo Torres; tal vez aquí se separen nuestros caminos.

—Tal vez, Juana.

—Id con Dios —dijo, y me cogió las manos y las apretó unos instantes con las suyas. Y se marchó.

Al verla desaparecer me fui sin dilación hacia el lugar donde hacía rancho la escuadra del cabo Vicente. Se trataba de un bohío con techo de palma, paredes de caña y un pequeño corredor. Estaba abierta la puerta, pero dentro la oscuridad era absoluta.

Como sabía bien en qué lugar tenía mi amigo el camastro, me encaminé a tientas hacia él. Lo toqué con levedad y despertó al momento, pues es hombre de sueño ligero. Le hice saber que era yo, le pedí en susurros que me siguiera y, una vez que estuvimos fuera, lo puse en antecedentes de la situación.

—El cabrón de Hinojosa... —dijo—. Espera que lo coja y haré acerico de él.

Volvió a entrar en el bohío y al cabo de un rato apareció seguido de los hermanos Lorenzo y de Sebastián Velázquez, el gaditano, vestidos y bien armados. «Vamos», me dijo, y nos condujo en silencio, guardando muchas prevenciones, hasta la casa del alférez Ocampo, que estaba dispuesta sobre estacas de madera, a modo de palafito. Aguzando el oído pude percibir la respiración bronca del hombre y otra más cadenciosa: la de doña Elena. Cuánto no habría dado por ser yo quien a su lado respiraba.

—Señor Ocampo —oí que lo llamaba mi amigo—, levántese vuesa merced. Soy Hernán Vicente.

Esperamos en el corredor de la casa y al momento salió el alférez, a quien el cabo Vicente, con voz

queda, puso al tanto del apurado trance en que se hallaban.

—Hay que salir esta noche, como sea —dijo Ocampo, sin hacer referencia a la traición de Hinojosa. Y volviéndose hacia mí, y con algo de zumba en la voz, prosiguió:

—Y vos, señor Torres, ¿también nos acompañáis?

—Yo me quedo, señor Ocampo; pero si hacen falta mis brazos, aquí están.

—La ayuda nunca sobra.

Ocampo, que se había sentado en las tablas del suelo, llevo se las manos a las sienes y así permaneció unos instantes, meditando, mientras aguardábamos con tácita deferencia. Por fin agitó la cabeza, como si hubiese estado manteniendo alguna pugna consigo mismo, y levantándose organizó la salida.

Ordenó al cabo Vicente que fuese a avisar a Diego Jara y a los otros soldados leales, mientras él iba a casa de su suegro para dejar a doña Elena y avisar a Martín Navarrete. Sorprendiose con la noticia el cabo, que contaba con que doña Elena los acompañaría, pero el alférez le explicó, sin que mediara ninguna pregunta, que en verdad aquel negocio era muy aventurado para una mujer y no quería poner en riesgo a quien le era tan querida.

—Nos encontraremos en el hospital, si el señor Torres no tiene inconveniente —continuó, haciendo una burlona señal de venia hacia mí.

—Ningún inconveniente, señor Ocampo —le dije con mucha finura.

—¿Y la gente de mar? —preguntó el cabo Vicente—. ¿Y el batel?

—Van Leyden está en el bergantín, y también nuestros marineros —dijo Ocampo—, pues hace dos noches que duermen allí. Al menos en esto hemos tenido suerte. Lo dificultoso será llegar hasta el barco: si el batel no está en la orilla, nos hará falta un buen nadador.

Callaron ambos y se miraron con preocupación, que eran pocos los hombres que sabían nadar, y menos entre la gente de guerra.

—Yo me defiendo en el agua —les dije.

Se alegró Ocampo con la noticia y dio las últimas instrucciones al cabo, encareciéndole mucho que tuviese cuidado, pues era posible que el alguacil Juárez anduviese alerta.

—Al que no esté en el hospital en una hora, que nadie lo espere —dijo el alférez—. Ni siquiera a mí.

Se estrecharon las manos con fuerza y el cabo Vicente se fue en busca de sus compañeros, perdiéndose en la noche. Yo habría querido esperar hasta ver salir a doña Elena, pero debía encaminarme al hospital y estar alerta por si alguien inoportuno se presentase. Y me marché.

El aire aún arrastraba gotas de agua que me empapaban la ropa y me hacían sentir el frío de la noche. Mil pensamientos cruzábanme por la cabeza sin que tuviera tiempo de analizarlos: la emoción de la aventura, la traición de Hinojosa y, por supuesto, mi señora doña Elena, que se quedaba cerca y sola, otra vez a mi alcance cuando ya la había dado por perdida, aunque alegrarme de ello me causara vergüenza.

Tan abstraído estaba que no me di cuenta de la llegada del cabo Vicente, a quien acompañaban Diego Jara y el resto de la partida. Los hombres se mostraban reservados y serios, sabedores de lo que se jugaban, mas en ninguno vi nerviosismo o temor. En el rato que estuvimos esperando a Ocampo nadie dijo nada, ni siquiera mi amigo Vicente. El tiempo corría y la medianoche rondaba cuando por fin apareció el alférez; pero venía solosolo, sin Martín Navarrete.

—¿Se ha echado atrás el jovencito? —preguntó Diego Jara, haciendo gala de su natural fanfarrón.

—No ha querido separarse de la india —explicó Ocampo—, ni dejarla expuesta a algunos canallas.

—¿Y por qué había de hacerlo?

—No quiero mujeres en la empresa, ni a doña Elena, ni a Maui ni a ninguna otra.

También nos dijo el alférez Ocampo que había oído, cuando venía, al alguacil Juárez haciendo ronda con una guardia armada.

—Así que ya estáis sobre aviso, mis señores.

Con mucho sigilo nos alejamos del hospital, alcanzamos la empalizada y la seguimos hasta uno de los postigos que, cada cierto trecho, se abrían en ella para facilitar el tránsito. Estos postigos debían mantenerse cerrados por la noche, pero desde que el avance de la conquista tenía más sujeta a la indiada, con frecuencia se dejaban abiertos para dejar pasar a las mujeres indias que estaban arrimadas con soldados, o a la inversa, y el dinero iba y venía de mano en mano, ya que ninguno de estos favores se hacía graciosamente.

Nos escondimos todos mientras el cabo Vicente se adelantaba hacia el postigo, pues él era el encargado de concertar las guardias de la empalizada y bien sabía qué soldado estaba allí. Lo oímos platicar en un bisbiseo quedo y al poco volvió a por nosotros, nos condujo hasta la portezuela, que estaba abierta y desguarnecida, y cruzamos al otro lado.

—El centinela es hombre de fiar —dijo.

Desde la empalizada partía un sendero muy señalado que llevaba a la playa. Siguiéndolo, pronto alcanzamos el borde de la manigua y avanzamos en paralelo a la orilla hasta llegar frente al pequeño pantalán donde solían atracar los bateles. La oscuridad era grande, así que salimos a descubierta y cruzamos la franja de playa. Pero el pantalán estaba vacío.

El rumor de las olas apagaba cualquier otro sonido. Hernán Vicente, Diego Jara y otros ocho soldados hacían corro junto a la orilla y esperaban las indicaciones de Ocampo.

—Señor Torres, si seguís dispuesto a nadar, este es el momento —dijo el alférez, y como me viera cabecear prosiguió—: Debéis allegaros al bergantín, buscar al holandés y explicarle que necesitamos el batel.

En medio de la bahía, negro sobre negro, distinguíanse apenas las siluetas de los dos navíos. La Santa Ysabel, mucho mayor, se hallaba más retirada, donde el agua era más profunda, mientras que la Santa Bárbara estaba surta cerca del cabo que cerraba la rada, a dos o tres cables de la orilla.

—Descuidad, señor Ocampo, pero prefiero nadar desde un lugar más próximo al bergantín —le dije, señalando un punto indistinguible hacia mi derecha.

—Me parece bien —convino—. Nosotros, mientras tanto, iremos a buscar los pertrechos que tenemos escondidos aquí cerca. Pero, por Dios, daos prisa, que no sé con cuánto tiempo contamos.

—Bueno, Juan —me dijo el cabo—; valor, y al toro.

La orilla seguía en dirección oeste durante un trecho y después hacía un arco hacia el sur. Andando sobre la arena húmeda, donde morían las olas, fui rodeando la bahía hasta alcanzar el punto más cercano al bergantín, que era un entrante rocoso que la marea lamía con desgana.

Me despojé de botas, medias y camisa y me lancé al agua desde allí, notando de golpe su agradable tibieza. Nadé con calma, haciendo algunas paradas para descansar, y al cabo de un rato llegué a la altura del bergantín. El oleaje golpeaba contra su casco con un chapoteo apagado. Me aferré al cable del ánora de proa para recuperar el aliento.

Braceando con cuidado, rodeé el casco en busca de un sitio para abordarlo, cuando me topé con el pequeño batel del bergantín, que se balanceaba suavemente junto a la aleta de babor. Medité un momento en la situación: ¿qué necesidad había de subir a bordo, buscar al holandés y contarle la historia? Me parecía menos arriesgado y más rápido llevar yo el batel hasta la orilla para que los conjurados embarcasen. Y así lo hice. Corté la amarra con la daga y me trepé a él. Encajé los remos en los toletes y, con todo el sigilo de que fui capaz, conseguí poco a poco apartarlo del bergantín y bogar hacia la playa. La costa, vista desde el mar, estaba igualmente oscura e indistinguible y resultaba

difícultoso orientarse y encontrar el embarcadero, sobre todo ofreciendo la espalda a la proa. Volvía, por tanto, la cabeza con frecuencia hacia la orilla sin conseguir distinguir una higa: sólo una mole negra contra un cielo igualmente prieto.

Pareciome ver de pronto unas lucecillas lejanas, quizá por el lado de la villa, que al punto perdí de vista. Sentía las manos despellejarse por el roce con los puños de los remos y cada golpe de pala me arrancaba un lamento. Pese al viento y el remojón, sudaba con el esfuerzo y empezó a invadirme el nerviosismo por la tardanza en alcanzar a la orilla. Tal vez mi idea no había sido tan brillante, pensé, y por ella estaba comprometiendo a mis compañeros.

Mas al fin rebasé la zona donde rompían las olas y, tirando de pundonor, bogué hasta la orilla. Dolorido y rígido salté al agua, que me llegaba al pecho y, con un último esfuerzo, tiré del batel hasta dejarlo encallado en la arena. Al punto no supe dónde diablos estaba y di unas zancadas a la buena de Dios, procurando orientarme, pero tuve la fortuna de distinguir, no muy lejos, el pantalán. Me dirigí hacia él y hallé a la gente sentada en su borde, con unos bultos apilados en el extremo.

—Por fin, señor Torres —me saludó la voz de Diego Jara—. ¿Y Van Leyden?

Le expliqué lo que había hecho y me felicitó con unas palmadas. Después se echaron a la espalda los sacos y provisiones que habían conseguido, que eran más bien escasas, y me siguieron hasta el batel.

—Habéis hecho bien, amigo Torres —me dijo el alférez Ocampo—, porque dos hombres más no habrían cabido en este cascarón.

No bien hubo dicho el alférez estas palabras cuando vimos el fogonazo de un arcabuz y, a renglón seguido, sonó el disparo.

—¡Alto, daos presos! —gritó la voz inconfundible de Simón Juárez.

De la manigua, a unos cien pasos de nosotros, salieron varias siluetas que se acercaban a la carrera, dando vivas al rey y otras lindezas.

—¡Vivo, vivo, a la barca! —apremiaba a los suyos Diego Jara.

Subieron a ella como bien pudieron, tirando los bultos y acomodándose sobre la regala. Uno de los hombres se hizo con los remos y el alférez Ocampo, el cabo Vicente y yo empujamos hacia el agua el batel, que cabeceó con las primeras olas. Los hermanos Lorenzo habían aprestado sus arcabuces e hicieron fuego sobre quienes se acercaban. Una ola más recia me golpeó, haciéndome perder el agarre de la barca y devanándome como a un pelele. Cuando el agua me dejó abrir los ojos fue para ver el resplandor de varios disparos hechos desde la orilla. Las balas rondaban cerca, sin alcanzarme, pero detrás de mí oí un reniego.

El batel se adentraba en el agua, con todos los compañeros a bordo, excepto el cabo Vicente, que pugnaba por subirse. Zarandeado por las olas, traté de acercarme a él para ayudarlo y, cuando por fin lo conseguí y posé la mano sobre su hombro, lo vi ceder y caer al agua.

—Zagal —me dijo—, me han alcanzado.

—Aguantad, que os subiré a bordo.

Ocampo le tendía una mano desde la popa, y yo lo sostenía por los hombros e intentaba aproximarle a la borda, mas mi amigo era como un peso muerto que mucho me entorpecía.

—No puedo, zagal.

—¡Acercádmelo! —me gritaba el alférez.

Y en aquel momento se me aclaró el juicio y cambié de opinión: no podía dejarlo embarcar en tan incierta aventura así como estaba, malherido y quién sabe si moribundo.

—Lo han alcanzado. Marchaos —respondí mientras retrocedía hacia la orilla, sosteniendo a Hernán Vicente para que no se ahogase.

La coraza tiraba de él hacia abajo y su cuerpo se derrumbaba sobre el mío. En unos momentos

llegaron hasta nosotros Simón Juárez y los suyos, dándonos la bienvenida con los hierros desnudos.

—¡Llevo un hombre herido! —grité, soltando a mi amigo y alzando los brazos.

El rostro del alguacil, apenas a un palmo del mío, me contemplaba severo como un juez, y su vizcaína apretaba mi pecho, hendiéndome la piel. Mas, al saber que el herido era el cabo Vicente, bajó el estoque, agachose sobre él y ordenó a dos soldados que lo llevaran a la arena seca.

—¿Cómo estáis, señor cabo? —preguntó Simón Juárez con la voz más cordial que le había oído nunca.

—Buena puntería tienen estos putos.

—Dejad la lengua quieta, que ya tendréis ocasión de usarla cuando os juzguen por traición.

La herida era tan dolorosa que por dos veces perdió el conocimiento de camino a la villa, adonde entramos por la puerta principal, que estaba abierta, aunque dentro aún reinase la calma. El alguacil me permitió llevar a mi amigo al hospital mientras él iba a dar parte de todo al general.

—Haced por él lo que podáis —me dijo antes de desaparecer.

Ayudado por uno de los soldados, lo arrastré hasta el hospital y lo tumbé en un camastro. Encendí varios candiles y examiné a mi amigo. Le retiré cuidadosamente las calzas mojadas para observar el tamaño y alcance de la herida. Había un agujero de una pulgada con los bordes amoratados e irregulares como el mordisco de un animal. La bala había chocado contra el hueso de la cadera y se había deslizado a lo largo de él, enterrándose en el músculo, por lo que no alcanzaba a verla. Únicamente podía adivinarse su abultada presencia.

No me entretuve en detener la hemorragia, pues en cualquier momento podía revocar Mondéjar la moratoria que nos había concedido el alguacil, y tampoco era malo evacuar el exceso de humor pecante. Con la asistencia de uno de los soldados lavé la herida y hurgué en busca de la bala, que apenas alcanzaba a tantear con el extremo de las pinzas de cirujano. El cabo Vicente aguantó con entereza al principio, mas el dolor era tan intenso que acabó bufando y gruñendo como un cochino en la mesa de matanza.

—Por Dios, zagal —se quejaba—, pareces un inquisidor en busca de confesión.

Sin embargo, por más que me empeñaba en hurgar y remover la carne, no conseguía sino engruesar la herida e incrementar el sufrimiento de mi amigo, así que abandoné el intento de extraer el jodido plomo.

—En verdad que pone espanto ver la sangría que le habéis hecho en la cadera —comentó el soldado.

Volví a lavar la herida con aguardiente, untela después con una mixtura preparada con yema de huevo, aceite de coco y aguarrás y, por último, la cubrí con un apósito de tela y un apretado vendaje.

Una claridad lechosa apuntaba en el cielo de levante cuando Mondéjar llegó al hospital.

—Buena la habéis hecho, barbero —me espetó de golpe, y su rostro severo no presagiaba nada bueno.

Puso la puntera de la bota sobre el catre donde descansaba mi amigo y lo zarandeó con firmeza.

—Arriba, don traidor, que se acabó vuestro reposo.

El cabo Vicente apenas se movió, inconsciente por una infusión que le había administrado, pero eso no fue impedimento para que fuéramos prendidos y puestos a buen recaudo.

—A mi regreso se hará justicia —advirtió a su fiel Juárez—, mas hasta entonces cuidádmelos bien.

A la hora de maitines la villa hervía de actividad. Del bergantín no había rastro en el puerto, si no eran los varios marineros que, por no querer acompañar a Ocampo, habían sido abandonados en la punta del cabo que cerraba la bahía. Ellos fueron los portadores de otra adversidad: los evadidos habíanse llevado a Alonso Domínguez, que pasó la noche en el bergantín, de charla con Van Leyden, y allí se lo encontraron los conjurados cuando abordaron el navío.

El general dijo sentir gran aprecio por Domínguez y lamentó el suceso. Además, su captura ponía en manos de Ocampo a un rehén que podría resultarle muy valioso. En todo caso, Mondéjar no se dejó distraer por el inesperado contratiempo y dispuso que se aparejase la Santa Ysabel para salir en su persecución de inmediato, pues debía evitar a toda costa que Ocampo arribase a las Filipinas. A Sebastián Valiero le ordenó que reuniese a toda la gente de mar disponible, y al capitán Melchor Navarrete que aprestase a un escuadrón de soldados. Su intención era dirigirse a la isla de Guadalcanal, ya que, según le había revelado Hinojosa, allí pensaban recalar y hacer aguada los alzados. El gobierno de la colonia durante su ausencia se lo encomendó a Félix Carrasco, aunque le ordenó que cualquier decisión debía consultarla con el alguacil Juárez.

El general lo organizó todo con tal eficacia y rapidez que mediada la mañana la Santa Ysabel atravesaba la embocadura de la bahía de Todos los Santos. Los vecinos de la villa se arracimaban en la playa para ver partir al navío, algo desconcertados por la rápida sucesión de los acontecimientos. Y durante todo el día mucho se especuló en los corrillos sobre la carrera entrambos barcos, apostando unos por la ligereza del bergantín y otros por la robustez y probada competencia de la Santa Ysabel. Mientras, las mujeres de los conjurados los lloraban como si ya los hubieran perdido. Incluso Úrsula, la Mulata, se lamentó por la marcha de Diego Jara, pese a llevar ya un tiempo viviendo sola y haber lanzado muchos y muy sabrosos vituperios contra él, que tales son las paradojas del corazón.

De doña Elena se decía que no salía de la casa si no era para acudir a la iglesia, afligida por la pérdida de Ocampo y defraudada por su engaño, pues él le había prometido llevarla consigo.

Una de las casas que se habían construido en firme, muestra de la prosperidad de Santa María de Poniente, con paredes de tapial, puerta recia y ventanas enrejadas, había sido la cárcel, en donde, como es natural, fuimos encerrados el cabo Vicente, Martín Navarrete y un servidor.

El alguacil Juárez se encargó de establecer un retén y ponerlo al mando de Abel Hinojosa, pues sabía del aborrecimiento que nos profesaba. No obstante, tal vez en recuerdo a viejas camaraderías con el cabo Vicente o por cumplir a cabalidad la orden de mantenernos vivos que le había dado Mondéjar, el alguacil me permitía curar todos los días a mi amigo, cambiarle los apósitos y untar con la tal mixtura de yema la herida, que poco a poco mejoraba. Pese a estar la bala dentro, cada vez la veía menos inflamada y supurante, y la fiebre que lo había poseído ya se estaba retirando.

Aun así, fueron días de zozobra por la ventura de los huidos y de sufrimiento a causa del señor Hinojosa, que, no contento con habernos delatado, se complacía en mortificar nuestro encierro de todas las maneras posibles. Aparte de las violencias que nos prodigaba y de la parca e inmunda ración que nos servía, no desperdiciaba ocasión para recordarnos nuestro sino, explicar con escabrosos detalles los ajusticiamientos y ejecuciones a los que había asistido y alardear ante Martín Navarrete de cómo en su día gozó de Maui.

—No os desesperéis, Martín —le decía yo—, que Juana Alonso es mujer de muchos redaños y cuidará de vuestra Maui como de una hija.

—Dios os oiga —respondió él, que no tenía sobre Juana Alonso los prejuicios de su hermana.

Dicen que las desgracias unen a la gente, y debe de ser cierto, porque en aquellas prisiones pude por fin reconciliarme con el Navarrete, e incluso nos reímos juntos de la reyerta habida en Santiago de Miraflores, de la que no había pasado aún un año, pero tan lejana se me antojaba que era como si hubiese acaecido un siglo atrás.

—¿Quién iba a pensar que la prisión era el remedio que necesitaban los caballeres para limar sus diferencias? —se burló el cabo Vicente.

Dejar el gobierno de la colonia en manos del maese de campo fue un desacierto de Mondéjar, uno de los pocos que cometió, porque aquel era tan incontinente en sus excesos que ni diez alguaciles habrían podido detenerlo. Y el tiempo se encargaría de probar tal desacierto, para desgracia todos, excepto del traidor de Hinojosa, que supo sacar provecho de la situación. Creyó el maese de campo que correspondía a su dignidad ganarse a un soldado de probada fiereza para que fuera sombra suya, escucha y perro de presa, al igual que Mondéjar tenía a Juárez, y de entre varios posibles rufianes dio en poner sus ojos en el Hinojosa, tal vez por considerar muy meritorias y dignas de confianza sus varias traiciones. Por su parte, el asunto complació mucho al Hinojosa, quien, rota su amistad con la familia Navarrete, necesitaba encontrar otro valedor que le asegurase protección y lo ayudase a medrar. Así, no era raro verlos a los dos en amor y buena compañía, el uno tratando de ganarse al otro, y el otro dejándose ganar.

Aparte de esto, cometió don Félix Carrasco tantos dislates y excesos en tan poco tiempo que sería difícil igualarlo aunque uno se lo propusiese. Poseído por el pecado de la avaricia, decretó ciertas ordenanzas fiscalizadoras que obligaban a pagar diezmos a todos los artesanos de la villa por los beneficios de su profesión, que no fueron del agrado de nadie, e hizo arrasar un pequeño poblado indígena por cuestión de tributos no pagados. Por cierto, que en el tal poblado capturaron a un indio que se adornaba con dos gruesos brazaletes de oro. Como las piezas eran las más ricas y vistosas que se habían visto desde que salimos del Perú, lo llevaron ante el maese de campo. Este lo interrogó sobre su procedencia y el indio señaló un lugar indeterminado del interior donde, picando la tierra y después lavándola, dijo, se obtenía mucha cantidad. Félix Carrasco no se había olvidado de la cantera de oro que había creído descubrir León Rufo y, considerando que los brazaletes probaban su existencia, mandó llamar al regidor y le propuso acometer conjuntamente la empresa.

—Con mi ayuda y vuestra experiencia, amigo León —le dijo Carrasco—, no podemos fracasar.

—Confíad en mí, señor maese de campo —le respondió—, y esas minas pronto estarán dando más oro que las del rey Salomón.

Temiendo que Mondéjar, a su regreso, diera al traste con la empresa, los dos hombres se dieron prisa en crear una compañía minera y pasaron varios días en cónclaves y reuniones, estudiando los planos de la isla y ajuntando voluntarios.

Los brazaletes habían causado tanta admiración en la colonia que no fueron pocos los que quisieron participar, y en dos días ya se tenía preparada la hueste. Al alguacil Juárez el proyecto le pareció una insensatez, por lo peligroso que era hacer una entrada en la parte oriental de la isla y, sobre todo, por dividir las fuerzas en aquellos momentos de debilidad; y así se lo dijo al maese de campo, pero este desestimó sus razones y al día siguiente abandonaba la villa un grupo como de diez hombres al mando del capitán Atienza, con León Rufo como asociado y el indio por guía.

Marchaban los hombres en formación, con el fardaje a cargo de varios indios. Los vecinos de la villa les hicieron pasillo y, entre vítores y aplausos no desprovistos de envidia, despidieron a la escuadra, a la que se había sumado a última hora la Lagartija, que no quiso dejar partir solo al capitán Atienza, su amante de aquellos días. Y dicen quienes estaban presentes que fue su llamativo pelo rojo lo último que se vio del grupo antes de perderse tras los filos de la sierra.

Pero el peor y más desacertado de los excesos de Félix Carrasco fue condenar a muerte a Varan Bineba, el hijo de Raha Bineba, al que don Félix había descubierto en trato carnal con Anita, su criada mulata. El muchacho, pese a estar en la villa en calidad de rehén, tenía, como ya se ha dicho, condición más de huésped que de cautivo, se movía con entera libertad y salía y entraba cuando le parecía. Era un joven de fácil trato, hacía entender en nuestra lengua y gustaba mucho de acompañar y observar a los soldados en sus ejercicios y prácticas de tiro y esgrima. A su vez, estos lo trataban como a un paje, le encargaban pequeños servicios y mandados e incluso lo empleaban de celestino para concertar encuentros con las indias del poblado de su padre, cosas todas ellas que el joven hacía con agrado y presteza.

Cuando el maese de campo encontró a Varan Bineba con Anita, de cuyos favores pretendía aquel beneficiarse en exclusiva, montó en cólera, lo azotó con el bastón y le tiró un par de viajes con el cachetero. El muchacho, que no comprendía el mal que había cometido y que al principio encajó los palos sin responder, terminó por defenderse del maese con golpes y patadas que dieron con este por tierra. Con las voces de maese de campo se acercaron los guardias, que encontraron a don Félix exasperado y tan rabioso que allí mismo hizo cortarle las manos al indio y mandó que fuera trabado en el cepo hasta que se desangrara y expuesto en la plaza, junto al poste de justicia, para público escarmiento.

Raha Bineba, al enterarse de lo sucedido, allegose presto a la villa para protestar ante el señor Carrasco, pero este ni siquiera lo recibió. El cacique acudió entonces a Juana Alonso, que le prometió hablar con el maese de campo y rescatar a su hijo de inmediato. Mas fue estéril el empeño, pues el señor Carrasco no quiso dar su brazo a torcer.

—No insistáis, doña Juana, que la sentencia es firme —le dijo—. Y entended que no me guía otra razón que el amparo de vuestro sexo, para que estos perros no sientan la tentación de volver a mancillar a ninguna de nuestras mujeres.

—Dejaos de hipocresías, don Félix —le respondió Juana Alonso—, que no habríais hecho lo mismo si en lugar de Anita se hubiera tratado de otra moza.

—¿Cómo os atrevéis, señora? Vos, precisamente vos —le dijo Carrasco, golpeando con un puño en la palma de la otra mano—. Por vuestra condición no os contesto lo que merecís.

—Podéis decirme sin miedo lo que os apetezca, que no me voy a escandalizar, pero de este exceso tendréis que dar cuentas al gobernador.

—Fue él quien puso en mis manos el mando, y estoy seguro de que aprobará mi decisión.

—No lo hará, señor Carrasco. Soltad a ese muchacho antes de que sea tarde —le advirtió Juana Alonso—, si queréis salvar el cargo y algo más.

Pero si la desconsideración con que le hablaba Juana Alonso ya irritó al maese de campo, la

exigencia que le hizo colmó la medida de su arrogancia, y de ninguna manera quiso transigir ante ella. Así que Juana Alonso, para no presentarse ante el *tauriquí* con las manos vacías, hubo de hacer de tripas corazón e ir en busca del padre Saavedra, con el que no congeniaba.

Sin embargo, el religioso supo dejar a un lado la animosidad que sentía por la mujer y accedió a interceder por el muchacho. En realidad, ya había decidido hacerlo antes de que Juana se lo pidiera, porque la acción del maese de campo le parecía un acto de puro salvajismo. Mas su torpe amonestación, en la que entremezclaba la brutalidad habida con el muchacho y sus pecaminosos deseos hacia Anita, no logró alterar la decisión de Carrasco, que cuando un necio se empecina, no hay Dios que lo mueva.

Ni siquiera Simón Juárez pudo convencerlo, pese a que le reprochó con ásperas palabras su acción y le señaló el riesgo en que ponía la alianza con Raha Bineba.

—Como ese cacique bribón mueva la jeta, volaré su poblado a cañonazos —se jactó el maese de campo, y dio el asunto por zanjado.

El incidente de Varan causó también indignación entre la gente caritativa y de buena voluntad de la villa, que negaban con la cabeza al pasar junto al prisionero y se apiadaban de su estado. Pero siempre ha habido chusma dispuesta a ensañarse con los caídos, y durante dos días, mientras estuvo preso en el cepo, sin agua ni comida, algunos matachines lo insultaban, lo molían a golpes y bastonazos, le orinaban encima e incluso embadurnaban su cuerpo con mierda de perro, hasta que el joven murió reseco y desangrado, mordido de los cerdos y hecho un guiñapo sanguinolento.

Sólo entonces autorizó el maese de campo que se llevasen el cuerpo del condenado. Y Raha Bineba fue a la villa acompañado de toda su familia, de los guerreros más principales y de muchas mujeres, todos con el cuerpo teñido de ceniza. Los que presenciaron cómo el cacique recogía los restos de su hijo pudieron ver el dolor que contraía sus facciones arrugadas, el odio contenido en su mirada y la amenaza que ardía detrás.

La muerte de Varan vació de indiada a la villa. Sin previo aviso, el trajín diario de gente que entraba y salía para mercar e intercambiar productos o simplemente curiosear se redujo hasta casi desaparecer. Incluso algunas de las mancebas que visitaban a los soldados dejaron de hacerlo.

Sin que hubiera acaecido ninguna declaración de hostilidades, un aire de aprensión se abatió sobre la villa. De golpe nos habíamos dado cuenta de nuestra propia debilidad. El alguacil ordenó que se cerrasen todos los postigos al caer la tarde y que se reforzase la guardia de la empalizada. Pronto nadie se atrevió a alejarse de la villa solo y las salidas y merodeos se hacían con escolta armada.

La estación de las tormentas estaba llegando a su término, ya no llovía con la misma regularidad y fácilmente se encadenaban varios días sin agua. La tierra iba secándose y el almarjal que había en la zona baja de la villa ya no lo era tanto. El cabo Vicente estaba recuperándose deprisa y, como la herida cerraba sin infectarse, ya no era necesario seguir practicándole a diario las curas. De quien no recibíamos tregua era del señor Hinojosa, cuya incómoda presencia debíamos soportar a base de mucha paciencia.

—No habéis querido ahorrarle el trabajo al general, sacamuelas —decía el Hinojosa—, pero descuidad, señor Vicente, que habrá un magnífico cadalso para vos.

—No seáis agorero, don Abel —le respondía mi amigo, mentándole el «don» con exagerada solemnidad—, que nada hay escrito hasta que llega el momento. Y cuidaos del sacamuelas, que quizá algún día os rebane el pescuezo.

Yo lo miraba fijamente y no me dignaba contestarle, recordándole con mi silencio que me debía la

vida; no así Martín Navarrete, que soportaba peor las fanfarronadas del soldado y caía en sus provocaciones.

—Vuestra putita india cada día está más hermosa, señor Navarrete. No queráis acapararla vos solo.

—Ah, traidor, también llegará tu hora, y llorarás cuando suceda.

—Pero mientras tanto me complace cada noche con sus favores. —Y hacía un gesto obsceno que sacaba a Martín de sus cabales.

Los barcos no regresaban y cada nuevo día era mayor el trajín de indios en los alrededores de la villa. Cruzaban la explanada norte, se movían por el borde de la manigua, merodeaban por la playa o iban y venían a la aldea de Raha Bineba. Sin embargo, el maese de campo, lejos de preocuparse por tan evidentes señales, lo hacía por la escuadra minera, de la que no había vuelto a tener noticia desde su partida. Y estaba muy atareado preparando una segunda expedición que de inmediato partiera en su búsqueda y socorro, reclutando voluntarios por intermediación de Hinojosa. Esta nueva necesidad de Carrasco colmó la paciencia del alguacil Juárez, que entendió llegado el momento de dejar a un lado la diplomacia. Así que se fue a buscar al cabo Salcedo, que era hombre muy bragado, a Manuel de Badajoz y a otros tres buenos soldados, y con ellos allegose en la noche a la casa del maese de campo.

A don Félix le contrarió la irrupción de los soldados en su casa, y la reiteración del alguacil en sus argumentos, por lo que respondió con airada soberbia:

—No hemos arriesgado la vida atravesando la mar oceánica y sufriendo penalidades, ni dejado hacienda y familia para acabar más pobres y miserables que los mendigos de Lima.

—Cansado estoy de escucharos, señor Carrasco —le respondió Juárez—. No he venido a discutir desatinos, sino a ordenaros lo que ha de hacerse, y de la villa no saldrá un hombre más mientras el general no esté de regreso.

—¿Cómo os atrevéis a contrariarme, bellaco? Soy el vicegobernador y estoy al mando de la villa, y de todo San Cristóbal si se me antoja.

—Baje vuesa merced esos humos, que estos señores no poseen mi santa paciencia —y dijo esto el alguacil con un tono tan tajante que por fin penetró algo de sentido en el caletre de Carrasco.

Fijose el hombre en el porte amenazador de Gonzalo Salcedo y los otros soldados, las manos puestas en las empuñaduras de los aceros, las caras de pocos amigos, las expresiones fieras, y amansó el gesto, atendiendo con mejor disposición a Juárez.

—Os vais a quedar muy quietecito, señor Carrasco, porque ahora el cuidado principal de toda la tropa será la defensa de la villa. Avisado estáis —concluyó el alguacil. Y no quedó otro remedio a tan insigne personaje que obedecer lo dispuesto por Simón Juárez.

—Lástima que no os hayáis impuesto antes —le dijo el cabo Salcedo.

Por la mañana, uno de los centinelas de la empalizada alertó del arribo de varias canoas grandes, de las que empleaban los indios para las travesías más largas. Con la vela desplegada y el cadencioso bogar de los remeros, en poco tiempo estaban en la playa. De cada una de ellas desembarcó casi medio centenar de hombres bien armados de lanzas, arcs y macanas, que eran unas mazas de madera con el filo hecho de conchas aguzadas. Viendo a aquellos guerreros, venidos de alguna alejada provincia de San Cristóbal o quién sabe si de otras islas del archipiélago, cada vez nos quedaban menos dudas de las intenciones belicosas que tenían los indios.

En previsión de cualquier astucia, el alguacil puso en alerta a los soldados, dobló las guardias mandó que se cerrasen las puertas de la villa y que nadie saliera por ningún motivo. También recorrió

la empalizada, junto al cabo Salcedo, para estimar la firmeza del baluarte, descubrir sus puntos débiles y ver cómo mejorarlos.

La empalizada que defendía la villa tenía una altura de hasta cuatro varas, planta rectangular y un adarve de tablones en todo su perímetro para el movimiento de los soldados. Orientaba sus cuatro costados hacia cada uno de los puntos cardinales. En el costado oeste se hallaba la puerta principal y en el lado opuesto había una segunda puerta orientada al poblado de Raha Bineba. El flanco más largo y expuesto era el norte, que miraba a los cerros, y también el más fortificado, ya que contaba con una albarrada exterior y con dos de las tres piezas de artillería que teníamos, montadas frente a unas troneras, como en los barcos. Cada esquina de la muralla se reforzaba con una torreta cuadrada y muy firme que sobresalía otras cuatro varas sobre la altura de la estacada.

—Se construyó a conciencia y no va a necesitar muchas mejoras —dijo el cabo Salcedo después de finalizar la inspección—. Eso tenemos que agradecerécelo al señor Rufo.

—Con las fuerzas tan reducidas que tenemos —concluyó el alguacil—, lo que en verdad necesitamos es una empalizada la mitad de larga.

Por la tarde se acercó a la puerta principal una tropilla de indios cargando un capazo hecho con hoja de palma entretrejida y cubierto con una tapa del mismo material. Lo depositaron en el suelo, a unos cincuenta pasos de la puerta y huyeron a la carrera. Juárez mandó que salieran varios soldados a recoger el presente y, al llegar junto al capazo y descubrirlo, los vio llevarse las manos a la cara y proferir lamentos y maldiciones. Con gran tristeza lo arrastraron adentro y mostraron a todos las cabezas amoratadas y sangrientas de León Rufo, del capitán Andrés de Atienza y del resto de los expedicionarios que con él habían salido. La única que faltaba era la Lagartija.

Qué decir del horror y el espanto que tal acto causó entre la gente. Hasta el padre Saavedra, de suyo tan indulgente con los indios, maldijo como un arriero y pidió al Señor justicia por la masacre. Después de bendecir los despojos de los fenecidos, dióseles cristiana sepultura en una tumba común a cuya cabecera se puso una cruz con sus nombres grabados.

Varios soldados, que eran camaradas de los muertos, quisieron vengar la infamia acabando con los rehenes y haciendo después una salida para dar escarmiento, pero el alguacil no lo permitió, pues los rehenes seguían siendo más valiosos vivos que muertos, y en cuanto a hacer una salida, la fuerza que estaban reuniendo los indios era tan crecida, que no creyó oportuno arriesgar a ningún hombre.

—Guarden sus energías para defender la villa —les dijo—, que ya luego las van a necesitar.

Y, convencido de la inminencia de un ataque, dedicó las suyas a organizar nuestra defensa. Así, ordenó cargar los tres cañones que guardaban la empalizada, desalojar las casas más cercanas al vallado y alistar a todos los hombres válidos para tomar las armas, incluidos nosotros, los presos; repartió a cada cabo de escuadra un sector de la muralla para defenderlo durante el ataque y puso al cabo Vicente el mando de un grupo de colonos armados.

—Hernán, quiero vuestra palabra de que no intentaréis huir —le exigió.

—Huir adónde, Simón —respondió este—; pero por Dios que la tenéis.

También mandó el alguacil recoger todos los cuartones y estacas que hubiese disponibles y levantar con ellas un segundo parapeto defensivo alrededor de la iglesia, por ser el único edificio que tenía paredes de tapia. Así, dejando a la iglesia en una esquina, se cercó en la plaza un cuadrilátero para que hiciera de fortín y real al que poder replegarnos en caso de que la empalizada exterior cayera. Todos los hombres disponibles trabajamos a destajo, y también las mujeres más recias, y antes de que llegase la noche, habíamos conseguido levantar una tranquera del alto de dos hombres.

Se fue la luz del día, pero todos velábamos en la villa. Muchos hombres guardaban la empalizada y otros trabajaban aún en apuntalar el real y en otras faenas que el alguacil nos encomendó. Habíase

repartido munición y pólvora a los escopeteros y armas a todos los que pudiesen portarlas: picas, rodela, morriones y corazas y, cuando se acabaron estas, se dieron escaupiles de algodón acolchado.

En nuestro grupo, que mandaba Hernán Vicente, seríamos unas quince gentes. Allí estaban Martín Navarrete, sonriente por haber podido abrazar a Maui, mi amigo el bachiller Herrera, varios pajes, y el resto lo componían los colonos más viejos y los menos diestros en el manejo de las armas.

—Somos la fuerza de reserva —nos dijo el cabo Vicente, que cojeaba doblemente a causa de la última herida—, y nuestra tarea será cubrir cualquier brecha que abran en la defensa.

Y luego se burló de la cuadrilla que hacíamos, abarcándonos a todos con un gesto, él incluido.

—De qué os quejáis —le rebatí—. ¿No es mejor combatir en buena lid contra el enemigo que esperar encerrado el hacha del verdugo?

Martín Navarrete rio mi respuesta y el bachiller Herrera levantó la escarcina que blandía en el brazo y gritó: «Santiago, y cierra, España». El escribano parecía, a la luz de los hachones, más esperpéntico que nunca; pero ningún temor se percibía en él.

La noche pasó en un inquieto duermevela y, antes del amanecer, ya estaba la villa poseída por el ajeteo de las idas y venidas de soldados y colonos, los cambios de centinela y las órdenes del alguacil alistándonos para el combate. Simón Juárez mantenía el semblante hosco de siempre y seguramente no pegó un ojo en toda la noche, pues recuerdo haber oído su voz en mis sueños.

Al amanecer, una nutrida tropa de guerreros salió de la manigua, al norte de la villa, y avanzó hacia nosotros cubriendo todo el campo frente a la empalizada. Pasaban del medio millar los que allí había, enarbolando sus lanzas, arcos y macanas y atronando el aire con un griterío temible. Habíanse teñido de brillante bermellón y de amarillo alrededor de los ojos, en la nariz y en las mejillas, y delante de cada escuadrón iba un *tauriquí* adornado con altos penachos y divisas. En el centro de aquella hueste, sentado en una silla de manos y dominándolo todo, estaba el indio Gela. Y a su lado, junto con otros principales, pudimos distinguir a Raha Bineba tocado con el negro chapeo del malogrado capitán Atienza.

—Traedme aquí al señor Carrasco —pidió el alguacil a un soldado—, para que vea adónde nos ha conducido su imprudencia.

Y cuando apareció el maese de campo convenientemente armado de mandoble toledano, celada, rodela, peto y espaldar, le ordenó que no se separase de su vera en todo el día.

—Atendedme, don Félix: quiero que me sigáis allá donde yo esté, como si fueseis mi sombra. Y no os preocupéis —añadió—, que con todo ese herraje que lleváis a cuestras no habrá flecha que os penetre.

Simón Juárez dispuso a los arcabuceros y piqueros en la empalizada y a los mosqueteros en las torres. Mandó abrir las troneras y cargar los cañones de dieciocho libras con saquillos de metralla, que eran más eficaces contra una muchedumbre. Después se cebaron los oídos, se aprestaron los botafuegos y se ajustaron las cuñas para que los tiros fueran rasos.

Cuando la hueste atacante inició la marcha, Juárez ordenó abrir el fuego de escopetería, y los fogonazos y el ruido de los disparos dieron la réplica a la gritería indígena, de cuyas filas salieron cientos de flechas que alcanzaron la empalizada. Después, el alguacil mandó disparar los cañones. La pólvora quemada producía una gran cantidad de humo oscuro y ácido que limitaba la visión mas, cuando se hubo despejado, vimos que el estruendo y la metralla habían detenido en seco el ataque indígena. Los *tauriquíes* voceaban y se desgañitaban para infundirles valor a los suyos, pero muchos guerreros se tiraban al suelo para protegerse, quedábanse otros de pie, como paralizados, dudando entre continuar el ataque o replegarse hacia la manigua, y el resto daba la vuelta y emprendía la fuga. Sin perder un momento, nuestros tiradores recargaron sus armas, tarea que precisa de cierto tiempo y de mucha práctica, apuntaron y volvieron a disparar.

La dotación de los cañones necesitaba más tiempo para limpiar y refrescar el ánima, cargarlo nuevamente, atacarlo y ponerlo en posición, pero aun así fue poco lo que demoraron en hacer su segunda descarga, que causó un espanto aún mayor y provocó la desbandada hacia la arboleda. Desde la empalizada, los nuestros estallaron en una gritería triunfadora.

Después del fallido ataque, el alguacil tomó nuevas disposiciones, pues no le cabía duda de que volverían a la carga, y nos reunió a todos en la plaza pidiéndonos esfuerzo y valor.

—Sé que quedamos pocos hombres y que ellos son multitud —nos decía desde lo alto del adarve, con voz seca, adusto el gesto y mucha bravura en el continente—; pero no debemos desfallecer, ni amilanarnos por su número. Reparen vuestas mercedes en las congojas y quebrantos que pasó Pizarro en Cajamarca o el capitán Cortés en lo de Otumba; pero perseveraron en el empeño, dieron vuelta a la fortuna y alcanzaron fama inmortal.

El alguacil aprovechó la momentánea retirada para organizarnos mejor: formó un escuadrón con la

gente más aguerrida, al mando de Salcedo, con idea de que saliera por los postigos y atacase a los indios por detrás; repartió a los mosqueteros entre las cuatro torretas, para que disparasen sobre los jefes indios con penachos y divisas, que era a quienes seguía el vasallaje; y mandó poner escalas de acceso al adarve cada veinte pasos, para que la escuadra de reserva pudiera alcanzar y reforzar cualquier punto en poco tiempo.

Poco después del mediodía atacaron de nuevo. Los indios demostraban aprender deprisa de sus errores y, en esta segunda embestida, nos acometieron por todos los flancos al mismo tiempo, de modo que los cañones apenas les causaban daño. Sus escuadrones salían de la manigua, atravesaban corriendo la zona descubierta y cargaban sobre la empalizada. Y mientras una parte de ellos nos lanzaba una lluvia de vara y flecha y de piedras, otros grupos buscaban los lugares más desguarnecidos de la muralla para asaltarnos. Venían en tan gran cantidad que nuestros tiros no les causaban mucho daño: cuando unos caían, con presteza otros ocupaban su lugar.

No dábamos abasto en la reserva para cubrir tanto espacio, y pronto la escuadra quedó desperdigada por varios puntos. Perdido del cabo Vicente, vime junto al bachiller Herrera y Martín Navarrete combatiendo en el lado este, donde los indios trepaban con gran habilidad por sus escalas y alcanzaban rápidamente la empalizada, con lo que habíamos de rechazarlos allí mismo, hiriendo y matando a los que asomaban sobre las estacas, y al mismo tiempo protegernos de la batería de vara y piedra que arrojaban desde abajo. Con gran bravura gritaban vituperios muy ofensivos, nos trataban de mujeres y por señas nos pedían que bajáramos a luchar contra ellos.

Corríamos con presteza por el estrecho pasillo del adarve hacia los lugares por donde estaban trepando. Si llegábamos a tiempo, tratábamos de tumbar sus escalas antes de que empezasen a subir, mas si no podíamos evitarlo, se hacía preciso combatir en el propio adarve. Martín y yo, guardándonos las espaldas, tajábamos a cuanto indio pretendía entrar en la villa. Y Herrera desplegaba una energía que era difícil adivinar en cuerpo tan enjuto, repartía mandobles y estocadas con mano firme y gritaba e increpaba con mucha insolencia a quienes se le ponían por delante. Y tan enérgicos eran sus golpes que, en uno que erró, perdió pie en el angosto pasillo y cayó a tierra por el lado de dentro, golpeándose con fuerza y quedando inmóvil al pie de la empalizada. Me descolgué del adarve y me arrodillé junto a él. Había perdido el yelmo, tenía los ojos cerrados y pálida la faz, así que le cogí la cabeza entre las manos, sacudiéndola suavemente y llamándolo por su nombre hasta que abrió los ojos y pudo fijar la mirada.

—Amigo Luis —le dije—, venid en vos y levantaos, que os llevaré al real.

Al intentar levantarse volvió al caer. Lo alcé, le pedí que se apoyase en mi cuerpo y lo acompañé hasta la plaza, donde lo dejé en manos de la primera mujer que vi.

—Cuidad de él —le encarecí— y no lo dejéis marchar mientras siga traspuesto.

El alguacil Juárez se multiplicaba para estar en todos los sectores al mismo tiempo, saltaba de un costado para ir a otro, veíaselo correr a lo largo del adarve, arremeter contra los asaltantes, gritar órdenes acá u organizar la defensa acullá, moviendo su parva humanidad con tal agilidad que, más que soldado, parecía saltimbanqui. Los mosqueteros no dejaban de disparar desde las torretas, causando un lento pero constante goteo de bajas a los indígenas. En una de las torretas vi al señor Hinojosa, que sin duda estaría disfrutando con aquel ejercicio de tiro al blanco.

Yo volví a mi puesto en el lienzo oriental, donde la lid seguía muy empeñada, pues habíanse juntado numerosos escuadrones indígenas y apretaban con gran bravura. Y en lo más reñido del combate, cuando a punto estaban de desbordarnos, el cabo Salcedo y sus hombres hicieron una salida por el postigo junto a la torreta y cargaron contra los indios con empuje muy varonil, repartiendo tajos y cintarazos e hiriendo y matando muchos contrarios. Con su arremetida lograron frenar el asalto pero

recibieron también harto daño y tuvieron que replegarse hasta el postigo y entrar nuevamente a recuperar el resuello.

Y en aquellos esfuerzos se apagó la tarde y los indios se retiraron a la manigua llevándose sus muertos, muy agotados también ellos, porque habían combatido con atrevimiento y bizarría. Nosotros, llegada la noche, nos ocupamos de contar las bajas, reparar los huecos y portillos de la empalizada que habían sido dañados y prepararnos para el siguiente día.

Aunque era mucho el cansancio que teníamos, no descansamos un instante. Y menos que nadie tuvo reposo Simón Juárez: hablaba con cada hombre para darle ánimos y felicitarlo, dirigía los arreglos en la empalizada y organizaba la táctica para el siguiente día. Entre otras cosas dispuso fabricar dos manteletes de madera para proteger a los soldados cuando salieran a campo descubierto; hizo trasladar a la entrada del real uno de los cañones, por si acaso nos desbordaban; y mandó que todas las mujeres y los niños se resguardasen en la iglesia durante la noche. Así que allá se llevaron colchones, ropas, enseres, alguna mesa y también se almacenaron varias barricas de agua y algo de comida.

Cuando hubimos finalizado estas tareas, busqué en la iglesia a Juana Alonso, a cuyo cuidado habían quedado, cuando fui preso, mi cofre y los útiles de cirujano. La hallé atareada en trasladar una mesa con la ayuda de Frasquita, la niña manca.

—Estáis libre nuevamente, amigo Juan —me saludó con alegría—. Y vivo.

Fue a buscar los útiles de medicina y se ofreció para hacer de asistente, pero no pude aceptar su ayuda, pues la noté más apagada que de costumbre, con un gesto cansado en el rostro y cierta torpeza en los movimientos.

—No os excedáis, Juana, que esa barriga tan oronda exige reposo.

—Descuidad, señor cirujano, que seré una paciente ejemplar.

Me demoré un momento dentro del templo para tratar de localizar a doña Elena, mas no la vi porque era mucho el ajetreo que allí había. Algunas mujeres rezaban en grupos, alrededor de un arcón o de una mesa, iluminadas por candiles y lámparas de aceite, y otras trasladaban objetos o disponían alimentos. Se me hizo curioso ver allí reunidas a las damas más honestas junto a las busconas menos santas, trabajando codo con codo y dejando a un lado rencillas, envidias y prejuicios, al menos por el momento, mientras durase el aprieto.

Para mí, el ajetreo fue mucho. No bien hube comido un bocado, me dediqué a curar las numerosas heridas que los hombres habían recibido, lavándolas con aguardiente, tratándolas con unguento o, las más profundas y emponzoñadas, cauterizándolas con fuego. Hube de coser los tajos más graves y entablillar el brazo de uno de los pajes y la pierna del alcalde Manuel Fonseca, que se precipitó desde el adarve con peor fortuna que el bachiller Herrera, quien, por cierto, se hallaba bastante recuperado. Lo encontré con el grupo de la reserva, que había hecho rancho aparte. Estaban todos sentados en la tierra, con las espaldas apoyadas en la palizada y platicando animadamente, pero yo me hallaba tan agotado que, apenas supe de la buena salud de Herrera, caí en un sueño muy profundo, tanto, que tuvieron que sacudirme con violencia cuando los indios volvieron al ataque.

Había una luna casi llena, muy hermosa, que hacía reverberar la tierra de la plaza y de las calles y permitía distinguir hasta los colores. Algunos indios habían conseguido acercarse a la villa y lanzaban flechas incendiarias por encima de la empalizada. Los centinelas les tiraron con fuego de mosquetería desde las torres y los hicieron retirarse, pero ya la lluvia de dardos había hecho blanco sobre los techos de muchos bohíos y fue preciso movilizar a la gente para tratar de sofocar los fuegos. Una hora después volvieron a atacar por un rumbo diferente, y de esta guisa continuaron lo que restó de noche, impidiéndonos hallar reposo y obligándonos a trabajar a destajo, a echar agua y tierra y

derribar algunos bohíos para que no se extendiera el fuego. Aun así, no logramos evitar que se quemaran obra de veinte casas, que daba lástima observar, con las primeras luces del alba, el desperfecto ocasionado.

Pero los indios no nos dejaron tiempo para muchos pensamientos ni lamentaciones, ni siquiera para celebrar una misa por los caídos, porque apenas amaneció ya estaban formados sus escuadrones y listos para entrar en combate. Y si duros fueron los trabajos que nos dieron el día anterior, mucho mayores los íbamos a tener aquel. Por cierto que cuando me dirigía a mi puesto me tropecé con Frasquita, que iba en busca de una matrona, pues a Juana Alonso le habían empezado los dolores del parto. Mal momento había elegido la mujer para parir, pensé, pero, Dios mediante, aquella mañana ya estaría la criatura respirando y conociendo este agitado mundo.

A una señal de Gela, arremetieron sus guerreros con muy grandes gritos y alaridos, y según rechazábamos a los primeros, otros escuadrones los reemplazaban, de modo que parecía que nuestros disparos no aprovechaban, aunque les hicieran bastante daño. Procuraban ellos desbordarnos por todos los costados de la empalizada y abrir en ella boquetes y portillos para invadir la villa; y nosotros, sorprenderlos con las salidas de los hombres de Salcedo, que los atacaban y alanceaban donde más recio estaba el sitio.

También las mujeres colaboraban en la defensa. En grandes peroles ponían aceite a hervir para que lo arrojásemos sobre la indiada desde el pretil de la muralla, acarreaban pólvora y balas a donde fuera menester y ayudaban a retirar a los heridos y muertos sin reparar en sus personas sino en el servicio de la villa. Pero en vano fueron el coraje y valor desplegados porque, hombre a hombre, veíamos cómo menguaba nuestra hueste mientras que parecía que la de ellos aumentara. Nos cercaban tan denodadamente y con tan gran multitud que no dábamos abasto para defender todo el perímetro de la empalizada, y finalmente fuimos desbordados.

Mediado el día consiguieron abrir, cerca de la entrada principal, un boquete por el que se colaron unos cuantos indios que desatrancaron la puerta. Incontinentemente, varios escuadrones invadieron la villa con gran ímpetu, lanzando gritos y silbos y haciendo gestos de triunfo y alegría. Entraron por las calles tomándonos la espalda y se metieron en las casas haciendo mucho mal y acuchillando sin piedad a quienes hallaban desprevenidos.

Como había dispuesto Juárez, llegados a aquel punto todos debíamos abandonar el adarve y reagruparnos en el real, alrededor de la iglesia; pero una cosa era decirlo, y otra, hacerlo. La entrada de los indios había provocado tan gran desconcierto en todo el recinto, que la villa convirtióse en una babel de carreras, escaramuzas y desafueros, y nadie habrá que pueda explicar el desorden habido, ni dar razón de nada más sino de cómo puso en salvo la propia vida.

Yo tuve suerte y bajé del adarve en medio de otros compañeros. Juntos avanzamos por la calle que conducía a la plaza, manteniendo buen concierto, y con las espadas hacíamos mucho daño a los que nos acometían. El cabo Vicente nos organizaba a grandes voces que se hacían oír por encima del tumulto.

—No desfallezcan mis señores —nos decía—, aguanten pie con pie y no rompan la falange.

A estocadas y arremetidas les matamos otros varios, pero los indios seguían apretando y con sus arcos y macanas y varas nos hacían recular y nos ponían en gran aprieto. Y era de admirar la heroica hazaña de aquellos soldados, que apretaban los dientes y aguantaban llenos de heridas y corriendo sangre; mas quiso Nuestro Señor que alcanzásemos el real, a cuya entrada estaba el alguacil Juárez con los dos manteletes sirviendo de parapeto para que tirasen los arcabuceros, y el cañón aprestado,

que disparó nada más hubimos pasado nosotros.

Apenas un medio centenar conseguimos salvarnos del desastre y resguardarnos en aquel último fortín que, con tanto acierto, había mandado levantar Simón Juárez. Allí dentro estábamos cuanto quedaba de la villa, de la expedición y de la gente.

Sin tiempo que perder, Juárez envió a los escopeteros al tejado de la iglesia y a los demás nos dispuso a lo largo de la estacada y a servir en el cañón, que movíamos con dificultad de un lado para otro y lo disparábamos por los agujeros abiertos en la cerca. La situación era apurada, casi insostenible; tanto, que los indios, que se veían triunfadores, embestían con mucho ánimo y osadía.

Uno de ellos, con el cuerpo pintarrajeado y el rostro fiero, consiguió saltar la palizada y entrar en el real, atravesarlo a la carrera y meterse en la iglesia, donde, aullando y enarbolando su maza, le aplastó la cabeza a una señora que allí rezaba arrodillada, antes de que lo pudiéramos abatir.

Yo estaba al lado de Martín Navarrete cuando lo avisaron de que la muerta había sido su madre, y lo acompañé adentro de la iglesia, donde varias mujeres se arremolinaban alrededor del cuerpo de doña Mercedes, amortajándolo y lamentándose por la tragedia; y entre ellas estaba doña Elena, llorosa e inconsolable, y se fundió con su hermano en un abrazo prolongado.

Ver a doña Elena en aquel trance me causó una gran impresión. Pálida y ojerosa, enfundada en los adustos ropajes del luto que había querido vestir desde la marcha de Ocampo, parecía otra persona. Una expresión apagada velaba su rostro y una desgana vital poseía su cuerpo, como si hubiera renunciado a luchar contra los infortunios del destino. ¿Dónde estaba la mujer que yo había conocido? Cuando se separó de Martín, me adelanté para ofrecerle mis condolencias, pero no tengo la seguridad de que me hubiera entendido, ni siquiera reconocido. Me aparté de allí con una extraña sensación de pérdida y salí afuera, al molino de la batalla.

Para nuestra ventura, la previsión del alguacil nos permitió tener pólvora y munición abundante, algunos víveres y agua para poder soportar siquiera un par de días. Los indios proseguían su ataque, sin darnos tregua ni siquiera para llorar a nuestros muertos. Y sirva de ejemplo el mismo Martín Navarrete, que tuvo que abandonar el cadáver de su madre para regresar a la barricada y luchar por la propia vida. Mas a todos nos sostenía el espíritu indomable de Simón Juárez, que recorría el interior del fortín alentando a cuantos lo defendíamos, impartía órdenes precisas y acertadas y, cuando era necesario, se lanzaba de cabeza a lo más recio de la batalla.

Habíase cumplido ya la hora sexta cuando Juárez vio que Gela, en uno de los momentos de mayor empeño, se había aproximado a unos treinta pasos del real para demandar a los suyos más coraje en el asedio. Como sabía de la mortal eficacia de los mosquetes, el cacique se rodeaba de un séquito de *naclonis* que, con sus propios cuerpos, lo protegían de los disparos. Y el alguacil, haciendo gala de una gran osadía, pues vio una oportunidad para capturar al *caibocoa*, ordenó una súbita salida.

Junto al cabo Salcedo y varios soldados, resguardados tras uno de los manteletes y apoyados por el fuego de mosquetes y arcabuces, se abrieron paso entre las filas enemigas a golpe de pica y mandoble, causándoles mucho mal. Los indios, que no se esperaban este ataque, regularon y abrieron pasillo, permitiendo a los nuestros llegar casi hasta donde estaba Gela. Y aunque no consiguieron echarle el guante, desordenaron tanto su séquito de *naclonis* que, desde el tejado de la iglesia, uno de los mosqueteros le acertó de lleno. El cacique se llevó las manos a la cabeza con mucha parsimonia, como si lo hubiesen golpeado con una piedrecita, contempló con sorpresa sus manos ensangrentadas, desprendiose de su cimera emplumada y al instante cayó al suelo, y desapareció entre sus *naclonis*; los cuales entraron en tan grande confusión y desconcierto que el alguacil Juárez y su escuadra pudieron regresar sin mayores impedimentos.

La muerte de Gela conmocionó a los nativos, que interrumpieron el combate para honrarlo como

se merecía. Y mientras se alejaban nos amenazaban con gritos y vituperios, diciéndonos que la partida no era acabada y que más tarde vengarían a su jefe, cuyo cuerpo se llevaron acostado sobre unas andas hacia el poblado de Raha Bineba.

Según me refirió Laghu, los indios de San Cristóbal tenían la costumbre, cuando moría algún *caibocoa* o un gran guerrero, de sacarle las entrañas y comérselas entre los parientes y amigos más cercanos para adquirir sus virtudes y fortaleza, después secaban el cuerpo con humo durante varios días y, por último, metíanlo en un canasto que trasladaban a un lugar sagrado, en la cima de la sierra, donde reposaría junto a otros que habían sido grandes antes que él.

A pesar del funeral, la villa seguía tomada por muchos escuadrones de indios. Habían acampado en medio de las calles y, a medida que avanzaba el crepúsculo, el recinto se iba llenando de hachones encendidos. Desde el tejado de la iglesia podía apreciarse la multitud que nos había venido a combatir.

También nosotros aprovechamos la inesperada tregua para recoger a nuestros muertos, amortajarlos y rezar por ellos, pero sobre todo para cuidar a los heridos, pues no había quien no tuviera el cuerpo magullado y lacerado por la dureza del combate.

Como la noche anterior, me dediqué durante un largo rato a curar a los compañeros golpeados y descalabrados. Algunos estaban tan agotados que más requerían descanso para sus carnes que sanación para sus heridas; y otros, tan maltrechos que no era a mí a quien necesitaban, sino al padre Saavedra. Así, fui recorriendo grupo a grupo, enterándome y lamentando muchas ausencias y congratulándome por la presencia de los amigos vivos.

—Si hoy no nos ha llamado el Señor a su vera, es que ha de tenernos en poca estima —me dijo el cabo Vicente.

—Tampoco el diablo ha de apreciarnos mucho, señor cabo —le respondí.

Con él estaban el bachiller Herrera, Manuel de Badajoz y otros varios. El de Badajoz, por haber combatido en la escuadra de Gonzalo Salcedo, estaba recubierto de sangre desde la punta del cabello hasta las suelas de las botas, y era difícil distinguir cuál era propia y cuál ajena. Tan cansado parecía que ni siquiera habíase aflojado las correas que le ceñían la coraza ni zafado los guanteletes.

—Voto a Barrabás que nunca había vivido una jornada como esta —dijo cuando me acerqué a examinarlo.

El alguacil Juárez había dispuesto que hubiera de continuo un grupo de centinela en el tejado de la iglesia, para avizorar cualquier movimiento de la indíada. Aquella noche, que era la del doce de abril, día de san Julio, el papa guerrero, había una enorme luna llena que se elevaba muy redonda y muy amarilla sobre el horizonte, y pronto permitiría dominar con su claridad todo el recinto de la villa. Algunas mujeres piadosas habían cocinado unos panes de sagú y los repartían a la gente. Yo le hincaba el diente con mucha voracidad a uno de ellos, que en todo el día no había comido otra cosa, cuando se llegó a buscarme Frasquita.

—Señor Torres, por Dios, venid conmigo —me dijo.

—¿Qué sucede, muchacha? —le pregunté, pues la vi nerviosa y muy alarmada.

—¡Ay, ay, Señor! —se lamentó, mirando al cielo y preocupándose más—. Doña Juana lleva todo el día con los trabajos del parto sin conseguir alumbrar a la criatura, y nos tememos lo peor.

A fe mía que me había olvidado del parto de Juana Alonso, y me reproché mi despiste. En un instante pareció desvanecerse el cansancio acumulado y, masticando aún el pan de sagú, seguí a la muchacha hacia la puerta de la iglesia. En una esquina, a la diestra del altar, habían alzado una pantalla con cuerdas y una manta, y tras ella se encontraba el lecho donde yacía la mujer. La Mulata era quien estaba oficiando de comadrona, ayudada por otras dos señoras.

Un par de cirios iluminaban el improvisado cubículo: el colchón con una sábana ensangrentada, una palangana con agua rojiza y a una Juana Alonso pálida y empapada en sudor, amodorrada en un intervalo entre dos contracciones.

—Lleva sufriendo dolores desde la mañana y hace muchas horas que rompió aguas, pero no hay forma de que salga la criatura —me dijo la Mulata, al tiempo que me dirigía una mirada cargada de malos presagios—. Tampoco parece que doña Juana ayude, agotada como está por el esfuerzo, y cada vez empuja con menos nervio.

Aunque me habían buscado por mis conocimientos de medicina, en realidad era poca la ayuda que podría proporcionarles, ya que carecía de su experiencia.

El hermoso pelo negro de Juana Alonso estaba desgreñado sobre la sábana, húmedo y untuoso por el sudor y pegado a la frente. A la luz oscilante de los cirios, sus mejillas parecían más escurridas, y la barbilla más afilada. Movía la cabeza a uno y otro lado, como quien delira.

De repente abrió los ojos y, al verme, cogió mi mano y la apretó con fuerza.

—Señor barbero —dijo débilmente, mas con una punta de ironía que no venía mucho a cuento—, vuestra presencia apacigua mis temores.

—Valor, Juana, que cuando tengáis a la criatura en vuestros brazos os reiréis de estos apuros.

—Eso es fácil decirlo, Juan Torres.

Y al punto el dolor la azotó como un terremoto, haciéndola envararse y tensar todo el cuerpo, y gemir y gruñir hasta desfigurar el rostro, y después se quedó desmadejada unos momentos antes de volver a empezar el ciclo.

Sobre las tejas se oían los pasos de los centinelas, los rezos de muchas mujeres confundíanse con el gemir de los heridos, con los ronquidos de algunos afortunados durmientes y con las voces y oficios en el patio del real, donde Juárez había ordenado reforzar la empalizada en los lugares en que estaba más maltratada. Y, por sobre de todos estos sonidos, imperaba el de los cantos y danzas de los indios, acompañados por unos atabales pequeños que tañían con una mano.

El tiempo avanzaba y la criatura no salía. La Mulata no conseguía alcanzar la cabeza del niño, ya que el canal del parto no se había dilatado lo suficiente y no le permitía introducir las manos más arriba. Juana estaba cada vez más débil y agotada y su abultada panza parecía verdaderamente a punto de reventar.

—Así no saldrá nunca, don Juan —me dijo la Mulata—; haced algo o la perderemos.

Intenté ordenar en mi cabeza lo poco que sabía de esta materia. En el cofre de cirujano había un *speculum matricis*, que se empleaba para ayudar a salir a la criatura cuando la madre no podía ejecutar bien su oficio. Su uso me causaba temor, pues parecía un instrumento más de inquisidor que de cirujano; sin embargo, no me quedaba otro remedio que echar mano de él. Eso, o sajar el vientre y sacar a la criatura por la hendedura.

De modo que abrí el maletín y tomé el *speculum*, cuyos brazos medían unas quince pulgadas.

—Señor Torres, ¿qué pretendéis hacer con esa herramienta? —me preguntó la Mulata, alarmada al verme con ella.

No contesté a su pregunta, pero le pedí que se situase a mi lado y me ayudase en la tarea. Sin tenerlas todas conmigo, ni mucho menos, introduje por la boca de la madre el *speculum*, con los brazos cerrados, procurando no herir la carne. Una vez dentro, los abrí como se hace con las tenazas y, palpando a ciegas, busqué acomodar las valvas en que terminaba cada brazo a la cabeza de la criatura. Conseguido el propósito, empecé a halar con suavidad.

En estos afanes estaba cuando me di cuenta de que algo extraño sucedía fuera, pues habían cesado los cánticos y tambores de los nativos, e igualmente había menguado el ajeteo en el real, el ruido de

tablones y martillazos y las voces de los hombres.

—Tened cuidado, don Juan —me advirtió la Mulata, haciéndome olvidar cuanto sucedía fuera—. Así no. Habéis de girar esa bendita herramienta hacia la derecha o acabaréis matando a la criatura.

Mordiéndome el labio inferior, intenté concentrarme en lo que hacía. Juana Alonso emitía un gemido quedo y persistente, como si ya no le quedasen fuerzas ni para gritar.

—Empujad, señora, empujad —le requería la Mulata, al tiempo que apoyaba las manos en el vientre y presionaba hacia abajo.

Yo sujetaba el *speculum* con las manos entrelazadas. Lo giré ligeramente, como me había recomendado la Mulata, y tiré de él. Notaba la resistencia en el canal del parto y, al mismo tiempo, la blandura casi esponjosa de la cabeza del niño. Seguí halando y advertí por vez primera cómo la boca de la madre se abría, separando los labios, y la criatura avanzaba algo, dejando entrever la oscuridad del cabello; mas, llegado a cierto punto, se atascaba y no había manera de hacerla salir.

Entonces se escurrió una de las valvas, volteé violentamente el *speculum* y la parturienta lanzó un aullido y dio un respingo que me arrancó la herramienta de las manos.

—No puedo veros hacer esto, señor barbero —dijo la Mulata—. Continudad vos si queréis.

La mujer, que estaba más nerviosa de lo que aparentaba, púsose en pie, masculló un par de reniegos y, haciendo a un lado la manta, salió del cubículo para tratar de tranquilizarse y tomar el aire, pues la noche era tibia y bochornosa. También yo estaba sudoroso, con la camisa pegada al cuerpo y pensando que con el *speculum* podía matar a la criatura, pero la idea de sajar el vientre de Juana Alonso me atraía aún menos.

Me sequé el sudor con la sábana, aspiré profundamente un par de veces y me disponía a continuar cuando la mirada de una de las parteras me hizo volverme. A mi espalda se hallaba la Mulata, inmóvil y petrificada, con la piel canela que habíase tornado cenicienta.

—¿Qué os sucede? —le pregunté, alarmado por su aspecto.

—No sigáis, señor Torres, por Nuestra Señora os lo pido. Abandonad la tarea, porque vamos a traer al mundo a un monstruo.

—¿Qué diablos decís?

—Se ha producido una señal en el cielo, el anuncio de un castigo divino.

Las otras dos mujeres levantáronse y se colocaron a su lado con los rostros expectantes y preocupados.

—Ha desaparecido la luna del firmamento —prosiguió la Mulata—. Cuando salí afuera no quedaba sino una mortecina rueda rojiza, que las tinieblas fueron tragándose hasta sepultarla por completo.

Por eso se habían callado los cantos y danzas de los indios, pensé, por alguna suerte de fenómeno celeste. Pero nosotros no debíamos dejarnos llevar por la superstición. Me levanté, puse mis manos sobre sus hombros y la sacudí con vigor.

—Úrsula, Úrsula —le dije—, olvidaos de la luna, que os necesito muy serena para salir de este apuro.

—Pero es cierto cuanto os digo; salid afuera y veréis el prodigio.

—Saldré y lo veré. Pero, sea cual fuere el prodigio, nada tiene que ver con el parto de Juana Alonso. Atended —le dije, al tiempo que tomaba su quijada entre mis dedos y la giraba para que me mirase a los ojos—, su vida y la de su hijo siempre han estado en manos del Señor, pero ahora también están en las nuestras, especialmente ahora, así que calmaos y ayudadme.

Por fin pareció tranquilizarse, sus ojos recuperaron una chispa de viveza, asintió con la cabeza y se arrodilló a mi lado, entre las piernas de Juana Alonso.

—Un prodigio en tal noche —musitó Josefa Mendieta, la madre de Frasquita—, Dios nos guarde.  
—¡Basta ya! —les grité—, prefiero que me dejéis solo a que sigáis con tales anuncios y figuraciones.  
Y dicho tal, cogí el *speculum matricis* y lo introduje por las partes pudendas de Juana Alonso. Esta vez me costó menos acomodar las valvas a la cabeza de la criatura, pero, por más que porfié, me fue imposible sacarla.

—Así no voy a conseguir nada —pensé, y exasperado entregué el instrumento a la Mulata, me levanté y salí del cubículo y de la iglesia con pasos agitados.

Fuera, el eclipse, pues que de tal fenómeno se trataba, ya había culminado su fase máxima. La luna estaba camino del cenit, mas, en lugar de ser redonda y luminosa, dejaba entrever solamente una tenue rueda, como había dicho la Mulata. Una infinitud de estrellas resplandecía en el firmamento, igual que en un día sin luna. El real se mantenía en silencio. Los hombres estaban arrodillados frente al padre Saavedra, que, subido en un tronco, dirigía plegarias a Nuestro Señor, rogándole que nos librase del mal en hora tan oscura.

—Mas si en tu divina voluntad está que caigan los cielos y el fin de los días sea llegado —clamaba—, perdona las faltas de estos humildes siervos y acógelos en tu gloria, amén.

Aunque un eclipse fuese un fenómeno natural, la gente prefería buscar explicaciones sobrenaturales, contrarias a la razón, y el acontecimiento sembró el miedo y trajo el desaliento a muchos corazones, muy sufridos ya por las desventuras de la guerra.

Sin embargo, haber salido fuera aquel rato me aclaró las ideas y me dio ánimo para lo que tenía que hacer. Volví adentro. Las mujeres habían acomodado a Juana Alonso cubriéndole las piernas con una sábana para que no estuviesen expuestas a miradas indiscretas. Le pedí a la Mulata que me consiguiese una pinta de aguardiente, y trapos limpios. Extrañada por mi petición, pero sin decir nada, marchose; mientras tanto, expliqué a Juana Alonso lo que iba a hacer.

—Atendedme, Juana —le dije—: no conseguimos que la criatura que lleváis en vuestras entrañas salga a la luz por donde la naturaleza dispone que se haga. En mi humilde opinión, debe de tener el cordón enrollado alrededor del cuello, de modo que no le permite deslizarse hasta el final.

Juana Alonso, bien que débil, me escuchaba con los ojos muy abiertos y la mirada despejada, comprendiendo cada una de mis palabras, o eso se me figuraba a mí.

—No se me ocurre otro camino para salvar vuestra vida y la del retoño —continué— que haceros un corte en el vientre y sacarlo por ahí. Pero querría tener vuestro permiso.

Movió los labios para contestarme, pero la voz apenas se le oía. Acerqué la oreja a su rostro y, entonces sí, conseguí entender lo que me decía:

—Haced lo que creáis conveniente, amigo Torres, pues confío en vos.

La confianza de aquella mujer me halagaba, mas para mostrarme digno de ella debía ocultarle la poca que yo mismo tenía en mis habilidades. Estreché su mano entre las mías, la mano de una mujer valiente y esforzada, y, cuando iba a incorporarme, me retuvo para decirme algo más.

—Si hubiera alguna dificultad...

—Descuidad, no las habrá —la tranquilicé.

—Pero... si la hubiera, salvadlo a él antes que a mí.

—Claro —le dije, pero debió de notar la ligereza de mis palabras porque me exigió que se lo jurase.

—Lo juro —dije, al tiempo que pedía perdón a Nuestro Señor, porque no tenía intención de cumplirlo.

Me levanté y saqué del maletín de cirujano el estuche de piel. Dentro de él había varios escalpelos de diferentes tamaños, todos muy cortantes: ya que no era diestro ni práctico en su uso, al menos me gustaba tenerlos afilados. Elegí uno de tamaño mediano, con la hoja aguzada por ambos filos, y cuyo

mango se acomodaba bien a mi mano.

—Necesito más luz —le dije a María Posadas, que al punto trajo unos cuantos cirios y los encendió. También la Mulata regresó con la garrafa de aguardiente y un puñado de trapos.

—Bien. Dadle de beber unos buenos tragos —le dije, pero Juana Alonso lo rechazó con la cabeza.

—Insisto, Juana.

María Posadas acercó una jarrilla a la garrafa para que la Mulata vertiese en ella una ración generosa de aguardiente, después se sentó en el colchón e, incorporando a la yacente, la hizo beber varios tragos. Juana Alonso torcía la boca y hacía gestos de desagrado, pero no protestó. Mientras tanto, yo rocié el escarpelo con aguardiente y lo acerqué a la llama de uno de los cirios. Después me enjuagué las manos con el licor y requerí a la Mulata para que hiciese lo mismo.

—Vos, Josefa, no os separéis de la cabecera de Juana, seguid dándole de beber hasta que agote la jarrilla, y no la dejéis moverse. Y vos, María, situaos a mi siniestra y sujetadla por la cintura. Y ahora, serenidad, mucha serenidad —añadí, más para tranquilizarme yo que para calmar a las mujeres.

Acerqué el escarpelo al vientre, hice en él un corte vertical y el tajo se llenó rápidamente de sangre que la Mulata enjugaba con uno de los trapos. Juana Alonso soltó un gemido sofocado, un gemido que quiso guardarse para sí pero al final se le escapó, removiò el cuerpo de dolor y a punto estuvo de hacerme equivocar los siguientes cortes.

—Señoras, por lo que más queráis, que no se mueva.

Abrí los labios del corte y saqué la membrana que, bajo la piel y la grasa, sujeta músculos y vísceras.

—Úrsula, aquí, mantened la herida lo más abierta que podáis.

La mujer introdujo sus dedos por los bordes de la incisión, procurando cumplir mi demanda mientras yo separaba los músculos y las vísceras para acceder al útero. El vientre de Juana Alonso palpitaba con cada aspiración, con cada temblor, y se contraía en un espasmo de dolor cada vez que lo tocaba. Los gemidos se le escapaban ya a borbotones, como un torrente incontenible, y pugnaba por soltar su cuerpo de los brazos que lo atenazaban.

Yo estaba tan concentrado en lo que hacía que habíame olvidado de la guerra, del eclipse y del resto de la humanidad.

—María, si sois tan amable, limpiad el sudor que me ciega —supliqué a la mujer.

El útero hube de abrirlo con otro corte para tener acceso a la criatura. La sangre lo empañaba todo y hacía difícil distinguir cada cosa. Palpando, pasé el dedo por el cuello para separar el cordón que lo rodeaba con doble vuelta y empecé a sacar la cabeza de la criatura, que afloró de su lecho ensangrentado como una crisálida sale del capullo; después emergieron los hombros y el resto del cuerpecito. Era un redrojo ensangrentado que casi cabía en la palma de mi mano y que deposité, tras cortar el cordón, en las expertas manos de María Posadas. Esta lo sujetó cabeza abajo y le dio varios palmetazos en las nalgas, sin que el recién nacido reaccionase.

—Es un varón, señor barbero, y ha nacido muerto —anunció María Posadas.

—En un día como este no podía ser de otra manera —sentenció la Mulata—. Os lo advertí.

En efecto, el niño estaba muerto. Seguramente se asfixió con el cordón durante el parto. Juana Alonso, a pesar del aguardiente, se dio cuenta del triste fin de su hijo y unas lágrimas calladas surcaron su rostro. Pero yo no podía dejarme ganar por el desaliento y la superstición, pues, si ya estaba hecha la parte más difícil, aún quedaba la delicada tarea de salvar a la madre.

Y así, tirando del mismo cordón que tal vez mató al niño, saqué el amasijo sanguinolento de las secundinas. A continuación, lavé bien la herida y sus alrededores y, con una aguja curvada e hilo de tripa, cosí el corte hecho en el útero. Después hice lo propio con la membrana que sujetaba los músculos y con el tajo hecho en la piel, al que hube de dar trece puntadas, el mismo número, pensé,

que los elegidos de Figueroa, y que dejaron un horrible costurón en el vientre de la mujer.

Habían transcurrido varias horas desde que empezamos, pero pareciome que apenas había pasado un momento. Hay ocasiones en las que el tiempo no se comporta como una sucesión continua de instantes iguales, sino al contrario: se concentra en algunos puntos, como las estrellas en el firmamento, dejando entre ellas vacíos inescrutables.

Una de las parteras lavó el cadáver del niño, lo envolvió en un retal de manta y se lo entregó a la Mulata para que lo fuese a enterrar. Yo lavé y vendé la herida de Juana Alonso, me senté a la cabecera del colchón, apoyando la espalda contra la pared de la iglesia, y cogí entre las mías una de sus manos, y así estuve un buen rato hasta que noté cómo se había dormido.

Por fin salí afuera. Poco a poco, como si también el cielo hubiese estado de parto, la sombra que ocultaba la luna se fue retirando hasta dejarla ver en su totalidad. No obstante, aun después de descubierta, un ligero velo le impedía brillar con el esplendor propio de la luna llena.

Los malos presagios que suscitó el eclipse se demostraron infundados, pues a la mañana siguiente los indios habían desaparecido. No quedaba rastro de ellos en las calles, casas ni en los alrededores de la villa. El eclipse habíales causado una impresión más temible que a nosotros, hasta el punto de hacerlos renunciar a una victoria que tenían asegurada.

A la clara luz del día pudimos valorar mejor el alcance de la tragedia, la destrucción causada por el ataque, por el fuego y por los propios indígenas.

Dirigidos por Simón Juárez, recogimos los cuerpos de nuestros muertos, que fueron treinta y nueve, y les dimos cristiana sepultura. Algunos presentaban muy feas heridas, otros estaban desmembrados, horriblemente mutilados e incluso descabezados, de modo que resultaban casi irreconocibles.

Por la tarde, después de enterrar a los caídos, el padre Saavedra celebró en el propio camposanto una misa solemne y triste por sus almas. La brisa marina azotaba las camisas de los hombres, las sayas de las mujeres, las desgredadas cabelleras y hacía más ominoso el silencio con que escuchábamos las palabras del sacerdote. No había espacio para la alegría en el real por más que hubiéramos salvado el pellejo quienes seguíamos vivos, sino congoja y pesar, y fraternidad con el dolor de los que habían perdido a sus seres queridos: hijos, padres, esposos o compañeros de armas. El luto y la tristeza estaban presentes en cada corro, en cada plática y en cada rincón de la villa.

Aun así, temerosos de un nuevo ataque de los indígenas, aquella nuestra noche triste la pasamos parapetados en el real, y Simón Juárez no permitió que ningún soldado abandonase las armas.

Tampoco para mí hubo reposo ni pernocta, pues pasé la noche en vigilia, atendiendo a los heridos. Con la ayuda del bachiller Herrera, tan voluntariosa como inútil, iba de un lecho a otro limpiando heridas, aplicando ungüentos, remendando cortes, sanando descalabros, dando tisanas y ofreciendo a los yacentes el escaso consuelo que podía. Entre los heridos menos graves se encontraba Abel Hinojosa, que había recibido un corte superficial en la frente, aunque muy aparatoso, y tenía la cara manchada por la abundante sangre que manaba de él.

—Tantos buenos soldados muertos y este hideputa se escapa con un arañazo —le dije al bachiller Herrera, que caminaba a mi estela cargando el cofre de cirujano.

—Muy cierto —me respondió con un hilo de voz. Al escribano véaselo tan afligido durante las curas, tan pálido ante la sangre, y era tan desmañado en su ayuda, que no tuve más remedio que pedirle que le cediese el puesto a la Mulata.

—Me quitáis un peso de encima, amigo Torres —dijo exhalando un hondo suspiro y haciéndome entrega del cofre—, pues no hay tarea más ingrata para mí que la de atender heridos.

También me acerqué a ver a Juana Alonso, que seguía muy débil y dormía un sueño febril y convulso, pero que al menos no sangraba. Por su parte, Martín Navarrete y Maui no abandonaban a doña Elena, que parecía más entristecida y afectada que su hermano, desconsolada en su orfandad. Al ver la triste estampa que ofrecían, puse la mano sobre el hombro de Martín, que volvió hacia mí un rostro ojeroso, barbado y sucio, y unos ojos cansados y enrojecidos que hablaban sin palabras.

Estaba bien entrada la madrugada cuando terminé de atender a los heridos y escalabrados y busqué un rincón donde desplomarme.

El nuevo día fue una repetición del anterior. No había más noticia de los indios que unas humaredas lejanas, en medio de los cerros, pero el alguacil Juárez no bajaba la guardia y mantenía a la

tropa en estado de alerta. Desplegando una energía inusitada, se dedicó a recorrer la villa recogiendo vituallas y útiles que se hubieran librado de la destrucción, hizo una salida a los pozos para traer agua, recorrió los alrededores con una pequeña escuadra, organizó a un grupo de mujeres para que cocinasen el rancho general y visitó a los heridos y convalecientes para infundirles ánimos.

Los demás íbamos saliendo poco a poco del estupor del asedio y dándonos cuenta de la situación tan desesperada en la que nos hallábamos: una tropa diezmada, debilitada y abatida, sin defensas que nos protegieran, casas donde resguardarnos ni barco con que navegar.

Mediada la mañana del siguiente día, el centinela de una torre avistó un navío embocando la bahía de Todos los Santos. Al poco fue posible reconocer el casco y la arboladura de la Santa Ysabel. En medio de las penurias y desgracias que vivíamos, el advenimiento de la nao era un rayo de alegría.

Muchos fueron a la playa para recibir a los recién llegados como héroes y libertadores, para abrazar a sus amigos y maridos, contarles nuestras desgracias y requerirles sus noticias.

Yo me quedé en la iglesia, ocupado en cambiar el vendaje de Juana Alonso, que estaba pálida, desganada y sin fuerzas, pero lúcida por primera vez desde la noche de la operación. Al retirar las gasas que protegían la herida pude ver la enorme cicatriz inflamada y supurante que le cruzaba el vientre, mas, pese a ello, no tenía el olor de la carne descompuesta ni me pareció que estuviese infectada. Al tocar la cálida piel para limpiar la suciedad que rodeaba a la herida, sentí cómo un estremecimiento la recorría.

—¿Os hago daño, señora?

No me respondió, pero levantó unas pulgadas la mano abierta y la posó en la mía, haciendo ademán de apretarla. Su debilidad era tal que una criatura habría hecho más fuerza, y al momento la dejó caer con languidez sobre el colchón. Yo continué hablando con idea de entretenerla.

—Alegraos, Juana, porque han avistado a la Santa Ysabel en la boca de la bahía.

Alzó los ojos, que, si grandes de por sí, en aquel rostro demacrado parecían enormes, me miró con fijeza e hizo ademán de hablar, pero la voz no le salía del cuerpo. Yo agaché un poco la cabeza, acercándola a su boca, y entonces, mientras la oía decir que en aquel momento prefería mi compañía a la del general, sentí cómo sus labios rozaban el lóbulo de mi oreja con un contacto que despertó emociones olvidadas. Pensé que aquella escena ya la había vivido antes y me vino el recuerdo del día en que murió Inés, recuerdo aciago que aparté de prisa de la cabeza. Acabada la cura, vendé otra vez la herida y acomodé sus ropas como mejor pude. Juana Alonso tenía nuevamente los ojos cerrados y parecía dormir.

A pesar de no haber regresado todavía ninguno de los que bajaron a recibir a la nao, se notaba un hormigueo distinto entre la gente, en los movimientos, en la calidad de los gestos, en las miradas y en el runrún de las conversaciones. Deambulando entre los heridos me di de bruces con Martín Navarrete, que paseaba por el recinto con creciente inquietud.

—¿No bajáis a la playa, amigo Martín? —le pregunté.

—Desearía hacerlo para dar a mi señor padre la triste noticia de la muerte de su esposa, pero temo dejar sola a mi hermana: ya veis en qué estado se encuentra. —Y señaló hacia la puerta de la iglesia.

—Es una lástima que la melancolía haya hecho presa en ella —le respondí.

—Señor Torres, si vos quisierais quedaros unos momentos con doña Elena —me dijo con voz atragantada—, yo podría acercarme a recibir a mi padre.

—Marchad tranquilo, Martín, que yo cuidaré de ella.

En el patio del real, sentada en un banco junto al muro de la iglesia y reclinando en él su espalda, se

hallaba doña Elena. Iba vestida con descuido, desatadas las mangas postizas y sucia la camisa. Los cabellos llevábalos recogidos en una trenza desmañada y el rostro mostraba una palidez cenicienta, casi mayor que la de Juana Alonso.

Durante largo rato permanecimos en silencio los dos: doña Elena con la mirada perdida, ajena a mi presencia, y yo respetando su silencio y observando sus rasgos estragados por la tragedia. Los miraba y remiraba y no conseguía comprender mis sentimientos. Estaba visto que aún la amaba, pues sentía en el corazón una punzada de dolor por ella, pero no el dolor atormentado de otros días, ese sinvivir en el que me sumía su desapego, sino un dolor más reposado, más soportable; un sentimiento impuro, mezcla de cariño, compasión, nostalgia y renuncia, que se amasaban con el amor, ahogándolo y restándole presencia y esplendor.

—Señor Torres, poco hemos platicado en los últimos días —díjome de pronto ella. Había recuperado el sosiego y sus ojos lucían con sereno entendimiento.

—No ha habido muchas oportunidades —le respondí y, como no sabía hasta qué punto estaba afligida, y tenía miedo de pronunciar palabras inoportunas, callé.

Soplaba una mansa brisa que mucho aliviaba la calor de aquella hora. Pasaron otros momentos de silencio. Movi6 ella la cabeza hacia mí y la miré de frente.

—Siento un gran temor por ver a mi padre, amigo Torres —apuntó.

—Comprendo vuestra aflicción, pero sin duda vuestro padre está sano y salvo.

—No, no lo comprendéis. No temo por su vida, sino por las noticias que pueda traer —dijo con vehemencia, levantándose del banco y entrelazando con fuerza ambas manos.

Un repentino rubor coloreaba su rostro. Moviose hacia un lado y hacia el otro, detúvose y volvió a hablar:

—Cuando huyó don Pedro mucho me afligí. Me dolía que me hubiera dejado en tierra, aunque pronto me convencí de que mi esposo había antepuesto mi bienestar a sus deseos. Y después, cuando Mondéjar salió en su persecución, empecé a vivir en una angustia permanente y espantosa, temiendo cada día que los navíos regresaran con don Pedro cautivo, herido o algo peor. Incluso en lo más recio del ataque a la villa, en los momentos tan negros y dolorosos que vos bien conocéis, no dejaba de pensar y temer el regreso de la Santa Ysabel, Dios me perdone. Y esta mañana, cuando por fin han anunciado su arribo, el corazón me ha dado un vuelco. No podéis imaginar las emociones tan contrapuestas que siento. No me atrevo a ir a la playa por aprensión a oír las noticias, más tampoco hallo sosiego en la villa, aguardándolas sin hacer nada.

Luego de tal desahogo se sentó nuevamente y guardó silencio, como si se avergonzase de la exaltación demostrada, o como si de pronto temiese haber herido mis sentimientos. Su mirada apagose nuevamente. Y así permaneció un largo rato. Me sorprendían los súbitos cambios de doña Elena, el arrebat0 del momento, la apatía y languidez posteriores, y pensé que algo se había agrietado en su interior, que algún hilo se había roto dejando el entendimiento frágil y quebradizo.

Mas al cabo comenzaron a regresar a la villa algunas gentes y se propagó en un santiamén la noticia de que Mondéjar no había podido dar alcance a los fugitivos. Al oírla, doña Elena retornó de donde quiera que su pensamiento la hubiera llevado y una sonrisa le iluminó el rostro.

—Oh, Juan, ¿habéis oído? ¡Está a salvo, a salvo! —exclamó, y luego me abrazó con gran contento y se fue a la iglesia a agradecerle al Señor la salvación de su esposo.

También yo me alejé de allí para enterarme de lo ocurrido. Junto a lo que había sido la puerta oeste vi al general encabezando un nutrido cortejo. A pesar del bullicio de la gente, que se deshacía en pláticas y comentarios, carreras, gritos y risas, Mondéjar traía el rostro serio y la expresión adusta. Al entrar en la villa se detuvo en seco y miró a su alrededor, pues una cosa eran las noticias que habían

podido darle en la playa y otra muy distinta ver con los propios ojos la destrucción causada por el ataque: la empalizada rota en varios sitios, quemada en otros, las casas asoladas, las muchas cruces que llenaban el camposanto y el pobre y desamparado grupo que hacíamos quienes aguardábamos su llegada. Pese a su habilidad para el disimulo, no pudo Mondéjar esconder la irritación y el disgusto que lo embargaban. Su rostro se contrajo en una mueca colérica y lanzó un fiero juramento que estremeció a cuantos lo rodeábamos.

—Voto al diablo que van a rodar cabezas.

Y al punto girose sobre sí mismo buscando a alguien entre la gente.

—¿Dónde está mi maese de campo? —preguntó mientras se alzaba en puntillas y movía la cabeza hacia un lado y otro.

Lo descubrió al final del cortejo y se fue hacia él lanzando rayos por los ojos. Quienes se interponían en su camino le abrieron pasillo y en cuatro zancadas se enfrentó a Félix Carrasco.

—Señor Carrasco, señor Carrasco —dijo con voz ronca y contenida—, vos sois el responsable de este desastre y vais a pagar por ello.

Félix Carrasco había empalidecido hasta quedar de la color de su camisa y lo miraba con aterrada intensidad.

—Arrodillaos ante mí —volvió a decir Mondéjar, enseñando el acero de su tizona.

El maese de campo, que temblaba como una tira de tocino, cayó en hinojos ante el general, aferrándose a sus piernas, llorando y suplicando por su vida:

—Tened misericordia de mí, por Dios os lo ruego, por la Santísima Virgen.

—¿La misma misericordia que tuvisteis con el hijo de Raha Bineba, bellaco? Por vuestra culpa han muerto muchos cristianos y la villa ha sido destruida —dijo Mondéjar, sosteniendo el descabello sobre el morrillo de Carrasco, y era tal la furia que destilaba, que en verdad creí que allí mismo lo acabaría.

Félix Carrasco, que debió de pensar lo mismo, dejó de abrazar la pierna de Mondéjar para protegerse la cabeza con ambos brazos. Transcurrieron así unos instantes en los que podía oírse el vuelo de una mosca, hasta que finalmente Mondéjar dejó caer la espada y pateó el cuerpo del maese de campo.

—Fuera de aquí, bellaco, hideputa, capón —le decía mientras seguía atizándole coces—, apartaos de mi vista, escondeos para que no os vea u os juro que os rebanaré el pescuezo.

Y Carrasco se apartó de inmediato, gateando y cayéndose, con una rapidez que nadie hubiera sospechado en cuerpo tan voluminoso.

Pasado el primer arrebato, Mondéjar recuperó su habitual serenidad e hizo un esfuerzo por infundir tranquilidad a todo el mundo. Seguido siempre por la sombra silenciosa de Simón Juárez, el general habló con la gente, felicitó a los soldados, visitó a los heridos, se conolió con los afligidos, recorrió la villa y examinó los daños y destrozos; y al fin de todo ello supo apreciar con lucidez y cabeza fría que la empresa de colonización de las islas, tal y como la había trazado y concebido, habíase venido abajo.

Con las fuerzas tan menguadas que quedaban no era posible reconstruir lo destruido, derrotar a los indígenas, fabricar otro bergantín y contar aún con gente suficiente para enviar una embajada al rey. Además, el general sabía muy bien que si Ocampo lograba alcanzar las Filipinas, su posición sería tan delicada como inciertas las posibilidades de ser reconocido gobernador.

Después de darle muchas vueltas al asunto y de no pegar ojo en dos noches, concluyó que no tenía

más que una opción: adelantarse a las acusaciones, llegar a la corte antes que ellas y conseguir del rey capitulaciones y dinero para reemprender la conquista de las islas de Poniente.

Por tanto, y como la posibilidad de otro ataque seguía siendo cierta y no convenía tentar al diablo mucho tiempo, al tercer día de su regreso nos reunió a los sobrevivientes en la plaza, nos dio a conocer los planes de abandonar la colonia y, por si alguno no los compartía, pidió pareceres.

Pero nadie dijo nada. ¿Quién iba a oponerse a Mondéjar, que tan firme mando tenía sobre toda la expedición? ¿Quién, en su sano juicio, querría permanecer en San Cristóbal después de lo sucedido? ¿Quién conservaba ánimos y entereza para hacerlo? Así que un rumor de asentimiento acogió las palabras del general, como si a todos diera igual una cosa que la otra.

—Queda acordado —sentenció el general—: nos vamos de San Cristóbal.

En cuanto a la justicia que había quedado pendiente contra el cabo Vicente, contra Martín Navarrete y contra mí por los cargos de conspiración y deslealtad, Mondéjar se mostró indulgente y, sin dejar de considerarnos convictos, consintió en eximirnos de cadenas y prisiones. Quizá se debió a la intercesión de Simón Juárez, que lo puso al tanto de nuestra participación en la defensa de la villa; a la de don Melchor Navarrete, que pidió por la vida de su hijo; al agradecimiento por la salvación de Juana Alonso; o simplemente no consideró apropiado el momento para más muertes ni puniciones. A Félix Carrasco, sin embargo, si bien le perdonó la vida, le retiró la dignidad de maese de campo y lo condenó a pagar una indemnización de mil ducados a las arcas de la colonia, más veinte ducados a los familiares de cada uno de los caídos durante el asedio de la villa, «que la bolsa es donde más le duele al señor Carrasco».

Una vez decidido que abandonaríamos la colonia, todos los esfuerzos y energías se centraron en preparar la larga travesía que nos conduciría a España siguiendo la ruta propuesta en su día por Valiero.

Se recuperó todo lo que de utilidad pudiera haber en la villa, desde un simple clavo hasta los cañones de dieciocho libras. Tablas, cuerdas, armas, pólvora y herramientas fueron llevadas a bordo con minucioso afán. Se llenaron de agua las pipas disponibles, se hizo acopio de leña y víveres, en especial harina de sagú, taro cocido y avinagrado, pescado en salazón, cecina, miel de abejas silvestres, una pasta fermentada llamada *masi*, que tenía la virtud de conservarse comestible durante mucho tiempo, unas almendras pequeñas y unos higos nativos que secos resultaban muy sabrosos, todas las hortalizas que se habían cultivado en la colonia y los animales vivos que quedaban y que Mondéjar confiscó y puso al servicio de la empresa.

La actividad que la nueva aventura concitaba, la dureza del esfuerzo, el ajetreo de transportar bártulos y cargar la nao, la preocupación por encontrar un buen acomodo y la multitud, en fin, de pequeños detalles que colman cada día consiguieron, si no hacer olvidar las muertes habidas, al menos elevar la moral de muchos y desterrar el pesimismo. Sin saber muy bien por qué, íbamos desembarazándonos de las congojas, juntando ánimos, haciendo planes y poniendo todos nuestros pensamientos en la jornada por venir.

Mientras preparábamos la partida ningún indio nos visitó, ni se acercó a la villa, aunque a veces avistábamos algunos a lo lejos, en los filos de la sierra, vigilantes de nuestros movimientos. Sólo habían quedado entre nosotros Laghu y un par de mujeres amancebadas con soldados. Mondéjar, con dos escuadras, fue al poblado de Raha Bineba, pero lo halló desierto. Los nativos habíanlo abandonado. Lleváronse consigo todo lo que de valor había en las casas, sus canoas y animales e incluso un ídolo al que adoraban con mucho fervor. No sabíamos si su marcha se debía únicamente al eclipse lunar o era que se habían dado cuenta de nuestras intenciones de partir y entretanto preferían mantenerse alejados.

Por fin, una mañana de abril del año noventa y seis subimos todos a bordo de la Santa Ysabel dispuestos a abandonar la isla de San Cristóbal para siempre. Pero antes de embocar la salida de la bahía, quiso Mondéjar dar a los nativos una postrer despedida. Ordenó que se acercase la nao lo más posible a la costa y, con el costado de babor mirando a la tierra, ordenó cañonear la isla.

—Quiero que tengan presente esta advertencia —dijo el general—, porque volveré.

Y andanada tras andanada, nuestros cañones escupieron hierro y fuego sobre la playa, la manigua y sobre el poblado de Raha Bineba. Los marineros al servicio de las baterías debían refrescar de continuo sus culatas de bronce con lonas empapadas en agua y templar sus ánimas con las esponjas. El humo de los disparos pronto nos envolvió en una niebla picante que convertía a la Santa Ysabel en poco menos que un heraldo del infierno.

—Así sabrán quiénes son los españoles —oí que decía la voz de un soldado.

—Yo diría que así escupe el general sus demonios —comentó el cabo Vicente.

—Terrible huella la que dejamos en esta tierra —dijo el padre Saavedra, apareciendo entre el humo y sobresaltándonos a todos—. Hemos malogrado para siempre la semilla de la confianza y de la fe que tanto cuesta hacer germinar. ¿Quién podrá ahora hablar de amor y de caridad a estos nativos?

Después de más de una hora de severo bombardeo, de haber arrasado el poblado hasta no dejar en pie una sola casa, con los cañones a punto de derretirse y nuestros oídos de reventar, Mondéjar dio la orden de partir:

—La nave es vuestra, señor Valiero —le dijo.

Y el piloto mandó largar velas y enfilarse la boca de la bahía. Con una maniobra rápida y elegante, aprovechando el viento de levante, la Santa Ysabel salió a mar abierto por la vuelta del suroeste. Pronto dejamos atrás la silueta de la isla, que fue empequeñeciéndose hasta convertirse en una delgada línea azulada sobre el horizonte y finalmente desaparecer absorbida por el mar.

**TERCERA PARTE**  
**LA VUELTA DEL SUR**

Nuestra vieja amiga la Santa Ysabel nos dio la bienvenida con sus cubiertas limpias y rascadas y sus espacios reducidos. Mejor lastrada que en la anterior travesía, la nao hendía las olas con un suave cabeceo que nuevamente causó a muchos mareos y bascas, pues el cuerpo se deshacía pronto al movimiento del navío.

La disposición de los espacios mejoró con respecto al viaje anterior, ya que, estando tan menguada la gente, el acomodo era más holgado. Así, prohibió Mondéjar hacer rancho en la cubierta principal, y arrumar en ella bultos, cofres o mercaderías. A las familias y matrimonios los alojó en los camarotes del alcázar, la tropa se aposentó en el entrepuente y la marinería en el castillo; incluso a las busconas procurales una cabina propia porque no quería ver la nao convertida en burdel flotante.

En el reparto del agua y los alimentos, no quiso permitir el general el pasado desarreglo y en cuanto a los víveres, los consideró en su totalidad al servicio de la empresa, no permitiendo que hubiera reservas de particulares: la comida sería igual para todos, sin distinción de oficio, condición ni calidad.

—Todos vamos en el mismo barco, corriendo la misma ventura —dijo el general—. Justo es que compartamos rancho y bebida.

También pensó Mondéjar en los enfermos y apartó un espacio para ellos en la tolda, que era lugar más salubre y ventilado que el entrepuente. Y, pese a mi condición de convicto, puso la enfermería a mi encomienda. Allí llevé mis objetos personales, que eran bien escasos, el cofre de cirujano y un arconillo donde guardaba las hierbas y remedios que había ido juntando en San Cristóbal. Y no me faltaron pacientes, pues quedaban aún numerosos heridos del ataque a la villa y varios de mucha gravedad; tanta, que tres de ellos entregaron su alma al Altísimo antes de que la nao partiera de la isla y otros tantos al poco de zarpar.

El bachiller Herrera, encargado de llevar la relación de a bordo, aprovechó para decirnos en la primera reunión que se convocó que, de los ciento ochenta y cinco que habíamos partido del Perú, quedábamos vivos treinta y un hombres de guerra, que era la gente más castigada, y veintitrés de mar. El resto, hasta completar ochenta y ocho, eran colonos, mujeres y niños.

En paralelo a estas cuentas, Figueroa volvió a insistir en el asunto de su lista, pues había querido la casualidad que él y sus doce apóstoles aún permanecieran con vida y a bordo; y, como si tal coincidencia fuese ya prueba incontestable de que el augurio se cumpliría en su totalidad, holgose de que Dios lo hubiera escogido a él para desvelar sus designios. Y, aunque el padre Saavedra lo amenazó con la excomunión si continuaba sosteniendo tales herejías, lo cierto fue que la exactitud de su pronóstico le concedió harto respeto entre la tripulación; sobre todo después de que el bachiller Herrera advirtiese que la coincidencia no era, esta vez, tan sencilla, y que antes se lograría una generala doble con los dados que acertar por casualidad con la designación.

Y este asunto de la lista de Figueroa, que ya en la colonia había dado pie a numerosos parlamentos y especulaciones, volvió a aflorar y a adueñarse de círculos y corrillos, en especial no teniendo otras novedades que le hicieran sombra. Algunos hicieron apuestas sobre si el próximo muerto sería o no de la lista, otros se enzarzaron en extensos debates acerca de si cabía considerar a la gente que huyó en el bergantín, todos ellos ausentes de la lista, como prueba del cumplimiento de la profecía de Figueroa o, por el contrario, como una demostración de su fracaso, e incluso hubo quien sugirió que la Lagartija, cuya cabeza no devolvieron los indios, no se podía considerar oficialmente muerta. Y a todo esto Figueroa nada respondía. Al contrario, se escudaba en un silencio distante, como si toda la

polvareda que se estaba levantando no fueran sino miserias y poquedades.

No faltaron en la enfermería, como es lógico en esta profesión, quienes me buscaron para hacer de sacamuelas. Y a causa de una muela, precisamente, me enteré de lo sucedido durante la persecución del bergantín, pues habíase acercado don Sebastián para acompañar al bachiller Herrera, a quien le faltaba valor para venir por sí solo.

—Aquí os traigo a este pobre con un flemón magnífico —me dijo Valiero con su cerrado acento lusitano—, a ver si lo aliviáis de sus pesares.

Para ponerse en mis manos, le habían hecho falta al bachiller varios tragos de jerez, un par de empujones y otros tantos ruegos del piloto. Lo senté en el taburete de sacamuelas y le pedí que abriese la boca. Aparte del olor a ajo que siempre lo acompañaba, en la encía inferior tenía una muela podrida y muy picada que era preciso extraer. Del estuche de cirujano tomé unas tenacillas robustas, adecuadas a tal menester, mas, en cuanto el bachiller me vio empuñarlas, púsose más pálido que una dama empolvada, le entraron sudores fríos y me miró como un reo a su verdugo.

—No os aflijáis, amigo Luis —le dije—, que después del coraje que mostrasteis combatiendo a los indígenas, esto será un paseo.

Como no pareció muy aliviado, quise distraerlo preguntando al señor Valiero por la aventura del bergantín. Y esto fue lo que me contó mientras yo me afanaba en la boca del bachiller:

—Como recordaréis, salimos en persecución del bergantín a la mañana siguiente de haberse marchado —comenzó a decir— y, una vez doblada la punta de la bahía, cogimos la vuelta del noroeste, porque Mondéjar estaba convencido de que los evadidos pensaban recalar en Guadalcanal. Llevábamos la artillería lista para hacer fuego y los hombres con las armas bien prevenidas, como si estuviésemos en campaña.

»Aquella misma tarde avistamos el extremo sudeste de Guadalcanal, donde, como era de prever, no estaban. Entonces fue el momento de elegir la derrota: costear la isla por el norte o el sur, y la decisión habría de ser casi irreversible, pues la Santa Ysabel no es navío apropiado para bojear. Después de pensarlo un rato nos decidimos por la primera opción y seguimos la costa norte, no lejos de tierra, con varios hombres en las cofas oteando permanentemente en busca del bergantín Santa Bárbara. Entramos en una muy amplia bahía abierta al noreste que haría un excelente surgidero, y más adelante encontramos la desembocadura de varios ríos tan caudalosos como no los había en San Cristóbal, donde se podría hacer muy abundante aguada, y bosques tupidos que han de dar mucha leña, y...

—¡Ayyyyy!

El grito de dolor que profirió el bachiller interrumpió el discurso del piloto, y el salto que lo acompañó consiguió que se me cayeran las tenazas.

—Le pido a vuestra merced que se esté quieto —le dije—. Y a vos, señor Valiero —y me volví hacia él un tanto impaciente—, os ruego que vayáis a la sustancia del asunto, pues no es cuestión que nos expliquéis la cartografía de Guadalcanal, que tan bien habéis recogido en los mapas.

El piloto hizo un alto en su plática, no sé si por sentirse ofendido con mis palabras o porque buscaba cómo acomodarla a mis deseos. En todo caso, al cabo de un momento retomó el hilo de la narración mientras el bachiller Herrera abría la boca con mucho temor.

—Para no avivar vuestra impaciencia, señor Torres, os diré que recorrimos la costa norte de Guadalcanal de punta a cabo sin hallar maldito el rastro del bergantín, ni falta que hacía: ya sabéis que me es simpático don Pedro de Ocampo y prefería no tropezar con él. Pero al alcanzar el extremo

noroeste de la isla, casi en la última cala, uno de los vigías avistó su vela. Nos pusimos a su estela sin perder un momento, y ahí dio comienzo una carrera muy pareja, pues si el bergantín es buque más apropiado para ceñir el viento, la Santa Ysabel navega mejor cuando lo toma por la popa, como era el caso.

»Y aquí, si el señor Torres quiere seguir el relato, ha de permitirme otra breve licencia geográfica —dijo Valiero con mucha ceremonia, y comoquiera que asentí con una leve reverencia, continuó—: Ha de saber vuesa merced que estas islas Salomón se alinean todas en la misma dirección, a semejanza de un convoy de navíos que navegara en doble fila, dejando entre ellas un pequeño mar interior. Pues bien, por ese mar navegamos un barco en pos del otro durante dos días con sus noches, sin perderlos de vista, procurando ellos acercarse a la costa para tomarnos ventaja, y nosotros esperándolos a distancia. Así, dejamos atrás, por la banda de estribor, la isla de Santa Isabel y después San Marcos, y más allá de San Marcos hállase otra isla hasta ahora desconocida, mayor y más montañosa que las anteriores.

Otro grito del bachiller Herrera, más apagado que el anterior, ya que tenía la boca llena de sangre, fue el sonoro aviso de que mi tarea había finalizado. El hombre se apretaba los mofletes con ambas manos mientras me lanzaba rayos por debajo de las cejas.

—Dejad de matarme con la mirada, amigo Luis, y enjuagaos la boca.

Y le entregué un cacillo con agua de mar y le señalé una bacínica donde podía escupirla.

—Esta nueva isla la bautizó el general con el nombre de isla Grande —prosiguió el piloto, que había interrumpido su relato—. Pues bien, en el estrecho que la separa de San Marcos hay abundantes islotes que forman un laberinto harto peligroso por donde se metió el bergantín, muy bien pilotado por el holandés Van Leyden, que debe de conocerse al dedillo aquella maraña. Y allí fue donde se nos perdió y dimos por acabada la persecución, pues, por mucho que le pesara al general, no era prudente perseguir al bergantín por tales lugares.

»En verdad lamento no haber tenido ocasión de tratar a Van Leyden más a menudo, ya que sus conocimientos sobre estos mares son notables. Y me habría gustado preguntarle muy especialmente por la isla Grande, pues me llamó mucho la atención que los indígenas que veíamos en sus playas fueran diferentes a los del resto de las Salomón, de color bazo y rostros más fieros. ¿Acaso esta isla no será, en realidad, parte de una tierra mayor? Hace medio siglo que un marino llamado Ortiz de Retes descubrió y tomó posesión para Castilla de una enorme tierra que bautizó Nueva Guinea, por lo parecido de sus pobladores con los de la otra Guinea africana; y yo tengo por cierto que su ubicación ha de ser muy cercana a las islas de Poniente, como figura en el portulano que os he enseñado.

—Señor Valiero —le dije—, me admira que sepáis tanto acerca de estos mares sin haber navegado nunca por ellos; ¿no guardaréis algún secreto que no queréis revelar?

Mis palabras, dichas en tono de chanza, sorprendieron a Valiero, que por un momento se las tomó en serio, y en serio me respondió:

—A fe mía que tenéis mucha fantasía. —respondió Valiero, pero luego añadió en tono más cordial—: Por Dios, señor Torres, bien sabéis que me entusiasman los conocimientos sobre las tierras e islas que pueblan el orbe, las nuevas rutas y los descubrimientos. Tengo mucho leído en bibliotecas, he estudiado cuanto mapa ha caído en mis manos y he perdido luengas horas preguntado a marineros ahitos de aguardiente. Ah, si supierais cuántos disparates debe oír un hombre para sacar un celemín de verdad...

Interesantes palabras; mas había algo en la actitud del piloto que me hacía recelar. Y no por lo que decía, sino más bien por lo que callaba. Mientras tanto, el bachiller Herrera, librado de su tormento,

continuaba enjuagándose y escupiendo la sangre que todavía le manaba de la boca.

—Bien, mis señores, poco más hay que contar —dijo Valiero cerrando el asunto con una sonrisa difícil de interpretar—. La vuelta a San Cristóbal fue más dificultosa, tanto por navegar con viento poco favorable como por la cólera de Mondéjar. Afortunadamente para vos, señor Torres, el general ya se había calmado cuando arribamos a la villa, porque de lo contrario no estaríais aquí tan campante.

Fuéronse al poco los dos hombres, muy quejoso y dolorido el bachiller Herrera, con la boca lacerada y dispuesto a seguir mi recomendación de beberse otro medio azumbre de jerez.

—Me habéis jodido —farfulló mientras se alejaba—. No esperaba recibir tanto daño de vos, señor barbero.

Además de atender en la enfermería a quienes buscasen mis cuidados, debía visitar cada día a Juana Alonso, que iba recuperándose lentamente del mal parto y la operación.

Habíase instalado en la cámara del general, como era de rigor, permaneciendo allí todo el día, pues yo le había pedido que no se pusiera aún los rígidos vestidos femeninos que tanto oprimen el vientre, ni convenía a la herida, todavía supurante, que rozase con la tela y se infectase. Por lo tanto, Juana Alonso se mantenía con un holgado camisón con el que, según imponía la decencia, no debía mostrarse ante los hombres. No obstante, para redimirla del tedio al que mis indicaciones la tenían condenada, algunas mujeres se acercaban a visitarla y platicar, coser o escucharla mientras ella les leía pasajes de alguno de los libros que circulaban por la nao. Aunque su oyente más asidua era Frasquita, a quien se le había despertado un gran interés por la lectura. La niña deseaba enfrentarse a los libros sin intermediación ninguna, por lo que pidió a Juana que le enseñase a leer. Y Juana Alonso, que estaba deseosa de buscarse ocupaciones con que matar el tedio, con mucho gusto asumió la tarea.

También Maui, cuyo embarazo iba llegando a término, pasaba largos ratos a su lado. A pesar de la preñez, solía dedicarse a limpiar y airear la cámara, traerle la pitanza y otras faenas menores. Y era ella la que estaba presente cuando yo le hacía las curas a su antigua señora. Como no tenía el sentido del pudor que tenemos los españoles, no se avergonzaba ni se volvía mientras yo remangaba el camisón de Juana, observaba la evolución de la cicatriz, limpiaba el fluido purulento que aún manaba con una solución de aguardiente, agua marina y jabón de davai, un árbol de San Cristóbal cuya madera, molida y hervida, tiene propiedades supurativas, y finalmente cubría la herida con un apósito de tela de algodón y colocaba en su sitio la ropa con mucha delicadeza y procurando no mirar más allá de donde fuera estrictamente necesario.

—¿Cómo veis a doña Juana, señor Torres? —preguntome un día Mondéjar.

Parado frente a mí, poderoso en su plena altura, se mesaba las barbas en las que apuntaban algunas hebras de plata. Veíasele más taciturno de lo normal y con cara de pocos amigos.

—Parece que la convalecencia va bien, general.

—Eso ya lo veo —me dijo con dureza—; os pregunto si creéis que saldrá con vida de este trance.

Su réplica me puso sobre aviso, porque sé que la gente tiene el resabio de culpar al médico de los males del paciente, sobre todo cuando el pronóstico no se cumple. Si decís que el enfermo sanará y no lo hace, vos seréis el culpable; en cambio, si acertáis, nadie os reconocerá el mérito. Así pues, quise ser cauto y eché mano del lenguaje enrevesado de la medicina, que es diplomacia que no suele fallar:

—La herida se va cerrando bien, señor Mondéjar, aunque todavía supura fluidos purulentos. Si no cierra en falso ni sucede ningún imprevisto, espero que se restablezca pronto.

—¿Qué tipo de imprevisto?

—Por ejemplo, una infección de la cicatriz, o que un esfuerzo excesivo la desgarré o que se esté acumulando en su interior un exceso de sangre maligna.

—Pardiez, barbero, ¿dónde habéis aprendido esa germanía? Es más difícil sacaros un diagnóstico a vos que una confesión a un reo. ¿Y qué recomendáis?

—Lo principal es que doña Juana guarde reposo, mucho reposo, que evite el ajetreo, los movimientos bruscos, cargar pesos y cualquier trabajo que exija esfuerzo. Ah —añadí con una mirada furtiva—, y también el trato carnal. Lo demás ya no está en nuestras manos.

Mondéjar, aunque enrojeció hasta las orejas, no se tomó a mal mis palabras. Al contrario, pareció desprenderse un instante de su coraza de general y me habló de forma más humana.

—Me fio de vos, señor Torres; no me habéis dado muchos motivos para ello, pero me fio. Cuidadla como si fuera vuestra hermana, porque su vida me es muy cara.

Y dicho esto se marchó.

La Santa Ysabel navegaba con rumbo oeste suroeste. Bien lastrada y con mucho trapo desplegado, tomaba el viento cuando lo había, pues a medida que nos internábamos en latitudes más australes, aquel soplabla con menos fuerza y se tornaba caprichoso. Navegábase de día y también por la noche, aunque teniendo la precaución de poner un hombre en el bauprés y un vigía en la cofa del trinquete, por si acaso apareciese una isla insospechada.

La gente de mar tenía la costumbre de dividirse en tres grupos para realizar sus guardias, que eran de cuatro horas, de modo que a cada grupo le tocaba realizar una durante las horas de luz y otra durante la noche. Como andábamos escasos de marineros, quiso el general que todos por igual arrimásemos el hombro en las faenas de a bordo, y nos obligó a soldados y colonos a ayudar a los marineros en las guardias.

—No es justo que el trabajo recaiga sólo en unos pocos —dijo Mondéjar—. Además, mis señores, tengo bien visto y comprobado que en un navío la ociosidad no causa sino problemas.

De los turnos de guardia quedaron exentos Simón Juárez y su escuadra, a quienes Mondéjar había reservado una misión más cardinal: la guardia armada del navío.

Pese a mis tareas en la enfermería, no me permitió el general librarme del fastidio de la guardia y tuve, además, la mala fortuna de caer en el turno de medianoche, el más incómodo de todos, pues obliga a partir el sueño en dos. En la misma guardia que yo estaba mi amigo Manuel de Badajoz y, para instruirnos a ambos en las cosas del mar, habiánnos puesto bajo la tutela de Marcos Agras.

Algunos días el viento era puntero o decaía por completo y el trapo colgaba flojo de las vergas, sirviendo únicamente para dar algo de sombra. Y donde digo algo podría haber dicho nada, porque en aquellos mares tropicales el sol cae tan a plomo que no hay manera de rehuirlo entre la hora tercia y la nona, le cuece a uno la sesera y le derrite hasta las ideas. Y resguardarse bajo la cubierta es aún peor, pues la madera y la brea se recalientan y los olores de la sentina ascienden y se filtran hasta inundarlo todo con su hedor.

El contramaestre Figueroa nos tenía ocupados recogiendo o soltando velas, poniendo mano en las bombas para drenar la sentina, halando de cabos con nombres tan complicados y diversos que siempre los confundía; o, cuando nada de todo aquello era necesario, rascando y baldeando las cubiertas y desinfectándolas con jalbegue y vinagre para tratar de matar la pestilencia y los parásitos.

Aun así, no se hicieron pesados aquellos días de plácida navegación por un mar muy azul, apenas rizado, con el cielo muy alto, formando sobre nuestras cabezas una cúpula perfecta, un cuenco invertido y trasparente con el que tapar la superficie circular del océano.

Los días de más bonanza y viento favorable se corrían hasta cuarenta leguas, pero otros en que estaba calmoso o no se afirmaba, saltando caprichoso de un rumbo a otro, apenas se hacían diez.

Y en esta guisa se fueron tres semanas con sus rutinas de rancho, guardia y petate, y vuelta a las ruedas y mentideros, y a los juegos de azar. Y el que pecaba jugando o maldiciendo, luego se arrepentía y rogaba al cielo por la buena ventura de la empresa y asistía a la misa que cada mañana celebraba el padre Joaquín Saavedra, o al rezo del atardecer, cuando se cantaba la Salve mirando todos hacia el oeste, más allá del horizonte, donde estaba la madre patria, cuyo suelo, por cierto, yo nunca había pisado.

Lo más notable que ocurrió en aquellos días fue que doña Elena se presentó de improviso en la enfermería, hermosa con su elegante bien que maltratada saya verde de doble cuerpo, de cuello muy ceñido, y galerilla anaranjada, ropajes sin duda muy calurosos.

—Qué grata sorpresa veros por aquí —la saludé—. Espero que no estéis enferma o indispuesta.

—Descuidad, señor Torres —me respondió—. Me trae a veros otro asunto.

—Vos diréis —le dije al tiempo que señalaba un baúl y la invitaba a sentarse.

—No es fácil lo que vengo a deciros, ni sé cómo empezar —dijo ella, declinando la invitación—, pero, en fin, lo que es justo, es justo.

—No os comprendo.

—Esperad un instante, señor Torres —dijo, llevándose una mano al pecho y extendiendo la otra en un gesto que pedía tiempo—. Quiero disculparme ante vos.

—¿Disculparos? —me asombré—. ¿Es que acaso me habéis ofendido sin yo saberlo?

—Quiero que me excuséis por no haberos agradecido lo mucho que hicisteis por salvar a don Pedro de Ocampo, mi esposo, la noche en que huyó de la villa.

—Por Dios, doña Elena, no vale la pena que os preocupéis por ello.

—Oh, sí que es necesario. Sé muy bien que fuisteis vos quien avisó de la traición de ese perro de Hinojosa.

—En realidad no fui yo, doña Elena.

Pero ella desoyó mi comentario y prosiguió con su plática.

—Y del riesgo que corrísteis nadando hasta el bergantín, en noche tan oscura, para acercar el batel a la orilla. Bien sé que por tal acción os ganasteis la enemistad de Mondéjar y pusisteis en riesgo vuestra propia vida. Y es de justicia que os lo reconozca no sólo por el valor demostrado, que fue mucho, sino porque yo misma os critiqué cuando supe que no pensabais sumaros a la empresa de don Pedro, y os tuve por cobarde. Y puesto que tal cosa pensé y dije entonces, ahora, que sé de mi error, os debo una reparación y no deseo callarla.

Y esto lo dijo sin mostrar altanería, con la cabeza gacha y mirándose los pies. ¿Cómo era posible, pensé, ver a doña Elena desposeída de su arrogancia?

—Doña Elena, estáis abatida por los muchos infortunios que os han ocurrido —le respondí— y os sentís responsable de cosas de las que ninguna culpa tenéis. No echéis sobre vuestros hombros una pesadumbre más.

—Quizás tengáis razón —reconoció—, mas hay asuntos donde no es la cordura sino la confusión lo que cuenta. En todo caso, aquí está mi mano, amigo Torres, y os la ofrezco de todo corazón.

Y entre nosotros tendió su delicada mano, con la palma abierta y los dedos extendidos, la mano por la que yo había suspirado desde que la conocí, la que mis labios tanto apetecían besar, la que nunca le pedí a don Melchor, su mano, que me ofrecía, si no el amor pretendido, sí una amistad que bien valía un apretón; así que alargué mi diestra y cogí la suya, presionándola con suavidad, y cubriéndola con la otra, completé el apretón.

—Acepto vuestra amistad, Elena, y de sobra sabéis que contáis con la mía —le dije, mirándola a los ojos y manteniendo las manos enlazadas unos momentos más.

Y después de haberse marchado, intenté recordar la plática, rescatar los detalles de la entrevista, los matices de su voz, cada uno de los gestos y expresiones de su rostro e incluso lo desmañado de sus movimientos, muy admirado de su peregrina disculpa y complacido por su visita.

También en aquellos días alumbró Maui, en un parto rápido y sin dificultades, a un varón de pelo negro y abundante, nariz chata a la manera de los indios pero con la piel clara de los españoles, y unos ojos vivos que a los cuatro días ya movía de una parte a otra como si entendiera las cosas. Para certificar el reconocimiento que Martín Navarrete hizo de él, pese a no ser suyo, le pusieron su mismo nombre, Martín, gesto que demostraba el mucho amor que sentía por Maui. Sin embargo, no faltaron quienes hicieran mofa de ello, ni hipócritas que se acercaban a ver a la criatura para encontrarle el parecido con alguno de los hideputas que la habían violentado.

El pequeño Martincito, otro mestizo más que venía al mundo: ¿qué suerte le depararía el destino?

Una noche de mucha luna hubimos de enfrentarnos a un inesperado accidente. Navegábamos con escaso viento y poco trapo, cuando oímos el grito del vigía de la cofa anunciando oleaje por la proa. Ante tan inesperado aviso corrimos varios al castillo para observar una extraña marejada burbujeante. El piloto, que mandaba la guardia de medianoche, hizo sondear inmediatamente y, aunque la cuerda marcó más de cien brazas sin tocar fondo, él no se fio y mandó que cada uno ocupara su puesto para virar. Pero apenas habíamos empezado a echar mano a la jarcia cuando sentí como el casco de la Santa Ysabel rozaba contra el fondo con un sonido terrible. A continuación oyose el crujido de la madera al ser destrozada por la roca, un crujido mucho más profundo y resonante que cualquier otro que hubiese oído antes, y la nao quedó encallada en la roca con una sacudida tan brusca que nos hizo rodar por las tablas.

El golpe despertó a todos, tripulación y pasaje, y la cubierta se llenó en pocos momentos de gente alterada que preguntaba por lo sucedido y gemía temiendo lo peor. Salió también Mondéjar, que conferenció con el piloto y entrambos determinaron evacuar la cubierta, dejando allí únicamente a la gente necesaria.

El arrecife sumergido había abierto una gran vía de agua en algún lugar de la amura de babor, cerca de la quilla, e inmediatamente se pusieron en marcha las bombas de achique para evitar que el barco se inundase. Ordenó Valiero echar dos áncoras, una a cada banda, y tensar los cables con los cabrestantes para intentar desencallar la nao o, al menos, levantarla un poco; pero por más que nos esforzamos en los tornos, no logramos moverla ni una pulgada.

Por desgracia, la marea estaba bajando y más incrustaba a la nao en el arrecife. Mandó entonces el piloto arrojar lastre por la borda y se hizo una cadena humana para sacarlo del fondo de la bodega: piedras, arena, hierro y cualquier pieza vieja o inservible que hubiera a bordo. Las bombas continuaban achicando agua sin parar un instante. Los hombres sudaban y se agotaban con el esfuerzo, empleándose a fondo en una tarea de la que dependía nuestra salvación, sin hacer distinciones entre soldados o marineros. Pero no fue suficiente.

—Hay que tirar también las piezas de artillería —dijo Valiero—, y las balas de los cañones.

Para sacar los cañones del fondo de la nao fue preciso echar otra vez mano de los cabrestantes.

—Triste destino el de los cañones —se lamentó el cabo Vicente mientras empujábamos el molinete para elevar una de las carronadas con que habíamos defendido la villa.

—No os volváis sentimental, señor Vicente —le respondió Manuel de Badajoz, jadeando por el esfuerzo.

Mas no había otro remedio y uno a uno los fuimos arrojando al agua. Únicamente conservamos un par de esmeriles de escaso calibre. Y a pesar de ello, seguía sin bastar. Al principio entraba un chorro regular de agua por la vía abierta en el costado, pero a medida que la marea bajaba empezó a colarse a pipas. Las bombas de achique no daban abasto y el nivel iba subiendo pulgada a pulgada, así que procedimos a arrojar al mar algunos alimentos, toneles de harina de sagú, taro cocido, y también a vaciar el agua de las pipas.

Cuando quisimos darnos cuenta, empezaba a clarear el horizonte. Nadie consiguió dormir el resto de la noche y se oían los lamentos y llantos de algunas mujeres, y también los rezos del padre Saavedra, que alzaba una cruz y convocaba a la oración a quienes quisieran acompañarlo.

Tampoco los hombres se quedaban atrás en sus quejas y aflicciones, atreviéndose algunos a

protestar contra Mondéjar y los peligros en que por su culpa nos hallábamos metidos, pues la desesperación les daba el valor que no habían tenido antes. Y en las horas que llevábamos en aquellas tareas y aflicciones, algunos echaron sus cuentas percatándose de que no había lugar para todos en los botes, y hacían corros para murmurar y lanzaban miradas cargadas de intención hacia la chalupa que reposaba amarrada en el foso.

—No me gusta nada este ambiente —me dijo el bachiller Herrera, que también había puesto sus escuálidos músculos al servicio de la causa.

La marea, luego de alcanzar su punto más bajo, empezó a subir, pero la vía de agua no disminuía y tuvimos que apretarnos los machos en las bombas. La luz del día nos descubrió una escena que, no por presentida, fue menos impresionante: la marejada levantaba nubes de espuma al chocar contra un arrecife casi sumergido, que formaba una barrera que cortaba el mar de parte a parte, perdiéndose hacia el norte y hacia el sur.

La única noticia esperanzadora que nos trajo la mañana fue el descubrimiento de una costa a poniente, lo que no era poco. Desde lo alto del mastelero mayor podía adivinarse más que verse una línea violeta casi escondida tras el horizonte, pero inequívocamente real. El pasaje no aguantaba la impaciencia de permanecer recluso en el entrepuente y asomábanse a la cubierta para ver cómo avanzaban las labores de salvar al navío. Mientras tanto, Valiero había ordenado arriar también la chalupa para que siguiera la línea de la marejada y tratase de encontrar un sitio por el que cruzar la barrera.

A la hora tercia, la Santa Ysabel dio la primera señal de que podríamos desencallarla del arrecife, y fue recibida con gran alborozo por la tripulación. Alentados con aquella esperanza, todos redoblamos nuestros esfuerzos en las faenas, los que se relevaban en las bombas, los que laboraban en la jarcía y los que atendían en los tornos.

—Pobres infelices —dijo Figueroa—, con qué poco se ilusionan. Si conseguimos desencallar la nao, la vía de agua se incrementará y nos hará naufragar.

—No seáis agorero, señor contramaestre —lo reconvino con aspereza Mondéjar, que había oído sus palabras—. Si no tenéis nada mejor que decir, mejor mantened la boca cerrada.

Y acto seguido fue hacia el piloto para preguntarle por la veracidad de lo apuntado por Figueroa.

—Es cierto—reconoció Sebastián Valiero—. Cuando consigamos liberar el barco de la roca, la vía de agua se hará mayor.

—¿Entonces?

—Cada cosa a su tiempo, señor general, y lo primero es poner el barco a flote. Después trataremos de cortar la entrada de agua por medio de un pallete.

—¿Y qué demonios es eso?

—Un artificio que he visto emplear en una ocasión semejante con ventajosos resultados.

Así pues, en cuanto estuvo seguro de que era factible poner el barco a flote, Valiero mandó preparar el pallete, que no era sino un gran parche con el que taponar el casco por el exterior. Para ello, hizo traer una de las velas de respeto, extenderla en cubierta y esparcir sobre ella gran cantidad de estopa desmenuzada; luego se dobló la vela sobre sí misma, se cosió para formar una especie de colchón enorme y, por último, se le amarraron unas maromas en los extremos.

A mediodía, ayudados por la marea creciente y echando el resto en los cabrestantes, conseguimos desencallar la Santa Ysabel y, acto seguido, el batel y la chalupa la remolcaron para alejarla de la marejada y anclarla en un lugar más seguro donde poner el pallete.

Para colocarlo, lo primero que había que hacer era pasar las maromas amarradas a sus extremos por debajo de la quilla, justo a la altura de la vía de agua, y sacarlas por la otra borda. Después, un grupo

de marineros comenzó a halar de ellas mientras en la otra borda se soltaba el pallete, que se fue deslizando sobre el casco hasta situarse encima de la brecha, haciendo de parche que taponase la rotura. Y finalmente, tuvimos que tensar y amarrar las maromas para que el pallete quedase tirante y bien asegurado. El remedio fue tan efectivo que al punto menguó la vía y el agua pudo controlarse con una sola bomba.

De repente, todo el pesimismo desapareció. Unas horas antes parecía que nuestro fin era llegado y, sin embargo, ahora estábamos a salvo, con la vía de agua cerrada y listos para navegar. Además, la chalupa había hallado un paso en la barrera de arrecifes.

Guiados por ella, navegamos unas leguas paralelos al arrecife, hasta hallar un estrecho canal que tendría apenas un cable de anchura. Al embocar el paso, Valiero ordenó recoger todo el trapo, excepto la vela mesana, y que la chalupa tirase de la nao para ayudarla a maniobrar. A los costados del paso la mar batía contra el arrecife levantando olas más altas que el barco y formando una fuerte corriente. Yo estaba junto a la borda, observando los temibles arrecifes que ora asomaban ora se escondían y las olas y los remolinos que entre ellos se formaban. El piloto dirigía la maniobra con una calma que se contagiaba. La mudable brisa, que se alargaba o escaseaba sin ningún criterio ni razón, de repente cesó por completo e hizo derivar a la nao hacia las rompientes, arrastrada por el reflujo de la marejada.

Nos hallábamos apenas a medio centenar de brazas de la perdición, pues ni siquiera el arrastre de la chalupa podía oponerse al reflujo, cuando un nuevo capricho de la brisa hinchó la vela de mesana. Se trataba de un leve sople, apenas perceptible, pero lo suficiente para permitirnos penetrar en el canal y evitar el arrecife.

Un marinero apostado en el bauprés sondaba constantemente, cantando las profundidades en una letanía que se nos hacía eterna, ya que todos éramos sabedores de que un simple error, un cambio del aire o una roca sumergida serían fatales. Mas Nuestro Señor fue benévolo con nosotros y nos permitió salir venturosos del aprieto.

Atravesado que hubimos el paso, el piloto se afanó en buscar en la costa un lugar apropiado para poner en seco el barco y reparar la avería. La tierra que tan bien protegían los arrecifes nos pareció de regular tamaño, pues se extendía de uno a otro horizonte, y en ella veíanse cerros ondulados y una arboleda cerrada que llegaba hasta la misma orilla. A trechos aparecían playas solitarias y salvajes y en lontananza pudimos observar humaredas aisladas, aunque tardamos casi un día en ver a los primeros indígenas: un grupo de tres varones con la piel de la color del hollín, el cuerpo delgado, los cabellos enredados, las barbas abundantes y tan cargados de ropa como un recién nacido. Uno de los hombres portaba un haz de jabalinas sobre los hombros y en ellas apoyaba ambos brazos, como si estuviera crucificado. Al descubrir nuestra presencia, se quedaron un momento en suspenso, observándonos con gran desconcierto, mas pronto desaparecieron entre la arboleda. Tales hombres me causaron una impresión de gran tosquedad y simpleza, mucho más que en todas las islas visitadas.

La navegación se hacía en extremo dificultosa por los vientos cambiantes, casi siempre contrarios, y por el peligro de derivar en exceso hacia los arrecifes, que, a babor de la nao, discurrían en paralelo a la costa, formando con esta un pasaje de variable anchura. Barajando la costa hacia el sursudeste, tardamos casi dos días en encontrar una ensenada a gusto del piloto, abierta al norte, que tenía una extensa playa de poco calado y fondo de arena donde surgimos.

—Esta será nuestra residencia durante una temporada —anunció el general, y bajo su dirección se llevó a cabo la dura y rigurosa tarea de descargar la nao.

Mientras tanto, Valiero y sus oficiales exploraron la bahía en busca del mejor sitio donde ponerla en astillero. Y una vez lo hubo encontrado, mandó atoar la Santa Ysabel hacia la playa aprovechando la

marea alta. Cuando estuvo varada y bien apuntalada, nos congregamos casi todos alrededor del casco para observar con claridad la brecha que le había ocasionado el arrecife, que era en algunos puntos tan limpia que parecía hecha con sierra, y en sus bordes había algunos trozos de coral tan profundamente incrustados que a golpe de maza no hubieran quedado mejor.

—Parece el mordisco de un monstruo —dijo Figueroa, pretendiendo abarcar con los brazos toda su amplitud—. Ha sido un milagro que no hayamos naufragado con semejante agujero.

—Arreglar esto no va a ser moco de pavo —aventuró Domingo Salvanes, el carpintero—, ¿no opináis vos igual, señor piloto?

Muchas testas se volvieron hacia maese Valiero, que de momento nada dijo, ya que examinaba el agujero con atención. Se tomó su tiempo en ello y, cuando le pareció que estaba suficientemente reconocido el daño, se dio la vuelta y enfrentó la curiosidad de todos.

—Vayan tomándole el gusto a esta playa, mis señores —sentenció—, porque vamos a pasarnos aquí, de barato, un par de semanas.

El general bautizó el lugar como la bahía del Astillero y a la tierra descubierta la llamó de San Isidro, por ser el día quince de mayo, y procedió a tomar posesión de ella. Contrariamente a lo que había hecho en otras ocasiones, Mondéjar llevó a cabo la ceremonia con mucho artificio y oropel, quizá con la intención de insuflar ánimos a la gente, y ordenó desplegar pendones, banderas y estandartes, tocar pífanos y atambores y colocar un palio en honor a Su Majestad. Después, pidió a don Luis Herrera, como escribano, que levantase acta de posesión de la bahía con todos sus anejos y pertenecientes y que fuera firmada por diez testigos.

Al día siguiente se acometieron las labores de reparación de la nao, que, pese a lo grave de la avería, no requerían demasiada mano de obra; antes al contrario, pues una vez cortados los árboles de los que habría de salir la madera y obtenidos los tablones, era sobre todo labor de carpintería. Así que el general, para no mantener ociosa a la tropa, buscó tareas en las que ocuparnos, en lo principal conseguir carne con que alimentar a la gente, agua para rellenar las pipas vacías y hacer guardia para que los esquivos indígenas de aquella tierra no nos fuesen a coger desprevenidos.

Los animales eran los más extraños que hubiéramos visto jamás. Había entre ellos un pájaro enorme, de la talla de un hombre, con el plumaje negro, una cresta dura en la cabeza e incapaz de levantar el vuelo. Uno sólo de ellos pesaba más de cien libras y su carne, aunque no muy sabrosa, alimentaba a veinte hombres. También había pequeños osos que trepaban por los árboles con las crías aferradas a la espalda, perros parecidos a los podencos pero asilvestrados y muy fieros, animales de grandes ojos y aspecto de zarigüeya y otros muchos de muy variadas formas e incomparable aspecto; pero el más raro de todos era una como liebre gigante, de patas fuertes y robustas, manos pequeñas y cola hercúlea que guardaba a sus crías en una bolsa en la barriga. En lugar de correr, se desplazaba a grandes saltos de sus patas traseras, y eran tan abundantes y los había de tantas clases que en cualquier entrada que se hacía los encontrábamos y matábamos, pues su carne era apetitosa.

En cuanto a la gente, era mucho más escasa que en las islas de Poniente, vivía dispersa en pequeños caseríos y mostrábase con nosotros huraña y reservada. Cuando llegábamos a alguna de sus aldeas, hacía rato que la habían abandonado y ni siquiera dejándoles cuentas y adornos de regalo conseguimos que se acercasen con confianza. Después de una semana residiendo en la bahía del Astillero, aún no habíamos logrado ver a ninguna de sus mujeres, lo que da idea del celo con que las guardaban.

Se trataba, no obstante, de una tierra peligrosa que albergaba a criaturas harto ponzoñosas: ranas de pequeño tamaño y vivos colores, arañas de dolorosa picadura y serpientes más letales que la víbora o el cascabel. Apenas llevábamos un par de días en la bahía del Astillero cuando una de ellas mordió a un marinero llamado Diego Tiberio. Él y otros habíanse alejado del campamento en demanda de una cría de perro salvaje que pretendían adiestrar, pero el marinero tuvo la mala fortuna de pisar a una bicha que lo mordió en el tobillo. Y aunque los compañeros le sajaron la piel, chuparon el veneno y le ciñeron un cordón por sobre la mordedura, no llegó vivo al campamento. Y tal era la fuerza de la ponzoña que el soldado que la había sorbido pasó cuatro días entre la vida y la muerte.

Por cierto que este soldado, de nombre Expósito Manero, era uno de los que Figueroa tenía inscritos en su nómina de bienaventurados y recibió, mientras yacía acostado y delirante, tales atenciones por parte del contramaestre que cualquiera hubiera dicho que le era más caro que su propia vida.

—Si hubierais atendido a otros enfermos con tanta devoción, señor Figueroa —le dije una tarde que me pidió que le preparase al tal Manero una tisana—, me habríais servido de mucha ayuda.

—No voy a dejar morir a este amigo como si fuera un perro, señor Torres —me respondió él.

—¿Y no os parece un poco tramposo preocuparos sólo por quienes están en vuestra lista?

—Yo no puedo adivinar qué cosas parecerán chocantes a voacé —me dijo con mucha acritud, pues no le gustaba que se lo cuestionara sobre el asunto de la lista—. Además, ¿puede saberse a qué vienen estas averiguaciones? ¿Por ventura os han nombrado veedor oficial o indagador real?

—Dios me libre de tales títulos y nombramientos, que ni pedí ni espero. Aunque, que yo sepa, tampoco a vos os han nombrado astrólogo.

—Se me hace que voacé se toma a guasa ciertos asuntos que quizá no comprenda en su cabalidad —me dijo Figueroa, alzando la voz y encrespando el vello de las cejas como ciertas cacatúas despliegan su cresta emplumada—. Sabed que nos rodean enigmas inabarcables que no pueden ser explicados por la ciencia médica, que hay fuerzas poderosas, capaces de doblegar el destino, que están más allá de la penetración de los bachilleres de Lima o Salamanca.

—¿Estáis hablando de predeterminación? ¿Creéis que los hechos de este mundo están decididos de antemano, que la vida o la muerte de cada cual está escrita en alguna parte?

—Nuestra suerte está en manos de una voluntad superior.

—¿Y cómo ha descendido a vos tal conocimiento?

Entonces Figueroa se enderezó aún más, lleno de ultrajado orgullo y molesto por la ofensa que mi escepticismo arrojaba sobre su auspicio.

—Por medio de una epifanía, señor sabihondo.

—¿Y los nombres de esta epifanía se os presentaron escritos del puño y letra de la divina voluntad que mencionáis, o fueron sometidos a vuestro particular entendimiento?

—Siempre os he tenido por un hombre despierto, señor Torres, y no me explico el afán que ponéis en ridiculizar lo sublime en lugar de mostrar humildad y aceptar lo que no puede ser explicado.

—Maese Figueroa, no me toméis por uno más de los simples que hacen corro a vuestro alrededor. Yo no creo sino en lo que se puede explicar y analizar por medio de la razón, que para eso nos la ha dado Dios.

—Lamento que opinéis así —me respondió Figueroa—, y que toméis por lerdos a los que me escuchan, todos ellos gente sencilla y confiable.

Fuímonos cada cual por nuestro lado sabiendo que era mucho lo que nos separaba y muy poco lo que nos unía.

La bahía del Astillero, aunque húmeda y calurosa, resultaba un lugar agradable. En ella desembocaba un río con arboledas donde de día y de noche cantaban muchos pájaros y más parecía que estuviésemos en un jardín muy deleitoso que perdidos en la inmensidad de la Mar del Sur.

Pese a lo transitorio de nuestra presencia, se levantaron sombreros donde reposar y hacer rancho. El cabo Vicente y yo, junto con otros compañeros de escuadra, preparamos una ramada con cuatro troncos sembrados en el suelo, otras tantas costaneras y un recubrimiento de hojas de cocotero. Pero la más amplia y cómoda de las que se construyeron, resguardada con lonas por los cuatro costados, fue la del general, que andaba muy solícito con Juana Alonso, mirando por su bienestar y preocupado por su convalecencia. Incluso me había ordenado que la visitase a diario para atenderla, obligación que en absoluto me pesaba.

—Ved, amigo Torres, qué horrible marca me habéis dejado —díjome sonriendo la mañana que fui a quitarle los puntos—. Si alguna vez tuviera la intención de olvidaros, su presencia bastaría para impedírmelo.

—Tomaré a broma lo que decís, Juana. La cicatriz tiene un aspecto excelente. Además —añadí—, por su mediación habéis conseguido los cuidados de toda la expedición: Frasquita no se despega de vuestro lado, el general se desvive por vos, igual que los hombres, que os ofrecen lo mejor de sus cacerías. Incluso a este torpe aprendiz de cirujano lo tenéis a vuestra disposición.

—Ahora sois vos quien se burla de mí, señor barbero. ¿Qué no daría yo por estar sana y... —aquí

frunció el ceño, como si una nube hubiera oscurecido su conciencia, pero se rehízo y prosiguió— y recuperada para moverme a mi antojo y bañarme en las aguas de esta hermosa bahía?

—¿Y qué os lo impide? Es más, deberíais bañaros a diario, ya que el agua marina ayuda a sanar y cicatrizar las heridas.

—¿He de tomar eso como una orden?

—Deberíais.

Mientras conversábamos, yo había desplegado mi instrumental de cirujano y, ayudándome de unas tijeras, cortaba uno a uno los hilos de los puntos y los extraía tironeando con las pinzas. Como estaban muy encarnados en los orificios, el vientre se le estremecía con cada punto que quitaba.

—Qué frías tenéis las manos —comentó ella, en lugar de quejarse por el dolor que le estaba ocasionando. Y lo dijo con un tono de voz tan delicado que me azoró y me hizo perder la compostura.

—Si os molesta, iré a ponerlas al sol hasta que se entibien —fue la tontería que alcancé a decir.

—No me molesta en absoluto, amigo Juan, al contrario, me agrada sentir ese frescor en el vientre...

Bajé la vista hacia la cicatriz, tratando de concentrarme en lo que hacía, mas lo que hice fue transmitir a mis manos la turbación que sentía y volverlas desmañadas y temblorosas.

—¿Qué os ocurre? ¿Tembláis?

—No, Juana —le respondí sin alzar la cabeza—, es sólo que temo haceros daño, y eso me inquieta.

Pero al fin conseguí sobreponerme y terminar la tarea sin contratiempos. Después tapé su vientre con la saya y alcé la cortina que la ocultaba de la vista del campamento. Frasquita, que había esperado fuera, sentada en la arena, allegose a su lado sin demora.

—¿Cómo está doña Juana? —me preguntó.

—Doña Juana puede considerarse curada en lo que a mí respecta, jovencita —le dije risueño—. Ya no tendrá que seguir sometiendo a los fastidios de mi profesión.

Juana Alonso se incorporó del camastro donde reposaba hasta quedar casi sentada.

—¿Queréis decir que ya no vendréis a visitarme?

—Como cirujano no, me temo, porque estáis casi restablecida. Más beneficio os harán de ahora en adelante los baños en el mar que mis curas. Avisadme sólo si notáis que la herida vuelve a supurar.

—No os libraréis de mí con tanta facilidad, señor barbero: pienso volver a ayudaros en la enfermería en cuanto me reponga.

—Seréis bienvenida —e hice ademán de salir de la ramada.

Pero Juana Alonso no estaba dispuesta a dejarme ir y me hizo sentar a sus pies.

—Esperad, amigo Torres, decidme, ¿cómo os va en vuestro... asunto? Desde aquí veo que doña Elena platica a diario con vos.

—Agradezco vuestro interés, aunque ella, siendo una mujer casada, no busca en mí más que compañía y consuelo —le respondí con amabilidad.

—¿Y cómo se encuentra ella? Es la única mujer que no ha venido a verme.

—Bueno, habréis de disculparla, porque tiene el ánimo abatido.

A pesar de la solicitud mostrada por Juana Alonso, era evidente que doña Elena no le era persona grata. Tal vez me preguntaba por agrandar, por simple educación o por algún otro motivo que se escapaba a mi entendimiento. En todo caso, estaba muy equivocada Juana Alonso si pensaba que por platicar con doña Elena había avanzado en la conquista de su corazón.

Era cierto, no obstante, que se había producido un cambio en ella y que, desde que sellamos nuestra amistad, mi presencia le resultaba más grata. Casi todas las tardes recorríamos juntos un trecho de la larga playa, avanzando por la arena húmeda, y su falda acababa empapada por las olas. Doña Elena

solía mantenerse cabizbaja y taciturna, sin platicar demasiado. Lo poco que me contaba se refería a sus congojas por la suerte de don Pedro, de modo que yo más parecía un confidente que no un adorador.

A doña Elena el amor le había agudizado el ingenio. Sin saber apenas de navegación ni de cartografía, no era ciega a las dificultades que el bergantín debería afrontar en su viaje hasta las Filipinas, ni desconocía la enorme distancia que las separaba de las Salomón, de más de setecientas leguas. Yo trataba de calmar su inquietud con argumentos vagos y poco fundamentados porque, en lo esencial, ella tenía razón, que no era fruslería la aventura que habían emprendido aquellos hombres.

—¿Adónde creéis que se dirigirán desde Manila —me preguntaba —, al Perú o a España?

—En Manila es más fácil que encuentren un barco que los lleve a las Indias Occidentales.

—¿Al Perú?

—Me temo que no, mi señora. Los navíos que salen de Manila se dirigen a Acapulco.

—Y desde Acapulco podrían viajar a Veracruz, que es de donde parte la flota de Tierra Firme, ¿no es así?

—Así es —le respondí, aunque la realidad fuera mucho más compleja.

De aquella guisa se nos iba la tarde y caía el sol tras las lomas de los cerros, y esos últimos rayos teñían el pelo de doña Elena con destellos rojizos, haciéndolo parecer de la color del cobre. Y sin saber cómo, me encontré una tarde comparando estos amados cabellos, muy bien peinados y recogidos, con el pelo negro y las guedejas desordenadas y caóticas que solía usar Juana Alonso y que le otorgaban ese aspecto de mujer indomable. Y me preguntaba por qué ya no sentía junto a doña Elena la misma desazón de antes, por qué podía pasear a su lado como si verdaderamente fuera su amigo. ¿Es que también yo había cambiado? Pero no tenía respuestas para estas preguntas. Todavía no.

La reparación de la nao avanzaba deprisa. Habíanse reforzado las cuadernas y varengas, se habían cambiado las tracas dañadas, y ya se dedicaban los marineros a impermeabilizar el casco con cordones de estopa y brea, por lo que pronto podríamos reanudar el viaje.

Mucho se platicó aquellos días sobre la tierra recién descubierta, a la que no se le veía fin. Algunos daban en decir que se trataba de tierra firme y proponían salir con la chalupa a explorarla hacia el norte y hacia el sur; pero Mondéjar tenía razones para no querer que la expedición se dividiese nuevamente, ni se fiaba de nadie que sugiriese alejarse, de modo que sólo permitía que la lancha saliera para faenar, pues aquellas aguas eran feraces en todo tipo de peces.

Uno de los grumetes, el negro Jerónimo, que era originario de las costas de Yucatán, en el mar de los Caribes, nos avisó que ciertos peces de arrecife tenían ponzoña en su interior y con frecuencia provocaban ciguatera. Él había aprendido a distinguirlos por la color de los dientes, nos decía, siendo peligrosos aquellos que los tenían negros y favorables los que los tenían claros. Otros marineros, sin embargo, decían que la manera de descubrir la ciguatera era frotando una moneda por la piel del animal y observando si brillaba. Por tanto, y siguiendo tan sabios consejos, antes de comerlos revisábamos atentamente sus bocas y los frotábamos con alguna moneda.

En aquellos días ocurrió un suceso que, no por anunciado, fue menos notable. Me refiero a la pelea habida entre Martín Navarrete y Abel Hinojosa, pues este seguía sin aceptar que el otro se hubiera quedado con Maui. Y para desquitarse, importunaba al joven marido con insidias sobre la cornamenta que voluntariamente había aceptado llevar, como Jesucristo la corona de espinas.

—Más le valdría meterse a clérigo, porque tiene vocación de cabestro —decía el Hinojosa a quien

quisiera escucharlo, siempre a espaldas de Martín, que sobrellevaba sus vilezas con mucha dignidad.

—Si es hombre, que me lo diga de frente —comentaba Navarrete escupiéndolo en el suelo.

Lo que sí mortificaba a Martín eran las jactancias de Hinojosa sobre los atropellos habidos con Maui, y su insistencia en atribuirse la paternidad de la criatura, en la que, según el traidor, se veía él reflejado rasgo por rasgo. Y tales lindezas las contaba cuando la muchacha estaba cerca, para que pudiera escuchar las risas de la concurrencia. En una de esas ocasiones, habiéndola visto salir de la arboleda, dio en comentar a los tres o cuatro ociosos que le hacían corro lo placentero de sus encuentros con ella.

—Vieran mis señores cómo le gustaba a esa india el ayuntamiento conmigo, y cómo le brillaban los ojos y se le agitaba el resuello. Les aseguro que no será fácil que se olvide de los momentos tan deleitosos que le hice pasar.

Pero los camaradas, en lugar de reírle la gracia, callaron todos y miraron hacia su espalda. El Hinojosa, sorprendido, volvióse a tiempo de ver a Martín, que seguía a su esposa unos pasos detrás con un racimo de cocos en cada mano, y había oído sus injuriosas palabras.

El joven Navarrete lo miraba con tanta ira que el Hinojosa quedose callado. Sintió de pronto la boca reseca y miró con gesto nervioso hacia los lados; mas entonces reparó en que Martín sólo llevaba un pequeño puñal al cinto mientras que él iba armado con su tizona, y cogió valor y se adelantó unos pasos.

—¿Os molesta algo, don cabestro? —le dijo con socarronería.

Martín, al ver acercarse a Hinojosa, fue soltando los cocos que llevaba en las manos hasta quedarse sólo con uno, agarrado por su penca, e hizo con él honda y lo lanzó contra el soldado con tan buena fortuna que le dio en la cabeza. Abel Hinojosa cayó redondo en la arena y Martín, no queriendo concederle ninguna ventaja, corrió hacia él y se le sentó sobre el pecho.

—¡¿Os resulta divertido insultar a mi esposa, señor bellaco?! —le gritaba mientras con el puño de la daga lo golpeaba en el rostro, la mejilla, la frente, sacándole jirones de pellejo—. Os voy a cortar esa verga tan inquieta que tenéis, a ver si os tranquilizáis un tanto.

Los otros hombres que con él estaban se mantenían al margen de la reyerta y otras personas se iban acercando para verla más de cerca. El Hinojosa continuaba atarantado, intentando defenderse con algún manotazo sin mayor tino ni fuerza y balbuciendo sonidos sin sentido mientras Martín se desahogaba y menudeaba los golpes. Por fin pareció calmarse e hizo ademán de descabargar, pero pareció pensárselo mejor y, sujetando a Hinojosa con fuerza por la quijada, de un tajo le cortó la punta de la nariz.

Entonces sí se echaron sobre él otros hombres, lo sujetaron y, con buenas palabras, intentaron tranquilizarlo hasta que llegó Simón Juárez con los soldados de la guardia y se lo llevó arrestado.

Poco después se allegaron dos hombres a buscarme para que atendiese al Hinojosa y de paso me enteraron de lo sucedido. No puedo decir que lo sintiera; al contrario, si algo lamenté fue que Martín no lo hubiese acabado, porque Abel Hinojosa no era enemigo al que conviniese dejar con vida. Algunos de los golpes de Navarrete habíanle provocado cisuras profundas en el rostro, por lo que fue preciso darle unas puntadas con aguja e hilo, mas el corte en la nariz no tenía remedio y así había de quedar para el resto de sus días, con el hocico mocho, igual a los cochinos.

Mondéjar decidió levantar expediente de la reyerta, oyendo los testimonios de los presentes y de muchos otros que declararon las maledicencias del soldado contra el joven y su esposa. No quiso ser muy severo con Martín Navarrete, sin duda influenciado por don Melchor y por Juana Alonso, pero tampoco dejar sin castigo el incidente, pues no convenía a la disciplina de la expedición. Así que le impuso una multa de diez ducados de plata con que habría de indemnizar al soldado y una docena de

azotes que le propinó el guardián, Luis Coraje, y que le dejaron la espalda desollada y en carne viva.

A muchos pareció exagerado este castigo habida cuenta que fue Hinojosa quien provocó la riña, pero estoy cierto de que Mondéjar estimó que obrar de otra manera habría sido alimentar las ansias de venganza de Hinojosa. No obstante, mandó llamarlos a los dos y los amenazó con pena de vida si volvían a tener otra pendencia.

—Y más os valdrá cuidaros mutuamente como si fueseis hermanos, porque si algo le ocurriera a uno, aunque sea una caída del palo mayor en medio de un temporal, tened por seguro que acusaré al otro de homicidio, le cortaré la cabeza y la pondré en lo alto de una pica.

Y a nadie cupo duda de que lo haría.

Otro suceso señalado que ocurrió en la bahía del Astillero fue la llegada a nuestro campamento de un indígena: tan esquivos habíanse mostrado hasta entonces, que el que uno de ellos quisiera voluntariamente visitarnos nos pareció muy novedoso. Se trataba de un hombre viejo, desnudo al uso de ellos y con el costillar más señalado que el del galgo de un avaro. Tenía las barbas luengas y descuidadas, una melena más blanca que gris y varias pulseras de cabello trenzado muy fuertemente apretadas alrededor de los brazos. Portaba sobre los hombros una gavilla de jabalinas y lo acompañaban dos jóvenes que se mantenían respetuosamente detrás.

Los invitaron a allegarse al campamento y el indígena de más edad aceptó de buena gana. Al punto se vio rodeado por un corro de gente; mas, lejos de asustarse ante nuestra presencia, lo miraba todo con gran curiosidad, en especial las armas y protecciones de los soldados. Y a todo esto no dejaba de hablar en su extraña lengua, como si lo pudiésemos entender, y se giraba hacia nosotros y señalaba tal o cual detalle y declaraba y opinaba lo que le parecía sin que comprendiéramos una higa. Su voz era baja y grave y los sonidos muy diferentes de las demás lenguas que habíamos escuchado.

De pronto, al ver al soldado que hacía la centinela se detuvo en seco, como los perros cazadores cuando ventean a la presa. Lo señaló con el dedo y comenzó a hablar de manera más atropellada. El centinela era Manuel de Badajoz, que es hombre muy desconfiado y, cuando vio que el indígena se le acercaba, levantó el arcabuz y lo encañonó.

—Bajad el arma, señor soldado —le pidió el general, que se había sumado a la comitiva—, pues sólo está admirado por vuestra prestancia y gallardía.

Y en efecto, el indígena quedó admirado delante de mi amigo y extendía la mano hacia su armadura y, sobre todo, hacia su yelmo, que pretendía coger; pero Manuel de Badajoz, que no terminaba de convencerse de sus intenciones, no se lo permitió.

—Dadle el yelmo, pardiez —volvió a requerirle el general.

Cuando lo tuvo en las manos, el indígena se dirigió hacia Mondéjar, en quien había adivinado a nuestro capitán, le habló con gran apresuramiento y agitación y señaló hacia los cerros como si quisiera que lo siguiésemos. Lo acompañamos, pues, hasta el borde del campamento y más allá, donde lo aguardaban los acompañantes, pero de repente cambió de opinión y nos indicó que lo esperásemos, que habría de volver. Y por no contrariarlo, lo dejamos ir.

Pasaron varias horas y, como el anciano no regresara, pronto nos olvidamos de su visita; pero al amanecer del siguiente día lo vimos aproximarse por la playa. Detrás de él venían los mismos dos jóvenes de la víspera y portaban, colgada de una pértiga, una especie de cesta de mimbre que depositaron frente a Mondéjar con mucha solemnidad.

Entonces nos llegó a nosotros el turno de sorprendernos, porque dentro de la cesta había un yelmo de hierro, un yelmo parecido a nuestros morriones, con la visera recta, una cresta dentada y las trabillas para el barboquejo.

El indígena se enfrascó en unas largas explicaciones, acompañadas de mucho gesto, y señalaba hacia

el yelmo y luego hacia los cuatro puntos cardinales, dándonos a entender que lo había recibido o heredado de otra persona, antepasado, pariente o gente de otro clan, que eso no fue posible saberlo. Y mientras tanto, nosotros lo tocábamos, lo cogíamos y sopesábamos, verdaderamente asombrados por estar frente a un objeto como aquel, propio de los soldados españoles y reconocible en todo el orbe. El indígena, cuyo nombre sonaba algo así como Amaru, o Amaroo, no quitaba ojo al yelmo y lo seguía con mucha atención mientras lo pasábamos de mano en mano.

Mondéjar, para agasajarlo, lo invitó a comer a su mesa y lo trató con mucha deferencia. Amaroo sólo probó una pizca de los platos que se le ofrecían, ora por desconfianza ora porque no paraba de hablar y no le quedaba tiempo para comer. El general le regaló un espejo redondo que fue muy del agrado del aborigen y un puñal del que apenas hizo caso. Finalmente, al caer la tarde, Amaroo recogió el yelmo, lo metió con mucha ceremonia dentro de la cesta, llamó a sus acompañantes para que la cargasen y se marchó por la playa, desapareciendo por donde había venido.

Huelga decir que el yelmo fue principio y fin de numerosísimas pláticas y especulaciones. ¿Cómo había llegado hasta aquella tierra tan remota?, ¿quién lo había traído?, ¿en qué año? En opinión de la mayoría, era evidente que no habíamos sido los primeros en arribar a aquella tierra, aunque había quienes sostenían que los indígenas podrían haber obtenido el yelmo a través de comerciantes malayos, chinos o portugueses. Y también a todos pareció que era antiguo y pasado de moda, pues los nuestros tenían los bordes del ala recurvados y presentaban, en lugar de una cresta, una sencilla punta inclinada hacia detrás.

Entonces, el piloto Valiero explicó que muchos habían sido los navíos desaparecidos en la Mar del Sur desde que la cruzara Magallanes por vez primera, y de los que nunca más se había sabido.

—Quizá el tal yelmo provenga de uno de ellos —concluyó.

Hacíamos rueda alrededor del piloto, sentados bajo una ramada para protegernos del fuerte sol del mediodía, que apretaba con fuerza, al tiempo que nos beneficiábamos del alivio de la brisa marina.

—¿A qué expediciones se refiere vuesarced? —le preguntó el maestre Lucas Mariano, que había quedado algo intrigado por las palabras de Valiero.

Hizo una pausa el piloto para meditar si convenía relatar lo que iba a decir o si sería mejor callarlo, pero se percató de que estábamos todos pendientes de sus palabras y optó por hablar.

—Han de saber vuestas mercedes que la Mar del Sur está llena de viajes y expediciones de las que se sabe poco y se desconoce mucho, empezando por el viaje del propio Magallanes.

—¿Cómo decís tal, señor piloto? El viaje de Magallanes y Elcano quedó fielmente recogido por Antonio Pigafetta —dijo con mucha reticencia Figueroa, que se había acercado al corro.

—Pigafetta no era marino, y su relación está tan llena de hechos fantásticos que se requiere mucha fe para creer algunos pasajes —dijo el piloto, que conocía bien la crónica del veneciano—. Pero no es esa la cuestión, señor Figueroa. Cuando Magallanes recorrió por vez primera este océano, la porfía por la posesión del Moluco estaba muy viva, y bien pudo ser que hubiera descubierto nuevas tierras de las que nada dijo para no revelar a los portugueses su paradero. Y tal porfía dio inicio a una época de recelos y ocultamientos entre la Casa de Indias de Lisboa y de la Casa de Contratación de Sevilla, habiendo muchos secretos que permanecen ignorados y guardados bajo siete llaves en sus archivos.

—¿Y vos estáis aquí para hallar esos secretos, señor Valiero? —dijo Figueroa.

—¿Lo estáis vos, señor Figueroa?

Callaron ambos marinos, fastidiado el uno, que se veía interrumpido en su plática, y serio el otro, con el ceño fruncido de quien nunca espera nada bueno.

—Hablabais de otros navegantes que exploraron estos mares, señor Valiero —intervine yo.

—Ah, sí, amigo Torres. Siguiendo los pasos de Magallanes, muchos otros han surcado estas aguas, y

numerosas han sido las naos y carabelas naufragadas, perdidas o desviadas de su ruta. Como la infortunada expedición de Loaysa y Elcano, en la que murieron ambos capitanes y finalmente los sobrevivientes arribaron al Moluco con una única nave. Años después, desde México, se enviaron al menos dos flotas: la de Álvaro de Saavedra, que perdió dos naves al intentar regresar a las Indias por la altura ecuatorial, y la de Hernando de Grijalba, que acabó recalando en las costas de Nueva Guinea. Y después de ellos, que yo sepa, también han navegado estos mares la armada de Ruy López de Villalobos, el capitán Ortiz de Retes, Bernardo de la Torre, el gran Urdaneta, Legazpi y, por supuesto, don Álvaro de Mendaña en su primer viaje.

Escuchábamos las explicaciones del piloto con gran atención, pues a todos nos interesaba lo relativo a las expediciones por la Mar del Sur.

—¿Y de los portugueses no nos contáis nada, maese Valiero? —volvió a inquirir Figueroa, mostrando su intención de poner en un brete al piloto.

—Por parte portuguesa es de rigor que se hayan hecho muchas expediciones y empresas de descubrimiento de estos mares —respondió Valiero sin mostrar contrariedad—, como la de Jorge Meneses a Nueva Guinea, o los viajes de Gomes de Sequeira, que surcó los mares al sur del Moluco a principios de la centuria. Mas no sólo los portugueses, también los herejes holandeses y británicos llevan años queriendo establecerse en estas tierras. Así pues, mis señores —concluyó el piloto—, no sería extraño que de cualquiera de las empresas que les platico, una nave haya recalado por estas latitudes y alguno de sus tripulantes haya perdido el casco.

Corría el mes de junio cuando se dio término a la reparación de la Santa Ysabel. Púsose la nave a flote aprovechando el flujo de la marea y comenzó sin dilación la tarea de lastrarla, cargarla y estibarla. Y, cuando todo estuvo a bordo, hicímonos nuevamente a la vela con rumbo al sur cuarta al este, que era la dirección que seguía aquella tierra. La chalupa navegaba unos cables delante de la nao reconociendo la costa y sondando las profundidades, pues por nada del mundo podíamos arriesgarnos a sufrir otro accidente como el ocurrido al atravesar los arrecifes.

Hubo al partir, no obstante, cierta discusión acerca de la derrota más conveniente, ya que Lucas Mariano, el contra maestre Figueroa y algunos otros opinaban que sería mejor seguir la costa en dirección contraria, es decir, hacia el norte, pero Valiero dijo que hacia el norte sería más largo y peligroso. Insistió en que, hallándose el cabo de Buena Esperanza en treinta y cinco grados de latitud austral, lo más razonable era dirigirse hacia el sur, siempre hacia el sur, hasta doblar la punta en que terminase aquella tierra. Y así se hizo.

La navegación por aquellas aguas se presentó lenta y trabajosa siendo los vientos flojos y a veces contrarios, con lo que la nao debía dar continuas ceñidas o estarse a la capa para no acercarse en demasía a la barrera del arrecife, que, ora más cercana ora más lejana, proseguía inalterable su trazado en paralelo a la costa. En una semana apenas pudimos recorrer cincuenta leguas, y habrían sido menos de no ser por la corriente marina, que empujaba hacia el sur.

—Son tan misteriosas como ciertas estas corrientes —decía Valiero—, que fluyen como ríos en medio del vasto océano y cuyas orillas no son otras que las propias aguas de la mar.

Con la tierra tan cerca, no faltaban frutas ni alimentos frescos y, como tampoco escaseaba la pesca, pudimos disfrutar de una alimentación más bondadosa que en anteriores travesías. Por seguridad, las singladuras eran siempre diurnas; así, antes de vísperas nos alejábamos de la costa y permanecíamos a la capa hasta que, con el sol del nuevo día, reemprendíamos la navegación.

La costa era montuosa, con cerros no muy altos, algunas planicies entre ellos y una espesa manigua llena de verdor y humedad. Había playas muy prolongadas y extensas, de arena muy blanca, interrumpidas por zonas rocosas y acantilados y, de trecho en trecho, veíanse ríos caudalosos con amplias embocaduras arenosas y con marismas.

Los indígenas seguían siendo escasos y esquivos. Generalmente los veíamos aparecer en las playas, saliendo de la arboleda o contemplándonos desde los roquedales y acantilados, siempre en pequeños grupos, siempre manteniendo las distancias.

No conocían embarcaciones mayores, ni naves con un palo o una vela, ni siquiera canoas con balancines como las que usaban los indígenas de las Salomón o de las Marquesas. Todo lo más que les vimos fueron unas piraguas pequeñas y muy rudimentarias, de seis a ocho codos de eslora y fabricadas de una sola pieza de corteza, que usaban para atravesar los ríos o pescar entre las rocas y marismas de bajo fondo, sin alejarse de la costa. Nunca hicieron intención de acercarse a la Santa Ysabel ni seguir nuestra estela para vernos de cerca o intercambiar mercancías.

Pero pasaban los días y no se le hallaba el confín a aquella tierra, ni aparecía el cabo donde girase hacia poniente; al contrario, la costa se prolongaba en el horizonte austral y la tripulación íbase inquietando por ello, de modo que en todas las tertulias y reuniones era el tema principal.

—No es una isla la que hemos hallado, sino la propia Tierra Austral Incógnita —decía Figueroa. Y sus palabras atemorizaban a muchos, pues si en verdad se trataba de la Tierra Austral, navegaríamos

hasta el polo antártico sin encontrar su final y jamás hallaríamos un paso hacia el oeste que nos permitiera poner rumbo a África.

También Mondéjar se impacientaba por la demora y se preocupaba por el estado de la gente, que semejaba una pila de leña seca a la que basta una chispa para que prenda. Un hecho en verdad notable porque, de haber encontrado una tierra tan vasta al principio de la expedición, todos nos habríamos holgado de ello; pero entonces, después de haber sufrido múltiples desgracias y de vernos tan menguados de efectivos, pocos eran quienes tenían la entereza de alegrarse por su descubrimiento.

Así que el general pedía explicaciones a Valiero cuya única respuesta era que había que proseguir hacia el sur, siempre hacia el sur.

—¿Seguir hacia el sur por cuánto tiempo, señor Valiero? —le preguntaba Mondéjar.

—Hasta que la costa gire hacia el oeste —le respondía aquel.

Y Mondéjar se mordía los labios y disimulaba su malestar para no alterar más a la tripulación. Además, seguía teniendo confianza en los conocimientos de Valiero y nada había que de momento se pudiera hacer sino seguir su consejo.

Uno de aquellos días, dióse cuenta el piloto de que le habían robado el atlas de Petro Plancio, el que guardaba en uno de sus arcones, y denunció el hecho ante Mondéjar. Esa misma tarde estaba yo en su cabina conversando con él de asuntos más eruditos que las charlas mundanas que abundaban en cubierta, cuando se presentó el general con cara de pocos amigos acompañado por el maestre Lucas Mariano.

—¿Es esto lo que habíais perdido? —preguntó el general, enarbolando el grueso volumen del atlas.

—Este es —confirmó el piloto—. ¿Se puede saber dónde lo habéis hallado?

Mondéjar, en lugar de responderle, lo dejó con un golpe seco sobre la mesa y lo abrió por una página donde se representaba el mundo en dos círculos secantes.

—¿Qué significa esto? —le preguntó, al tiempo que señalaba el enorme continente se extendía desde la Tierra del Fuego hasta el Ecuador, delimitando al océano Pacífico por el sur—. ¿Cómo es posible hallar un paso hacia el oeste cuando esta tierra nos lo impide? —Y moviendo el dedo, señaló a las islas Salomón, que estaban cerca de su extremo norte, como encerradas en un seno—. Señor Valiero, mucha confianza tengo en vos, pero si pretendéis llevarme con engaños a alguna otra parte, tened por seguro que no lo consentiré.

Lucas Mariano habíase situado junto al general y afirmaba a cuanto este decía con mucha fuerza y ponía la cara larga y severa, y yo estaba seguro de que había sido él quien lo robó, o lo mandó robar.

—Sí —dijo Lucas Mariano—, ¿cómo habéis osado traernos por estos mares?

Mas el piloto ignoró su pregunta y contestó al general con harta tranquilidad.

—Reparad, señor Mondéjar, en que esta tierra que me señaláis, y que el propio Plancio reconoce que es incógnita, no está trazada con el detalle de las demás tierras del planisferio, ni hay en ella un río, ni un cabo, ni una bahía: nada.

—¿Y eso qué significa? —dijo el general un tanto desconcertado con la respuesta de Valiero.

—Que el autor no tiene maldita la idea de lo que hay en esta parte del mundo —explicó Valiero con paciencia, como el que enseña a leer a un niño—. Petro Plancio ha situado aquí a la Tierra Austral porque cree, y con él muchos cartógrafos, que necesariamente ha de haber un enorme continente al sur del océano Pacífico, en las antípodas de Europa, para el equilibrio general del orbe.

Mas, viendo Valiero la suspicacia reflejada en sus interlocutores, incluido yo mismo, que no terminaba de creer todo lo que decía, apartó el atlas de Plancio y fue hasta su baúl, sacó de él una lámina cuidadosamente enrollada, la extendió sobre la mesa, sujetando con cantos sus esquinas para

evitar que volviese a plegarse, y nos la mostró. Yo sabía, por haberlo visto antes, que se trataba del mapa de Abraham Ortelius, donde el piloto había ido anotando con mucho detalle, desde el principio de la navegación, las islas y tierras descubiertas.

—Ved este portulano del Pacífico —siguió con entusiasmo el piloto—, en el que el cartógrafo Ortelius ha dibujado la costa de la tal Tierra Austral con una línea igualmente regular, casi recta, sin accidentes ni acotaciones. Mas observad cómo aquí el señor Ortelius sitúa un estrecho que separa la Tierra Austral de Nueva Guinea, al contrario que Petro Plancio, que las dibuja fusionadas. ¿A qué estas diferencias, entonces? ¿Quién ha navegado estos mares? ¿Y qué me decís de las islas Salomón?, que, aún siendo las mismas, de un mapa al otro cambian de tamaño y posición.

—Entonces, ¿cuál de los dos es verdadero? —inquirió más confuso aún el general, que se hurgaba la negra barba con los dedos en busca de algún incómodo bichito.

—¿Cuál de ellos? —repitió Lucas Mariano—. Y voy más allá, señor Valiero —añadió con no poca malicia—: conociendo como conocéis desde hace tiempo estos portulanos, y otros que seguramente ocultaréis, ¿cómo os habéis empecinado en navegar hacia el sur? ¿No habría sido más apropiado habernos dirigido hacia el norte, como en su momento se propuso?

Pero Mondéjar le hizo un gesto de que guardase silencio, pues estaba más interesado por las reflexiones de Valiero que por las preguntas y reproches del maestro.

—Páreceme que no soy capaz de explicarme con claridad, señor Mondéjar —respondió el piloto, ignorando nuevamente al marino—. Las tierras que aparecen dibujadas en estos mapas no existen sino en la imaginación de los cartógrafos que las han trazado, pues estos mares jamás antes han sido navegados. Cómodos en sus talleres, se hacen caso de las fábulas e invenciones que les llegan, de cualquier carta de marear o burdo plano dibujado por quien se presente como capitán, piloto o navegante y quiera ganarse unos maravedís con que beber o dormir caliente esa noche. Haced como que la Tierra Austral no existe, pues igual podría haber aquí un continente que aguas abiertas, un archipiélago con gigantes cabezudos y mujeres barbudas o incluso un abismo que nos trague para siempre. —Y en este punto hizo una pausa y miró a sonriendo Lucas Mariano, pues sabía del temor que estas cosas inspiraban al maestro, que al punto llevose la mano al crucifijo que tenía colgado del cuello.

—También podría haber una barrera infranqueable —dijo el maestro con mucha gravedad.

—Ah, mis buenos señores, no desconfíen: ¿no voy yo también embarcado en esta nao? —dijo el piloto extendiendo las manos con las palmas abiertas—. ¿Acaso os estoy enviando a algún lugar adonde yo no me atreva a ir? Estoy seguro de que esta tierra tiene fin, que hallaremos la vuelta del oeste y que después podremos navegar por aguas abiertas hacia las costas africanas.

Veíasele tan seguro defendiendo su tesis que era difícil no creerlo. El mismo general, que era desconfiado por naturaleza, cabeceaba afirmativamente, convencido en parte por el piloto, en parte desorientado por aquellos mapas inexactos y mares desconocidos, o quizá resignado ante lo inevitable, pues cambiar el rumbo y volver hacia el norte sería, en aquellos momentos, una locura. Y así, con una perplejidad que nunca le había visto, abandonó la cabina del piloto seguido por el maestro.

Quedamos solos el piloto y yo: él recogiendo sus mapas y yo meditando sobre el asunto, pues tenía la sensación de que Valiero se había callado algunas cosas, y así se lo dije.

—No queráis saberlo todo hoy, amigo Torres, y dejad algo para el día de mañana —respondió con una enigmática sonrisa—. Además, también yo tengo mis pequeños secretos.

Proseguimos, pues, costeando la Tierra Austral hacia el sur según lo dispuesto por Valiero y sancionado por Mondéjar. En la altura de veintitrés grados y un cuarto traspasamos el trópico de Capricornio, que sólo unos pocos a bordo habían tenido ocasión de cruzar antes.

Uno de aquellos días avistamos un grupo de ballenas cuyos lomos, de un color oscuro y brillante, nadaban juntos cerca de la Santa Ysabel. Desde el coronamiento de popa, adonde yo había subido, pude ver sus siluetas bajo el agua, como sardinas gigantescas del largo de un bergantín. Más que amenazarnos, parecían jugar entre ellas y, mientras unas se ocultaban sinuosamente, escondiendo la enorme cola bajo el agua y dejando tras de sí una estela espumosa, otras asomaban a la superficie, expulsando por sus lomos chorros silbantes, tal si la propia agua burbujease. Una de ellas, que habíase acercado en demasía, alzó su cuerpo ciclópeo sobre las aguas en un salto de contorsionista y cayó a la mar con un enorme estallido de espuma que salpicó hasta la cubierta, provocando gritos de admiración y de espanto entre quienes las observábamos.

—Leviatanes —murmuró Figueroa, observándolos con temor.

Y con Figueroa precisamente tuvo que ver un suceso que vino a enturbiar el ambiente que se respiraba en la nao y dar más quebraderos de cabeza al general. Sucedió después de mediodía, cuando, cambiada la guardia, la gente seesteaba bajo el tibio sol. Sobre el castillo de proa, en un grupo donde estaban Manuel de Badajoz y varios otros soldados, entre ellos Francisco de Guevara y Expósito Manero, salió a relucir el asunto de la lista de Figueroa, en la que ambos estaban incluidos.

Llevaba Expósito Manero, a la sazón, un papel con los nombres de los soldados de su compañía que no estaban en ella, y en el dicho papel había tachado a los infelices que habían fallecido. Quizá por bromear, el Manero enseñó el pliego a los presentes, haciéndoles notar que los muertos eran ya más que los vivos. Y aún tuvo la poca gracia de querer apostar por quién habría de ser el próximo. La broma no gustó a casi ninguno, y menos a Manuel de Badajoz, que había sido buen amigo de uno de los muertos. Levantose, pues, de un brinco, quitole el pliego a Manero y diole, de propina, un buen empellón.

—No permito a ningún hideputa que haga mofa de soldado tan valiente y esforzado —dijo, y arrugando el papel lo arrojó por la borda.

Se cruzaron nuevas injurias, tiraron de los hierros y vinieron a las manos; y tras ellos siguieron otros que, en lugar de mediar y poner paz, se sumaron a la trifulca, cada cual en el bando que mejor le convino. Cuando la guardia los separó ya se habían hecho sangre y dado un par de fendientes que a mí me tocaría costurar. Enteraron al punto a Mondéjar, que montó en cólera tan súbita como sorprendente.

—Bastantes problemas tenemos en la nao para que vengan estos bellacos a pelear; pero ya que lo han hecho, que se atengan a las consecuencias —dijo, y allí mismo impuso el castigo de dos docenas de latigazos a Manuel de Badajoz y a Expósito Manero, por ser los promotores de la reyerta, y de una docena a los demás implicados, y además los sancionó con multa de un ducado a cada uno.

Una vez cumplido el castigo de los azotes, que dejó el combés más ensangrentado que una carnicería, el general quiso rematar con otro escarmiento. Subido en un barril al pie del árbol mayor, para que lo pudiéramos ver bien, mandó llamar a Figueroa. Llevaba Mondéjar la camisa remangada, calzas negras y botas altas y parecía, con los brazos en jarras, la pétrea imagen de la justicia. Y cuando ante él se presentó el contra maestre, le exigió con voz muy severa que le entregase su lista.

—¿Qué necesidad es esta de querer adivinar quiénes han de salvarse o sucumbir? —le preguntó Mondéjar—. ¿Qué herejía la de pretender suplantar la voluntad del Creador, señor Figueroa?

A Figueroa, que no se lo esperaba, cambióle la cara y mantúvose erguido y quieto, removiendo nada más que sus ojos para un lado y otro.

—No hay herejía ninguna en ello —respondió finalmente, ronco por el furor atragantado.

—Si voacé quiere discutir estos pormenores con el Santo Oficio, entiéndase con él cuando lleguemos a España, pero no quiero yo que la tal lista sea fuente de problemas en mi barco, ni que se establezcan diferencias y calidades entre los tripulantes en virtud de vuestra profecía.

Figueroa agachó la cabeza y no le respondió, mas tampoco hacía nada por entregarle el papel.

—Dadme esa maldita lista, señor Figueroa —le exigió Mondéjar, mordiendo cada una de las palabras y manteniendo la mano extendida, la palma hacia arriba, hasta que el contramaestre llevase la suya al jubón y sacó una hoja enrollada que depositó en aquella.

Una vez en su poder, el general la rompió en pedazos que arrojó por la borda y decretó prohibición absoluta de hablar sobre ella y sobre el vaticinio que contenía.

—Si por causa de la lista hubiere una reyerta, mandaré azotar a los causantes —dijo para general conocimiento—; si alguien la invocare, le cortaré la lengua; y si encontrare otra copia en alguna mano, daré cuenta de la mano. Y den por hecho y certificado lo que les digo, pues saben que no soy perro que ladre en balde.

Y con aquellas palabras quiso el general poner fin a las divisiones que la lista estaba creando entre los hombres; mas estas prevenciones, que de haber sido adoptadas en su debido momento acaso habrían surtido efecto, fueron ahora en vano, porque circulaban ya por la Santa Ysabel otras copias y eran además muchos quienes la conocían de memoria y creían ciegamente en ella.

Después de habernos acompañado durante casi trescientas leguas, el arrecife se fue acercando a la costa hasta morir en un cabo muy prominente, en la latitud de veinticuatro grados. No obstante, en aquel punto los canales entre los arrecifes eran muy amplios y la Santa Ysabel no tuvo dificultad para atravesarlos. Más allá de aquel cabo, que llamamos de San Buenaventura por ser el santo del día, la costa, que hasta entonces habíase mantenido en la dirección sureste, giraba hacia el sur y se volvía gradualmente más seca y árida. Los ríos eran más escasos y menguados y una playa interminable de arenas blancas nos acompañaba.

El día que cruzamos el arrecife, la chalupa había hecho acopio en sus redes de excelente pescado fresco que se cocinó y se repartió a escote, como otras veces. Entre los peces capturados había una gran barracuda grisácea. Aunque no tenía los dientes negros ni brilló una moneda de cobre al frotarla contra su piel, lo cierto fue que todos cuantos comieron de su carne enfermaron a las pocas horas con los síntomas de la ciguatera. Entre pequeños y mayores bien podía haber hasta veinte apestados de un curso muy líquido, con vómitos y dolores en las ijadas y en la cabeza, con lo que nuevamente se llenó la enfermería. Como yo no alcanzaba a atenderlos a todos, Juana Alonso se enfundó otra vez el hábito de enfermera y se dispuso a ayudarme.

Según la *Suma* de López de Hinojosos, para los males del estómago y de las ijadas ha de purgarse a los enfermos, mas como ya todos estaban vaciándose por arriba, y también por abajo, no fue necesario aplicar esta medida; además, el humor maligno transmitido por la carne del pescado ya debía de haberse incorporado a la sangre y, para eliminarlo, el mejor tratamiento era la sangría. Con una lanceta de pico de gorrión saqué a los pacientes en el antebrazo, cerca de la muñeca, que es donde confluyen dos venas para formar la vena de todo el cuerpo, llamada así porque en ella se purgan los males del cuerpo todos.

En esto me ayudaba Juana Alonso, de nuevo convertida en mi ayudante, atando a los enfermos una cinta por encima del codo, vaciando las escudillas en que se recibía la sangre o presionando con un retal de tela sobre el corte para formar el coágulo e interrumpir la sangría. Además de la flebotomía,

y para tratar de aquietar las tripas de quienes más sufrían, también les daba de beber la medida de un huevo de simiente de biznaga molida y mezclada con vino.

Mas, pese a los remedios y cuidados que prodigamos a los enfermos, la primera noche se nos murió el hermano menor de Frasquita, un niño de unos siete años llamado Baltasar, un picaruelo que había salido indemne de varios trances y accidentes, y por tal algunos soldados decían de él que tenía las siete vidas de un gato; pero se conoce que con la ciguatera las terminó de gastar. Y por la mañana murió su hermano Gasparillo, con lo que la familia de Frasquita, a la que hasta entonces había respetado la muerte, tuvo luto doble.

Entre los atosigados se hallaban Simón Juárez, que pugnaba por mantener su rostro impassible y sólo muy de vez en cuando se le escapaba un gemido; al contrario que Matías Jorge, otro de los afectados, un marinero quejicoso y desvergonzado, nominado por Figueroa, que, aún yacente y enfermo, osaba amenazarme:

—Cuidad bien de mí, barbero, pues al señor Figueroa no le habrá de gustar que muera por vuestra causa.

No obstante, con Matías Jorge no tuvo Figueroa los cuidados y melindres que había mostrado con Expósito Manero cuando el asunto de la serpiente. Quizá se contuvo para demostrarme que no era necesaria su intervención para que el destino pronosticado se cumpliera, o quizá le tuvo temor a las amenazas del general.

En todo caso, tres días después de iniciada la ciguatera la mayoría de los pacientes decayeron en sus síntomas y se recuperaron con rapidez; sin embargo, los pocos que continuaban enfermos empezaron a quejarse de extrañas percepciones: helárseles la piel de las manos, quemarse con el frío y la humedad o notar en la boca un sabor a metal, amén de un dolor de cabeza machacón que no menguaba ni se aplacaba con ningún remedio. Como ocurría a Damián Ortiz, el Tuerto, a quien el dolor de cabeza provocaba unas alucinaciones que no podía callar y que enlazaba en un relato inconexo y sin sentido.

Mas al fin superaron la ciguatera este Damián Ortiz y también Matías Jorge y otros tres o cuatro convalecientes. En la enfermería quedó nada más que Simón Juárez, el alguacil, que por alguna causa desconocida no conseguía restablecerse. Al contrario, su cuerpo pequeño y vigoroso se consumía y debilitaba día a día, su bigote caído parecía cada vez más triste y en sus ojos duros y muy juntos, que recordaban a los zorros, iba acechando la sombra de la parca. Combinaba Juárez momentos de calma con otros en que el dolor de cabeza era tan agudo que se la agarraba con las manos o la golpeaba contra las tablas y mamparos.

—Tranquilizaos, señor Juárez —le decía yo—, que os vais a destrozar la cabeza.

—Eso querría —contestaba, pero hacía un esfuerzo y cesaba en su castigo.

Comía con frugalidad y no le gustaba levantarse del colchón porque el contacto de las plantas de los pies con los borceguíes resultábale intolerable. Mondéjar se acercaba a visitarlo en la enfermería varias veces al día, quedábase unos momentos a su lado, intercambiando con él unas pocas frases referidas al quehacer cotidiano, le respondía aquel en iguales términos y al poco salía de la estancia.

—¿No podéis hacer nada para salvarlo? —me preguntó en una ocasión.

—He intentado todo lo que sé y hasta lo que no sé.

—¿Para qué os sirven tantos remedios y maletines, y esos tratados que leéis? —insistió.

—Los demás convalecientes se han recuperado, mas con el señor Juárez no consigo que su cuerpo expulse el tósigo.

Pero mis explicaciones no lograron convencerlo esta vez.

—Entonces ya nada hacéis aquí, barbero —exclamó colérico—. Volved a vuestro turno de guardia y que doña Juana se encargue de él en nuestra cámara, donde estará más tranquilo y recogido.

Y así se hizo. El general mandó trasladarlo a su cámara y lo instaló en un colchoncillo de lana, al pie de su propio lecho, demostrando así el aprecio que le tenía. A mí me ordenó que lo visitase todos los días para administrarle específicos que, al menos, le calmasen los dolores.

Durante el tiempo que Juana Alonso me acompañó en la enfermería no dejó de admirarme lo mucho que se esforzaba por atender a los enfermos, con ánimo alegre y buena disposición. Parecía que el espíritu del viejo Caridad siguiera presente en ella. Al general le causaba desagrado la cruz que voluntariamente se había impuesto la mujer, y cuando entraba en la enfermería, hacía lo con el ceño fruncido y lanzándome miradas furibundas, como si yo fuese el causante de aquella situación; pero Mondéjar ya había aprendido lo firme que eran las determinaciones de Juana y no se atrevió a contrariarla.

Juana y yo conversábamos únicamente de los asuntos que allí nos ocupaban, pues, aparte de que el trabajo era mucho y apenas nos dejaba un momento de reposo, en la enfermería no paraban de entrar familiares y amigos a interesarse por la salud de los suyos, a darles plática o simplemente a distraerse de la abrumadora monotonía de la vida a bordo. No obstante, en uno de los momentos de quietud que tuvimos, me preguntó Juana Alonso por el alma de las criaturas que nacen muertas.

—He inquirido por ello al capellán —me dijo, reflejando en su rostro la preocupación que el asunto le causaba—, pero su respuesta me ha producido más desazón que tranquilidad.

—¿Y qué os ha dicho el hombre?

—Me explicó que los niños que mueren antes de ser bautizados están privados, a causa del pecado original, de entrar en el reino de los cielos, pues no merecen recibir tal recompensa, aunque tampoco el severo tormento de arder en las llamas del infierno.

—¿Y adónde van entonces?

—Van al limbo, de donde sólo por medio de mis oraciones y mis obras podré rescatarlo —revelome Juana Alonso con gran pesadumbre, bailando en sus ojos unas lágrimas contenidas—. ¿Y vos qué creéis? —añadió—. Sois persona estudiada, y me gustaría saber vuestra opinión sincera.

Estábamos sentados ambos sobre una caja y ella pegaba su hombro al mío, como buscando un calor que la confortase. Yo podría haberle dicho que mis estudios apenas me habían aprovechado y que mis lecturas eran más escasas y profanas de lo que ella creía, pero era tal el anhelo que reflejaban sus palabras y el deseo de aferrarse a una esperanza, que traté de alentarla.

—Veréis, Juana, yo no soy teólogo, pero en las Sagradas Escrituras se dice que Nuestro Señor, en su infinita bondad, desea la salvación de todas las almas; ¿cómo podría entonces condenar a una criatura sólo por no haber recibido el bautismo? La condenación es consecuencia de la libre elección, y vuestro pobre hijo no ha tenido nunca posibilidad de pecar.

Y hablamos un buen rato, diciéndole otras razones por el estilo. Ignoro si con ellas pude responder a sus inquietudes, pero parecióme que quedaba más aliviada.

En otra ocasión me preguntó por mis asuntos con doña Elena. Le respondí que últimamente era poco lo que había podido platicar con ella porque, al ser la nao un lugar tan reducido, y tan maliciosas las lenguas, no estaba bien empañar el honor de una dama casada sólo por gozar del placer de su compañía.

—¿Y no os preocupa de igual forma mancillar mi honor, señor Torres?

La pregunta me dejó atónito y sin saber qué responder.

—Vos, vos... —balbuceé.

—Yo no estoy casada. ¿Eso ibais decir?

—No, Juana, no soy tan necio —dije, recuperada el habla—. Pero vos tenéis a vuestro hombre, que es el propio general, y vuestro honor está seguro en sus manos, no en las mías.

—Pero se me hace que me consideráis menos digna que doña Elena, y mi compañía menos merecedora del recato y las consideraciones que a ella le guardáis.

—Jamás lo he pensado, ¿cómo se os ocurre tal? —protesté—. Tengo de vos la mejor de las opiniones.

—Entonces, ¿no me consideráis la ramera que con malas artes cazó al capitán Flores, como dicen por ahí?

—Juana, yo sólo juzgo lo que veo. Y lo que veo es a una mujer valerosa y fuerte —añadí, dejándome llevar por el impulso del momento—, que ha sabido hacer frente a las dificultades de la vida y apretar los dientes en los infortunios

Juana Alonso, que a la sazón recogía un colchoncillo, arrodillada sobre la tablazón del suelo, detuvo su quehacer para mirarme con una lucecita peligrosa asomando a sus ojos.

—Ya os dije que no amo a Mondéjar.

—Vuestras razones tendréis, y no soy quién para juzgarlas.

—No podéis imaginar lo difícil que se hace vivir con un hombre a quien no se ama.

Aquellas palabras me causaron cierta inquietud y, para ocultarla, dime la vuelta y simulé entretenerme en guardar varios pomos con panaceas y específicos en la caja de cirujano.

—Del roce nace el cariño —le dije simulando desinterés—. Es una máxima que he oído en numerosas ocasiones a gente más sabia y experimentada que yo.

—Pero no cuando es otro el hombre al que se ama.

Sentí un súbito cosquilleo recorrer mi espalda y miré con inquietud a la puerta abierta, donde, afortunadamente, nadie había. Cuidando de no dejar caer los frascos que tenía en las manos, súbitamente temblorosas, me volví hacia Juana Alonso porque aquellas palabras merecían ser respondidas de frente.

—Pues debe tener cuidado ese otro hombre —le dije—, porque no es Mondéjar persona que acepte con mansedumbre la infidelidad. Ni siquiera la mera sospecha —añadí.

—No siempre se puede hacer lo que se debe, ni lo que nos dicta la cordura o el buen juicio, porque a veces el amor es más fuerte que cualquier prudencia o cautela, ¿no creéis?

Con aquellas palabras, ya no me cabía duda, Juana Alonso estaba descubriendo su corazón. Con ellas me entregaba un obsequio tan grato como comprometido, la llave con que abrir una caja llena de vientos, de vientos huracanados. Mas ¿qué hacer cuándo se duda, cuando a la determinación y osadía de ella sólo podía oponer mis vacilaciones e incertidumbres? Y, sobre todo, cuando aceptarla significaba enfrentarse al hombre más poderoso de la expedición.

—No es momento para según qué amores, Juana —le respondí tras una pausa.

—Sois un cobarde, Juan Torres —me dijo con suavidad, mas sus palabras, y la mirada que las acompañó, envolvían una dureza que hería.

—¿Un cobarde yo? ¿Y qué sois vos, Juana? —le dije con brusquedad, atacándola para defenderme—. Si en verdad no amáis al general, como decís, ¿por qué continuáis amancebada con él? ¿Por qué no lo abandonáis de una vez, en lugar de venir a ofrecerme una aventura pasajera, y peligrosa?

Le tocó ahora a ella callar. Mas al instante se rehízo y, entre decepcionada y ofendida, me soltó una acalorada réplica.

—Qué fácil es para los hombres juzgar a las mujeres. ¿Qué sabréis de nuestras cuitas y temores, qué de nuestro corazón? Vosotros, los hombres, que nos buscáis y enamoráis como si fuésemos trofeos, y sin recato presumís de ello, pero os llevan los demonios cuando nos perdéis, u os sentís cornudos o

humillados; y entonces, puntillosos de vuestra honra, queréis a mandobles hacer de nosotras picadillo. ¡Ah!, Juan Torres, me gustaría que estuvieseis en mi lugar, a ver si entonces ladrabais tan fuerte. —Y sin dejarme responder, ni defenderme, salió de la enfermería batiendo la puerta con fuerza.

Mi enojo se esfumó al instante, pues la plática me había dejado pensativo y algo abatido. ¿Qué sabía yo de sus tribulaciones y dificultades? Y, sobre todo, ¿cómo me había atrevido a juzgarla? Lo cierto era que, casi a mi pesar, poco a poco me había ido sintiendo atraído por Juana Alonso, por su entereza y valor, por la franqueza en decir lo que pensaba, y aun lo que sentía. De manera apenas perceptible habíame dejado hechizar por la fascinación que envolvía a aquella mujer. Mas, al tiempo que me cautivaba, la temía: a su lado sentía que los acontecimientos se me escapaban de las manos, que los hilos del destino se movían con una celeridad vertiginosa, y que las certezas que me habían acompañado en mis últimos años, como el amor por doña Elena, tornábanse resbaladizas o incluso se desvanecían.

Fue por tanto un alivio que Mondéjar dispusiera trasladar a Simón Juárez a su cámara y ponerlo bajo el cuidado personal de Juana Alonso.

La navegación, mientras tanto, proseguía hacia el sur, siguiendo el litoral de una tierra que había de ser —cada vez nos quedaban menos dudas de ello— la Tierra Austral. Valiero hacía lo posible por trazar la línea de la costa, aunque no siempre podíamos detenernos lo necesario para que hiciera las mediciones con la precisión que le habría gustado.

Después del atosigamiento por ciguatera, pocos se atrevían a comer pescado por lo que, casi a diario, se llegaba la chalupa a tierra para cazar alguna de aquellas grandes liebres saltadoras que tanto abundaban allí y cuya carne, si bien de una color oscura, casi morada, resultaba tierna y muy sabrosa de comer; y como además eran animales que se dejaban matar con facilidad, decidiose hacer acopio de su carne, ponerla en salazón y almacenarla en toneles, para cuando llegara la hora de las vacas flacas.

A medida que progresábamos en altura y no se hallaba el confín del sur, la gente toda se iba poniendo más nerviosa. Además, los vientos seguían siendo calmosos y a la cuadra o abiertamente desfavorables, y el avance era tan lento que no se cubría siquiera medio grado por día.

Una mañana, apenas amanecido, el vigía de la cofa anunció a grandes voces haber avistado una cruz en la orilla. Navegábamos a la sazón frente a una amplia ensenada abierta al norte y protegida por dos islas estrechas y alargadas. Acercose la nao a tierra y surgimos en la embocadura de la ensenada, junto a la primera de las islas, en cuyo extremo más septentrional, en un acantilado rocoso, alzábase una gran cruz de madera sobre un pequeño pedestal de piedras.

La visión de aquella cruz fue recibida con gran desconcierto y reverente admiración, como si se tratase de la octava maravilla. El padre Saavedra cayó arrodillado al divisarla y juntó las manos y oró con lágrimas en los ojos dando gracias al cielo por semejante señal; y en verdad que no le faltaba razón, pues allí estábamos, en el último rincón del orbe y frente a nosotros, recortada contra un cielo muy azul, elevábase el símbolo inequívoco de nuestra fe.

Todos queríamos desembarcar para acercarnos a su pie, el primero de ellos el emocionado sacerdote, que saltó a la orilla y encabezó la marcha que nos llevaría hasta su vera. El terreno ascendía en suave pendiente desde la playa hasta el promontorio donde se hallaba la cruz, y como si se tratase de la ascensión al monte del Gólgota, hombres, mujeres y niños avanzamos en silenciosa y solemne procesión. Arriba, donde el viento soplabá con más fuerza, había una pequeña llanada que terminaba bruscamente en el acantilado a cuyo borde se hallaba la cruz.

Mediría cuatro o cinco varas de alto y la mitad de ancho y estaba fabricada con dos troncos rollizos de regular grosor, ensamblados por medio de unas escotaduras y fijados con gruesos clavos de hierro. Bien sembrada en la tierra, habíanla apuntalado, para mayor firmeza, con un pequeño montículo de piedras. La madera estaba reseca, agrietada y maltratada por los elementos y tenía una inscripción grabada a punta de cuchillo: cuatro letras y debajo de ellas una fecha cuya tercera cifra no se distinguía bien: 1528 ó 1578.

Algunas de las piedras del basamento mostraban dibujos semejantes a los que usaban los aborígenes para adornar sus cuerpos, hechos con alguna misteriosa intención votiva.

—¿Qué abominación es esta? —protestó el padre Saavedra.

Y quiso que se retirasen todas las piedras pintadas antes de celebrar la misa, quizá la más conmovedora que había oficiado desde que salimos del Perú, pues nos hallábamos reunidos todos los sobrevivientes de nuestra infortunada expedición al pie de una cruz levantada, sin duda, por otros desdichados que habían venido a parar, sabe Dios en qué condiciones, a tan remoto paraje. Dando cara a la mar oceánica, arrodillados con profunda mansedumbre, desde la inocente Frasquita hasta el bellaco de Hinojosa, incluidos los oficiales de mar y guerra, soldados, marineros y colonos, señoras y busconas, creyentes y descreídos, escuchamos todos la palabra del Señor y le pedimos que nos librase de todo mal y llevase a buen fin nuestra travesía.

Al término de la ceremonia nadie quería alejarse de la vera de la cruz, no sólo porque a su amparo nos sentíamos más seguros, sino porque la vista que desde allí se gozaba era en verdad magnífica y el día estaba despejado, tibio y espléndido. Además, la bahía de la Cruz, como la bautizamos, era tan amplia y hermosa, con terrenos llanos y boscosos y un anchuroso río que desaguaba en ella, que daba gusto contemplarla.

Así, como si de una jornada de asueto se tratase, hicieron corros y se formaron ranchos. Sobre pedazos de vela y mantas ajadas se dispuso una sencilla pitanza y a su alrededor se soltaron con largueza las lenguas, pues no faltaban motivos para hacer cábalas y conjeturas sobre la presencia de la

cruz.

—La han apuntalado a conciencia —dijo el cabo Vicente—, y con razón se ha mantenido erguida tantos años.

—Me pregunto quiénes la habrán alzado —dije yo.

—Sin duda un navío de Su Católica Majestad —afirmó el cabo Salcedo—. Acaso los mismos propietarios del yelmo que nos mostró el indígena en la bahía del Astillero.

—Es muy posible —convine.

—¿Y eso por qué? —discrepó Hernán Vicente—. Parece que, en tierra tan extensa, sería una gran casualidad que ambos vestigios pertenecieran a la misma gente.

—Sí, pero es igualmente difícil que esta tierra tan remota haya sido descubierta dos veces, o tres, incluyéndonos nosotros —le respondí yo.

—Yo me pregunto si la habrán alzado para dar testimonio del descubrimiento de esta tierra —dijo Justo Bautista—, para advertencia de navegantes o en memoria de alguien que aquí falleciera.

—¿Pensáis que puede tratarse de una tumba?

—O de un tesoro escondido, señor Pisano —añadí con guasa.

Y de esta suerte seguimos platicando un buen rato del asunto, al igual que en los otros corros, donde no se trataba sino de la cruz y se lanzaban muchas hipótesis sobre su procedencia. El piloto Valiero, que estaba sentado junto al general y otros oficiales, dijo que la fecha había de ser necesariamente 1528, y la nave, la San Lesmes.

—¿Y lo habéis descubierto por adivinación? —le preguntó el general con mucha ironía.

—Por simple deducción, señor Mondéjar. El capitán de la San Lesmes era Francisco de Oces, lo que encajaría con las iniciales F, O, S y L.

—¿Y la fecha? —preguntó el bachiller Herrera.

—Verán vuesarcedes. La nave San Lesmes se extravió de la armada de Loaysa y Elcano durante una tormenta en el año veintiséis, cuando navegaban hacia el Moluco. Y desde entonces ha estado desaparecida. Es posible que los vientos y corrientes la trajesen hasta aquí, y, por tanto, la fecha de 1528 encajaría a la perfección.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó el general, más interesado por el asunto.

—He leído acerca de la armada de Loaysa y Elcano, y los datos que os he referido son ciertos. Las carambolas no abundan, bien lo saben vuesas mercedes.

Quedáronse los otros sin saber qué decir, pues en verdad las razones del piloto parecían muy sensatas.

Al fin, cuando el sol empezó a bajar sobre los cerros de poniente, el general mandó regresar a la nave. Poco a poco, con desgana, los grupos y corrillos se fueron deshaciendo, la gente regresó hacia a la playa y tras varios viajes de la chalupa estuvimos todos a bordo de la Santa Ysabel, prosiguiendo en sus cubiertas las muchas pláticas y especulaciones que aquella cruz de madera levantaron entre nosotros.

La bahía de la Cruz fue el origen de un nuevo debate sobre el rumbo a seguir, en el que afloraron las inquietudes que habíanse ido cocinando a lo largo de las largas semanas que llevábamos barajando aquella costa. A su amparo, Figueroa pidió al general que cambiase la derrota y pusiera rumbo al este, para volver hacia el Perú.

—Si acaso algún día alcanzamos a encontrarle el fin a esta tierra —dijo el contra maestre con su voz ronca y sonora, que no necesitaba bocina para hacerse oír—, estaremos ya tan al sur que la ruta del

cabo de Buena Esperanza será harto azarosa, si no imposible, pues, aparte de las tempestades que azotan en tales latitudes, aquellas aguas abundan en enormes leviatanes capaces de destruir un galeón de un coletazo.

No obstante, Mondéjar se negó a hacer caso de las demandas del contraestre, que juzgó tan desbordadas de fantasía que antes llenarían las páginas de una novela que las de un diario de navegación.

—No son únicamente mías estas razones —insistió Figueroa—, que otros muchos señores opinan de igual manera.

—Más miedo me dan esos señores y sus razones que los leviatanes que con tanto temor mencionáis —respondióle el general.

Pero Figueroa no se dio por vencido y dos días después presentó al general, juntamente con Lucas Mariano, un auto firmado por muchos hombres en el que le pedían formalmente que cambiase la derrota.

Mondéjar, no obstante el disgusto que le produjo el auto, se tragó su irritación y decidió convocar una nueva junta en el coronamiento de popa. Además, también empezaba a flaquear su confianza en Valiero y en hallar el tan esperado paso del sur, así que, al contrario que en otras ocasiones, Mondéjar inició el consejo sin saber exactamente qué determinación tomar. La mañana era agradable, de viento flojo y cielo claro. La silueta de la costa llenaba el horizonte por la banda de estribor, una costa de playas largas y muy arenosas, y cerros boscosos.

Explicó el general, para empezar, que no era de su agrado el proceder por medio de innobles escritos por terceros interpuestos, olvidando sin duda que también él había hecho uso de ellos en vida de don Lope de la Vega.

—¿No se debatió ya en su momento la derrota más conveniente? —preguntó Mondéjar con indignación farisaica—. ¿Acaso queréis que cada vez que surja un imprevisto, cambie el viento o se oiga un pedo, cambiemos nuestros propósitos y variemos el rumbo?

Un silencio unánime y muchas testas agachadas fueron la respuesta a las preguntas del general, hasta que Figueroa, sintiéndose aludido y no queriendo escurrir el bulto, explicó por qué varios señores habían firmado el auto, preocupados porque seguía la navegación al sur, adentrándonos en mares cada vez más peligrosos, sin hallarle el fin de aquella tierra. Y que si acaso se hallaran las aguas abiertas que pregonaba el piloto, para navegar a la vuelta del oeste, ¿a qué altura sería eso?, pues de todos era sabido que las latitudes muy australes eran propicias para temporales borrascosos, no por casualidad al cabo de Buena Esperanza lo nombraban también «de las Tormentas».

—No debe sorprenderos, por tanto, que os solicitemos no perseverar hasta el fin en esta empresa —añadió Figueroa—. ¿No es mejor que pongamos rumbo al Perú ahora, que aún estamos a tiempo, para dar cuentas al virrey de todo lo descubierto, que no es poco?

El principal aliado de Figueroa en la junta fue, como se puede suponer, el maestre Lucas Mariano, que, celoso por la confianza que el general depositaba en Sebastián Valiero, volvió sobre el asunto del planisferio de Petro Plancio, del que había hecho copia, y en donde se demostraba que la Tierra Austral se prolongaba hasta el polo antártico. Y criticó al piloto por haberse callado información tan importante cuando, en su día, se decidió navegar hacia el sur.

—No olviden vuestras mercedes —dijo Mariano— que por su consejo cambiamos Perú por España, y navegamos hacia el sur, donde la Tierra Austral se prolonga hasta el polo antártico: no existe ningún paso hacia poniente. —Y al punto desplegó un tosco boceto que había hecho y que mostró a los presentes, que se rascaban las barbas y asentían en silencio—. Lo más adecuado —concluyó el maestre— es poner sin dilación rumbo al Perú.

—Además, no debéis echar en saco roto —añadió Félix Carrasco, a quien el general había rehabilitado en su dignidad de maestro a cambio de una sustanciosa contribución— que en el Perú seremos sin duda bien recibidos, pues desde los tiempos del emperador don Carlos no se descubre un continente tan vasto como esta Tierra Austral.

De todas estas cosas se defendió Valiero con las razones que ya se han dicho, que navegábamos por mares desconocidos, nunca antes descubiertos, de los que cualquier mapa o carta de marear habría de ser tan fantástico e imaginario como las historias que contaba el Tuerto.

—Es igual de posible que mañana la costa continúe hacia el sur como que se vuelva hacia el oeste —concluyó el piloto—, mas ya que hemos llegado hasta aquí, navegando tantísimas leguas, ¿vamos a abandonar ahora sin descubrir el verdadero tamaño de este continente?

En este punto de nuevo lo interrumpió Lucas Mariano para preguntar que desde cuándo era aquella la razón del viaje.

—Si tanto empeño tenéis en descubrir el contorno de la Tierra Austral y buscáis gloria para vuestra persona —dijo Mariano—, botad el batel e idos a descubrirla en buena hora, pero sin arriesgar las vidas de los demás.

—Y las haciendas —sancionó Félix Carrasco.

Entonces Valiero cambió de táctica y pidió que le explicasen cómo pretendían navegar al Perú sin haber encontrado vientos de travesía, pues no era posible el tornaviaje sino alejándose de los trópicos.

—¡Tanto que temen vuestras mercedes arrumbar al sur y tan buenos marineros que se dicen! —se burló el piloto—. ¿Cómo no saben entonces que es al sur, y sólo al sur, donde podremos encontrar los céfiros del oeste? Si quieren poner rumbo al Perú, tendrá que ser más adelante. Por más que yo ruegue a Dios para que el viento mude y se haga oeste, habremos de superar holgadamente los treinta grados de latitud para que tal súplica sea atendida.

Quedáronse mudos todos con esta última razón, incluido el general, que no estaba seguro de si las palabras del piloto habían sido para ganar tiempo o porque en verdad lo creía. En todo caso, aprovechó el desconcierto para tomarle la palabra a Valiero y cerrar el asunto, aunque fuese postergándolo.

—Ea, señores —dijo—, hagamos de nuestra parte lo que sea posible a nuestras fuerzas para alcanzar los treinta grados, sin mostrar desconfianza.

Decidióse por tanto seguir navegando al sur hasta sobrepasar dicha latitud y, si para entonces no se hubiera encontrado un paso hacia el oeste, ya se vería lo que hacer. Con tal medida, además de no doblarse a lo que le pedían los firmantes del auto, Mondéjar ganaba unos días de tiempo para meditar en la situación, pues, aunque su confianza en el piloto era grande, ya llevaban cientos de leguas costearo la Tierra Austral sin hallarle el confín. Y caso de descubrirlo muy al sur, y siendo exacto lo que Valiero había dicho, se encontrarían con vientos del oeste que les dificultarían mucho navegar hacia África.

—Sabed que estáis poniendo a prueba mi paciencia, señor piloto —le dijo después, cuando se quedaron a solas—. Más vale rogarle al Altísimo por que encontremos el tal paso.

—Allí está el paso, no os quepa duda —respondió el piloto sin arredrarse ante el general—, pero quizá no basten los treinta grados, ni siquiera los treinta y cinco.

—Pero entonces los vientos nos serán contrarios.

—Cada cosa a su tiempo, general.

Pero el paso no aparecía. Superados por fin los treinta grados de latitud antártica, con cada amanecer

las costas de la Tierra Austral continuaban mostrándose a nuestra vista, invariablemente, por la banda de estribor. Rebasados los treinta y un grados, avistamos una bahía con forma de anzuelo que finalizaba en un cabo escarpado y boscoso cuyas cimas, de noche, se iluminaron con los fuegos encendidos por los indígenas, por lo que fue bautizado como cabo de la Lumbre. El clima habíase vuelto más templado, con noches en las que llegaba a sentirse frío y era preciso envolverse bien en la cobija y resguardarse bajo cubierta para no amanecer entumecido.

Era el día de la Asunción de la Virgen y llevábamos seis semanas corriendo la costa de la Tierra Austral, pero fue en aquel hermoso cabo y en aquel día tan señalado cuando decidió el general cambiar la derrota y poner proa al Perú, de cuya conveniencia habíase convencido finalmente. Por varias razones. La principal de ellas era no seguir poniendo a prueba las lealtades de la tropa ni facilitarles a Figueroa, Lucas Mariano o a cualquier otro que promoviesen un motín en su contra. También había empezado a afirmarse en su ánimo la posibilidad de que Valiero se hubiese equivocado, que no hubiera pasado alguno hacia el oeste y que la derrota que llevaban los dirigiese a mares helados y peligrosos. Y por último, el general no era ciego a las ventajas y utilidades que podría obtener en el Perú con la noticia del descubrimiento de una tierra tan vasta y fabulosa: la Cuarta Parte Incógnita, la mítica Tierra Austral y Magallánica que durante décadas habían buscado tantas expediciones y dado por cierta los más insignes cartógrafos, algo que movería a su favor las voluntades de los poderosos, de los virreyes y del propio rey; algo, en fin, a lo que podría sacarle gran provecho.

Así, con harto pesar de Valiero, que insistía en el paso del sur, Mondéjar anunció el cambio de rumbo al finalizar la misa que se celebró en honor a Nuestra Señora de la Asunción, y de ello se holgaron casi todos a bordo.

—Por fin desiste el general de llegar al confín de la tierra —dijo Lucas Mariano.

—Ya se agotó la fe que le tenía al señor Valiero, que con engaños nos ha traído hasta tan lejos —dijo Figueroa, alegrándose más por la pérdida de confianza en el piloto que por la propia noticia.

—Sí, pero el tiempo perdido ¿quién nos lo repondrá? —respondió Carrasco, que no había entendido nada de lo dicho sobre los vientos.

Mandó el general acercarse a la costa y surgir en la bahía de la Lumbre para hacer aguada en el río que allí desembocaba y cargar víveres para afrontar el larguísimo tornaviaje. Las lumbres que habíamos observado en la noche, por la mañana seguían distinguiéndose por los penachos de humo que se elevaban en la distancia y, por primera vez desde que llegamos a aquella tierra, un nutrido grupo de indígenas salió de los límites de la arboleda y se acercó a contemplarnos. Desnudos, como siempre, no hicieron intención de atacarnos, ni por parte nuestra se dispararon mosquetes o arcabuces porque habíalo prohibido expresamente el general.

—No quiero que la despedida de esta tierra sea semejante a la que tuvimos en las islas de Poniente —dijo antes de desembarcar.

Regaló, por tanto, espejos y cuentas de vidrio a los nativos y los dejó que merodeasen por los alrededores durante el tiempo que tardamos en llenar las pipas y hacer acopio de leña y vituallas.

Que fueron tres días de mucho ajeteo, pues las dos mil leguas de travesía hasta el Perú la convertían en una de las más largas que nave alguna habría intentado jamás. Nadie se quedó sin arrimar el hombro en las duras tareas de llenado, acarreo y estiba de las pipas, tala de la leña y embarque de cuantos alimentos pudimos acopiar, frescos o en salazón, carne, pescado, frutas e incluso algunas raíces y hortalizas que habíamos aprendido a reconocer. En cuanto a la nao, se rascaban las cubiertas con cal y vinagre, tanto las exteriores como las interiores, se repasaba la jarcia más deteriorada y se realizaban todas aquellas faenas necesarias para ponerla en son de mar bajo la

dirección del contramaestre Figueroa, que se estaba revelando hombre duro y exigente con todos menos con los felices integrantes de su lista.

Al fin estuvo la Santa Ysabel cargada y aprovisionada y lista para hacerse a la mar, pero antes de partir quiso el general dejar constancia de nuestro paso por aquella tierra. Para tal hizo llamar a Gerardo de Coria, un soldado que antes había sido picapedrero, puso a su disposición una cuadrilla de hombres recios y le ordenó que grabase sobre una grande roca una inscripción.

El de Coria estuvo buscando toda la mañana una roca a propósito para el encargo del general. Una vez la hubo encontrado, la trasladaron entre todos con la ayuda de unos rodillos de madera hasta el borde del acantilado, donde la asentaron firmemente. Después la talló con cincel y martillo hasta darle forma como de estela y grabó, en la cara más regular de la piedra, lo siguiente:

«*FM*  
*SANTA YSABEL*  
*1596*».

Y debajo de la inscripción, la tosca figura de la nao.

Cuando la obra estuvo concluida, nos trasladamos todos al lugar, donde se procedió a la segunda toma de posesión de la Tierra Austral y Magallánica para la Corona de Castilla, pues cuando se hizo la primera aún no sabíamos la vasta extensión de aquella cuarta parte del orbe por fin descubierta. Dispuso Mondéjar que el bachiller Herrera hiciese una copia del acta en un pergamino de la mejor calidad para que, guardado en un cofrecillo, fuese enterrado al pie de la estela.

—Así —dijo, tal vez recordando la cruz de madera— cualquiera que aquí arribare tendrá conocimiento de nuestra presencia.

Con aquella sencilla ceremonia nos despedimos de la Tierra Austral, porque muy luego embarcamos todos y, poniendo rumbo hacia levante, pronto su silueta fue empequeñeciéndose a nuestra popa hasta que se hizo una con el horizonte y desapareció.

Como había adelantado Valiero, en aquella altura no encontramos los céfiros del oeste que nos llevasen con solvencia hacia las Indias Occidentales, y se fueron muchos días en querer navegar con vientos de bolina, abiertos o, lo más, a la cuadra, barloventeando con mucho trabajo de jarcia y aparejos y bien poco resultado. No se alegraba de ello Valiero, pues para él, al contrario que Figueroa, no era motivo de orgullo acertar en sus previsiones si eso perjudicaba a la expedición. Y nadie podrá decir que lo viese esforzarse menos por luchar contra los vientos, o que percibiese en él una sonrisa socarrona o escuchase una jactancia.

El mar estaba tranquilo, el cielo muy azul y la rutina de la navegación de altura pronto se instaló en el navío. Para romper el tedio de la vida a bordo, yo procuraba entretenerme con la lectura de la Suma de Hinojosos, y de otros libros, con las tareas de la enfermería, que estaba enseñándoselas a Frasquita, conversando con los camaradas de rancho, con el cabo Vicente y con otros amigos como el bachiller Herrera o el mismo Valiero. A Juana Alonso apenas la había vuelto a ver desde que tuvimos la discusión, y mucho me pesaba, porque no había querido de ninguna manera ofenderla y también porque era mujer de natural alegre y entretenido y, mientras estuvimos juntos en la enfermería, el trabajo se me hizo más liviano y ameno.

Sin embargo, entre las distracciones de aquellos días, hubo una que consiguió absorber más mi interés. La inició un día doña Elena al enviarme, por conducto de Maui, un billetito de regular tamaño en el que, con muy elegantes palabras, haciame saber que se encontraba débil y desganada, me explicaba la triste situación que atravesaba y me pedía disculpas por las aflicciones que, con el cuento de las suyas, pudiera causarme; pero, a renglón seguido, me proponía un juego para vencer el tedio de la navegación. Consistía este en encontrar un texto camuflado en una cuadrícula, empleando para ello los movimientos del caballo del ajedrez. El texto podía ser un acertijo, que también debía adivinar, una frase sacada de un libro o un pensamiento propio.

Y aparte de lo entretenidos que podían resultar, el que estuvieran escritos de puño y letra de doña Elena le conferían, como es lógico, un valor especial. Sin embargo, eran a veces los suyos pensamientos tristes, colmados de la melancolía de quien no ve sino los aspectos trágicos de la vida. Para ayudarla a salir de aquel estado, yo me devanaba los sesos para enviarle, a mi vez, quisicosas divertidas que trajesen algo de luz a esas tribulaciones que no terminaba de dejar atrás.

Durante aquellos días de navegación, el principal y más grave de mis pacientes seguía siendo el alguacil Juárez, con quien la ciguatera se había cebado de manera incomprensible, pues ni remitía con el tiempo ni le procuraba una muerte rápida. Más de dos semanas duraba la lucha del hombre contra un atosigamiento que sin prisa pero sin pausa habíalo ido consumiendo y robándole las fuerzas, aunque no la claridad de la mente. Desde que abandonamos la bahía de la Lumbre, Juárez tuvo largos periodos de silencio, recogido en sí mismo, poniendo, quizá, su alma en paz con Dios. Cuando yo entraba en la cámara para atenderlo y administrarle algún remedio que le calmase el dolor, como había ordenado Mondéjar, encontrábalo encogido bajo una sábana que cada vez abultaba menos, pero serio y sereno, con un rostro impasible que no dejaba traslucir el sufrimiento si no era por la mirada ardiente de sus ojos negros. Respondía a mis preguntas con frases escuetas y mesuradas, se mostraba afable con quienes lo visitaban y a todos ocultaba su sufrimiento, como si temiese, más que ninguna otra cosa, inspirar compasión.

Una mañana, seguro de que el fin lo rondaba, hizo llamar al padre Saavedra, que llegó presto a la

cámara y sentose a la cabecera del lecho, manteniendo los dos una breve conversación en un murmullo inaudible. Al finalizar, el sacerdote trazó con el óleo bendecido las siete unciones prescritas y pronunció la fórmula de rigor. Y una vez se hubo marchado, tuvo Juárez una última voluntad harto sorprendente: pidió hablar con Juana Alonso en la más estricta reserva.

Desconcertados todos, y en especial Mondéjar, salimos de la cámara para que entrase Juana Alonso, que permaneció con él más de una hora. Mientras tanto, el general paseaba por el estrecho pasillo que había entre los camarotes de la tolda con las manos recogidas en la espalda, la cabeza baja y pasos de león enjaulado; y yo, que me había acodado en la borda del combés para tomar el aire, me preguntaba qué clase de confesión sería aquella para la que necesitaba a Juana Alonso antes que al capellán, y sobre todo, por qué el moribundo no había aprovechado cualquier otro momento, de los muchos que la mujer habíale dedicado, para decirle lo que hubiera menester.

Al cabo, salió Juana de la cámara. Cerró tras de sí la puerta con suavidad, cruzó entre los hombres que llenaban el combés y se acercó a mí. Me pareció que estaba más pálida de lo habitual, pero no podría asegurarlo, pues con su acción había atraído sobre nosotros tantas miradas entrometidas que yo hice lo posible por disimular. También ella diose cuenta de la imprudencia cometida e hizo como que contemplaba la mar y se refrescaba el rostro.

—Esta noche quiero veros, señor Torres —dijo con voz baja y sin volver hacia mí la cabeza—. Iré a buscaros a la enfermería.

—No es buen momento —le susurré.

—Procurad estar solo —respondió ella, sin atender a mi recomendación.

Y dicho aquello volvió adentro para acompañar a Juárez en los que habrían de ser sus últimos momentos, ya que antes de la hora sexta el alguacil entregó su alma al Creador.

—Ha muerto un hombre difícil de reemplazar, zagal, de esos que hacen temibles a nuestros ejércitos —me dijo el cabo Vicente.

—Quizá Mondéjar lo eche de menos, señor cabo, pero muchos habrá que no lo extrañen —le respondí.

—Todos lo echaremos en falta, zagal. Los buenos soldados son como los doblones de oro fino, que en cualquier sitio vienen bien —respondíome el cabo mientras veíamos cómo lanzaban el cuerpo de Juárez por la borda. El saco de lona, lastrado con una bala de cañón, penetró limpiamente en el agua, sin levantar apenas espuma, como un tributo postrero a su discreción. En unos instantes no quedaba más rastro del alguacil que el que pudiéramos guardar en nuestra memoria y la anotación del bachiller Herrera en la relación de a bordo.

Aunque por su incondicional adhesión a Mondéjar yo no guardaba de él un recuerdo muy lisonjero, siempre me había parecido persona singular, más preocupada por su cometido que por la propia vida. A lo largo de la jornada no se le había conocido otra mujer que aquella Talúa que le regalara el general, y aun esta le duró poco tiempo. Su frugalidad y dedicación durante las campañas habidas en San Cristóbal a todos nos ponían asombro, porque cuando otros dormíamos, él velaba; cuando algunos nos deteníamos, él continuaba; y cuando desistíamos, Juárez porfiaba. Descanse en paz.

En cambio, la paz estaba lejos de llenar mi ánimo; al contrario: las palabras de Juana Alonso me tenían intranquilo y preocupado. ¿Por qué me citaba con tanto misterio en momento tan inoportuno? Y no es que me faltase imaginación para encontrar respuestas a tal pregunta, sino que todas ellas me inquietaban, incluso la de suponer que fuera placentero el objeto de su llamada. Mas ¿aquél día? Así que, tras de darle muchas vueltas al asunto y resolver una cosa y al momento la contraria, después de la cena me uní al rancho del cabo Vicente para pasar la noche en alegre compañía.

—Bebed, Juan Torres —me dijo el cabo Salcedo, y me ofreció una bota con licor de palma—, que

si los duelos con pan son menos, no quiero deciros con esta ambrosía.

Alcé la bota y dejé caer en el gaznate un chorrillo de la tal ambrosía, que quemaba como el infierno. Al hilo de la muerte de Juárez, que a nadie dejó indiferente, mis compañeros dieron en contar historias que versaban sobre muertes fulminantes, lentas agonías, accidentes inesperados, crueles asesinatos, sangrientas batallas, condenas en el cadalso o terribles enfermedades.

—¿Y qué plagas nos pronosticáis para esta travesía, señor cirujano? —preguntome Gorrostieta, el vascongado.

—Dios me libre de hacer semejante profecía —respondí.

—Yo diría que nuestros mayores enemigos serán la sed, o tal vez el hambre —soltó el cabo Vicente.

—No opino igual. Con tantas ratas como llevamos a bordo no me habléis de hambre, señor Vicente —dijo el de Salvatierra—, pues son almacén de carne fresca para cuando lleguen los malos tiempos.

—Vive Dios que me repugna la idea —protestó el cabo Salcedo, escupiendo en las tablas—; antes prefiero morir de hambre que hincarle el diente a bicho tan inmundo.

—Ya veremos si lo repetís cuando llegue el momento.

Muchas risas y comentarios siguieron a sus palabras, mientras la bota del cabo Salcedo no paraba de rodar de mano en mano, soltando lenguas y humedeciendo gaznates. Al cabo, con el exceso de licor y el murmullo de la conversa, me amodorré y allí mismo quedeme dormido, sin más colchón que las tablas ni más cobija que el aire espeso del entrepuente y los ronquidos de los compañeros.

Me despertó un grito de dolor, un grito que primero se incorporó al sueño y después se prolongó en la vigilia. Levanteme algo aturdido, rodeado por los murmullos de quienes se habían espabilado antes que yo y subí a cubierta. La noche estaba avanzada y una luna en menguante iluminaba las aguas con un claror azulado. Vi pasar a la guardia armada junto a la bujía de la bitácora y perderse dentro de la tolda, a cuya entrada muchos se apiñaban queriendo hacer averiguaciones.

Al cabo de unos momentos, dos soldados salieron de la cámara y preguntaron por mí. Uno de ellos era Abel Hinojosa quien, para esconder la fealdad de su rostro desnarigado, habíase fabricado una tira de cuero que, sujeta en ambas orejas, le cruzaba la cara por debajo de los ojos y le ocultaba la nariz, dejando dos pequeños orificios por donde respirar.

—El general os manda llamar —me dijo, lanzándome una mirada insolente. Y sin más explicación, él y su compañero me tomaron por los brazos y me llevaron adentro.

El pasillo estaba oscuro pero lleno de gente y la puerta de la cámara, cerrada y custodiada. Golpearon en ella y desde dentro la entreabrieron y nos dejaron pasar. A la luz de un candil pude distinguir al maese de campo plantado en el centro, al general en el lecho, y tirada en el suelo, a los pies de otros dos soldados, a Juana Alonso.

—Por Dios, Juana, ¿qué os ha sucedido? —dije, y me arrodillé a su lado para atenderla.

—No es por ella por quien tenéis que preocuparos, señor Torres, sino por mí —dijo el general con voz ronca—. La muy zorra me ha apuñalado.

Juana alzó apenas el rostro, que lo tenía tumefacto y ensangrentado, los brazos apersogados y el vestido desgarrado por algunos sitios. Aunque sus labios no se despegaron —no podían hacerlo—, sus ojos lanzáronme una mirada interrogante, llena de reproches, o al menos eso me pareció.

—Llévala abajo y ponedla en el cepo —ordenó Mondéjar con fiereza.

Hinojosa y otro guardia la sujetaron por los hombros y se la llevaron a rastras de allí. Pese a la

situación tan dramática, observé con preocupación que el Hinojosa no quitaba los ojos de las intimidades de Juana Alonso que asomaban por los rotos de su vestido.

—¡Maldita sea vuestra estampa, barbero! —gritó Mondéjar—. ¡Haced algo!

Me incliné sobre el general, que, a pesar de las voces y bravatas, tenía el rostro pálido y sudoroso y la camisola ensopada en sangre. Lo hice girarse levemente, le alcé la ropa y pude ver en su espalda, a la altura del riñón, un tajo estrecho y profundo que lo traspasaba de parte a parte. Mientras exploraba la herida, el general no dejaba de quejarse y renegar, descargando sobre mí tanto su dolor como su malhumor.

—Puto sacamuelas, me hacéis daño.

Aguanté sus injurias unos momentos, mas al cabo acabaron por hartarme y me incorporé.

—Señor Mondéjar, contened esa lengua si queréis que continúe. Me importa un bledo si me enviáis a la sentina o me cortáis la cabeza en el tajo —le dije, mirándolo de hito en hito.

Y durante un fugaz instante en verdad creí que lo haría, pero entonces el rostro del general se distendió en una sonrisa llena de dientes, reservándose el desagravio para otro momento.

—A ver si valéis el rancho que se os da —dijo, acatando mi advertencia.

—Traed más velas —ordené a un guardia—. También necesito mis herramientas y que aviséis a la Mulata para que me ayude.

Mientras tanto, rasgué la camisola de Mondéjar y, haciendo puño con un jirón, lo puse sobre la herida de la espalda, que era la que más sangraba. La Mulata se presentó en la cámara con la cabellera alborotada, el corpiño desceñido y la camisa arremangada. Sin apenas saludarla, le pedí que me trajese un cuartillo de aguardiente del más fuerte, que guardaba en la enfermería, y un atadizo de trapos limpios.

—¿Pensáis emborracharos ahora? —me preguntó Félix Carrasco, que había estado paseando por la cámara y observando mis cuidados.

—Señor Carrasco, si no vais a estaros callado mejor es que os marchéis —le respondí, envalentonado porque había logrado imponerme a Mondéjar, y el maese de campo me miró colérico, atusose el bigote y salió de la estancia rezongando contra mí:

—A fe mía que es atrevido este bellaco.

Con él marchose la Mulata, que, pese al escaso tiempo que le llevó hacer los encargos, cuando volvió traía el pelo recogido en una trenza y el corpiño bien ajustado. Aunque la vi algo nerviosa, me lanzó una sonrisa de ánimo que no supe interpretar muy bien.

Con los trapos empapados en aguardiente limpié concienzudamente la herida y sus alrededores. La piel del general era muy pálida y estaba salteada de lunares grandes y cubierta de un vello ralo y muy negro. La boca del corte tenía un dedo de largo y estaba bastante limpia, pero aun así me pareció oportuno cauterizarla con fuego: no quería que se infectase, ni tenía intención de ahorrarle sufrimientos al general. Por tanto, envié nuevamente a la Mulata a encender el fogón y preparar el fierro mientras yo examinaba el corte de salida, que era apenas un puntazo situado cerca del hueso de la cadera. Evidentemente, Juana Alonso lo había apuñalado por detrás, de arriba hacia abajo.

Mientras trabajaba, no dejaba de pensar en Juana Alonso y en lo sucedido. ¿Qué la habría llevado a apuñalar a Mondéjar? ¿Acaso habían discutido y en un arrebató de furia ella lo hirió? Aunque conociendo a Juana no me parecía la suposición más plausible, ni me la imaginaba arrastrada por un frenesí destructor. Tal vez el general la atacó primero y ella se defendió, o Juana rechazó sus atenciones y él, despechado, la quiso azotar, o puede que el general le estuviese sonsacando, por celos, el nombre de algún supuesto amante. En fin, eran tantos los quizás, que no daba abasto para analizarlos debidamente. Por fortuna, el regreso de la Mulata, sosteniendo con un trozo de cuero el

fierro candente, me sacó de mis pensamientos. Con ella llegaron también el maestro Lucas Mariano y el padre Saavedra.

—Sí que sois previsora —le dije—. Señores, sostened al general mientras le cauterizo la herida.

Se apostaron uno a cada lado del desaliñado lecho y sujetaron al general, que estaba acostado boca abajo y soportaba el dolor con gran entereza. «Ahora veremos si sois tan bizarro», pensé con una alegría insana. Y apliqué el fierro a la herida, que siseó y desprendió un olor a carne asada mientras lo mantenía firmemente apretado contra ella. Mondéjar no pudo morder por más tiempo su dolor y, antes de perder el conocimiento, dejó escapar un grito verdaderamente pavoroso. Después hice lo propio con la herida del vientre, que, aunque menor, también convenía quemar, y por último quise despejar de gente la cámara.

—Llevaos esto de aquí, mis señores. Y vos, Úrsula, preparadme una cocción con estas flores. —Y le entregué el saquillo donde guardaba flores secas de kavakava, semejantes a puntas de espárrago, que había visto emplear a los indios de las Salomón para sus rituales y que, en pequeñas cantidades, calmaban el dolor y embotaban los sentidos.

Luego embadurné las quemaduras con abundante unguento balsámico, cubrilas con apósitos limpios y le vendé el torso por encima de la cintura. Mondéjar pronto recobró el sentido, pero había perdido mucha sangre y se mantuvo en un estado váguido y desfallecido que hizo difícil darle de beber la tisana que preparó la Mulata. Al terminar, la mujer arregló someramente las ropas del lecho mientras yo recogía los bártulos para marcharme también, mas al salir por la puerta de la cabina detúvome Félix Carrasco.

—¿Adónde va el señor cirujano? Voacé se queda aquí, guardando la vida del general —me dijo con muy falsa zalamería. Y allí hube de permanecer, junto al general, en calidad más de prisionero que de cirujano, aislado e ignorante de las cosas que se cocían en la nao.

Mondéjar pasó el resto de la noche en un trémulo duermevela, embotado por la infusión de kavakava que cada cierto tiempo le daba de beber, hasta que consiguió quedarse dormido. Sin embargo, por la mañana hizo su aparición una fiebre repentina y muy elevada que procuré rebajar con paños de agua fresca y una sangría en la vena de todo el cuerpo.

Durante todo aquel día no entraron en la cámara más que la Mulata y Félix Carrasco, la primera para traer una sopa de gallina que el general no quiso tomarse, y el otro para interesarse por su estado. La segunda noche también estuve cuidando a Mondéjar, que continuaba febril y por ratos deliraba. Mientras le cambiaba los apósitos y le refrescaba la frente y velaba su sueño, no dejaba de pensar en lo ocurrido, sin llegar a conclusión ninguna. Mas al fin me venció el cansancio y me quedé profundamente dormido, y fue el general quien me despertó al amanecer.

—Arriba, señor barbero, que necesito dirigir esta nao.

Encontrábase mucho mejor y por ello dedicó la mañana a disponer los asuntos del gobierno de la Santa Ysabel. Se entrevistó con Félix Carrasco, que llegó con aires fieros y se sentó junto al lecho. Mondéjar le recomendó velar por el orden y la disciplina de la nao en tanto él no estuviese recuperado, evitando desmanes, abusos innecesarios y dispendios en el reparto.

—Ved que os perdoné una vez, señor Carrasco. Ahora tenéis la ocasión de reivindicaros y demostrarme que no estaba equivocado.

Asentía con vehemencia el maese de campo, concentrándose en seguir las palabras e indicaciones del general.

—Ah, y otra cosa, señor Carrasco —díjole cuando aquel ya se iba—. A Juana Alonso mantenedla encerrada en la sentina, a pan y agua, y ponedle guardia para que nadie vaya a socorrerla.

—Descuidad, general, que así se hará —le respondió el maese de campo con extrañeza.

—No me entendáis mal, don Félix: deseo mantenerla con vida para que afronte el juicio que se merece y sea ahorcada de la verga del árbol mayor. Y vos respondéis de ello.

Luego ese era el destino que le tenía reservado a Juana Alonso. Sólo de imaginármela encerrada en tan infame lugar se me erizaba la piel: un hedor capaz de atontar los sentidos, las ávidas ratas, que no dudarían en morderla, y la más pútrida de las suciedades. ¿Se habría ocupado alguien de llevarle una jarrilla de agua o un poco de comida?, me preguntaba. Pero lo que más me atormentaba era pensar que, de haber acudido a la cita que me pidió, tal vez se hubiera evitado todo esto. Y me avergoncé por haber dudado de la gravedad de sus motivos, por haber creído que era una liviandad lo que la había movido a citarme. Sin embargo, ya no tenía dudas de que su llamada tenía relación con lo ocurrido. Qué asno, me decía, qué desleal había sido con aquella mujer.

Afortunadamente, la leve mejoría de Mondéjar me permitió salir de la cámara, aunque fuera un rato. Al verme pasear por cubierta, muchos se acercaron a preguntarme por el estado del general, algunos cargados de verdadera preocupación y otros de insana hipocresía, y yo les respondí con evasivas, deseoso de quitármelos de encima y encontrar al cabo Vicente para preguntarle por Juana Alonso.

Estaba mi amigo en la cubierta del castillo, en animada plática con la Mulata, de cuya compañía mucho gustaba últimamente.

—Aquí todo son hablillas y conjeturas, zagal —me dijo mi amigo—. Nadie sabe nada, y si alguien lo sabe, se lo calla.

—A Juana le han puesto el cepo y la han encerrado en la sentina, donde está muy custodiada —dijo la Mulata—. Yo misma fui a llevarle parte de mi ración, pero el centinela me cerró el paso y a él se la entregué. Más no puedo deciros.

—No te apures, zagal —me dijo Hernán Vicente, la chanza brillándole en los ojos—, que siendo quien es acabará saliendo del apuro.

—Esta vez os equivocáis, señor Vicente. El general tiene pensado juzgarla y ahorcarla.

—No llegará a tanto —suspiró la Mulata—. Y decidme —prosiguió con inoportuna curiosidad—, ¿sabéis por qué motivo acuchilló al general?

—Sé tanto como vos; pero descuidad, que lo averiguaré, y también haré por verla y atenderla.

—No te metas en ese berenjenal, que vas a salir trasquilado —me recomendó el cabo—. Deja a los principales que arreglen sus asuntos. Esa mujer ha estado jugando con fuego y, ya ves, ha terminado quemándose.

—¿Cómo podéis hablar así sabiendo lo que Juana Alonso ha hecho por vos, y por muchos otros durante la jornada? —dije indignado—. ¿No se merece nuestra ayuda ahora que ha caído en desgracia?

—Ay, zagal, que ya veo yo dónde han mudado tus querencias —se burló.

—No es cuestión de querencias, amigo mío, sino de justicia; y cuando requiera vuestra ayuda no quiero encontrarme con una negativa.

El cabo Vicente se pasó la mano por el pelo entrecano y meneó la cabeza para uno y otro lado, mostrándose más preocupado por mí que por Juana Alonso. Dejelos allí y bajé a la sentina para tratar de verla. Como era de esperar, los soldados que guardaban la escotilla me prohibieron la entrada. Así que me fui en busca del maese de campo, para solicitar su permiso, pero, aunque me escuchó con atención, no quiso arriesgarse a provocar la ira de Mondéjar por asunto tan menudo.

—No puede ser, Juan Torres —me respondió—, no mientras el general no lo autorice.

—Pero al menos habréis de mirar por que coma y beba, cosa que también os demandó el general —insistí yo—. No querréis que cuando vaya a ser juzgada, sea cadáver.

Esta última razón recordó al maese de campo que tenía que atenderla siquiera mínimamente y autorizó, por tanto, que se le llevase agua y comida dos veces al día. Y, comoquiera que la tarea se la encomendaron a la pequeña Frasquita, me fui a buscarla.

La encontré cerca del fogón, junto a sus padres y su hermano Luis, el único que le quedaba, sentados en el suelo, con las escudillas sobre los muslos y una jarrilla de agua en el medio, de la que bebían todos ellos. Decidí no andarme con rodeos ni fingimientos y sin demora les expuse la difícil situación en que se encontraba Juana Alonso, y las heridas que tenía.

—A mí no me permiten bajar a la sentina y atenderla como es debido, pero puedo darle a Frasquita algunos remedios para que se los haga llegar. No es fácil que nadie se percate del asunto.

Un espeso silencio acogió mis palabras. Gaspar Pinto miró a Josefa Mendieta y esta a su hija y, sin alzar la cabeza, la mujer me dijo que los disculpase, pero Frasquita era aún muy niña para involucrarla en tales intrigas.

—Otra cosa sería que me arriesgase yo mismo —continuó Gaspar Pinto—, pero acabamos de perder a dos hijos y voacé entenderá que temamos por Frasquita. Es mejor que no la toméis de recadera.

—No os aflijáis, señor Pinto, que no hacéis otra cosa que cumplir con vuestro deber de padre —lo disculpé con voz que quiso parecer desenfadada, a pesar del fiasco que sentía.

Volví a la enfermería y me senté en una banqueta, solo y desalentado por los escasos resultados de mis gestiones. ¿Tan poco apreciaban a Juana Alonso en la nao que nadie estaba dispuesta a arriesgarse por ella? En estas amargas reflexiones me hallaba sumido cuando llegó Frasquita con mucho sigilo.

—¿Qué haces aquí, muchacha?

—Vengo por mi propia cuenta para ponerme a vuestro servicio —dijo ella en voz baja.

Allí mismo me habría reído a carcajadas si la situación no fuera tan dramática, pues era tal la gravedad con que me hablaba y tanta la decisión que había en sus ademanes que parecían fuera de lugar en persona de tan corta edad.

—¿Estás segura de lo que dices, Frasquita?

—Ponedme a prueba, señor Torres.

La estrujé con fuerza contra mi pecho, agradeciéndole su valor, y sin dilación le entregué un pomo de unguento de calamina para que se lo diese a Juana.

—Dile que se lo aplique en los golpes y magulladuras, y en los tobillos, que es donde el cepo le hará más daño. Ah, y lleva un candil, muchacha, que la sentina es oscura y lóbrega.

Frasquita escondió el unguento entre la ropa, apretome la mano y, ya desde la puerta, me indicó que trataría de verme todos los días.

El general, después de una breve y engañosa recuperación, cayó nuevamente con calenturas muy altas. Entretanto, la Santa Ysabel seguía sin tener fortuna con los vientos y avanzábamos a paso de tortuga. Decía Valiero que había que buscar los céfiros más al sur, pero Lucas Mariano y Figueroa insistían en mantener el rumbo, y Félix Carrasco, nuestro jefe interino, los apoyaba, así que en una semana apenas corrimos ochenta leguas.

Los días eran claros y despejados, sin que apareciera una sola nube en el horizonte, y también más largos, los colores de la mar cambiantes, la superficie de las aguas tranquila y pacífica, como el nombre con que Magallanes había bautizado aquel océano. La gente gustaba pasar las horas en cubierta, observando el vuelo de algunos pájaros que, de tanto en cuando, cruzaban por el cielo, o a los delfines que a veces acompañaban a la Santa Ysabel asomando sus lomos brillantes y sus hocicos alargados y saltando sobre las aguas en cabriolas que aplaudíamos desde la borda.

Cada cual entreteníase como podía. Los naipes y los dados volvieron a aparecer sobre cubierta, por más prohibido que estuviera su uso, pero en aquellos días de convalecencia del general, y sin el alguacil Juárez para remediarlo, la disciplina habíase relajado mucho. El señor Carrasco no era hombre de temperamento para dirigir la hueste y el tiempo se le iba en pasearse por el alcázar ostentando lujosos ropajes, en atusarse el tremendo bigote y en atracarse con los mejores manjares que podía ofrecerle la bodega.

El capellán dirigía los rezos, enseñaba el catecismo a los más jóvenes y hacía lecturas pías para aquellos que quisieran atenderlas, siempre acompañado del grumete Alfonso Rodríguez, que hacía de diácono, y de Laghu, al que no dejaba de instruir en todo lo que sabía.

Yo seguía recibiendo, de vez en cuando, algún billete de doña Elena con acertijos del salto del caballo, o de otro tipo, que necesitaban su tiempo para resolverse. Solía traérmelos Maui, que, pese a ser su cuñada, a veces parecía su criada; pero mi ánimo no estaba aquellos días para andar descifrando adivinanzas cuando otros asuntos más principales requerían mi atención, y he de reconocer que los tuve un poco olvidados. La mayor parte del tiempo se lo dedicaba a Mondéjar, cuya herida habíase inflamado y supuraba un líquido blanquecino y maloliente. Dos veces al día le cambiaba los apósitos y la limpiaba, untándola después con aceite balsámico y mixtura de yema, mas el general no mejoraba. Atenazado por la fiebre, se pasaba el tiempo acostado en su lecho y delirando, por lo que volví a velarlo en la cámara. Los ojos se le habían hundido en las órbitas y la piel la tenía más amarilla que el sebo de una candela. Todos en la nao daban por segura su muerte y Félix Carrasco empezaba a actuar como si su cargo fuera ya vitalicio. Cuanta vez me veía me preguntaba por la salud del general, mostrando en ello gran preocupación y pesadumbre, en especial si había otra gente delante, e incluso se tomaba la licencia de exigirme la máxima dedicación en mi trabajo.

—La vida del general me es muy amada, señor Torres —me decía, atusándose el bigote y enronqueciendo la voz—; sin él estaríamos perdidos.

Durante varios días la vida de Mondéjar estuvo bailando en el filo de la navaja. Cada noche pensaba que habría de ser la última y cada mañana me lo encontraba con la boca muy abierta, respirando como una culebra puesta al sol, empapado en sudor y estremecido por los escalofríos, pero vivo. Pero la mañana del quinto día le noté una leve mejoría: en sus ojos, aunque agotados y febriles, brillaba una lucecita de entendimiento, su respiración se volvió más regular y su semblante recuperó la serenidad.

Y lo triste es que no podía alegrarme. Había hecho por él todo lo que mi escasa ciencia daba de sí, pero su salvación sin duda supondría la condena de Juana Alonso. Si alguna oración salió de mis labios fue para pedir que Mondéjar le concediese la gracia del perdón. Mas en vano fueron los ruegos, pues apenas recuperó el aliento, el general ordenó a Carrasco que formase un tribunal para juzgarla.

—¿No querríais vos ser parte de él, barbero? —me preguntó con malicia.

—Mi oficio es salvar a la gente, general, no condenarla.

No obstante, esa misma tarde volvió a recaer en un profundo delirio. Hablaba palabras inconexas, farfullaba nombres para mí desconocidos y abría los ojos con una fijación exagerada. Avanzada la noche, como el general se calmó de sus desvaríos, salí afuera para descansar del aire viciado de la cámara, despejarme y cavilar en Juana Alonso. Llevaba días dándole vueltas a la manera de salvarla, pero sin resultado. La noche era oscura y estrellada y la única claridad a bordo era la luz amarilla de la bujía de la bitácora. Agua y cielo uníanse en una sola negrura continua y uniforme.

Inmerso en mis pensamientos, no percibí la cercanía del cabo Vicente hasta que, poniéndome la mano en el hombro, me hizo dar un brinco.

—Pardiez, que te vas morir de un sobresalto —me dijo, y como yo callase, continuó—. Atiende, zagal, porque dentro de un rato vas a poder bajar a la sentina y ver a tu Juana.

Con la noticia recuperé mis sentidos y se esfumaron mis cuitas, tanto, que ni siquiera quise contradecir al cabo ni cuestionarle el discutible posesivo que había empleado.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, amigo Vicente.

—Baja la voz si no quieres que la empresa se malogre —me dijo con mucha seriedad—. Tras el cambio de la guardia, espera unos momentos y baja a la bodega. Manuel de Badajoz y Felipe Pisano harán la centinela de medianoche y ellos te dejarán pasar.

—Es una suerte que hayan coincidido los dos en hora tan apropiada.

—No ha sido la suerte, zagal. —Y sin decir más, apretome el brazo y marchose. Hice yo lo mismo y me pasé por la cámara, donde comprobé que el general dormía plácidamente. Aun así, lo incorporé y le di de beber un específico que tenía preparado y esperé pacientemente a la medianoche.

Cuando los pajes la anunciaron con la consabida cantinela, salí de la cámara, me deslicé por el entrepuente y bajé a la bodega, donde la plática de los centinelas me ayudó a orientarme.

—Mucho os habéis demorado, amigo Juan. Ya pensábamos que no vendríais —me susurró Felipe Pisano, y dicho tal, levantó escotillón que daba paso a la sentina. La oscuridad era tanta que, aun estando a su lado, no podía apreciar una sola línea de sus cuerpos.

—Tomad —me dijo Manuel de Badajoz, y puso en mi mano el cabo de un vela.

Otra vez la sentina. Mi destino parecía unido a ella: primero el capitán Flores y ahora su esposa, o su viuda. El hedor me golpeó con fuerza, un olor putrefacto que martirizaba la nariz, llenaba el espacio todo de boca, tragaderas y pulmones y se adhería con tenacidad a la ropa. El sonido del mar rompiendo contra las bandas y deslizándose sobre la tablazón del barco apagaba cualquier otro ruido, lo despojaba de identidad y lo incorporaba a la resonancia general. Allí abajo me sentía transportado a un purgatorio tangible a medio camino entre la tierra y el averno.

¿Dónde estaría Juana Alonso? Con ayuda del eslabón y la piedra conseguí encender el cabo de vela y abrir un espacio de titubeante claridad. Alcé la candela todo lo que el escaso puntal me permitía y me desplacé con cuidado, chapoteando en una inmundicia espesa que me alcanzaba a los tobillos, hasta que logré ver a la mujer. Estaba sentada sobre las tracas del plan, apoyando la espalda en el costado y con las piernas en el agua. Los pies teníanlos aprisionados por el cepo y las manos ceñidas por grilletes sujetos a una larga y pesada cadena.

—¡Juana! ¡Por vida, cómo os tienen!

Dejé caer unas gotas de cera sobre el canto de una tabla y en él afiancé la vela. A la luz rojiza de la llama observé su rostro ojeroso y aterrorizado, con una herida muy fea en el pómulo, los tobillos y muñecas despellejados y la saya completamente empapada.

—Las ratas —me dijo sin reconocermé, mientras sus ojos espantados miraban a todas partes, buscando tal vez a los animales—. Las ratas...

Cogí su cara entrambas manos y la hice volver hacia mí.

—Juana, soy yo, Juan Torres —le dije, procurando dar tranquilidad a mi voz.

—¡Vos! ¿En verdad sois vos? —exclamó, enderezándose, tirando de las cadenas y ofreciéndome sus brazos, mas sin terminar de verme todavía.

—Calmaos, Juana, que no deben oírnos, y dejad que os atienda, que no tenemos mucho tiempo —le dije mientras me arrodillaba a su lado y la abrazaba con ternura, percibiendo en mi pecho los acelerados latidos de su corazón.

—Amigo mío, amigo mío —susurraba, manteniendo el abrazo—, sacadme de aquí.

—Os liberaré, no os preocupéis, aunque sea la última cosa que haga —le dije, tratando de soltarme.

Por fin lo conseguí y pude dedicarme a curarla. Con cuidado, deslicé hacia arriba los pesados grilletes, limpié las llagas de las muñecas con unos trapos que llevaba conmigo y las traté con la mixtura de yema, aceite de coco y aguarrás. Sus manos temblaban con el roce de mis dedos, mas ninguna queja salió de su boca.

—¿Qué ha sido de él? —me preguntó de pronto, con una voz que sonaba muy entera.

—Ha estado a un paso de morir, pero su naturaleza es fuerte y se resiste a dejarnos.

—¿Lo estáis curando vos?

—¿Quién si no? Me tiene durmiendo al pie de su lecho.

—¿Y sabéis qué piensa...? —dijo, y dejó la pregunta en el aire.

—El general tiene intención de... —dudé si sería oportuno decirle la verdad, pero ella me apretó las manos, apremiándome a seguir— de juzgaros y enviaros a la horca.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya?

—Deberíais conocerlo mejor. Mondéjar quiere estar bien recuperado para disfrutar plenamente de su venganza. Y quizá también desea que os arrepintáis y le supliquéis, y temáis su ira mientras os pudrís en esta miserable sentina.

Envolví la muñeca derecha con uno de los trapos que había traído, la deposité sobre su regazo y empecé con la otra, en la que también estaba lacerado el arranque del pulgar. Tenía el brazo frío, húmedo, sucio y con moratones provocados por el grillete, que pesaba sus buenas dos libras.

—He intentado zafarme del grillete, que está hecho para manos de hombre —díjome al notar mi sorpresa—; pero no lo he conseguido.

—¿No vais a decirme por qué lo habéis apuñalado? —le pregunté mirándola directamente a los ojos, sin poder contenerme por más tiempo. Ella se mantuvo en silencio, sosteniendo mi mirada, y finalmente me contestó con otra pregunta.

—¿Por qué no acudisteis aquella noche a la enfermería?

Entonces me tocó callar a mí, y esconder los ojos a su escrutinio. Una vez limpiadas la suciedad y las costras de sangre, extendí la mixtura sobre las llagas, algunas de las cuales alcanzaban el hueso.

—No tengo ninguna disculpa que daros, Juana, ninguna. —Mientras hablaba, detuve la cura y encerré sus dedos entre los míos—. Sólo espero que podáis perdonarme.

Afirmó lentamente con la cabeza y abrió la boca para decir algo, mas en ese momento una rata enorme se acercó a nosotros y Juana Alonso soltó un grito agudo, hizo un aspaviento para

espantarla y se apretó más contra mí.

—Me aterran las ratas, más que la propia muerte. En varias ocasiones me han mordido los pies y desde entonces apenas he pegado ojo, horrorizada con la idea de que me devoren mientras duermo. —Y con un gesto me señaló sus pies, cuyas puntas emergían una pulgada del agua.

Se me caía el alma al ver el estado en que se hallaba la mujer, e intentaba imaginar el horror que estaba pasando, encerrada en aquella húmeda oscuridad, mientras esperaba el momento de ser ajusticiada.

—Ahora os curaré el rostro —le dije.

Y con mucho cuidado lavé la costra ensangrentada que se le había formado en el pómulo derecho a causa, seguramente, de los golpes que le propinó Mondéjar. Bajo ella apareció un corte profundo, aún en carne viva, y lo unté con la mixtura, lamentando no haber traído conmigo una aguja para coserlo.

—Fue Juárez —empezó Juana—. Quiso hablar conmigo después de confesarse con el capellán. Al quedarnos solos estuvo un buen rato en silencio, como si aún luchara consigo mismo, sin decidirse a contarme lo que le quemaba las entrañas. Cuando por fin se resolvió a hacerlo dijo cosas incomprensibles para mí, me platicó de luchas, guerras y campañas en el Perú en las que combatió junto a Mondéjar, me habló del honor y de Dios. Ah, Juan, ese hombre siempre me causó desazón, y durante su extraño relato me sentía a merced de un alma marchita que se aferraba a mí para salvarse. Varias veces tuve la tentación de levantarme y dejarlo morir con su secreto, pero una curiosidad más fuerte que el miedo me tenía anclada a su lecho.

Cuando terminé con la herida del pómulo me volví hacia sus piernas, que levanté y saqué del agua tirando del pesado cepo. Las llagas de los tobillos eran más bien arañazos, pero con la inmundicia del aquel fluido que, más que agua, parecía el lodo de una ciénaga, corrían peligro de emponzoñarse.

—Y en medio de tales recuerdos —proseguía ella—, por fin mencionó lo que le recomía el alma. Yo había perdido el hilo de su plática, pero oír el nombre de mi esposo me alertó. Le pedí que volviera atrás, mas no quiso hacerlo. Lanzado por fin a hablar, quería hacerlo sin pausa. «Fue Mondéjar quien preparó la muerte del capitán Flores», me dijo. «¿Cómo es posible?», le pregunté. «Me pidió que engañara al alferez Cansino, que le hiciera creer que íbamos a liberarlo, pues Mondéjar sabía con certeza que tal noticia lo obligaría a asesinarlo, como así fue. De ese modo resolvía dos problemas de un golpe: matar a vuestro esposo y acabar con Cansino». A medida que aquel hombre hablaba sentía que me invadía una cólera fiera. Me sentía burlada por Mondéjar. Engañada, Juan, engañada. Yo sabía de lo que era capaz ese hombre, mas consideré que al menos haría honor a la palabra dada.

—¿Su palabra? ¿A qué palabra os referís?

Juana agachó la cabeza y las guedejas de pelo negro y mugriento le ocultaron el rostro. Guardó silencio unos momentos, mas al cabo me miró con un orgullo desesperado. Su brusco movimiento hizo oscilar la llama de la vela.

—¿Qué más da que lo sepáis? —musitó—. Si ya me habéis visto en estas miserias, da igual que me veáis el alma: yo me entregué a Mondéjar a cambio de que le respetase la vida a mi esposo.

Aquella revelación me sorprendió, me dejó mudo. En cierta ocasión me había confesado que no amaba a Mondéjar, que se arrimó a él por miedo a Cansino, y también por su preñez, todo sea dicho, pero la verdad es que no me convenció, como no convencen las palabras cuando no casan con los hechos; ni, pese a lo dicho, supe tampoco hasta qué punto estaban implicados sus sentimientos con el general. Y aunque algunas vueltas le había dado al asunto, jamás imaginé que el motivo hubiera sido salvarle la vida al capitán Flores.

—Pero, una vez muerto vuestro esposo, habéis seguido con él. ¿Tal vez lo amáis? —quise saber.

—Señor Torres, puedo deciros muchas cosas de Mondéjar: que lo he temido, que lo he necesitado, que un día incluso lo respeté y que ahora lo aborrezco con toda mi alma; pero ¿amarlo?, nunca.

—Aun así...

—No me atormentéis más con ese asunto, os lo ruego. Ya en otra ocasión discutimos por él, y no quiero repetirlo. Además, Juan Torres —añadió con presteza—, vos no teníais ojos más que para doña Elena.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Acaso no sospechabais que me erais grato, que sentía inclinación por vos?

—No, al menos no en aquellos días, no más que por otro hombre.

—Sois un ingenuo, Juan. Pero qué importa ya todo eso, el caso es que creí que podría salvarle la vida a mi esposo y no dudé en acudir a Mondéjar. Las mujeres podemos leer las entrañas de los hombres, y yo sabía que él me deseaba; aunque nada me hubiera declarado, la mirada de sus ojos de halcón hablaba sola.

—¿Y qué ocurrió después? —pregunté, volviendo a centrar la plática.

—Salí de la cámara poseída por mil demonios, sin despedirme de Juárez, pues presentía que tales cuestiones me las había confesado por descargar su conciencia y no por hacer justicia. Desde luego, le agradecía que me hubiese abierto los ojos, pero no podía sentir compasión por él. Sé que en el ataque a la villa fue por su denuedo e ingenio que logramos resistir el empuje de los indios, mas para mí Juárez ha sido por sobre todas las cosas el perro de Mondéjar, el guardián de sus secretos y el verdugo de sus enemigos. Y después de haber oído su confesión, mientras cruzaba la tolda, sólo pensaba en encontrarme con vos y contároslo todo, porque la carga era demasiado grande para llevarla sola.

—Y yo os fallé...

—Ya no tiene remedio, Juan. No podíais saber mis urgencias.

Y en sus palabras había indulgencia. La presión de sus doloridas manos sobre las mías era tan cálida que nada dije y la dejé seguir.

—Me guardé mi ira, esperando hasta la noche, pues deseaba..., no sé qué deseaba; pese a la calma que me cubría, por dentro era un volcán: quería enfrentarme a Mondéjar, maldecirlo y romperlo en pedazos a manotadas rabiosas, quitarle la máscara tras la que ocultaba sus falsedades y humillarlo, mas nada de ello ocurrió. Cuando por fin nos recogimos en la cámara y le eché en cara su doblez y su perfidia, cuando lo acusé de haber asesinado a sangre fría a Bernal, de haber concebido su muerte sin respetar nuestro acuerdo, él no se alteró un ápice, no le tembló la voz ni mucho menos se disculpó, al contrario, me respondió con ofendida dignidad: «Aquí todos hacemos el mismo juego, señora, y no sois vos mejor que yo. No, doña Juana; por vuestra conveniencia y libre albedrío estáis conmigo. Os habéis arrimado al sol que más calienta, y no me vengáis ahora con monsergas de engaños y traiciones. Si nuestro acuerdo no os place, ahí está la puerta. Y ahora, si no tenéis nada más que decirme, permitid que duerma, que tengo sueño y estoy cansado». Y, dicho tal, tumbóse en el lecho, acomodó el cuerpo y al poco roncaba como un lirón.

»¿Qué hacer? Deseaba desenmascararlo, vengar la muerte de mi esposo, si no con su vida, al menos con su vergüenza y su deshonor, pero era yo la que había sido burlada. Jamás había sentido una cólera igual ni habíame visto tan afrentada ni tan impotente. Mi espíritu bullía desazonado, amenazando reventar y desmoronarse; mas, en medio de la tormenta del alma, vi una luz y a ella me aferré. Había jurado vengar la muerte de Bernal, y por Dios que lo haría: ahí estaba el general, durmiendo a pierna suelta, como un rapaz que nada debe y nada teme, cuando en verdad merecía la muerte. Y cuanto más lo pensaba, más claro lo veía; pero debería hacerlo ya, en aquel momento y lugar, sin mayor demora,

pues de no ser así tal vez nunca hallase el valor necesario, ni tampoco la ocasión, porque ¿cómo seguir junto a él después de lo ocurrido?

»Sobre el baúl estaba el tahalí de Mondéjar portando, en la vaina, su puñal. Me detuve ante él y tomelo en mis manos. Percibí el amenazador sonido del metal deslizándose por el cuero, el tacto rugoso de la empuñadura, la ligereza del arma. La aferré con fuerza, mas, una vez decidida a matarlo, pareció abandonarme el valor y un temblor rebelde me paralizó durante un buen rato. La carga de saberme ejecutora pesaba más que un saco de diez quintales, pero vencí el escrúpulo y me acerqué al lecho en dos pasos lentos, lentísimos. Mondéjar respiraba pesadamente, con la cabeza pegada a los almohadones y el cuerpo boca abajo. Estaba tan cerca de él que me llegaba su olor a salitre y a sudor rancio. Durante un instante eterno me tensé, preparada para atacar, de pie con la daga en la mano, hasta que descargué el golpe.

»Noté cómo el puñal hendía la carne, cómo la hoja chocaba contra el hueso y resbalaba hacia un lado y cómo, al retirarla, aquel cuerpo cobraba vigor y se enderezaba. Mondéjar saltó del lecho soltando un grito desgarrador, me derribó de un puñetazo, desarmándome, y ya en el suelo me pateó con saña mientras me maldecía: «¡Zorra, zorra, me habéis matado!». Pero al poco la cuchillada se cobró su tributo, al general se le fueron las fuerzas y se derrumbó junto a mí. Respirando a dos palmos de mi cara, echome las manos al cuello y apretó. Yo me debatí por soltarme, lo golpeé, pataleé y me retorcí, y, cuando se me agotó el resuello y me resigné a morir, noté por fin cómo aflojaba las manos y se arrastraba hasta el lecho. Unas luces amarillas bailaban dentro de mis ojos mientras el aire me llenaba el pecho a borbotones. Y allí, tumbada en la tablazón de la cámara, oí los pasos de la guardia y perdí el sentido. Lo demás ya lo sabéis.

Terminó su relato jadeante, como si también entonces le faltasen las fuerzas y su cuerpo cadente no pudiera más. Yo había atendido con tal concentración a su relato que apenas si había hecho nada mientras ella hablaba. Alcé el cepo y púselo sobre mis rodillas. Con delicadeza le quité las chinelas de los pies, donde unas heridas pequeñas y muy juntas daban testimonio de los mordiscos de las ratas. No tenía trapos suficientes para vendarle los pies, así que, después de haberlos curado, me descalcé, quíteme las medias y con ellas los protegí.

—Dios os lo pague y os conceda una buena esposa, barbero —me dijo con una sonrisa fugaz.

—Entonces le pido que os salve, Juana —le respondí.

Agachó la cabeza y se mantuvo en silencio unos momentos. El cabo de la vela agonizaba y su luz era tan débil que apenas alcanzaba a verle el rostro, mas pareciome que algo brillante resbalaba por su mejilla.

—¿Lloráis?

—No digáis lo que no sentís, señor Torres, ni juguéis con mis sentimientos, y menos en este trance tan amargo, pues bien sabéis que os amo, que llevo amándoos tantos días que he perdido la cuenta, que mi corazón desfallece por no teneros y que, antes que a Mondéjar, mil veces deseé acuchillar a esa doña Elena de vuestras entretelas.

Tal declaración, después de haber oído cómo atacó y se defendió de Mondéjar, me dejó mudo y sin saber qué responder. Sobre nuestras cabezas se oían, lejanas, perdidas en el rumor del agua, las pisadas de los centinelas, y dirigimos ambos los ojos hacia arriba, y luego nos buscamos las miradas.

—No imagino mejor esposa que vos —le dije, y la abracé con toda la ternura que llevaba dentro, con piedad y compasión y rabia y desamor, y quizá también con amor verdadero.

Se agotó la luz de la vela y nos mantuvimos estrechamente abrazados hasta que, al rato, abriose el escotillón de la bodega y dejose oír la ronca voz de Manuel de Badajoz:

—Amigo Juan, apúrese voacé, que ya es hora de hacer el relevo.

Noté cómo el cuerpo de Juana Alonso se envaraba y se apretaba aún más contra el mío, queriendo retenerme a su lado, pero el tiempo había discurrido sin que nos hubiéramos dado cuenta, y era peligroso continuar allí.

—Juana, atended —le dije, manteniendo su rostro a la altura del mío—. No os preocupéis por la horca y manteneos viva. Sólo eso os pido, que os mantengáis viva. Juradme que lo haréis.

—Os lo juro, Juan, os lo juro. Había perdido la fe y la esperanza, pero en la más oscura de las horas vos habéis sido mi ángel de la guardia, mi esforzado caballero. Ahora podría enfrentarme a un ejército de ratas sin pestañear.

—Espero que no haga falta —le dije, y besando aquellos labios exangües, sus hundidos ojos, la cicatriz de su pómulo, sus manos llagadas, me despedí de ella y salí de la sentina.

El general dormía con serena respiración y sus ocasionales ronquidos acompañaban mi vigilia, pues aquella noche fui incapaz de pegar ojo. La oscuridad de la cámara, el balanceo de la nao, el rumor del viento en el aparejo y las voces de los pajes cantando las guardias eran propicios para la meditación.

Y dejé volar el pensamiento.

¿Qué le sucedía a mi alma, qué a mi corazón? ¿Dónde estaba el resignado amor que le profesaba a doña Elena, qué tempestad lo había barrido, qué fuego lo había calcinado? Intentaba recordarla, pensar en ella, traer a mi mente la imagen de sus bellos rasgos, mas sólo podía ver el rostro de Juana Alonso, sus lágrimas, su sufrimiento. Me embargaba su voz, sus ojos me miraban, sus abrazos me calentaban, su desdicha me dolía. ¿Era acaso un arrebatado pasajero lo que sentía por Juana Alonso, compasión por su infortunio y su desamparo, o era amor? No lo sabía. Creí que mi amor por doña Elena sería eterno, que mi sincera devoción la seguiría allá donde estuviera, sin importar su estado ni condición; y sin embargo, Juana Alonso me hacía dudar. La calidez de sus palabras en la sentina fue tan grande, tan profunda y sincera que me llenó de un gozo exquisito, como jamás lo había sentido. Mi preocupación por su vida y el temor a perderla eran tales que con gusto me habría cambiado por ella. Sentía en mi pecho la delgadez de su cuerpo con el deleite de una caricia, la hediondez de su olor parecía aristocrático perfume y la luz de sus ojos reflejando la mortecina llama de la vela bailaba aún dentro de mis pupilas con el resplandor de cien soles. ¿Sería eso verdadero amor? Las horas de la noche se sucedieron raudas hasta que el alba clareó a través del ventanal de la cámara, pero el sueño seguía sin acudir. Dos cubiertas debajo de las tablas que sostenían mis huesos, en la oscura soledad de la sentina, estaba ella. ¿Qué temores acechaban su noche? ¿Qué luces alumbraban su alma? Deseaba con todas mis fuerzas que mis palabras hubieran sido barrera para contener sus pesadillas, claridad para espantar sus miedos, leña con que alimentar sus esperanzas. ¿Sería eso verdadero amor?

Pero en vano era soñar, porque el peligro seguía presente. Sobrevivir a las penalidades de la sentina, con ser grandes, era el menor de sus aprietos, pues para ella no mediaba entre la vida y la muerte más que la voluntad de un hombre poseído por el deseo de venganza. Para eludir el juicio y la horca, era preciso que se calmase la ira de Mondéjar, se templase su espíritu y apareciese la misericordia, algo en verdad casi imposible.

En todo caso, si todo lo demás fallaba, si Mondéjar se recuperaba y persistía en su idea de ajusticiarla, si no se ablandaba su corazón, yo sabría detener su mano.

No necesité esperar mucho para despejar la duda, pues aquella misma mañana el general se levantó sin calentura y con el ánimo más resuelto, tanto que temí que quisiera apresurar el proceso de Juana Alonso. Renqueando, abandonó el lecho y salió a cubierta, habló con unos y otros, tomó la brisa acodado sobre la borda e hizo ademán de comer un bocado de algo sólido; y, aunque antes del

mediodía perdió fuelle y retornó a la cámara, supe que no podía demorar el asunto.

Después del rancho de mediodía escapé del corro que formaban los compañeros en cubierta y me refugié en la enfermería. Allí guardaba el cofre de cirujano que me había entregado el viejo Caridad. Lo abrí y busqué dentro el remedio para anular a Mondéjar. En los numerosos pomos que contenía, había tres panaceas con las que podría envenenar a toda la tripulación. Saqué los frasquitos de sus respectivas casillas y los alineé frente a mí. Eran pequeños y hermosos, de color caramelo y tacto suave, con las cuatro caras rectas, el cuello cilíndrico y el tapón de vidrio. La tenue claridad de la estancia no dejaba entrever su contenido si no era alzándolos ante los ojos y poniéndolos a contraluz. Una etiqueta escrita con elegante caligrafía indicaba el nombre de la sustancia que contenían: azogue, arsénico y belladona. Después de considerar las cualidades de cada una, de sopesar las alternativas y pensarlo un buen rato, me decidí por la última.

Empezaría por una dosis pequeña, porque no deseaba matarlo a menos que fuera imprescindible. Así, cuando llegó el momento de atender a Mondéjar, vertí los polvos de color amarillento en una cucharita de metal, los disolví en vino caliente y aromático, para ocultar el sabor amargo de la belladona, y se lo ofrecí:

—Tomáoslo, general, pues este tónico os calmará el dolor y os procurará una sensación de bienestar.

Mondéjar sostuvo el vaso en la mano y, antes de acercarlo a sus labios, me dirigió una mirada escrutadora que casi me hieló la sangre.

—Anoche os marchasteis de mi lado, barbero, y cuando os busqué no estabais.

—El cuerpo tiene sus servidumbres, general —le respondí—, y la carne es débil.

—Cuidaos de las putas que atiborran la nao, no vaya a ser que también vos enferméis. —Alzó el recipiente y tomó un sorbo, que paladeó con cierta aprensión y finalmente tragó—. Muy sabroso, señor cirujano, ¿por qué diablos no me lo habéis dado antes?

—Ah, general, la medicina es una ciencia compleja, como complejo es el cuerpo de los hombres, y lo que es recomendable hoy puede ser peligroso mañana.

—Idos al diablo con vuestras monsergas.

En todo caso, el estado del general comenzaba a preocupar a la gente, que tenía poca confianza en los demás oficiales de mar y guerra. Y en nada ayudaban las rencillas y desacuerdos que entre ellos estaban ocurriendo durante su convalecencia.

Valiero había ordenado bajar hasta los treinta y cinco grados para encontrar los céfiros del oeste, pero Félix Carrasco, que se enteró de la maniobra, no estuvo de acuerdo y quiso obligarlo a poner rumbo al norte y navegar en treinta grados. Porfiaron ambos en la cubierta, sin cuidarse de que otros muchos los oían, hubo gruesas palabras y falta de comedimiento y el maese de campo dijo a Valiero que él estaba al mando y habría de hacerse lo que ordenare.

—Aunque estéis al mando de la expedición, el navío está en mis manos para que vele por su suerte y la de todos los tripulantes.

Pero tanto se empeñó el maese de campo que finalmente Valiero accedió llevar la Santa Ysabel a los treinta y dos grados. Y Lucas Mariano y Figueroa en todo daban la razón a Su Excelencia, en parte porque estaban de acuerdo con él y en parte por perjudicar al piloto. Sin embargo, a pesar de darle la razón, el contraemaestre sabía de la ineptitud de Carrasco y no se comedía en criticarlo cuando no estaba presente.

—Con este rocín no hallaremos salvamento en parte alguna —dijo en una ocasión a quienes lo

escuchaban—. Mejor haría Mondéjar en nombrar capitán a quien entienda de las cosas de la mar. Y que lo haga pronto, porque la muerte no avisa.

Pero el general no tenía previsto entregar tan pronto su alma al creador, y nada hizo al respecto. Sin embargo, a los dos o tres días de estar administrándole la droga, sus efectos se hicieron notables, provocando en Mondéjar un estado de delirio tan profundo que llegó a inspirarme compasión. A veces, sin motivo aparente, aunque fuera en mitad de la noche, se alteraba, gritaba y se asustaba de los terribles fantasmas que lo acosaban. Yo estaba seguro de hacer lo apropiado, pero eso no hacía la tarea menos desagradable.

En cuanto a Juana Alonso, al día siguiente de haber bajado a la sentina hablé con Frasquita, y le proporcioné unos cabos de vela para que, cuando bajase a verla, los encendiera y le curase las heridas con los bálsamos que le daba. También encomendé a su mediación breves misivas para que, al leerlas, no se sintiese tan sola y desamparada. La muchacha era cumplidora y no hubo día que faltase a su compromiso. Y si por cualquier circunstancia no me hallaba en la enfermería, hacía por encontrarme más tarde para darme las nuevas de su estado.

—Me manda decir doña Juana que os dé las gracias por las palabras tan amorosas que le habéis escrito —me dijo en una ocasión—. Guarda todas vuestras notas en su pecho, junto al corazón, y sólo por vos resiste las miserias de su estado. Os ruega que no la vayáis a olvidar, porque si lo hicieseis sería la muerte para ella.

—Gracias, Frasquita —le respondí—. Pero no te arriesgues más de lo necesario y guárdate mucho de contar esto a nadie, que en la nao no hay secreto que resista a la menor confidencia.

—No os preocupéis, señor Torres, que nada he dicho, ni siquiera a mis padres. Además, en la nao puedo moverme a mi antojo y nadie me pide cuentas de lo que hago ni de a dónde voy.

Varios días después, Mondéjar tuvo unas horas de lucidez y, como si por fin hubiese comprendido la inminencia de la muerte, pidió confesión al padre Saavedra y llamó a los oficiales a su cámara para, delante de todos ellos, confirmar el gobierno de la expedición a Félix Carrasco.

El general estaba en la cama, con el torso apoyado en unos almohadones y una camisa de dormir arrugada y sucia. Por la ventana abierta penetraba un aire fresco que se llevaba los malos olores.

—Sobre vos recae el mando supremo, señor Carrasco —dijo el general con voz cansada y mustia—, pero en lo tocante a la navegación haceos caso del señor Valiero, pues sólo él sabrá llevaros a buen puerto.

La palidez extrema de Mondéjar, la negra barba bien crecida, la mirada febril y la respiración apagada dábanle un aire de santidad que a todos conmovía. Después de un rato de charla se sintió tan cansado que pidió a los presentes que abandonasen la cámara y lo dejaran reposar, por lo que todos desfilaron en fúnebre procesión hacia la puerta.

En el rancho de la tarde, los compañeros de la escuadra comentaban lo curioso que resultaba que una persona de la sagacidad de Mondéjar se equivocase tanto con la designación de su sucesor, ya que nadie había en la Santa Ysabel más inepto que el señor Carrasco.

—Al menos —dijo el cabo Vicente—, ha tenido el acierto de encomendar las cosas de la navegación a maese Valiero en lugar de dejarlas en manos de Lucas Mariano.

—O de Figueroa —dijo Manuel de Badajoz.

—Dios nos asista.

Por la noche, cuando me recogí para administrarle el vino caliente con otra dosis de belladona, lo encontré tan dormido que no se la hice beber y, extendiendo mi colchoncillo, me eché a sus pies; pero, avanzada la noche, despertáronme los gritos y voces que estaba dando por culpa de una pesadilla. Me levanté, encendí la bujía que colgaba de uno de los baos y traté de calmar su

desasosiego, mas parecía no verme ni atender a mi persona, sino que miraba más allá de mí, hacia alguna visión que flotaba en el aire de la estancia.

—Tranquilizaos, general —le dije, acercando el tazón a su boca—, y bebed unos tragos de vino.

Calló Mondéjar y bebió con mansedumbre la pócima que le ofrecía, aunque seguía mirando al aire con las pupilas enormemente dilatadas. Al apurar el tazón, pareció aquietarse e incluso tener otro momento de lucidez.

—Señor Torres —me dijo con voz muy mesurada—, noticias me han llegado de que hacéis lo imposible por ver a esa zorra que habita la sentina, y que le enviáis medicinas con la muchacha manca.

—Murmuraciones, general —le respondí, mientras trataba de considerar sus palabras.

—No digáis tal —advirtió él—. Aunque me veáis hecho un guiñapo, sé cómo enterarme de lo que me conviene, y esto que os digo me ha llegado por buen cauce.

No tenía idea de quién podría haberle dicho aquello al general, ni en qué momento; pero sabía que no le sacaría una palabra que no quisiera decirme, así que opté por seguirle la corriente.

—Y aunque así fuera, ¿qué mal hago en procurar remedio para el que sufre? Ante todo un médico ha de preocuparse de curar enfermos, sin mirar quién es ni cuánto tiene.

—Vos no sois médico, sino un simple aprendiz de barbero. Y mucho me escama saber que os preocupáis por esa ramera. ¿Acaso tenéis otros intereses y ambiciones?

A pesar de su postración y debilidad, Mondéjar logró infundirme temor, pues me miraba con tal suspicacia que parecía restablecido por completo y en pleno uso de sus facultades.

—¿A qué intereses os referís?

—Es muy sencillo, barbero: desear la vida de Juana Alonso va parejo con segar la mía, y si pretendéis salvarla de la horca, como ahora me lo está pareciendo, nada más fácil para ello que acelerar mi muerte. ¿Qué poción es esa que me habéis administrado?

Me impresionaron sus palabras, por la amenaza que en ellas latía y por la agudeza que demostraban. Llevaba varios días tomando el veneno en un estado de gran enajenación y, sin embargo, de pronto era capaz de llegar al fondo de la verdad.

—Deliráis, general. Hago en cada momento lo que mejor cumple a vuestra salud. Y si no he conseguido curaros es porque la puñalada que recibisteis fue profunda y la herida se emponzoñó.

—Mentís, mentís como un bellaco —exclamó, alzando mucho la voz y perdiendo la serenidad que hasta entonces había mostrado—. La herida está mejorando y, aunque no me dejéis verla con tantos apósitos y vendajes como me ponéis, noto que está más sana que nunca.

Mondéjar se incorporó en el lecho e hizo por quitarse los vendajes que le tenía puestos porque en verdad la herida mejoraba deprisa y era preciso ocultarla de cualquier mirada.

—Os mandaré prender e iréis a hacerle compañía a vuestra señora en la sentina. ¡A mí la guardia!

Al oír el estentóreo grito me abalancé sobre él tapándole la boca con la mano.

—Callad, maldito —susurré.

Forcejamos sobre el lecho, y aunque él era mucho más fornido que yo, su debilidad era grande. Montado sobre él, lo amordazaba con una mano y con la otra le hacía pinza en la nariz para dejarlo sin resuello, pero Mondéjar se removía y agitaba pugnando por librarse del bozal. En una de las sacudidas consiguió zafarse de mi mano y aspirar un par de veces, mas presto volví a taparle la boca, antes de que gritase. Él me mordió la mano como un animal salvaje que se defiende a dentelladas, pues en tales nos habíamos convertido: ya no se ventilaba otra cosa sino matar o ser muerto. Entonces tomé uno de los almohadones del lecho, lo coloqué sobre su rostro y, con ambas manos en él, apreté con pujanza. Mondéjar pataleó y se retorció, sacando fuerzas de donde no las tenía, y liberó

una de sus manos para darme con ella puñetazos en el costado. Tales eran los golpes que pensé tener rotas un par de costillas y casi consiguen dejarme sin aliento, mas al fin se agotó, decayeron sus golpes y expiró.

Me mantuve aún en el lecho, derrumbado sobre él, aguardando a que apareciese la guardia con el bullicio de la pelea. Atrapado sin salida, escudriñé el silencio esperando oír rumor de pasos, voces o gentío, pero transcurrieron los momentos sin que nadie acudiese a la cámara del general. La bujía esparcía su claridad rojiza por la cabina. Me levanté y abrí el ventanal, dejando que penetrase el aire fresco de la noche. Fuera veíase un océano negro y un cielo estrellado, sin rastro alguno de luna.

Compuse como pude la estancia, eliminando todo indicio de lucha. Me vendé la mano para evitar que nadie viera el mordisco, cerré los párpados de Mondéjar y cubrí su cuerpo con la sábana. No obstante, dejé pasar varias horas antes de dar la noticia de su muerte para apaciguar mis pensamientos.

Las exequias fueron más solemnes que cualesquiera otras. Mondéjar fue vestido con sus mejores ropas antes de que lo embutiesen en la acostumbrada mortaja de lona. El padre Saavedra celebró una misa de cuerpo presente y después lo arrojaron por la borda y en un instante desapareció.

Un muerto más que debió anotar el bachiller Herrera en la relación de a bordo y un paso más en el cumplimiento de la profecía de Figueroa, que seguía su inapelable ascensión al firmamento de los crédulos. Y en esta ocasión tratábase de Mondéjar, que en tantas ocasiones se había burlado de la lista del contramaestre y que con tanta severidad había amenazado castigar a quienes hablasen de ella. Aquella muerte fue, por tanto, tan simbólica que Figueroa no estaba dispuesto a desaprovecharla.

—Ved, señores, cómo nadie hay por encima de la voluntad divina —nos dijo—; ved cómo todos estamos sometidos a los designios de la providencia.

Y nadie hubo en esta ocasión que pusiera freno a sus palabras ni coto al cáncer de su mesiánica diatriba, que pretendía dividir a la gente en dos linajes bien diferenciados: el de los que se habrían de salvar y el de los condenados a sucumbir.

Como quiera que fuese, la muerte del general pronto dio paso al imperio del desorden, pues no era Félix Carrasco persona capaz de dirigir una hueste, por más reducida que esta se viera. En pocos días, quienes por algún motivo se habían disgustado con el general ya lo estaban echando de menos, que no hay mejor manera de reivindicar a un capitán que sucederlo otro peor. Pagado de sí mismo e imprudente, el maese de campo olvidó con rapidez los consejos del general y no quiso hacerse caso de las opiniones de otros oficiales sino cuando abonaban las propias, que eran débiles y tornadizas, de modo que no era extraño oírlo disponer una cosa por la mañana y la contraria por la tarde. Caprichosos fueron también sus afectos, como era de esperar: se mostraba duro y rencoroso con quienes le demostraban oposición, en especial con el piloto Sebastián Valiero, pero obsequiaba a los dóciles que seguían su criterio y mandato, como fue el caso de Hinojosa, al que nombró alguacil en sustitución de Juárez.

En lo que no tenía dudas el señor Carrasco era en llenar sus bolsillos a costa de los pocos reales que cada cual tuviera. Así, se le ocurrió poner precio a las vituallas, pues decía Su Excelencia que éramos todos un hatajo de insaciables glotones y que el que quisiera atracarse, que lo pagase, con lo que no sólo estaba poniendo en peligro la expedición, sino arriesgándose a provocar una revuelta.

Muchas cosas decía la tripulación de lo que estaba por suceder en el viaje, que atravesar dos mil leguas de mar oceánica era empresa abrumadora para una flota bien aderezada y mejor mandada, cuánto más para una nao maltratada por quince meses de mar y gobernada por un inepto. Mas pocos se animaban a hacerle frente, temerosos de sus arbitrariedades y cansados de motines y conjuras, y dejaban sus quejas para los corrillos y las tertulias.

—Mala cosa es que el Hinojosa sea nuestro alguacil —dijo Manuel de Badajoz a los compañeros de la escuadra.

—Entonces, a él le incumbirá organizar las guardias —dije yo, alarmado por el asunto.

—Si malo fue que don Félix se quedase al mando de la expedición, peor es saber que reparte mercedes y prebendas entre los más bellacos —dijo Martín Navarrete, que a veces abandonaba la compañía de los suyos para venir a nuestro rancho.

—¿A qué tanta sorpresa, señores? —dijo el cabo Vicente—. Hinojosa le ha lamido el agosto trasero a todos cuantos han comandado la expedición. Con don Lope y Mondéjar no le fueron bien

las cosas, pero con el simple del señor Carrasco se ve que se ha aplicado más y mejor.

Reímos todos la salida de mi amigo, que sabía ponerle al mal tiempo buena cara, y seguimos con nuestra charla.

Pese a la poca fortuna que tuve cuando, días atrás, pedí permiso al señor Carrasco para visitar a Juana Alonso, estaba decidido a interceder nuevamente por ella.

—Excelencia —le dije, nombrándolo, para halagarlo, con la dignidad con que gustaba ser tratado —, deseo pedirlos la liberación de doña Juana, que desde hace tiempo sufre encierro en la sentina y está expuesta a las terribles condiciones de aquel infecto lugar.

Hallábase a la sazón en la cámara, adonde habíase trasladado, dando cuenta de una gallina guinea que había mandado matar. A pesar de los sufrimientos y privaciones de todos, Su Excelencia se mantenía orondo y aun carnosos, con los mofletes abultados y un inicio de papada bajo la barbilla.

—Señor Torres —me respondió mientras se chupaba la grasa de los dedos y se atusaba el bigote—, es la segunda vez que venís a rogarme por ella, pero no puedo hacer lo que me pedís, porque Juana Alonso ha cometido homicidio.

Aunque lo notaba molesto con mi embajada y deseoso de volver a la gallina, insistí:

—Inaugurad vuestro gobierno con una acción piadosa. ¿No promulgan indultos los emperadores al ser coronados?, pues obre vuesa merced de igual manera.

Mas sin duda mis últimas palabras terminaron de enojarlo y despertar sus recelos.

—Hablemos claramente, pues de sobra conozco vuestras mañas y enredos —dijo Su Excelencia, levantando un dedo admonitorio—. Juana Alonso será llevada al Perú para que se la juzgue por la muerte de Mondéjar y, mientras tanto, permanecerá presa en la sentina.

—Pero esa mujer necesita cuidados médicos. Permitid que la atienda como a cualquier enfermo.

—No colméis mi paciencia, Juan Torres, o conoceréis las bondades del látigo —dijo con voz más amenazadora—. Y no quiero veros rondar por allí. Sabed que encargaré al alguacil Hinojosa se que se cuide personalmente de ello; y retiraos, que también yo he de velar por mi salud —concluyó, volviendo los ojos hacia el plato y sacudiendo la mano en señal de despedida.

Salí de la entrevista con Carrasco harto más preocupado de como había entrado, y buscando arreglar el asunto pensé en don Melchor Navarrete, cuya ayuda solicitaría a través de doña Elena, pues nuestra reciente amistad me decía que era el camino más seguro.

Desde que abandonamos la Tierra Austral, y pese al intercambio de billetes y el juego de los acertijos, lo cierto era que la había visto en contadas ocasiones. No obstante, sabía que ella se distraía asistiendo a tertulias con otras mujeres, leyendo y volviendo a leer algunos de los libros que teníamos a bordo, y ayudando a Maui en el cuidado de Martincito, al que profesaba mucho amor.

—Deseo pedirlos un favor, amiga Elena —le dije después de habernos puesto al tanto de nuestras respectivas ocupaciones en aquellos días.

—Decid, amigo Torres —me alentó ella, y en pocas palabras le expliqué la terrible prisión que sufría Juana Alonso en la sentina y el fracaso de mi entrevista con Carrasco.

—Querría que me ayudaseis a liberarla —concluí.

Doña Elena, que hasta entonces habíase mostrado sonriente, cuando mencioné a Juana mudó el rostro y arrugó el ceño. En todo caso, disimuló su malestar y me respondió con cortesía:

—Bien sabéis que por ayudarlos haría cualquier cosa, pero no me pidáis que me comprometa por socorrer a la barragana de Mondéjar. —Y esta palabra, barragana, la pronunció con tal inquina que, pese a saber de su animosidad hacia ella, no pude menos que sorprenderme.

—¿A qué ese aborrecimiento contra Juana Alonso? —le pregunté—. ¿Qué os ha hecho para que le paguéis con tanto desprecio?

—No habléis así de ella, os lo ruego, porque es la mujer más indigna de cuantas navegan en esta nao. ¿No veis que se ha aprovechado de su naturaleza femenina para obtener ventajas y favores, que se echó en brazos de Mondéjar cuando aún vivía su esposo, ofreciéndole los placeres de su cuerpo? —Y mientras esto decía, juntaba las manos como si implorase mi comprensión.

Pero estaba tan equivocada que, pese a la súplica que había en sus ojos, no pude contener el desagrado y hablé subiendo el tono:

—Bien conocéis de su caridad y buen corazón, pues ya os he hablado de sus buenos oficios en favor de vuestro esposo. Mas si esta razón no os bastase, pensad que ha sido Juana Alonso quien acabó con el general, ¿no deseabais vos lo mismo? ¿No era tal la intención de Ocampo?

Este último argumento pareció hacer vacilar a doña Elena, y noté que la duda la embargaba un instante, mas al punto recuperó el habla para seguir por el mismo camino.

—Aun así se tomó la justicia por su mano. Ha matado a un hombre y por ello deberá ser juzgada.

—¿Qué habríais hecho vos en su lugar? —le pregunté con aspereza.

—No me comparéis con ella —dijo, alzando el busto con un gesto de orgulloso desdén, como si estuviera muy por encima de Juana Alonso y sólo el hecho de ser comparadas atentase contra el orden de las cosas.

Observé detenidamente sus rasgos tan delicados y hermosos, que tanto había adorado, el cabello rubio recogido en un elegante tocado, los ojos cambiantes, ahora de un gris acerado, las diminutas pecas que el sol y la intemperie habían hecho aflorar en su rostro, y sin embargo, nada me inspiraban en aquel momento sino lástima y desilusión.

—Me sorprendéis, Elena; no imaginaba que le guardaseis una ojeriza tan injustificada.

—Me sorprendéis vos, señor Torres —me respondió acalorada; tal vez, con ese sentido de lo sutil que tienen las mujeres, había percibido mi desapego—. ¿Qué se os ha perdido con esa ramera? ¿A qué ese afán por defenderla y ayudarla?

—Cuando Ocampo estuvo preso le llevé vuestras notas y vuestra esperanza, y no os sorprendió. ¿Por qué a ella no debería socorrerla?

—¿Y también le enviáis notas, señor Torres?

—Qué desagradecida sois, Elena. Creí que esta jornada os había cambiado, que os estabais convirtiendo en una mujer más madura, pero veo que no habéis aprendido nada.

—Basta, Juan Torres, y no volváis a hablarme así, ni a mencionar a esa Juana.

—¿No estaréis celosa de ella?

No sé por qué dije aquello, fue algo que cruzó mi mente como un relámpago, y como vino lo solté. Doña Elena, como si hubiese sido una mozuela cogida en falta, enrojeció hasta las mismas raíces de los cabellos y, poniéndose en pie, me largó una bofetada en la mejilla. Estábamos en el coronamiento de popa, junto al barandal de estribor, algo apartados aunque a la vista de todos cuantos estaban en cubierta. En todo caso, aquello me importaba un ardite. Era el rencor obstinado y terco que mostraba hacia Juana Alonso lo que me decepcionaba hondamente. ¿Cómo era posible que la dama de mis desvelos pudiera hospedar tal mezquindad en su alma?

Hube de resignarme, por tanto, a que Juana Alonso siguiera encerrada en la bodega y mantener, de momento, el contacto con ella a través de Frasquita. Por su mediación conseguí enviarle un par de cabezas de ajo para prevenir el escorbuto, otro pomo de mixtura para las llagas, una navaja para lo que hubiera menester, y por último, pero no menos importante, le envié un mensaje de ánimo y esperanza en el que le declaraba que no descansaría hasta lograr su liberación. «Si os sentís

desfallecer, señora, si veis que vuestras fuerzas han llegado al límite y ya no podéis soportar las cadenas, no calléis»; y terminaba la nota: «Decídselo a Frasquita e iré a sacaros aunque tenga que concitar otro motín».

Entretanto seguíamos navegando con rumbo este, a la altura de treinta y un grados australes, con vientos flojos a bonancibles del oeste y suroeste que, sin ser los tales céfiros buscados por Valiero, nos permitían navegar con la mayor desplegada, e incluso con la boneta, y cubrir de veinte a treinta leguas por singladura. La nao tomaba el viento por la popa o por la aleta de estribor y, aunque algunos días tuvimos aguacerillos del norte con poca agua y mucho viento, que nos obligaban a achicar el paño, pasado el chubasco volvían a soplar los vientos del tercer cuadrante. Así, en tres semanas nos hallábamos, según los cálculos de Valiero, a cuatrocientas leguas al este del cabo de la Lumbre.

No vimos en todo ese intervalo tierra ni isla alguna, ni pájaros si no eran las pardelas o rabos de junco que atraviesan los mayores golfos. A veces los tiburones seguían nuestra estela y se pescaron algunos de los más pequeños, pues su carne, aunque correosa, se deja comer.

Las que cada vez estaban dando más que hablar a bordo eran las ratas. Desde que dejamos atrás la Tierra Austral su número no había parado de aumentar. Insolentes y atrevidas, movíanse por la nao como si fuera de su propiedad, asustando a las damas más remilgadas y haciendo las delicias de los más jóvenes, que las perseguían por entretenimiento. Y estos incómodos huéspedes no sólo infestaban la bodega, royendo sacos y barricas y zampándose las provisiones, sino que podíamos encontrarlas en cualquier rincón de la nao: en los cofres y baúles, entre la ropa guardada, merendándose las páginas de los libros y hasta al desenrollar el colchón para dormir podía aparecer una intrusa. Aunque no se había llegado al caso de disponer su captura, existía el tácito acuerdo de eliminar todas cuantas divisáramos, por más que algunos ejemplares, del tamaño de lechones, opusieran tal resistencia que eran capaces de atemorizar al más bragado.

Yo advertía a los oficiales de la conveniencia de tomarse más en serio su control, ya que son animales que siempre van de la mano con las pestes y enfermedades, pero no tuve mucho éxito con mis consejos, sobre todo con los hombres de mar.

—Ratas y cucarachas son plagas inevitables en los barcos, señor Torres —sentenciaba Valiero—; siempre las ha habido y siempre las habrá.

Aquellos días, después de haber superado la ciguatera, hubo poco trabajo en la enfermería si no fueron algunas muelas podridas, contusiones por accidentes propios de la faena marinera y algún caso leve de escorbuto, que es enfermedad difícil de tratar y aún de comprender pues a algunos aqueja y a otros respeta, sin que se pueda predecir por qué. Esta peste del mar es enfermedad que afecta también a los animales. Quedaban dos o tres puercos a bordo, de los que habíamos capturado en la isla de San Cristóbal, que de pronto mostraron los síntomas de la peste del mar, igual que en las personas, y se optó por sacrificarlos, con lo que pudimos disfrutar un par de días de carne fresca en el rancho.

Por cierto que con una generosa ración de la carne del último puercu obsequió el cabo Vicente a Úrsula, la Mulata, sellando de aquella manera su maridaje. No era ningún secreto que los dos gustaban de buscarse mutuamente, y que con harta frecuencia se los veía platicar e incluso hacer rancho aparte a la hora de la pitanza, pero ninguno imaginábamos que fuesen a terminar enlazados en tan buena armonía. Cierto era que la Mulata había abandonado la vida de buscona que llevara antes de casar con Diego Jara y que, tras la huida de este, no había reincidido en el oficio, aunque de

vez en cuando aceptase a algún galán en su lecho para holganza del cuerpo, pero sin contraer ningún compromiso. Por eso nos sorprendió su unión con Hernán Vicente. Y si no llegó a bendecirlos el capellán fue porque la Mulata aún estaba casada con Diego Jara, de cuyas circunstancias nada sabía.

El cabo Vicente era tan discreto en según qué cosas que no supe que le atraía la Mulata hasta que el asunto anduvo en boca de todos. Y es que, pese a la amistad que nos unía, era poco lo que conocía de su vida y milagros fuera de las anécdotas castrenses que de vez en cuando me contaba y de algunas pocas flores que había ido dejando caer a lo largo de tantos meses de convivencia. Sabía, por ejemplo, que era natural de Azuaga, en Extremadura, y que su padre había enseñado el oficio de herrero, en el que seguía siendo bastante diestro; pero Hernán Vicente era un joven díscolo e inquieto que prefirió la azarosa carrera de las armas antes que la sedentaria paz de la fragua y, en cuanto pudo, dejó casa y terruño para alistarse en los tercios y en ellos recorrió las plazas del norte de África y los campos de media Europa. En todo caso, me alegré de su unión con la Mulata, porque las soledades no son buenas para nadie y los duelos, compartidos, son menos.

Y mientras tanto Juana Alonso seguía prisionera. Todas las noticias que tenía de ella eran a través de Frasquita, que continuaba haciéndole llegar a hurtadillas los remedios y pequeñeces que yo le enviaba. Fue Frasquita quien me alertó de que Hinojosa menudeaba sus visitas a Juana Alonso. El soldado a veces le salía al paso, cuando le llevaba la escudilla con el rancho diario, y la acompañaba a la sentina, iluminándole el camino con un candil.

—¿Y qué hace allí abajo esa hiena? —preguntábale yo.

—Se muestra muy galante con doña Juana y la colma de piropos, pero nada hace por liberarla de sus cadenas. ¿Cómo es eso posible, señor Torres?

—Así es ese hombre, hija, y no hay modo de cambiarlo.

Y cuando se marchaba la muchacha, volvía a preocuparme y cavilar sobre Juana Alonso, pues, desde que estuve con ella en la sentina, y la abracé y la besé, no tenía manera de sacármela de la cabeza. Al contrario, cuanto más pasaba el tiempo, más volvían mis pensamientos a ella.

Trataba de recordarla no como la había visto en la sentina, sino como era cuando estaba en libertad, llena de entusiasmo y energía, valerosa, decidida, servicial con los demás y siempre atenta conmigo. Me dijo que desde hacía tiempo me amaba, y recordarlo me acercaba a ella. Mas ¿desde cuándo me amaba?, me preguntaba, porque a veces esos pequeños detalles intrigan y fascinan a los amantes.

Y también me entretenía en descubrir cuándo había empezado a amarla yo, pues en verdad había sido tan sigiloso aquel querer, habíase revelado tan de improviso que aún no cejaba en mi asombro por el repentino traspaso de mis afectos de doña Elena a Juana. ¿No sería que, sin yo saberlo, desde el principio la había querido? ¿Que la admiración y simpatía, la amistad que sentí por ella casi desde que la conocí, en realidad no eran sino máscaras tras las que se escondía el amor verdadero? Me preguntaba incluso si aquel amor no sería una entelequia, un capricho pasajero, fantasma inoportuno, sombra fugitiva o un reflejo de otro amor. Mas, siendo así, ¿por qué la preocupación y ansiedad por su suerte, el desasosiego, el no poder quitármela de la cabeza, la terquedad de su recuerdo? Si aquello no era amor, entonces qué era. En fin, qué extraño, qué misterioso el amor, qué prodigiosos los corazones capaces de sorprendernos, de esperar cuando no hay esperanza, de sonreír cuando azota el miedo, de luchar cuando no quedan fuerzas o de amar cuando no hay razones.

En todo caso, enterarme de las visitas de Hinojosa me preocupó más que las ratas y demás miserias de la sentina, pues sabía cómo se las gastaba el traidor. Si había alguien en la nao a quien creyera capaz de cualquier ruindad, ese era Hinojosa. Y lo peor era que tenía autoridad para entrar en la sentina y hacer allí cuanto le pluguiese. El desasosiego se hizo tan grande que comenté el asunto con mi amigo Hernán Vicente y los compañeros de rancho, que también se mostraron preocupados con

la noticia.

—Desde que Martín Navarrete lo mochó, al señor Hinojosa no le sonrío la fortuna con las damas —dijo la Mulata, que participaba en los corrillos como un soldado más—. Que yo sepa, ha buscado a un par de rameritas que lo han rechazado con mucha firmeza, pues les incomoda yacer con un hombre tan horriblemente marcado. Así que no es de extrañar que haya pensado en Juana Alonso para descargar sus fogosidades, siendo como es la mujer más indefensa que hay en la nao.

—A ese bribón siempre le ha atraído Juana —dijo el cabo Vicente.

—Entonces corre más peligro del que creéis —dijo Manuel de Badajoz con gesto adusto, como en él era habitual, sin intención de seguir la zumba.

—Algo habrá que hacer —dije yo, empezando a desesperarme.

—No te apures, Juan, que se hará lo que convenga y te ayudaremos —dijo muy serio el cabo Vicente—. A partir de ahora hemos de formar compañía entre nosotros, y guardarnos y ayudarnos mutuamente, porque, con Carrasco al mando, el desorden está asegurado. De momento —añadió—, estaremos vigilantes de Hinojosa y cuidaremos que no vaya a ofender a Juana Alonso.

—¿Pero cómo?

—Tú déjalo en mis manos —dijo guiñándome un ojo y con una sonrisilla bailándole en la boca. Y aunque no comprendí lo que quería decir, aquella sonrisa tuvo la virtud de tranquilizarme.

No tardó mucho el cabo Vicente en poner en marcha sus planes, de los que nada supe hasta que se hubieron cumplido. Y si supe de ellos no fue porque me los contase él, sino gracias a Frasquita, que se presentó una mañana muy agitada en la enfermería para contarme que, al alba, escondida sabe Dios dónde, había sido testigo de cómo un grupo de soldados acorralaban al Hinojosa en la bodega y con los aceros desnudos y muy malos modos lo amenazaban de muerte si volvía a acercarse a Juana Alonso.

—«Os ensartaré como a un capón si me entero de que ponéis el pie en la sentina, señor alguacil» —decía la muchacha intentando imitar el habla del cabo Salcedo—. «Y me importa un bledo que seáis alguacil, alférez o capitán». Es terrible la voz de ese soldado, ¿verdad, señor Torres? —añadía Frasquita—, porque hasta a mí me causaba miedo.

—Sí, Frasquita —le decía yo—, y no es amenaza para tomarse a broma, viniendo de quien viene. ¿Y qué más sucedió?

—Poco más, señor Torres, pues el asunto fue rápido. Entre los soldados que allí estaban pude reconocer a Manuel de Badajoz, a Gorrostieta y a un criollo.

—Juan Bautista de Campeche.

—Ese. Y también el cabo Vicente, que era quien los encabezaba, y que para despedirse del señor Hinojosa le dijo que no le fuese con cuentos a Su Excelencia, porque eran más de los que allí estaban y cualquiera podía darle un disgusto.

Le di las gracias a la muchacha por habérmelo contado y, cuando al rato me encontré con el cabo Vicente, le pasé el brazo por el hombro y le agradecí lo que había hecho. Mi amigo hizo como que no entendía, pero yo sé bien que sí. Y así me tranquilicé por el momento, pues sabía que Hinojosa era un hombre de corazón cobarde, que no se arriesgaría a desobedecer a mis compañeros por más alguacil que fuese.

Poco dura la alegría en la casa del pobre, pues apenas me había aliviado con lo ocurrido a Hinojosa cuando se desató la plaga. El primero en caer fue Laghu, el indígena de las Salomón, y de un día para otro varias personas estaban afectadas con el mismo mal, colmando la pequeña enfermería. La alarma cundió en la Santa Ysabel y no tardó en convocarme Su Excelencia en su cámara. Estaba sentado en una cómoda poltrona, sudoroso y casi tan maloliente como yo, pese a las cargantes esencias con que gustaba perfumarse.

—Señor Torres, ¿es cierto que tenemos una peste a bordo? —me preguntó de sopetón.

—De momento son sólo unos pocos enfermos, señor Carrasco —respondí.

—¿Y qué pensáis hacer con ellos? —dijo.

—Lo más urgente es darles todos los cuidados que necesitan. Y sería por ello conveniente trasladar la enfermería a las cabinas de la toldilla.

—Aquellas cabinas ya están ocupadas. ¿He de molestar a los oficiales y otra gente principal por vuestro capricho? —preguntó don Félix, molesto con la sugerencia.

—No es hablar por hablar, sino que la toldilla es un lugar bien ventilado en donde los enfermos estarán más cómodos. Además, al estar más apartados podremos evitar los contagios.

Algunos han dicho de mí que no sé callar a tiempo, juicio muy severo con el que, por lo general, no concuerdo; mas si hubo una ocasión en la que reconozco haberme ido de boca, fue aquella. Me di cuenta de ello no bien terminé la parrafada y vi la alarma que invadía la cara de Carrasco.

—¿Creéis que puede haber peligro de contagio? —preguntó alzando las cejas, con el miedo asomando en sus pupilas, como si acabase de serle revelado algo de vital importancia en lo que no había caído antes.

—Hasta que no vea cómo evolucionan los enfermos no podré decíroslo con seguridad.

Quedose pensativo unos momentos, rascándose el pelo con las uñas, y me despachó de su presencia con un gesto que me pareció de aprobación, mas al cabo de un rato allegose a la enfermería Lucas Mariano con orden de trasladar a los enfermos a la cubierta del castillo de proa. Le pregunté con mucha sorna si no había encontrado Su Excelencia un lugar más distante de su cámara adonde trasladar la enfermería.

—¿No estaríamos mejor colgados de la cofa del trinquete? —insistí.

—Bajad el tono, señor barbero, que no son cosas mías, sino de don Félix —me respondió el maestro—. Y tened presente que a mí también me afecta la medida porque todos mis marineros se alojan en el castillo.

—Pero ved que no es cristiano dejar a los enfermos en cubierta, aguantando el sol y el sereno.

—¿Y qué queréis que yo le haga? Ah —añadió—, también ordena Su Excelencia que no dejéis salir de allí a los apestados bajo ningún motivo.

—Aún no sabemos si es una peste u otra enfermedad —protesté.

—Por si acaso —dijo Lucas Mariano, encogiéndose de hombros.

Cuando era su vida la que peligraba, sabía Carrasco moverse con rapidez y poner en cuarentena a los contagiados. Y la idea, en el fondo, no era mala, pero las formas dejaban mucho que desear. Casi a punta de espada obligaron a los enfermos a cruzar uno a uno el combés y subir la escala que conducía a la cubierta del castillo de proa. A nuestro paso, los curiosos hacían hueco, temerosos de acercarse.

—Buscadme al menos a alguien que me ayude en la enfermería —le pedí al maestre, mientras tomaba posesión de la cubierta del castillo, un espacio que estorbaba el palo de trinquete y se estrechaba hacia la proa.

Una hora después apareció por allí, muerto de miedo, el joven que Lucas Mariano me enviaba de ayudante: se trataba de Sancho Turcios, el grumete personal de Valiero, lo que no dejó de sorprenderme, puesto que había en la nao muchos otros menos útiles que él, y en tal detalle pude constatar la poca estima que el maestre le tenía al piloto.

Era este Turcios un muchacho harto despierto —por eso lo había elegido el piloto como alumno —, que consiguió pronto vencer sus temores y prevenciones y me fue de mucha utilidad y ayuda en la enfermería.

Los síntomas que presentaban los enfermos eran variados: fiebre intensa, mareos y escalofríos, dolores en distintas partes del cuerpo y un gran agotamiento, pero el más característico era un sudor incontenible que aquejaba a los afectados, que en el término de una hora empapaban dos camisas. Una vez visto y conocido cómo se desarrollaba el mal, me quedé sin saber cómo atajarlo, pues en el libro de López de Hinojosos no venía descrito ese ni otro similar. En todo caso, se imponía acomodar a los enfermos en la pequeña cubierta de la mejor manera posible, y entre el grumete y yo los acostamos, los cubrimos con frazadas para evitar que el sudor les provocase frío y más tiritera y, para fortalecer los cuerpos, les dimos de comer un caldo de gallina que afortunadamente Su Excelencia nos eximió de pagar.

Aparte de eso, no había más tratamiento que estar junto a ellos, humedecerles la frente para bajar la fiebre y darles mucho de beber para que no se quedasen secos a causa del copioso sudor. Para tal fin, consintió el maestre en llevar al castillo una barrica e ir rellenándola con baldes a medida que se fuese vaciando, que no era poca el agua que se gastaba al cabo de un día.

La peste se extendió con gran rapidez, y antes de que acabase el segundo día eran más de veinte los contagiados. La fiebre del sudor, como dimos en llamarla, comenzaba de manera muy violenta. En pocas horas pasaba una persona de estar perfectamente sana a mostrar un estado de lamentable debilidad que duraba de uno a tres días, al cabo de los cuales o remitía la sudoración y el enfermo iniciaba una lenta convalecencia, o empeoraba con síntomas muy graves, convulsiones violentas, hemorragias por la nariz y una fiebre muy alta que consumía los cuerpos hasta dejarlos acartonados como momias.

Los acontecimientos se habían sucedido con tal celeridad que apenas había tenido tiempo de platicar con el cabo Vicente y los compañeros de la escuadra, y menos aún con Juana Alonso, abandonada en su inmundada prisión. Sin embargo, la tenía constantemente en mi pensamiento, rogaba por ella a Nuestro Señor y me alegraba de que, al menos en estos momentos, su aislamiento fuese también su protección.

Desde que se declaró la peste, don Félix Carrasco no salía de su cámara si no era para comprobar que se llevaba a cabo la estricta cuarentena, observar a distancia cómo la enfermería se convertía en lazareto e imponer nuevas y severas restricciones.

Nada más aparecer en un cristiano los primeros síntomas de la fiebre del sudor, la guardia armada al mando de Hinojosa lo obligaba a coger su estera de esparto y desfilaba hacia la cubierta del castillo de proa, sumándose a los apestados. Los había que aceptaban la cuarentena con serenidad y valor y también quienes habían de ser llevados al lazareto por la fuerza, como el padre Saavedra, que invocó su condición de clérigo para permanecer en la cabina y, al no conseguir su propósito, amenazó con excomulgar a quienes lo azuzaban, mas de nada le sirvió.

—¡Acepte su sino con talante de buen cristiano, señor capellán —le gritó Félix Carrasco desde el

alcázar—, que si le es favorable la voluntad del Altísimo, sin duda se salvará vuesa merced!

—Además, así podréis dar aliento a los moribundos —lo consolé yo cuando llegó a mi lado.

Tanto fue el terror que la enfermedad provocó, que había quienes se ocultaban para no ser desterrados al lazareto, y también quienes los denunciaban. La Santa Ysabel habíase dividido de repente en dos categorías más drásticas que las que estableció la lista de Figueroa: los que estaban sanos, que podían moverse por toda la nao, sin reparos ni limitaciones si no era el temor a cambiar de condición, y los que habían cogido el mal y debían ingresar en el lazareto y mantenerse en él como en un presidio custodiado del que no se podía salir. Ni siquiera yo.

El agua y el rancho nos los hacían llegar por medio de pértigas, y hasta se recogieron las velas del trinquete y la cebadera, para cuya maniobra era preciso atravesar la cubierta del castillo. Y no fueron sólo las disposiciones del señor Carrasco, que también la mayoría de la tripulación evitaba acercarse a menos de cinco varas del lazareto si no era cubriendo sus rostros con pañuelos.

También he de decir, por hacer justicia, que hubo gente menos aprensiva, de piadoso corazón, que no dudaba en llegar al pie mismo de la escala del castillo para ofrecernos agua o viandas, traer ropa para que los enfermos pudieran mudar sus empapadas vestimentas, preguntar por sus amigos y familiares o llevarles la mortaja cuando fallecían. Y si alguno, en su devoción por auxiliar a los dolientes, subía la escala y se llegaba hasta el lazareto, era obligado a permanecer en él; como le ocurrió a Frasquita, que, por llevarle una frazada a su madre, que estaba muy grave, entró en la cubierta del castillo sin que la guardia le diese el alto y, cuando quiso marcharse, no la dejaron salir. Mas la esforzada muchacha, lejos de amilanarse, accedió a colaborar, y no fueron pocos los que recibieron consuelo y asistencia de su única mano.

—Dicen que en tiempos estrechos y caminos largos, se conocen los buenos amigos, señor Torres —comentaba Frasquita.

—Cierto, muchacha —le respondía yo—; en las dificultades es cuando de verdad salen a relucir las virtudes y los egoísmos.

Por tratar de contener la peste, aconsejé a Carrasco que hiciese zafarrancho de limpieza y que desinfectase todas las cubiertas con una lechada de jalbegue y vinagre, porque las pestes siempre vienen de la mano de la suciedad y los parásitos. Chinchas, pulgas y piojos son uña y mugre con ellas y también las ratas están presentes cuando aparecen las epidemias, aunque no sepamos en qué consiste su intervención. Mas, pese a que me hicieron caso en estos consejos y a la cuarentena tan firme que se aplicó, la fiebre del sudor seguía provocando contagios.

Y con ellos aumentó el rigor, y el miedo, de Su Excelencia, que tomó la decisión extrema de llevarse el lazareto al lugar más alejado que pudo hallar: el batel. Así, mandó reunir a la gente en cubierta y, acompañado por Abel Hinojosa, su hombre de confianza, subió muy ceremoniosamente al alcázar, desde donde se dirigió a la expectante tripulación.

—Para mayor seguridad de todos he dispuesto —dijo—, aunque me duele en el alma hacerlo —y se llevó la diestra mano al corazón—, que el hospital sea trasladado al batel, donde serán acomodados los dolientes para que el barbero cuide de ellos hasta que el último enfermo se haya recuperado y la peste haya sido derrotada.

Al finalizar su breve discurso hubo división de opiniones: claras señales de asentimiento entre aquellos a quienes pareció sabia la decisión, y protestas de esotros a los que desagradó.

En el lazareto, los más estaban en tal estado de postración que apenas reaccionaron con la noticia, pero otros protestaron y maldijeron y hubo quien preguntó si acaso éramos leprosos para que nos apartaran de tal manera.

Su Excelencia mandó botar el batel sin perder un momento y dejarlo abarloado al costado de

estribor, a la altura del portalón.

Como aún seguía vigente la más estricta cuarentena, no se permitió a nadie permanecer en el combés mientras trasladábamos a los enfermos. Con harto trabajo y muchas molestias, entre Sancho Turcios y yo los fuimos acomodando uno a uno en el interior del barquichuelo, aunque algunos cuerpos se hallaban tan consumidos que pesaban lo que una pluma. Finalmente nos dejaron un par de baldes, amarraron el batel a un cable de más de cincuenta brazas y lo soltaron para que la nao nos remolcase a una distancia prudencial.

Cuando se producía un nuevo caso de peste, dos marineros halaban la estacha y abarloaban el batel a la Santa Ysabel para que el nuevo inquilino ocupara el sitio que le correspondía y, si era el caso, para bajarnos con sogas el agua y el rancho del día.

Entre los primeros enfermos que bajaron al batel estaban mis amigos Manuel de Badajoz, Felipe Pisano y el cabo Salcedo, y luego fueron cayendo contagiados don Melchor Navarrete, la Nigua, el paje Leandro, el guardián Luis Coraje y otros muchos que no diré por no hacer tan larga la relación. Incluso enfermó uno de los hombres de la lista de Figueroa, un soldado asturiano de nombre Miguel de Ruesga. Y todos nos hacinábamos en el pequeño espacio del batel, encogidos en el fondo, sentados en los bancos, echados sobre la regala, revueltos hombres y mujeres, agonizantes, moribundos y enfermeros, unidos todos en el dolor, el desconsuelo y el más cruel apartamiento.

El tercer día fallecieron hasta una decena de personas, entre ellas la madre de Frasquita y el esforzado Pisano, al que estuve velando toda la tarde sin que llegase a reconocermé. Cuando vi acercarse su último momento fui en busca del capellán, que, aunque enfermo, no estaba tan desahuciado como mi amigo, pero no hubo forma de levantarlo para que le impusiese los últimos sacramentos.

La pobre Frasquita, a pesar de haber quedado huérfana de madre, mordió su dolor, se tragó el llanto y siguió ayudando con gran entereza. Por la noche, a la luz de un mortecino candil, entre ella, el grumete Turcios y yo hubimos de amortajar los cadáveres y lanzarlos al agua, entristeciéndose el alma con el lúgubre chapoteo. Y después continuábamos atendiendo a los dolientes. Aquella noche fue la peor de las que había vivido. El panorama de tantos cuerpos extenuados y temblorosos, aferrándose con fuerza a sus mantas, gimiendo por un cacillo de agua, implorando confesión o sin fuerzas siquiera para suspirar, resultaba en verdad estremecedor y trájome a la memoria un retablo que había visto en una de las iglesias de Lima, donde el pintor pretendió recrear los tormentos del purgatorio.

Y sin embargo, era una noche muy hermosa, tibia y serena, con una luna creciente que pronto se ocultó, un cielo punteado de blancas luciérnagas y un mar encalmado y negro que la Santa Ysabel surcaba con su suave cabeceo. ¿Qué significado podía extraerse de aquello? ¿Por qué desplegaba la naturaleza tan hermosas galas en momentos tan aciagos? ¿Era por ventura una divina bendición por los caídos, o una burla diabólica por nuestros afanes y pesares? Qué debía hacer yo, me preguntaba: elevar mis plegarias al Todopoderoso por su dádiva o maldecirlo por su indiferencia. En todo caso, la única plegaria que fue capaz de invocar mi egoísta corazón fue por la suerte y salvación de Juana Alonso.

A la mañana siguiente bajaron al batel a María Posadas, la mujer de Carrasco, pues ni siquiera con ella quiso Su Excelencia hacer una excepción. Y no por predicar con el ejemplo, que nunca antes lo había hecho, sino por temor a contagiarse él mismo teniendo al mal tan cerca. También Maui cayó enferma y, como no podía dejar de darle el pecho a su criatura, hubo de llevársela con ella. Martín Navarrete los acompañó hasta la borda y permaneció un buen rato allí, sombrío y desolado, observando cómo la bajábamos por medio de estachas y la acomodábamos en la cada vez más

abarrotada cubierta del batel.

—¡Animaos, amigo Martín, que nada hay escrito sobre el mañana! —le grité por confortarlo—. El coraje y la resolución también ayudan a mantener el mal a raya.

—Si han de morir, prefiero contagiarme yo también. —Y echó mano de la escala para bajar a acompañarnos.

—Teneos y no hagáis locuras. Pensad que vuestro hijo necesitará un padre que vele por él.

Aunque mis palabras consiguieron detenerlo, no se apartó de la escala hasta que el Hinojosa lo ahuyentó.

—Si queréis bajar, hacedlo —le dijo de malos modos, amenazando golpearlo con el astil de la alabarda—; y si no, largaos de una vez.

Acomodé a Maui y la cubrí con dos frazadas, pues la mujer temblaba con muchos escalofríos. Colocó a su costado a Martincitoque, de tan dormido como estaba, al punto me pareció que había muerto; pero me equivoqué: giró la cabeza, buscó instintivamente el pecho materno y dedicose a mamar de él. Después me volví hacia María Posadas, que era una mujer grande y oronda, del mismo porte que su marido, y mientras la acomodaba y le daba de beber, ella me contaba, con palabras entrecortadas, castañeteándole los dientes, que Juana Alonso estaba viva, que ella misma había encargado a la Mulata que le bajase la pitanza.

—No os preocupéis por ella, pues le he rogado a mi esposo que la perdone —me dijo.

—Os agradezco de veras vuestros oficios —le respondí, aunque dudaba mucho que Su Excelencia le fuese a hacer caso, mas tampoco me dejé abrumar por ello. Venga el mal si viene solo, y el afán de aquel día era vencer a la enfermedad. Cien alguaciles que la esperasen en Lima me asustaban menos que verla allegarse al lazareto.

Yo tuve la suerte de no contagiarme, que la fortuna me ha otorgado ese don y pocas enfermedades he padecido, fuera de aquellas tercianas que me tuvieron casi un mes entre la vida y la muerte. Tal vez con ellas pagué pródigamente algún tributo que la naturaleza nos exige y quedé exento de tasas para los restos. Pero el grumete Turcios, que había sobrellevado la condición de enfermero con resignada serenidad y me había ayudado con gran dedicación, contagiose al fin, al igual que Frasquita, aunque con la muchacha la fiebre del sudor fue muy benigna. En realidad, en aquellos días pude observar en la plaga una condición singular: que respetaba a los más pequeños, siendo a los adultos a quienes atacaba con mayor violencia. Así, el padre Saavedra se agravaba en sus síntomas mientras que Laghu íbase reponiendo y lo atendía muy amorosamente.

Mientras tanto, la Santa Ysabel, manteniéndose en treinta grados, navegaba como buenamente podía, porque eran pocos los brazos disponibles. Una oleada de desánimo y pesadumbre habíase extendido sobre la nao y no faltaban voces agoreras que decían que era llegado el día del juicio final. Hasta Figueroa andaba preocupado por tener a uno de los suyos entre los apestados, temiendo que su muerte fuera a dar al traste con el vaticinio y, en tal caso, cavilando cómo hacer para enmendar el entuerto.

La siguiente noche fallecieron dos hombres. Uno fue don Melchor Navarrete, que parecía haber empezado a recuperarse, pero volvió a decaer y rápidamente se extinguió. El otro fue el cabo Gonzalo Salcedo, el hombre que mandó la escuadra más aguerrida en el sitio de Santa María de Poniente y buen compañero y amigo, pese a sus fieras maneras y su talante taciturno. Descansan en paz en las profundidades del océano. Por la mañana nos abarloomos a la nao para recibir a los nuevos apestados, entre ellos el maestre Lucas Mariano y María Velázquez, una de las pocas muchachas

casaderas que quedaban en la expedición, hija del colono Francisco Velázquez, que también estaba enfermo.

Así, en el atestado batel se hacinaban los enfermos, temblorosos, aferrados a las mantas que cubrían sus cuerpos febriles y consumidos. Allí eran los gemidos y las quejas, los delirios que la fiebre les provocaba, los rezos, contriciones y promesas, el mal olor que impregnaba la barca, pues muchos no podían contenerse y se vaciaban encima, y en fin, la desesperanza que en todos provocaban las muchas calamidades, el abandono y la proximidad de la muerte.

Ayudado por Frasquita y también por Manuel de Badajoz que, aunque convaleciente, sacaba fuerzas de flaqueza para echar una mano, los atendía enjuagándoles el sudor; dándoles de comer con mucha paciencia, como si fueran niños pequeños, consolándolos con amorosas palabras; escuchando sus pláticas, a veces incomprensibles o disparatadas, acompañándolos en sus plegarias y, cuando era preciso, amortajándolos y lanzándolos por la borda.

Desde el coronamiento de popa, la gente se asomaba para observar el batel. Algunos, con buena intención, a gritos pedían noticia de sus familiares y allegados, y otros echaban allá sus horas perdidas, mirando hacia abajo, señalándonos y comentando lo que observaban. En una ocasión se asomó la Mulata, llamó mi atención moviendo mucho los brazos y, cuando entendió que la hube visto, extendió la palma y, acercando los labios a ella, me lanzó con un soplo un beso. Al instante comprendí quién enviaba aquel beso y agradecí a Nuestro Señor la gracia de mantenerla a salvo.

Por fin llegó el día en que no hubo ningún nuevo apestado. Y cuando se encadenaron dos y hasta tres de estos días, el señor Carrasco me ordenó hacer una lista de aquellos que yo consideraba completamente recuperados, para que a la mañana siguiente pudieran ser embarcados. La tarea que me demandaba Su Excelencia era fácil, y la lista exigua. De los muchos que habían enfermado, una buena parte estaba muerta; otros luchaban entre la vida y la muerte, en lo más crítico de la contienda, y sólo una minoría superaba la plaga.

Así, a buena mañana se abarloó el batel a la nao para que se embarcasen Manuel de Badajoz, al que echaría de menos; Miguel de Ruesga, el bienaventurado de la lista de Figueroa, dos mujeres que se hallaban recuperadas del todo y, muy a su pesar, despaché también a Frasquita. Y, cuando el Hinojosa los recibió en el portalón del combés, los obligó, antes de subir, a dejar sus frazadas y arrojar al mar las ropas que llevaban encima, sin importarle la vergüenza que causaba a las mujeres. A cambio de ellos, se embarcó en el batel Martín Navarrete, que, aunque sano, había decidido asistir a su esposa y al pequeño Martín. El Hinojosa no le puso ninguna pega; al contrario, en cuanto puso el pie dentro de la barca se mofó de él:

—Idos en malahora con vuestra india, señor cabestro, que ya no os admitiré a bordo por más que me lo roguéis en hinojos.

—La impaciencia me mata —me dijo Martín sin hacer caso de las palabras del otro—, y no podía estar mano sobre mano en la Santa Ysabel cuando lo que más quiero se halla aquí abajo.

—Es de admirar vuestro valor, amigo Martín. Y no me vendrá mal que me echéis una mano, sobre todo ahora, que me he quedado sin ayudantes.

Aunque esto último no era por completo cierto, pues el indio Laghu, ya recuperado, no había querido marcharse del lazareto por no abandonar al padre Saavedra, y con diligencia me ayudaba; pero de poco sirvió su sacrificio, porque aquella misma tarde murió el padre, y unas horas después lo hacía el grumete Sancho Turcios, cuyo cuerpo, tieso y consumido, parecía el de un niño de once años. Sentí una pena profunda por él, y lástima por el piloto Valiero, pues sé que le tenía mucha estima y aprecio.

El siguiente día tuvimos que lamentar dos fallecimientos, entre ellos el del maestre Lucas Mariano,

pero Nuestro Señor nos recompensó con la buena noticia de que Maui empezaba a salir de la postración de los días pasados, y dejaba atrás los delirios y sudores. Cuando ya había oscurecido, halaron la estacha que nos unía a la nao y, desde la borda, el Hinojosa preguntó por mí.

—¿Qué se le ofrece, señor Hinojosa? —le dije, poniéndome de pie en el inestable batel.

—Don Félix necesita de vuestros servicios, pues tiene un fuerte ataque de cuartanas que mucho le molesta.

—A Su Excelencia lo atienda el diablo, que los enfermos que me necesitan de verdad son estos.

—No me obliguéis a utilizar la fuerza, señor barbero —me amenazó—. Ea, coged vuestras cosas y subid. —Y dicho lo cual lanzó una escala por la borda para que trepase por ella.

Me lo pensé dos veces antes de echar mano a la escala, pero no era cuestión de contrariar a Su Excelencia. Además, me alentaba la esperanza de obtener noticias de Juana Alonso y tratar de verla. Al llegar arriba solté mis aperos sobre la cubierta del combés, que se hallaba vacía, solitaria y en tinieblas, pues el candil que llevaba un soldado de la guardia daba una luz muy menguada. Entonces el Hinojosa, poniendo los brazos en jarras y flanqueado por varios soldados, me requirió a quitarme las ropas y tirarlas en el batel.

—Idos al cuerno, Hinojosa —le respondí, al tiempo que hacía ademán de volver a bajar al batel.

Y con ello cometí un error, pues no es prudente dar la espalda a los traidores. No bien me hube girado cuando uno de los soldados me aferró por detrás. Me debatí con fuerza, pero estaba tan agotado que no pude zafarme del abrazo. El Hinojosa acercó su mocho rostro al mío, mirándome con una sonrisa cargada de malicia.

—Llevalo abajo —ordenó.

—¡Alto! No hagáis caso a este bellaco —protesté—, los enfermos me necesitan. —Y nuevamente traté de zafarme del soldado que me tenía apresado, y con tanta furia me debatí que por fin conseguí que me soltase. Caí sobre las tablas de la cubierta, en medio de los soldados de la guardia, y al punto me apresté a levantarme cuando recibí un fortísimo golpe en la testa, que pareció estallar como granada de pedrero; un vivo dolor empezó a insinuarse y reptar por su redondez y luego no hubo nada.

Desperté como salido de una borrachera, aturdido y quebrantado, con un segundo corazón latiéndome dentro de la mollera y sin saber dónde estaba, pues todo alrededor era negrura. El agudo dolor, que partía de la coronilla, parecía extenderse e invadirme el cuerpo entero, embotando el resto de los sentidos, el más pequeño movimiento me provocaba náuseas y vahídos y, de tan aturdido como estaba, tardé en percatarme del roce lacerante de los grilletes en las muñecas y del sonido estrepitoso de la cadena.

¿Dónde estaba?

Poco a poco una imagen fue abriéndose paso en mi conciencia, penetrando las telarañas del dolor, y recordé el golpe a traición. Sentí temor de tocarme la cabeza con los dedos, no fuera a ser que se me hubiese desparramado la sesera. También percibí su hedor a chiquero y el fuerte cabeceo de la nao. Intenté levantarme, pero la oscuridad giró vertiginosamente a mi alrededor, como un tornado, y di con los huesos en el suelo. Entonces unas manos me zarandearon y oí una voz que no se cansaba de repetir mi nombre:

—Juan Torres, señor Torres.

Ante su insistencia abrí los ojos, pero nada se veía. De nuevo me invadió la náusea. El pensamiento se me iba.

—Señor barbero... Despertad.

—¿Quién sois? —pregunté al fin.

—Matías Jorge, el marinero —me respondió.

—¿Dónde estamos? —pregunté de nuevo.

—En un salón de baile, señor barbero —se burló él—. ¿Dónde queréis que estemos? Encerrados en el chiquero de los puercos.

El chiquero, que quedó vacío cuando nos comimos a su último inquilino, estaba a proa de la bodega, entre la roda y la carlinga del trinquete. Allí el cabeceo de la nao era mucho más acentuado.

—¿Y sabéis qué ha sucedido?

Algo parecido a la risa, o tal vez al llanto, sacudió al marinero.

—¿Qué ha sucedido, preguntáis? Sucede que llevo aquí más de una semana sin que nadie se acuerde de mí ni le importen una higa mis cadenas.

—Me refería a mí: ¿cómo he venido a parar aquí?

El marinero pareció recapacitar.

—Hace unas horas que os trajeron inconsciente y os pusieron esos grilletes.

¿Qué había ocurrido? ¿Y las cuartanas de Su Excelencia? Las sienas me palpitaban y las ideas se revolían dentro de mi cabeza, pero un pensamiento se abría paso entre las telarañas del dolor: había sido burlado, engañado. Hinojosa no fue a buscarme para que atendiese a Carrasco, sino para sacarme del batel. Pero ¿por qué?

—¿Y los enfermos, y los moribundos? —pregunté en alta voz—. ¿Acaso pretende Su Excelencia abandonarlos a su suerte?

—¿Qué enfermos? ¿Cómo lo voy a saber yo? —me respondió el marinero—. No os he dicho que me tienen olvidado en esta pocilga, sin saber de la plaga y rezando por no caerapestado.

No era posible, pensé, estando en el batel su propia esposa. ¿Qué retorcida maniobra estará urdiendo ese cochino bien cebado? Mas eran demasiados pensamientos y al fin volví a caer en un

sueño intranquilo y lleno de pesadillas. Me despertó el ruido que hacían los hierros de Matías Jorge cuando se movía. Entraba en la bodega la luz tamizada de la mañana y oíase el ajeteo de la faena sobre la cubierta.

—Señor Torres, por fin habéis despertado —me saludó muy efusivo el marinero, quizá la soledad de la mazmorra le había mejorado los modales, porque no lo recordaba yo tan amable.

Respondile al saludo y, por cortesía, le pregunté por el motivo de sus prisiones.

—La culpa es del grandísimo bribón de Carrasco, que tiene tasadas las vituallas.

—Lo sé. ¿Y os han prendido por quejaros?

—No, por cierto —me respondió—. Me descubrieron mientras hacía acopio de unas onzas de miel de abeja en la bodega.

—Hacíais acopio para vos, supongo.

—Para mí y para unos buenos compañeros, señor Torres, ¿por quién me habéis tomado?

—¿Y vuestro amigo el contramaestre no ha podido libraros? —le pregunté, pues supuse que se refería a los compañeros de Figueroa, que trabajaban como una cofradía.

Pero Matías Jorge no captó la burla que había en mis palabras y continuó vaciándose de boca contra Su Excelencia.

—¿Podéis creer que el hideputa tiene tasada en un peso de plata la onza de miel? En verdad os digo que estábamos mejor con el general y que ha sido una desgracia que esa ramera de Juana Alonso atentara contra su vida.

Qué buena maña se daba el marinero para ofender, pero no quise decirle nada: no tenía por qué saber de mis afectos hacia Juana. Era mejor llevarse bien con él en esta nueva prisión que la fortuna me deparaba.

Este Matías Jorge era hombre mayor que yo, valeroso y atrevido en las cosas de la mar, aunque impenitente jugador y, como tal, algo matasiete y pendenciero cuando estaba azumbrado. Por lo demás, era persona religiosa, muy devoto de la Virgen del Carmen, y tenaz discípulo de Figueroa, en cuyo vaticinio creía con una firmeza y seguridad carentes de cualquier lógica. Era originario de Puerto Real, en la bahía de Cádiz, según me contó. Y también me dijo, y repitió, que en el año noventa y cuatro participó en los combates contra el pirata Ricardo Aquines o Hauquins, cuya captura me contó muy por lo menudo, así como algunas otras anécdotas de su ajeteada vida. Aunque su conversación no era todo lo amena que yo habría deseado, al menos ayudaba a pasar el rato.

A mediodía vino a traernos la pitanza un paje muy simple, de nombre Leandro.

—¿Os habéis enterado de la última noticia? —preguntó mientras metía entre las trancas del chiquero dos escudillas con una ración tan magra que habría dejado con hambre a una criatura. Y antes de que pudiéramos abrir la boca, el muchacho respondió su propia pregunta—: Es el batel, señores, que se ha perdido durante la noche.

—¿Cómo que se ha perdido? —pregunté alarmado, temiéndome lo peor.

—La guardia de la mañana no lo vio por parte alguna. El señor Figueroa mandó subir a un grumete a lo alto del palo mayor, pero no había rastro de él en el horizonte. Dijeron que la estacha que lo unía a la nao se soltó durante la noche.

—No ha sido un accidente, muchacho —lo interrumpí—. Esa estacha la han soltado.

—¿Cómo podéis decir tal?

Maldito perro de Carrasco. Él estaba detrás de todo.

—¡Carrasco! ¡Carrasco! —grité, mientras golpeaba la tablazón con la cadena—. General de pacotilla, ¿qué habéis hecho, miserable?

—Por vida, ¿qué os sucede? —me decía Matías Jorge—. Teneos, señor Torres.

Pero yo no podía hacer ya caso de buenos consejos. Llevaba muchos días luchando contra la peste, conviviendo con la muerte, y ya no aguantaba más. Una rabia ciega pugnaba por salir de mis entrañas y, cuanto más gritaba, más quería hacerlo, «Hideputa, bellaco, cornudo», y seguí gritando hasta que la voz se me quebró y enronquecí y, aun así, no dejé de maldecirlo ni siquiera cuando apareció Hinojosa, me golpeó con el astil de su alabarda y me conminó a cerrar la boca.

—Callaos de una vez, barbero, o tendré que azotaros. Callad os digo.

Y continuaba dándome golpes y haciéndome cortes, y de la violencia con que me atacaba se le zafó la banda de cuero que ocultaba su nariz mochada y pude verle el tajo con que lo había marcado Martín Navarrete. Mas ni siquiera la contemplación de su deformidad fue bálsamo suficiente para calmar mi rabia. Un llanto amargo y angustioso se apoderó de mí al recordar a la gente abandonada en el batel, a Maui, a Martín Navarrete, a Laghu, a los moribundos y a los que ya convalecían, pero en especial me venía al pensamiento la imagen del pequeño Martín, la criatura que había sobrevivido a los avatares de la travesía pero sucumbió a la mezquindad y vileza de Carrasco y a la cobardía de todos los que lo habían amparado.

Al fin caí en un sopor parecido al sueño y en él se diluyó mi arrebató. Cuando desperté, no tenía ánimos para comer ni beber, y hasta parecíame gozoso el sufrimiento que me provocaban las heridas de Hinojosa, cuyos cardenales de vez en cuando yo mismo apretaba para sentir el latigazo del dolor.

A los dos o tres días de estar preso, o quizás después, porque el tiempo es difícil de estimar cuando se está encerrado, oí mentar mi nombre en un susurro: «Señor Torres». Debía de estar apenas amaneciendo, porque la claridad era muy escasa. Al momento una figura menuda se asomó junto al chiquero y en ella reconocí a Frasquita.

—Muchacha —exclamé—, ¿qué haces aquí?

—Chitón, señor Torres —díjome muy seria, llevándose el dedo índice a la boca—. Os traigo un unguento para vuestras heridas y también algunas noticias. ¿Por dónde queréis que empiece?

—Las noticias primero —le contesté.

Pero ella meneó la cabeza y se decidió por lo contrario.

—Comenzaré por el unguento y así tendremos tiempo para hablar mientras os trato. Acercaos, señor Torres, y enseñadme las heridas para que pueda untaros el remedio en ellas.

Le mostré los lugares donde el traidor de Hinojosa me había hecho más daño y ella, sujetando el pomo de unguento entre el muñón y el costado, con los dedos de su única mano lo extraía y me lo aplicaba con mucha suavidad.

—¿De dónde lo has sacado?

La muchacha dudó unos momentos en contestar.

—Estuve en la enfermería y me tomé la libertad de abrir vuestro cofre y buscar este frasco. No os enfadaréis conmigo, ¿verdad?

—Al contrario, Frasquita, te estoy agradecido. Por cierto, ¿cómo has sabido cuál era?

—Destapé todos los frascos y botes que allí teníais —me explicó— y los fui oliendo uno a uno hasta encontrar el mismo aroma del que le enviabais a doña Juana.

Me sorprendió la agudeza de la muchacha y la sencilla manera en que había resuelto la cuestión.

—Dime, ¿qué sabes de ella? —le pregunté sin hacer caso de Matías Jorge, pues me devoraba la impaciencia por saber cómo estaba.

—Esa es precisamente la noticia, señor Torres, que a doña Juana la liberaron ayer de la sentina.

—Por Dios, Frasquita —exclamé al recibir tan buena noticia—, ¿por qué no empezaste por ahí?

—Dice mi señor padre que lo bueno hay que dejarlo siempre para el final.

—Tienes razón, muchacha; pero dime: ¿cómo ha sucedido ese milagro?

—Al parecer don Félix Carrasco mandó a la guardia para que la sacaran de la sentina y ahora está en libertad bajo custodia.

Hizo un alto Frasquita, calibrando si decir o no lo que había oído.

—Sigue, sigue, que me tienes en ascuas.

—Dicen algunos que esa fue la última voluntad de su esposa, doña María, y otros que ha sido gracias al alguacil Hinojosa que la han soltado.

—¿Ese bellaco? —exclamé—. ¿Cómo puede ser?

—Callad, señor Torres, que os van a oír —dijo la muchacha—. Pero no os preocupéis, que son sólo hablillas de mentidero. Además, ella está ahora al cuidado de doña Úrsula.

—¿La has visto?

—Oh, sí, he ido a visitarla, pero estaba dormida en un colchoncillo. Tenía el rostro muy pálido y se le han blanqueado algunos cabellos.

Aquella noticia hizo que se me humedecieran los ojos y se me acelerase el corazón: cuánto no habría sufrido allá abajo, ella sola, abandonada de todos. Por suerte, gracias a la penumbra reinante ni la muchacha ni el marinero notaron mi turbación.

—¿Y qué otras noticias me puedes dar? —alcancé a preguntarle.

—Aparte de eso, arriba todo está como siempre, señor Torres, los marineros a la faena, los soldados holgando y Su Excelencia que no sale de su cámara. Bueno, si no queréis nada más, me marchó. —Y la vi alejarse entre los pañoles, subir por la escala de pie de carnero y desaparecer en el entrepuente.

La visita de Frasquita me dejó sentimientos encontrados: de inmensa alegría, por la liberación de Juana Alonso; de pesar, por el estado tan terrible en que debía de hallarse; y de preocupación, y celos, por imaginar siquiera que el Hinojosa pudiera estar detrás de aquel hecho. Conociéndolo, me preguntaba qué podía estar pagando, o comprando, con tal acción. Pero al cabo se impuso la cordura, recordé lo que me dijera María Posadas en el batel y, aunque difícil de creer, pareciome más plausible que a Su Excelencia le hubiera remordido la conciencia y por ese motivo la hubiera soltado.

La siguiente mañana vino a verme el cabo Vicente, que me explicó que Carrasco no tenía intención de mantenerme mucho tiempo encerrado.

—El fue quien ordenó traerte a bordo, zagal —me dijo—, pues le tiene más miedo a la plaga que a la condenación eterna.

A pesar de no haberse contagiado, notaba a mi amigo más apagado, sin la jovialidad que lo caracterizaba, o quizá sería yo, que no tenía el espíritu ni la voluntad para apreciarlo. Y así se lo dije.

—Mira, Juan —me respondió, más serio que otras veces—, esta peste ha sido una prueba para todos, peor que el ataque a la villa, que allá al menos podíamos ver a los enemigos y luchar con ellos en buena lid, mientras que aquí nos ha diezmado un enemigo silencioso e invisible y hemos tenido un triste colofón.

La mención al trágico remate de la peste me desalentó nuevamente, pero haciendo un esfuerzo le pregunté por lo sucedido en aquellos días.

—Es indudable que Carrasco tenía su envite muy rumiado y masticado, y en cuanto pasaron dos días seguidos sin contagios a bordo, decidió deshacerse de los apestados.

—¿Y fue capaz de abandonar a su esposa?

El cabo Vicente me miró con extrañeza, alzando las cejas y mesándose la barba cada vez más encanecida.

—¿No lo sabes? —Y ante mi expresión ignorante, prosiguió—: En cuanto enfermó María Posadas, Su Excelencia recogió en la cámara a la mulata Anita, su criada, y con ella convive muy abiertamente desde entonces. Incluso le ha dado amparo a ese pequeño mamoncillo y lo ha reconocido como

propio.

—Y por perder de vista a su esposa, ha enviado a muchos al infierno —dije, volviendo a sentir que la sangre me hervía—. ¿Y la tripulación? ¿Qué dice de todo esto?

—Ah, zagal, ya conoces a la gente: se vuelca en quejas y comentarios en los mentideros y después todo queda en agua de borrajas. Por cierto, que las opiniones las ha habido muy diversas y encontradas. Estos decían que estaba mal, esos que quizá y aquellos que bien, pues siempre hay quienes miran sólo por su beneficio; y Su Excelencia se ha beneficiado de ello.

—¿Y no habéis podido hacer nada?

El cabo Vicente, que había ido alegrando el gesto, volvió a ponerse serio por mi comentario.

—¿Quiénes, Juan? ¿Los pocos que quedamos de la escuadra? Los más aguerridos han muerto, o estaban en tierra, o son de la lista de Figueroa.

—¿Y qué tiene que ver Figueroa con todo esto?

Mi amigo miró a mis espaldas, donde Matías Jorge estaba atento a lo que platicábamos, pero continuó sin bajar un ápice la voz:

—Al contramaestre no le han perjudicado las disposiciones de Carrasco, ya que ninguno de sus bienaventurados estaba en el batel; al contrario, alejarnos de los apestados ha sido una garantía también para los suyos. No busques culpables, Juan, porque más allá de Carrasco, que fue quien parió la intriga, sólo encontrarás a gente temerosa de morir contagiada.

—¿Y doña Elena?

—Hecha un mar de lágrimas. Ten en cuenta que ha perdido de una vez a la familia que le restaba: padre, hermano y cuñada, incluso al sobrinito que tanto la alegraba.

Hernán Vicente hizo una pausa y su rostro se iluminó con la sonrisilla que siempre precedía a alguna de sus guasas.

—Me estás preguntando por toda la tripulación, desde Carrasco hasta el último grumete, y sin embargo te olvidas de quien más te interesa.

Pero no era olvido ni falso desinterés, sino auténtico miedo.

—Quien más me interesa, como decís, es por quien más temo preguntaros.

—Pues no deberías temer, porque se ha librado del contagio y va recuperándose del encierro que sufrió, que debió de ser terrible. Hombres hechos y derechos habrían aguantado menos que ella. No te preocupes por Juana, que Úrsula la cuida para ti.

—¿No la tiene custodiada Su Excelencia? ¿No la acecha el Hinojosa?

—Carrasco insiste en que será juzgada al llegar a Perú, pero de momento le permite moverse con libertad por el navío. Y tu buen amigo Hinojosa no ha aparecido por allí, al menos que yo sepa. Por cierto, tengo una sorpresa para ti, zagal.

—Decidme.

Mas, en lugar de contarme nada, dio media vuelta y se despidió:

—Todos esperamos que te recuperes —dijo mientras se alejaba entre los bultos de la bodega. Su acción me despistó tanto que al punto creí que se trataba de una broma, y que volvería para sacarme de mi pasmo. Pero no lo hizo. En su lugar aparecieron la Mulata y Juana Alonso.

Al verlas, mi corazón dio un brinco tal que sólo el recio costillar evitó que se me saliera del pecho. Juana no se había repuesto apenas de las prisiones sufridas: tenía el rostro inmensamente pálido, casi transparente, con cercos oscuros alrededor de los ojos, una fea cicatriz debajo del pómulos derecho y cabellos blancos entre sus guedejas negras. Viéndola así, tan quebrantada, temí por un momento que hubiese contraído la peste del sudor.

—Os traigo visita, amigo Torres —dijo la Mulata con una sonrisa, y se alejó unos pasos.

Juana se acercó al chiquero sin hacer caso de la pestilencia, con los ojos iluminados. Pegó su cuerpo a los maderos y pasó entre ellos las manos. Hice yo lo propio, al menos lo que las cadenas me lo permitían, y la abracé con delicadeza, cuidando de no romperla, pues parecía tan frágil como un pajarito.

Ella deshizo el abrazo, aferró con fuerza mis manos encadenadas, las llevó hasta sus labios y lloró como una niña, sacudiendo el cuerpo con cada sollozo.

—Por Dios, Juana, no llores.

—Lloro de alegría —me dijo al cabo de unos momentos, alzando la cabeza y ofreciéndome una cansada sonrisa.

Y yo le acaricié con las yemas de los dedos la rojiza cicatriz del pómulo, que aún no se había cerrado, y cogí su cara con suavidad, la atraje hasta casi encajarla entre las trancas y besé con ansia aquella boca que se me ofrecía, con la desesperación de la soledad de muchos días, con la avidez del usurero ante al tesoro hallado. La besé y la seguí besando hasta que ella se apartó de mí acalorada y jadeante.

—Me ahogas.

Riendo, la solté y acaricié sus cabellos con temblorosos dedos, mientras, por encima de sus hombros, veía aproximarse a la Mulata.

—Siento interrumpir a los tórtolos, pero nos tenemos que marchar —dijo con gesto serio y voz alegre, cogiendo a Juana Alonso de la mano.

Juana me dio un beso de despedida, sus ojos aferrados a los míos, su mano en mi mano. La Mulata tiraba de Juana, pero ella se demoraba en soltarme.

—Adiós, Juan, hasta pronto —dijo, pero entonces recordó algo, metió la mano bajo la saya, sacó un papel doblado y perfumado y me lo entregó diciendo: «Toma, una pobre compensación por las tuyas».

—Os debo la vida, Úrsula —le dije a la Mulata cuando ya se marchaban.

—Pensad que es el pago de otra deuda, señor Torres.

—Estáis echo un pillo —oí que decía a mis espaldas la voz de Matías Jorge, pero no le hice caso.

Guardé la nota de Juana Alonso en la camisa y allí la mantuve unas horas sin desplegarla, dilatando el goce de su lectura y resistiendo las ganas de hacerlo hasta que fueron tantas, y tan imperiosas, que ya no pude esperar. Entonces saqué el papel y leí con dificultad, en la escasa luz de la bodega, las breves líneas que me había escrito.

*«Mi amado caballero andante:*

*Vuestro amigo Vicente me ha asegurado que pronto os dejarán libre, y por ello rezo cada día a Santa Rita, la patrona de los imposibles, porque no ya soporto más que estemos separados.*

*Vos, que tanto sabéis del mundo y sus misterios, ¿creéis posible que el alma quepa en un papel? Pues sí que cabe, y con este os envío la mía. Guardadla con amor y no hagáis caso de este corazón jubiloso, que ha perdido la cordura.*

*Siempre vuestra:*

*Juana».*

La visita y la nota despertaron mis embotados sentidos. Por fin habíase esfumado la asfixiante congoja de las últimas semanas. ¿Qué importaba hallarnos engolfados en el mayor de los océanos? ¿Qué eran las dificultades y peligros por venir cuando Juana Alonso se reponía y descansaba cerca de mí, cuando a nuestros cuerpos los separaba apenas la tablazón de una cubierta, cuando su anhelo y el mío se enlazaban en el mismo aire?

Pero en medio del júbilo por la esperanza recobrada, una nube inoportuna ocultó el sol y empañó

mi alegría, pues la rueda del pensamiento en su continuo discurrir es tan implacable como una piedra de molino, que tritura y desmenuza hasta el más pequeño grano de trigo. Y en ese disgregarlo y analizarlo todo se hizo presente en mi conciencia el fantasma de Mondéjar, para perturbarla y cargarla de remordimientos. «Tantas muertes por tu culpa», me susurraba aquel incómodo fantasma. Cierto era que el general no habría evitado la peste ni las bajas que causó, pero tampoco habría abandonado a su suerte a los infelices que quedaron en el batel. Los actos tienen consecuencias y, por salvar a Juana Alonso, yo había condenado otras vidas, y no me servía de consuelo el saber que nadie puede predecir el mañana, ni siquiera Figueroa. Matando al general, había cavado otras tumbas y amasado para otros un destino cruel y desesperado.

Las previsiones de libertad del cabo Vicente no se cumplían y yo continuaba encerrado en el chiquero con la insípida compañía de Matías Jorge. Las tribulaciones del espíritu ora me llenaban de alborozo, ora me sumían en oscuras sombras que ni siquiera la carta de Juana Alonso, leída y releída, podía despejar. Y mientras tanto no dejaba de entretenerme atrapando las pulgas y piojos que atiborraban el chiquero, que moraban en la ropa y en el pelo, recorrían mi cuerpo, me chupaban la sangre y llenaban mi piel de picaduras cuya comezón me escocía y atormentaba.

Una semana llevaba así cuando ocurrió un suceso en el que pareció intervenir con firmeza la mano del Altísimo. A la hora tercia vino a buscarme muy alterado uno de los hombres de Hinojosa, porque el señor Carrasco había sufrido un ataque de apoplejía. Librome de mis cadenas y me condujo a su aposento, donde estaban Anita, su amante, y Abel Hinojosa, que me saludó con un resoplido.

—Pronto, haced algo, barbero, porque don Félix se nos muere —me dijo, mas, aunque con las palabras me urgiese, su actitud desmentía cualquier preocupación.

Su Excelencia estaba tirado en el suelo, la mesa derribada y numerosas viandas desparramadas por la tablazón, pasteles, jamón, almendras tostadas y hasta una bota de vino. Cubría sus abultadas carnes con una camisa blanca que quería ser holgada, unas calzas negras acuchilladas, unas medias también negras y unos borceguíes de buena piel.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—El señor Carrasco estaba comiendo, como siempre a esta hora —dijo Anita—, y de repente rompió a toser muy desafortadamente. Quiso beber de aquella bota que está a vuestros pies, pero no logró sino derramar el vino, buen vino, señor Torres.

Mientras la mujer hablaba, habíame arrodillado junto a Carrasco, descubriendo el origen de la pestilencia que inundaba la cámara, pues Su Excelencia se había vaciado en los calzones. Alcé su cabeza y vile la cara congestionada, con la boca y los ojos muy abiertos. Traté de tomarle el pulso pero no le encontraba el latido en la muñeca. Sólo en el ligero temblor de sus dedos y en el ocasional parpadeo podía observarse que aún vivía.

—Se levantó sin poder hablar —continuó la mujer—, tambaleándose y golpeándose contra los mamparos de la cámara. «Qué os sucede», le pregunté, pero él sólo pujaba y mugía, tornándose rojo y amoratado y de todos los colores, y cayó al suelo pataleando y revocándose con las manos en el cuello. Me asusté mucho y, temiendo por su vida, salí a escape a buscar a don Abel.

Don Abel. Me hizo gracia el tratamiento y me pregunté si no habría algo entre aquellos dos.

—¿Y qué estaba comiendo Su Excelencia cuando sufrió el ataque?

—No sé, señor Torres. Creo..., creo que masticaba un trozo de jamón.

—Pues se le ha debido de atragantar el bocado —concluí—. Hinojosa, poneos detrás de él y alzado.

De mala gana hizo el traidor lo que le pedía. Metió sus brazos bajo la cintura de Su Excelencia y consiguió levantarlo a medias, lo que aproveché para propinarle unas fuertes palmadas en la espalda, pero Carrasco no escupió nada ni reaccionó en modo alguno.

—Hiede como un cerdo —exclamó Hinojosa, cuyo olfato se mantenía muy vivo detrás de la careta.

—Ponedlo en el suelo, boca arriba.

Con mi ayuda lo dejamos acostado cuan largo era sobre las tablas. Con una mano en la nuca, alcé levemente su cabeza y, mientras Hinojosa le abría la boca, yo le introduje en ella la otra mano. Si Hinojosa de mala gana me ayudaba, menos interés tenía yo en salvar a aquel puerco bien cebado, mas no quería cargar con otra muerte sobre mi conciencia. Hurgué con la punta de los dedos en el fondo de su garganta sin alcanzar lo que fuera que lo estuviese asfixiando.

Saqué las manos de la boca y apreté repetidas veces el pecho, primero con suavidad y después golpeándolo como un tambor, mas nada conseguía. El rostro de Carrasco estaba apenas a un palmo del mío, y pude observar cómo sus ojos marrones miraban con pavorosa fijeza e iban vidriándose

poco a poco hasta perder por completo la vida que había en ellos.

Si acaso existe la justicia divina, la muerte de Carrasco fue un ejemplo de ella, pues no podría imaginarse una paradoja mayor que haberlo alcanzado la parca cuando creía haberla burlado.

Con gran esfuerzo sacamos su cuerpo a cubierta. Hinojosa ordenó que lo tirasen por la borda sin mayor formalidad. El grumete Alfonso Rodríguez rezó una plegaria por su alma, pero no vi lágrima en ojo alguno ni tristeza en ningún semblante. Finalizada la escueta ceremonia, fui a saludar a mis compañeros, pero quiso el Hinojosa prenderme y cargarme de nuevo de cadenas.

—¡Daos preso, mestizo! —me gritó, e hizo ademán de desnudar la espada.

Se adelantaron tres soldados a cumplir las órdenes de su alguacil, mas se interpusieron Manuel de Badajoz y el cabo Vicente con las manos en los herrajes, y también Gorrostieta.

—¿Qué derecho os asiste para prenderlo? —preguntó Hernán Vicente.

Otra gente habíase acercado y hecho corro alrededor. Y en todos vio el Hinojosa miradas duras, así que agachó las orejas y rebajó sus aires.

—Juan Torres fue condenado por don Félix y lo soltamos sólo para que lo asistiera —explicó—, pero ya veis que su ciencia es escasa y que tiene mucho de bribón y poco de cirujano.

—Carrasco está muerto —prosiguió mi amigo—. Ahora estamos sin capitán, y hasta que no elijamos a otro, el señor Torres aquí se queda.

Un murmullo de asentimiento acogió sus palabras, y hubo quien dijo que tampoco tenían valor los nombramientos hechos por Carrasco, otro se quejó de su avaricia y un tercero lo tildó de cobarde. Fue como si de golpe a todos se les hubiera caído un velo de los ojos y las numerosas iniquidades hechas y mandadas hacer por Su Excelencia adquiriesen lustre.

Púsose algo nervioso Hinojosa al considerar que las cosas estaban cambiando con gran celeridad, y quiso hurtar el bulto antes de que empeorasen, mas no lo dejaron.

—Traidor —dijo Francisco de Guevara, que había sido buen amigo de Navarrete y de Ocampo.

—Bellaco, matarife —lo acusó otro.

—Acabemos con él mientras podamos —dijo el marinero Damián Ortiz, con su único ojo muy abierto y su dedo inquisitivo señalándolo.

El alguacil, que vio de pronto su vida en peligro, desenvainó la espada y fue retrocediendo hacia el alcázar. Hizo gesto a la guardia para que lo flanquease, pero ninguno de los soldados se movió. Al contrario, el corro fue cerrándose a su alrededor. De un golpe dado por detrás le quitaron la tizona y se echaron más de diez hombres sobre él. Un marinero lanzó un cabo sobre la verga del árbol mayor y Francisco de Guevara cogió el extremo y lo amarró alrededor de su cuello.

Todo había ocurrido con tal rapidez que no hubo tiempo apenas de intervenir, y allí habrían acabado los días del infame Hinojosa si la fortuna no se hubiese cruzado nuevamente en su camino.

—¡Quietos! ¡No os ensuciéis las manos con ese hombre!

Era el bachiller Herrera el que gritaba. Subido a la cubierta del alcázar y apoyado en el barandal, nos contemplaba desde arriba. Cejaron los hombres en sus afanes y se volvieron hacia él.

—No es momento para hacer justicia, mis señores, sino de buscar quien nos comande hasta el término de la expedición —prosiguió el escribano—. ¿Qué ganáis ejecutando a ese hombre?, ¿acaso os devolverá alguna vida? Dejad que la justicia virreinal se encargue de él y guardemos las fuerzas para llevar esta nao a salvamento. Y ahora os digo que lo que toca es elegir un nuevo capitán.

Pocas veces se había dirigido el escribano a la entera tripulación. Su cuerpo seco y alargado movía a risa, pero la energía y razón de sus palabras compensaban con creces la falta.

—¿Y cómo hemos de hacer, don Luis? —preguntó desde el foso Figueroa.

—Dejad que los hombres propongan, y respetemos su decisión —respondió el bachiller.

El contra maestre convino con la cabeza y Herrera volvió a hablar.

—Vuestas mercedes dirán a quién quieren proponer. El que tenga un candidato que lo declare.

Al punto nadie quiso tomar la palabra que el bachiller nos ofrecía, aunque no pocos se deshacían en comentarios y oteaban a su alrededor buscando un candidato al que nombrar.

Yo iba a conferenciar con mis compañeros cuando Marcos Agras lanzó a la palestra el nombre de Figueroa por ser persona recta, seria, dijo, de probada valentía y hombre experto en el oficio de marear. Varias cabezas asintieron y un revuelo acalabrado apoderose de la gente, tal si el nombre de Figueroa tuviese por sí solo la facultad de soliviantar.

—Dios nos libre de Figueroa —comentó el cabo Vicente.

Y acto seguido alzó la voz y dio su opinión:

—Yo propongo que sea don Sebastián Valiero el que nos comande. No conozco otro hombre a bordo que tenga más prudencia y seso que él, ni más a propósito para llevar esta nao al Perú. —Y como no viera mucho entusiasmo entre los presentes, prosiguió—: ¿Creen vuesarcedes que habrá otro capaz de navegar las mil leguas que nos restan para avistar las costas de las Indias Occidentales? ¿Creen que alguno más sabrá cómo guiarse por los astros y seguir la derrota en los mapas? Además, no olvide nadie que el señor Valiero se ha mostrado leal a don Lope, al Adelantado y al rey Felipe, que no ha aceptado mercedes ni nombramientos de anteriores capitanes, que en todo ha compartido la suerte y privaciones de los demás y que siempre ha buscado el beneficio de la expedición sin atender al propio provecho.

Tras el vehemente discurso del cabo Vicente hubo más agitación y un coro de murmullos invadió el combés de la Santa Ysabel, lo que aprovechó el bachiller Herrera para llamarnos a todos al orden y proseguir con la elección de capitán. No habiendo quien tuviera algo más que añadir, ni ninguna otra propuesta, el bachiller Herrera pidió a los hombres que alzasen sus manos para decidir quién habría de ser el capitán. En apoyo de Figueroa se alzaron numerosas manos, pero algunas más lo hicieron por Valiero y el bachiller lo proclamó capitán sin demora.

—De esto se levantará registro y se dará cuenta a la Real Audiencia de Lima —concluyó el bachiller—. Ruego, por tanto, que diez hombres se sirvan firmar el acta cuando esté escrita.

Como cumplía a tan sensata petición, diez hombres se comprometieron a ello.

Tras la elección subió Sebastián Valiero al alcázar, cabe el bachiller, para dirigirnos sus primeras palabras como capitán. Calmose el rumor de las charlas y conversas y en un instante todos callamos para oír lo que quisiera disponer.

—Acepto la obligación que se me ha encomendado —dijo—. No soy hombre al que gusten los enredos en los barcos, ni voy a guardar rencor a nadie por cuentas pasadas, pues que en la mar lo principal es navegar, y todo lo que yo haga y disponga será para llevar la Santa Ysabel al Perú con el menor perjuicio de vidas y haciendas, como cumple al servicio de Su Majestad.

Hubo rumor de asentimiento y muchos cabeceos de conformidad.

—A todos conviene navegar con buen orden y gobierno, ya que tan lejos estamos aún de nuestro destino —prosiguió, después de unos momentos de cortés espera—. Por tanto, habrá tres turnos en las faenas de mar: uno lo mandaré yo; el otro, Domingo Salvanés, el carpintero, que será mi segundo piloto; y el tercero, el contra maestre Figueroa. —Y aquí hizo una pausa para que todos comprendiésemos que confirmaba a Figueroa en su cargo y que no pensaba tomar represalias contra él—. El alguacil de la nao será Hernán Vicente, y a su cargo estará la guardia armada, la pólvora y municiones. No sé si hallaremos nuevas islas, otra tierra más Austral y Magallánica o un océano vacío, pero lo que sí os puedo asegurar es que tenemos más de mil leguas por delante. Conque, mis señores, a la faena.

Aunque mucho me alegré de la elección de maese Valiero, abandoné de prisa la cubierta con intención de buscar a Juana Alonso. Algueme a la enfermería, adonde no entraba desde que Carrasco me apresó, pero estaba vacía. Aprovechando el momento, me quité las ropas mugrientas por tantos días de encierro, me enjuagué en un balde y saqué del cajón una camisa blanca, una ropilla ligera y unas calzas azules, largas hasta la rodilla. Apenas había terminado de vestirme cuando llamaron a la puerta.

—Pasad —dije, esperando encontrar a Juana Alonso, mas fue doña Elena la que apareció.

Entró en la cabina, pero dejó la puerta abierta, como cumplía a una dama honesta y recatada.

—Juan Torres —me saludó, entregándome su mano.

—Elena, benditos los ojos que os ven —le dije observando su trágica y deslucida belleza, que una tempestad no la hubiese devastado más.

—Pues aquí he estado, amigo Torres, aunque vos me hayáis tenido tan abandonada.

—Han sido días trágicos y difíciles para todos —me disculpé.

—No tiene importancia. Me basta la alegría de volver a veros, pues en verdad he echado de menos vuestra compañía y buen talante.

A pesar de no haber sido tanto el tiempo transcurrido desde la última vez que hablamos, cuando rehusó ayudarme a liberar a Juana Alonso, la notaba muy cambiada, y no sólo me refiero al quebranto de su belleza, sino a una como calmada resignación que había en ella, a una extraña espiritualidad que irradiaba, producto tal vez de la dura prueba por la que había pasado.

—También yo me alegro de veros.

Una gastada sonrisa alegró su semblante, sellando la reconciliación. En aquel momento me recordó a las monjas que asistían a los enfermos en el hospital de Santa Ana, en Lima.

—No podéis imaginar lo sola que he quedado, amigo Torres, y lo mucho que he rezado pidiendo a Nuestro Señor que me llame a su lado.

—Bien está que volváis los ojos hacia el Altísimo y que busquéis en él consuelo y confortación, pero no os dejéis ganar por el desaliento, que ningún bien os hará.

—¿Cómo evitarlo, amigo mío? —dijo y, en un arranque de confianza cogió mis manos con las suyas, apretándolas con cálido afecto—. No encuentro ilusión ninguna en la vida. ¡Ah!, si supieseis los abismos que acechan mi alma y la soledad de mi corazón, no me hablaríais con tanto optimismo.

¡Qué melancolía asomaba a sus ojos, qué tristeza destilaba su rostro! Viéndola así, apretando sus manos entre las mías, sentí una arrasadora ternura por su triste sino.

Mas en aquel preciso momento quiso la casualidad que Juana Alonso apareciese en la enfermería y nos hallase en tal manera. Presto, solté las manos de doña Elena, me puse en pie, di un paso hacia ella y le tendí los brazos.

—¡Juana! —exclamé.

Ella estaba de pie, en silencio, lanzándome una tal mirada de desafecto que me asustó. Su enojo me contuvo y quedé a medio camino de la puerta, con los brazos aún abiertos. Pero Juana Alonso, en lugar de acercarse a mí, engalló la cabeza, girose muy ofendida y se marchó.

Maldije mi mala suerte y pensé en seguirla de inmediato, pero me contuve y cambié de opinión: más tarde la buscaría, cuando hubiera tenido tiempo para calmarse, y ambos nos holgaríamos del reencuentro.

—Lo siento, amigo Torres —me dijo doña Elena—. Lamento que por mi culpa vayáis a tener un problema.

—No os preocupéis, Elena, que nada ha ocurrido que no tenga fácil arreglo —le respondí, y la

acompañé afuera, a la cubierta de la tolda, donde continuamos un rato más en agradable conversación, hasta que nos separamos en buena armonía.

Incontinentemente fui en busca de Juana Alonso, que se alojaba en el entrepuente y estaba haciendo corro con la Mulata y otras dos señoras, sentadas las cuatro sobre baúles que lo mismo servían de asiento, de mesa o de mamparo. Aunque al verme callaron la plática, me aproximé a ellas, las saludé y sonreí con confianza al dirigirme a Juana Alonso.

—¿Cómo tenéis el valor de venir? —fue la respuesta que recibí.

El asombro me dejó mudo.

—Sin duda habéis caído en un terrible equívoco —le dije, cuando conseguí recuperar el habla.

—No quiero veros, Juan Torres.

Ardía en sus ojos una pasión que nunca antes le había visto y en su voz un hierro amenazador. Por lo demás, estaba casi recuperada de su debilidad y muy hermosa, a pesar de la marca en el pómulo.

—Pero, Juana, tened seso —le dije, acercándome más a ella.

—Marchaos, señor cirujano —dijo, rechazándome con ambas manos extendidas—, id a buscar a doña Elena y echaos en sus brazos, ya que tan dulces os parecen.

—¡Qué desatinos decís, señora! —le respondí, empezando a perder la paciencia—. Os los dispenso porque sé que son los celos quienes hablan por vuestra boca.

—¿Celos? Me ofendéis —dijo, soltando una carcajada que sonó muy falsa—. Pocas damas habrá mejor servidas que yo.

La Mulata, que había asistido en silencio al intercambio de lindezas, se levantó, me puso el brazo en el hombro y me susurró al oído:

—Dejadla ahora, es mejor que no la enfurezcáis. Ya veré yo de procurar vuestras paces.

Apesadumbrado, di media vuelta y me marché de allí. ¿Cómo era posible tal resentimiento? Y todo aquel polvorín nada más que por hallarme en compañía de doña Elena. Estaba desconcertado: si de aquella manera reaccionaba por una nimiedad, ¿qué no sería capaz de hacer en otras circunstancias? No reconocía a Juana Alonso. ¿Qué fue de tanta armonía, qué de las palabras amorosas, de los abrazos y promesas? ¿Tan poco valor tenían? Mas si eso quería, me dije airado, eso tendría.

Regresé a la enfermería enojado, sin hacer caso de amigos ni enemigos, atranqué la puerta, cogí su carta y la rompí en dos pedazos. Luego me tumbé en la estera y me dejé llevar por los más oscuros pensamientos. Mas al cabo de un rato esfumose el furor, despejose el horizonte y pensamientos más alegres guiaron mis reflexiones: aquello no había sido más que una pelea de enamorados, concluí, y recogí los pedazos de la carta, los guardé y salí afuera.

Pero estaba equivocado. Para mi grande sorpresa y mayor decepción, Juana Alonso porfiaba en esquivar mi compañía. No quiso hablar conmigo las varias veces que la busqué, ni se dejó persuadir por los buenos oficios de la Mulata ni hizo caso de la misiva que le envié con Frasquita.

—No ha querido recibirla, señor Torres —me dijo la muchacha entregándome el papel cerrado—. Quien ahora la visita y le dedica muchas mercedes es el señor Hinojosa.

—Ella sabrá lo que se hace —respondí con petulancia, irritado por el fastidio, y por los celos.

Y mientras Juana Alonso me demostraba su desapego e indiferencia, doña Elena daba en mostrarse atenta y cercana. Habíase olvidado de los acertijos y demás pasatiempos galantes, y me buscaba con frecuencia para que escuchase sus cuitas, alegrase sus soledades y aliviase su desesperanza. ¡Qué caprichosa es la fortuna!, pensaba yo. Después de tanto tiempo suspirando por ella, de quererla y no tenerla, se acercaba a mí justo cuando su presencia me alejaba de Juana Alonso. Mas ¿cómo iba a rechazarla, siendo que necesitaba mi consuelo, y quizás yo también el suyo?

Desde que su padre falleciera gastaba la dama luto muy severo, con diadema alta y velo fino que le

cubría el rostro. Hablaba con ella de muy diversos temas, pues habíamos encontrado ese estado, semejante a la amistad, tan difícil de hallar entre un hombre y una mujer.

—Vivimos de ilusiones, amigo Juan —me platicaba una tarde—, y al final hemos de contentarnos con cenizas. Emprendimos esta jornada ilusionados por hallar un paraíso donde hacer un nuevo comienzo y ya veis, ni paraíso ni comienzo, que en esta travesía he perdido cuanto apreciaba y poseía.

—No convoquéis a la mala suerte, Elena, y tened esperanza. Bien está que roguéis por los vuestros, pero no dejéis a vuestra alma hundirse en el pozo de la desesperación.

—¿Y cómo se hace eso? Decídmelo vos, que parecéis saberlo todo.

Doña Elena se detuvo en su paseo y volviose hacia mí, sonriéndome detrás del velo.

—Para empezar, podríais vestir un luto menos severo. ¿No os basta con el que lleváis en el corazón? Otras han perdido más que vos y no llevan esos vestidos que incitan a la mortificación.

—Una dama en todo momento debe parecerlo, Juan, pues, si no, ¿cómo la distinguiréis entre la multitud? Quizá esas otras que mencionáis sean más ligeras y casquivanas, descreídas o poco versadas en las cosas de la fe. No me gustaría que me comparaseis con ella.

No dijo «ellas», sino «ella», utilizando el singular, y le pregunté que a quién se refería.

—Lo sabéis bien, amigo mío. Y tened cuidado, porque todos cuantos la han querido están muertos.

No podía saber, al decirlas, el verdadero alcance de sus palabras, ignorante de mi papel en la muerte de Mondéjar. Sin embargo, al ver la pesadumbre que me produjeron, al momento se retractó.

—No tengo derecho a deciros eso. Oh, Juan, no me tengáis en cuenta la ligereza —dijo, llamándome por mi nombre de pila. Doña Elena tenía defectos, algunos grandes, pero era persona que, cuando se sabía equivocada, no dudaba en disculparse y rectificar.

—Elena —le dije, devolviéndole el tratamiento—, bien sabéis que durante mucho tiempo he sufrido vuestra indiferencia. Os ruego, por tanto, ya que no habéis podido darme vuestro amor, que me mostréis amistad y comprensión en este asunto.

—Y por eso os aconsejo sobre ella.

—Y os lo agradezco, Elena, no lo dudéis; pero conozco sus virtudes, que son muchas, pues con Juana he compartido momentos difíciles, enfermedades y desgracias.

—Cierto, las desgracias unen a la gente. Pero me temo que ella sólo persigue su propio interés. Despertad, amigo. Juana Alonso siempre se ha arrimado a los poderosos, y no es fácil que vaya a cambiar ahora.

Me dejó pensativo la seguridad que mostraba en este asunto y, aunque no olvidaba lo prejuiciosa que habíase mostrado siempre con Juana Alonso, también sabía que las mujeres tienen, en estos asuntos, un olfato del que los hombres carecemos. Quién sabe si en este caso no tuviera ella razón y el equivocado fuese yo.

Valiero se consagró a llevarnos al Perú. Para ello, empezó por buscar mejores vientos en latitudes más australes y puso rumbo sur cuarta al sudeste hasta alcanzar los treinta y cinco y aún los cuarenta grados del polo antártico, variando entonces el rumbo a leste. Y como había predicho, allí encontramos vientos de travesía que soplaban con más fuerza. La Santa Ysabel navegaba con mucho trapo desplegado, tomándolo por la popa o por la aleta de babor, y nuestra proa cortaba las olas con un cabeceo acompasado que hacía sonreír a los marineros y alegrarse los corazones.

A pesar del mucho trabajo y del orden estricto, las cosas mejoraron considerablemente bajo su gobierno: el rancho, el agua y hasta la distribución de las cabinas y camarotes, porque no quiso el Valiero trasladarse a la cámara del capitán y, en cambio, mandó buscar acomodo en ella a algunas de las mujeres solas que había a bordo, entre ellas doña Elena.

Los turnos de trabajo se organizaron con todos los hombres disponibles, pues la Santa Ysabel llevaba ya muchas singladuras a cuestas, las tracas hacían más agua que antes y era preciso bombear un rato cada día.

El cabo Vicente, como alguacil, reorganizó la guardia armada con los hombres en los que más confianza tenía, como el de Badajoz, Guevara o Gorrostieta, sacó del chiquero al desgraciado de Matías Jorge y dio en dedicar todas las mañanas un buen rato a la práctica y adiestramiento en las artes militares.

—Al menos —me dijo cuando le pregunté el porqué de tales ejercicios—, el tiempo que dediquen a ello lo hurtarán a los juegos de azar, los parlamentos vanos o los malos pensamientos.

Domingo Salvanés, carpintero y segundo piloto, ayudaba a Valiero en lo que buenamente podía, y Figueroa, pese a sus diferencias con el nuevo capitán, hacía el manso y desempeñaba con provecho su labor de contramaestre, toda vez que su objetivo era otro. Y, aunque procuraba disimularlo, pronto se le notó el afán que ponía en proteger a los doce apóstoles de su lista, a quienes libraba de ciertas tareas, por muy pesadas o muy peligrosas.

Yo recuperé mi enfermería y volví a ocuparme de ella, dispensado de la guardia de mar, porque Valiero había me pedido que dibujase, en mis ratos libres, una carta completa de las costas de la Tierra Austral. En la enfermería conté con el socorro de Frasquita, que con mucha diligencia y caridad atendía a los dolientes. Con la sola mano y el muñón, se daba maña para aplicar ungüentos, poner vendajes y ventosas o preparar remedios y específicos, siguiendo las indicaciones que yo le daba. Nada escapaba a su atención y, cuanto más aprendía, más curiosidad sentía por la ciencia de la medicina. Qué buena cirujana había en ella.

Navegamos así durante semanas, recorriendo cientos de leguas, siempre hacia levante, buscando las costas de Chile, sin encontrar tierra ninguna; mas no por ello abandonaba Valiero su costumbre de anotar todo puntualmente en su cuaderno de bitácora y señalarlo en las cartas. Tal era el celo que ponía en ello que con frecuencia pensé, y aún hoy lo sigo creyendo, que para él era más importante el levantamiento de un plano o el trazado de una carta de marear que la propia expedición, pues todo su afán era descubrir lo incógnito y sacarlo a la luz.

—Son importantes los descubrimientos y expediciones en busca de tierras ignotas —me dijo alguna vez—, y debemos admirar por ello a los hombres intrépidos que se lanzan a la ventura, soportan fatigas, abren rutas, atraviesan selvas y fundan ciudades; pero de qué serviría todo eso sin otros hombres que levanten mapas para que los demás puedan continuar su obra y seguir su camino,

o sin aquellos otros que cuenten las hazañas y las dejen por escrito, para conocimiento de la posteridad.

A propósito de Valiero he de decir algo que por casualidad descubrí y que, unido a las otras muchas murmuraciones que sobre él habían corrido, y a cuya influencia no me podía sustraer, me hizo dudar de la honradez de su proceder y la rectitud de los consejos que había dado a lo largo de la jornada. Sucedió que, mientras dibujaba el mapa de la Tierra Austral, un día púseme a hurgar en su baúl en busca de unos bocetos que necesitaba y por casualidad encontré un rollo de varios pergaminos que guardaba con especial esmero.

Se trataba de un planisferio y dos mapas menores, elaborados todos ellos por cartógrafos de los que no le había oído hablar jamás. El planisferio se asemejaba en mucho a otros que ya había visto, pero en este la Tierra Austral aparecía dibujada con una forma harto diferente. Los otros dos mapas eran cartas parciales de la mitad superior de la Tierra Austral, a la que se designaba con el nombre de Java la Grande. Mi sorpresa fue grande, porque el perfil de sus costas, al menos en su extremo noreste, reproducía con cierta y misteriosa fidelidad a la Tierra Austral que yo estaba dibujando, incluidos algunos tramos de la barrera de arrecifes.

El descubrimiento llenó mi cabeza de preguntas, dudas y también de recelos. Era notorio que aquella geografía tan coincidente con la realidad no podía haber salido de la imaginación de ningún cartógrafo que, como gustaba de repetir Valiero, se dedicase a rellenar con líneas ficticias las regiones incógnitas del orbe. Era también indudable que alguien había llegado a la Tierra Austral antes que nosotros, navegado sus costas, trazado mapas de ellas y vivido para contarlos. Quizá los mismos que en 1528 levantaron la cruz que habíamos hallado, quizá el tal Francisco de Oces, capitán de la extraviada nao San Lesmes cuando la expedición de Loaysa.

Mas, con ser importantes tales cuestiones, aquella cuya respuesta más me interesaba era por qué, teniendo dicha información en su poder, había aconsejado el piloto navegar la Tierra Austral hacia el sur. ¿Acaso no se fiaba de los mapas? ¿O era el tornaviaje por el sur lo que ansiaba descubrir y certificar? Fuera como fuese, lo cierto es que acababa de sorprender un fingimiento en Valiero que por primera vez me hizo desconfiar.

A pesar de que me di prisa en enrollar los pergaminos y colocarlos en el mismo lugar en que los había hallado, de alguna manera Valiero se dio cuenta de que los había consultado, y al día siguiente me hizo llamar.

—Sé con certeza que habéis revuelto en el arcón —me dijo.

Como no era mi intención negarlo, al punto confesé lo ocurrido y le expuse mis recelos. Me encontraba en aquel momento mucho más sereno que el día anterior y tenía el ánimo más propicio para escuchar una explicación. Pero Valiero no quiso ofrecérmela. Simplemente me amonestó por haber cogido los mapas sin su consentimiento y por haberle desordenado toda la cartografía.

Entonces fui yo quien no quiso dejar la cuestión en aquel punto y preguntele directamente por la misteriosa Java la Grande que tanto se parecía a la Tierra Austral.

—Es mejor que dejemos así las cosas, señor Torres —me respondió con una leve sonrisa en los labios, tan leve como amenazadora—. Yo haré como que nada ha sucedido, y vos como que no habéis visto nada.

Y eso fue todo. No obstante, comoquiera que el trabajo estaba casi terminado, Valiero no volvió a requerirme para que lo ayudase, aunque su trato siguió siendo cordial y amistoso y en nada noté que pudiera guardarme rencor por el asunto.

Pese al cuidado y buen gobierno de Valiero, y a lo reducido de la tripulación, las provisiones iban menguando, cuando no estropeándose. Por ver de procurarnos algún alimento fresco lanzábamos de continuo las redes y curricanes, pero sin suerte ninguna porque la mar aparecía estéril y sin vida. Además, nuestra despensa estaba alimentando a una legión de ratas que la saqueaban sin piedad.

También por su causa el agua se convirtió en un problema, pues descubriose un día que habían roído las duelas y horadado muchas pipas y que casi la mitad de ellas estaban vacías. Por ello tuvo nuestro capitán que racionarla y ordenar una vigilancia estricta de su reparto, para que nadie bebiese un sorbo más de la cuenta. También se hizo necesario remover todas las pipas de la bodega para conocer con exactitud cuántas habían roído las ratas y cuántas estaban aún llenas, y apartarlas y tener sobre ellas más control.

Y así, comandados por Valiero, navegamos numerosas singladuras por un golfo inacabable, con un horizonte igual, días despejados y de buen viento en los que corríamos hasta cincuenta leguas, sin más variación que la rutina de cada día, el trabajo del aparejo, la limpieza de a bordo, las guardias y los ratos de ocio, lecturas, rezos, y los corrillos y mentideros en los que cualquier noticia, por mínima que esta fuese, se contaba y recontaba, se decía y repetía y analizaba en profundidad hasta que otra viniera a darle el relevo.

Y entre tantas nimiedades, quiso un día el bachiller Herrera revisar la lista de a bordo para hacer recuento de vivos y muertos, pues, con tantas bajas como se habían producido por la peste, no estaba seguro de haberlas anotado todas. Con tal formalidad, el escribano deseaba cumplir con las Reales Ordenanzas, para dar aviso, de regreso en el Perú, a los familiares de los que hubieran fallecido, «a quienes, además», dijo, «habrán de entregarse a cargo del Tesoro los salarios y soldadas que en su caso se debieren». El resultado fue que habíamos tenido un total de ciento treinta y tres bajas entre fallecidos, desertados y desaparecidos.

—Es decir —concluyó Herrera—, que quedamos cincuenta y dos.

Y todo el mundo tuvo presente al finalizar aquel recuento que seguían estando vivos los hombres de Figueroa, a quienes el destino burlón se empeñaba en respetar contra todo lo razonable. Azar, suerte, providencia, predestinación o incluso brujería, cada cual le ponía el calificativo que más le gustaba, pero lo cierto era que la lista a nadie resultaba indiferente.

Y mientras la gente se preocupaba, Figueroa hacía rancho aparte con los suyos, que se apiñaban a su alrededor como los pollos con la gallina, si no era el colono Juan de Haya, que, pese a ser hombre piadoso y muy creyente, nunca dio importancia a la lista ni quiso unirse al grupo que formaban los otros. Precisamente por eso, el colono era la espina que tenía clavada Figueroa, una espina de la que nos alegrábamos quienes no teníamos fe en su vaticinio, y no dejábamos pasar ocasión para hacer zumba de ello.

Pero estas diversiones no eran sino gotas en el mar del tedio cotidiano. A un día sucedíalo otro y otro igual, sin avistar ninguna isla, islote ni roca perdida en la mar, ni los famosos témpanos de hielo ni siquiera un cardumen de delfines que nos alegrase con sus saltos y cabriolas.

No obstante, al navegar en latitud tan austral, y por más que el verano se acercase, el tiempo era frío y nos movíamos por la nao envueltos en mantas y frazadas, como tripulación de harapientos. Y si los días eran fríos, las noches eran inclementes, y ya nadie quería dormir en cubierta, sino en las cabinas o en el entrepuente. Quienes tenían mujer con mucho gusto la abrazaban y con ella se reconfortaban en las madrugadas, dándose mutuamente calor y consuelo; pero los más estábamos solos y habíamos de contentarnos con las mantas y cobijas y enroscarnos bien en ellas para entrar en calor.

En tales momentos echaba especialmente en falta a Juana Alonso, cuyo distanciamiento no había dejado de atribularme, por más que quisiera convencerme de que debía olvidarla. Después de la

cercanía que habíamos tenido, de las cartas y palabras tan amorosas, y de los sentimientos confesados, no entendía la persistencia de su desapego. Era difícil de comprender cómo la amistad de doña Elena, conocida por Juana desde hacía tiempo, podía provocar una reacción tan extremada.

Yo deseaba hablar con ella para poner en claro lo que no podía ser sino un equívoco, pero no era fácil encontrar el momento, pues era poco lo que las mujeres salían de las cabinas, en especial los días fríos, cuando las cubiertas interiores resultaban más agradables. Y si acaso aparecía por el combés, era en compañía de otras mujeres, o incluso se dejaba escoltar por algunos hombres con intención quizá de encelarme. Pero tal actitud, más que despertar mis celos, me provocaba el desencanto de creer que tal vez doña Elena estuviese acertada en sus juicios. En todo caso, me pareció que lo más sensato era no entrar en su juego y olvidarme de ella. Y en verdad que había empezado a conseguirlo merced a las muchas horas de trabajo en la enfermería, la alegre compañía de los camaradas de rancho y las charlas con doña Elena, que me ofrecía su amistad desinteresada; mas todo fue vana ilusión, humo que se desvaneció cuando la vi pasear por cubierta del brazo de Abel Hinojosa.

Aquella mañana me encontraba sobre el castillo de proa con Manuel de Badajoz y otros señores, aprovechando la repentina tibieza del sol. Al poco, mi amigo me hizo un gesto con la cara y señaló con el pulgar izquierdo hacia la escala del entrepuente, por donde aparecieron los dos enredados en agradable conversación. Juana Alonso mostrábase zalamera y complacida y el Hinojosa parecía un papagayo enmascarado, vestido con calzas amarillas, medias verdes, verde el jubón y granate la ropilla. Al cinto cargaba puñal y mandoble, y en su contera apoyaba la diestra mientras con la siniestra se agarraba a uno de los obenques. Y Juana Alonso no desmerecía en elegancia, con un hermoso vestido rojo de cuerpo entero, bien que roto y arrugado, y el pelo recogido en un tocado alto que mucho la favorecía. Después de como la había visto en la sentina, ojerosa y moribunda, en aquella ocasión parecía la más hermosa de las damas.

Los estuve observando a placer un buen rato, sin que ella hiciera ademán de mirar hacia el castillo; no así el Hinojosa, que no me quitaba los ojos de encima. Y tan evidente empezó a ser el duelo de nuestras miradas que, por no andar de boca en boca, decidí darles la espalda e ignorarlos por completo. Es decir, hacer como que los ignoraba, porque al verlos juntos había sentido un tal ramalazo de celos que aún parece que me doliera el costado. ¿Cómo podía acercarse a semejante rufián, ni siquiera por disgustarme a mí? Aunque ya hacía tiempo que sabía de los cortejos y pretensiones del Hinojosa, la escena me persiguió durante todo el día y, por la noche, al cerrar los ojos para dormir, volvía a representármela con vívido realismo, y me repugnaba. Incluso soñé con ello y me desperté sofocado y envuelto en sudores.

Pese a ser Valiero hombre sosegado y excelente capitán, no por ello se mostró amable en asuntos de disciplina. Al contrario, su justicia era firme, aunque no rigurosa, y no pasaba por alto ninguno de los delitos propios de un navío: hurtos, peleas, blasfemias o desobediencias, con las que era intransigente, y la condena para casi todos ellos era una docena de latigazos y unos días de reclusión en el chiquero. Aunque tales medidas a nadie agradaban, gracias a ellas se mantuvo a bordo la disciplina necesaria para que la nao avanzase y nos acercásemos poco a poco al continente que era, como avisó Valiero, su objetivo principal. Y la tripulación aprendió a apreciar a su capitán, a pesar de la dura disciplina, pues con nadie era arbitrario.

Y por ese afán de justicia que tenía Valiero, quiso también regular el control de los enfermos, para no dejar al arbitrio de cualquiera la decisión de dispensar del servicio a los hombres.

Por tanto, mandó el capitán que diariamente se hiciese una relación de los enfermos y que fuera yo,

en mi calidad de barbero, quien dictaminase los que podían trabajar. Mas no era cosa fácil: ¿quiénes, en su dolencia, merecían ser rebajados de las tareas a bordo? Había hombres a los que su pundonor no permitía evadir al trabajo, por muy desfallecidos que se encontrasen, pero otros, menos melindrosos en asuntos de honor, aprovechaban un ligero padecimiento para escurrir el bulto y hacerse los indispuestos. Así, de continuo pasaba por la enfermería una ristra de dolientes pidiendo ser rebajados del servicio o, al menos, que se los eximiese de la tortura de las bombas, lo cual, aparte de suponerme un dilema con cada caso, también me granjeó malas voluntades.

Y no sólo a mí. También hubo algunas quejas y animosidades contra Figueroa porque descargaba a los hombres de su lista de las tareas más pesadas; mas como lo hacía de forma solapada, y poco o nada podía probarse, Valiero no hizo sino rogarle muy cortésmente que pusiera especial esmero en el reparto de las tareas. Y ahí se detuvo el asunto por el momento.

La larga travesía, los crecientes contratiempos, el trabajo en las bombas, que cada día exigían más dedicación y esfuerzo, la alimentación escasa y monótona y el estricto racionamiento del agua, iban acumulando fatiga en los cuerpos y en las mentes de todos.

Y la peste del mar, o escorbuto, no paraba de extenderse. En sus inicios, se mostraba sigiloso y furtivo, pero cuanto más tiempo pasábamos embarcados, sin comer alimentos frescos, más enseñaba los dientes y se volvía ávido y voraz con la tripulación. A la encías sangrantes y crecederas, que provocaban el aflojamiento de los dientes cuando no su caída, se sumaban otros síntomas que dan idea de su condición de carcoma: deformidad en las articulaciones, hemorragias entre el vello, la caída de las uñas, la lenta cicatrización de cualquier corte o sajadura y un constante estado de agotamiento y debilidad en quienes la padecían. Los más enfermos poco a poco se volvían espectros pálidos y extenuados, con los ojos hundidos y manchas purpúreas en la piel, hasta finalmente extinguirse.

Los primeros en fenecer fueron dos niños de pecho a cuyas madres habíaseles secado la leche y no lo pudieron resistir por mucho tiempo. También murió uno de los pajes y la hija de Juan de Haya, la única amiga de su edad que le quedaba a Frasquita.

Para combatir la peste del mar aconsejé a Valiero que se diese una dieta lo más variada posible, dentro de las limitaciones que la bodega nos imponía, que eran muchas. Los ajos, en los que tanto había fiado Caridad, no tardaron en agotarse, y el taro cocido y avinagrado, en el que tenía puestas yo muchas esperanzas, era comida que poco agradaba a la tripulación y que de mala gana tragaban. Además, vióse que algunas barricas de taro habían criado una tela de moho de un dedo de grosor, y que el vinagre burbujeaba y formaba una espumilla fétida que daba al alimento un sabor repugnante. Aun así, yo no quise tirarlas, y a quienes vencimos el escrúpulo y lo seguimos comiendo nos respetó el escorbuto.

En todo caso, las medidas aplicadas apenas lograron contenerlo, ya que muchos siguieron enfermado, agravándose y muriendo. Hoy fulano, unos días después mengano, la otra semana zutano, hombres, mujeres y niños, marineros, soldados o colonos, nadie estaba libre de su cuchillo, de modo que cada legua que le ganábamos a la travesía estaba marcada con la vida de algún cristiano.

Incluso doña Elena empezó a sufrir algunos síntomas del mal: le dolían los gonces, le resultaba penoso estar mucho tiempo en pie y se le habían aminorado las ganas de conversar. Ella y las otras dos mujeres que compartían la cámara principal, por lo que el habitáculo parecería, más que camarote, enfermería. Frasquita pasaba mucho tiempo con ellas, atendiéndolas, consolándolas y entreteniéndolas con los rumores y cotilleos de a bordo.

También el piloto Valiero cayó enfermo. Procuró mantenerse activo durante un tiempo, pero la debilidad fue en aumento y lo obligaba a pasar las horas recluido en la cabina, dedicado a sus mapas o acostado en su colchoncillo de asceta, pues era hombre poco dado a las comodidades.

Aunque había delegado en Domingo Salvanés las tareas de medir la altura del sol con el astrolabio y calcular la velocidad con el escandallo, el gobierno de la nao quedaba a cargo de Figueroa, que, aun siendo un marinero experimentado, no tenía mayores conocimientos náuticos y se sentía inseguro navegando por aguas tan australes, con vientos y olas que requerían una pericia de la que él carecía. Por ello, y porque siempre desconfió de los tales leviatanesque, según decía, con seguridad poblaban aquellos mares, y de las montañas de hielo que en cualquier momento nos podrían salir al paso, quiso mudar la derrota y poner rumbo al norte.

Mas Valiero, que conocía la Santa Ysabel como si la hubiese parido, al punto se dio cuenta de la maniobra y lo llamó a su presencia para pedirle explicaciones. Le expuso el contraamaestre sus motivos y le respondió el piloto con sus razones.

—Si pensáis que el cargo os queda ancho —concluyó Valiero—, decídmelo y yo nombraré a quien os sustituya.

Por supuesto, Figueroa declinó el ofrecimiento, y no le quedó más remedio que acatar sus disposiciones, aunque en otros asuntos hiciese caso omiso.

Y en medio de tales avatares y dificultades, yo no dejaba de preocuparme por asuntos que parecían fútiles y banales; mas así es la naturaleza humana y no podía escabullirme al imperio de mi corazón. La esquiva actitud de Juana Alonso y su abierta simpatía hacia el Hinojosa, me afligían tanto o más que la sed, las enfermedades o el trabajo de las bombas, y no podía demorar por más tiempo platicar con ella. Aún conservaba la esperanza de que todo se debiese nada más que a la calamitosa conjunción de los celos y el orgullo. Así pues, busqué nuevamente la complicidad de la Mulata para encontrarme a solas con Juana Alonso.

La buena mujer se mostró dispuesta a echarme un capote y gracias a su ayuda pronto conseguí abordarla a solas. Sentada en uno de sus cofres, Juana se entretenía en revisar un librito que, al verme, enseguida cerró. Levantose y echó una mirada hacia los costados, como el animal que busca una salida.

—¿Qué hacéis aquí, señor Torres? —dijo.

Mal empezábamos con tan protocolarias frialdades. De pie en medio de la estancia, seria e inmóvil, no estaba tan elegante como en otras ocasiones, pero su recuperación era indudable: el rostro más lozano, la piel más morena, el pelo lustroso y la marca en la mejilla, que la hacía parecerse a una pirata.

—No temáis, Juana Alonso —le dije con amabilidad—, que no vengo a buscar gresca; sino con la mano tendida y el ánimo cordial, pues me duele el desafecto que noto en vos. Yo querría que entre nosotros hubiera buen entendimiento

Por un momento pareció sorprendida, y vi cómo le temblaba el labio inferior. «Qué fácil ha sido entendernos», pensé, pero al punto se repuso y, cuando habló, la voz le salió fría e imperiosa.

—Antes de seguir, don Juan, me gustaría saber si venís a verme por vuestro libre albedrío u os ha autorizado vuestra dama.

—Vengo porque quiero. Bien sabéis que Elena está desposada con Ocampo.

—¿Y desde cuándo es para vos simplemente Elena?

Con tales suspicacias no me estaba poniendo fácil la plática ni tampoco conservar la poca serenidad que me quedaba, así que le di la razón.

—Dejad a un lado las sátiras, Juana, y basta de tasar cada una de mis palabras —le dije, dejándome de melindres—. Doña Elena y yo nos conocemos desde tiempo atrás. ¿Qué de malo tiene que busque mi compañía, ya que vos no me hacéis caso? Ha perdido recientemente a cuantos amaba, a sus padres, a su hermano, a Maui, al pequeño Martín...

—Pero se conoce que a vos no —me cortó, dejándome mudo y sin saber qué decir—. Esa mujer se ha burlado de vuestro amor —prosiguió ella al cabo de un momento—, pero en cuanto os ha hecho un guiño, os ha faltado tiempo para correr a su lado como un perillo.

—¿En verdad creéis lo que decís? Es amistad lo que me une a ella, nada más —le dije, mas hablando de doña Elena sentía que la conversación se me escapaba de las manos.

—¿Creer? Yo no creo sino lo que veo, señor Torres.

—¿A qué os referís? —preguntele, despistado por completo.

—Vedlo vos mismo. —Y abrió un cofrecillo que allí había y sacó de él un papel doblado y arrugado que me tendió con el brazo muy tieso y la expresión despechada. Lo cogí pensando que me devolvía alguna de las cartas que le había escrito cuando sus prisiones en la sentina, pero estaba equivocado: se trataba de una de las cartas que envié a doña Elena, la que contenía el poemita que le compuse.

—Viendo esto, ¿cómo pretendéis hacerme creer que no la amáis?

—Os la ha entregado el Hinojosa, ¿verdad? —dije yo—. Maldito bastardo.

—¿Qué más da cómo la haya conseguido? Lo que cuentan son las palabras tan amorosas que le dedicáis, esos versillos tan elogiosos, porque a ella, como es una gran dama, le escribís poemas en papel de marquilla.

—¿Qué necedades son estas, Juana? —le dije, alzando la voz, pues en verdad me estaba espantando con aquellas razones tan retorcidas—. ¿Desde cuándo es un secreto que yo la amé, igual que vos habréis amado antes a otros hombres? Pero no es el caso ahora. Esa carta se la escribí hace una vida, y ya no siento lo que ahí se dice.

—No me engañéis ni os engañéis, señor Torres —decía mientras me miraba con ojos llenos de rencor y desprecio—. A esa mujer la habéis amado siempre, antes y después de casada, en su esplendor de gran dama y en su desgracia de ahora. ¿De verdad os parecen inocentes las cartas y poemitas, vuestros juegucitos galantes, y las miradas que a cada momento le dedicáis? ¿Cómo venís a hablarme de entendimiento llevando su nombre en los labios? A pesar de que siempre me ha despreciado y difamado, vos os pavoneáis junto a ella por cubierta y publicáis vuestra amistad.

Tal cúmulo de acusaciones colmó del todo mi paciencia y, fuera de mí, quise pagarle con la misma moneda, mas tan sólo logré que la charla deviniese en riña de gatos.

—¿Igual que vos os pavoneáis con el Hinojosa?

—Al menos es más hombre que vos, y va a cara descubierta.

—Estáis de broma, ¿Hinojosa a cara descubierta?

—Burlaos, burlaos, que es lo que mejor sabéis hacer, mientras os dejáis camelar por vuestra Elena, que se cuelga de vuestro brazo, derrama nobles lágrimas tras el velo enlutado, os pone cara de aflicción y quién sabe qué otras cosas no os habrá hecho ya.

—Pensáis que todas son como vos, Juana Alonso, que se remangan la saya en la primera ocasión.

—¿Se la ha remangado ella para vos?

—¿Y vos para el Hinojosa?

—¡Cómo osáis insultarme, bellaco!

—¿Insultaros? ¿Acaso no habéis ejercido de buscona en el Potosí? Tal vez allí fue donde os encontró el pobre capitán Flores, ¿o por ventura os compró? ¿Y qué me decís de Mondéjar? Vive Dios que os vendéis cara, señora. Lo que me sorprende es que no os beneficiaseis al señor Carrasco cuando se convirtió en capitán.

—Maldito seáis, Juan Torres. Marchaos de aquí, no quiero veros, ni saber de vos. ¡Fuera! —me gritó.

Me fui, sí, encendido y dispuesto a borrar a Juana Alonso de mi pensamiento para siempre, a pavonearme con doña Elena por todas las cubiertas de la nao y zaherirla en lo que pudiese para vengar sus palabras.

En aquel momento en verdad la consideré una mujer voluble e inconstante, sin más calado que una simple meretriz. Qué razón tenía doña Elena. Empecé a vislumbrar la mentira detrás de cada una de sus palabras, a creer que no era sino era una aventurera del amor y a comprender que no por casualidad hombres tan rastreros como Cansino e Hinojosa habían puesto los ojos en ella.

El escorbuto fue debilitando poco a poco a Sebastián Valiero. Pese a los muchos cuidados y atenciones que le dedicaba, su cuerpo iba siendo aniquilado por la peste del mar.

Haciendo un ejercicio de estoicismo y férrea voluntad, el piloto se levantaba del lecho con enorme dificultad y salía a cubierta para dirigir las maniobras, supervisar las mediciones e impartir las órdenes de la jornada. Quienes lo observábamos no podíamos menos que admirarnos por la fuerza y tesón que nuestro capitán demostraba; mas su figura delgada y angulosa, envuelta en una frazada por más cálida que estuviese el día, los pasos cortos y vacilantes y, en fin, el general estado de decaimiento que revelaba, a todos nos entristecía. Cada nuevo amanecer veíaselo más débil y consumido, más apagado y flaco, hasta que el mal avanzó tanto que no pudo moverse del colchoncillo donde reposaba ni salir de la cabina de la toldilla.

Sin duda ya se sentía morir cuando me mandó llamar a su lado. Estaba ojeroso y con las sangrantes encías apareciéndole por debajo de los labios, lo que convertía cualquier plática en tortura. Tenía el torso reclinado en unos almohadones y cubría la calva cabeza con un bonete de terciopelo negro. Me senté sobre la tablazón, al costado del lecho, y al punto descubrí al otro costado, junto al mamparo, el rollo de mapas de Java la Grande amarrados con la cinta roja. Valiero se percató de ello y, con un movimiento exangüe, llevó la siniestra al rollo.

—Os debo una explicación, Juan Torres —me dijo sin más trámite.

—Capitán, no tenéis por qué dármele —le contesté.

—No, no protestéis. Ha de ser ahora, pues el día de mañana tal vez no esté escrito para mí —me dijo hablando lentamente, pero tratando de pronunciar bien las palabras para que fuesen entendidas —. Estos mapas los encontré en el parao donde capturamos a Van Leyden. Eran de su capitán, el portugués que murió durante el combate. Podéis imaginaros lo sorprendentes que me parecieron.

Iba a decirle que no tenía duda al respecto, mas Valiero me hizo gesto de que no lo interrumpiese.

—Por supuesto que había oído hablar de Java la Grande, qué piloto portugués que se precie no lo ha hecho, pero más como una leyenda que como una realidad descubierta y cartografiada. Así que no tenía ninguna certeza de que aquellos mapas fueran confiables. Sin embargo, en las charlas que tuve con Van Leyden, me confirmó que Java la Grande existía, al menos en su extremo septentrional, puesto que él había viajado hasta allí. Aunque, por lo que me dijo y lo que ahora sé, creo que la confundía con Nueva Guinea.

Hizo una pausa y me pidió que le acercase la bota con agua que colgaba de un clavo, en la cabecera, pues era en bota como mejor bebía. Echó un trago corto, se pasó la lengua por las encías y prosiguió:

—En cuanto a este planisferio en donde Java la Grande, o la Tierra Austral si lo preferís, aparece como un único continente que divide el Índico y el Pacífico, sólo la parte superior está convenientemente acotada. Todo lo demás, hasta llegar al polo, es invención del cartógrafo.

En efecto, pude comprobar que la gruesa lengua de tierra que unía Java la Grande con el polo antártico tenía los contornos rectos en exceso y poco definidos, sin calas, bahías, cabos ni más

accidentes geográficos que una línea apenas ondulada que seguía la dirección norte sur.

—En todo caso, vos podéis interpretar los mapas tan bien como yo, señor Torres, y sin duda que habríais llegado a las mismas conclusiones. En realidad, lo que quiero deciros es otra cosa. Veréis. Una de las veces que conversé con Van Leyden, este me habló sobre una nave holandesa que, partiendo de Sumatra, costeó durante varios cientos de leguas el oeste y el sur de Java la Grande, sin ninguna barrera que separase ambos océanos. En su opinión, esta tierra de Java la Grande no es sino una isla. Enorme, pero una isla.

—Y voacé, claro —le dije no sin cierta ironía—, no pudisteis resistir la tentación de viajar hacia el sur y comprobar si ambos océanos confluían, si la Tierra Austral era una isla.

Mas Valiero no apreció la broma y se defendió, en cambio, de la implícita acusación.

—¿Qué podía hacer? Olvidáis que yo no era más que el piloto de Mondéjar. Y el general quería viajar a España, señor Torres: yo sólo le proporcioné la ruta. Si la Tierra Austral era en verdad una isla, como me dijo Van Leyden, la podíamos rodear por el sur, alcanzar el océano Índico y navegar por él hasta el cabo de Buena Esperanza. Y si no, nos asegurábamos el mejor camino de regreso al Perú.

—Pero no la pudimos rodear.

—No, amigo Torres, no me dejaron. Y podéis creerme que lo siento. Nada malo habría sucedido si hubiéramos bajado diez grados más, excepto habernos encontrado antes con estos céfiros del oeste.

Pareció ensimismarse el piloto con cabos que doblar y océanos que cruzar mientras yo enrollaba los pergaminos y los amarraba con la cinta roja.

—No he arriesgado a la ligera las vidas de la tripulación —volvió a decir, pues eso era lo que en verdad le pesaba y la explicación que me quería ofrecer—. Si de algo soy culpable es de haberme callado el hallazgo de estos mapas, que en eso he actuado, finalmente, como todos los pilotos que otras veces he censurado —una sonrisa fugaz y desvaída se dibujó en sus labios mientras lo decía—; pero tened por cierto que seguimos la derrota más rápida para alcanzar el Perú.

—Lamento haber dudado de vuestras intenciones, señor Valiero.

Valiero hizo un gesto vago con la mano, como quitándole importancia al asunto.

—Sé que tengo mis días contados, señor Torres, y quiero pedir os un favor, mas antes pasadme nuevamente la bota para que me humedezca la lengua.

Se la entregué como me pedía y bebió otro sorbo, saboreándolo con la fruición de un borracho.

—No dejéis que se pierdan las cartas que hemos trazado de las islas Salomón, de la Tierra Austral, de los arrecifes. Guardad vos este trabajo que tantos sacrificios y vidas está costando, que les sirva a los cartógrafos para hacer más precisos sus atlas y a otros pilotos en otras travesías. Recordad que de nada sirven los descubrimientos si no se deja constancia de ellos; que junto a la cruz y la espada han de ir la pluma y el papel. Y os digo más, amigo Torres: vos, que sois bueno con la escritura, dejad constancia de esta jornada de las islas de Poniente, no permitáis que se pierda su recuerdo como se borran las huellas en la orilla de una playa. Hacedlo por todos los que se han quedado en el camino.

—Lo haré, capitán —le aseguré muy alegremente, como si yo estuviera tan destinado a salvarme como los bienaventurados de Figueroa—. Pero guardad vuestras fuerzas y no os agotéis.

Y me hizo caso y cerró los ojos.

Valiero aguantó dos días más en su lucha contra la enfermedad, pero finalmente entregó su alma al Altísimo la noche del cuatro de noviembre. Al contrario que a Carrasco, al piloto se le hicieron las honras que merecía un capitán como él. Alfonso Rodríguez dirigió las oraciones y, antes de lanzar su cuerpo a las aguas, entonamos una *Salve Regina* que, más que por él, la cantábamos por nosotros mismos, que habíamos quedado huérfanos de timonel. ¿Quién marcaría ahora nuestra derrota?

¿Quién gobernaría la Santa Ysabel?

A rey muerto, rey puesto, y a Valiero lo sucedió Figueroa, elegido por la mayoría de los hombres capaces de tenerse en pie. Su primera decisión tras asumir la responsabilidad del mando no fue otra que poner proa al norte, en busca de aguas más cálidas y menos peligrosas, huyendo tal vez de los leviatanes que nos esquivaban o de las montañas de hielo que nunca divisamos.

—Mal capitán hemos elegido —dijo Justo Bautista de Campeche.

—Ahora beneficiará a los suyos más que nunca —dijo Manuel de Badajoz.

—Y nos perjudicará a los demás —dijo el cabo Vicente—, ¿o no sabéis que para que su augurio se cumpla no sólo es necesario que los suyos se salven, sino que los demás perezcamos?

—Le ha faltado tiempo para contravenir las instrucciones de Valiero —añadí yo—, abandonando estas latitudes que tan buenos vientos nos han traído.

En todo caso, unas horas después de haber modificado el rumbo, como una señal del cielo de beneplácito por su decisión, hicimos una pesca abundantísima gracias a la cual se comió pescado fresco a pasto franco, y lo que sobró fue puesto en salazón para que aguantara hasta el final de la travesía. Mucho se holgaron los suyos con aquel suceso, equiparándolo al pasaje del Evangelio de San Lucas, cuando en el lago Genesaret, siguiendo las indicaciones de Jesús, hicieron los pescadores una captura milagrosa.

—Ha sido el capitán, ordenando cambiar el rumbo, quien nos ha llevado en derechura a ese banco de peces —dijo Marcos Agras.

Y algunos simples lo escuchaban con la boca abierta y asentían a lo que contaba el marinero de Perlío. Mas, a pesar de estas alabanzas, no tardamos mucho en comprobar lo desafortunado de la elección de Figueroa, pues su deseo de beneficiar a su lista llegaba más allá de lo que nadie había imaginado.

Una mañana mandó formar a la tripulación al redoble de atambores y, ante todos los reunidos, afirmó haber tenido una nueva revelación merced a la cual había decidido promover a los hombres de su lista al empleo de oficiales de la Santa Ysabel y a la dignidad de caballeros, pues sólo de aquella forma alcanzarían la honorabilidad necesaria para mandar con rectitud y ser obedecidos con respeto.

En una ceremonia no tan dramática como ridícula, después de haber dirigido él mismo unas oraciones y recitado unos salmos subido sobre una caja, desplegó un documento donde había vuelto a escribir, bajo el suyo, los doce nombres, en desagravio, tal vez, del papel que Mondéjar había mandado destruir, y fuelos llamando uno a uno a su presencia. El designado avanzaba con paso muy solemne, serio el rostro, enrojecidos los ojos por la obligada vigilia, tal cumple a los aspirantes a caballero, reluciente el peto, el tahalí en bandolera, la mano en la empuñadura y se cuadraba frente a su capitán. Una vez allí besaba la cruz que el diácono Alfonso Rodríguez le presentaba, hacía juramento de mostrarse merecedor de su condición y velar por la salvación de la nao y agachaba la testuz para que Figueroa le impusiese, alrededor del torso, una banda carmesí que daría fe en todo momento de su dignidad de oficial de la Santa Ysabel.

Marcos Agras fue nombrado contramaestre, a Matías Jorge lo designó su ayudante, alguacil a Francisco Guevara, el que había sido nuestro compañero de escuadra, y así hizo con el resto de los bienaventurados. Incluso al colono Juan de Haya, que descreía de la lista y no deseaba para sí merced ninguna, lo responsabilizó de la limpieza y policía de las cubiertas.

Así, amparado por tales nombramientos y por su dignidad de oficiales, Figueroa los libraba de las

labores más ingratas y peligrosas, que nos encomendaba a los demás. También sobre nosotros recaían los castigos más duros, pues pronto se vio que el capitán no estaba dispuesto a tolerar la menor indisciplina ni ninguna oposición a su mando.

Para dar ejemplo de su rigor, castigó con severidad a Manuel de Badajoz por quejarse del reparto de la vianda que hacía el despensero, diciendo que a algunos de los suyos habíales entregado engrosada la ración, mientras que a él se la había dado raquítica. Marcos Agras lo quiso disuadir de llegar a Figueroa, pero el de Badajoz no le hizo caso y llevó la protesta al capitán.

—No voy a permitir en la nao más quejas infundadas, señor De Badajoz, porque son caldo grueso donde se incuban los motines —lo amonestó Figueroa, que no admitía protestas, y lo castigó a carrera de baquetas. Y para guardarse de más descontentos, Figueroa indicó a los suyos que tuviesen el oído atento.

Sin embargo, en lo tocante a la navegación, que era lo que más nos interesaba a todos, las cosas no se hacían siquiera medianamente bien. Aunque no soy marinero ni entendido de los asuntos de la mar, tantos meses de travesía me habían ayudado a saber lo fundamental del gobierno de un navío, y además tenía ojos para comparar lo que había sido con lo que era. Las maniobras se hacían con más lentitud que antes y aún con torpeza. En la cubierta se acumulaban estorbos que impedían el movimiento de los marineros y suciedades que atascaban hasta los embornales y no se limpiaban sino cuando no quedaba otro remedio. Había días que no se tomaba la altura del sol, ni la corredera se echaba con la constancia debida, ni mucho menos se anotaba la posición en los mapas ni se hacían tantas otras cosas necesarias.

Y todo esto no era por falta de interés, por cierto, que todos íbamos embarcados en la misma aventura, sino por la falta de humildad y el exceso de soberbia de Figueroa, que jamás atendía los consejos ni sugerencias de Salvanés y nos guiaba según su santa voluntad, como si la divina epifanía que le había revelado los nombres de la lista fuera también a inspirarle los conocimientos náuticos que le faltaban o a señalarle la derrota. No cualquiera entiende de vientos ni corrientes ni de las otras artes y saberes que cultivaba don Sebastián Valiero, pero tal vez Figueroa pensó que bastaba decir por acá o por allá para que los vientos soplasen en consonancia con su voluntad.

—Sé muy bien dónde están las Indias Occidentales —decía Figueroa cuando Salvanés le hacía alguna sugerencia—. Basta subir un tanto más y caer unas cuartas a estribor para alcanzarlas.

Y así se hizo. Sin embargo, al poco de haber subido al norte, hasta una latitud próxima al trópico de Capricornio, y arrumbado al este nos metimos en una zona de calmazos.

Aquellos fueron días de calor y bochorno. Los trapos colgaban de las perchas completamente inertes, las tablas de las cubiertas ardían como brasas y la brea que las protegía se estaba derritiendo, de modo que no era posible moverse por ellas sin calzado. Un sopor tan pesado como una mala digestión inundaba la nao y la tripulación y el pasaje seesteaban con las bocas más abiertas que los lagartos del desierto. La calor nos tenía a todos decaídos y flojos, echados por los suelos, sudorosos y sucios que no hay palabras con las que explicarlo. Y quienes peor lo pasaban eran las damas más recatadas, como doña Elena, que se negaban a prescindir de ninguna prenda de su atuendo y se asaban dentro de ellas como el pan en el horno y sólo aceptaban quedarse en camisa o sayuela en el interior de los camarotes.

Con el calor y la sed, trabajar en las bombas de achique resultaba también una tortura bárbara, y hubo hombres que se desvanecieron sobre el astil de la palanca. El aire inmóvil pesaba como el azogue y se hacía casi imposible de respirar. Y por las noches, con el viento echado por completo, las cabinas y camarotes se convertían en un infierno de aire pastoso y estancado y las cubiertas se llenaban de insomnes que boqueaban para llenar los pulmones y abanicarse con lo que pudieran. El

agua era un espejo quieto y bruñido en el que se reflejaba la luna con un brillo que deslumbraba.

Yo me tumbaba con los compañeros en la cubierta del castillo y allí sufríamos el bochorno de la noche, la sed y la fatiga. Insomne, me gustaba otear entre los yacentes para localizar a Juana Alonso, que se acostaba, como todos, en cubierta; a veces más cerca, a veces más lejos, en todo caso a unas pocas varas de mí y, sin embargo, tan distante como si estuviésemos en los dos extremos del orbe. Escondido tras algún bulto, como si fuera un salteador de caminos, la espiaba en sus movimientos y se me iban las horas entre sobresaltos, temiendo que algún privilegiado amante se le pudiese acercar, hasta que me quedaba amodorrado o dormido al filo del amanecer. A veces se me antojaba que ella también me buscaba, y creía sentir el resplandor de sus ojos en cualquier reflejo fugaz de la luna.

En aquella asfixiante canícula, pasmados e inactivos, estancados por el calmazo que hacía parecer a la nave aferrada al fondo por pesadísimas áncoras, discurrían los días y menguaba el agua de las pipas sin que un solo chubasco nos hubiera visitado para paliar su escasez. A consecuencia de ello, la ración volvió a recortarse causando mucho tormento en la gente, que ya estaba muy golpeada por la debilidad y las desgracias.

Y así estuvimos casi dos semanas hasta que, por fin, una tímida brisa movió las velas y refrescó el sudor que impregnaba nuestras pieles. Un hondo suspiro pareció escaparse de las entrañas de la nao y luego toda ella crujió cuando el viento llenó los trapos y se arrancó nuevamente a navegar.

Pero, siguiendo una derrota tan próxima al trópico, los vientos eran flojos y variables, de todos los cuadrantes. Y estos cambios no sólo nos causaban desazón, sino que nos obligaban a echar el resto en la jarcia para disponer las velas y que recogieran el viento de la manera más favorable.

Hicimos así muchas singladuras, bajo el mando de Figueroa, repitiendo el mismo zafarrancho un día y el otro y el siguiente, todos iguales en el esfuerzo y el trabajo, aunque diferentes en el cansancio, que iba en aumento, al igual que la sed y la debilidad. Pero uno de aquellos días se rompió el hastío, pues amaneció el horizonte lleno de nubes oscuras que presagiaban tormenta. A lo largo de la mañana fue cerrándose el cielo más y más y la mar picándose y poniéndose movida. El viento se fijó del sureste y refrescó con rachas cada vez más violentas. Mandó Figueroa arriar la gavia y la mayor y asegurar los palos, pero el viento pronto lo obligó a meter también el velacho y mantenernos con el trinquete bajo para capear el temporal que se avecinaba.

A media tarde empezó la verdadera tempestad. El viento soplabá tan fuerte y estaba tan arbolada la mar que la nao caía a sotavento. Viendo esto Figueroa y temiendo que alguna ola nos echase a pique ordenó presentarle la popa al mar y tirar a Dios y ventura por donde el viento nos llevase. Llovía terriblemente y las olas se elevaban por encima del navío y parecía que fuesen a tocar el cielo con sus crestas.

Para moverse era preciso aferrarse a las maromas y aun así era imposible dar tres pasos seguidos sin resbalar y caer, pues las olas arrasaban la cubierta con la violencia de unas cataratas. Incluso los marineros más experimentados se arredaban por la reciedumbre del viento, que parecía que fuera a desgajar la vela y arrancar de cuajo el propio mástil.

Los objetos se destrincaban y bailaban sobre cubierta, golpeándolo todo. Varias barricas se quebraron como melones al estrellarse contra la borda. Se desbarató el fogón y los ladrillos se deslizaban con el peligro de balas de cañón. El navío se zarandeaba en aquel infierno como si fuera una tabla a la deriva.

El día murió en un atardecer sombrío al que siguió una noche espantosa. Las mujeres y los enfermos habíanse refugiado en el entrepuente. Creían llegada la última hora y oraban y recitaban letanías y se encomendaban a nuestro Padre Misericordioso, aunque sus voces las apagaba el bramido de la tempestad y en verdad que nadie más que Él las habría podido escuchar.

Mientras, los hombres disponibles luchábamos a brazo partido contra los elementos, el piloto y los oficiales daban voces que el viento desbarataba o se las devolvía sólo a ellos. Durante la noche la tempestad resultaba más aterradora aún, las olas no eran sino montañas enormes, más negras que la oscuridad circundante, que se abatían sobre la nao. Revuelto con el furor de la mar y del viento oíanse los latigazos de la jarcía, el restallar de las lonas y los crujidos del maderamen, como si el barco se estuviese resquebrajando y fracturándose en pedazos; y sin embargo, la Santa Ysabel seguía viva.

Completamente empapado y agotado, con el cuerpo adolorido a la vez que insensible, con el cambio de guardia me arrastré hasta la tolda para pasar el resto de la noche en un duermevela sin descanso.

Un amanecer lechoso siguió a la noche. El temporal proseguía en sus mismos grado y fuerza. Tomamos un desayuno frío antes de relevar a los compañeros y los que allí estábamos nos mirábamos con el temor reflejado en los rostros.

—No se aflijan, señores —nos dijo el piloto Salvanés, aunque poco convencido—, que para los marinos este es el pan nuestro de cada día.

La mar no daba descanso, llena de valles y cerros más terribles que las sierras del Perú. Tan pronto caíamos en una sima y parecía que toda el agua del orbe se precipitaría sobre nosotros, enterrándonos en lo más profundo del océano, como ascendíamos a una cresta y el vértigo nos encogía el corazón al ver aquel paisaje infinito y pavoroso en ebullición.

Con la piel erosionada por un millón de gotas que rascaban como la lija, los dedos agarrotados por el frío y el cuerpo embotado por el cansancio, nos movíamos al son del silbato del contra maestre como fantasmas por la cubierta, sin más pensamiento ni objetivo que sobrevivir al instante presente.

En algún momento de aquel día, las amarras de la chalupa empezaron a aflojarse, y Marcos Agras me llamó para que lo ayudase a trincarla mejor.

Yo estaba junto al castillo de proa y debía desplazarme unas varas por el combés para llegar a la chalupa. Aferrado a una de las maromas tendidas al efecto, habíame ido acercando paso a paso cuando vi una ola enorme alzarse sobre la borda, y crecer y crecer hasta parecer la torre de una catedral. Respiré profundamente mientras miraba su cresta ominosa, me agarré con todas mis fuerzas a la maroma y esperé el golpe. Entonces se derrumbó sobre la Santa Ysabel con tal violencia que me arrancó de cuajo de mi sitio, desgarrándome la piel de las manos y llevándome de un lado a otro como en un torbellino. Me parecía como si me estuviesen arrastrando al fondo del mar y yo no pudiese evitarlo. Los pulmones me iban a estallar y, no pudiendo más, aspiré agua y tosí y me atraganté y creí llegado el último momento, pero la cubierta se inclinó en sentido contrario y la ola se retiró. Resbalé vertiginosamente hacia la borda de babor, estrellándome contra ella y luego me golpearon los ladrillos del fogón.

Me levanté atontado, sujetándome a un obenque del árbol mayor. El combés era un río enfurecido de agua espumeante, de agua roja que me cubría los ojos, de agua que manaba de mí. Veía a Marcos Agras gritarme algo, pero no conseguía escucharlo. Se acercó a mi lado y me pasó la mano por la sien, retirándola ensangrentada.

—Idos adentro, señor Torres —me dijo, pero no yo quise hacerle caso y porfié a su lado por amarrar la chalupa. La piel de las manos había desaparecido como arrancada por un verdugo del Santo Oficio, también me faltaban algunas uñas y cada movimiento era una tortura, mas finalmente logramos acabar el trabajo. La sangre había teñido de rojo mi camisa, me resbalaba por las calzas y se encharcaba junto a los borceguíes. Las rodillas se me doblaban y el zarandeo de la nave amenazaba con revolcarme nuevamente, pero Marcos Agras me abrazó, me arrastró hasta la escotilla del entrepuente y me dejó en unas manos que se alzaron hacia mí. Y no recuerdo más.

Cuando abrí los ojos, Damián Ortiz estaba a mi lado.

—Ahora soy yo quien cuida de voacé, señor barbero —me dijo con una sonrisa afilada.

Me sentía atarantado y dolorido. Me dolía la cabeza horriblemente, la espalda, las manos, los brazos y las piernas, y sentía un latido agudo en las yemas de los dedos. Alcé las manos y vi que las tenía vendadas, al igual que la cabeza. En el entrepuente todo daba vueltas a mi alrededor y una flojera enorme me invadía y caí nuevamente dormido.

En algún momento de mi sueño decayó el vendaval y la tempestad pareció dar señales de remitir. Al anoecer por fin conseguí levantarme y salir a cubierta, quebrantado y doliente, para hacer el turno de guardia. Marcos Agras nos puso a tender las lonas para recoger el agua que tanta falta nos hacía, y así pudimos llenar muchas pipas y terminar con las escaseces. De vez en cuando aparecía una luna opaca entre las nubes e iluminaba un océano que parecía el apocalipsis.

Cuando por fin se encalmó la mar no quedaban sobre cubierta más que hombres magullados, heridos y rotos, espectros agotados con un pie en cada orilla del Aqueronte. Los que quedábamos con vida tardamos algunos días en recuperarnos y recobrar la normalidad —si tal palabra podía emplearse— de la rutina a bordo.

Al negro Gaspar, un grumete, le trituro el tobillo la verga de la mesana, que se vino abajo, y hubo que amputarle la pierna a media canilla para evitar que se cangrenase. Justo Bautista de Campeche habíase fracturado una costilla y otros varios habían sufrido percances y heridas de diversa gravedad, por lo que no me faltó el trabajo en la enfermería los días siguientes. Le di, por cierto, las gracias a Damián Ortiz por haberme cuidado y vendado, pero él me miró sorprendido:

—No me lo agradezcáis a mí, muchacho —me dijo—, sino a doña Juana. Ella fue quien os vendó las manos con muy amorosa caridad y os cosió la brecha que teníais en la cabeza con una ristra de puntadas. Yo no hice más que sostenerla con firmeza para que no fuera a torcerse el remiendo.

Juana Alonso. Así que no todo estaba perdido con ella. Qué extraño no será el corazón humano que aquel simple detalle casi me mueve al llanto, cuando no habían podido hacerlo los sufrimientos vistos y padecidos y las pasadas desgracias.

La tempestad nos había hecho derivar hacia el norte una cantidad indeterminada de leguas y, tras ella, quedó el viento soplando contrario, lo que nos impedía tomar la vuelta del este, y hubo que enrumbar al sursureste para poder avanzar. Y la Santa Ysabel, que había quedado maltratada, hacía mucha agua por la banda de sotavento. Domingo Salvanes y el calafate, y tres o cuatro marineros, estuvieron metidos dos días en las entrañas de la nao, intentando reforzar el casco, mas apenas lograron reducir una salma de todo lo que se colaba por entre las tracas. Lo cual significaba que las labores de achique no podían detenerse un instante.

Por parejas, echábamos mano a las dos bombas de la nao y nos poníamos a trabajar al ritmo del silbato de Marcos Agras, cuyo insistente pitido tenía metido hasta el fondo de mi cabeza. Pitaba al amanecer, al mediodía, al caer el sol e incluso de noche, pues el barco no aguantaba más de cuatro horas seguidas sin achicar, y no era posible librarse del chiflido de aquel condenado silbato ni siquiera durante el sueño.

En la mayoría de ocasiones hacía turno con el cabo Vicente, al que le notaba una mengua paulatina de sus fuerzas. Y aunque mi amigo se esforzaba como si tuviese veinte años, la agotadora tarea lo iba rindiendo. Para ayudarlo, yo procuraba hacer la tarea de los dos y terminaba los turnos más derrengado que un galeote.

No obstante, el principal azote de la nao, más que la tortura de las bombas, seguía siendo la peste

del mar, que no nos daba tregua. Hoy se llevaba a un hombre, mañana a un niño, después a una mujer, reduciendo a la tripulación y al pasaje en un lento goteo de víctimas, funerales y lutos. A un marinero habíanle crecido tanto las encías que llegaron a envolverle los dientes y salirse de la boca, y de tal manera se quejaba y penaba por ello que un día cortóselas con un cuchillo como el que rebana un pedazo de queso, provocándose una gran sangría. También hombres tan recios como el vascongado Gorrostieta cayeron aquejados por el escorbuto.

Las dos compañeras de camarote de doña Elena habían muerto y ella estaba cada vez peor, mas no le podía dedicar mucho tiempo porque el trabajo de las bombas rendíame de tal manera que al terminar cada turno me precipitaba en mi estera de la enfermería como si fuera un muerto de cuerpo presente, sin resuello ni fuerzas para moverme. En realidad, era Frasquita quien cuidaba de ella, le hacía compañía, insistía en que comiese y me enteraba de su estado y su mudanza.

No obstante, cuando conseguía robarle un momento al cansancio, acudía junto a doña Elena. Por cierto que una de las veces en que la visité, me encontré en el estrecho pasillo que conducía a la cámara nada menos que con Juana Alonso. Estaba de pie en medio del oscuro pasaje pero, al verme, se escabulló con rapidez, antes de que pudiera preguntarle nada ni darle las gracias por haberme atendido, y me quedé sin saber de qué cabina había salido.

A doña Elena la encontraba cada vez más desfallecida, como si una pesada fatiga le hubiese robado las pocas fuerzas que cada día lograba reunir. La piel se le estaba volviendo transparente, con numerosas venillas de color añil que aparecían bajo ella, las articulaciones se le agrandaban y le deformaban los brazos y las manos, el cuerpo se le apocaba y reducía y, al abrir la boca, dejaba ver las encías hinchadas e hilos de sangre entre los dientes.

Yo solía sentarme al lado del lecho y cogía sus manos entre las mías, como si fuera un confesor.

—Animaos, Elena, que saldréis de esta.

—Amigo Juan, vos siempre tan confiado, pero yo he perdido el interés por las cosas mundanas. He de preparar mi alma para presentarme ante el Hacedor.

—No vais a morir, Elena. Aguantad, que pronto encontraremos tierra y os recuperaréis.

—Sé que no será así. Es el sino trágico que me persigue desde que mi señor padre nos metió en esta aventura. ¿Por qué no nos quedaríamos en Santiago de Miraflores?

—Entonces no habríais conocido a don Pedro, vuestro esposo.

—Don Pedro... Ya no lo veré más. ¡Ah!, su figura se desvanece en mi pensamiento ¿acaso me casé, acaso existió un don Pedro de Ocampo?

—Alejad esos pensamientos tan sombríos, que viviréis para verlo a él y a Santiago de Miraflores.

Pero le costaba creerlo. Y cuando no se tiene fe en salvarse, es difícil conseguirlo.

—Si algo lamento son los muchos errores que he cometido en la vida —me dijo en otra ocasión—, y el no haber aprendido a tiempo de ellos. Ahora, que me sé más sabia, ya es tarde.

—Errores los cometemos todos, y no vale la pena pensar ahora en remediarlos.

—La cercanía del final cambia mucho nuestra opinión de lo que vale la pena, os lo aseguro.

Para distraerla de tan trágicos pensamientos, le contaba lo que primero me venía a la mente. Sin embargo, de todos los asuntos y anécdotas que se me ocurrían, ella prefería oírme hablar de los años de niñez y juventud en Santiago de Miraflores. Entonces yo le platicaba de la casa de mi padre, que estaba cerca de la iglesia de San Francisco, en el camino que va al río, y de lo hermosa que me parecía; del valle de Zaña, de las cumbres lejanas, de nuestro cerro Corbacho; también le contaba sobre mi abuela, que había sido dama de compañía de la princesa Cuxirimay, hija del inca Huayna Capac, y de mi abuelo, uno de los soldados de Pizarro, a quien la entregaron como botín de conquista.

Mas pronto se agotaba incluso de escucharme, aflojaba la mano y cerraba los ojos, y yo la

contemplaba en el lecho y me inspiraba una enorme tristeza y no poca ternura, pues veía en ella una paradoja del trágico destino de la jornada: una mujer hermosa y llena de vida, con un futuro halagüeño y pleno de bendiciones, que se veía maltratada por circunstancias tan adversas, alejada de su esposo, desposeída de los suyos, sola y moribunda.

Al cabo de un rato soltaba su mano y me marchaba de la cámara con el ánimo encogido por su desamparo. ¿Quién la vio y la ve ahora, cuál es el corazón que no llora?

El trabajo de las bombas seguía consumiéndonos más. Al principio, a cada hombre nos tocaban al día dos turnos de una hora, pero a medida que la tripulación menguaba y la vía de agua iba en aumento, aumentaron también los turnos a tres y luego a cuatro al día.

En una ocasión en que me tocaba turno de noche en la bomba de proa y el cabo Vicente encontrábase tan agotado que no pudo levantarse del jergón, dio Marcos Agras en ponerme por compañero a Abel Hinojosa. Era una noche de mucha luna y podía ver al Hinojosa como si fuera de día. Pero me resultó fácil ignorar su presencia y refugiarme en mi interior, concentrado en el rítmico movimiento de la bomba: tiraba del astil hacia abajo, llevándolo a la altura de la cadera, y después halaba hacia arriba y aflojaba, dejando que mis brazos descansasen un instante mientras el astil se elevaba empujado por el otro galeote; y así una y otra vez, abajo y arriba, abajo y arriba. Llevaríamos tal vez media hora afanados en la tarea, cuando oí la voz de Hinojosa por encima del sonido de la bomba.

—Os gusta quedaros con lo mejor, barbero.

Al principio no supe de lo que me hablaba, ni siquiera si me hablaba a mí, y tardé unos momentos en salir de mi reclusión y mirarlo.

—Floreáis entre las mujeres como zángano de colmena.

—¿De qué mujeres me habláis, señor Hinojosa? —le pregunté.

—No os hagáis el majadero, don mestizo, haciendo como que no me entendéis. ¿Acaso os creéis el verraco del rebaño para pretender quedaros con todas las hembras? Pues sabed que quien mucho abarca poco aprieta y que, por quererlas a las dos, vais a quedaros sin ninguna.

Mientras hablábamos no habíamos dejado de alzar y bajar la palanca de la bomba, jadeando con el esfuerzo.

—Tanto mejor para vos. Así las podréis pretender sin traba.

—En ello estoy, barbero.

Callose un rato el traidor y yo me alegré, volviendo a concentrarme en la bomba y preguntándome cómo había sido tan necio de salvarlo cuando del desastre de Gela. Mas al cabo de un rato, luego que hubo masticado bien lo que habíamos conversado, volvió a hablar:

—La damita me parece mujer muy remilgada. Esa quedáosla vos, si así os place, y calentad su lecho cuanto gustéis; pero con la otra no os entrometáis, porque mucho me ha costado llegar hasta donde estoy.

—Os referís a doña Juana, supongo.

—¿Desde cuándo las putas llevan tratamiento?

—Cuidad esa lengua, Hinojosa.

Los ojos del bellaco me acechaban por sobre la máscara con un brillo malévolo. ¿A qué vendría todo aquello?, me preguntaba.

—Os lo digo por lo fácil que es subir a su lecho y holgar entre sus brazos. Qué caderas tiene esa mujer, y sus pechos, ah, sus pechos son tan generosos que apenas me alcanzan las manos para abarcarlos. ¿Es que vos no los habéis catado ya, barbero?

La aguda punzada de los celos no se hizo esperar y una súbita indignación me abrasó las entrañas y me atarantó el habla. ¿Es que no tenía límites la indignidad de este hombre?

—Atiéndame voacé —le dije, sin poder disimular más la cólera que sentía—: volved a insultar a

doña Juana y os rebanaré esa lengua tan jerife que tenéis.

Frenó Hinojosa el movimiento de la bomba e hice yo lo propio. Llevo la mano al puñal y yo a la daga.

—¿Qué sucede aquí, señores? ¿A qué esos cuchillos? —dijo Marcos Agras, que apareció en ese momento, al percatarse de que la bomba estaba parada.

—Quitad a este bastardo de mi lado porque no respondo —le dije.

—Volved al trabajo, señor Torres, o seré yo quien no responda.

Nos miramos entre los tres, Hinojosa y yo aún con las manos en los fierros, y el marino viendo cómo salir del paso sin menoscabo del honor.

—Ea, señores —dijo por fin, más conciliador—, terminad hoy el turno, que ya veré yo que no coincidáis mañana.

A regañadientes, bajo la atenta mirada del contraamaestre, guardamos los herrajes y nos pusimos a bombear. Y cuando finalizó el turno, fuímonos cada uno a nuestro agujero.

Al llegar a la enfermería caí como un saco en mi estera, listo para cerrar los ojos y perderme en el sueño. Mas no podía dormir aquella noche. Tenía muy presente la plática con Hinojosa, que me había dejado una grande inquietud en el corazón y, contra toda lógica, negros celos me hostigaban. Me horrorizaba pensar que Hinojosa pudiera yacer con Juana Alonso, acercarse a ella, tocarla o siquiera que pudiera desearla. Pero más me dolía pensar que ella se lo permitiese, que le otorgase su compañía, alentase sus esperanzas, le tendiese su brazo, escuchase sus palabras o lo mirase complaciente. Entregarse al Hinojosa, ¿cómo era posible una aberración así? ¿Qué locura la había poseído para llegar a tales extremos? ¿Tanto era el rencor que me guardaba, tanto su deseo de venganza, o aquella era su verdadera naturaleza?

Mas, al cabo de mucho atribularme, la cordura acudió en mi ayuda haciéndome ver lo absurdo de un entendimiento entre el Hinojosa y ella. Podía llegar a admitir que Juana me aborreciese, que la antipatía hacia doña Elena la hubiese cegado, que su amor por mí se hubiera tornado indiferencia, pero no podía pensar que hubiera aceptado a Hinojosa, ni entonces ni en el futuro, sin rebajarla ni afrentar su honor. Las baladronadas de Hinojosa apuntaban más bien a lo contrario: que él la festejó y Juana lo rechazó. Reconfortado por estos pensamientos habíame vencido por fin la modorra, cuando sentí en el rostro unas manos que lo recorrían con tan levisima caricia como el roce de una pluma, la frente, los pómulos, la barba, los ojos, el cabello, las orejas, donde se detuvieron un instante, siguiendo las rugosidades de su interior, provocándome un tan placentero estremecimiento que pensé que estaba soñando, o tal vez muerto, y habían venido a buscarme las huríes del paraíso de los sarracenos. Había en el aire un olor a jabón y a jazmines, a salitre y madera y brea, y notaba en la piel el hálito cálido e inmediato de una respiración. Me dejé acunar por aquellas sensaciones durante unos momentos sin medida, flotando en ese limbo donde el sueño y la vigilia se entrelazan tan íntimamente que es difícil discriminar entre uno y otra, hasta que un repentino crujido de la tablazón allí junto fue tan real que el sueño huyó al momento.

Abrí los ojos con sobresalto y me encontré con la cara de Juana Alonso a un palmo de la mía.

—Juana —exclamé—, ¿qué hacéis aquí?

Mas nada me respondió. Estaba arrodillada cabe el lecho, con el rostro blanco y asombrado.

—He intentado odiaros, Juan Torres —me dijo con la voz ronca, fruto sin duda de una profunda pugna interior—. Pero no he podido —concluyó.

—No teníais motivo.

—Lo sé.

Su actitud, la contrición que reflejaba, el tono de su voz, fueron un relámpago de esperanza. Sin

embargo, aún escamado, le respondí con desabrida afectación:

—Bien que lo habéis disimulado.

—No podéis imaginar lo mucho que he sufrido, la batalla que he sostenido con mi corazón, el infierno por el que he pasado tratando de olvidaros, pero, ya veis, el amor ha sido más fuerte.

—También a mí me habéis hecho pasar un calvario con vuestro desapego y vuestro silencio, con el rechazo hacia mí y el afán por evitarme.

—No sigáis, os lo ruego.

La claridad lunar se colaba por las ranuras de las tablas y a su luz podía contemplar sus ojos húmedos, los labios temblorosos, las manos entrelazadas en un recogimiento semejante al rezo.

—¿A qué todo eso? ¿Por qué os empecinasteis en vuestro rencor? ¿Os ha hecho más dichosa?

—No, no, ¿cómo podéis pensar así?

—¿Qué queréis que piense, Juana? Y ahora, de pronto, este cambio...

—De pronto no, Juan —me interrumpió ella—, pues ha sido una lucha diaria, instante tras instante, batallando contra los celos, resistiéndome a claudicar. Durante la terrible tempestad que sufrimos, varias veces creí morir, vi llegado mi último momento y, sin embargo, sólo por vos rezaba y suplicaba, por nadie más, ni siquiera por mi salvación. Y cuando os trajeron malherido, con esa horrible brecha en la cabeza y pensé que habíais muerto, toda la ilusión del rencor que os tenía se desplomó, la soberbia que me sostuvo cayó como un castillo de naipes y supe que no podía morir sin saber lo vuestro con Elena.

—Ya os he dicho que no hay nada más que amistad. Os lo puedo jurar.

—Os creo. Ya os creía antes, mas deseaba..., necesitaba, oírlo de los propios labios de doña Elena. Oh, cuántas veces pensé preguntárselo, cuántas veces me armé de valor para hacerlo, pero en el último instante el orgullo me lo impedía.

—¿Por qué no me preguntasteis a mí?

—La razón no ha andado solícita estos días, Juan. Pero finalmente fue ella quien me llamó. Le dijo a Frasquita que deseaba tener una entrevista conmigo y yo acudí presurosa.

—Fue el día que os encontré en el pasillo de la tolda —la interrumpí—. Me pareció veros llorar.

—Oh, cómo no iba a llorar, no tengo el corazón de piedra, ¿cómo podría verla en su lecho de dolor sin sufrir, oír sus palabras sinceras y tristes asegurándome que vos me amabais, incluso oírla pedir perdón por haberme calumniado? Todo ello fue demasiado para mí y, arrodillada junto a ella, también yo le pedí perdón y uní mi llanto al suyo y la abracé y la quise como a una hermana.

Había en ella una hermosura, ¿cómo diría?, más espiritual que corporal, una belleza que transcendía a los simples rasgos de su rostro y se acrecentaba por la intensidad y pasión de su semblante, tal una arrepentida Magdalena que implorase clemencia. Pero, en lugar de aceptar su gesto y recibirla en mis brazos, un perverso demonio me alentaba a prolongar su tormento.

—¿Y venís a decírmelo después de coquetear con el Hinojosa? —dijo el extraño salvaje que me poseía—. Ese hombre se ha jactado de haberos gozado, de ser vuestro amante.

—Oh, lo siento, lo siento, pero no sé lo que me sucedía, los celos me atormentaban como no imagináis, vuestra indiferencia me dolía como una herida, y esos paseos con doña Elena por la cubierta me cegaban todavía más. Mas aquí estoy y humildemente me pongo en tus manos. Vengo a ti como una nazarena, como un reo a la espera de una sentencia.

La odié por lo que había hecho, la odié por sus celos terribles y obcecados, por el Hinojosa, por los días de sufrimiento, por la dicha perdida, por obligarme a olvidarla y por hacerme amarla, tanto la odié que el amor me desbordaba.

Mientras ella esperaba de rodillas la sentencia, como había dicho, acongojada y pálida, hermosa y

plena de vida, yo paladeé aquel instante de dicha, pretendiendo prolongarlo hasta agotarlo, cobrándome en él por todos los días y noches de soledad, por las palabras del traidor, por las muertes de los amigos, por las prisiones habidas, por la tempestad, por la fiebre del sudor, por la desesperación de cada día y la incertidumbre del mañana.

—¿Cómo voy a rechazarte, Juana, si te amo? Si por ti he penado y sufrido, y sin ti el mañana me parece vacío y huérfano.

Qué delicia no sentí acunado en aquellos brazos, perdido en aquel cuerpo, absorbido por sus ojos. ¿Dónde quedó el cansancio de la bomba, dónde el sueño, dónde estaban las tribulaciones y pesares, los celos, las desdichas? Habíanse esfumado, barridos por el viento de su proximidad, por la dulzura de sus besos, por la dicha de su presencia. Muchas veces vengué al Hinojosa aquella noche con puñaladas gozosas, muchas, y con cada una lo mataba y yo moría y ella me resucitaba para volver a vengarlo. Y así nos halló el alba, abrazados sobre la esterilla, cubiertos con la frazada, agotados y gozosos: su mejilla en mi pecho, mi brazo en sus hombros, su pelo acariciando mi barbilla, mis dedos jugando en sus cabellos, su brazo rodeándome y el mío abarcándola. ¿Era posible una dicha mayor?

Entretanto, proseguía la penosa navegación. Los hombres de la tripulación íbamos tan diezmados por las enfermedades y dolencias y tan cansados por las muchas faenas, que cada vez nos costaba más acudir adonde el piloto o el contramaestre nos llamasen. Algunos se escondían, otros se acostaban diciendo que no podían trabajar, otros se cruzaban de brazos por no tener ya fuerzas ni voluntad para moverse. Y si Marcos Agras les enseñaba el rebenque, decíanle que para qué se agotaba él y los agotaba a ellos, pues que de todos modos habían de morir. Y otro añadía que ni el servicio del capitán ni el del rey obligaban al vasallo a lo imposible, porque atender a la bomba cuatro veces al día en verdad que nos mataba a todos.

Y mientras tanto, la muerte había seguido diezmando a la tripulación sin descansar ni dar tregua. Murió Anita, la criada de Félix Carrasco, y su hijo, el mamoncillo con la cara de Su Excelencia, y Gaspar Pinto, el padre de Frasquita, que quedó huérfana, y otros más que no citaré para no alargarme hasta reducirnos a un grupo diminuto. Sin embargo, Figueroa y sus doce continuaban vivos y sanos, lo cual resultaba cada vez más difícil de atribuir a la casualidad y más fácil de aceptar como disposición del destino.

Y no sólo era la gente la que enfermaba y decaía, que también la nao se dolía por los cuatro costados. La jarcia y cabuyería estaba en tan mal estado por la tormenta y también por los muchos meses de mar que varios cabos se pudrían; el bauprés iba rendido sobre el dragante en el que se apoyaba y, por no ser amordazado a tiempo, cayó al agua arrastrando la cebadera con todos sus aparejos. No había verga que se sostuviera en su sitio y hubimos de quitar los masteleros y velas altas e incluso la de mesana por ver de aparejar las dos velas mayores, que era con las que se navegaba. Pero aún estos trabajos se demoraban días en hacerse. Cada vez nos íbamos pareciendo más a una sombra que navegase a la deriva.

Domingo Salvanés intentaba en vano situar la posición del barco en unas cartas sin referencias ni detalle alguno y. Además, la derrota fue inestable y vacilante, propia de quien no sabe dónde estamos ni adónde nos dirigimos. De modo que el piloto, cuando avistamos tierra un amanecer de diciembre, sólo pudo decir, de manera muy aproximada, que nos encontrábamos a seiscientas leguas del continente.

Se trataba de una isla desolada e inhóspita de menos de una legua de boj, pelada, rocosa, y muy expuesta al viento y al oleaje, peligrosa incluso para aproximarse, mas tierra al fin y al cabo. El punto

más alto no tendría diez varas sobre el nivel del océano. Quiso inspeccionarla Figueroa y, como viera una gran cantidad de aves sobrevolándola, mandó acercarnos más a ella para apertrecharnos de huevos y carne fresca.

Surgimos a dos o tres cables a barlovento de la isla, se botó la chalupa y subimos a ella diez hombres dirigidos por Marcos Agras. Las aguas eran peligrosas a causa de las corrientes y la fuerte resaca, la chalupa se zarandeaba sobre las olas verdosas y hubimos de bogar con mucho denuedo y pericia para no embarrancar en los roquedales que por todos lados circundaban la isla. Esta estaba dividida en dos mitades que se unían por un estrecho istmo rocoso, como una vara de la que colgasen dos baldes, y entre ambas partes quedaba una especie de rada abierta al sur. En ella varamos la lancha y echamos pie a tierra.

La orilla, que carecía de playa, formaba un pequeño talud rocoso de un par de varas, por el que se accedía al plan de la isla. Esta estaba cubierta en su mayoría por hierba baja y basta, algunos helechos de escaso porte y unos abrojos rastreros y espinosos muy retorcidos, semejantes a las aulagas, que daban unas bayas anaranjadas algo mayores que granos de pimienta. Había en la isla numerosísima dotación de aves, muchas especies de petreles y gaviotas y golondrinas de mar que, desconociendo qué cosa eran los hombres, apenas si se apartaban de nosotros; en especial unas aves de color blanca cenicienta, del porte de un pato y alas de mucha envergadura que, echándoles la mano al pescuezo, fácilmente se dejaban atrapar. Cogimos al menos veinte o treinta de ellas e hicimos también acopio de huevos que nos zampamos con gran fruición, tal si se tratase del manjar de un rey. Después de saquear los nidos, los pájaros se quedaban bobos, andando con torpeza y buscando a dónde habían ido a parar sus huevos.

Manuel de Badajoz quiso matar a un petrel de un disparo de arcabuz que mucho alborotó a las aves. Una nube de ellas alzó el vuelo en una tal algarabía de graznidos y aleteos que no se alcanzaba a escuchar la voz del compañero. Cuando por fin se calmó el revuelo, Marcos Agras dijo que era mejor no hacer uso del arcabuz.

Con el botín conseguido, regresamos a la nao y ese día se comió como en mucho tiempo no se había hecho. Tanto fue así que Figueroa decidió permanecer varios días frente a la isla de la Desolación, como la bautizamos, para dar descanso a la gente.

Como estábamos a barlovento de la isla, y el viento había refrescado, aconsejó Domingo Salvanes anclar al otro lado, pero Figueroa se rio de sus cautelas e ignoró la advertencia, con lo que el destino tendió otro hilo en la telaraña que nos atrapaba, porque aquella noche el viento arreció y sopló con tal fuerza e inquina que rompió las amarras de las áncoras, que debían estar podridas, precipitó a la Santa Ysabel contra la isla y la hizo encallar en una restinga rocosa, casi sumergida, del extremo sur.

El golpe me despertó y salí afuera. El cielo estaba cubierto por unas nubes que se movían a gran velocidad, dejando entrever la claridad lunar. La nao estaba escorada sobre la banda de estribor, encajada en las rocas con las que había chocado, y medio hundida. La mar se colaba a pipas por los agujeros y pronto se inundaron partes de la bodega y del entrepuente. El desbarajuste era grande pues, excepto los hombres de la guardia, nadie sabía a ciencia cierta qué había sucedido.

Algunos, creyendo que nos íbamos a pique, de presto saltaron y nadaron hasta la isla, pero la resaca era muy fuerte y no todos consiguieron alcanzarla. Otros, con más cabeza, nadaron hacia la chalupa, que estaba amarrada a popa y milagrosamente indemne. Y los más nos quedamos en la nao, donde imperaba el desorden.

Gritos aterrorizados, ayes, carreras y votos y grandes pláticas con Dios; suspiros y lamentos, rostros entrevistos en la escasa claridad de la noche, semblantes de difuntos, el fragor del oleaje y el silbido del viento, la cubierta resbaladiza y batida por algunas olas que saltaban sobre la borda, el crujido del

maderamen despedazado por la roca, las vergas caídas, el trinquete perdido, y más gritos y lamentos: «Ay, Virgen Santísima, protégenos en esta hora», «Señor, no dejes que nos ahogemos», y todo ello formaba una vorágine imposible de entender. Los más resueltos se afanaban sin saber muy bien en qué y los oficiales de la banda carmesí no se ponían de acuerdo entre ellos. Domingo Salvanés mandó echar dos anclotes para que la nao se afirmase en el encalladero y no se la llevara la corriente, que era muy fuerte en aquel punto. Figueroa ordenaba a los de la chalupa que la abarloasen para evacuar a la gente, y Marcos Agras, por su parte, porfiaba en que echásemos mano de las bombas para ver de achicar el agua que nos inundaba y aguantar así hasta el amanecer.

Como no se atinaba a quién obedecer ni qué cosa hacer, yo encontré a Manuel de Badajoz y al cabo Vicente y entre los tres fuimos a sacar a los enfermos que había en las cabinas y en el entrepuente para trasladarlos a la cubierta del alcázar, que era la parte más segura de la nao. Doña Elena estaba espantada, pálida y exangüe, y parecía un cadáver. La tomé en brazos sin que protestase ni dijese cosa alguna y la llevé afuera, donde encontré a Juana Alonso, que traía a Frasquita cogida de la mano, y la dejé a cargo de ellas.

Luego, como Figueroa consiguió que abarloasen la chalupa a sotavento de la nao, al otro lado de la restinga, ayudamos a acomodar en ella a los dolientes para llevarlos a la playa. Yo me fui en el segundo viaje y era menester mucho brío en la boga para vencer la fuerte resaca que arrastraba la lancha hacía las rocas.

Ya en la isla, las horas que pasamos hasta el amanecer fueron penosas e inclementes. El viento aullaba sin descanso, las nubes corrían delante de la luna, que avanzaba hacia el horizonte, y la mar batía contra el islote como si quisiera engullirlo. Aquella noche no hubo quien pudiera dar descanso a los fatigados cuerpos: tumbados sobre el suelo, sin cobijas, ni alimentos ni nada más que la ropa mojada que llevábamos puesta, ateridos por el frío y la humedad, sin saber qué había sido de unos o de otros y sin más alivio que haber puesto la vida a salvo.

Por la mañana el tiempo siguió anublado y ventoso, con olas que reventaban en la orilla y lanzaban la espuma muchas varas tierra dentro. Con luz, podíamos observar a la nao reclinada sobre la banda de estribor, medio hundida de la proa, con los palos abatidos y rotos si no era el de mesana, que seguía entero.

Casi sin darnos cuenta habíamos hecho corro los sobrevivientes. Un lamentable cuadro hacíamos el puñado de espectros enfermos y zarrapastrosos, un grupo triste y abatido. El viento agitaba nuestras ropas, que aún no estaban secas, y nuestros cabellos desgredados. Parecíamos un ejército derrotado que, tras la batalla, se hubiera juntado para lamerse las heridas y contar las bajas, que habían sido tres. También había algunos golpeados y los varios enfermos de escorbuto. En total quedábamos treinta y cuatro gentes, de las que apenas veinticinco estábamos en disposición de movernos.

Poco a poco, a medida que transcurría la mañana, fuimos saliendo de la consternación y embotamiento que el naufragio nos había provocado. Las cabezas empezaban a discurrir con más claridad y comprender lo desesperado de nuestra situación: verdaderos náufragos en aquella isla diminuta y baldía, cuya situación apenas éramos capaces de suponer, y expuestos a las furias del mar.

También Figueroa pareció despertar del transitorio abatimiento y darse cuenta de que, como capitán y cabecilla nuestro, era él quien debía disponer lo que habría de hacerse. Mientras algunos recorriamos el pequeño pedazo de tierra, esquivando los nidos de las aves, evitando los matorrales espinosos, familiarizándonos con el que habría de convertirse en nuestro hogar, Figueroa dirigióse al extremo occidental de la isla, donde el viento azotaba con más violencia, y allí permaneció un buen rato, como un profeta que espera ser alumbrado con una nueva epifanía.

—¡Qué lugar más desamparado! —comentó Justo Bautista de Campeche.

—Y que lo digáis, amigo Justo —dijo el cabo Vicente—. ¿Dónde estaremos? —añadió al punto—, ¿será parte de un archipiélago o nada más que un islote perdido en este vastísimo golfo?

—Seguro que a muchas leguas de cualquier parte, señor cabo —le respondió el bachiller Herrera.

—Al menos nos hemos salvado —dijo el criollo.

—Sí, ¿pero por cuánto tiempo?

Finalmente, Figueroa regresó junto a los demás. Sin hacer junta ni pedir el consejo de nadie, dispuso rescatar y traer a tierra, en la chalupa, todo cuanto de útil pudiera hallarse en la Santa Ysabel antes de que afondara, la destrozasen las olas o se la llevara una tempestad.

—Y si resiste lo suficiente, ya trataremos más adelante de desmontarla para construir un bergantín —dijo por último—; conque todos los que puedan moverse, a la faena.

Esta consigna pareció insuflarnos algo de ánimo, porque el tener una ocupación nos ayudaba a superar el momento. Organizados en grupos, pusímonos en marcha y todo el día se fue en hacer viajes de la isla a la nao y de la nao a la isla, vaciando las cubiertas y la bodega.

La carga se iba dejando sobre la orilla, expuesta a la intemperie: provisiones, velas, pólvora, armas, municiones, herramientas, los arcones y baúles de la gente, y también algunas pipas de agua dulce, pues en la isla no había más agua que la que se empozaba en algunos agujeros, ni nada de utilidad salvo los pájaros. Pero después de un día de trajín, apenas habíamos conseguido rescatar una cuarta parte de todo lo que había en la nao. Al anochecer caímos rendidos, desperdigados por el islote, tirados en cualquier sitio, sin ánimos para platicar ni apenas para comer.

Al día siguiente aflojó un poco el viento y se calmó el oleaje. La Santa Ysabel se había afirmado en su posición y no parecía que fuera a moverse de donde estaba. Mientras nos ocupábamos en vaciar la nao, las mujeres se encargaron de cazar y destazar varios pájaros con los que aderezar una comida caliente que nos diera aliento para el trabajo.

Juana Alonso y Frasquita cuidaban de los que estaban más enfermos, los acomodaron sobre algunas esterillas que habíamos rescatado del naufragio y los cubrieron con frazadas. También les llevaron la comida en escudillas y hasta les dieron de comer.

—Elena está muy enferma —me dijo Juana por la tarde—, y no creo que sobreviva.

Fui a su lado y la encontré en verdad abatida por la enfermedad, el naufragio y la situación tan incierta que teníamos. Estaba tumbada sobre un colchoncillo raquítrico y cubierta con una frazada. Sus ojos parecían más grandes que nunca, serenos, náufragos brillantes en un rostro demacrado y ceniciento. Apenas quiso hablar si no fue para pedir que le trajésemos a Alfonso Rodríguez, el diácono, pues quería confesarse con él.

Pero una vez dado el aviso me retuvo a su lado, sujetándome las manos como si quisiera confortarse con el poco calor que guardaban las mías. Y así, en silencio, mirándonos con intensa fijación, permanecimos los dos hasta que el grumete llegó.

Me retiré unos metros y aguardé mientras ellos hablaban, pero se vino la noche y aún estaban en religiosa comunión. Y eso fue todo, porque el cansancio me venció y a la mañana siguiente, cuando desperté, Elena ya era cadáver. No por esperada, su muerte fue menos dolorosa. Como buenamente pudimos la amortajamos, cavamos una fosa somera en la dura piedra negra de la isla, en su extremo noreste, y en ella la enterramos, inaugurando, con sus restos mortales, aquel nuevo cementerio.

—Después de todo lo que me ha hecho sufrir —me dijo Juana con lágrimas en los ojos—, siento una gran tristeza por su marcha.

—Sí, Juana, cuesta deshacerse de quienes nos rodean —le dije, sintiendo un amargor impetuoso y un inmenso vacío interior, pues doña Elena era parte de mi vida y me costaba imaginar que jamás la volvería a ver ni a oír ni a tocar. De su belleza y distinción, de su gracia y donosura no me quedaba

sino la imagen de un cadáver pálido y deformado. En verdad había sido trágico su destino, suma y compendio de la calamitosa jornada de las islas de Poniente, en la que había perdido todo cuanto nos es dado poseer: los bienes materiales, la familia, el amor, la esperanza e incluso sus aspiraciones, sus sueños y sus anhelos. Descanse en paz.

A doña Elena la siguió Gorrostieta en la lista de los fallecidos, viejo compañero de escuadra, a quien el escorbuto tenía también muy consumido pese a su gran fortaleza. Su tumba, la segunda del cementerio, fue a hacer compañía a la de doña Elena. Desde lejos podíamos divisarlas, con sendas cruces en sus cabeceras, recordándonos el ineludible destino de todo ser. No obstante, y aparte del dolor por los amigos fallecidos, sus muertes me preocupaban especialmente porque eran prueba manifiesta de que la peste del mar nos seguía acechando en tierra.

Y de mucho moler sobre el asunto se me ocurrió una idea. Como había visto que algunos de los pájaros se comían las diminutas bayas de las aulagas, di en probar una de ellas mordiendo apenas la mitad. La piel y la escasa pulpa que había bajo ella eran muy simples de sabor y escasísimo atractivo. Después de haberla probado dejé pasar todo un día pero, como nada me sucediera, empecé a hacer acopio de ellas para dar a los enfermos y también a mis compañeros, a quienes expliqué que debían comerlas para prevenir la peste del mar.

—¿Así pensáis tratar la peste del mar, señor Torres, con estas frutillas? —se burló de mí Figueroa—. Se me hace que tenéis más de farsante que de cirujano.

Mas los enfermos empezaron a mejorar con rapidez. Bien fuese por la carne fresca que cada día consumíamos, por los huevos, por las bayas o por una combinación de todo ello, el caso es que en pocos días los dolientes decayeron en sus síntomas y Figueroa, que no perdonaba el cuidado de sus polluelos, dio su brazo a torcer y les recomendó que también ellos masticasen bayas.

Poco a poco íbamos acostumbrándonos a nuestra situación de naufragos y haciéndonos a los avatares de aquella vida. Para protegernos del constante viento, que incluso en los días más serenos soplabá, mandó Figueroa construir en la mitad occidental, donde habíamos asentado el campamento, unas carpas para resguardarnos. Sobre dos postes y un larguero, tendíamos unas lonas a modo de tejadillo y las fijábamos al suelo con cascotes y clavos. Dedicamos a ello una mañana y cada quien se preparó la suya, solos, en pareja o en grupo. Yo arreglé una para Juana Alonso, para Frasquita y para mí.

Una vez hubimos concluido de vaciar, si no toda la bodega, al menos una buena parte de ella, vino el momento de desguazar la propia nao para construir con sus restos un bergantín.

Por más que a Figueroa le disgustase pedir a otros la opinión, no le quedó más remedio que consultar a Domingo Salvanés sobre la mejor manera de construirlo.

—No será posible fabricar un bergantín —lo contradijo Salvanés—, si acaso una galeota de un solo mástil, como los barcos que usaban los vikingos en los tiempos antiguos.

—Si os parece lo mejor, haced los planos y pongámonos a ello —transigió Figueroa.

Para hacer los planos, Domingo Salvanés fue a la nao y estuvo tomando nota de todo lo que podría aprovecharse, midiendo tamaños y espesores, revisando la obra viva, la obra muerta y los distintos espacios y cubiertas. Yo le sugerí que se ayudara de la *Instrucción náutica*, de García de Palacio, que a Valiero le había sido de mucha utilidad cuando se fabricó el bergantín.

Parecióle la idea al carpintero y los dos nos pusimos a buscar el cofre de Valiero, que encontramos entre los bultos, cajas y materiales apilados en la orilla. Saltamos la cerradura y allí dentro estaba el libro, en medio de otros manuales y tomos y muchas cartas y mapas. Y con la información obtenida en el navío, la que sacó de algunos pasajes de la Instrucción Náutica y su experiencia de carpintero de ribera, consiguió Salvanés trazar los planos de la galeota. Su diseño era algo tosco y feo, pero no le faltaba detalle.

Se lo enseñó a Figueroa y, dado el visto bueno, sin dilación nos puso a desguazar la nao, acarrear las piezas y almacenarlas en la mitad oriental de la isla, donde se montaría más adelante el astillero.

El trabajo era duro, pues, siendo tan pocos, había que desmontar la Santa Ysabel tablón a tablón y clavo a clavo, cargarlo todo en la chalupa y trasladarlo a tierra; y también peligroso, porque la nao estaba muy inclinada sobre la banda de estribor y el continuo embate de las olas sobre el casco la hacía inestable y dificultaba mucho la labor.

Primero se recuperó la parte útil de la jarcia y la arboladura, y se llevaron a tierra los mástiles que quedaban: el de mesana y la mitad del árbol mayor. Sacarlos de las carlingas y transportarlos a tierra en la chalupa fue tarea que precisó considerable maña y no poco ingenio, y que nos llevó todo un día. Después nos pusimos a desmontar la toldilla, el alcázar y la cubierta principal. Les siguieron las tracas y cintas de la obra muerta, la cubierta del entrepuente, mamparos y pañoles, todo en fin lo que nos parecía de utilidad era desguazado, embarcado en la chalupa y transportado a tierra en un continuo ir y venir de la restinga a la rada y viceversa.

El trabajo empezaba al amanecer y se concluía al ocaso. Era casi tan duro como lo fue faenar en las bombas y después de toda una semana de brega aún no habíamos desmontado ni una tercera parte.

—Cuanto menos tiempo tengan vuesarcedes para pensar, mejor —nos decía Figueroa—. Además, en esta isla no podremos sobrevivir eternamente.

De modo que los días se iban deprisa. A pesar del trabajo y las desgracias, no puedo decir que

fueran malos, porque los enamorados son egoístas en su dicha y, después de toda una jornada de esfuerzo y fatiga, yo encontraba inmensa recompensa en los brazos de Juana Alonso. Cubiertos ambos con la sencilla cobija nos amábamos en silencio para no despertar a Frasquita y nos susurrábamos confidencias por el simple placer de oír nuestras propias voces. Nos arrullaba el sonido del viento y el batir de las olas en las rocas y con ellos nos quedábamos dormidos. Y era el mismo mar y el mismo viento, amenizado con el piar de infinidad de aves, el que al alba nos despertaba.

Disfrutábamos los dos de aquella tregua en medio de las desgracias, sin pensar en otro futuro que el tiempo que faltaba para volver a estar juntos. No queríamos mirar más allá del día y de la hora en que vivíamos, habitando un paraíso al margen del mundo, rodeado de mar y de cielo, aislado, sin ayer y sin mañana.

—¿Sabes de dónde soy? —me preguntó una noche Juana Alonso.

—Tengo entendido que de Potosí —le dije, un poco en broma, recordando lo que se decía sobre ella.

—Ah, Juan, ¿también tú crees esos chismes? —me reprochó ella—. Soy de Cartagena de Indias.

—¿Y cómo has venido a parar tan lejos?

Y me contó su historia: de padres españoles, nació en aquella hermosa ciudad del Caribe, mas su padre murió siendo ella muy niña y su madre no lo sobrevivió mucho tiempo, de modo que quedó al amparo de su abuela, que regentaba una taberna.

—En aquella taberna me hice moza.

—Y tú te quedaste al cuidado de tu abuela, ella murió y te legó la taberna.

—No, caballero. Yo tenía un alma inquieta y no quería quedarme eternamente junto a mi abuela. Había oído tantas y tan fantásticas historias de hechos heroicos, de aguerridos soldados, de mujeres indomables que acompañaban a los hombres, o incluso se hacían pasar por ellos, que la cabeza se me llenó de pajaritos y no deseaba sino viajar, vivir aventuras y conocer el mundo.

—¿Y qué sucedió?

Entonces púsose más seria, calló un instante y luego dijo:

—Sucedio que pasó por allí un soldado tunante y de muy buena planta que me prometió el paraíso y me llevó con él. Lo seguí por valles y selvas, y sierras muy agrestes, hasta las minas de Cajamarca, donde me abandonó por otra más lozana que yo.

—Imposible.

—Pues lo hizo, señor Torres. —Y aquí su voz se tornó seria—. Yo era entonces joven y tornadiza, aunque eso no sea excusa, y me dejé ir por el mal camino. Y si no sigo allí, perdida del todo, fue por Bernal Flores, que me encontró y se casó conmigo. Y por ello le estaré eternamente agradecida.

Aunque yo no se lo hubiera pedido, ni tuviera ella por qué hacerlo, por su propia voluntad me confesó aquel oscuro episodio de su vida. Y más la quise por ello.

—Pues ya puedes decir que has logrado con hartura tu propósito —le dije rijoso.

Y ella también se rio, alegrando la noche y despejando las sombras.

En otra ocasión, mientras yacíamos abrazados en silencio, escuchando el sonido del viento y el rumor de las olas, ella me dijo con mucho misterio:

—Varias veces me has preguntado cuándo me enamoré de ti, ¿verdad?

—Cierto, pero nunca me has contestado.

—¿Por qué quieres saberlo?

Me volví hacia ella. En la oscuridad adivinaba más que veía su sonrisa desafiante, aguardando mi respuesta.

—Es un capricho, Juana, un pequeño capricho de enamorado. Muchas noches, mientras estabas

presa en la sentina, yo perdía el tiempo pensando sobre ese asunto, imaginando la respuesta. Intentar adivinarlo me entretenía y al mismo tiempo me hacía estar más cerca de ti.

La mujer se apretó más a mí.

—¿Desde cuándo crees que te quiero? —preguntó.

Guardé un momento de silencio, mientras reflexionaba en la forma tan sutil cómo había conseguido Juana darle la vuelta al asunto, haciéndome contestar a mí antes de soltar prenda ella.

—Yo diría que desde los días que pasamos juntos en el hospital de la villa —respondí al fin.

—No, señor Torres —dijo ella con mucho asombro, como si yo hubiera soltado el mayor de los desatinos—. ¿Quieres saberlo, de verdad quieres saberlo?

—Así es, Juana Alonso.

—Acércate más, que no quiero que nadie lo oiga.

Incliné aún más mi cabeza hasta enterrarla en su pelo, noté su aliento junto a mi oído y, a continuación, sus dientes apresaron el lóbulo de mi oreja en gratisísimo mordisco.

Ah, canalla, así que fuiste tú, pensé, tú, la amante secreta que me visitaba a escondidas en el entrepuente de la Santa Ysabel, la furtiva, la silenciosa, la dueña de mis sospechas. No sabía si sentirme halagado o burlado, si debía alegrarme o enojarme, si atraerla hacia mí o rechazarla; pero el corazón sabe de asuntos que la cabeza no entiende, y a pesar de los pensamientos alocados que me bullían en la sesera, todo mi ser me pedía abrazar a aquella mujer que yacía junto a mí, que se arropaba bajo la misma frazada, respiraba el mismo aire y compartía la misma suerte, aquella mujer intrépida y valerosa que, por una afortunada conjunción de los astros, había tenido a bien fijarse en mí y quererme. Y así lo hice.

El cabo Vicente también disfrutaba de su unión con la Mulata, aunque la dura faena le robase la vida. Estaba tan enjuto como un sarmiento de parra, y los compañeros gustábamos de chasquearlo por ello. Él nada respondía, pero la Mulata se tomaba en serio el asunto y, valiéndose de su condición de mujer, le reclamaba a Marcos Agram por el mucho trabajo y desigual reparto.

Y no le faltaba razón, porque Figueroa continuaba beneficiando a unos y perjudicando a otros. Si hacía tiempo que jugaba con los dados trucados, haciendo lo posible por hacer cumplir el vaticinio, en la isla este empeño se convirtió en una obsesión que rayaba en la locura.

Así, en las labores de cada día, reservaba las más livianas y seguras para sus bienaventurados, mientras que las más expuestas y pesadas eran para los predestinados a morir. También la guardia estaba enteramente en manos de sus oficiales de la banda carmesí, al igual que el control de las armas y municiones que pudieron rescatarse. Con motivo de una reyerta que hubo entre Matías Jorge y otro marinero, Figueroa nos prohibió que portásemos siquiera las espadas, y las requisó todas.

—Puesto que la isla está despoblada —explicó—, ninguna falta os harán estos estoques.

Nadie protestó. ¿Para qué? No habría servido más que para atraerse la cólera del capitán, que no admitía que se lo contrariase en ningún asunto.

En cuanto a la convivencia, aunque dos de sus hombres tenían mujer y habíanse hecho sus propias carpas para tener la intimidad que esas cuestiones requieren, todo lo demás lo hacían en conjunto, formando una cofradía a la que sólo Juan de Haya era ajeno.

Estábamos perdidos y confinados en la peor situación que imaginarse pudiera; sin embargo, nuestro capitán, en lugar de procurar hermanarnos a todos, nos separaba y enfrentaba, establecía calidades en el infortunio, sembraba recelos y suspicacias donde debiera reinar la camaradería y el auxilio. Tanta ofuscación y ceguera, tal afán por torcer los designios de la providencia e intervenir en asuntos que

sólo pertenecen a Dios, no podían conducir sino a la tragedia. Y el último acto de aquella tragedia tuvo su origen, como no podía ser de otra forma, a causa de un número.

Figueroa daba mucho crédito e importancia al significado de los guarismos, a los duplos y subduplos, al número áureo, al capicúa y, en fin, a su hermético sentido y a las fuerzas que se ocultaban en ellos, y habíase percatado el capitán de que el número de los sobrevivientes, después de la muerte de Gorrostieta, se había reducido a treinta y dos personas.

Mas no era esta cifra la que le preocupaba, pues las mujeres, al parecer, no tenían relevancia en este asunto y se le daba una higa que hubiera seis o sesenta. Éramos los hombres los que contábamos. Y quedábamos vivos veintiséis; es decir, trece y trece. Y fue esta coincidencia la que lo alarmó. Figueroa dio en considerar que era una analogía sibilina, repleta de enigmático significado. Por primera vez su nómina, que no había sufrido baja ni menoscabo ninguno, se igualaba con el número menguante del resto de los hombres, en un equilibrio que a su perturbado entendimiento se le antojó amenazador.

—Los puntos de inflexión son siempre lo más peligrosos —razonaba el bachiller Herrera—, y Figueroa recela de la inextricable igualdad que ha compensado la balanza, colocando en cada platillo la misma cantidad de vidas; de modo que el fiel podrá inclinarse hacia un lado o hacia el otro.

Y para que entendiésemos mejor lo que decía, el bachiller escribió en un pergamino la nueva relación de los que quedábamos, separándonos en tres categorías. A los bienaventurados y condenados los situó arriba, en dos columnas, equiparándonos nombre a nombre, y a las mujeres las asentó debajo, como un resto sin valor en la ecuación:

*Los bienaventurados destinados a salvarse:*

1. *Figueroa, capitán y profeta*
2. *Marcos Agras, su lugarteniente*
3. *Francisco de Guevara, soldado*
4. *Antonio de la Puente, marinero*
5. *Matías Jorge, marinero*
6. *Miguel de Ruesga, soldado*
7. *Pedro de Arretia, soldado*
8. *Pascual Falcón, soldado*
9. *Gregorio Rodríguez, marinero*
10. *Juan Puma, grumete*
11. *Francisco Jorge, paje*
12. *Expósito Manero, soldado*
13. *Juan de Haya, colono*

*Los condenados a morir:*

1. *Luis Herrera, escribano*
2. *Hernán Vicente, cabo de escuadra*
3. *Manuel de Badajoz, soldado*
4. *Domingo Salvanés, carpintero de ribera*
5. *Damián Ortiz, marinero*
6. *Justo Bautista de Campeche, soldado*
7. *Abel Hinojosa, soldado*
8. *Juan Torres, soldado*
9. *Pedro de la Chica, marinero*

10. *Alfonso Rodríguez, grumete*
11. *Jerónimo el negro, paje*
12. *Gerardo de Coria, soldado*
13. *Luis Cepeda, colono*

*Las mujeres:*

1. *Juana Alonso, querida de Juan Torres*
2. *Úrsula, la Mulata, querida de Hernán Vicente*
3. *Frasquita, niña huérfana*
4. *Rafaela García, querida de Pascual Falcón*
5. *Josefa Jiménez, mujer de Francisco de Guevara*
6. *La india Lucía, mujer de Justo Bautista*

Así ordenados e igualados uno a uno, soldado con soldado y marinero con marinero, parecía aún más perversa la correlación, más ominoso el equilibrio. Luego que el destino había respetado durante toda la travesía el augurio de la lista, era llegado el momento más incierto y trascendente. Y Figueroa, temiendo que la fortuna inclinase el fiel hacia el lado erróneo, tomó todas las prevenciones posibles para resguardar a los suyos y librarlos de todo peligro.

Y su primera provisión, y la más infausta de todas, fue prohibirles trabajar en la nao, olvidando lo mucho que nos urgía terminar su desguace y fabricar la galeota, ya que los víveres, y en especial el agua, no durarían eternamente. Así, reservó Figueroa a los suyos en tierra, encargándolos de nuestra guardia y custodia, y también de otras tareas secundarias como almacenar las maderas y tablones, fabricar y enderezar clavos o preparar la jarcia con los pedazos que estuvieran mejores.

Por tanto, desde temprano en la mañana hasta casi el crepúsculo, los condenados habíamos de salir en la chalupa hacia la nao y dedicarnos a la ingrata tarea de descuadernarla. Con palancas, martillos y serruchos, con maromas y guindolas, seguimos desmontando el casco y las cubiertas de lo que había sido la Santa Ysabel. Al ser menos los que estábamos en el pecio, el trabajo avanzaba con más lentitud y nos exigía más esfuerzo.

Ante aquella división, algunos de los bienaventurados en los que quedaba un resto de caridad no podían evitar una sensación de culpabilidad. Mas nada hacían ni decían sino agachar la cabeza y acatar la voluntad de Figueroa. Y en cuanto a los condenados, la injusticia cometida, la dureza del trabajo y el trato cotidiano más nos hermanaba, si no era a tres que todavía pretendían hacerse agradables a los ojos de Figueroa, y todo cuanto este ordenaba les parecía bien y lo recibían con lisonjas, aunque les exigiese sacrificio. Se trataba de Abel Hinojosa, del paje Jerónimo y de Luis Cepeda, el colono.

Pero no se puede tentar siempre a la providencia, ni eternamente se puede jugar a suplantar al Altísimo, ni se debe confundir la casualidad con la voluntad divina. Y, así como los dados, en el azar de cada tirada, se habían obstinado contra todo pronóstico en marcar nada más que trece, en un instante bailó la suerte para marcar otra jugada, colocando el último hilo de aquella telaraña.

Una mañana, Justo Bautista de Campeche, el criollo, amaneció atacado por una fiebre cuartana, por lo que Marcos Agras lo dispensó de trabajar. En su lugar, junto a la misma orilla, se nos unió Juan de Haya, el colono, que no aceptaba de buen grado la ley impuesta por Figueroa.

—¿Adónde vais, señor De Haya? —le preguntó Marcos Agras, poniendo la mano sobre su hombro.

—A echar una mano a estos señores —le respondió con mucha firmeza el colono, zafándose del abrazo—, ¿desea voacé acompañarme?

Como nada dijera Marcos Agras, el colono subió con nosotros a la chalupa y bogamos hacia la nao. Aquel día nos ocupábamos de desguazar el yugo de popa. Con las herramientas levantábamos las tracas del forro, las pasábamos de unos a otros y las estibábamos en la chalupa.

Nos dirigía Domingo Salvanés, quien, pese a ser hombre insustituible para construir la galeota, no recibía licencia ninguna ni trato de favor.

—Venid, señor De Haya —lo llamó al rato Salvanés, el carpintero—, subíos allá y ayudadme.

Y Juan de Haya fue, porque era un hombre bien dispuesto para todo. El carpintero le pidió que sujetase el otro extremo de un grueso madero que él y el cabo Vicente estaban terminando de serrar, para que no se cayera al agua. Juan de Haya afianzó los pies en uno de los baos y se abrazó a él. Pero cuando el tablón por fin quedó libre, una ola más fuerte que las anteriores, una ola que se había estado gestando muchas leguas mar adentro, una ola que Figueroa no tuvo la clarividencia de adivinar, golpeó el casco de la Santa Ysabel y desequilibró al colono, que perdió pie y cayó abajo. La ola, al retirarse, dejó al descubierto los dientes de una roca muy aguda y en ella fue a estrellarse Juan de Haya, y detrás de él, el madero.

El grito de Salvanés nos paralizó a todos. Yo estaba en aquel momento en la chalupa, con el bachiller Herrera, y al punto remamos hasta el lugar del accidente. Sobre las rocas, con el madero encima, se encontraba el cuerpo inerte de Juan de Haya. Como no podíamos acercarnos más a la restinga sin arriesgarnos a estrellar la chalupa, lo cacé con un bichero y por fin pudimos izarlo a bordo. El hombre tenía la cabeza ensangrentada y el cuerpo roto, mas aún respiraba.

Figueroa recibió la noticia como un insulto personal. Al principio, viendo el cuerpo pálido y desmadejado, creyó que el colono estaba muerto y se llevó las manos a los cabellos y se mesó la barba, alzó los ojos a lo alto y desafió al cielo con el puño cerrado:

—¡Dios, Dios! —gritó su desamparo, como hiciera el Hijo del Hombre en el Gólgota.

Los suyos se arracimaron alrededor del capitán lamentándose del accidente, muy conmocionados al ver que uno de los trece llamados a sobrevivir estuviese moribundo sobre el suelo de la isla. No podían creer que la profecía de Figueroa pudiera fracasar, que ocurriese tal desatino sin que los cielos se cayesen o se incendiase la mar. Mas, viendo que aún vivía, Figueroa se abrazó a él y con mucho cuidado quiso que lo ayudásemos a llevarlo a su carpa, donde lo tumbó en su esterilla de esparto y mandó traer un balde con agua para poder lavar la sangre y refrescarle el rostro.

Yo entré en el tendal para ver lo que se podía hacer por el colono, pero Figueroa me hizo salir.

—Idos, señor barbero —me dijo con severa expresión—, que ya me encargaré yo de cuidarlo.

Figueroa pasó la mañana entera dentro de la carpa, cuidando a Juan de Haya como a su propio hijo, sin permitir a nadie la entrada, ni siquiera a Marcos Agras. Bendecidos y condenados hacíamos rueda alrededor de la pequeña carpa, oyendo las quejas del infeliz y las palabras tan amorosas con que lo consolaba Figueroa, que al cabo de un rato asomó la cabeza para pedir algo de comida y, al vernos a

todos allí, nos echó con cajas destempladas.

—¿Es que no tienen nada que hacer vuestras mercedes? —dijo con actitud iracunda—. ¿Acaso ya está desguazada la nao, señor Salvanés?

Así las cosas, marchamos al pecio a seguir con el penoso trabajo, algunos lamentando la suerte de Juan de Haya, otros holgándose del fracaso de Figueroa.

—Por fin se le torció la profecía al augur —comentó Manuel de Badajoz—. A ver quién lo cree ahora.

—¿Y os alegráis de ello, señor soldado? —le preguntó Alfonso Rodríguez, el diácono.

—¿Vos no?

—Yo lamento el accidente del señor Juan de Haya.

—También yo lo lamento —se defendió el soldado—; pero, aun así, me alegro de que por fin se haya roto tan siniestra profecía.

En aquellas y otras pláticas fuese la tarde. El sol empezó a declinar sobre el mar, el horizonte de poniente se tornó anaranjado y rojizo, y después se tiñó de púrpura, y todos dejamos el pecio y volvimos a tierra en la chalupa. Por la noche, al finalizar la cena, no se oía ya nada en el interior de la carpa: ni quejas, ni llantos, ni palabras de consuelo, más Figueroa continuaba dentro. En la misma entrada, los bendecidos formaban un grupo desolado y hablaban entre ellos con palabras muy quedas.

—Ya debe de estar muerto —dijo Manuel de Badajoz a los demás, que hacíamos rancho aparte.

—Es hombre de fuerte naturaleza y tal vez sobreviva —lo contradijo el bachiller Herrera.

—Pues yo insisto en que está encerrado con el cadáver del pobre colono, practicando algún rito poco cristiano —dijo el de Badajoz—. Tan loco está que tal vez se crea con poder para volverlo a la vida.

—Cuidad vuestras palabras, señor soldado —le dijo el bachiller Herrera—, no querréis que el capitán se ensañe con vos por vuestra irreverencia.

—Descuidad, escribano —respondió el de Badajoz—, que con el bramido del mar no me oirían aunque gritase. Más me preocupan algunas orejas que hay en este corro. —Y miró hacia el Hinojosa.

Hubo un momento de silencio. Estábamos todos sentados sobre la hierba, a varios pasos de la carpa de Figueroa. Las brasas de la hoguera donde se había cocinado la pitanza brillaban con fuerza en la oscuridad de la noche, saltaban chispas que el viento se llevaba y un cielo muy estrellado era mudo testigo de nuestras cuitas.

A la mañana siguiente, Figueroa seguía encerrado en la carpa con Juan de Haya. Marcos Agras y los demás oficiales de la banda carmesí estaban malhumorados y hoscos, como si hubieran velado toda la noche. No quisieron hablar ni acercarse a nosotros y con malos modos nos dijeron que nos pusiéramos manos a la obra.

Antes de irme fui a ver a Justo Bautista, que seguía tiritando de fiebre.

—Ese hombre también debe ir a trabajar —dijo Marcos Agras.

—Está muy enfermo —repuse yo—. ¿Queréis acaso matarlo? —Y entonces la india Lucía, la mujer de Justo Bautista, le dijo que lo dejase descansar, que antes iría ella a la nao que no su marido.

—Id, pues —sentenció Marcos Agras.

La jornada discurrió en un extraño silencio que ninguno teníamos ánimos de romper si no era para decir las pocas palabras que el trabajo exigía. No en vano había ocurrido algo que todos, incluso yo, temíamos que jamás sucedería. A lo largo de los veinte meses que llevábamos con la expedición, ninguno de los hombres de la lista de Figueroa había sufrido percance y, de pronto, uno de ellos estaba a las puertas de la muerte. Y no uno cualquiera, sino Juan de Haya, el único que descreía de

Figueroa y de su lista. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Era una casualidad más? ¿Una señal? ¿Una advertencia? Sobre estas o parecidas cuestiones rumiaba cada cual en las horas de penosa faena.

A mediodía hicimos un alto para la pitanza y hallamos a Figueroa fuera de la carpa, platicando con los suyos. Estaban todos de pie, formando corro y muy bien armados, mas guardaron un extraño silencio cuando nos acercamos.

—¿Cómo está el señor Juan de Haya? —le pregunté a Figueroa—. ¿Queréis que os eche una mano?

—Don Juan está mejor, señor Torres, y duerme plácidamente —me respondió el capitán con frialdad y fingida cortesía—. Por cierto, ¿por qué no ha ido al tajo ese puto de Justo Bautista?

—Yo he ido en su lugar —respondió su mujer—, y no llaméis puto a mi marido, señor profeta.

—¡Maldita perra! —gritó Figueroa, y la señaló con el dedo y mandó que la azotasen.

Incontinentemente se fueron sobre ella tres de los suyos, sujetáronla por los brazos y la llevaron junto al poste de justicia para castigarla.

—Señor Hinojosa, coged el rebenque y dadle doce azotes.

El traidor, sin dilación cogió el cuero que le ofrecían y se acercó a la mujer. Sin ningún miramiento le desgarró el vestido, dejando su espalda desnuda, y empezó el castigo con mucha dureza, mas, al alcanzar la media docena, la india Lucía se desvaneció y Figueroa dio la justicia por cumplida.

—Curadla ahora si queréis —me dijo Figueroa—. Y vos quedaos con nosotros, Hinojosa, que ya habéis cumplido por hoy.

Atendí como pude a la india Lucía, y después la dejé al cuidado de Frasquita.

Toda la tarde estuvimos trabajando en la nao. El Hinojosa se quedó en el campamento, afortunadamente para él, pues ninguno olvidábamos la presteza con que se había ofrecido para azotar a la india Lucía, y podría haberle ocurrido una desgracia. Cerca del final de la jornada, nos llegó ruido de algarabía desde la isla. Terrible debía de ser, porque la oíamos pese al batir de las olas. Domingo Salvanés, encaramado en el yugo de la popa, con el que aún no habíamos terminado, era quien mejor visión tenía y al punto nos alertó.

—Mirad —dijo señalando hacia la isla.

En el campamento se arracimaban varios hombres alrededor de otro caído.

—¿Será Juan de Haya el yacente? —preguntó Manuel de Badajoz.

—No, es el criollo Justo Bautista —respondió Salvanés—. Y su mujer está con él.

—¿Y qué es aquella pila de leña que han levantado? —pregunté yo, señalando un montón de maderas hacinadas cerca del campamento.

—Algo grave ha sucedido —dijo el cabo Vicente—. Mejor será que vayamos a ver.

Así que nos subimos todos en la chalupa, bogamos hacia el istmo y desembarcamos en él. Al acercarnos al campamento pudimos ver que el montón de leña era en realidad una especie de pira con mucha madera muy bien arreglada y que, sobre ella, en un tablón más ancho, se hallaba el cuerpo de Juan de Haya. Tenía un rictus de dolor en el rostro yerto, los ojos cerrados, la piel amarillenta, las rodillas dobladas y estaba amortajado con las ropas que solía vestir.

—¿Adónde van vuestras mercedes? —nos preguntó Marcos Agras cuando llegamos al campamento.

Los hombres de Figueroa rodeaban el poste de justicia. Estaban armados con estoques y vizcaínas y llevaban puestas sus armaduras y bandas carmesíes. Francisco de Guevara y otros dos, que tenían los arcabuces aprestados, se vinieron detrás de Marcos Agras y, al romper el corro, dejaron ver las piernas de Justo Bautista de Campeche tirado en el suelo, a medias cubierto por su mujer, que se abrazaba a él. Detrás de ella encontrábase el Hinojosa en mangas de camisa y portando un hacha.

—¿Qué significa todo esto, señor Agras? —preguntó el cabo Vicente

En esto se acercó Figueroa. Iba destocado, con el pelo revuelto y los ojos perturbados. Llevaba

jubón negro y negras eran las calzas y las medias, como si estuviera de riguroso luto.

—Dejadlos, amigo Agras —le dijo a su lugarteniente—, que voy a explicar a estos señores lo que sucede. —Y volviéndose hacia nosotros, continuó—: Sabed que don Juan de Haya ha muerto y que vamos a darle los honores que merece.

—¿Y por qué está caído Justo Bautista, por qué llora su esposa?

—También habéis de saber —dijo Figueroa con el rostro de piedra—, que el señor Juan de Haya sufrió un accidente por culpa de ese perro de Bautista, así que ha sido ajusticiado.

Todos nos quedamos sobrecogidos, sin creer lo que habíamos oído. ¿Qué disparate era ese?

—Eso atenta contra cualquier ley y justicia —dijo por fin el bachiller Herrera—. No se puede ejecutar a un soldado de Su Majestad sin juicio previo.

—Ya ha sido juzgado y condenado —respondió Figueroa.

La india Lucía, a pesar de los latigazos de la mañana, se levantó con presteza y se dirigió hacia Figueroa, dejando ver por fin el cuerpo descabezado de su marido en medio de un charco de sangre.

—¡Canalla! —le gritó en sus barbas, y le escupió, mas el capitán se mostró frío e insensible.

El cabo Vicente se acercó al cadáver del criollo y los demás lo seguimos. El cuerpo estaba caído junto al tajo, la cabeza a un lado, con los ojos desmesuradamente abiertos. Mi amigo se agachó y puso su mano sobre aquel resto horrible y le acarició el pelo como si aún estuviese vivo.

—¿Cómo os habéis atrevido a esto? —dijo mientras se levantaba.

—Quedaos quietos o haré uso de la fuerza.

Francisco de Guevara y sus arcabuceros nos encañonaban, y los demás hombres de Figueroa desenvainaron los estoques. Formábamos dos líneas enfrentadas: bienaventurados y condenados; armados y dominadores los unos, impotentes y ofendidos los otros.

—¡Atrás, atrás! —nos gritó Marcos Agras, moviendo su tizona en abanico.

Retrocedimos todos menos el cabo Vicente.

—Vos también, señor Vicente, atrás.

—Señores, señores, no ven el crimen que acaban de cometer —dijo mi amigo sin retroceder, presentando el pecho a la espada de Agras y retándolos a todos ellos—. ¿Qué mal ha hecho este hombre? ¿Por estar enfermo ha pagado con su vida? ¿Es esa vuestra justicia, señor Figueroa?

—Callad, insensato —lo amenazó Figueroa.

—Vos, Francisco de Guevara —continuó el cabo Vicente sin hacer caso de la advertencia de Figueroa—, vos habéis sido su amigo, compañero en la misma escuadra, habéis luchado codo con codo en el asedio de la villa, ¿cómo lo habéis consentido?

Todos los rostros se volvieron a Guevara, que agachó la cabeza y bajó el arcabuz. Entonces Figueroa desenvainó un cachetero que siempre llevaba consigo y, de cuatro zancadas, se aproximó al cabo Vicente y se lo puso en el pescuezo. En los ojos de Figueroa brillaba un destello demente y tuve por cierto que degollaría a mi amigo, así que di un salto y tiré de él para atrás.

—Déjame, zagal —me dijo—, que todos vean la locura que anida en este hombre.

Pero ya lo tenía aferrado por los hombros, y vinieron a ayudarme Manuel de Badajoz y el bachiller Herrera.

—Sé que la muerte de Juan de Haya os llena de regocijo, que os holgáis por que uno de mi lista haya muerto —dijo Figueroa, señalándonos con el brazo levantado y el índice extendido—. No os voy a matar, señor Vicente, no en este momento, pero sabed que de ahora en adelante por cada uno de los míos que muera, uno de vosotros será ejecutado.

Ante tan caprichosa amenaza ya no pudimos contener el furor y lo maldijimos de mil maneras. Los hombres de Figueroa se mantuvieron en silencio.

—Graznad, graznad como cornejas, pues no otra cosa son vuesas mercedes —se burló Figueroa—. Y ahora llevaos a ese desecho y enterradlo donde os plazca.

Cargando entre varios el cadáver de Justo Bautista, cruzamos el istmo en lúgubre procesión y lo llevamos hasta el camposanto, que se encontraba en el extremo noreste. Allí abrimos una nueva fosa, la tercera, al lado de la de Gorrostieta, y le dimos cristiana sepultura. El diácono rezó unas oraciones por su alma y los demás nos condolimos con su viuda, que estaba trastornada por el dolor.

Y mientras llevábamos a cabo las exequias, en el otro lado de la isla, junto al campamento, Figueroa prendía fuego a la pira y dirigía el rezo de los suyos. Nunca antes habían sido más patentes las dos facciones: cada una orando por su muerto, si no era el Hinojosa que no se separaba de Figueroa. Y, como si la propia isla respondiese a nuestra división, también ella estaba partida en dos mitades unidas por un estrecho istmo, y cada una albergaba un funeral.

Cuando dejamos el camposanto, el sol semejaba un doblón ensangrentado escondiéndose detrás del horizonte. La enorme pira ardía aún con viveza, como si de un auto de fe se tratase, iluminando la tierra con reflejos anaranjados, y el viento esparcía y mezclaba el olor acre de la madera con el dulzón de la carne quemada.

Los de Figueroa se mantenían armados y en guardia, formando rueda junto a su cabecilla. En nuestro grupo nadie quiso cenar aquella noche: no podíamos. Hinojosa y los dos sonsos que lo soportaban —el paje Jerónimo y el colono Luis Cepeda— se retiraron pronto a su carpa; las mujeres, que parecían ajenas a las facciones y partidos que nos dividían, acompañaron todas a la viuda para ofrecerle consuelo; y los demás hombres nos quedamos haciendo corrillo y platicando sobre el asunto.

—¿Y ahora qué pasará? —pregunté.

—Nada bueno, podéis tenerlo por seguro —dijo el bachiller Herrera—. Figueroa es incapaz de admitir el fracaso de su profecía.

—Ese hombre nunca ha estado bien de la cabeza —comentó el cabo Vicente—, y la muerte de Juan de Haya puede que lo haya terminado de enloquecer.

Todos callamos con la mención del colono fallecido y miramos hacia la pira, que resplandecía en la oscuridad.

—¿No os parece sorprendente que Nuestro Señor y sus apóstoles también sumaran trece? —preguntó de pronto Herrera.

Pero nadie respondió a su pregunta y siguió otro silencio. El viento nos llevaba el rumor indistinguible de la conversación que mantenían los de Figueroa. Juana Alonso y Frasquita salieron de la carpa donde aún sollozaba Lucía, la india tlahuica, y cruzaron el campamento para recogerse. Sus siluetas se recortaban contra el cielo.

—Más nos valdría a todos irnos de aquí —dijo el cabo Vicente, cambiando de tercio.

—¿A qué os referís? —le preguntó el soldado Gerardo de Coria.

El cabo Vicente nos miró a todos en la menguante claridad de la pira. Allí estábamos diez hombres, diez sombras apenas visibles, y sin embargo pareciera que mi amigo distinguía los ojos de cada uno y observaba lo que de valor y entereza hubiera dentro de ellos antes de animarse a hablar.

—Lo que voy a deciros podría considerarse una conspiración, así que, antes de hablar, ruego a quienes no les interese el asunto que tengan la amabilidad de retirarse.

Ninguno dijimos nada, ni tampoco nos movimos del sitio, y el cabo Vicente reanudó la plática:

—Figueroa ha dejado claro el camino que va seguir: uno de los nuestros por cada uno de los suyos. Y no tengo duda de que así lo hará, pues la locura anida en su cabeza y tiene los hombres, las armas y la fuerza necesarios. Y yo os pregunto: ¿queréis vivir sometidos a ese albur, ver vuestras vidas empeñadas de tal manera? —Esperó un momento a que alguno asintiéramos con la cabeza a su retórica pregunta—. Bien, pues yo no. Y para tener alguna oportunidad de sobrevivir debemos abandonar la isla sin demora, sin esperar a que la galeota esté fabricada.

—¿Y cómo pensáis hacer tal cosa? ¿Atacándolos por sorpresa, quitándoles las armas? —preguntó Salvanés.

—Eso sería muy arriesgado —aventuró el bachiller Herrera—. Siempre llevaríamos las de perder.

—No, señores: cogiendo la chalupa —respondió el cabo Vicente con sencillez.

Nos miramos unos a otros, el bachiller Herrera silbó, Domingo Salvanés se rascó detrás de la oreja. El inevitable viento tensaba nuestras ropas y agitaba las cabelleras, el oleaje azotaba la orilla con el rumor disparejo de su flujo y reflujó. El cabo Vicente continuó:

—Llevo varios días dándole vueltas a este asunto. Hacer la galeota va a ser, a lo que veo, como

construir la Torre de Babel. Si cada vez somos menos y estamos condenados a seguir menguando de dos en dos, tardaremos mucho tiempo en fabricarla, pero los bastimentos no durarán eternamente.

—Quedamos pocos, las pipas son muchas y la isla es feraz en aves —lo contradijo Salvanés.

—Y en peces —añadió el tuerto Ortiz, saliendo de pronto de su abstracción.

—Pero aun así el agua es limitada —argumentó el cabo Vicente—, y si menguase en demasía ¿a quiénes creéis que dejará Figueroa sin beber? Además, esta isla es tan pequeña y llana que una tempestad nos podría barrer a todos y despedazar la nao. No hay otra alternativa, señores: tenemos que hacernos con la chalupa y marcharnos.

—¿Sabéis por ventura dónde estamos, señor Vicente? —le preguntó Salvanés alzando la voz.

—¿Acaso lo sabéis vos? El continente está al este, y eso me basta; lo mismo me da que sean trescientas como quinientas leguas, que arribemos a Chile, al Perú o a la mismísima Tierra del Fuego.

—No serán trescientas ni quinientas leguas, señor cabo, sino más. Y tal distancia en una chalupa será una travesía tan incierta que más nos valdrá urdir otra solución.

—A pesar de lo que decís, señor Salvanés, veo más difícil seguir con vida en esta isla que enfrentándonos a los albuces del océano. La chalupa tiene su mástil y su vela y con ella navegaremos. ¿No les parece, señores marineros?

Pedro de la Chica, Damián Ortiz y el diácono, que eran los hombres de mar que allí estaban, aparte de Salvanés, se removieron inquietos, sabedores de que se aproximaba el momento crucial.

—¿Y el agua? ¿Y los bastimentos? —volvió a intervenir Domingo Salvanés.

Y sus preguntas quedaron en el aire unos momentos, dando vueltas. Todos miramos al cabo Vicente en espera de la solución.

—Bien, amigo mío, hablando de cosas prácticas es como vamos a entendernos —dijo aquel con mucho ánimo, contento de empezar a vencer la resistencia del carpintero—. Agua y bastimentos quedan todavía en la bodega de la nao, ¿no es así? Nada nos costaría cargar en la chalupa una o dos pipas y algunas barricas de pescado o de cecina, y largarnos mañana con ellos.

—¿Mañana decís? —se sorprendió Salvanés.

«Mañana», repetimos muchos, sintiendo un escalofrío recorrernos el cuerpo.

—Mañana. ¿Para qué demorarlo más? —siguió el cabo Vicente—. ¿Cuánto tiempo creéis que podremos guardar un secreto? ¿Cuánto tardará Figueroa en darse cuenta del peligro de dejarnos solos con la chalupa? Si lo intentamos, que sea mañana.

—¿Y quiénes iremos? —preguntó Pedro de la Chica.

—Eso, vuestras mercedes deberán decidirlo.

No puedo decir que las palabras de mi amigo me alegrasen, pues quebraban la delicada burbuja en la que había estado viviendo. Por muy duras que fueran las condiciones en la isla, por más iniquidades que protagonizase Figueroa, yo me había estado aferrando a la efímera felicidad que compartía con Juana Alonso. Mas mi amigo me mostró de pronto que había sido un sueño imposible, una vana ilusión. Y que la realidad nos abocaba a afrontar esa travesía y fiar nuevamente la vida a la ventura.

—¿Y las armas? —preguntó Manuel de Badajoz, antes de que los demás se hubieran manifestado.

—¿Para qué necesitamos armas? —pregunté yo.

—En la nao hay dos mosquetes —dijo el cabo Vicente—. Los encontré cuando descargábamos la bodega y los dejé allí, escondidos, pues hace tiempo que veo acercarse este momento. Bueno, señores, cuanto más lo pensemos peor será. Quien vaya a venir que levante la mano.

En la oscuridad de la noche, débilmente iluminados por el resplandor que aún desprendía la pira funeraria donde se incineró a Juan de Haya, se levantaron nueve manos.

—¿Vos os quedáis, señor Salvanés?

—Algunos de esos hombres son mis amigos, o lo fueron. No puedo dejarlos aquí.

—Ellos no se han preocupado mucho por vos.

—Sin mí no podrán salir.

Damián Ortiz, que había vuelto a su silencio, se sacó la pipa de la boca y le habló a Salvanés:

—Dejaos de remilgos si queréis volver a ver a vuestra esposa e hijos y alzad de una vez esa mano.

—Y fueron estas agrias y reveladoras palabras las que lo convencieron.

—¿Y qué hacemos con los otros tres? —preguntó el bachiller Herrera.

—Cuidarnos de Hinojosa —advertí yo—, que tiene alma de traidor.

—Pero también están el colono y el paje —insistió el bachiller.

—Se lo diremos mañana —resolvió el cabo Vicente.

—¿Y los de la lista?

—A ellos, ni palabra. No podemos arriesgarnos.

Como nadie protestó, el cabo Vicente dio por hecho que todos estábamos de acuerdo.

—Atiéndanme entonces, mis señores. Mañana iremos a trabajar como cualquier otro día. Unos pocos seguiremos desguzando la nao y haremos un par de viajes con los materiales, para que nada sospechen en la isla. Mientras tanto, los demás sacaréis de la bodega el agua y los bastimentos y los cargaréis en la chalupa. Y cuando estemos listos, nos acercaremos a la isla para recoger a las mujeres.

—¿Dónde y cuándo las recogeremos? —pregunté yo.

El cabo Vicente se rascó la hirsuta cabellera e hizo una mueca mientras pensaba.

—Será al extremo este, junto al cementerio, que es el punto más alejado del campamento. Que estén pendientes de la barca, contado los viajes. Después del segundo, pasaremos la chalupa al otro lado del pecio para cargar las provisiones. Entonces deberán dirigirse hacia el cementerio con cualquier excusa: recoger huevos, matar un petrel, lo que sea. Conque ya sabes, zagal, avisa a tu Juana y a la muchacha, que yo hablaré con doña Úrsula y con la india Lucía.

Asentí en silencio.

—Creedme, sólo tendremos una oportunidad: quien falle se quedará en tierra.

Quedamos todos de acuerdo en que así se haría y nos fuimos a acostar. Frasquita dormía mientras Juana Alonso aguardaba mi llegada y, cuando me deslicé de rodillas dentro de la carpa, me echó los brazos al cuello y me cubrió de besos, como si el amor pudiera dulcificar o incluso borrar el recuerdo de los terribles sucesos de aquel día. Cuando el abrazo se deshizo, yo le expliqué en susurros, por lo menudo, lo que entre todos habíamos tratado y acordado. Juana Alonso, al pronto, nada dijo. Pero en la oscuridad que allí dentro reinaba, recogidos bajo la frazada, con su cuerpo pegado al mío y su respiración en mi rostro, pude percibir el temor que sentía.

—¿Ha de ser mañana? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí, mañana —respondí, explicándole las razones del cabo Vicente.

Volvió a callar y a apretarse contra mi cuerpo. Su cabello olía a mar y a humo y yo lo acaricié distraídamente, deslizando mis dedos entre sus enredadas guedejas, jugueteando con ellas. Oía la respiración de Frasquita, que dormía con la cabeza hacia nuestros pies, serena y apacible, el rumor de las olas restallando contra la costa de barlovento y el continuo soplar del viento, que zarandeaba la lona de la carpa. Por la abertura triangular de la entrada podía verse un cielo oscuro, estrellado e inmenso que terminaba en un horizonte aún más negro. Al punto noté que algunas lágrimas resbalaban hacia mi cuello y a tientas busqué los ojos de Juana para secarlas. Después, con mucha delicadeza, pasé el índice por la cicatriz con forma de media luna que tenía en el pómulo.

—Querría que esta noche no acabase nunca —musitó ella en mi oído.

—¿Por qué?

—Porque puede ser la última que pasemos juntos.

—No hay que concitar la mala suerte, mujer. Mañana huiremos de aquí, y no hay más.

—Dios te oiga, Juan Torres.

Y me amó con gran ternura y al mismo tiempo con mucho arrebató, con la devoción de una despedida y la desesperación que da el miedo, como si ambos extremos en verdad pudieran conjugarse. Estaba ya próxima el alba cuando finalmente nos quedamos dormidos.

No obstante los planes que habíamos hecho, el día comenzó con una curiosa novedad. Después de un desayuno silencioso, cargado de miradas hoscas y ceñudas, Figueroa se levantó, colocóse el morrión de hierro y la coraza, como cumplía a un gran capitán, ciñóse daga, espada y banda y, con toda la magnificencia de que pudo revestirse, proclamó ante los presentes que el señor Abel Hinojosa reemplazaría a Juan de Haya en su lista de bienaventurados. Hinojosa, desconcertado por la nominación, no supo al punto qué hacer, si engallar la cabeza y mostrar el orgullo que la noticia le producía o mostrarse humilde y manso, como el último y menos importante de sus oficiales. Cuando fue llamado por Figueroa, cruzó entre los demás y allegóse junto al cabecilla.

Con un gesto imperioso el capitán le indicó que se arrodillase a su vera y así lo hizo el traidor, postrándose con la cabeza gacha y los ojos cerrados, como un seminarista cuando profesa.

—Levantad el rostro —le exigió Figueroa.

Hinojosa alzó hacia él la cara barbada, el pelo enredado y el lívido rostro cruzado por la careta, y Figueroa le hizo entrega de la banda carmesí y de la espada que en su momento le fuese retirada, mientras decía con voz grave y solemne:

—Yo, el capitán de esta tropa, os nombro a vos, señor Hinojosa, oficial de la expedición y os impongo esta banda que como tal os acredita y que habéis de llevar cruzada en el pecho. Además os requiero a que juréis aquí, ante nos, defender a vuestros hermanos, que sois todos juntos miembros de una misma cofradía, y ganar la victoria en esta encumbrada empresa hasta alcanzar la salvación final.

—Lo juro —mintió el Hinojosa, tras oír el perturbado y oscuro discurso de su capitán.

Tan inesperada fue la ceremonia que sorprendió a los suyos, en cuyos rostros se reflejaba pasmo, perplejidad e incluso turbación. ¿Acaso había tenido una nueva revelación el capitán?, habrían de preguntarse. ¿Es que la nómina era espuria y se podía alterar a voluntad? Sin embargo, nada dijeron, pues era mucha la confianza que tenían en su cabecilla.

Después de la ceremonia, los condenados abandonamos el campamento para proseguir con el descuadernado de la nao.

—Pido a vuestras mercedes que se apuren —nos dijo Figueroa con el ánimo alegre, como si ya se hubiera olvidado de la desgraciada suerte de Juan de Haya—. Y vos, Salvanés, quedaos un momento, que quiero consultaros algunos detalles de los planes.

La retención del carpintero fue la segunda novedad de la mañana, una novedad inoportuna. Aun así, dejamos atrás a Salvanés y, escoltados a poca distancia por el recién bendecido Hinojosa y otros varios oficiales, nos dirigimos al embarcadero, nos subimos en la chalupa y bogamos hacia la Santa Ysabel, comentando entre nosotros el significado del gesto de Figueroa.

Aquel día la mar estaba medio revuelta. Soplaban un oeste franco que hacía reventar las olas contra la restinga rocosa y moverse mucho el pecio, haciendo nuestro trabajo más difícil e inseguro. Como habíamos acordado, el cabo Vicente y otros dos hombres se situaron en lugares muy visibles y siguieron arrancando piezas de la nao y cargándolas en la chalupa, mientras el resto bajábamos a la

bodega para sacar las pipas de agua y los demás bastimentos.

A Luis Cepeda y Jerónimo el negro, que, por haberse recogido con Hinojosa la noche anterior, no estaban al tanto de lo que habíamos planeado, mucho les sorprendió nuestro proceder.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —nos preguntó el colono.

—No es asunto vuestro, señor Cepeda —le dijo Manuel de Badajoz con ademanes amenazadores—. Volved a la tarea y cuidaos de no alborotar.

Los dos obedecieron con mansedumbre, pues al punto se dieron cuenta de que los demás también los mirábamos con dureza.

Sin cabrestantes, la tarea de sacar las pipas de la inundada bodega resultaba difícil y harto penosa mas, con no poco esfuerzo, conseguimos rescatar dos de ellas y dejarlas acostadas sobre cubierta, a la espera de ser cargadas en la chalupa. Y lo mismo hicimos con un par de barricas de pescado en salazón y varios pertrechos de utilidad: una vela de respeto, un anclote, un lío de cabuya y los dos mosquetes escondidos con su munición. Afortunadamente, el casco de la Santa Ysabel, escorado sobre la banda de estribor nos ocultaba de cualquiera que nos observase desde la isla.

Cuando tuvimos todo listo para ser cargado, la mañana estaba más que mediada, con el sol dirigiéndose hacia su cénit. Habíanse hecho dos viajes con los materiales del desguace y, sin embargo, Salvanés aún no había aparecido. Durante unos momentos dudamos qué hacer, si esperarlo o seguir adelante con lo planeado.

—No hay tiempo para más demoras —dijo el cabo Vicente—. Ha de ser ahora. El señor Salvanés sabe lo que nos proponemos y ya procurará salirnos al paso.

La decisión y seguridad que mostraba el cabo Vicente despejó nuestras dudas. Mientras tanto, los dos hombres ajenos a la conjura no paraban de mirarnos y lanzarse entre ellos miradas significativas, sin atreverse a preguntarnos nuevamente por no despertar la cólera de Manuel de Badajoz.

En un momento dado, yo pedí a los compañeros que me ayudaban en la bodega que esperasen, pues deseaba rescatar un cofre que había guardado en cierta parte.

—Daos prisa, señor Torres —me dijo Manuel de Badajoz—, que ya es tarde.

—Decid a los otros que vayan acercando la chalupa —le respondí.

Con mucho cuidado me descolgué por el esqueleto del navío hasta llegar a la sentina, donde encontré el cofre que buscaba. No tendría un codo de largo, mas guardaba en su interior objetos muy valiosos. Me lo eché a cuestras y, agachado y esquivando los muchos estorbos que allí había, lo llevé afuera con no poco empeño.

El bachiller Herrera y Damián Ortiz habían llevado la chalupa al otro lado de la restinga, justo enfrente de donde teníamos almacenados los bastimentos. Las peligrosas rocas lamían el maderamen de su casco, pero era preciso arrimarla por completo a la restinga para embarcar la carga.

—¿Qué es eso que traéis, muchacho? —me preguntó el Tuerto—. No podemos llevar ninguna cosa inservible en la lancha.

—En este cofre no hay una onza que no sea útil —le respondí, mientras se lo pasaba.

Entonces dio comienzo la parte más delicada de la empresa, que era trasladar el fardaje desde la ladeada e inestable cubierta de la nao hasta la chalupa. Manuel de Badajoz y yo nos situamos sobre la restinga, mientras desde la nao otros dos compañeros nos largaban los bultos uno a uno. Con cuidado, esfuerzo y algún que otro resbalón, los íbamos pasando a la chalupa para que el bachiller Herrera y el Tuerto los estibasen y amarrasen. Lo que más trabajo nos dio fue bregar con las pipas de agua. Tan pesadas e incómodas de manejar eran que a punto estuvo de desgraciarse una de ellas.

—¡Listo, señor Vicente! —le grité cuando estuvo cargada la chalupa.

El cabo Vicente se había quedado sobre cubierta, trabajando en el desguace para que pudiesen verlo desde la isla y al mismo tiempo poder observar lo que en ella ocurría.

—Debemos esperar unos momentos —nos respondió desde arriba—, porque aún no he visto a las mujeres salir del campamento.

—¿Adónde van vuestras mercedes? —preguntó por fin el colono Luis Cepeda, que no podía contener más la curiosidad.

Estaba subido en la popa de la nao, con un martillo en la mano y muy cerca de mi amigo Vicente.

—Eso, díganos —preguntó también Jerónimo el negro, asomando la cabeza por encima de la borda.

—Nos vamos de la isla, mis señores —les respondió el cabo Vicente—. ¿Se vienen o se quedan?

—¿Ir, pero adónde? —preguntó el colono.

—Al Perú. Vamos a tratar de alcanzarlo navegando en la chalupa —les explicó el cabo Vicente—. Pero lo que sea, habéis de decidirlo ahora.

El colono dejó escapar un suave suspiro y miró hacia la isla, sopesando las distintas opciones.

—Yo voy con vuestras mercedes —se adelantó el negro Jerónimo con voz firme.

—Yo me quedo —dijo finalmente el colono—. ¿Me dejaréis aquí?

—¿Sabéis nadar? —le preguntó el cabo Vicente.

—Sí.

—Entonces, cuando nos marchemos echaos al agua y alcanzad la isla a nado.

—Y si intentáis avisar a Figueroa, os cazaré como a un palomo —lo amenazó Manuel de Badajoz señalando hacia los mosquetes.

En ese preciso momento vimos cómo Marcos Agras y otros tres hombres se habían allegado al embarcadero y desde él nos hacían señas para que volviésemos, que ya era hora de hacer otro viaje, y también nos daban voces, aunque no lográsemos oír lo que gritaban.

—Las mujeres ya han salido del campamento y van hacia al cementerio —avisó el cabo Vicente, y acto seguido todos, menos Cepeda, bajamos del pecio y nos acomodamos en la chalupa.

—Tres hombres en cada banda —dijo Pedro de la Chica—. A remar.

—¿Por qué no desplegamos la vela? —pregunté yo.

—Aún no —ordenó Hernán Vicente, que habíase convertido en nuestro capitán.

Con rapidez, pues éramos seis remeros, dimos vuelta nuevamente a la restinga y enfilamos el costado oriental de la isla, el de sotavento, bogando a un cable escaso de la orilla. La costa se levantaba en un ligero talud y no podíamos ver lo que sucedía en el interior de la isla, ni a las mujeres ni a Marcos Agras y su grupo.

—Bogad, bogad —les exigía Hernán Vicente a los remeros, y mientras tanto entregó un mosquete a Manuel de Badajoz—. Cargadlo y aprestaos —le dijo, mientras él cebaba el otro.

Yo miraba hacia detrás. Veía la figura de Luis Cepeda trepado en la popa, haciendo señas a los que estaban en el embarcadero, sin duda para avisarlos de que nos íbamos. Allí quedaban los restos de la Santa Ysabel, la vieja, esforzada y entrañable nao que durante cuatro mil leguas nos había llevado en una larga y accidentada odisea por los mares tropicales, las islas de Poniente, la Tierra Austral y, en su última travesía, hasta aquella isla de la Desolación. Y yo la veía empequeñecerse y por momentos desaparecer, y sentía una tristeza profunda con sabor a despedida, como si fuera una persona y no un esqueleto de madera, un pecio descuadernado, lo que estábamos dejando atrás. Finalmente, un saliente rocoso la borró por completo de nuestra vista.

Tardamos un rato que se me hizo eterno en alcanzar el extremo noreste, cerca de las tres cruces

solitarias del camposanto. Acercamos la chalupa hasta la orilla, varios de nosotros saltamos a la rocosa playa y ascendimos a la plataforma de la isla. Y lo que vimos nos encogió el corazón.

Frente a nosotros, a unas doscientas varas, las mujeres se acercaban a la carrera y, detrás de ellas, pero aún al otro lado del istmo, un grupo de hombres las perseguía. Sin embargo, a nuestra izquierda, provenientes del embarcadero, la situación era más grave, pues Marcos Agras y otros tres hombres corrían hacia ellas para cortarles el paso.

Al vernos aparecer sobre el talud de la orilla, el grupo de Marcos Agras se detuvo para parlamentar y dividirse: tres de ellos se dirigieron hacia nosotros mientras el cuarto hombre, que tenía la cara cruzada por una máscara, corrió hacia las mujeres para interceptarlas antes de que llegasen hasta nosotros. Ellas habían recorrido ya la mitad de la distancia, pero las largas faldas les estorbaban los movimientos y su avance era lento por aquel terreno lleno de piedras sueltas, hoyos, abrojos y nidos.

Mientras tanto, los hombres de Marcos Agras, que se encontraban en el centro de la explanada, echaron rodilla a tierra y aprestaron los arcabuces para dispararnos. El cabo Vicente me pidió que me arrodillase, apoyó en mi hombro el mosquete, apuntó e hizo fuego. El trallazo atronó en mi oído, dejándome momentáneamente sordo. El humo blanco del cebo y el negro de la pólvora se alzaron en el aire, enredados entre sí, y al disiparse vi que no había tocado a ninguno de ellos, que también habían abierto fuego contra nosotros. Varios proyectiles zumbaron cerca y oí detrás un grito de dolor, pero no podía volverme para mirar porque el Hinojosa ya había dado alcance a las mujeres, y agarraba a Juana Alonso y tiraba de ella. La Mulata hizo ademán de ayudarla, pero Juana le gritó que continuase y salvase a Frasquita. Manuel de Badajoz, con el mosquete apoyado en mi otro hombro, también disparó, dejándome sordo por completo pero haciendo, esta vez sí, blanco en uno de los hombres de Agras. Una nube de pájaros se había levantado y su algarabía se sumaba al tumulto.

Yo no podía dejar que el Hinojosa se llevase a Juana, así que me levanté y eché a correr.

—¡Zagal! —oí que me gritaba Hernán Vicente, mas no atendí a lo que me decía.

Corría tan deprisa como las piernas me permitían, esquivando las piedras y saltando sobre los matojos. Pasé junto a las tres cruces solitarias. Veía, enfrente, a las mujeres que se acercaban y al bellaco de Hinojosa forcejeando con Juana Alonso; más allá, lejos aún, estaba Figueroa con el resto de sus apóstoles; y a mi izquierda, el grupo de Marcos Agras. En unos instantes me crucé con la Mulata y con Frasquita, que me dijeron algo que tampoco entendí, mientras veía cómo el Hinojosa empujaba a Juana, le daba un manotazo y volvía a levantar la mano para repetir el golpe, pero no lo consiguió, porque en ese momento lo alcancé.

Abel Hinojosa sonrió, la soltó y me encaró.

—Señor barbero —dijo, mirándome por encima de la tira de cuero que le ocultaba la nariz.

—Vete, Juana, sálvate —le ordené.

—No —me dijo ella, dedicándome una mirada rebelde y porfiada.

—Yo soy más rápido, corre —insistí.

Aprovechando la distracción, el Hinojosa me dio un golpe en el costado, un puñetazo fortísimo que me dejó sin aliento y, mientras me encogía de dolor, él desenvainó su estoque, adelantó la pierna derecha e hizo ademán de tirar un tajo. Por un instante vi el hierro clavado en mis costillas, mas Juana Alonso se le subió a la espalda, evitando que me trinchase. Con los brazos lo rodeaba por el cuello y el pecho y tiraba de él para atrás, tratando de desequilibrarlo.

—¡Suéltame, perra! —gritaba él, pugnando por quitársela de encima.

Aquella intervención me dio tiempo para retroceder y desenfundar a mi vez el cachetero que llevaba. Por fin Hinojosa consiguió coger a Juana por la cintura y arrojarla al suelo con violencia. El hombre tenía el pelo alborotado y la banda carmesí ondeaba al viento como una banderola. Se

revolvió contra mí, amenazándome con el estoque. Yo le hacía frente con el cuchillo. Detrás de él, a unos cientos de varas, Figueroa y su grupo habían cruzado ya sobre las piedras del istmo para penetrar en la mitad oriental de la isla. A mis espaldas seguía oyendo disparos, aunque no podía saber quién los hacía ni qué efecto tenían. Hinojosa hizo un movimiento de esgrima que detuve con el cachetero, pero de un segundo golpe me obligó a soltarlo. Desarmado, me hizo retroceder a punta de espada. Dos, tres pasos. Al cuarto paso tropecé con una piedra y caí de espaldas, dándome una buena costalada, pero otra vez Juana Alonso saltó sobre él para impedirle que me rematara. Estaba desgreñada y furiosa, le lanzaba patadas y golpes, lo arañó en el cuello y en el rostro y le arrancó la careta, dejando al descubierto su nariz mutilada. Hinojosa trataba de contenerla con las manos, pero como no lo lograba la golpeó con la contera de la espada y la tiró nuevamente al suelo. Ella cayó apenas a unos palmos de mí y desde el suelo vi cómo Hinojosa nos lanzaba una estocada furiosa. Rodamos cada uno hacia un lado, por sobre los abrojos, para evitar el golpe, sin tiempo para levantarnos. El Hinojosa se desentendió de Juana e intentó atravesarme con la espada. Tajó el suelo una vez junto a mi cabeza, dos veces. Yo había quedado encajado en una pequeña grieta que no me dejaba seguir rodando, y veía al traidor recoger el brazo para dar el golpe decisivo. Juana Alonso se estaba levantando, pero esta vez no tendría tiempo para llegar hasta él, y por mi cabeza cruzó como un relámpago la despedida. Volteé la cabeza hacia ella para morir con su imagen en los ojos: sudorosa, desgreñada y sucia como un animal salvaje, pero magnífica en su furia, así era Juana. Había valido la pena amarla, pensaba, cuando sonó un disparo e Hinojosa soltó la espada, se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas, lanzando un grito lastimoso.

No tuve tiempo de recrearme en su agonía, ni de ver si el disparo había sido mortal, pues Figueroa y los suyos se nos encimaban y el tiempo apremiaba. Me levanté, cogí de la mano a Juana Alonso y corrimos los dos hacia la orilla. Tenía la respiración jadeante y con la otra mano se alzaba la falda para poder correr mejor. A nuestra derecha, Marcos Agras y otro soldado nos apuntaban con los arcabuces. Vi las nubes de los disparos, pero no oí el zumbido de las balas. Enfrente, cada vez más cerca, la voz de Manuel de Badajoz me animaba. Había un cuerpo tendido a sus pies.

—¡Vamos, Juan, corred, corred! —gritaba.

Juana y yo llegamos junto a él y, sin detener la marcha, bajamos el talud de la orilla, entramos en la rocosa playa y saltamos los tres a la lancha. Nos recibió el cabo Vicente e, incontinentemente, el Tuerto y el diácono se pusieron a bogar mientras Pedro de la Chica cazaba la vela y el paje Jerónimo cogía la caña del timón. Aunque la isla era baja, su proximidad estorbaba que la lona recibiera el viento. Los marineros seguían bogando con denuedo y, cuando ya empezaba a portar la vela, aparecieron sobre la orilla Figueroa y los suyos.

No tardamos en escuchar los gritos y protestas que nos dirigían desde tierra. Estarían a unas cincuenta varas de nosotros y dos de ellos, que tenían los arcabuces descargados, se daban prisa en cebarlos y aprestarlos.

—Echaos en el fondo —dijo el cabo Vicente.

Yo estaba a popa y me ocultaba tras las pipas de agua. Oteando entre ellas veía el triste grupo que hacían aquellos hombres, todos juntos, alrededor de Figueroa, que nos imprecaba con el brazo en alto, dando voces que el viento disipaba. Los dos arcabuces dispararon al unísono, y una bala debió de hacer carne, porque oí un grito. Nos habíamos alejado unas varas más y de nuevo tenían que cargar las armas, así que salí de mi escondrijo y me encaramé sobre la regala. Allí quedaban: un puñado de hombres sobre las rocas, sus figuras recortadas contra el cielo, y yo despedime de ellos alzando el puño, enviando al aire el desafío que les arrojaba con mi pensamiento: ¡que escogiese ahora la providencia quién habría de sobrevivir, que escribiera el infame Figueroa un nuevo catálogo de

elegidos, que se pelearan como perros por el agua de las pozas o trabajaran como forzados para alcanzar su salvación, que enfrentaran, en fin, su propia ventura, porque nosotros enfrentaríamos la nuestra! Y que Dios nos asistiera a todos.

Era la chalupa una barca grande, de doce codos de eslora y cuatro y medio de manga, con cinco bancadas y un mástil pequeño que envergaba una vela al tercio. Cuando hubimos sobrepasado las rompientes, ganamos un viento que nos permitió alejarnos veloces y perder pronto de vista el último peñasco de la isla de la Desolación. En la chalupa me enteré de lo sucedido mientras peleaba con Hinojosa, al que Manuel de Badajoz abatió con el mosquete. En la refriega había caído Gerardo de Coria, cuyo cuerpo vi tendido en la orilla, y dos de los hombres que acompañaban a Marcos Agras; también habían herido a mi amigo Hernán Vicente en el costado y, con el último disparo hecho, cuando ya nos alejábamos en la chalupa, habían alcanzado a Damián Ortiz, el Tuerto.

Las mujeres nos enteraron, a su vez, de lo sucedido con Domingo Salvanés, a quien Figueroa no dejó durante toda la mañana pidiéndole explicaciones sobre los planos de la galeota, revisando las maderas apiladas en la isla y considerando la ubicación del astillero. El carpintero habíase ido poniendo cada vez más nervioso e inquietándolas a ellas, ya que no dejaba de mirar hacia el pecio y hacerles gestos poco disimulados de que lo esperasen. La india Lucía, por su parte, afligida por la muerte de Justo Bautista, no salió de la carpa en toda la mañana. La Mulata fue a buscarla en varias ocasiones para tratar de convencerla, mas la mujer no quiso de ninguna manera acompañarlas y abandonar la isla donde estaba enterrado su hombre.

No pudiendo esperar más, pues habían visto a la chalupa desaparecer, cesaron en el empeño y salieron del campamento con la excusa de esculcar los nidos en busca de huevos; pero, cuando habían empezado a cruzar el istmo, oyeron a Salvanés gritándoles que lo esperasen. Rápidamente fueron en su demanda dos de los hombres de Figueroa, lo alcanzaron junto a los restos carbonizados de la pira funeraria y salieron a relucir los aceros. Domingo Salvanés, en su precipitación, había descubierto la huida, así que las mujeres no tuvieron un instante que perder. Aprovechando el desconcierto de la riña, saltaron sobre las rocas del istmo y llegaron a la otra parte de la isla. Y apenas lo habían hecho, cuando Marcos Agras, que estaba en el embarcadero, dioles el alto e inició su persecución. Sin tiempo para adivinar qué le había ocurrido a Salvanés, mas viendo a la chalupa acercarse al extremo noreste, apretaron los dientes y corrieron para ir a nuestro encuentro; y en esta guisa las hallamos.

Todos lamentamos la suerte del carpintero, del que no supimos si había muerto o quedado con vida, y también lamentamos su ausencia, pues era, de todos nosotros, quien más conocimientos de navegación tenía.

Quedábamos, en la barca, por tanto, tres mujeres y ocho hombres, dos de los cuales estaban heridos. En el cofre que rescaté de la sentina había guardado, entre otras cosas, el estuche de cuero con las herramientas de cirujano, merced a las cuales saqué la bala del costado del cabo Vicente, aunque nada pude hacer por el marinero tuerto, que había sido herido en el pecho.

También había guardado en el cofre una aguja de marear, un astrolabio y los mapas de Sebastián Valiero, aquellos que el piloto me había encarecido que rescatase del olvido, los que contenían el trazado de las costas de la Tierra Austral y de las islas de Poniente. Con tales instrumentos, mal que bien y repitiendo lo que recordaba haberle visto hacer a él, pude pesar la altura cada día y orientar mínimamente el rumbo al sureste durante varios días y después, con vientos más francos del oeste, coger la vuelta de levante.

No sabiendo la distancia que nos separaba del continente, desde el principio tuvimos que racionar el agua y la comida a lo mínimo indispensable, menos aún, al límite de la supervivencia, a cantidades

tan inapreciables que apenas aplacaban la sed y evitaban la inanición. Y, aunque el marinero Pedro de la Chica había llevado consigo su aparejo de pesca, que de continuo lo echaba, aquellas aguas eran yermas de vida y poco fue lo que logramos capturar. Y aun este poco habíamos de comerlo crudo o dejarlo asolear para tragarlo seco, que no sabría decir cuál de los dos adobos era más abominable. El sol, con la asistencia del salitre, cuarteaba y llagaba nuestras pieles hasta volverlas un mapa más detallado que los portulanos de los cartógrafos. Para refrescarnos, nos sumergíamos en el agua largos ratos, aunque nuestras ropas se volviesen más rígidas que armaduras y ásperas como lijas.

En poco tiempo, todos aprendimos el manejo de la vela y del timón y nos organizamos en turnos que calculábamos a ojo, pues nadie tuvo la prevención de echar una ampolleta. De noche, con la Cruz del Sur a la derecha, el viento cargando en la vela y las olas lamiendo el casco de la chalupa, las horas se hacían más soportables. Nunca me pareció tan enorme la pequeñez de la humana existencia como en aquellas noches, rodeado por un océano infinito, bajo la inalcanzable cúpula del cielo, ora estrellado ora claro, según las lunas, y no me cansaba de contemplarlo tumbado en el fondo de la lancha, abrazado a Juana Alonso o sentado al timón, dirigiendo el rumbo.

A veces daba en pensar si no estaríamos retenidos dentro de una burbuja, al margen de las cosas terrenales, de las leyes de los reyes y los hombres, de los preceptos de la Iglesia y sus servidores, fuera del tiempo, del calendario y de la historia, como si más allá del horizonte no hubiese más que aquel limbo adonde iban, según le había dicho el padre Saavedra a Juana Alonso, las almas de los nonatos.

Y llego ya al término de mi historia con el espíritu afligido por el pesar, abrumado por el recuerdo de la tragedia.

Durante el resto de la travesía no faltó un poniente fresco que nos impulsara hacia nuestro destino, ni encontramos una mar embravecida que se cebara con nosotros, sino días de sol y bonanza; pero durante incontables singladuras navegamos por un océano inacabable e inclemente que agotó nuestras reservas de alimento y nos dejó a merced del hambre, la sed, el escorbuto y, ya por último, también de la desesperanza.

Uno a uno, por extenuación física y espiritual, fueron falleciendo mis compañeros de desdicha: Damián Ortiz, cuya herida lo mató durante la primera noche de travesía y hubimos de dejarlo caer al mar sin mortaja ninguna. El diácono elevó unas plegarias por su alma y todos recordamos las historias con que gustaba aterrorizar a las damas y a los novatos. Lo siguió el paje Jerónimo, un muchacho negro oriundo de Yucatán, y Pedro de la Chica, natural de Santoña, y el propio diácono Alfonso Rodríguez.

También mi querido amigo Hernán Vicente nos abandonó, pues, aunque logré extraerle la bala, no pude evitar la infección ni bajar la fiebre que finalmente vencieron su gastado cuerpo.

—De esta no escapo, zagal —me dijo durante una tregua que le concedió la calentura—. Lo único que lamento es adelantarme al señor Figueroa en esta visita a las profundidades.

—¿Quién sabe si no os estará esperando ya?

Sonrió cansadamente y movió la cabeza hacia los lados. Mi amigo se fue apagando como una bujía que se queda sin aceite y falleció un día cualquiera, tal vez del mes de enero, en brazos de la Mulata, que tampoco pudo alcanzar el final de la travesía.

Veíalos yo morir sin poder hacer nada sino rezar por sus almas y maldecir mi nombre, pues parecíame que era yo mismo, con mi ignorancia de la medicina, quien los entregaba a la muerte. ¿Por qué unos sobrevivimos mientras que otros fenecían sin importar la edad ni la condición? ¿Qué cualidad o naturaleza tiene un cuerpo que le falta a otro? ¿O es solamente la voluntad del Altísimo la que señala el momento en que cada cual ha de caer atrapado en su divina telaraña, sin que nada de lo que los hombres hagamos o dispongamos sirva para nada?

Cuando se agotó el último trago de agua dulce quedábamos en la chalupa cinco guiñapos vivientes: mi señora doña Juana, la pequeña Frasquita, el bachiller Herrera, el de Badajoz y yo. Escualidos, sucios y comidos por los piojos, vestidos con harapos y jirones tiesos, despellejados, rotos, espectros alucinados sin fuerzas para hablar ni para movernos, pero a quienes una voluntad desesperada nos insuflaba el hálito necesario para seguir navegando hacia levante, siempre hacia levante.

Nuestras lenguas eran estopa reseca y nuestros ojos, deslumbrados por un cielo siempre claro y resplandeciente, y un mar lleno de reflejos cegadores, eran incapaces de apreciar las formas ni las distancias; por eso, cuando finalmente apareció una delgada franja de tierra en lontananza, la tomamos por espejismo y tardamos un buen rato en convencernos de que la sombra violácea que crecía en el horizonte, empenachada de blanco, era en verdad la costa del Nuevo Mundo.

La tierra a la que llegamos era árida y despoblada, sin vegetación ninguna, y la costeamos hacia el norte durante un par de días hasta que encontramos un lugar menos estéril, propicio para atracar. Como buenamente pudimos, varamos la chalupa en la orilla y arrastramos nuestras maltrechas humanidades a tierra.

Tratábase de una playa extensa en la que desembocaba una quebrada de agua abundante y fría y tenía su abrigo una colonia de lobos marinos, por lo que nos asentamos en ella para alimentarnos, descansar y recuperarnos de las estrecheces de la travesía.

Por primera vez en muchísimos días pudimos sentir bajo nuestros pies un suelo firme que no se balanceara, comer sin estrecheces, tumbarnos sobre la grama, lavar nuestros mugrientos cuerpos con abundante agua dulce y protegernos del sol que nos había desollado la piel.

En aquel abrigo permanecimos el tiempo necesario para acondicionar la chalupa, pues aún tenía una larga travesía por delante. Y cuando estuvo medianamente presentable, con algunos bastimentos a bordo, y nuestros cuerpos y espíritus algo recuperados, hicimos a la mar nuevamente y navegamos con la costa a la vista, impulsados por el viento y la corriente. Durante los primeros días nos cruzamos con unas balsas primitivas, fabricadas con pieles de lobo marino y tripuladas por unos indios que llevaban los cuerpos pintados de rojo. Se dedicaban a pescar y se alejaban muy poco de la costa, sin perderla nunca de vista. Siguiendo su ejemplo, nosotros recuperamos la costumbre de echar todos los días los anzuelos y añadir el pescado a nuestra dieta.

Cada varios días, cuando encontrábamos una entrada recogida, solitaria y de fácil acceso, atracábamos en ella para descansar del movimiento y estrecheces de la chalupa y disfrutar las bondades de la tierra firme. Comparado con la terrible travesía desde la isla de la Desolación, aquellas jornadas se nos antojaban un agradable paseo. Poco hablábamos de las preñeces pasadas ni de los compañeros desaparecidos, que los llevábamos bien arropados en nuestros corazones, y mucho menos de la fortuna de Figueroa y sus elegidos. Al contrario, poco a poco la esperanza se fue abriendo camino y no platicábamos sino de lo que haríamos cuando llegásemos al Perú.

Después de varias semanas de navegación vimos el perfil tan característico de los cerros del Perú, lo que trajo nueva alegría a nuestros corazones. A medida que avanzábamos, siempre pegados a la costa, empezamos a cruzarnos con algunas embarcaciones que navegaban aquellas aguas: barcas, galeotas y bergantines a las que saludábamos de lejos. Por fin, en nuestra última singladura, llegamos a una pequeña cala situada unas leguas al sur del puerto de El Callao. En su orilla asentábase una aldea donde tenía Manuel de Badajoz un buen amigo de muchos lances y viejas entradas, un soldado fornido y de aspecto muy fiero que nos acogió con sincera hospitalidad.

Tras escuchar y sorprenderse de nuestra odisea, nos puso al corriente del regreso al Perú de los sobrevivientes de la expedición de Mendaña que estaban divididos y enfrentados, pues tanto Isabel Barreto, la viuda del Adelantado, como Pedro de Quirós, el piloto mayor de la flota, reclamaban el derecho de fletar una nueva expedición a las tierras descubiertas. Según noticias, habíase entablado entrambos un áspero litigio ante las autoridades virreinales con mucho movimiento de influencias, dádivas a terceros, reconocimientos de méritos, expedientes incoados e incluso misivas al rey don Felipe.

Y mientras la viuda y el piloto se enzarzaban en sus pleitos e intrigas, nosotros nos recuperábamos con la desinteresada ayuda del soldado, que nos proporcionó ropa con que dejar de parecer

pardioseros y no llamar la atención y nos prestó unos ducados con los que poder movernos sin tantas estrecheces, recorrer las calles de Lima, admirar la solidez de sus edificios, visitar sus incontables iglesias y conventos, perdernos en el bullicio de algunos de sus barrios más populosos y disfrutar de un poco de merecida paz, sin angustias ni sobresaltos. Yo aprovechaba cada momento para pasarlo junto a Juana Alonso y la pequeña Frasquita, que apenas se separaba de su lado. Con su mera presencia era feliz, viendo su sonrisa, escuchando su plática y sintiendo su amorosa solicitud; aunque había momentos en los que la felicidad me remordía la conciencia y el recuerdo de las tragedias pasadas me llenaba de tristeza.

Mas la vida prosigue su curso como un río impetuoso, insensible a las humanas tribulaciones, y como ya estaba siendo mucho lo que habíamos abusado de la hospitalidad de nuestro anfitrión, al fin llegó el momento de separar los destinos de todos nosotros.

Manuel de Badajoz se quedó en Lima para engancharse en una empresa militar que en repetidas ocasiones habíale alabado su camarada, al parecer en la gobernación del Río de la Plata, donde esperaban lograr grandes repartimientos de tierras e indios.

El bachiller Herrera se embarcó en un navío con rumbo a Panamá, para dar el salto hasta Portobelo y buscar acomodo en una nave de la carrera de Indias que lo llevase de vuelta a Sevilla y a los brazos de su abnegada esposa, a la que hizo propósito de dedicar el resto de sus días.

Nunca más supe de ellos.

Juana Alonso, Frasquita y yo marchamos a la villa de Santiago Miraflores, con la idea de asentarnos en ella. Pero la mala nueva del fallecimiento de mi buen padre, la tranquilidad de la vida santiagueña y la indiferencia que me profesaban mis hermanos nos hicieron abandonarla antes de un año.

Vivimos muchas andanzas, conocimos lugares remotos y pasamos penalidades que ahora no vienen a cuento; pero después de dar hartas vueltas por estas tierras del Nuevo Mundo, finalmente nos asentamos en la ciudad de Cartagena de Indias, de donde era originaria Juana Alonso.

Ya han pasado varios lustros desde los sucesos que he relatado. Nada queda del jovenzuelo que viajó en la Santa Ysabel, ni tengo las ganas de aventuras y el arrojo de aquellos tiempos. Con la ayuda de Juana, regento una de las muchas posadas que rodean el puerto de esta ciudad, la más bella del continente. Frasquita es una mujer de provecho y, aunque su brazo manco le ha impedido encontrar un pretendiente, no ha decaído en ella el interés por la medicina y ejerce de enfermera en el convento de Nuestra Señora del Rosario, en Santa Fe, con más dificultades que beneficios, pues no está bien visto que una mujer se dedique a tales menesteres.

Después de sobrevivir a unas fiebres cuartanas que hicieron presa de mí y a punto estuvieron de llevarme al otro mundo, di un día en escribir, más por entretenimiento que por otro motivo, algunas anécdotas de las muchas andanzas vividas. Pero la suerte de los hombres parece regida por fuerzas extrañas que se conjuran y con ácidos guiños nos burlan, tal si no existiera el libre albedrío ni cosa que se le asemeje, pues la araña del destino se empeña en tejerla a su gusto y antojo, que no al nuestro. Así, sin yo pretenderlo, poco a poco dirigió mi mano para escribir precisamente esta historia.

Y como es vana tarea luchar contra el destino, a lo largo de muchas mañanas claras y luminosas de las que tenemos en esta ciudad caribeña, cuando el calor aún no aprieta y el trajín de la taberna es menor, he procurado rescatar mis recuerdos de aquellos días, e hilvanarlos, organizarlos y escribirlos lo mejor que Dios me ha dado a entender.

Sentado en el patio interior de la casa, con la compañía de un cuartillo del mejor vino de nuestra bodega y bajo la agradecida sombra de una parra de güisquiles, he emborronado incontables pliegos

de a ocho que mi hija pequeña se ha encargado de copiar, e incluso mejorar, en papel de marquilla, y con insistencia me apremia para que los publique, pues si ha tomado de mí su interés por las letras, en el carácter y la determinación ha salido a su madre. Pero Juana, que con la edad ha aumentado en prudencia, y si cabe en sensatez, no ve conveniente remover hechos tan lejanos, y sobre todo peligrosos, pues nadie está a salvo del duro brazo de la justicia virreinal, alega, y menos aún de la religiosa, que es capaz de abrir causa contra cualquiera por una menudencia. Así que el legajo habrá de reposar e incluso llenarse de polvo en uno de los estantes de la alacena mientras dejo que el tiempo me ayude a resolver el dilema que las dos damas me tienen planteado.

*En Cartagena de Indias, a cinco días del mes de septiembre  
del año de Nuestro Señor de mil seiscientos veintisiete.*

## NOTA HISTÓRICA

La nao Santa Ysabel formó parte de la segunda expedición de Álvaro de Mendaña a las islas Salomón y desapareció la noche anterior al avistamiento de las islas de Santa Cruz, un archipiélago situado al sur de aquellas. Aunque se la buscó durante varios días, no se halló ningún rastro de la nao ni restos de su naufragio, como si hubiera sido tragada literalmente por las aguas. Sobre este suceso, el piloto mayor de la flota, Pedro Fernández de Quirós, escribió: «Siempre estuve receloso de la pérdida de esta nao», una frase que deja en el aire el destino final de la nao y que diferentes investigadores han situado en las propias Salomón o en las costas australianas.

Hasta el momento de la separación, o pérdida, de la Santa Ysabel, la novela sigue, en líneas generales, la relación hecha por Pedro Fernández de Quirós en su *Historia del descubrimiento de las regiones australes*, principal fuente de documentación sobre la expedición. A partir de ahí, y dada la falta de certezas sobre la fortuna de la nao, los hechos narrados son cosecha del autor.

No obstante lo anterior, algunos pasajes están basados en sucesos ocurridos a otros navíos en otros viajes a través del Pacífico. Por ejemplo, la rebeldía del Alférez Cansino y el modo como la resuelve el capitán Mondéjar se inspira en la dramática historia del galeón San Jerónimo, en su viaje de Acapulco a Manila en 1566; la imposición de las bandas a los bienaventurados de Figueroa sucedió, con algunas diferencias, durante el viaje de Quirós de 1605, al igual que el rescate en cerdos exigido a los indígenas por la devolución de los niños apresados; o los peligros pasados al atravesar los arrecifes de la Gran Barrera, que se informan en el diario del capitán James Cook.

Ningún Juan Torres viajó en la Santa Ysabel, ni escribió, que yo sepa, crónica alguna, pero en el Archivo General de Indias se conserva una relación de los pasajeros y tripulantes de la nao; sin embargo, la homonimia existente tanto en nombres como en apellidos es muy grande y, para evitar confusiones, me he tomado la licencia de modificar algunos de ellos.

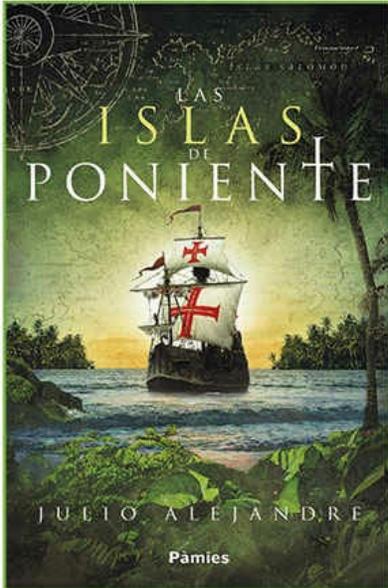
Por último, me gustaría mencionar algunas fuentes documentales, además de las ya reseñadas, que me han ayudado a entender el pensamiento, concepciones, creencias y condiciones de vida de los hombres y mujeres que se aventuraron en tales viajes: la crónica del almirante Pedro Sarmiento de Gamboa sobre la exploración de los canales patagónicos y del estrecho de Magallanes en 1579-1580; la relación del mismo Sarmiento de Gamboa sobre el primer viaje de Mendaña a las Salomón, así como las del propio Mendaña y la del piloto Hernán Gallego; la *Relación sumarísima*, de don Diego de Prado y Tovar, sobre el viaje de Luis Váez de Torres a través del estrecho que lleva su nombre y a lo largo de la costa sur de Nueva Guinea; las relaciones franciscanas sobre el viaje de Quirós de 1605, recopiladas por Celsus Kelly, O. F. M., en el volumen *Australia franciscana: La mar descrita por los mareados*, carta escrita por Eugenio de Salazar a un amigo, incluida por José L. Martínez en *Pasajeros de Indias*; y las crónicas de los viajes alrededor del mundo de Francesco Carletti, de Miguel de Jaque de los Ríos, y, por supuesto, de Antonio Pigafetta acompañando a Magallanes y Elcano en la primera circunnavegación del orbe.

## **AGRADECIMIENTOS**

Quiero dar las gracias a mi hermano Pablo, por su inestimable ayuda durante la escritura de este libro; a quienes leyeron el manuscrito y tuvieron la paciencia de soportar mis prolijos interrogatorios: Suso, mis hijas, Ramón, Paula, Antonio, Rafi, Raúl, Pepa, Sofía, Aixa y sobre todo Maruchi, que, a falta de una, se lo leyó dos veces; también a Juan Ignacio, por prestar nombre y naturaleza al protagonista, y a Felipa, por regalarme con generosidad el tiempo para escribir.

# LAS ISLAS DE PONIENTE

JULIO ALEJANDRE



## SINOPSIS

Álvaro de Mendaña parte del Perú a la conquista de las islas Salomón y el descubrimiento de las Regiones Australes al mando de una flota. Un aprendiz de cirujano, preso de la justicia virreinal, se enrola, para escapar a su condena, en uno de los navíos: la nao Santa Ysabel. A bordo también viajan la dama por cuyo amor había sido apresado; un marinero fanático que, iluminado por una visión, confecciona una lista de los bienaventurados que se habrán de salvar en la travesía, y una tripulación de solda-

dos y marineros, mujeres recatadas, atrevidas busconas, hidalgos aventureros y familias de colonos, todos en busca de fama, fortuna y una vida mejor en el otro confín del mundo.

Pero en medio del Pacífico una sublevación contra el capitán hace que la nao cambie el rumbo, se separe de la flota e inicie un viaje tan incierto como apasionante por mares y tierras desconocidos.

*Las islas de Poniente* es una apasionante novela de viajes y descubrimientos —entre ellos, el del continente australiano—, pero también una historia marcada por las traiciones, los crímenes, las penurias y las aventuras de un puñado de expedicionarios que, perseguidos por una fatídica profecía, luchan por el poder, la codicia o la mera supervivencia.

## BIOGRAFÍA DEL AUTOR



**JULIO ALEJANDRE** nació en Madrid, donde estudió Magisterio y más tarde Pedagogía. Después de unos años dedicado a la enseñanza, se marchó a Centroamérica para trabajar como cooperante con refugiados de guerra, y allí permaneció más de una década. En la actualidad reside en

Extremadura y forma parte de un equipo de Orientación Psicoeducativa.

Ha obtenido premios literarios en certámenes nacionales e internacionales, y ha publicado los libros *Héroes, tumbas y libros perdidos*, *Seis mil lunas* y *Reporte de una boda y un entierro*, y es autor del blog «La otra literatura».

Blog: [laotraliteratura.com](http://laotraliteratura.com)



TW: [@JAC\\_alejandro](https://twitter.com/JAC_alejandro)

